Casa Negra



STEPHEN KING

PETER STRAUB

Lectulandia

Hace veinte años, un chico llamado Jack Sawyer viajó a los Territorios, un mundo paralelo, para salvar a su madre. Ahora Jack, ex detective de homicidios, decide comprarse una casa en un pueblo tranquilo de Wisconsin. No conserva recuerdo alguno de sus aventuras en los Territorios, pero se vio obligado a dejar la policía de Los Ángeles cuando un suceso casual le despertó un inexplicable malestar.

Cuando se produce una serie de horripilantes asesinatos en Wisconsin, el jefe de la policía local pide a Jack que lo ayude en su investigación. Pero ¿son esos asesinatos simplemente obra de un perturbado, o se ha desatado una fuerza misteriosa y maligna? ¿Cuál es la causa de las extrañas visiones que tiene Jack? ¿Acaso alguien trata de comunicarle algo? Jack se ve arrastrado de nuevo a los Territorios y hacia su propio pasado. Solamente allí podrá encontrar la fuerza necesaria para entrar en la Casa Negra y enfrentarse a los espantosos y viles seres del mal que esta cobija. En Casa Negra Stephen King y Peter Straub vuelven a contar otra historia de Jack Sawyer, protagonista de El talismán, el primer libro que escribieron juntos.

Una obra maestra de la mano de dos genios de la literatura de terror. Una historia absolutamente espeluznante.

Novela nominada al Bram Stoker Award en 2001

Lectulandia

Stephen King & Peter Straub

Casa Negra

ePUB v1.2
Creepy 28.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Black House*
Stephen King & Peter Straub, 2001.
Traducción: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte
Diseño/retoque portada: Ozzeman

Editor original: Creepy
ePub base v2.0

Para David Gernert
y Ralph Vicinanza

Me llevas a un lugar al que nunca voy,
me envías besos hechos de oro,
una corona te pondré sobre los rizos,
¡aclamad todos a la reina del mundo!

THE JAYHAWKS,
Smile

Aquí y ahora



PRIMERA PARTE

Bienvenidos a Coulee Country

1

Aquí y ahora, como solía decir un viejo amigo, estamos en el incierto presente, en el que la extrema lucidez nunca garantiza una visión perfecta. *El aquí:* a unos setenta metros, la altura a la que planea un águila, sobre el extremo occidental de Wisconsin, donde los caprichos del río Misisipí trazan una frontera natural. *El ahora:* un viernes por la mañana temprano a mediados de julio, en los primeros años tanto de un nuevo siglo como de un nuevo milenio, cuyos díscolos rumbos permanecen tan ocultos que un ciego tiene más posibilidades de ver lo que le depara el futuro que tú o que yo. Justo aquí y ahora, la hora es poco más de las seis de la mañana y el sol está bajo en un cielo oriental sin nubes, una bola gorda y segura de sí que avanza como siempre por primera vez hacia el futuro y deja en su estela un pasado que se ha ido acumulando sin cesar, que se oscurece a medida que se retira, convirtiéndonos a todos nosotros en ciegos.

Más abajo, el sol naciente tiñe de reflejos fundidos las amplias y suaves ondas del río. La luz del sol arranca destellos a las vías del ferrocarril de Burlington Northern Santa Fe, que discurren entre la orilla del río y los patios traseros de las destartaladas casas de dos plantas a lo largo de Country Road Oo, conocidas como las Casas de los Clavos, el punto más bajo de la pequeña población de aspecto desahogado que se extiende colina arriba y hacia el este debajo de nosotros. En este momento, en Coulee Country la vida parece estar conteniendo el aliento. El aire inmóvil en torno a nosotros es de una pureza y una dulzura tan increíbles que cabría imaginar que un hombre pudiese oler un rábano arrancado de la tierra a más de un kilómetro de allí.

Moviéndonos hacia el sol, planeamos sobre el río y las vías relucientes, sobre los patios y tejados de las Casas de los Clavos, y luego sobre una hilera de

motocicletas Harley-Davidson ladeadas sobre sus pies de apoyo. Las casas, no muy atrayentes, se construyeron a principios del siglo que acaba de desvanecerse para los fundidores, fabricantes de moldes y peones de embalaje empleados por la fábrica de clavos Pederson. Alegando que era poco probable que el personal se quejase de los defectos en sus viviendas subvencionadas, su construcción fue lo más barata posible. (Clavos Pederson, que sufriera múltiples hemorragias durante la década de los cincuenta, se desangró finalmente hasta su extinción en 1963.) Las Harley que esperan sugieren que los trabajadores se han visto reemplazados por una pandilla de motociclistas. El aspecto uniformemente feroz de los propietarios de las Harley, hombres de cabellos revueltos, barbas descuidadas y tripas caídas, que lucen pendientes, chaquetas de cuero negro y menos de los dientes que les corresponden, parece confirmar semejante suposición. Como la mayoría de suposiciones, esta entraña una incómoda verdad a medias.

A los residentes actuales de las Casas de los Clavos, a quienes los desconfiados locales apodaron los Cinco del Trueno poco después de que se instalaran en las casas junto al río, no se les puede encasillar tan fácilmente en una categoría. Tienen empleos especializados en la empresa cervecera Kingsland, situada justo a las afueras de la ciudad hacia el sur y a una manzana al este del Misisipí. Si miramos hacia la derecha, veremos «el mayor *pack* de seis del mundo»: unos tanques de almacenamiento en que se han pintado gigantescas etiquetas de la antigua cerveza rubia Kingsland. Los hombres que viven en las Casas de los Clavos se conocieron en el campus de la Explanada Urbana de la Universidad de Illinois, donde todos menos uno eran estudiantes especializados en Literatura Inglesa o Filosofía. (La excepción era un residente en cirugía en el hospital universitario de la misma institución.) Les produce un irónico placer que les llamen los Cinco del Trueno, pues el nombre se les antoja agradablemente caricaturesco. Lo que se llaman a sí mismos es «la Escoria Hegeliana». Estos caballeros forman una interesante pandilla, y les conoceremos más adelante. Por ahora, tan solo tenemos tiempo de advertir los carteles hechos a mano sujetos con cinta adhesiva en las fachadas de varías casas, en dos farolas y en un par de edificios abandonados. Los carteles dicen: ¡PESCADOR, MÁS TE VALE ROGARLE A TU APESTOSO DIOS QUE NO TE COJAMOS PRIMERO! ¡ACUÉRDATE DE AMY!

Desde las Casas de los Clavos, la calle Chase discurre abruptamente colina abajo entre edificios protegidos con fachadas desgastadas del color de la niebla: el viejo hotel Nelson, en el que están durmiendo unos cuantos residentes empobrecidos, una taberna de frontal desnudo, una cansina zapatería que exhibe botas de trabajo Red Wing tras el empañado escaparate, unas cuantas edificaciones más que no ostentan indicativos de su función y que se ven extrañamente soñolientas y vaporosas. Estas estructuras tienen el aire de resurrecciones fallidas, o de haber sido rescatadas del oscuro territorio occidental pese a estar aún muertas. En cierto sentido, eso es precisamente lo que les ocurrió. Una franja horizontal de color ocre, a tres metros sobre la acera en la fachada del hotel Nelson y a sesenta centímetros del suelo que se va elevando en las opuestas y cenicientas caras de los dos últimos edificios, representa la marca del nivel del agua que dejaran las inundaciones de 1965, cuando el Misisipí se desbordó para ahogar las vías del ferrocarril y las Casas de los Clavos y ascender casi hasta la parte superior de la calle Chase.

Donde la calle Chase se eleva por sobre la marca del agua y se nivela, se hace más amplia y se transforma en la calle mayor de French Landing, la ciudad que tenemos debajo. El teatro Agincourt, el Taproom Bar Grille, el First Farmer State Bank, el estudio de fotografía de Samuel Stutz (que hace buen negocio con las orlas de graduación, las fotos de boda y los retratos de niños) y tiendas, no reliquias fantasmagóricas de tiendas, flanquean sus romas aceras: el drugstore Benton's Rexall, Reliable Hardware, el videoclub Saturday Night, Confecciones Regal, Schmitt's Allsorts Emporium, tiendas que venden equipos electrónicos, revistas y tarjetas de felicitación, juguetes y prendas deportivas en las que figuran los logotipos de los equipos de los Brewers, los Twins, los Packers, los Vikings, y de la Universidad de Wisconsin. Unas manzanas más allá el nombre de la calle cambia para convertirse en Lyall Road, y los edificios se separan y se encogen transformándose en estructuras de una planta cuyas fachadas están cubiertas de letreros que anuncian agencias de seguros o de viajes; después, la calle se transforma en una carretera que discurre hacia el este dejando atrás un 7-Eleven, la residencia para veteranos de guerras foráneas Reinhold T. Grauerhammer, un gran concesionario de aperos de labranza al que localmente se conoce por Goltz, y para internarse en un paisaje de campos llanos e intactos. Si nos elevamos unos treinta metros más en el aire inmaculado y recorremos con

la vista lo que hay debajo y más allá de nosotros, vemos morenas de glaciares y lava solidificada, colinas redondeadas alfombradas de pinos, valles de terrenos fértiles invisibles desde el nivel del suelo hasta que uno está encima de ellos, ríos serpenteantes, mosaicos de campos de kilómetros de largo, y pequeños pueblos (uno de ellos, Centralia, no es más que un puñado de edificios en torno al cruce de dos estrechas carreteras nacionales, la 35 y la 39).

Justo debajo de nosotros, French Landing tiene aspecto de haber sido evacuada en plena noche. A lo largo de la calle Chase nadie camina por las aceras o se inclina para introducir una llave en la cerradura de alguna de las tiendas. Los espacios ante las tiendas están vacíos de los coches y camionetas que empezarán a aparecer, primero de uno en uno o de dos en dos, y luego, un par de horas más tarde, en un pequeño y bien educado torrente. No brilla luz alguna tras las ventanas de los edificios comerciales o de las casas sin pretensiones que se alinean en las calles circundantes. Una manzana al norte de Chase, en la calle Summer, se alzan cuatro edificios iguales de ladrillo rojo y de dos plantas cada uno, que de oeste a este son: la biblioteca pública de French Landing; la consulta del doctor Patrick J. Skarda, médico general de cabecera, y Bell Holland, un bufete de abogados de dos socios llevado ahora por Garland Bell y Julius Holland, hijos de sus fundadores; la casa de pompas fúnebres Heartfield e Hijo, propiedad en la actualidad del vasto imperio funerario centrado en Saint Louis; y la oficina de correos de French Landing.

Separado de estos últimos por un ancho camino de entrada a un aparcamiento de buenas proporciones al fondo, el edificio al final de la manzana, donde se cruzan las calles Summer y Tercera, también es de ladrillo rojo y de dos plantas, pero mayor que sus vecinos inmediatos. En las ventanas traseras de la primera planta hay rejas de hierro sin pintar, y dos de los cuatro vehículos en el aparcamiento son coches patrulla con luces de emergencia en el techo y las letras DPFL en los costados. La presencia de coches de policía y ventanas con barrotes parece incongruente en este refugio rural; ¿qué clase de crimen puede tener lugar aquí? Nada serio, desde luego; seguramente nada peor que un robo en una tienda, un conductor borracho o una ocasional pelea de bar.

Como para dar testimonio de la paz y la regularidad de la vida de una pequeña ciudad, una furgoneta roja con las palabras LA RIVIERE HERALD en los costados transita lentamente por la calle Tercera, deteniéndose en casi todos los

buzones exteriores para que el conductor introduzca ejemplares del periódico del día, envueltos en bolsas de plástico azul, en los cilindros de metal gris que lucen las mismas palabras. Cuando la furgoneta gira para coger Summer, donde los edificios tienen ranuras en lugar de buzones, el repartidor simplemente arroja los diarios envueltos ante las puertas de entrada. Paquetes azules golpean contra las puertas de la comisaría de policía, la funeraria y los edificios de despachos. La oficina de correos se queda sin periódico.

No obstante, vaya por dónde, sí se ve brillar luz tras las ventanas frontales de la planta baja de la comisaría. La puerta se abre. Un hombre joven, alto y de cabello oscuro, con camisa de uniforme azul claro de manga corta, cinturón Sam Browne y pantalones azul marino sale del edificio. El ancho cinturón y la placa dorada en el pecho de Bobby Dulac resplandecen bajo el sol del amanecer, y todo lo que lleva, incluida la pistola nueve milímetros sujeta en la cadera, parece tan acabado de hacer como el propio Bobby Dulac. Observa la furgoneta roja girar a la izquierda por la calle Segunda y frunce el entrecejo ante el periódico enrollado. Le propina suaves golpecitos con la puntera de un zapato negro muy bruñido, inclinándose lo justo para sugerir que trata de leer los titulares a través del plástico. Está claro que semejante técnica no acaba de funcionar. Todavía ceñudo, Bobby se inclina del todo y recoge el periódico con inesperada delicadeza, del modo en que una gata coge a un gatito para cambiarlo de sitio. Sosteniéndolo a cierta distancia de su cuerpo, echa un vistazo en ambos sentidos de la calle Summer, da media vuelta con elegancia y vuelve a entrar en la comisaría. Nosotros, que llevados de la curiosidad hemos ido descendiendo poco a poco hacia el interesante espectáculo que ofrece el agente Dulac, entramos detrás de él.

Un pasillo gris conduce a una puerta sin distintivo alguno y un tablón de anuncios con bien poco en él y finalmente a dos tramos de escaleras metálicas, uno que desciende hasta un pequeño vestuario, y otro que asciende hasta una sala de interrogatorios y dos hileras enfrentadas de celdas, ninguna de las cuales está ocupada. En algún lugar cercano se oye una tertulia en la radio, a un volumen que se nos antoja excesivo para una mañana tranquila.

Bobby Dulac abre la puerta sin letreros y entra, con nosotros pisándole los

relucientes talones, en la sala de la que acababa de salir. Una hilera de archivadores se apoya contra la pared a nuestra derecha, y junto a ellos hay una destartalada mesa de madera y una radio, la fuente del ruido discordante. Desde el cercano estudio de la KDCU AM, la Voz Parlante de Coulee Country, el virulento aunque ameno George Rathbun, ha empezado a emitir *El bombardeo del tejón*, su popular programa matutino. Al bueno del viejo George se le oye demasiado alto para la ocasión, no importa cuánto baje uno el volumen; el chico es simple y llanamente *ruidoso*, y eso forma parte de su atractivo.

En el centro de la pared, justo enfrente de nosotros, se halla una puerta cerrada con un rectángulo de cristal muy grueso en que han pintado DALE GILBERTSON, JEFE DE POLICÍA. Dale no aparecerá hasta dentro de media hora más o menos.

Dos escritorios metálicos están ubicados en ángulo recto en el rincón a nuestra izquierda, y desde el que mira hacia nosotros Tom Lund, un agente de cabello claro y edad parecida a la de su compañero pero sin su aspecto de haber salido todo reluciente de la casa de la moneda cinco minutos antes, observa la bolsa que Bobby Dulac sujeta con dos dedos de la mano derecha.

—Muy bien —comenta Lund—. Conque aquí llega la última entrega.

—¿Acaso creías que los Cinco del Trueno iban a hacernos otra visita social? Toma. No quiero leer este maldito periódico.

Sin dignarse a mirar el diario, Bobby lanza el ejemplar del día de *La Riviere Herald* en un aplanado y veloz arco a través de tres metros de suelo de parqué con atlético ademán de muñeca, se vuelve hacia la derecha, da una zancada y se coloca ante la mesa de madera un instante antes de que Tom Lund intercepte su lanzamiento. Bobby observa ceñudo los dos nombres y diversos detalles garabateados en la pizarra alargada que pende en la pared, detrás de la mesa. No parece muy contento; tiene todo el aspecto de ir a estallar de furia.

Gordo y feliz en su estudio de la KDCU, George Rathbun exclama: «Tú, el del otro lado de la línea, dame un respiro, ¿quieres?, y haz que te receten otra cosa. A ver, ¿estamos hablando del mismo partido? Oye…».

—A lo mejor Wendell ha entrado en razón y ha decidido dejarlo de una vez —comenta Tom Lund.

—Conque *Wendell* —dice Bobby. Como Lund solo le ve la nuca de pelo lacio y oscuro, el leve gesto despectivo que hace con el labio supone un

desperdicio, pero lo hace de todas formas.

«Tú, el del teléfono, déjame hacerte una pregunta, y quiero que seas totalmente sincero y me digas la verdad: ¿viste en realidad el partido de anoche?»

—No sabía que *Wendell* fuese tan buen amigo tuyo —ironiza Bobby—. No sabía que hubieses llegado tan al sur como hasta La Riviere. La verdad es que pensaba que tu idea de salir por la noche era una buena jarra de cerveza y conseguir cien puntos en la petanca de Arden, y ahora me entero de que andas por ahí con periodistas en ciudades universitarias. Probablemente también habrás tenido algún lío sucio con esa Rata de Wisconsin, el tipo de la emisora KWLA. ¿Consigues detener a muchos punks de esa manera?

—¿He dicho yo que Wendell Green fuera amigo mío? —pregunta Tom Lund. Por encima del hombro izquierdo de Bobby ve el primero de los nombres en la pizarra. Su mirada se centra en él sin que pueda evitarlo—. Es solo que le conocí después del caso Kinderling, y el tipo no me pareció tan mal. En realidad me gustó en cierto sentido. *De hecho,* acabé sintiendo lástima por él. Quería hacerle una entrevista a Hollywood, y Hollywood le rechazó de plano.

Bueno, pues claro que había visto las entradas suplementarias, prosigue el desafortunado interlocutor; por eso sabe que Pokey Reese llegó a una base sin que lo eliminaran.

—Y en cuanto a la Rata de Wisconsin, si le viera no le reconocería, y opino que eso que pone y que llama música es la mayor porquería que he oído en mi vida. Para empezar, ¿cómo ha conseguido un programa de radio un pelota canijo y demacrado como él? ¿Y en la *emisora universitaria*? ¿Dónde deja eso a nuestra maravillosa universidad, Bobby? ¿Dónde deja eso a toda nuestra sociedad? Oh, me había olvidado, a ti te gusta esa mierda.

—No, lo que me gusta es la 311 y Korn, y tú estás tan fuera de onda que eres incapaz de ver la diferencia entre Jonathan Davis y Dee Dee Ramone, pero olvídalo, ¿de acuerdo? —Lentamente, Bobby Dulac se vuelve y le sonríe a su compañero—. Deja ya de tratar de ganar tiempo. —Su sonrisa no era lo que se dice muy agradable.

—¿Que *yo* trato de ganar tiempo? —Tom Lund abre desmesuradamente los ojos en una parodia de inocencia herida—. Vaya, ¿he sido yo quien ha arrojado el periódico a la otra punta de la habitación? No, me parece que no.

—Si nunca le has puesto la vista encima a la Rata de Wisconsin, ¿cómo sabes qué aspecto tiene?

—De la misma forma que sé que lleva el pelo teñido de un color gracioso y un *piercing* en la nariz. De la misma forma que sé que todos los días, llueva o brille el sol, lleva una chaqueta de cuero negro hecha polvo. —Bobby hizo una pausa—. Por cómo suena. Las voces de la gente están llenas de *información.* Un tipo dice «Por lo visto hoy va a hacer buen día» y te está contando la historia entera de su vida. ¿Quieres saber algo más del Rata? No va al dentista desde hace seis, siete años. Tiene los dientes hechos mierda.

Desde la fea estructura de cemento de la KDCU junto a la cervecería de Peninsula Orive, a través del transistor que Dale Gilbertson donara a la comisaría mucho antes de que Tom Lund o Bobby Dulac se pusieran por primera vez sus uniformes, nos llega el bramido de genial indignación que el bueno y siempre tan cumplidor de George Rathbun tiene patentado, una protesta airada, apasionada y global que provoca que en un centenar de kilómetros a la redonda los granjeros les sonrían a sus esposas a través de la mesa del desayuno y que los camioneros de paso rían en voz alta:

«Te aseguro, oyente, y esto va para todos y cada uno de los que me estáis escuchando, que os quiero *muchísimo,* esa es la verdad; os quiero igual que mi mamá quería a su *huertecito de nabos,* pero hay veces en que sencillamente ¡ME VOLVÉIS LOCO! Oh, Dios. ¡*Final de la undécima manga, dos hombres fuera*! ¡Van seis a siete a favor de los *Brewers*! Hombres en la segunda y la tercera. El bateador lanza hacia la línea de medio campo, Reese despega de la tercera base, buen lanzamiento hacia la almohadilla, le da de lleno fuera de la base. *Le da de lleno.* ¡HASTA UN CIEGO PODRÍA HABERLO ANUNCIADO!».

—Eh, a mí me pareció un buen tiro, y solo lo oí por la radio —comenta Tom Lund.

Ambos hombres están tratando de ganar tiempo, y lo saben.

«De hecho —exclama la que sin esfuerzo alguno es la más popular Voz Parlante de Coulee Country—, dejadme *aventurar* algo, chicos y chicas, dejadme hacer la siguiente *recomendación,* ¿de acuerdo? ¡Reemplacemos a cada árbitro de Miller Park, eh, esperad, a cada árbitro de la *liga nacional* por UN HOMBRE CIEGO! ¿Sabéis qué, amigos míos? Os *garantizo* una mejora del sesenta al setenta por ciento en la exactitud de sus anuncios. ¡DADLE EL TRABAJO A

AQUELLOS QUE PUEDEN LLEVARLO A CABO: LOS CIEGOS!»

Uña expresión de regocijo aparece en el desabrido rostro de Tom Lund. Desde luego, ese George Rathbun es para morirse de risa.

—Venga ya —dice Bobby.

Sonriendo, Lund extrae el periódico doblado de su envoltorio y lo abre sobre el escritorio. Su rostro se endurece; la sonrisa se vuelve pétrea.

—Oh, no. Oh, demonios.

—¿Qué?

Lund emite un gruñido y sacude la cabeza.

—Jesús. Ni siquiera quiero saberlo. —Bobby hunde las manos en los bolsillos, se estira hasta quedar totalmente erguido, libera la mano derecha de un tirón y se tapa con ella los ojos.

—Soy un ciego, ¿de acuerdo? Hazme árbitro…, ya no quiero seguir siendo poli.

Lund no dice nada.

—¿Es un titular? ¿Uno de esos en grandes letras? ¿Es muy malo? —Bobby se quita la mano de los ojos y la deja en suspenso en el aire.

—Bueno —responde Lund—, por lo visto Wendell no ha entrado en razón después de todo, y desde luego que no ha decidido dejarlo. No puedo creer que haya dicho que me gustaba ese pedazo de mierda.

—Despierta —dice Bobby—, ¿Nadie te ha dicho nunca que los agentes encargados del cumplimiento de la ley y los periodistas están en lados opuestos de la valla?

El torso ancho de Tom Lund se inclina sobre el escritorio. Una profunda hendidura vertical le divide la frente y sus impasibles mejillas están al rojo vivo. Blande un dedo ante Bobby Dulac.

—Eso es algo que de verdad *me fastidia* de ti, Bobby. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Cinco meses, seis? Dale me contrató hace cuatro años, y cuando él y Hollywood le pusieron las esposas a Thornberg *Kinderling,* que fue el caso más gordo de este condado en unos treinta años, no es que el mérito fuese mío, pero al menos puse mi granito de arena. Ayudé a atar algunos de los cabos.

—Uno de los cabos —lo corrige Bobby.

—Le recordé a Dale lo de aquella camarera del Taproom, y Dale se lo dijo a Hollywood, y Hollywood habló con la chica, y eso fue una pista pero que muy

importante. Contribuyó a cogerle. Así que no me hables de esa forma.

Bobby Dulac adopta una expresión de arrepentimiento absolutamente hipotético.

—Perdona, Tom. Supongo que me siento algo así como nervioso y hecho mierda a la vez. —Lo que está pensando es: *Así que me llevas un par de años y en cierta ocasión le pasaste a Dale una información de porquería, ¿y qué? Soy mejor poli de lo que tú lo serás jamás. Además, ¿acaso fue muy heroica tu actuación de anoche?*

A las 11.15 de la noche anterior, Armand *Beezer* Saint Pierre y sus colegas viajeros de los Cinco del Trueno habían salido con estruendo de las Casas de los Clavos para irrumpir en la comisaría y exigirles a sus tres ocupantes, cada uno de los cuales había hecho un turno de trabajo de dieciocho horas, detalles exactos de los progresos que estaban haciendo en el asunto que les preocupaba a todos. ¿Qué coño estaba pasando allí? ¿Qué pasaba con la tercera, eh, qué pasaba con Irma Freneau? ¿La habían encontrado ya? ¿Tenían *algo* esos payasos o aún seguían dando palos de ciego? ¿Necesitáis ayuda?, rugió Beezer, entonces nombradnos suplentes, y os daremos toda la maldita ayuda que necesitéis y más aún. Un gigante llamado Mouse se había dirigido con una sonrisita de suficiencia hacia Bobby Dulac, para quedar tripa enorme contra tripa fibrosa, hasta que Bobby se vio acorralado contra un archivador, momento en el cual el gigante había misteriosamente preguntado, en una nube de cerveza y marihuana, si Bobby había leído alguna vez las obras de un caballero llamado Jacques Derrida. Cuando Bobby le contestó que nunca había oído hablar de semejante caballero, Mouse dijo: «No jodas, Sherlock», y se hizo a un lado para contemplar ceñudo los nombres de la pizarra. Media hora más tarde, Beezer, Mouse y sus colegas habían sido despachados insatisfechos, sin que les nombraran suplentes, pero apaciguados, y Dale Gilbertson dijo que tenía que irse a casa a dormir un poco, pero que Tom debía quedarse, solo por si acaso. Los dos encargados habituales del turno de noche habían encontrado excusas para no presentarse. Bobby dijo que él también se quedaría, que no había problema, jefe; he ahí el porqué de que encontremos a los dos hombres en la comisaría a hora tan temprana.

—Dámelo —exige Bobby Dulac.

Lund coge el periódico, lo vuelve y lo sostiene en alto para que Bobby lo lea:

EL PESCADOR AÚN ANDA SUELTO EN LA ZONA DE FRENCH LANDING, reza el titular sobre un artículo que ocupa tres columnas en la parte superior izquierda de la primera plana. Las columnas de texto se han impreso contra un fondo azul pálido y una línea negra las separa del resto de la página. Bajo el titular, en letra más pequeña, se lee **La identidad del asesino psicópata desconcierta a la policía.** Bajo el subtítulo, una línea en tipo aún más pequeño atribuye el artículo a *Wendell Green, con el respaldo del equipo editorial.*

—El Pescador —dice Bobby—. Tu *amigo* la está cagando ya desde el principio. El Pescador por aquí, el Pescador por allá. Si yo me transformara de pronto en un mono de veinte metros de alto y empezara a pisotear edificios, ¿me llamarías King Kong? —Lund baja el periódico y sonríe—. Vale —concede Bobby—, es un mal ejemplo. Digamos que atraco un par de bancos. ¿Me llamarías entonces John Dillinger?

—Bueno —responde Lund, y su sonrisa se hace aún más amplia—, dicen que la polla de Dillinger era tan descomunal que la conservan en un frasco en el Smithsonian, así que…

—Léeme la primera frase —interrumpe Bobby.

Tom Lund baja la mirada y lee: «Como la policía de French Landing no ha conseguido descubrir ninguna pista sobre la identidad del doble asesino y criminal sexual al que este reportero ha apodado "el Pescador", los nefastos espectros del miedo, la desesperanza y la sospecha proliferan cada vez más en las calles de la pequeña ciudad, y desde allí se extienden a las granjas y aldeas de todo el condado de Frenen, ensombreciendo a su paso cada porción de Coulee Country».

—Justo lo que nos faltaba —comenta Bobby, y exclama: ¡Santo *Dios*! En un instante cruza la habitación para inclinarse sobre el hombro de Tom Lund y leer la primera plana del *Hernia* con la mano apoyada en la culata de la Glock, como dispuesto a meterle un balazo al artículo en ese preciso momento.

«Nuestras tradiciones de confianza y buenas relaciones de vecindario, nuestro hábito de brindar calidez y generosidad a todos [escribe Wendell Green editorializando como un loco] se están erosionando a diario bajo la corrosiva arremetida de tan pavorosas emociones. El temor, la desesperanza y la sospecha son venenos para el alma de las comunidades, grandes o pequeñas, pues vuelven a vecino contra vecino y convierten en parodia toda urbanidad.

»Un niño y una niña han sido horriblemente asesinados y sus restos parcialmente devorados. Ahora ha desaparecido la tercera víctima, una niña. Amy Saint Pierre, de ocho años, y Johnny Irkenham, de siete, fueron víctimas de las pasiones de un monstruo con forma humana. Ninguno de los dos conocerá la felicidad de la adolescencia o las satisfacciones de la madurez. Sus afligidos padres nunca conocerán a los nietos que les habrían dado. Los padres de los compañeros de Amy y Johnny refugian a sus hijos en la seguridad de sus propios hogares, como también lo hacen los progenitores cuyos niños nunca conocieron a los fallecidos. Como resultado, los grupos de actividades estivales y otros programas para niños pequeños se han cancelado en virtualmente todos los distritos y municipios del condado de French.

»Con la desaparición de Irma Freneau, de diez años, siete días después de la muerte de Amy Saint Pierre y solo tres después de la de Johnny Irkenham, la gente está llegando al límite de su paciencia. Como este corresponsal ha informado ya, Merlin Graasheimer, de cincuenta y dos años, un trabajador agrícola en paro y sin domicilio fijo, fue abordado y golpeado por un grupo sin identificar de hombres en un callejón de Fountain a última hora de la tarde del martes. Un episodio similar tuvo lugar a primera hora de la mañana del jueves, cuando Elvar Praetorious, un turista sueco de treinta y seis años que viajaba solo, fue asaltado por tres hombres, de nuevo sin identificar, mientras dormía en el parque Leif Eriksson de La Riviere. Graasheimer y Praetorious no sufrieron daños de gravedad, pero es casi seguro que incidentes futuros de vigilancia parapolicial acabarán siendo más serios.»

Tom Lund le echa un vistazo al siguiente párrafo, que describe la repentina desaparición de la niña Freneau de una acera de la calle Chase, y se aparta de su escritorio.

Bobby Dulac lee en silencio durante unos minutos para a continuación decir:

—Tienes que oír esta mierda, Tom. Así es como concluye: «¿Cuándo atacará de nuevo el Pescador? Porque volverá a hacerlo, amigos míos, no lo duden. ¿Y cuándo cumplirá con su deber el jefe de policía de French Landing, Dale Gilbertson, y librará a los ciudadanos de este condado de la obscena y salvaje ferocidad del Pescador y de la comprensible violencia producida por su propia inactividad?». —Se dirige con paso airado al centro de la habitación. Se le han subido los colores. Inhala para luego exhalar una magnífica cantidad de oxígeno

—. ¿Y qué tal que la próxima vez que el Pescador *ataque* —pregunta— vaya derecho a ese culo fofo que tiene Wendell Green?

—Estoy contigo —se mostró de acuerdo Tom Lund—. ¿Puedes creer semejante majadería? ¿Qué es eso de «comprensible violencia»? ¡Le está diciendo a la gente que la emprenda con cualquiera que parezca sospechoso!

Bobby blande un dedo índice ante Lund.

—Yo mismo en persona voy a coger a ese tío. Es una promesa. Voy a atraparle, vivo o muerto. —Por si Lund no lo ha entendido bien, repite—: Yo, en persona.

Optando sabiamente por no decir las primeras palabras que le vienen a la cabeza, Tom Lund asiente. El dedo todavía le señala.

—Si necesitas ayuda, quizá deberías hablar con Hollywood. Dale no tuvo suerte, pero a lo mejor a ti te va mejor.

Bobby hace un ademán de desprecio.

—No hace falta. Dale y yo… y tú, por supuesto, lo tenemos todo cubierto. Pero voy a ser yo quien atrape a ese tío. Te lo garantizo. —Hace una breve pausa —. Además, Hollywood se retiró cuando vino aquí, ¿o lo has olvidado?

—Hollywood es demasiado joven para retirarse —repone Lund—. Incluso contando los años en términos de poli, es prácticamente una criatura. Así que tú debes de ser algo parecido a un feto.

Y con el sonido de sus risas compartidas salimos flotando de la habitación para elevarnos de nuevo hasta el cielo y movernos una manzana hacia el norte, hacia la calle Queen.

Desplazándonos unas manzanas hacia el este encontramos, debajo de nosotros, una estructura baja y laberíntica que se ramifica a partir de un cubo central y que ocupa, con sus extensiones de césped en pendiente salpicadas aquí y allá de robles y arces, una manzana entera delimitada por tupidos setos que precisan un buen recorte. Se trata, obviamente, de una institución de alguna clase, la estructura parece al principio una escuela primaria en activo en la que las varias alas representen clases sin tabiques y el cubo central el comedor y las oficinas administrativas. A medida que descendemos oímos el vozarrón genial de George Rathbun llegarnos desde varias ventanas. La gran puerta de entrada de

cristal se abre y una mujer esbelta con gafas de montura gatuna sale a la brillante mañana sosteniendo un cartel en una mano y un rollo de cinta adhesiva en la otra. Se vuelve de inmediato y, con ademanes rápidos y precisos, sujeta el cartel a la puerta. La luz del sol se refleja en una piedra preciosa del tamaño de una avellana en el dedo anular de su mano derecha.

Mientras se concede unos instantes para admirar su obra, podemos mirar por encima de su bien planchado hombro para ver que el cartel anuncia, en una alegre explosión de globos pintados a mano, que ¡HOY ES LA FIESTA DE LA FRESA! Cuando la mujer vuelve al interior advertimos la presencia, en la zona de la entrada visible justo bajo el vertiginoso cartel, de dos o tres sillas de ruedas plegadas. Más allá de las sillas, la mujer, que lleva el cabello castaño recogido en una espiral arquitectónica, atraviesa a grandes zancadas sobre unos tacones altos un vestíbulo agradable con sillas de madera clara y mesas a juego sobre las que se han desparramado ingeniosamente varias revistas, pasa a buen ritmo ante un amedrentado puesto de guardia o mostrador de recepción delante de una bonita pared de piedra y desaparece, con un leve brinco, por una puerta en que se lee WILLIAM MAXTON, DIRECTOR.

¿Ante qué clase de escuelas nos hallamos? ¿Por qué está abierta? ¿Por qué celebra festivales en pleno julio?

Podríamos considerarla un centro de posgrado, pues quienes residen aquí se han graduado en todas las etapas de sus existencias menos en la última, que viven día tras día bajo la negligente administración del señor William *Chipper* Maxton, director. Se trata del Centro Maxton de Asistencia a la Tercera Edad, que antaño, en una época más inocente y anterior a las reformas cosméticas llevadas a cabo a mediados de la década de los ochenta, se conociera como el Hogar de Ancianos Maxton, del que fuera propietario y director su fundador, Herbert Maxton, el padre de Chipper. Herbert era un hombre decente, aunque sin mucha personalidad, del que puede decirse, sin temor a equivocarse, que se sentiría horrorizado ante algunas de las cosas que se le ocurren a su único vástago. Chipper nunca quiso hacerse cargo del «cuarto de jugar de la familia», como él lo llama, con su cargamento de «loros», «zombis», «meones» y «babosos», y después de sacarse el título de contable en la Universidad de La Riviere (con bien merecidas menciones por promiscuidad, afición al juego y consumo desmesurado de cerveza), nuestro muchacho aceptó un puesto en la

oficina de Hacienda de Madison, Wisconsin, en gran medida con el propósito de aprender cómo robarle al gobierno sin ser detectado. Cinco años en Hacienda le enseñaron muchas cosas, pero cuando su subsiguiente carrera como trabajador autónomo no estuvo a la altura de sus aspiraciones, cedió a las súplicas cada vez más débiles de su padre e hizo frente común con los muertos vivientes y los babosos. Con un entusiasmo algo macabro, Chipper reconoció que, pese a su lamentable escasez de glamour, el negocio de su padre al menos le proporcionaría la oportunidad de robarles tanto a los clientes como al gobierno.

Entremos a través de las grandes puertas de cristal, crucemos el bonito vestíbulo (captando al hacerlo los aromas mezclados de ambientador y amoníaco que invaden hasta las zonas públicas de todas esas instituciones), traspongamos la puerta que lleva el nombre de Chipper y averigüemos qué hace aquí tan temprano esa joven bien vestida.

Al otro lado de la puerta de Chipper hay un cubículo sin ventanas equipado con un escritorio, un perchero y una pequeña estantería atiborrada de listados de ordenador y folletos publicitarios. Junto al escritorio hay una puerta abierta. A través de ella vemos un despacho mucho mayor, con paneles de la misma madera barnizada que la de la puerta del director, y que contiene sillas de piel, una mesa de café con sobre de cristal y un sofá de color beis crudo. En el extremo más alejado vemos un gran escritorio, tan bruñido que casi parece resplandecer, sobre el que se amontonan papeles en desorden.

Nuestra joven, cuyo nombre es Rebecca Vilas, está sentada en el borde de ese escritorio, con las piernas cruzadas de una manera particularmente arquitectónica. Una rodilla se dobla sobre la otra y las pantorrillas forman dos líneas casi paralelas y bellamente torneadas que descienden hasta las puntas triangulares de los zapatos negros de tacón alto, uno de los cuales señala a las cuatro en tanto que el otro lo hace a las seis. Nos da la sensación de que Rebecca Vilas se ha colocado para que la vean, ha adoptado una postura cuya intención es ser apreciada, aunque desde luego no por nosotros. Tras las gafas gatunas, sus ojos parecen escépticos y divertidos, pero no vemos qué ha producido semejantes emociones. Asumimos que es la secretaria de Chipper, y esa suposición expresa tan solo una verdad a medias: como la soltura y la ironía de su actitud dan a entender, las obligaciones de la señorita Vilas van mucho más allá de las puramente secretariales. (Podríamos especular sobre la fuente de ese

bonito anillo que lleva; piensa mal y acertarás, en este caso con el precio.)

Entramos flotando a través de la puerta abierta, seguimos la dirección de la mirada cada vez más impaciente de Rebecca y nos encontramos contemplando el trasero revestido de caqui de su jefe, que está arrodillado con la cabeza y los hombros embutidos en una caja fuerte de buen tamaño, en la que vislumbramos fajos de documentos y una serie de sobres manila aparentemente llenos de dinero en efectivo. Unos cuantos billetes se salen de los sobres cuando Chipper los saca de la caja.

—¿Has hecho ya el cartel ese? —pregunta sin volverse.

—Ajá, *mon capitaine* —responde Rebecca Vilas—. Y vaya día tan estupendo vamos a tener para la gran ocasión; el día perfecto. —Su acento irlandés es sorprendentemente bueno, aunque algo genérico. El lugar más exótico en el que ha estado es Atlantic City, adonde Chipper la llevó durante cinco días de ensueño dos años antes, utilizando los puntos acumulados en sus trayectos en avión. Rebecca aprendió el acento de viejas películas.

—Odio la Fiesta de la Fresa —comenta Chipper mientras extrae el último sobre de la caja—. Las esposas y los hijos de los zombis pululan por aquí toda la tarde, excitándoles tanto que tenemos que sedarlos hasta dejarlos comatosos para tener un poco de paz. Y, si he de decirte la verdad, *odio* los globos. —Deja caer el dinero en la alfombra y empieza a formar fajos de diversas cantidades.

—Ya me estaba preguntando por qué se me requería comparecer aquí al amanecer de tan sonado día —dice Rebecca.

—¿Sabes qué otra cosa detesto? Todo eso de la música. Lo de que los zombis se pongan a cantar, y a ese estúpido pinchadiscos. Stan *el Sinfónico* con sus discos de orquestas de jazz… Guau, pero qué emocionante.

—Asumo —dice Rebecca dejando ya el número del acento irlandés— que quieres que haga algo con ese dinero antes de que empiece la acción.

—Ya es hora de hacer otro viajecito a Miller. —Una cuenta bajo un nombre falso en el banco State Provident de Miller, a sesenta kilómetros de distancia, recibe depósitos regulares de efectivo birlado de los fondos de los pacientes destinados a cubrir bienes y servicios extraordinarios. Chipper se vuelve sobre las rodillas con las manos llenas de dinero y alza la mirada hacia Rebeca. Se pone en cuclillas y deja caer las manos en el regazo.

—Vaya piernas tan estupendas que tienes —comenta—. Con unas piernas

como esas deberías ser famosa.

—Pensaba que no te habías dado cuenta —dice Rebecca.

A sus cuarenta y dos años Chipper Maxton tiene los dientes sanos y todo el pelo, una cara ancha y sincera de ojos pardos que siempre parecen un poco húmedos. También tiene dos hijos, Trey, de nueve años, y Ashley, de siete, al que acaban de diagnosticarle ADHD, un trastorno de la atención que Chipper calcula que va a costarle unos dos mil dólares al año solo en pastillas. Y por supuesto tiene una esposa, Marión, de treinta y nueve años, metro setenta y cinco y cerca de los noventa kilos. Además de semejantes bendiciones, desde anoche Chipper le debe a su corredor de apuestas trece mil dólares, como resultado de una inversión poco inteligente en el partido de los Brewers sobre el que aún vocifera George Rathbun. Sí que se ha fijado, oh, y tanto que Chipper se ha fijado en los dos espléndidos pilares que la señorita Vilas tiene por piernas.

—Antes de que vayas para allá —sugiere—, pensaba que quizá podríamos revolcarnos un poco en el sofá.

—Ah —comenta Rebecca—, ¿a qué te refieres exactamente con lo de revolcarnos?

—Pues a una buena mamada —responde Chipper con una sonrisa de sátiro.

—Vaya diablillo romántico estás hecho —dice Rebecca, un comentario cuyo tono le pasa inadvertido a su jefe, quien en realidad está siendo romántico.

Rebecca *se* desliza con elegancia de su pedestal y Chipper se incorpora sin elegancia alguna para cerrar la puerta de la caja con un pie. Con ojos húmedos y brillantes, da un par de ufanas zancadas de matón por sobre la moqueta, rodea con un brazo la esbelta cintura de Rebecca Vilas y con la otra mano deja los gruesos sobres manila en el escritorio. Ya se tironea del cinturón antes incluso de empujar a Rebecca hacia el sofá.

—Bueno, ¿vas a mostrármela o qué? —pregunta la astuta Rebecca, que sabe exactamente cómo derretir el cerebro de su amante…

… y antes de que Chipper la complazca, hacemos lo más sensato y salimos flotando al vestíbulo, que continúa vacío. Un pasillo a la izquierda del mostrador de recepción nos lleva a dos grandes puertas de madera clara con sendos recuadros de vidrio en los que se lee MARGARITA y CAMPANILLA, los nombres de

las alas a las que dan acceso. En el extremo de la grisácea extensión de Campanilla, un hombre con un suelto mono de trabajo deja caer la ceniza del cigarrillo en las baldosas por las que restriega, con exquisita lentitud, una sucia fregona. Entramos en Margarita.

Las partes funcionales del Centro Maxton son mucho menos atractivas que las zonas públicas. Puertas numeradas se alinean a ambos lados del pasillo. Tarjetas escritas a mano en fundas de plástico bajo los números revelan los nombres de los residentes. Cuatro puertas más allá un escritorio en que un asistente fornido dormita sentado se halla frente a las entradas a los servicios de hombres y mujeres; en Maxton, solo las habitaciones más caras, las que se encuentran al otro lado del vestíbulo, en Asfódelo, cuentan con algo más que un lavabo. Sucias volutas dejadas por la fregona se van endureciendo y secando por todo el suelo de baldosas, que se extiende ante nuestra vista de forma inverosímil. Ahí, además, las paredes y el aire parecen del mismo tono de gris. Si miramos con detenimiento los bordes del pasillo, el punto de unión entre paredes y techo, vemos telarañas, viejas manchas, mugre acumulada. Desinfectante, amoníaco, orina y cosas peores perfuman el ambiente. Como a una anciana dama en el ala de Campanilla le gusta expresarlo, cuando una vive con un puñado de gente vieja e incontinente nunca se aleja mucho del olor a caca.

Las habitaciones en sí varían de acuerdo con las condiciones y la capacidad de sus habitantes. Puesto que prácticamente todo el mundo está durmiendo, podemos echar un vistazo al interior de unas cuantas. Aquí, en la D10, una habitación individual dos puertas más allá del soñoliento asistente, descansa la vieja Alice Weathers (roncando suavemente, soñando que baila en perfecta sintonía con Fred Astaire sobre un suelo de mármol blanco) rodeada hasta tal punto por su vida anterior que ha de salvar sillas y mesillas para abrirse paso de la puerta hasta la cama. Alice aún se halla en mayor posesión de facultades mentales que de muebles, y ella misma limpia su habitación, de forma inmaculada. En la puerta de al lado, la D12, dos viejos granjeros llamados Thorvaldson y Jesperson, que llevan años sin hablarse, duermen, separados por una fina cortina, en un brillante desorden de fotografías y dibujos de sus nietos.

Más allá del pasillo, la D18 ofrece un espectáculo por completo distinto de la limpia y abarrotada mezcolanza de la D10, como si a su morador, Charles

Burnside, pudiera considerársele el polo opuesto de Alice Weathers. En la D18 no hay mesillas, aparadores, sillas excesivamente abultadas, espejos dorados, lámparas, alfombras tejidas o cortinas de terciopelo; esta insulsa estancia solo contiene una cama metálica, una silla de plástico y una cómoda de cajones. No hay fotografías de hijos o nietos sobre la cómoda, o dibujos a lápiz de casas cuadradas y figuras de palo que decoren las paredes. El señor Burnside no tiene interés alguno en las tareas domésticas y una gruesa capa de polvo cubre el ;suelo, el alféizar de la ventana y la superficie desnuda de la cómoda. La D18 está desprovista de historia, vacía de personalidad; parece tan brutal, fría e impersonal como la celda de una prisión. Un intenso aroma a excrementos contamina el aire.

Pese a todo el entretenimiento ofrecido por Chipper Maxton y todo el encanto de Alice Weathers, es sobre todo a Charles *Burny* Burnside a quien hemos venido a ver.

2

La historia de Chipper ya la conocemos. Alice llegó a Maxton procedente de su caserón en la calle Gale, en la parte antigua del barrio, donde sobrevivió a dos maridos, crió a cinco hijos y dio clases de piano a cuatro generaciones de niños de French Landing, y aunque ninguno se convirtió en pianista profesional, todos la recordaban con cariño y pensaban en ella con afecto. Alice llegó a este lugar como lo hace la mayoría de gente, en un coche conducido por uno de sus hijos y con una mezcla de renuencia y rendición. Se había vuelto demasiado vieja para vivir sola en el caserón de la parte antigua de la calle Gale; tenía dos hijos varones casados lo bastante afectuosos, pero no podía tolerar ser una carga para ellos. Alice Weathers había pasado la vida entera en French Landing, y no sentía deseos de vivir en otra parte; en cierto sentido, siempre había sabido que acabaría sus días en Maxton, que pese a no ser lujosa resultaba hasta cierto punto agradable. El día que su hijo Martin la había llevado a inspeccionar el lugar, se había percatado de que conocía al menos a la mitad de los residentes.

Al contrario que Alice, Charles Burnside, el anciano alto y flaco que yace tapado por una sábana delante de nosotros en su cama metálica, no se halla en plena posesión de sus facultades mentales, ni está soñando con Fred Astaire. La extensión surcada de venas de su calva y estrecha cabeza se curva hasta unas cejas como marañas de alambre gris, bajo las cuales, a ambos lados del carnoso gancho de la nariz, dos ojos rasgados brillan ante la ventana que da al norte y la extensión de bosques más allá del Centro Maxton. A diferencia de todos los demás residentes del ala Margarita, Burny no está dormido. Tiene los ojos resplandecientes y los labios torcidos en una extraña sonrisa, pero esos detalles no significan nada, pues la mente de Charles Burnside posiblemente esté tan

vacía como su habitación. Burny padece de Alzheimer desde hace muchos años, y lo que parece una forma agresiva de placer puede no ser más que satisfacción física de una clase muy básica. Por si no habíamos adivinado que él mismo es el origen del hedor de su habitación, las manchas que empiezan a extenderse en la sábana que le cubre lo dejan bien claro. Acaba de evacuar, en grandes cantidades, en su cama, y lo menos que podemos decir acerca de su respuesta a tal situación es que no le importa un bledo; no, señores, la vergüenza no forma parte de esta imagen.

Pero si Burny, al contrario que Alice, no acaba de saber dónde tiene la chaveta, tampoco es el típico enfermo de Alzheimer. Puede pasarse un par de días murmurando ante sus copos de avena como el resto de los «zombis» de Chipper, para luego, como por ensalmo, unirse de nuevo a los vivos. Cuando no está entre los muertos vivientes, suele apañárselas para bajar hasta el lavabo de la sala cuando es necesario, y se pasa horas ya sea husmeando solo por ahí o patrullando por los jardines, mostrándose desagradable —de hecho, ofensivo— con todos sin excepción. Recuperado de su condición de zombi, es ladino, reservado, grosero, cáustico, cabezota, malhablado, mezquino y rencoroso, en otras palabras —en el mundo según Chipper—, un hermano de sangre para los demás ancianos que residen en el Centro Maxton. Hay enfermeras, encargados y ayudantes que dudan de que Burny padezca en realidad Alzheimer. Creen que lo finge, que se desentiende de todo, tratando de pasar inadvertido, para así darles deliberadamente más trabajo mientras descansa y hace acopio de fuerzas para un episodio más de conducta desagradable. Difícilmente podemos culparles por sus sospechas. Si Burny no constituye un error de diagnóstico, es probable que sea el único paciente con un Alzheimer avanzado del mundo que experimenta períodos prolongados de remisión.

En 1996, a sus setenta y ocho años, el hombre al que se conoce como Charles Burnside llegó a Maxton en ambulancia procedente del Hospital General de La Riviere, no en un vehículo conducido por un pariente servicial. Había aparecido en urgencias cierta mañana, arrastrando dos pesadas maletas llenas de ropa sucia y exigiendo a voz en grito atención médica. Sus exigencias no eran coherentes, pero sí claras. Afirmaba haber recorrido una considerable distancia andando para llegar al hospital, y quería que este se hiciese cargo de él. La distancia variaba cada vez que lo contaba: quince kilómetros, veinticinco

kilómetros, cuarenta. Unas veces había pasado noches durmiendo en el campo o junto a la carretera y otras no. Su condición general y la forma en que olía sugerían que había estado vagando y durmiendo al raso durante tal vez una semana. Si alguna vez había tenido una cartera la había perdido durante el viaje. En el hospital de La Riviere le asearon, le alimentaron, le dieron una cama y trataron de sonsacarle una historia. La mayoría de sus declaraciones degeneraban en inconexos balbuceos, pero en ausencia de documentos, al menos los hechos siguientes parecían fiables: Burnside había sido carpintero, fabricante de marcos y yesero en la zona durante muchos años, trabajando por cuenta propia y para contratistas generales. Una tía que vivía en el pueblo de Blair le había cedido una habitación.

Entonces, ¿había, recorrido andando los casi treinta kilómetros desde Blair a La Riviere? No, había echado a andar en alguna otra parte, no recordaba dónde, pero estaba a quince kilómetros, no, a cuarenta kilómetros, era algún pueblo, habitado por unos tontos del culo. *¿Cómo se llamaba su tía?* Althea Burnside. ¿*Cuáles eran su dirección y número de teléfono?* Ni idea, no lo recordaba. *¿Tenia su tía un trabajo de alguna clase?* Sí, era tonta del culo a jornada completa. *Pero ¿le había permitido la tía vivir en su casa?* ¿Quién? ¿Que quién le había permitido qué? Charles Burnside no necesitaba el permiso de nadie. *¿Le había ordenado la tía que se fuese de su casa?* Pero ¿de quién está hablando, gilipollas?

El médico encargado de la admisión había anotado un diagnóstico inicial de Alzheimer, pendiente de los resultados de varias pruebas, y la asistente social hizo una llamada para solicitar la dirección y el número de teléfono de una tal Althea Burnside que por entonces residía en Blair. La compañía telefónica informó de que no constaba ninguna persona bajo ese nombre en Blair, como tampoco aparecía en Ettrick, Cochrane, Fountain City, Sparta, Onalaska, Arden, La Riviere, o en cualquier otro pueblo o ciudad en un radio de ochenta kilómetros. Ampliando la red, la asistente social consultó al Registro Civil y a los departamentos de la Seguridad Social, de Vehículos a Motor y de Información Fiscal en busca de datos referentes a Althea y Charles Burnside. De las dos Althea que sacó a la luz el sistema, una era propietaria de una cafetería en Butternut, en el extremo norte del estado, y la otra era una mujer negra que trabajaba en una guardería infantil en Milwaukee. Ninguna de las dos tenía

conexión alguna con el hombre del Hospital General de La Riviere. Los Charles Burnside localizados en la búsqueda en el registro no eran el Charles Burnside de la asistente social. Althea por lo visto no existía. Charles, al parecer, era una de esas personas escurridizas que pasan por la vida sin pagar impuestos jamás, inscribirse para votar, solicitar una cartilla de la Seguridad Social, abrir una cuenta bancaria, alistarse en las fuerzas armadas o sacarse el permiso de conducir.

Otra tanda de llamadas por teléfono dio como resultado que se clasificara al escurridizo Charles Burnside como pupilo bajo tutela del condado y se le admitiera en el Centro Maxton de Asistencia a la Tercera Edad hasta que se le encontrase plaza en el hospital estatal de Whitehall. La ambulancia transportó a Burnside hasta Maxton a expensas del generoso erario público, y Chipper lo envió derecho al ala Margarita. Seis semanas más tarde quedó libre una cama en una sala del hospital estatal. Chipper recibió la llamada telefónica unos minutos después de que el correo del día le trajera un cheque de un banco en De Pere, extendido por una tal Althea Burnside, para la estancia de Charles Burnside en su centro. La dirección facilitada por Althea Burnside era un apartado de correos en De Pere. Cuando le llamaron del hospital estatal, Chipper anunció que consideraba su cívico deber mantener la categoría del señor Burnside en el Centro Maxton, y que estaría encantado de hacerlo. El anciano acababa de convertirse en su paciente favorito. Sin hacer pasar a Chipper por los chanchullos habituales, Burny había doblado su contribución al flujo de ingresos.

Durante los seis años siguientes, el viejo fue sumiéndose sin remedio en la oscuridad del Alzheimer. Si fingía, se trataba de una actuación brillante. Se hundió cada vez más, pasando en el descenso por las estaciones de la incontinencia, la incoherencia, los frecuentes estallidos de rabia, la pérdida de memoria, la pérdida de la capacidad de alimentarse por sí mismo, la pérdida de personalidad. Fue menguando hasta volver a la más tierna infancia, y sumirse después en el vacío para pasar sus días sujeto con correas a una silla de ruedas. Chipper lamentó la pérdida inevitable de un paciente excepcionalmente dispuesto a cooperar. Entonces, en el verano del año anterior a estos hechos, tuvo lugar la asombrosa resurrección. La animación volvió al rostro fláccido de Burny, y empezó a articular vehementes sílabas sin sentido: *¡Abbalah! ¡Gorg!*

¡Munshun! Quería alimentarse por sí mismo, quería ejercitar las piernas, tambalearse por ahí y volver a familiarizarse con el entorno. Al cabo de una semana ya utilizaba palabras inglesas para insistir en llevar su propia ropa e ir al lavabo por sí mismo. Aumentó de peso, recuperó fuerzas, una vez más se convirtió en un incordio. Ahora, con frecuencia en el mismo día, pasa de un lado al otro, de la inmovilidad absoluta propia de la etapa final del Alzheimer a una hosquedad cauta y flamante, tan saludable en un hombre de ochenta y cinco años que podría tildarse de robustez. Burny es como un hombre que fuese a Lourdes y experimentase la curación pero se marchara antes de que esta se hubiese completado. Para Chipper, un milagro es un milagro. Siempre y cuando el viejo asqueroso siga vivo, ¿a quién le importa si vagabundea por los jardines o cuelga de las correas de la silla de ruedas?

Nos acercamos. Tratamos de hacer caso omiso del hedor. Queremos deducir cuanto podamos del rostro de este tipo tan curioso. La suya no fue nunca una cara bonita, y ahora la piel está grisácea y las mejillas son dos simas hundidas. Prominentes venas azules se enroscan en el ceniciento cuero cabelludo, moteado como un huevo de chorlito. Tiene la nariz carnosa y ganchuda levemente torcida hacia la derecha, lo cual acrecienta la impresión de malicia y disimulo. Los labios semejantes a lombrices se curvan en una inquietante sonrisa que recuerda la de un pirómano al contemplar un edificio ardiendo; o quizá, después de todo, no sea más que una mueca.

He aquí un auténtico solitario americano, uno de nuestros vagabundos, una criatura de habitaciones destartaladas y cafeterías baratas, de viajes sin rumbo y emprendidos con resentimiento, un coleccionista de heridas y llagas en las que hurga con todo cariño. He aquí un espía sin una causa más elevada que sí mismo. El verdadero nombre de Burny es Carl Bierstone, y bajo ese nombre llevó a cabo en Chicago, desde los veintitantos hasta los cuarenta y seis años, una suerte de campaña secreta, una guerra no oficial, durante la cual cometió actos espantosos solo por el placer que le producían. Carl Bierstone es el gran secreto de Burny, pues no puede permitir que nadie sepa que esa anterior encarnación, ese antiguo yo, todavía vive bajo su piel. Los atroces placeres de Carl Bierstone, sus abyectos juguetes, son también los de Burny, y ha de mantenerlos ocultos en la oscuridad, donde solo él pueda encontrarlos.

Así pues, ¿es esta la respuesta al milagro de Chipper? ¿Que Carl Bierstone

encontró una forma de salir con sigilo a través de una grieta en la inercia de Burny y asumió el control del barco que se hundía? Después de todo, el alma humana contiene infinidad de estancias, unas vastas, otras no mayores que un armario de la limpieza, algunas cerradas, otras pocas inundadas de una luz radiante. Nos inclinamos más hacia el venoso cuero cabelludo, la errante nariz, las cejas como broza de alambre; nos sumimos aún más en el hedor para examinar esos ojos interesantes. Son como neón negro; resplandecen igual que un rayo de luna al incidir en la ribera empapada de un río. En general, se nos antojan inquietantemente llenos de alegría, pero no del todo humanos. No nos son de gran ayuda.

Los labios de Burny se mueven: todavía sonríe, si a ese rictus puede llamársele sonrisa, pero ha empezado a hablar en susurros. ¿Qué está diciendo?

… eztán bajando en zuz sangrrientos agujerros y bajando los ojoz, gimotean de terror, miz pobres criaturritaz perrdidaz… No, no, eso no va a serviros de nada, ¿verdad? Ah, mira qué motores, sí, oh, esos hermosos, hermosos motores, qué maravilla, esos hermosos motores contra la alambrada, cómo giran y giran, cómo arden… veo un agujero, sí, sí, ahí, es tan brillante en los bordes, tan…

Carl Bierstone estará presentando su informe o algo así, pero ese balbuceo no nos dice gran cosa. Sigamos la dirección de la brillante y borrosa mirada de Burny en la esperanza de que nos deje entrever qué ha excitado hasta tal punto al viejo. Y que lo ha excitado sexualmente, además, como observamos por la forma bajo la sábana. Él y Chipper parecen estar en sintonía en ese aspecto, pues ambos están a punto de caramelo, solo que en lugar de beneficiarse de la experta atención de Rebecca Vilas, la única estimulación de Burny es la vista que se contempla desde su ventana.

La vista difícilmente está a la altura de la señorita Vilas. Con la cabeza ligeramente incorporada sobre una almohada, Charles Burnside contempla embelesado, más allá de una breve extensión de césped, una hilera de arces en el lindero de un enorme bosque. A continuación surgen las altas y frondosas copas de los robles.

Unos cuantos troncos de abedules resplandecen como velas en la oscuridad del interior. Por la altura de los robles y la variedad de árboles sabemos que estamos contemplando una reliquia de los maravillosos bosques que antaño cubrieran toda esa parte del país. Como todos los vestigios de antiguos bosques,

las arboledas que se extienden hacia el norte y el este desde Maxton hablan de profundos misterios en una voz casi demasiado profunda como para resultar audible. Bajo su bóveda verde, el tiempo y la serenidad se funden en un abrazo con el derramamiento de sangre y la muerte; la violencia se agita sin ser vista, constantemente, impregnando cada aspecto de un paisaje silencioso que no se detiene nunca sino que se mueve con glacial parsimonia. El terreno, moteado y blando, cubre millones de huesos desparramados con una capa tras otra; todo lo que crece y se desarrolla aquí lo hace sobre la podredumbre. Mundos que se agitan dentro de otros mundos, y universos inmensos y sistemáticos que bullen unos junto a otros, cada uno de ellos acarreando sin saberlo la abundancia y la catástrofe a sus vecinos que nada sospechan.

¿Contempla Burny esos bosques, revive gracias a lo que ve en ellos? ¿O en realidad todavía duerme y es Carl Bierstone quien da brincos tras los ojos peculiares de Charles Burnside?

Burny susurra: *Zorroz que corren a sus madriguerraz, rataz en zuz ratonerraz, hienaz que gimen con los estómagoz vacíoz, oh, zí, qué alegrría da verlaz, amigoz míoz, cada vez máz laz criaturritaz caminan penosamente con zuz sangrrientos pececitoz…*

Larguémonos de aquí, ¿de acuerdo?

Alejémonos de la fea boca del viejo Burny; lo bueno si breve dos veces bueno. Vayamos en busca de aire fresco y dirijámonos hacia el norte, sobrevolando los bosques. Los zorros pueden estar gimiendo en sus madrigueras y las ratas en sus ratoneras, cierto, así es cómo funciona la cosa, pero no vamos a encontrarnos con ninguna hiena hambrienta en el oeste de Wisconsin. De todas formas, las hienas siempre tienen hambre. Nadie siente lástima de ellas, además. Uno tendría que ser un verdadero defensor de causas perdidas para compadecerse de una criatura que no hace otra cosa que merodear en torno a otras especies hasta el momento en que, sonriente y riendo por lo bajo, pueda arrebatarle las sobras. Salimos pues, atravesando el techo.

Al este del Centro Maxton, los bosques alfombran el terreno durante un par de kilómetros antes de que un camino de tierra describa una curva desde la Nacional 35 cual raya despreocupada que divida una cabeza plagada de pelo. El bosque continúa entonces unos cien metros para dar paso a una urbanización de treinta años de antigüedad y que consiste en dos calles. Aros de baloncesto,

columpios, triciclos, bicicletas y vehículos de Fisher-Price abarrotan los senderos de entrada a las modestas casas de las calles Schubert y Gale. Los niños que harán uso de ellos están en la cama, soñando con algodón de azúcar, cachorros de perro, jugadas de béisbol, excursiones a territorios distantes y otras encantadoras infinitudes; también están durmiendo sus ansiosos padres, condenados a sentirse más ansiosos aún cuando lean la contribución de Wendell Green a la primera plana del *Herald* del día.

Algo atrae nuestra mirada: ese camino de tierra que describe una curva para internarse en los bosques desde la Nacional 35. Más un sendero que un camino real, su aire de privacidad no parece concordar con su aparente inutilidad. El sendero serpentea a través del bosque para interrumpirse un kilómetro más allá. ¿Qué sentido tiene, para qué sirve? Desde nuestra posición en lo alto, el camino semeja una débil línea trazada con un lápiz del número 4 —se necesita prácticamente una vista de lince para distinguirlo siquiera—, pero alguien se ha tomado considerables molestias para dibujar esa línea a través del bosque. Han tenido que talarse y transportarse árboles, ha habido que resegar tocones. De haberlo hecho un solo hombre, la tarea le habría llevado meses de sudorosa y agotadora dedicación. El resultado de todo ese esfuerzo inhumano tiene la destacable propiedad de *ocultarse* a sí mismo, de eludir la mirada, de forma que si la atención flaquea se desvanece y hay que volver a localizarlo. Podríamos pensar en enanos y en sus minas secretas, en el sendero que conduce al oculto alijo de oro de un dragón, un tesoro tan bien protegido que el acceso al mismo se ha camuflado bajo un encantamiento. No, minas de enanos, tesoros de dragones y hechizos de magia resultan demasiado infantiles, pero cuando descendemos para ver más de cerca advertimos que al inicio del camino se alza un desgastado letrero de PROHIBIDO EL PASO, prueba de que algo se guarda tras él, aun cuando se trate de la mera privacidad.

Como hayamos advertido el letrero, miramos una vez más hacia el final del sendero. Allí, en la oscuridad que reina bajo la copa de los árboles, una zona se nos antoja más tenebrosa que el resto. Incluso en su sumirse en la penumbra, esta zona posee una impasibilidad poco natural que la distingue de los árboles circundantes. Ajá, nos decimos, haciéndonos eco de las sandeces de Burny, ¿qué tenemos aquí, un muro de alguna clase? Así de anodino se nos antoja. Cuando llegamos al punto central de la curva del sendero, una sección triangular de

penumbra que las copas de los árboles prácticamente nos impiden ver se define a sí misma como un tejado en ángulo. No es hasta que estamos casi encima que la estructura completa pasa a definirse como una casa de madera de tres plantas, extrañamente desgarbada, con un porche frontal largo y combado. Está claro que la casa lleva mucho tiempo vacía, y después de captar su carácter excéntrico, lo primero que advertimos es lo poco hospitalaria que parece para cualquier nuevo inquilino. Un segundo letrero de PROHIBIDO EL PASO, apoyado de lado en improbable ángulo contra un poste de escalera, no hace sino subrayar la impresión producida por el edificio en sí.

El tejado en ángulo solo cubre la sección central. A la izquierda, una extensión de dos plantas retrocede hacia el bosque. A la derecha, surgen de la estructura incorporaciones como gigantescos cobertizos, más como brotes nuevos que ocurrencias de último momento. El edificio se nos antoja desequilibrado en ambos sentidos del término: una mente desquiciada lo concibió, para luego ir dotándolo, de manera implacable, de una existencia descentrada. El inextricable resultado evita toda investigación y se resiste a ser interpretado. Una extraña y monolítica impenetrabilidad emana de ladrillos y tablones, pese al daño infligido por el tiempo y el clima. Obviamente construida en busca de reclusión, si no de aislamiento total, la casa parece exigirlos todavía.

Lo más extraño de todo, desde nuestra posición privilegiada, es que la casa parece haber sido pintada de un negro uniforme; no solo las superficies de madera, sino cada centímetro del exterior, el porche, las molduras, los canalones para la lluvia, hasta las ventanas. Negra, de arriba abajo. Y eso no puede ser posible; en un rincón del mundo tan cándido y de tan buen corazón como este, ni siquiera el constructor más loco y misántropo convertiría esa casa en la sombra de sí misma. Descendemos flotando hasta quedar justo por encima del nivel del suelo y nos acercamos por el angosto sendero…

Cuando llegamos lo bastante cerca como para emitir un juicio fiable, lo cual es inquietantemente cerca, descubrimos que la misantropía puede llegar más lejos de lo que habíamos supuesto. La casa no es negra, sino que lo fue. El tono desteñido que ha asumido nos hace sentir que quizá nos hemos mostrado demasiado críticos con respecto al color original. La casa se ha vuelto del gris plomizo de los cúmulos tormentosos y los mares lúgubres. El negro sería preferible a esta absoluta falta de vida.

Podemos estar seguros de que bien pocos de los adultos que viven en la urbanización cercana, o cualquier adulto de French Landing y las poblaciones circundantes, han desafiado la advertencia en la Nacional 35 para internarse en el angosto sendero. Prácticamente ninguno se habrá percatado de que el letrero sigue ahí; ninguno de ellos conoce la existencia de la casa negra. Sin embargo, también podemos estar casi seguros de que una serie de hijos ha explorado el sendero, y de que algunos de esos niños se han aventurado lo suficiente como para llegar a la casa. La habrán visto de una forma en que sus padres no pueden hacerlo, y lo que vieron les habrá hecho salir corriendo de vuelta a la carretera.

La casa negra se nos antoja tan fuera de lugar en el oeste de Wisconsin como un rascacielos o un palacio rodeado de un foso. De hecho, la casa negra sería una anomalía en cualquier parte de nuestro mundo, excepto quizá como la «mansión encantada» o el «castillo del terror» de un parque de atracciones, donde su capacidad de repeler a los compradores de entradas provocaría su cierre antes de que acabase la primera semana. Y aun así en cierto sentido específico quizá nos recuerde a los lúgubres edificios en el ascenso de la calle Chase hacia la respetabilidad desde la ribera del río y las Casas de los Clavos. El destartalado hotel Nelson, la oscura taberna, la zapatería, y los demás, marcados todos por la raya horizontal trazada por el grasiento lápiz del río, comparten el mismo sabor fantasmagórico, de ensueño y medio irreal que satura la casa negra.

En este momento de nuestro avance —y durante todo lo que va a seguir— haríamos bien en recordar que ese extraño sabor a ensueño y a leve carencia de naturalidad es característico de las zonas fronterizas. Puede detectarse en cada costura entre un territorio específico y otro, por importante o insignificante que sea la frontera en cuestión. Las tierras fronterizas son diferentes de otros lugares: son *colindantes.*

Supongamos que recorre usted en coche por primera vez una sección semirrural del condado de Oostler, en su estado natal, de camino a visitar a una amistad del sexo opuesto recién divorciada que se ha marchado de pronto, en su opinión de forma insensata, a una pequeña población del adyacente condado de Orelost. En el asiento del acompañante, sobre una cesta de picnic que contiene dos botellas de un Burdeos blanco de calidad superior sujetas en su sitio por

variados bocados de gourmet en exquisitos y pequeños envases, reposa un mapa cuidadosamente doblado para exponer la zona relevante. Tal vez no conozca usted su situación exacta, pero está en la carretera adecuada y va bien de tiempo.

El paisaje se altera poco a poco. La carretera vira siguiendo un inexistente arcén y empieza a serpentear para describir curvas inexplicables; a los lados los árboles se inclinan; bajo sus ramas retorcidas, las casas intermitentes son cada vez más pequeñas y sórdidas. Delante, un perro de tres patas se escurre por entre un seto para lanzarse gruñendo hacia su neumático delantero derecho. Una vieja bruja que lleva un juvenil sombrero de paja y lo que semeja una mortaja le dirige una mirada airada y de ojos enrojecidos desde el balancín a rayas de un porche. Dos patios delanteros más allá, una niña pequeña disfrazada con una sucia malla rosa y una corona de papel de plata blande una reluciente varita mágica con una estrella en la punta sobre un montón de neumáticos ardiendo. Entonces aparece ante la vista un letrero rectangular que lleva escrito BIENVENIDOS A ORELOST. Poco después los árboles corrigen su postura y la carretera se endereza. Liberado de una ansiedad que apenas si advirtiera hasta que ha desaparecido, pisa a fondo el acelerador y se apresura hacia esa amistad que tanto le necesita.

Las zonas fronterizas tienen un regusto a indisciplina y tergiversación. Lo grotesco, lo impredecible y lo anárquico echan raíces en ellas y crecen de manera exuberante. El sabor primordial de las zonas fronterizas es a *dislocación.* Y mientras nos hallamos en un escenario de maravillosa belleza natural, también hemos estado viajando por una zona fronteriza natural, delineada por un gran río y definida por otros ríos menos caudalosos, extensas morenas, riscos de piedra caliza y valles que permanecen invisibles, como la casa negra, hasta que uno vuelve el recodo preciso y se los encuentra cara a cara.

¿Han visto alguna vez a un cadavérico y furibundo anciano de raído atuendo que empuja un carrito de la compra vacío por las calles desiertas farfullando y despotricando? Unas veces lleva una gorra de béisbol; otras, un par de gafas de sol con un cristal roto.

¿Se han refugiado alguna vez, asustados, en un umbral y observado a un hombre de aspecto marcial, con una cicatriz zigzagueante en un costado de la cara, irrumpir entre una multitud ebria para descubrir, espatarrado en el suelo y muerto, a un muchacho, con la cabeza aplastada y los bolsillos vueltos hacia fuera? ¿Han visto centellear la rabia y la lástima en el rostro mutilado de ese

hombre?

Esos son indicios de *dislocación.*

Otro se halla oculto debajo de nosotros en los alrededores de French Landing, y pese al terror y el sufrimiento que rodean este indicio, no nos queda otro remedio que ser testigos de él. Mediante nuestra condición de testigos, lo honraremos en la medida de nuestras aptitudes individuales; al ser contemplado, al ofrecer su testimonio ante nuestra muda mirada, nos recompensará en mucho mayor medida.

De nuevo estamos en el aire y, extendido debajo de nosotros —podríamos decir *extendido de brazos y piernas*—, el condado de French se desparrama cual mapa topográfico. El sol matutino, más intenso ahora, resplandece sobre los verdes campos rectangulares y arranca destellos de los pararrayos que se elevan de las cimas de los graneros. Los caminos se ven despejados. Charcos de luz fundida brillan sobre los techos de los pocos coches que transitan lentamente hacia la ciudad bordeando los campos. Vacas holandesas empujan con suavidad el portón de entrada a los pastos, listas para el confinamiento de sus establos y la cita matutina con la máquina de ordeñar.

A una distancia prudencial de la casa negra, que ya nos ha proporcionado un excelente ejemplo de dislocación, nos deslizamos hacia el este, cruzando la larga y recta cinta de la calle Once e iniciando nuestro recorrido a través de una zona de transición con casas diseminadas y pequeños negocios antes de que la Nacional 35 atraviese las tierras de labranza en sí. El 7-Eleven pasa ante nosotros, así como la residencia de veteranos de guerras foráneas, en la que el asta aún tardará cuarenta y cinco minutos en exhibir la bandera nacional. En una de las casas apartadas de la carretera, una mujer llamada Wanda Kinderling, la esposa de Thornberg Kinderling, un hombre estúpido y malvado que cumple cadena perpetua en la prisión estatal en Waupun, se despierta, contempla el nivel del vodka en la botella que hay sobre su mesilla de noche, y decide posponer el desayuno otra hora. Cincuenta metros más allá, relucientes tractores en hileras militares se hallan frente a la gigantesca burbuja de acero y vidrio del concesionario de material de labranza de Ted Goltz, Aperos del Condado de French, donde un marido y padre decente y preocupado llamado Fred Marshall, a quien conoceremos dentro de poco, pronto se presentará a trabajar.

Más allá de la llamativa burbuja de cristal y el mar de asfalto del

aparcamiento de Goltz, ochocientos metros de un campo pedregoso descuidado hace mucho acaban por degenerar en tierra desnuda y larguiruchos hierbajos. Al final de un largo desvío cubierto de maleza, lo que semeja una pila de madera podrida se alza entre un viejo cobertizo y un antiguo surtidor. Ese es nuestro destino. Descendemos planeando hacia la tierra. El montón de madera se descompone en una estructura inclinada y ruinosa a punto de derrumbarse. Un viejo anuncio de hojalata de Coca-Cola salpicado de orificios de bala se inclina contra la fachada de la construcción. Latas de cerveza y los filtros de viejos cigarrillos alfombran el terreno cubierto de maleza. Desde el interior nos llega el zumbido constante y adormecedor de una enorme cantidad de moscas. Deseamos retroceder en el aire purificador y largarnos. La casa negra ya estaba bastante mal; de hecho, era terrible, pero esto… esto va a ser peor.

Una definición secundaria de *dislocación* es: la sensación de que las cosas en general acaban de empeorar, o van a hacerlo muy pronto.

La destartalada casucha en forma de vagón de carga que tenemos delante solía albergar un establecimiento insalubre, y cuya mala dirección rayaba en lo cómico, llamado Bocados de Ed. Desde detrás de un mostrador eternamente sucio, una carcajeante masa de grasa de ciento cincuenta kilos llamada Ed Gilbertson servía antaño aceitosas hamburguesas muy hechas, emparedados de salchicha ahumada y mayonesa ornamentados con negras huellas de pulgar y rezumantes cucuruchos de helado a una clientela menuda y poco exigente, en su mayoría niños locales que llegaban en bicicleta. Fallecido tiempo atrás, Ed era uno de los numerosos tíos del jefe de policía de Frenen Landing, Dale Gilbertson, además de un tarado y un vago de buen corazón de renombre en la zona. Su delantal de cocinero estaba mugriento hasta lo indescriptible; el estado de sus manos y uñas habría llevado a cualquier inspector de sanidad al borde de la náusea; de la limpieza de sus utensilios bien podrían haberse encargado unos gatos. Inmediatamente detrás del mostrador, cubas de helado fundido se asaban al calor que desprendía la plancha a través de su costra. En lo alto, mustias cintas de papel matamoscas pendían invisibles bajo el pelaje de un millar de cadáveres de mosca. La desagradable verdad es que, durante décadas, Bocados de Ed permitió que una generación tras otra de microbios y gérmenes se multiplicaran sin obstáculos, pululando desde el suelo, el mostrador y la plancha —¡sin dudar en establecer una colonia en el mismísimo Ed!— a espátulas y tenedores y al

sucio cucharón de servir helados, y de ahí a la horrible comida para acceder por fin a las bocas y las entrañas de los niños que se comían aquello, además de las de alguna madre ocasional.

Por sorprendente que parezca, nadie murió nunca por comer en Bocados de Ed, y después de que un ataque al corazón que debió haberle dado mucho antes derribara a su propietario cierto día en que se subió a un taburete con el propósito de pegar por fin una docena de tiras matamoscas nuevas, nadie tuvo valor para arrasar con su casucha y despejar los escombros. Durante veinticinco años y bajo el abrigo de la oscuridad, su podrida carcasa ha dado la bienvenida a románticas parejas de adolescentes, así como a reuniones de chicos y chicas que precisaban un lugar apartado para investigar por primera vez en los anales de la historia, o eso les parecía a ellos, en la liberación de la embriaguez.

El embelesado zumbar de las moscas nos dice que, sea lo que sea lo que estemos a punto de presenciar en el interior de esta ruina, no van a ser ni un par de decadentes y jóvenes amantes ni unos cuantos niños tontainas medio desmayados. El suave y glotón alboroto, inaudible desde la carretera, declara la presencia de mucho más que eso. Podríamos decir que representa una especie de portal.

Entramos. La luz del sol se filtra por las rendijas de la pared que da al este y la maltrecha techumbre pinta vetas luminosas en el suelo arenoso. Plumas y polvo se arremolinan y se agitan sobre huellas de animales y las borrosas impresiones dejadas por zapatos desaparecidos hace mucho. Raídas mantas excedentes del ejército salpicadas de moho se amontonan arrugadas contra la pared a nuestra izquierda; unos metros más allá, latas de cerveza desechadas y colillas aplastadas de cigarrillos rodean un farol de queroseno con la campana de cristal resquebrajada. La luz del sol traza cálidas rayas sobre huellas crujientes que avanzan describiendo una amplia curva en torno a los restos del atroz mostrador de Ed para internarse en el vacío que antaño ocupara la cocina, el fregadero y una serie de estantes para almacenamiento. Ahí, en lo que una vez fuesen los sagrados dominios de Ed, las pisadas se desvanecen. Alguna feroz actividad ha esparcido el polvo y la arenilla, y algo que no es una vieja manta del ejército, aunque deseamos que lo fuera, yace deslavazado contra la pared del fondo, sumido a medias en un charco irregular de líquido pegajoso. Moscas enloquecidas penden sobre el oscuro charco o se posan en él. En el rincón más

alejado, un chucho de color rojizo con el pelaje como el de un puercoespín hinca los dientes en el codillo de carne y hueso que sobresale del objeto blanco que sujeta entre las patas delanteras. El objeto blanco es una zapatilla de deporte. Una zapatilla New Balance, para ser exactos. Para ser más exactos, una zapatilla de deporte New Balance de niño, número 34.

Deseamos invocar nuestra habilidad de volar y largarnos de ahí a toda prisa. Queremos flotar a través de un techo que no opondrá resistencia para volver al aire inofensivo, pero no podemos hacerlo: debemos ser testigos. Un perro feísimo está mordisqueando el pie cercenado de un niño mientras hace cuanto puede por extraer el pie de la zapatilla New Balance blanca. El dorso descarnado del animal se arquea y extiende, encoge los espinosos cuartos delanteros y la cabeza estrecha, las huesudas pezuñas sujetan con rigidez el trofeo para tironear de él, pero la zapatilla tiene los cordones abrochados; mala suerte para el chucho.

En cuanto a ese algo que no es una vieja manta militar, más allá de un remolino de huellas y surcos polvorientos, en el extremo más alejado del suelo, su pálida forma yace plana y cara arriba, con la mitad superior extendiéndose fuera del charco oscuro. Un brazo se tiende lánguidamente sobre la arena; el otro se sostiene vertical contra la pared. Los dedos de ambas manos se curvan hacia la palma. El suave cabello rubio rojizo le cae hacia atrás desde el pequeño rostro. Si los ojos y la boca esbozan alguna expresión reconocible, es la de una ligera sorpresa. Se trata *de un* accidente estructural; no significa nada, pues la configuración del rostro de esta niña la hacía parecer levemente sorprendida incluso cuando estaba dormida. Tiene moretones como manchas de tinta y borrones en las mejillas, las sienes y el cuello. Una camiseta blanca con el logotipo de los Brewers de Milwaukee y embadurnada de suciedad y sangre seca le cubre el torso desde el cuello al ombligo. La mitad inferior del cuerpo, pálida como el humo excepto donde está salpicada de sangre, se prolonga hasta internarse en el charco oscuro sobre el que penden y se posan las frenéticas moscas. La desnuda y esbelta pierna izquierda incorpora una rodilla llena de costras y concluye elevándose en una zapatilla New Balance, número 34, manchada de sangre, con los cordones abrochados con dos lazadas y la punta señalando hacia el techo. Donde debería hallarse la compañera de esa pierna hay un vacío, pues la cadera derecha acaba, abruptamente, en un muñón irregular.

Nos hallamos en presencia de la tercera víctima del Pescador, Irma Freneau, de diez años. La conmoción provocada por su desaparición, ayer por la tarde, de la acera ante el videoclub será más intensa después de que Dale Gilbertson encuentre el cadáver, para lo que ahora falta poco más de un día.

El Pescador la recogió en la calle Chase y la transportó, no podemos decir cómo, calle arriba por toda Chase y Lyall Road, hasta más allá del 7-Eleven y la residencia para veteranos, más allá de la casa en que Wanda Kinderling bebe indignada, más allá de la brillante astronave de cristal de Goltz, para cruzar la frontera entre la ciudad y las tierras de labranza.

Estaba viva cuando el Pescador la hizo trasponer el umbral junto al horadado anuncio de Coca-Cola. Debió de haber forcejeado, debió de haber chillado. El Pescador la llevó hasta la pared del fondo y la silenció propinándole golpes en la cara. Es muy probable que la haya estrangulado. Posó su cuerpo en el suelo y dispuso correctamente los miembros. A excepción de las zapatillas New Balance blancas, le quitó todas las prendas de cintura para abajo: ropa interior, vaqueros, shorts, lo que fuera que llevase Irma cuando la secuestró. Después, el Pescador le amputó la pierna derecha. Utilizando alguna clase de cuchillo de hoja larga y pesada, y sin la asistencia de una cuchilla de carnicero o una sierra, cortó la carne, partió el hueso y se las arregló para separar la pierna del resto del cuerpo. Entonces, quizá con no más de dos o tres golpes de cuchillo en el tobillo, cercenó el pie y lo arrojó a un lado, todavía dentro de la zapatilla blanca. El pie de Irma no era importante para el Pescador; todo lo que quería era su pierna.

Aquí, amigos míos, sí que tenemos verdadera *dislocación.*

El cuerpo menudo e inerte de Irma Freneau parece aplanarse como si pretendiera fundirse a través de los podridos tablones del suelo. Las embriagadas moscas prosiguen con su canturreo. El perro continúa tratando de arrancar su jugoso trofeo del interior de la zapatilla. Si devolviésemos a la vida al ingenuo Ed Gilbertson y le situásemos junto a nosotros, caería de rodillas y se echaría a llorar. Nosotros, en cambio…

Nosotros no estamos aquí para llorar. No como Ed, al menos, horrorizado,

avergonzado e incrédulo. Un misterio tremendo ha habitado este tugurio, y sus efectos y rastros penden por todas partes en torno a nosotros. Hemos venido a observar, a registrar y constatar las impresiones, las imágenes que han quedado en la cola de cometa del misterio. Los detalles hablan de él y persiste por tanto en su propia estela, y por tanto nos rodea. Una gravedad intensa, muy intensa, emerge flotando de la escena, y esa gravedad nos da una lección de humildad. Esa es nuestra mejor y más acertada respuesta, la humildad. Sin ella perderíamos todo el sentido, el misterio se nos escaparía y proseguiríamos sordos y ciegos, ignorantes como monos. No nos permitamos continuar como monos. Debemos honrar esta escena —las moscas, el perro preocupado por el pie cercenado, el pálido cadáver de la desdichada Irma Freneau, la magnitud de lo que le ha sucedido a Irma Freneau— mediante el reconocimiento de nuestra insignificancia. En comparación, no somos más que vapores.

Una abeja regordeta entra a través del hueco de la ventana que hay en la pared lateral, a dos metros del cadáver de Irma, y realiza un lento circuito exploratorio por el fondo de la casucha. Suspendida entre las borrosas alas, la abeja casi parece demasiado pesada para volar, pero avanza con fácil y pausada deliberación, moviéndose bien por encima del suelo ensangrentado en una amplia curva. Las moscas, el chucho e Irma no le prestan atención.

Para nosotros, sin embargo, que continuamos flotando satisfechos por el fondo de esa cámara de los horrores, ha dejado de ser una bienvenida distracción para verse absorbida por el misterio circundante. Constituye un detalle dentro de la escena y, además, nos inspira humildad y nos habla. El oneroso y penetrante ruido sordo de sus alas parece definir el centro exacto de las oscilantes ondas de sonido, de tono más agudo, producidas por las voraces moscas. Cual cantante al micrófono delante de un coro, la abeja controla el trasfondo auditivo. El sonido va aumentando de intensidad hasta un punto considerable. Cuando la abeja penetra en un haz de luz amarilla que se derrama a través de la pared que da al este, sus rayas resplandecen en negro y oro, las alas se fusionan para semejar aspas, y el insecto se convierte en una intrincada maravilla aerotransportada. La niña salvajemente asesinada casi se funde con las tablas ensangrentadas del suelo. Nuestra humildad, nuestra sensación de insignificancia, nuestra apreciación de la gravedad profundamente arraigada en esta escena nos garantiza que captemos fuerzas y poderes a los que no alcanza nuestra comprensión, una

especie de grandeza siempre presente y activa pero perceptible tan solo en momentos como este.

Nos han honrado con esto, pero el honor es insoportable. La abeja parlante regresa trazando círculos a la ventana y accede a otro mundo y, siguiendo su ejemplo, nosotros salimos por la ventana, al aire y al sol.

Hedor a heces y orina en el Centro Maxton; la frágil, resbaladiza sensación de *dislocación* en la destartalada casucha al norte de la Nacional 35; el sonido de las moscas y la visión de la sangre en lo que antaño fuese Bocados de Ed. *¡Buf! ¡Puaj!* ¿No hay ningún sitio aquí en French Landing, podemos preguntarnos, donde haya algo agradable de por sí? ¿Donde no haya trampa ni cartón, por así decirlo?

La concisa respuesta es no. En cada punto de acceso a French Landing debería haber grandes carteles que rezaran: ¡PRECAUCIÓN! DISLOCACIÓN EN PROCESO. PASE POR SU CUENTA Y RIESGO.

La magia que actúa aquí es la magia del Pescador. Ha hecho que lo «agradable» quede obsoleto, al menos temporalmente. Pero podemos ir a algún lugar *más agradable*, y si podemos probablemente debemos hacerlo, porque necesitamos un respiro. Quizá no seamos capaces de escapar de la *dislocación*, pero podemos al menos visitar un lugar en que nadie se cague en la cama o sangre en el suelo (por lo menos de momento).

Así pues, la abeja sigue su camino y nosotros el nuestro, que nos lleva hacia el suroeste, sobrevolando más bosques que exhalan sus fragancias de vida y oxígeno —no hay un aire como este, al menos en este mundo— para regresar a las obras del hombre.

Esta zona de la ciudad se llama Libertyville y fue bautizada así por el concejo municipal de French Landing en 1976. No van a creerlo, pero el barrigón Ed Gilbertson, el mismísimo rey del perrito caliente, era miembro de esa centenaria pandilla de patriarcas. Corrían tiempos muy extraños, aunque no tanto como los actuales; en French Landing, estos son los Días del Pescador, los días de la dislocación resbaladiza.

Las calles de Libertyville tienen nombres que a los adultos les parecen coloristas y a los niños, vergonzosos. Se sabe de algunos de estos últimos que

han dado en llamar a su zona de la ciudad *Maricónville*. Descendamos ahora, a través del dulce aire matutino (ya empieza a hacer más calor; desde luego este va a ser el día ideal para la Fiesta de la Fresa). Volamos en silencio sobre la calle Camelot, pasamos el cruce entre Camelot y Avalon y continuamos nuestro descenso por esta última hasta la avenida de Lady Marian. Desde Lady Marian seguimos hasta — ¿supone una sorpresa?— la calle Robin Hood.

Aquí, en el número 16, una monada de casita tipo Cape Cod que parece perfecta para el premio a la clásica familia decente y que trabaja duro para abrirse camino, nos encontramos abierta la puerta de la cocina. Nos llega el aroma a café y tostadas, una combinación maravillosa de olores que desmiente toda dislocación (si no tuviésemos la certeza de que no es así; si no hubiésemos visto al perro en acción, comiéndose un pie que sobresale de una zapatilla como un niño podría comerse una salchicha sobresaliendo de su panecillo), y seguimos el aroma hasta el interior. Está bien lo de ser invisibles, ¿eh? Lo de observar en silencio como dioses. ¡Si lo que nuestros divinos ojos han visto solo fuese un poco menos sobrecogedor! Pero así son las cosas. Estamos en el ajo, para bien o para mal, y haríamos mejor en seguir adelante. Como dicen en está parte del mundo, es una pena desperdiciar la luz del día.

Aquí, en la cocina del número 16, se encuentra Fred Marshall, cuya imagen adorna el caballete de Vendedor del Mes en la sala de exposición de Aperos del Condado de French. Fred también ha sido nombrado Empleado del Año en tres de las últimas cuatro ocasiones (hace dos años Ted Goltz le dio el premio a Otto Eisman, solo para romper la rutina), y cuando está en su puesto nadie irradia más encanto y personalidad o derrocha más amabilidad. ¿Querían algo agradable? Damas y caballeros, les presentamos a Fred Marshall.

Solo que ahora no hay indicios de su sonrisa tan segura de sí, y su cabello, siempre tan cuidadosamente peinado en el trabajo, no ha visto aún el cepillo. Lleva unos shorts Nike y una camiseta con las mangas cortadas en lugar de sus habituales pantalones caquis bien planchados y camisa deportiva. Sobre la encimera está el ejemplar de *La Riviere Herald* de los Marshall, abierto en una página interior.

A Fred le ha tocado padecer ciertos problemas últimamente (o más bien a su mujer, Judy, y todo lo de ella es suyo, o eso dijo el cura cuando les unió en santo matrimonio) y lo que está leyendo no le hace sentir mejor. Ni mucho menos. Es

una columna que continúa la historia principal en primera plana, y por supuesto el autor es el periodista sensacionalista favorito de todos, Wendell Green: EL PESCADOR AÚN ANDA SUELTO.

La columna constituye un resumen básico de los dos primeros asesinatos *(horripilante* y *más horripilante aún* es lo que Fred opina de ellos) y, mientras lee, Fred dobla y levanta hacia atrás primero la pierna izquierda y luego la derecha, estirando todos los músculos importantes en preparación para salir a correr como cada mañana. ¿Qué puede ser más antidislocación que salir a correr por las mañanas? ¿Puede haber algo más *agradable*? ¿Qué puede estropear tan encantador inicio de un precioso día de Wisconsin?

Bueno, a ver qué les parece esto:

Los sueños de Johnny Irkenham eran bastante simples, según su desolado padre. [*Desolado padre,* piensa Fred mientras se estira e imagina a su hijo dormido en el piso de arriba. *Dios mío, no permitas que sea jamás un padre desolado.* No sabe, por supuesto, que pronto tendrá que asumir ese papel.] *«Johnny quería ser astronauta —dijo George Irkenham, y esbozó una sonrisa que iluminó su rostro exhausto—. Me refiero a cuando no estaba, apagando fuegos para el Departamento de Bomberos de French Landing o luchando contra el crimen con la Asociación Americana en Favor de la Justicia, claro.»*

Esos sueños inocentes acabaron en uña pesadilla que no podemos imaginar. [*Pero estoy seguro de que lo intentarás,* piensa Fred mientras empieza a mover los dedos de los pies.] *El pasado lunes, su cuerpo descuartizado fue descubierto por Spencer Hovdahl, de Centralia. Hovdahl, un agente de préstamos del First Farmer State Bank, estaba inspeccionando una granja abandonada en French Landing propiedad de John Ellison, que vive en un condado vecino, con la intención de iniciar los pasos necesarios para su embargo. «Para empezar, ni siquiera deseaba estar allí —informó Hovdahl a este reportero—. Si hay algo que detesto es ese rollo de andar requisando y embargando.* [Conociendo como conoce a Spence Hovdahl, Fred duda mucho de que utilizase la palabra *rollo.*] *Y aún lo deseé menos después de entrar en el gallinero. Se está viniendo abajo de tan destartalado, y me habría quedado fuera de no ser por el ruido de las abejas. Pensé que ahí dentro debía de haber un panal. Me interesan las abejas, y sentí curiosidad. Que Dios me ayude, sentí curiosidad. Espero no volver a sentirla jamás.»*

Lo que encontró en el gallinero fue el cadáver de John Wesley Irkenham, de siete años. El cuerpo había sido descuartizado y las partes pendían de las podridas vigas del gallinero mediante cadenas. Aunque el jefe de policía Dale Gilbertson no lo confirma ni lo niega, fuentes policiales fiables en La Riviere aseguran que los muslos, el torso y las nalgas presentaban marcas de mordeduras…

De acuerdo, ya es suficiente para Fred, se acabó lo que se daba. Cierra el periódico y le da un empujón para enviarlo por sobre la encimera hasta la cafetera. Dios santo, cuando él era pequeño nunca publicaban cosas como esa en los periódicos. ¿Y por qué el Pescador, por el amor de Dios? ¿Por qué tenían que etiquetar a cada monstruo con un mote pegadizo, que convertir a quien fuera que hubiese hecho eso en celebridad psicópata del mes?

Por supuesto, cuando él tenía la edad de Tyler nunca había pasado nada semejante, pero el principio fundamental… el maldito *principio* del asunto…

Fred acaba sus ejercicios con las puntas de los pies y se recuerda que debe tener una charla con Tyler. Será más difícil que sus pequeñas charlas sobre por qué la cosita a veces se le pone dura, pero definitivamente ha de hacerse. *Utiliza el sistema de ir siempre acompañado* —le dirá Fred—. *Ahora tienes que ir con tus amigos a todas partes, Ty. Durante un tiempo se acabó lo de andar solo por ahí, ¿vale?*

Y, sin embargo, a Fred se le antoja remota la idea de que puedan en realidad asesinar a Ty; le parece el material para un documental dramático de la tele, o quizá para una película de Wes Graven. Llamémosla *Scream 4: el Pescador.* De hecho, ¿no había una película sobre algo parecido, una que iba de un tío con impermeable de pescador que andaba por ahí matando adolescentes con un anzuelo? Tal vez, pero no a niños pequeños, no a *criaturas* como Amy Saint Pierre y Johnny Irkenham. Santo Dios, el mundo se estaba desintegrando justo delante de sus narices.

Los trozos del cuerpo colgando de cadenas en un destartalado gallinero, esa es la parte que le obsesiona. ¿Puede ser cierto? ¿Puede ser cierto aquí y ahora, en la tierra de Tom Sawyer y Becky Thatcher?

Bueno, dejémoslo estar. Ya es hora de correr.

Pero a lo mejor, sin saber cómo, el periódico se ha perdido esta mañana, piensa Fred mientras lo coge para doblarlo hasta que parece un grueso libro en

edición de bolsillo (pero parte del titular le acusa incluso entonces: **EL PESCADOR AÚN ANDA S**). *A lo mejor el periódico ha hecho… no sé, algo así como emigrar directamente hacia el viejo cubo de basura que hay detrás de la casa.*

Sí, buena idea. Porque Judy ha estado extraña últimamente, y las vibrantes historias de Wendell Green sobre el Pescador no ayudan precisamente *(marcas de mordeduras en muslos y torso,* piensa Fred mientras se desliza hacia la puerta a través de la casa sumida en la quietud matutina. *Y, ya que está en ello, camarero, haga que me corten una buena tajada de nalga).* Judy lee los artículos de prensa de manera obsesiva, sin hacer comentarios, pero a Fred no le gusta la forma en que sus ojos van de un lado a otro, o algunos de los otros tics que viene padeciendo: la forma obsesiva en que se toca con la lengua el labio superior, por ejemplo…; en los últimos dos o tres días incluso la ha visto llegar con la punta de la lengua hasta la parte superior de la hendidura que separa el labio de la nariz, una hazaña que habría creído imposible de no haber vuelto a presenciarla la noche anterior, mientras emitían el telediario local. Cada vez se va a la cama más temprano, y en ocasiones habla en sueños, arrastrando unas palabras extrañas que no suenan a inglés. A veces, cuando Fred le habla, Judy no responde; simplemente se queda mirando al vacío con los ojos muy abiertos, moviendo levemente los labios y frotando las manos (han empezado a aparecer en ellas cortes y rasguños, a pesar de que sigue llevando las uñas cortas).

Ty también se ha percatado de esas rarezas que se están apropiando de su madre. El sábado, mientras padre e hijo comían juntos —Judy estaba arriba echándose una de sus largas siestas, otro nuevo truco—, el niño preguntó sin previo aviso:

—¿Qué le pasa a mamá?

—Ty, a mamá no le pasa na…

—¡Sí que le pasa! Tommy Erbter dice que últimamente está como si le faltara un tornillo.

¿Y no había estado a punto de tender la mano por sobre la sopa de tomate y los emparedados calientes de queso para pegarle un tortazo a su hijo? ¿A su único hijo? ¿Al bueno de Ty, que solo estaba preocupado? Pues sí, había estado a punto, que Dios le ayudase.

Una vez fuera, donde parte el sendero de cemento que desciende hasta la

calle, Fred empieza a correr lentamente sin moverse del sitio, inspirando hondo para hacer acopio del oxígeno que pronto volverá a expeler. Suele ser el mejor momento de su jornada (eso si él y Judy no hacen el amor, algo bien extraño desde hace un tiempo). Le gusta la sensación, la práctica certeza de que su camino puede suponer el inicio de una senda hacia cualquier parte, de que puede empezar ahí, en la zona de Libertyville en French Landing, y acabar en Nueva York… San Francisco… Bombay… los desfiladeros de Nepal. Cada paso desde el propio umbral es una invitación al mundo (quizá hasta al universo), y eso es algo que Fred Marshall comprende de manera intuitiva. Sí, de acuerdo, se dedica a vender tractores John Deere y cultivadoras Case, pero no carece de imaginación. Cuando él y Judy eran estudiantes en la Universidad de Wisconsin en Madison, sus primeras citas tuvieron lugar en la cafetería que había a la salida del campus, un refugio para amantes del jazz y la poesía exprés llamado Chocolate Watchband. No sería del todo injusto decir que se habían enamorado con el sonido de fondo de borrachos airados que declamaban poemas de Allen Ginsberg y Gary Snyder a través del equipo de sonido del Chocolate Watchband, barato pero exquisitamente ruidoso.

Fred inspira profundamente una vez más y echa a correr. Coge la calle Robin Hood hasta Lady Marian, donde saluda con un ademán a Deke Purvis. Deke, ataviado con bata y zapatillas, está recogiendo la cotidiana dosis de catástrofe de Wendell Green de su propio porche. Fred dobla entonces en la calle Avalon, acelerando un poco ahora para que la mañana le vea los talones.

No consigue dejar atrás sus preocupaciones, sin embargo.

Judy, Judy, Judy, se dice con la voz de Cary Grant (una pequeña broma que hace mucho que dejó de hacerle gracia a su amada).

Recuerda las sandeces que balbucea cuando duerme, y la forma en que sus ojos se mueven con rapidez de un lado al otro, por no mencionar la ocasión (hace solo tres días) en que la siguió a la cocina y ella no estaba allí; resultó que estaba *detrás* de él, bajando las escaleras, y le pareció menos importante *cómo* lo había hecho que *por qué* lo había hecho, eso de escabullirse por las escaleras de atrás para luego aparecer por las de delante (porque eso era lo que tenía que haber hecho; era la única solución que se le ocurría). Luego están esos movimientos y pequeños chasquidos que hace con la lengua. Fred sabe lo que significa todo eso: Judy ha estado actuando como una mujer aterrorizada. Lleva

haciéndolo desde *antes* del asesinato de Amy Saint Pierre, de forma que no puede ser a causa del Pescador, o al menos *no solo* de él.

Y hay un asunto más importante. Un par de semanas atrás, Fred les habría dicho que su esposa era incapaz de sentir el menor temor. Bien puede medir poco más de metro sesenta («Vaya, pero si no abultas gran cosa», fue el comentario de la abuela de Fred cuando conoció a su prometida), pero Judy tiene el corazón de un león, de una guerrera vikinga. Y no se trata de una majadería o una exageración, o de una licencia poética; es la simple verdad, tal como Fred lo ve, y es ese contraste entre lo que siempre ha conocido y la realidad actual lo que más le asusta.

Desde Avalon se dirige hacia la calle Camelot, cruzando la intersección sin mirar si hay tráfico, más rápido de lo habitual, casi a la carrera en lugar de correteando para hacer ejercicio. Está recordando algo que pasó más o menos un mes después de que él y Judy empezaran a salir juntos.

Era al Chocolate Watchband adonde habían acudido, como de costumbre, solo que en esa ocasión por la tarde, a escuchar a un cuarteto que de hecho había resultado bastante bueno. Aunque no es que hubiesen prestado mucha atención, según recuerda Fred; en general le había contado a Judy lo poco que le gustaba estar en la facultad de Agronomía y Ciencias Biológicas (la Facultad de los Burros, como la llamaban los presuntuosos de Letras), y lo poco que le gustaba la asunción de que cuando se graduara volvería a casa y ayudaría a Phil a llevar la granja de la familia en French Landing. La idea de pasarse la vida formando equipo con Phil hacía sumirse a Fred en una depresión severa.

—¿Qué quieres hacer, entonces? —había preguntado Judy. Le sostenía la mano sobre la mesa, en la que ardía una vela en un recipiente de cristal mientras en el escenario el conjunto interpretaba una dulce melodía llamada *Estaré ahí cuando me necesites.*

—No lo sé —había contestado él—, pero te digo una cosa, Judy, debería estar en la facultad de Empresariales, y no en la de los Burros. Soy muchísimo mejor vendiendo cosas que plantándolas.

—Entonces, ¿por qué no cambias?

—Porque mi familia cree que…

—No es tu familia la que va a tener que vivir tu vida, Fred, sino tú.

Recuerda haber pensado que hablar es fácil, pero entonces, en el camino de

regreso al campus ocurrió algo tan asombroso y tan lejos de cómo él suponía que había de funcionar la vida que todavía le maravilla, incluso ahora, unos trece años más tarde.

Seguían hablando del futuro de Fred y de su futuro juntos (*Podría ser la esposa de un granjero* —había dicho Judy—, *pero solo si mi esposo deseara de veras ser granjero*). Seguían enfrascados en eso. Se dejaban llevar por sus pies sin interesarles gran cosa hacia dónde les conducían, cuando en la intersección de las calles State y Gorham el chirriar de unos frenos y un sonoro golpe metálico interrumpieron la conversación. Fred y Judy se habían vuelto para ver una camioneta Dodge cuyo parachoques acababa de engancharse con el de un viejo Ford familiar.

Del coche familiar, que claramente se había saltado la señal de stop al final de la calle Gorham, se apeó un hombre de mediana edad con un traje marrón tan anticuado como él. Parecía asustado además de alterado, y Fred pensó que tenía buenas razones para estarlo; el hombre que avanzaba hacia él desde la camioneta era joven, fornido (Fred recordaba en particular la panza que le sobresalía de la cintura de los vaqueros), y llevaba una palanca para neumáticos. *¡Tú, maldito gilipollas descuidado!* —exclamó Joven y Fornido—. *¡Mira lo que le has hecho a mi camioneta! ¡Es la camioneta de mi padre, maldito gilipollas!*

Traje Anticuado retrocedió, con los ojos muy abiertos y las manos levantadas, mientras Fred le observaba fascinado desde delante de Rickman's Hardware, pensando: *Oh, no, señor, mala idea. Uno no retrocede ante un tipo como este, uno va hacia él, por furioso que esté. Le está provocando… ¿Es que no ve que le está provocando?* Tan fascinado que no se percató de que la mano de Judy ya no estaba en la suya, y escuchando con una especie de desagradable certeza previa mientras el señor Traje Anticuado, todavía retrocediendo, balbuceaba cuánto lo sentía…, que era culpa suya, que no iba mirando, que no estaba pensando…, los papeles del seguro…, que había que dibujar un diagrama…, hacer acudir a un policía para tomarles declaración…

Y todo ese tiempo Joven y Fornido seguía avanzando, golpeándose la palma de la mano con el extremo de la palanca para neumáticos y sin escucharle. Eso no iba de seguros o compensaciones; de lo que iba era de que el señor Traje Anticuado casi le había hecho cagarse del susto cuando no hacía sino conducir ocupándose de sus propios asuntos y oyendo cantar a Johnny Paycheck «Coge

ese empleo y métetelo donde te quepa». Joven y Fornido pretendía cobrarse una pequeña venganza por el susto y el bandazo que le habían hecho dar tras el volante…, *tenía* que vengarse un poco, porque el olor que emanaba del otro hombre le estaba incitando; era olor a cobardía, miedo e indefensión innata. Se trataba del caso típico del conejo y el perro de corral, y de pronto el conejo se había quedado sin espacio para retroceder; el señor Traje Anticuado se apretaba contra el costado de su coche familiar y al cabo de unos instantes la palanca de neumáticos empezaría a surcar el aire y la sangre comenzaría a salpicar.

Solo que no hubo sangre y ni un solo golpe, porque de súbito Judy DeLois estaba ahí, sin abultar gran cosa pero de pie entre los dos hombres, alzando una mirada intrépida hacia el rostro arrebolado de Joven y Fornido.

Fred parpadeó, preguntándose cómo demonios habría llegado ahí tan condenadamente rápido. (Mucho después volvería a tener la misma sensación al seguirla hasta el interior de la cocina, solo para oír el rítmico retumbar de sus pies al descender las escaleras de la parte delantera.) ¿Y entonces? Pues entonces Judy le propinó una fuerte palmada a Joven y Fornido en el brazo. *¡Plaf!,* le dio justo en el carnoso bíceps, dejando la huella blanca de una palma en la piel pecosa y bronceada bajo la manga de la rasgada camiseta azul del hombre. Fred lo vio pero no dio crédito a sus ojos.

¡Basta ya!, le gritó Judy a la cara a un Joven y Fornido que empezaba a parecer perplejo. *¡Deja esa palanca! ¡No seas idiota! ¿Quieres ir a la cárcel por un planchado de carrocería de apenas setecientos dólares? ¡Baja la palanca! ¡Vamos, grandullón, contrólate! ¡Baja… esa… palanca!*

Por un instante Fred había tenido la certeza de que Joven y Fornido iba a propinar de todos modos un golpe con la palanca, y justo en la linda cabecita de su novia. Pero Judy ni siquiera parpadeó; no apartó ni por un segundo la mirada del hombre de la palanca, que le sacaba un par de palmos y debía de pesar cien kilos más. Desde luego, ese día no emanó de ella el más mínimo olor a miedo y cobardía; su lengua no propinó nerviosos toquecitos en el labio superior o en la base de la nariz; sus airados ojos estaban absolutamente fijos.

Y al cabo de unos instantes, Joven y Fornido bajó la palanca.

Fred no fue consciente de que se había congregado una multitud hasta que oyó prorrumpir en aplausos espontáneos a unos treinta curiosos. Se unió a ellos, más orgulloso de ella que nunca en ese momento. Y, por primera vez, Judy

pareció asustada. En cualquier caso, lo estuviera o no, permaneció en el lugar. Hizo que los dos hombres se acercasen, tironeando de un brazo del señor Traje Anticuado, y les forzó literalmente a darse un apretón de manos. Para cuando llegó la policía, Joven y Fornido y el señor Traje Anticuado estaban sentados codo con codo en el bordillo estudiando los papeles del seguro de ambos. Caso cerrado.

Fred y Judy anduvieron de vuelta al campus cogidos de la mano. Durante dos manzanas Fred no dijo nada. ¿Se sentía intimidado por Judy? Ahora supone que sí. Al fin le dijo: *Ha sido increíble.*

Ella le dirigió una mirada algo incómoda y una sonrisa algo incómoda.

No, no lo ha sido, contestó. *Si quieres ponerle un nombre, llámalo espíritu, cívico. He visto a ese tipo dispuesto a acabar en la cárcel. No podía permitirlo. O que al otro le hiciesen daño.*

Sin embargo, dijo eso último casi como una ocurrencia, y Fred captó por primera vez no solo su valentía sino también su inquebrantable corazón vikingo. Ella estaba de parte de Joven y Fornido porque… bueno, porque el otro tipo había sentido miedo.

Pero ¿no te has asustado?, le preguntó Fred. Aún estaba demasiado pasmado por lo que había visto para que le pasara por la cabeza (todavía) que debería haberse sentido un poco avergonzado; después de todo, era su novia la que había intervenido en su lugar, lo cual iba contra los cánones establecidos. *¿No has tenido miedo de que ese tío, en un arranque de ira, te golpeara con la palanca?*

Judy lo miró con expresión de perplejidad.

Ni se me ha ocurrido pensarlo, repuso.

Camelot desemboca finalmente en la calle Chase, desde donde, en días claros cómo este, se ve relucir levemente el Misisipí, pero Fred no llega tan lejos. Se vuelve al final de Liberty Heights para regresar por donde ha venido, con la camisa empapada en sudor. Normalmente correr le hace sentir mejor, pero hoy no es así, al menos por el momento. La intrépida Judy de aquella tarde en la esquina de State y Gorham es tan distinta de la Judy de ojos inquietos y a veces fuera de onda que ahora vive en su casa —esa Judy que duerme tantas siestas y se retuerce las manos— que Fred ha llegado a comentárselo a Pat Skarda. Lo

hizo ayer, cuando el médico estaba en Goltz mirando unas máquinas cortacésped.

Fred le había enseñado un par, una Deere y una Honda, se había interesado por su familia, y luego (como quien no quiere la cosa, o eso esperaba) le había preguntado:

—Eh, doctor… ¿cree posible que una persona simplemente se vuelva loca? Sin previo aviso, me refiero.

Skarda le había dirigido una mirada de lince que a Fred le había gustado de verdad.

—¿Te estás refiriendo a un adulto o a un adolescente, Fred?

—Bueno, la verdad es que no me estoy refiriendo a nadie en concreto. —Había soltado una gran risotada, poco convincente a los oídos del propio Fred, y que, a juzgar por la mirada de Pat Skarda, tampoco a él se lo había parecido—. No hablo de nadie… real, sino, pongamos por caso, de un adulto.

Skarda reflexionó y luego negó con la cabeza.

—Hay pocos absolutos en medicina, y aun menos en psiquiatría. Dicho esto, he de decirte que me parece muy improbable que una persona «simplemente se vuelva loca». Puede tratarse de un proceso bastante rápido, pero es un proceso al fin y al cabo. Oímos decir a la gente: «Fulano ha perdido la chaveta», pero rara vez es ese el caso. La disfunción mental, esto es, la conducta neurótica o psicótica, tarda tiempo en desarrollarse, y suele haber signos indicativos. ¿Qué tal está tu madre últimamente, Fred?

—¿Mi madre? Oh, está bien. Como una rosa.

—¿Y Judy?

Le había llevado un instante esbozar una sonrisa, pero una vez lo consiguió fue una bien amplia.

—¿Judy? Ella también está como una rosa, doctor. Por supuesto que sí. Tan tranquila como siempre.

Pues claro. Tan tranquila como siempre. Solo que mostraba algunos *signos indicativos*, eso era todo.

A lo mejor se le pasan, piensa. Esas buenas endorfinas suyas entran finalmente en acción y de pronto la posibilidad le parece plausible. El optimismo es el estado normal de Fred, que no cree en la *dislocación,* y una leve sonrisa ilumina su rostro, la primera del día. *A lo mejor esos signos se le pasan. A lo*

mejor lo que quiera que tenga se va tan rápido como ha venido. ¿Sabes qué?, a lo mejor hasta se trata de una de esas cosas del ciclo femenino, como el síndrome premenstrual.

Dios Santo, si solo se trataba de eso, ¡vaya alivio! Entretanto, tiene que pensar en Ty. Ha de tener una conversación con Tyler sobre lo de ir siempre acompañado de sus amigos, porque, aunque Fred no crea lo que Wendell Green trata por lo visto de insinuar, que el fantasma de un fabuloso caníbal y coco generalizado de primeros de siglo llamado Albert Fish ha aparecido por alguna razón aquí en Coulee Country, desde luego ahí fuera hay *alguien*, *y* ese alguien ha asesinado a dos niños pequeños y ha hecho a sus cuerpos cosas inexplicables (a menos que uno sea Wendell Green, por lo visto).

Marcas de mordeduras en muslos, torso y nalgas, piensa Fred, y corre más rápido, aunque ahora siente una punzada en el costado; pero hay que insistir en que no cree que algo tan horroroso pueda sucedería a su hijo, y tampoco cree que pueda haber sido causa del estado en que se halla Judy, puesto que sus rarezas empezaron cuando Amy Saint Pierre aún estaba viva, y John Irkenham también, y presumiblemente ambos jugaban satisfechos en sus respectivos patios.

A lo mejor esto, a lo mejor lo otro… ya basta de Fred y sus preocupaciones, ¿de acuerdo? Alcemos el vuelo del entorno de esta mente atribulada y precedámosle de vuelta al número 16 de la calle Robin Hood; vayamos directamente a la fuente de sus problemas.

La ventana del dormitorio conyugal en la planta superior está abierta y el mosquitero no supone problema alguno, por supuesto: nos colamos a través de él para entrar a la vez que la brisa y los primeros sonidos del día que despierta.

Los sonidos de French Landing al despertar no despiertan a Judy Marshall. Qué va; está con los ojos como platos desde las tres, estudiando las sombras en busca de no sabe qué, huyendo de unos sueños demasiado horribles para recordarlos. Aunque sí recuerda *algunas* cosas, por poco que desee recordarlas.

—He visto el ojo otra vez —le comenta a la habitación vacía. Asoma la lengua y, sin Fred por ahí para vigilarla (sabe que la está vigilando; se siente acosada, pero no es *estúpida*), no se limita a tocar tan solo la zona entre el labio y la nariz sino que la cubre entera en un gran lengüetazo, como un perro que se

lame el morro—. Es un ojo rojo. *Su* ojo. El ojo del Rey. —Alza la mirada hacia las sombras de los árboles de fuera. Bailan en el techo, trazando formas y caras, formas y caras—. El ojo del Rey —repite, y empieza con las manos, a frotárselas, retorcérselas, apretárselas—. ¡Abbalah! ¡Zorros que corren a sus madrigueras! ¡Abbalah-doon, el Rey Colorado! ¡Ratas en sus ratoneras! ¡Abbalah Mun-shun! ¡El Rey está en su Torre, comiendo pan con miel! ¡Los cacos en el sótano, haciendo el dinero!

Sacude la cabeza. Oh, esas voces, salidas de la oscuridad, y a veces se despierta con una visión ardiéndole detrás de los ojos, una visión de una enorme torre de pizarra que se alza en un campo de rosas. Un campo de sangre. Entonces empiezan las voces, las parrafadas en lenguas desconocidas, palabras que ella no puede comprender y no digamos ya controlar, un torrente de sandeces mezcladas con el inglés.

—Caminando, caminando penosamente —prosigue—. Las criaturitas marchan con sus sangrantes piececitos… Oh, por el amor de Dios, ¿es que esto no va a acabar nunca?

Saca la lengua de nuevo y se lame la punta de la nariz; por un instante las fosas nasales se le taponan con su propia saliva y en su cabeza retumban esas terribles palabras extranjeras —*Abbalah*, *Abbalah-doon*, *Can-tah*, *Abbalah*— esas terribles e impactantes imágenes de la torre y las cuevas ardiendo debajo de ella, cuevas en que criaturitas marchan pesadamente con sus piececitos sangrantes. Su mente está a punto de estallar con todo eso, y solo hay una forma de lograr que se detenga, una sola forma de encontrar alivio.

Judy Marshall se incorpora hasta sentarse. En la mesilla, a su lado, hay una lámpara, un ejemplar de la última novela de John Grisham, un pequeño bloc de notas (regalo de cumpleaños de Ty, en que cada hoja lleva el encabezamiento HE AQUÍ OTRA GRAN IDEA QUE HE TENIDO) y un bolígrafo con las palabras LA RIVIERE SHERATON impresas en un costado.

Judy coge el bolígrafo y garabatea en el bloc.

Nada de Abbalah ni de Abbalah-doon ni de torres ni de cacos ni de Rey Colorado solo sueños solo son mis sueños.

Es suficiente, pero los bolígrafos también son caminos a ninguna parte, y antes de que pueda separar la punta de este del taco de cumpleaños, escribe una línea más:

La Casa Negra es el umbral de Abbalah la entrada al infierno Sheol Munshun todos esos mundos y espíritus.

¡Ya basta! Dios misericordioso, ¡ya basta! Pero hay algo peor: ¿y si todo esto empieza a tener sentido?

Arroja el bolígrafo sobre la mesilla, donde rueda hasta la base de la lámpara y se para. Entonces arranca la página del bloc, la arruga y se la mete en la boca. La mastica con furia, sin desgarrarla pero chafándola hasta obtener una bola empapada, y entonces se la traga. Por un instante espantoso se le queda atascada en la garganta, pero luego pasa. Palabras y mundos se desvanecen y Judy se deja caer sobre las almohadas, exhausta. Tiene la cara pálida y sudorosa, los ojos enormes y llenos de lágrimas no derramadas, pero las sombras que se mueven en el techo ya no le parecen rostros, los rostros de niños que caminan pesadamente, ni ratas en sus ratoneras, ni zorros en sus madrigueras, ni el ojo del Rey, ni Abbalah Abbalah-doon. Ahora no son más que las sombras de los árboles otra vez. Ella es Judy Delois Marshall, esposa de Fred, madre de Ty. Esto es Libertyville, esto es French Landing, esto es el condado de French, esto es Wisconsin, esto es América, esto es el hemisferio norte, esto es el mundo, y no hay más mundos que este. Que así sea.

Ah, que así sea.

Se le cierran los ojos y finalmente se sume de nuevo en el sueño, de forma que nos deslizamos por la habitación hacia la puerta, pero justo antes de que la alcancemos Judy Marshall dice una cosa más… al cruzar la frontera entre la vigilia y el sueño.

—Tu nombre no es Burnside. ¿Dónde está tu madriguera?

La puerta del dormitorio está cerrada, de modo que utilizamos el ojo de la cerradura y nos colamos por él como un suspiro. Recorremos el pasillo, pasando por delante de fotos de la familia de Judy y de la de Fred, incluida una imagen de la granja de la familia Marshall en que Fred y Judy pasaron una temporada horrible, pero por suerte corta, no mucho después de casarse. ¿Quieren un buen consejo? No le hablen a Judy Marshall del hermano de Fred, Phil. Sencillamente no empiecen con eso, como sin duda diría George Rathbun.

No hay ojo de la cerradura en la puerta del fondo del pasillo, de modo que nos metemos por debajo como un telegrama y entramos en una habitación que pertenece a un niño: lo sabemos por la mezcla de olores a calcetines de deporte

sucios y grasa de caballo para el cuero. Es pequeña, pero parece mayor que la de Fred y Judy en el otro extremo del pasillo, muy probablemente porque en esta no se capta el olor a ansiedad. En las paredes hay imágenes de Shaquille O'Neal, Jeromy Burnitz, el equipo del año pasado de los Bucks de Milwaukee… y del ídolo de Tyler Marshall, Mark McGwire. McGwire juega con los Cards, y los Cards son el enemigo, pero demonios, en realidad los Brewers de Milwaukee no son competencia para nadie. A los Brewers los habían pisoteado en la Liga Americana, y también los habían pisoteado en la Nacional. Y McGwire…, bueno, es un héroe, ¿no? Es fuerte, es modesto y puede enviar la pelota de béisbol a un par de kilómetros de distancia. Hasta el padre de Tyler, que anima exclusivamente a equipos de Wisconsin, opina que McGwire es algo especial. «El mejor bateador en la historia del béisbol», le llamó una vez después de su temporada de setenta *home run*, y Tyler, aunque en ese año legendario era poco más que una criatura, nunca lo ha olvidado.

Además, en la pared de este niño que pronto será la cuarta víctima del Pescador (sí, ya ha habido una tercera, como hemos visto), ocupando el lugar de honor directamente sobre la cama, hay un póster en que se ve un castillo oscuro al final de un prado largo y neblinoso. En la pared de abajo del póster, que ha sujetado a la pared con cinta adhesiva (su madre prohibe terminantemente las chinchetas), se lee, en grandes letras verdes, REGRESE A LA TIERRA DE AULD. Ty está considerando quitar el póster el tiempo suficiente para recortar esa parte. No le gusta el póster por que tenga interés alguno en Irlanda; para él, la imagen le habla en susurros de algún otro lugar, de un sitio Enteramente Distinto. Como si fuera una fotografía de algún espléndido reino mitológico en que puedan encontrarse unicornios en los bosques y dragones en las cuevas. No le interesa Irlanda; tampoco le interesa Harry Potter. Hogwarts está bien para las tardes de verano, pero este es un castillo en el Reino de lo Enteramente Distinto. Es lo primero que Tyler Marshall ve por las mañanas, y lo último que ve por las noches, y sencillamente le gusta que sea así.

Está tendido hecho un ovillo sobre un costado y lleva calzoncillos; es una coma humana de alborotado cabello rubio oscuro y con un pulgar cerca de la boca, en realidad a solo un par de centímetros de ser chupado. Está soñando; advertimos que los globos oculares se mueven bajo los párpados cerrados. También sus labios se mueven. Está susurrando algo… ¿Abbalah? ¿Está

musitando la palabra de su madre? Seguro que no, pero…

Nos acercamos más para escuchar, pero antes de que podamos oír nada un circuito del reloj despertador rojo chillón de Tyler cobra vida y la voz de George Rathbun llena súbitamente la habitación para atraer a Tyler de vuelta de cualesquiera que fuesen los sueños que han estado bullendo bajo esa mata despeinada.

«Tenéis que escucharme, fans, ¿cuántas veces os lo he dicho? Si no conocéis los muebles de los Hermanos Henreid de French Landing y Centralia, es que no sabéis nada de muebles. Exacto, estoy hablando de Hermanos Henreid, hogar de la explosión colonial. Muebles para la sala de estar, para el comedor, para el dormitorio; marcas famosas que conocéis y en las que confiáis, como Maderas Bretonas La-Z-Boy y Cabeza de Alce. ¡HASTA UN CIEGO PUEDE VER QUE HERMANOS HENREID SIGNIFICA CALIDAD!»

Ty Marshall está riendo incluso antes de haber abierto del todo los ojos. Le encanta George Rathbun; George es absolutamente guay.

Y ahora dice, sin siquiera cambiar el tono después del anuncio: «Supongo que estáis todos listos para la juerga de los Brewer, ¿no? ¿Me habéis mandado esas postales con vuestro nombre, dirección y *telephone*? Eso espero, porque el concurso se cerró a medianoche. Si os lo habéis perdido… ¡qué pena, Filomena!».

Ty cierra otra vez los ojos y mueve los labios para articular tres veces la misma palabra: *Mierda, mierda, mierda.* Pues sí, olvidó enviar la postal en cuestión para participar en el concurso y ahora solo le queda esperar que su padre (que sabe cuan olvidadizo puede llegar a ser su hijo) se acordara y lo hiciera por él.

«¿El gran premio? —está diciendo George—. NADA MENOS que la oportunidad, para ti o tu persona favorita, de ser encargado de los bates del equipo de los Brewers durante la totalidad de las series de Cincinnati. NADA MENOS que la posibilidad de ganar el bate de Richie Sexon con su autógrafo, el BATE del RAYO. Por no mencionar los cincuenta asientos en primera base junto a mí, George Rathbun, Universidad Itinerante de Conocimientos sobre el Béisbol de Coulee Country. Pero ¿POR QUÉ TE ESTOY DICIENDO ESTO? Si te lo has perdido, ya es demasiado tarde. ¡Caso cerrado, fin del partido, súbete la bragueta! Oh, ya sé por qué he sacado el tema a relucir… ¡para asegurarme de que me sintonices

el próximo viernes para comprobar si anuncio TU NOMBRE por radio!»

Ty emite un gemido. Solo hay dos posibilidades de que George anuncie su nombre en la radio: escasa y ninguna. No es que le importe gran cosa lo de ser encargado de bates, vestido con un holgado uniforme de los Brewers y correteando delante de toda esa gente en Miller Park, pero lo de poseer el bate del mismísimo Richie Sexon, el bate del rayo… ¿no habría sido una pasada?

Tyler se levanta de la cama, olfatea las sisas de la camiseta del día anterior, la arroja a un lado y saca otra limpia del cajón. Su padre a veces le pregunta por qué se pone el despertador tan *temprano* si, después de todo, son las vacaciones de verano, y Tyler por lo visto no logra hacerle comprender que cada día es importante, en especial esos tan cálidos y tan soleados y sin responsabilidades en particular. Es como si una vocecilla en lo más profundo de su ser le advirtiera que no desperdicie un minuto, ni uno solo, porque le queda poco tiempo.

Lo siguiente que dice George Rathbun despeja cualquier rastro de niebla soñolienta que quedase en el cerebro de Tyler, pues es como un chorro de agua fría: «A ver, gentes de Coulee, ¿queréis hablar del Pescador?».

Tyler deja lo que está haciendo y un extraño escalofrío le asciende por la espalda para luego descenderle por los brazos. El Pescador. Algún chiflado que mata niños… ¿y se los come? Bueno, ese es el rumor que le ha llegado, sobre todo de los chicos mayores del campo de béisbol o del Centro Recreativo de French Landing, pero ¿quién haría algo tan asqueroso? Canibalismo, ¡*puaj*!

La voz de George baja de tono. «Ahora voy a contaros un pequeño secreto, de modo que escuchad con atención a vuestro tío George.» Tyler se sienta en la cama, sosteniendo las zapatillas de deporte por los cordones, a escuchar atentamente a su tío George, como le han pedido. Le parece extraño oír hablar a George de un tema tan… *poco deportivo,* pero Tyler confía en él. ¿No predijo acaso George Rathbun que los Badgers llegarían al menos hasta la Elite de los Ocho dos años antes, cuando todos los demás decían que les eliminarían en la primera ronda del Gran Baile? Sí, lo hizo. Caso cerrado, fin del partido, súbete la bragueta.

La voz de George baja aún más de tono hasta lo que casi es un susurro confidencial. «El Pescador original, chicos y chicas, Albert Fish, lleva muerto y enterrado sesenta y siete años y, por lo que yo sé, nunca llegó muy al oeste de Nueva Jersey. *Lo que es más,* probablemente era un ¡MALDITO PAN DE LOS

YANKEES! ¡ASÍ QUE UN POCO DE TRANQUILIDAD, COULEE COUNTRY! ¡CALMAOS DE UNA VEZ!»

Tyler se relaja, sonríe y empieza a ponerse las zapatillas. Calmémonos, en eso tiene razón. El día acaba de empezar, y bueno, de acuerdo, mami está un poco alteradilla últimamente, pero lo superará.

Vayámonos al son de esta pizca de optimismo; hagamos como una ameba y escindámonos, como quizá diría el imponente George Rathbun. Y hablando de George, esa voz omnipresente en la mañana de Coulee Country, ¿no deberíamos ir en su busca? No es mala idea. Hagámoslo de inmediato.

3

Salimos por la ventana de Tyler para alejarnos de Libertyville y volar hacia el suroeste en diagonal, pero ahora no nos entretenemos sino que agitamos de verdad estas viejas alas, pues nuestro vuelo tiene un propósito. Nos dirigimos hacia los destellos heliográficos que el sol de primera hora arranca del Padre de los Ríos, y hacia el *pack* de seis cervezas más grande del mundo. Entre este y Country Road Oo (si queremos podemos decir las Casas de los Clavos; ahora ya somos prácticamente ciudadanos honorarios de French Landing) hay una torre de radio cuyo haz luminoso de advertencia en lo alto ya se ha hecho invisible a la brillante luz del sol de este recién nacido día de julio. Nos llega el olor a hierba y a árboles y a tierra que se va calentando, y a medida que nos acercamos a la torre captamos también el fecundo aroma a levadura de la cerveza.

Junto a la torre de radio, en el parque industrial en el lado este de Península Orive, hay un pequeño edificio de hormigón ligero con un aparcamiento con capacidad tan solo para media docena de coches y el furgón policial de Coulee, un viejo Ford Econoline pintado del rosa de las manzanas acarameladas. A medida que el día vaya pasando y la tarde se diluya en el anochecer, las sombras cilindricas del *pack* de seis se cernirán primero sobre el letrero en el césped medio pelado que da al sendero de entrada, luego sobre el edificio y después sobre el aparcamiento. El letrero en cuestión reza: KDCU AM. TU VOZ PARLANTE EN COULEE COUNTRY. Pintada con spray sobre él, en un rosa casi del mismo tono que el furgón, vemos la ferviente declaración: ¡TROY AMA A MARY ANN! ¡sí! Más tarde, Howie Soule, el técnico del equipo, saldrá a limpiarla (probablemente durante el programa de Rush Limbaugh, que se emite vía satélite y de forma totalmente

automatizada), pero por ahora permanece ahí, diciéndonos todo lo que necesitamos saber sobre el amor en una pequeña población en el centro de Norteamérica. Por lo visto después de todo hemos encontrado algo agradable.

Cuando llegamos vemos salir por la puerta lateral de la emisora a un hombre esbelto vestido con pantalones de pinzas color caqui, camisa blanca de algodón egipcio abotonada hasta el cuello y sin corbata y tirantes granates (tan finos como él, y desde luego demasiado bonitos y a la moda como para compararlos con esos tirantes tan vulgares que llevan criaturas como Chipper Maxton y Sonny Heartfield, el de la funeraria). Este hombre de cabello entrecano también lleva un muy elegante sombrero de paja de ala curva, antiguo pero perfectamente conservado. La cinta granate del sombrero hace juego con los tirantes. Unas gafas de sol estilo aviador le tapan los ojos. Asume un lugar sobre el césped a la izquierda de la puerta, bajo un altavoz abollado que está amplificando lo que emite en este momento la KDCU: las noticias locales. Estas irán seguidas del informe agrícola de Chicago, lo cual le deja diez minutos antes de tener que instalarse de nuevo ante el micro.

Observamos con creciente asombro cómo extrae un paquete de cigarrillos American Spirit del bolsillo de la camisa y enciende uno con un mechero de oro. Este tipo tan elegante de tirantes, pantalón de pinzas y Bass Weejuns no puede ser George Rathbun. En nuestra mente ya nos habíamos forjado una imagen de George, y es la de un tipo bien distinto de este. Nos imaginábamos a un tipo con una tripa enorme colgándole por encima del cinturón blanco de unos pantalones a cuadros (por todos esos perritos calientes de los puestos del estadio), con un cutis intensamente rojo (por todas esas cervezas del estadio, por no mencionar los chillidos dirigidos a esos árbitros tan ruines), y un cuello ancho y con papada (perfecto para alojar esas incombustibles cuerdas vocales). El George Rathbun de nuestra imaginación —y huelga decir que de las de todo Coulee Country— es un hombre de ojos saltones, gran trasero, cabello desgreñado, pulmones resecos, que consume antiácidos, conduce un Chevrolet, vota republicano y es un perfecto candidato al infarto, una olla burbujeante de banalidades deportivas, locos entusiasmos, prejuicios absurdos y colesterol alto.

Este tipo no es ese tipo. Este tipo se mueve como un bailarín, es como un té helado en un día caluroso, y más chulo que un ocho.

Pero bueno, digamos que ahí está la gracia del asunto, ¿no? Es como ese

chiste del pinchadiscos con voz de pito, solo que del revés. En un sentido muy real, George Rathbun ni siquiera existe. Es un pasatiempo en acción, una ficción en carne y hueso, y tan solo una de las múltiples personalidades del hombre esbelto. La gente de KDCU conoce su verdadero nombre y cree saber de qué va la broma (de la que el remate es, por supuesto, el sello característico de George, eso de que todo es siempre cosa de ciegos), pero no sabe ni la mitad. Y no se trata de una afirmación metafórica. Están al corriente de exactamente un tercio, porque el hombre de los pantalones de pinzas y el sombrero de paja es en realidad cuatro personas.

En cualquier caso, George Rathbun ha sido la salvación de KDCU, la última emisora de AM superviviente en el depredador mercado de la FM. Cinco mañanas por semana, semana tras semana, ha sido un verdadero filón. Los chicos del Equipo U (como se llaman a sí mismos) le quieren tanto que casi darían la vida por él.

Encima de George, el altavoz sigue con su cotorreo: «… sigue sin haber pistas, según el jefe de policía Dale Gilbertson, que se ha referido al periodista del *Herald* Wendell Green como a "un forastero que se dedica a sembrar el miedo y que está más interesado en vender periódicos que en nuestra forma de hacer las cosas en French Landing".

»Entretanto, en Arden, el incendio de una vivienda se ha cobrado las vidas de un anciano granjero y su mujer. Horst P. Lepplemier y su esposa Gertrude, ambos de ochenta y dos…»

—Horst P. Lepplemier —repite el hombre esbelto, que parece estar disfrutando enormemente de su cigarrillo—. Intenta decirlo diez veces más rápido, pedazo de imbécil.

Detrás de él y a su derecha, la puerta se abre de nuevo, y aunque el fumador aún se halla justo debajo del altavoz, la oye perfectamente. Los ojos detrás de las gafas de aviador llevan muertos toda su vida, pero tiene un oído finísimo.

El recién llegado está pálido y demacrado y sale parpadeando al sol de la mañana como una cría de topo a la que acabara de sacar de su madriguera la reja de un arado que pasase por allí. Lleva la cabeza afeitada a excepción de una franja a lo mohawk en el centro del cráneo y una cola de caballo que le nace en la nuca y le cuelga entre los omoplatos. Se ha teñido la franja mohawk de un rojo brillante, y la coleta de azul eléctrico. Del lóbulo de una oreja le cuelga un

pendiente en forma de rayo sospechosamente parecido a la insignia de las SS nazis. Lleva una desgarrada camiseta negra con un logotipo que reza: DUROS POR JESÚS. EL TOUR 97 DE LOS LLORICAS DE MIERDA. En una mano, este tipo tan pintoresco lleva un disco compacto.

—Hola, Morris —le dice el hombre esbelto del sombrero, todavía sin volverse.

Morris emite un leve jadeo, y en su sorpresa se nos antoja el muchacho judío con pasta que en efecto es. Morris Rosen es un interno de la Universidad de Wisconsin en Oshkosh y hace prácticas de verano en el Equipo U. «Tíos, me encantan estos peones de infantería que no cobran», se le ha oído decir a Tom Wiggins, el director de la emisora, habitualmente mientras se frota las manos con expresión diabólica. Nunca un talonario de cheques ha estado tan bien custodiado como el talonario de la KDCU que custodia Wiggins. Es como el dragón Smaug recostándose sobre sus montones de oro (no es que haya montones de nada en las cuentas de KDCU; vale la pena recordar que, con lo de ser de AM, la emisora tiene suerte de sobrevivir siquiera).

La expresión de sorpresa de Morris —quizá sea justo tildarla de *inquieta* sorpresa— se disuelve en una sonrisa.

—¡Guau, señor Leyden! ¡Qué puntazo! ¡Vaya par de orejas tiene!

De pronto frunce el entrecejo. Incluso aunque el señor Leyden —que está de pie directamente bajo el bafle, no lo olvidemos— haya oído salir a alguien, ¿cómo diantre ha sabido de quién se trataba?

—¿Cómo ha sabido que era yo? —pregunta.

—Solo hay dos personas por aquí que apesten a marihuana por las mañanas —responde Henry Leyden—. Una de ellas, después de fumar, se enjuaga la boca con Scope; la otra, o sea, tú, Morris, sencillamente deja que le apeste el aliento.

—Guau —exclama Morris con tono respetuoso—. Eso es tener mala leche.

—Sí, es que *soy* un verdadero capullo —confirma Henry en tono suave y comedido—. Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo. Con respecto a tu cita matutina con la innegablemente sabrosa hierba tailandesa, ¿puedo ofrecerte un aforismo apalache?

—Adelante, colega. —Esta es la primera vez que Morris conversa en realidad con Henry Leyden, quien es en todos los aspectos el jefe que se le ha dicho a Morris que debía esperar. En todos los aspectos y en más aún. Ya no se

hace tan difícil creer que pueda tener otra identidad… una identidad *secreta*, como Bruce Wayne. Pero aun así… esto sigue siendo una chulería.

—Lo que hacemos en nuestra infancia se transforma en hábito —afirma Henry con el mismo tono suave y nada propio de la voz de George Rathbun—. Ese es mi consejo para ti, Morris.

—Sí, desde luego —responde Morris. No tiene ni idea de qué habla el señor Leyden. Pero extiende lentamente y con cierta timidez la mano en que tiene el disco compacto. Por un instante, cuando Henry no hace ademán alguno de cogerlo, Morris se siente abatido; de pronto vuelve a ser el niño de siete años que trata de deslumbrar a su siempre ocupadísimo padre con un dibujo que le ha llevado la tarde entera en su habitación. Entonces se dice: *Está* ciego, *gilipollas. Tal vez sea capaz de oler maria en tu aliento y tenga el oído de un murciélago, pero ¿cómo va a saber que le estás tendiendo un puto disco compacto?*

Titubeante, un poco asustado ante su propia temeridad, Morris coge a Henry de la muñeca. Le siente dar un pequeño respingo, pero luego Leyden permite que le guíe la mano hasta la fina cajita.

—Ah, un disco compacto —dice Henry—. ¿Y de qué se trata, si puede saberse?

—Tiene que poner la séptima canción esta noche en su programa —responde Morris—. *Por favor.*

Por primera vez Henry parece alarmado. Le da una calada al cigarrillo y luego lo tira (sin mirar siquiera, por supuesto, ja, ja, ja) en el recipiente lleno de arena que hay junto a la puerta.

—No se me ocurre a qué programa te refieres —dice.

En lugar de contestarle directamente, Morris hace un pequeño sonido con los labios, como el de un carnívoro pequeño pero voraz que se relamiese al comer algo sabroso. Y, para empeorar las cosas, le hace seguir la frase característica de la Rata de Wisconsin, tan conocida para los chicos de la edad de Morris como la ruda expresión de «hasta un hombre ciego» de George Rathbun lo es para sus mayores: «Mastícalo, cómetelo y trágatelo… *¡todo va a parar al mismo sitio!*».

No lo hace muy bien, pero no hay duda de a quién emula: a la única e insustituible Rata de Wisconsin, cuyo programa que se emite por las noches en la KWLA es famoso en Coulee Country (solo que el calificativo que probablemente preferimos es «de triste fama»). La KWLA es la minúscula emisora universitaria

en FM de La Riviere, apenas más que un nudo en el tapiz de la radio de Wisconsin, pero la audiencia de la Rata es enorme.

Y si alguien descubría que el comentarista de AM George Rathbun, satisfecho hincha de los Brewers que votaba a los republicanos, era además la Rata de Wisconsin —quien en cierta ocasión había narrado con gran regocijo y en directo una evacuación de sus intestinos sobre un disco de los Backstreet Boys— podían surgir problemas; posiblemente bastante serios y cuya resonancia iría más allá de la pequeña y prieta comunidad radiofónica.

—Por todos los santos, ¿qué te ha hecho pensar siquiera que yo pueda ser la Rata de Wisconsin, Morris? —pregunta Henry—. Apenas si sé de quién hablas. ¿Quién te ha metido esa idea tan extraña en la cabeza?

—Una fuente bien informada —responde Morris con picardía.

No piensa delatar a Howie Soule, ni aunque le metan clavos ardiendo bajo las uñas. Además, Howie solo lo descubrió por accidente: un día que fue al cagadero de la emisora después de que Henry se hubiese marchado se encontró con que a Henry se le había caído la cartera del bolsillo trasero cuando estaba sentado en el trono. Uno habría supuesto que un tipo cuyos demás sentidos estaban tan desarrollados habría intuido la ausencia, pero es probable que Henry tuviera la cabeza en otras cosas; obviamente era un tipo enrevesado que sin duda se pasaba el día devanándose los sesos con ideas enrevesadas. En cualquier caso, en la cartera de Henry (que Howie había registrado «con mera curiosidad amistosa», como él lo expresó) había una tarjeta identificativa de la KWLA, y en el espacio reservado para el nombre alguien había estampado mediante un tampón la pequeña imagen de una rata. Caso cerrado, se acabó el partido, súbete la bragueta.

—Jamás en mi vida he traspuesto siquiera el umbral de la KWLA —dice Henry, y es la absoluta verdad. Graba las cintas de la Rata de Wisconsin (entre otras) en el estudio de su casa, para luego enviarlas a la emisora desde la oficina de paquetes postales del centro de la ciudad, donde asume el nombre de Joe Strummer. La tarjeta de acceso con la rata estampada tiene más que otra cosa el carácter de una invitación por parte del equipo de la KWLA, una invitación que nunca ha aceptado… pero conserva la tarjeta.

—¿Te has convertido en la fuente bien informada de alguien más, Morris?

—¿Eh?

—¿Le has dicho a alguien que crees que soy la Rata de Wisconsin?

—¡No! ¡Por supuesto que no! —responde Morris, lo cual, como todos sabemos, es lo que la gente dice siempre. Por suerte para Henry, en este caso resulta que es verdad. Por el momento, al menos, aunque el día acaba de empezar.

—Y no lo harás, ¿verdad? Porque los rumores tienen forma de echar raíces. Justo igual que ciertos malos hábitos. —Henry finge dar una calada imaginaria y expeler el humo.

—Sé mantener la boca cerrada —declara Morris, con un orgullo quizá algo fuera de lugar.

—Eso espero. Porque si pregonaras eso, tendría que matarte.

Si lo pregonara, piensa Morris. *Oh, jolín, este tío es demasiado.*

—Que matarme, claro —repite Morris entre risas.

—Y comerte —añade Henry, que no se ríe; de hecho, ni siquiera esboza una sonrisa.

—Sí, vale. —Morris vuelve a reírse, pero en esta ocasión la risa le suena forzada hasta a él mismo—. Como si fuera usted Aníbal Lecture.

—No, como si fuera el Pescador —lo corrige Henry. Vuelve lentamente sus gafas de aviador hacia Morris. El sol se refleja en ellas para convertirlas por un instante en rojizos ojos de fuego. Morris retrocede un paso sin siquiera percatarse de que lo hace—. A Albert Fish le gustaba empezar por el culo, ¿lo sabías?

—N…

—Pues sí. Afirmaba que un buen pedazo de trasero joven era tan tierno como una chuleta de ternera. Son sus palabras exactas. Escritas en una carta a la madre de una de sus víctimas.

—Qué alucine —comenta Morris. La voz se le antoja débil a sus propios oídos; la vocecilla de uno de los cerditos negándole la entrada al lobo malo—. Pero digamos que no me preocupa exactamente que usted sea el Pescador.

—¿No? ¿Por qué no?

—Hombre, para empezar es usted *ciego.*

Henry no dice nada, solo contempla al ahora tremendamente inquieto Morris con sus ardientes ojos de cristal. Y Morris piensa: *Pero ¿está ciego? Se desenvuelve muy bien par a ser ciego.,. y esa forma de reconocerme en cuanto*

he salido, ¿no ha sido extraña acaso?

—No diré nada —asegura—. Se lo juro por Dios.

—Eso es todo lo que quiero —dice Henry con suavidad—. Ahora que ya hemos dejado claro eso, ¿qué me has traído exactamente? —Sostiene en alto el disco compacto, pero no como si lo estuviese *mirando,* observa Morris con alivio.

—Es… bueno, ese grupo de Racine, Dirtysperm. Y hacen una versión del clásico *Adonde fue nuestro amor,* ya sabe, de las viejas Supremes. Solo que la interpretan como a ciento cincuenta revoluciones por minuto. Es desternillante, joder. Quiero decir que destruye por completo todo lo que es el pop, ¡lo hace estallar en pedazos!

—Dirtysperm —repite Henry—. ¿No se llamaban antes Jane Wyatt's Clit?

Morris contempla a Henry con un respeto reverencial que fácilmente podría convertirse en amor.

—El guitarrista principal de Dirtysperm prácticamente formó JWC. Entonces él y el bajo tuvieron ese revés político, algo que tuvo que ver con Dean Kissinger y Henry Acheson, y Ucky Ducky (así se llama el guitarrista) se marchó para formar Dirtysperm.

—*Adonde fue nuestro amor* —musita Henry, para luego devolver el disco. Y, como si viera la cara de desilusión de Morris, añade—: No puedo permitir que me vean con algo así…, usa la cabeza. Déjalo en mi taquilla.

Morris, cuyo pesimismo desaparece, esboza una sonrisa radiante.

—¡Sí, vale! ¡Así lo haré, señor Leyden!

—Y no dejes que nadie te vea hacerlo. En especial Howie Soule. Howie es un poco fisgón. Harías bien en no emularle.

—¡Ni en broma, colega! —Todavía sonriendo, encantado de cómo ha ido el encuentro, Morris tiende una mano hacia la puerta.

—Y Morris.

—¿Sí?

—Ya que conoces mi secreto, quizá deberías llamarme Henry.

—¡Henry! ¡Claro! —¿Es esta la mejor mañana del verano para Morris Rosen? Harían bien en creerlo.

—Y una cosa más.

—¿Sí, *Henry*? —Morris se atreve a imaginar un día en que progresen hasta

llamarse Hank y Morrie.

—*Mantén la boca cerrada respecto de lo de la Rata.*

—Ya le he dicho que…

—Sí, y te creo, pero la tentación acecha, Morris; la tentación acecha como un ladrón en la noche, o como un asesino en busca de su presa. Si cedes a la tentación, lo sabré. Lo oleré en tu piel como si fuese colonia barata. ¿Me crees?

—Yo… claro. —Y es cierto. Más tarde, cuando tenga tiempo de rememorar aquello y reflexionar, Morris la considerará una idea ridícula, pero sí, en este momento le cree. Le cree porque es *él.* Es como si le tuviese hipnotizado.

—Muy bien. Ahora vete. Quiero a Ace Hardware, Zaglat Chevy y Mister Tastee Ribs en la primera entrada.

—Vale.

—Además, el partido de anoche…

—¿Lo de Wickman ponchando el lateral en la octava? Eso fue una chulada. Totalmente impropio de los Brewers.

—No, me parece que queremos el *home run* de Marc Loretta en la quinta. Loretta no consigue muchos, y a los aficionados les gusta. No se me ocurre por qué. Hasta un ciego puede ver que no tiene suficiente alcance, en especial desde el fondo del hoyo. Adelante, hijo. Deja el disco en mi taquilla, y si veo a la Rata se lo daré. Estoy seguro de que lo pinchará.

—Es la número…

—Siete, siete, rima con filete. No lo olvidaré, y tampoco él. Ahora, vete.

Morris le dirige una última mirada de agradecimiento y vuelve al interior. Henry Leyden, alias George Rathbun, alias la Rata de Wisconsin, también alias Henry Shake (nos ocuparemos de ese, pero ahora no; se nos hace tarde) enciende otro cigarrillo y le da una profunda calada. No tendrá tiempo de terminarlo; el informe agrícola ya está en pleno vuelo (las barrigas de los cerdos crecen, el futuro del trigo decrece y el maíz está tan alto como el ojo de un elefante), pero necesita un par de caladas solo para calmar los nervios. Le espera un día largo, muy largo, que acabará con la Fiesta de la Fresa en el Centro Maxton, esa casa de los horrores de un anticuario. Dios le ampare de las garras de William *Chipper* Maxton, ha pensado con frecuencia. De tener la oportunidad de elegir entre acabar sus días en el centro y quemarse la cabeza con un soplete elegiría sin dudarlo esto último. Más tarde, si no está del todo agotado, su amigo de más

allá de la calle vendrá a verle y podrán iniciar la lectura tanto tiempo prometida de *Casa desolada*. Eso sería todo un lujo.

¿Cuánto tiempo, se pregunta, podrá guardar Morris Rosen tan trascendental secreto? Bueno, Henry supone que ya lo descubrirá. Le gusta demasiado la Rata para prescindir de él a menos que sea absolutamente necesario; eso es un hecho innegable.

—Dean Kissinger. —murmura— Henry Acheson. Ucky Ducky. Que Dios nos proteja.

Le da otra calada al cigarrillo y luego lo tira al recipiente con arena. Ya es hora de volver a entrar, hora de reproducir el *home run* de anoche de Marc Loretta, hora de empezar a recibir más llamadas de los entregados aficionados deportivos de Coulee Country.

Y para nosotros es hora de marcharnos. Acaban de dar las siete en el campanario de la iglesia luterana.

En French Landing, las cosas se están poniendo en marcha de verdad. Nadie se queda mucho rato en la cama en esta parte del mundo, y hemos de apresurarnos para llegar al final de nuestro recorrido. Pronto van a empezar a pasar cosas, y es posible que pasen muy rápido. Aun así, hemos llevado buen ritmo, y solo nos queda una parada más que hacer antes de llegar a nuestro destino final.

Nos elevamos con las cálidas corrientes estivales y pendemos por unos instantes junto a la torre de la KDCU (estamos lo bastante cerca como para oír el *tic tic tic* del radiofaro y el grave y siniestro zumbido de la electricidad), mirando hacia el norte y calculando distancias. A unos doce kilómetros río arriba se halla la población de Great Bluff, conocida por el risco de piedra caliza que se alza en ella. El risco tiene fama de estar embrujado, porque en 1888 un jefe de la tribu india de los fox (llamado Ojos Lejanos) reunió en él a sus guerreros, chamanes, mujeres y niños y les dijo que saltaran para encontrar la muerte y escapar así de algún espantoso destino que había vislumbrado en sueños. Los seguidores de Ojos Lejanos, como Jim Jones, hicieron lo que se les decía.

No llegaremos tan lejos río arriba, sin embargo; en French Landing tenemos bastantes fantasmas con los que lidiar aquí. Volemos en cambio una vez más

sobre las Casas de los Clavos (las Harley no están; los Cinco del Trueno, guiados por Beezer Saint Pierre, se han marchado como cada día a trabajar en la cervecería), sobre la calle Queen y el Centro Maxton (Burny sigue ahí abajo, mirando por la ventana, qué horror), y hasta la calle Bluff. Esto es casi el campo otra vez. Incluso ahora, en el siglo XXI, las poblaciones de Coulee Country dan paso con rapidez a bosques y campos.

La calle Hermán está al girar a la izquierda desde Bluff, en una zona que ya no es del todo urbana. Aquí, en una sólida casa de ladrillo al final de un prado de ochocientos metros que hasta el momento no han descubierto los promotores inmobiliarios (incluso en estos parajes hay unos cuantos promotores, desconocidos agentes de la *dislocación*), vive Dale Gilbertson con su esposa, Sarán, y su hijo de seis años, David.

No podemos quedarnos mucho tiempo, pero colémonos durante un momento al menos a través de la ventana de la cocina. Está abierta, después de todo, y tenemos sitio para instalarnos ahí mismo sobre la encimera, entre el afilacuchillos y la tostadora. Sentado a la mesa de la cocina, leyendo el periódico y embutiéndose en la boca cereales Special K sin siquiera saborearlos (ha olvidado tanto el azúcar como las rodajas de plátano tal es su disgusto al ver un artículo más firmado por Wendell Green en la primera plana del *Herald*), está el mismísimo jefe Gilbertson. Esta mañana es sin duda el hombre más infeliz de French Landing. Nos encontraremos pronto con su único competidor para ese premio al peor, pero por el momento simplemente quedémonos con Dale.

El Pescador, piensa abrumado, y sus reflexiones sobre el tema son muy similares a las de Bobby Dulac y Tom Lund. *¿Por qué no le has puesto un nombre más a tono con el cambio de siglo, jodido plasta? Algo un poco más local; Dahmerboy, quizá, eso estaría bien.*

Ah, pero Dale conoce el porqué. Las similitudes entre Albert Fish, que hiciera sus obras en Nueva York, y el chico que tienen aquí, en French Landing, son demasiado *sabrosas,* para ignorarlas.[1] Fish estrangulaba a sus víctimas, igual que Amy Saint Pierre y John Irkenham fueron aparentemente estrangulados; Fish se comía partes de sus víctimas, como aparentemente sucedió con la niña y el niño de aquí; tanto Fish como el tipo que nos ocupa muestran una inclinación especial por…, bueno, por las zonas posteriores de la anatomía.

Dale contempla sus cereales; deja caer la cuchara en la pasta que forman y aparta el cuenco con el dorso de la mano.

Y las cartas. No pueden olvidarse las cartas.

Dale echa una ojeada a su maletín, que espera a un lado de su silla como un perro fiel. El expediente está ahí, y le atrae como una muela cariada y dolorida atrae a la lengua. A lo mejor consigue no ponerle las manos encima, al menos mientras esté en casa, donde hace lanzamientos de pelota con su hijo y le hace el amor a su mujer, pero dejar de *pensar* en él es algo completamente distinto, como también suelen decir por aquí.

Albert Fish escribió una carta extensa y espantosamente explícita a la madre de Grace Budd, la víctima por la que al final el caníbal se ganó un viajecito a la silla eléctrica. («¡Qué emoción me da que me electrocuten! —se dice que exclamó Fish ante sus carceleros—. ¡Es lo único que no he probado!») Nuestro presente caníbal ha escrito cartas similares, una dirigida a Helen Irkenham, la otra al padre de Amy, el repugnante (pero genuinamente afligido, según estima Dale) Armand *Beezer* Saint Pierre. Sería estupendo que Dale pudiese creer que esas cartas fueron escritas por algún liante sin conexión alguna con los asesinatos, pero ambas contienen información que se le ha ocultado a la prensa, información que, presumiblemente, solo el asesino conoce.

Dale sucumbe al fin a la tentación (qué bien lo entendería Henry Leyden) y coge el maletín. Lo abre y deja un grueso expediente donde antes estaba el cuenco de cereales. Devuelve el maletín a su lugar, al lado de la silla, y abre el expediente (en el que se lee SAINT PIERRE/IRKENHAM en lugar de EL PESCADOR). Pasa de largo unas fotos escolares desgarradoras de dos criaturas que esbozan sonrisas con varios huecos; pasa también informes del forense demasiado horribles para leerlos y fotografías de la escena del crimen demasiado horribles para mirarlas (ah, pero tiene que mirarlas, tiene que hacerlo una y otra vez: las cadenas ensangrentadas, las moscas, los ojos abiertos). Hay, además, distintas transcripciones, de las cuales la más larga es la del interrogatorio de Spencer Hovdahl, que encontró al chico Irkenham y a quien, muy brevemente, se consideró sospechoso.

Luego vienen las fotocopias de tres cartas. Una había sido enviada a George y Helen Irkenham (dirigida tan solo a Helen, si eso suponía alguna diferencia). Otra era para Armand *Beezer* Saint Pierre (dirigida de esa forma, además, con

apodo y todo). La tercera se la habían enviado a la madre de Grace Budd, de la ciudad de Nueva York, después del asesinato de su hija a finales de la primavera de 1928.

Dale las saca para colocarlas una junto a otra.

Grace se sentó en mi regazo y me besó. Decidí comérmela. Eso le había escrito Fish a la señora Budd.

Amy se sentó en mi regazo y me abrazó. Decidí comérmela. Eso era lo que había escrito el emisario de la carta a Beezer Saint Pierre, y ¿era motivo de sorpresa que el hombre hubiese amenazado con quemar hasta los cimientos la comisaría de French Landing? A Dale no le gusta ese hijo de puta, pero ha de admitir que de estar en el lugar de Beezer es posible que sintiera algo parecido.

Fui al piso de arriba y me quité toda la ropa. Sabía que si no lo hacía acabaría manchada con su sangre. Fish, a la señora Budd.

Me dirigí a la parte de atrás del gallinero y me quité toda la ropa. Sabía que si no lo hacía acabaría manchada con su sangre. Anónimo, a Helen Irkenham. Y aquí surgía una cuestión: ¿cómo podía una madre recibir una carta como esa y conservar la cordura? ¿Era eso posible? Dale creía que no. Helen contestó coherentemente a las preguntas, hasta le había servido té la última vez que estuvo allí, pero la mirada vidriosa y absolutamente fija de sus ojos sugería que su conducta era por entero mecánica.

Tres cartas, dos recientes, y una de casi setenta y cinco años atrás. Y aun así las tres eran muy similares. Las cartas de Saint Pierre e Irkenham habían sido escritas a mano con letra de imprenta por alguien que era zurdo, según los expertos oficiales. El papel era simple Hammermill blanco para copias manuscritas, disponible en cualquier tienda de material de oficina de Estados Unidos. El bolígrafo utilizado probablemente había sido un Bic; vaya, eso sí que era toda una pista.

Fish le escribió a la señora Budd, en el año 1928: *No me la follé aunque podría haberlo hecho de haber querido. Murió virgen.*

El autor anónimo le escribió a Beezer Saint Pierre: NO *me la follé aunque podría haberlo hecho de haber querido. Murió* VIRGEN.

El autor anónimo le escribió a Helen Irkenham: *Quizá le consuele saber que* NO *me lo follé aunque podría haberlo hecho de haber querido. Murió* VIRGEN.

En este punto Dale se pierde totalmente y lo sabe, pero confía en no ser un

completo idiota. Este hombre, aunque no firmó las cartas con el nombre del antiguo caníbal, claramente *quería* que se estableciera una conexión. Lo había hecho todo menos dejar unas cuantas truchas muertas en sus espantosos escenarios.

Exhalando un amargo suspiro, Dale vuelve a meter las cartas en la carpeta, y la carpeta en el maletín.

—¿Dale? ¿Cariño? —La voz soñolienta de Sarah le llega desde lo alto de las escaleras.

Dale da el respingo culpable de un hombre a quien han pillado haciendo algo feo y cierra el maletín.

—¡Estoy en la cocina! —exclama. No es necesario preocuparse por despertar a Davey; duerme como un tronco hasta por lo menos las siete y media cada mañana.

—¿Entras tarde al trabajo?

—Ajá. —Con frecuencia entra tarde, y luego lo compensa trabajando hasta las siete, las ocho o incluso las nueve de la noche. Wendell Green no le ha dado gran importancia a *eso*… al menos de momento, pero démosle tiempo. ¡Hablando de caníbales!

—Échales un poco de agua a las flores antes de irte, ¿quieres? El ambiente está tan seco…

—Claro. —Regar las flores de Sarah es una tarea que a Dale le gusta. Uno de los momentos en que mejor reflexiona es cuando tiene la manguera en la mano.

En el piso de arriba se hace una pausa… pero Dale no ha oído las zapatillas deslizarse de regreso al dormitorio. Espera. Por fin oye:

—¿Estás bien, cariño?

—Perfectamente —responde, infundiendo a su voz lo que espera sea el grado justo de entusiasmo.

—Porque aún seguías dando vueltas cuando yo me dormí.

—No, estoy bien.

—¿Sabes qué me preguntó anoche Davey cuando le lavaba el pelo?

Dale pone los ojos en blanco. Detesta esas conversaciones de larga distancia. Por lo visto a Sarán le encantan. Se levanta y se sirve otra taza de café.

—No, ¿qué?

—Me preguntó: «¿Va a quedarse papá sin empleo?».

Dale se detiene con la taza a medio camino de los labios.

—¿Qué le contestaste?

—Que no, por supuesto.

—Entonces hiciste lo correcto.

Espera, pero eso es todo. Tras haberle inyectado una pequeña dosis más de venenosa preocupación —la débil psique de David, además del modo en que cierta parte podía afectar al niño, de tener David la mala suerte de entrar en conflicto con él—, Sarah regresa arrastrando los pies al dormitorio y, presumiblemente, a la ducha que está más allá de él.

Dale vuelve a la mesa y le da un sorbo al café, para luego llevarse la mano a la frente y cerrar los ojos. En este momento podemos ver con precisión cuan asustado y abatido se siente. Dale solo tiene cuarenta y dos años y es un hombre de hábitos frugales, pero a la luz cruel que atraviesa la ventana por la que hemos entrado, parece tener, por el momento al menos, unos sesenta y estar enfermo.

En efecto, está preocupado por su trabajo; sabe que si el tipo que mató a Amy y a Johnny continúa haciendo de las suyas, es casi seguro que el año que viene le despojarán de su cargo. También le preocupa Davey, aunque no es su principal preocupación, pues, al igual que Fred Marshall, en realidad no concibe que el Pescador pueda llevarse a su propio hijo, suyo y de Sarah. No, es por los demás niños de French Landing por quienes está más preocupado, y posiblemente por los niños de Centralia y Arden también.

Su peor temor es que sencillamente no sea lo bastante bueno para echarle el guante a ese hijo de puta, y que mate a un tercer niño, a un cuarto, quizá a un undécimo y a un duodécimo.

Dios sabe que ha pedido ayuda. Y la ha recibido… o más o menos. Hay dos detectives de la policía estatal asignados al caso, y el tipo del FBI en Madison está constantemente al corriente (de manera informal, sin embargo; el FBI no forma parte oficialmente de la investigación). Hasta esa ayuda exterior tiene cierto carácter surrealista para Dale, provocado en parte por una extraña coincidencia en sus apellidos. El tipo del FBI es el agente John P. Redding. Los detectives estatales son Perry Brown y Jeffrey Black. Así pues, tiene en su equipo rojo, marrón y negro. La Pandilla Colorista, los llama Sarah. Los tres dejan bien claro que actúan estrictamente como apoyo, por lo menos hasta el momento. Dejan bien claro que Dale Gilbertson es el único hombre que se halla

en el nivel cero.

Dios santo, cómo me gustaría, que Jack decidiese ayudarme con esto, piensa Dale. *Le nombraría segundo al mando de inmediato, como hacían en esas películas tan cursis del Oeste.*

Sí, por supuesto, al instante.

Cuando Jack había llegado a French Landing, casi cuatro años antes, Dale no había sabido muy bien qué hacer con ese hombre al que sus agentes apodaron de inmediato Hollywood. Para cuando los dos habían atrapado a Thornberg Kinderling —sí, el inofensivo y menudo Thornberg Kinderling, difícil de creer pero absolutamente cierto—, sabía con exactitud qué hacer con él. El tipo era el mejor detective instintivo que Dale había conocido en su vida.

El único detective instintivo, querrás decir.

Sí, de acuerdo. El único. Y aunque había sido un arresto compartido (ante la absoluta insistencia del recién llegado de Los Ángeles), había sido el trabajo de detección de Jack el que había dado con la clave. Fue casi como uno de esos detectives de novela… Hércules Poirot, Ellery Queen, uno de esos. Excepto que Jack no deducía exactamente, ni iba por ahí dándose golpecitos en la sien y hablando de su «poca materia gris». Él…

Él escucha.

De la forma en que escuchó a Janna Massengale, la camarera del Taproom. Dale no había tenido ni idea de por qué Jack pasaba tanto tiempo con aquella menuda buscona; hasta le había pasado por la cabeza que el Señorito Pantalones de Lino de Los Ángeles trataba de llevársela a la cama para así poder volver a casa y decirles a sus amigos de Rodeo Drive que se había echado un buen revolcón allá en Wisconsin, donde el aire estaba enrarecido y las piernas eran largas y fuertes. Pero no había sido eso en absoluto. Había estado *escuchando*, y por fin ella le había dicho lo que necesitaba oír.

Sí, desde luego, la gente tiene unos tics bien divertidos cuando bebe, le había contado Janna. *Recuerdo a ese tipo que al cabo de unpar de tragos empezaba a hacer esto.* Janna se había apretado con las yemas de dos dedos las fosas nasales hasta cerrárselas… solo que girando la mano para que la palma quedara hacia arriba.

Jack, todavía sonriendo con soltura, todavía entre sorbos de su agua con gas: *¿Siempre con la palma hacia arriba? ¿Así?*, y había imitado el gesto.

Janna, sonriendo, medio enamorada: *Eso es, monada… eres todo un modelo de rapidez.*

Jack: *A veces, supongo. ¿Cómo se llama ese tipo, querida?*

Janna: *Kinderling. Thornberg Kinderling.* Soltó una risilla. *Solo que después de un par de copas, una vez que ha empezado con eso de apretarse la nariz, quiere que todo el mundo le llame Thorny.*

Jack, todavía con la sonrisa puesta: *¿Y bebe ginebra Bombay, cariño? ¿Con un cubito de hielo y solo un chorrito de bitter?*

Jana, cuya sonrisa había empezado a desvanecerse, lo miró como si fuese una especie de mago: *¿Cómo lo has sabido?*

Pero daba igual cómo lo supiera, porque aquello era en realidad el paquete completo, atado con un bonito lazo. Caso cerrado, se acabó el partido, súbete la bragueta.

Finalmente, Jack había volado de regreso a Los Ángeles con Thornberg Kinderling bajo custodia; Thornberg Kinderling, tan solo un vendedor de seguros para granjas de Centralia, inofensivo y con gafas, incapaz de matar una mosca, que no diría mierda ni aunque tuviese la boca llena de ella, que no se atrevería a pedirle a la madre de uno un vaso de agua en un día caluroso, pero que había matado a dos prostitutas en la ciudad de Los Angeles. Nada de estrangulamientos tratándose de Thorny; había hecho el trabajo con un cuchillo Buck, cuya pista había seguido finalmente el propio Dale hasta la tienda de deportes Lapham, el comercio de mala muerte en la puerta de al lado del Sand, el bar de copas más repugnante de Centralia.

Para entonces los análisis del ADN tenían bien pillado a Kinderling por el trasero, pero de todas formas a Jack le había agradado contar con la procedencia del arma del crimen. Había llamado personalmente a Dale para darle las gracias, y Dale, que nunca en su vida había ido más al oeste de Denver, casi había sentido una absurda emoción ante semejante cortesía. Jack había dicho en varias ocasiones en el transcurso de la investigación que nunca podían tenerse demasiadas pruebas cuando el culpable era un verdadero mal tío, y Thorny Kinderling había resultado tan malo como el que más. Había alegado demencia, por supuesto, y Dale, que había abrigado la secreta esperanza de que le llamaran a testificar, quedó encantado cuando el jurado rechazó tal alegación y le condenó a varias cadenas perpetuas consecutivas.

¿Qué hizo que ocurriera todo eso? ¿Cuál había sido la causa principal? Bueno, pues que un hombre escuchase. Eso era todo. Que escuchase a una camarera habituada a que le mirasen los pechos mientras al hombre que lo hacía sus palabras solían entrarle por una oreja y salirle por la otra. ¿Y a quién había escuchado *Hollywood* Jack antes de haber escuchado a Janna Massengale? Por lo visto, a cierta fulana del Sunset Strip… o más bien a todo un grupo de ellas. (*A ver, ¿cómo las llamarías tú?,* se pregunta Dale con expresión ausente mientras se dirige al garaje en busca de su leal manguera. *¿Un puñado de golfas callejeras? ¿Una pandilla de contoneantes rameras?*) Ninguna de ellas habría reconocido a Thornberg Kinderling en una rueda de sospechosos, porque el Thornberg que visitaba L.A. seguramente no se parecía mucho al Thornberg que recorría las empresas de suministros agrícolas de Coulee y Minnesota. El Thorny de Los Ángeles había llevado peluca, lentillas en lugar de gafas y un pequeño bigote falso.

—Lo más brillante fue lo de oscurecerse la piel —había comentado Jack—. Solo un poco, solo lo justo para parecer oriundo de allí.

—Hizo teatro durante sus cuatro años en el instituto en French Landing —había dicho Dale con tono grave—. Lo he comprobado. El muy cabrón interpretó a Donjuán en el tercer curso, ¿puedes creerlo?

Habían sido un montón de astutos y pequeños cambios (demasiados para que un jurado se tragara una alegación de demencia, por lo visto), pero Thorny había olvidado aquella reveladora firma suya, la de cerrarse las fosas nasales con la palma de la mano vuelta hacia arriba. Una prostituta la había recordado, sin embargo, y cuando la mencionó —Dale está seguro de que solo de pasada, como lo hiciera Janna Massengale— Jack la oyó.

Porque sabía escuchar.

Me llamó para agradecerme lo de seguirle la pista al cuchillo, y de nuevo para contarme cuál había sido el veredicto del jurado, piensa Dale, *pero esa segunda vez quería algo, además. Yo sabía el qué. Lo supe incluso antes de que abriese la boca.*

Porque, pese a que no es ningún genio detectivesco como su amigo de la dorada California, a Dale no le había pasado inadvertida la inesperada e inmediata respuesta de aquel hombre ante el paisaje del Wisconsin occidental. Jack se había enamorado de Coulee Country, y Dale habría apostado una buena

suma a que se había tratado de un flechazo; imposible confundir la expresión de su rostro cuando habían ido en coche de French Landing a Centralia, de Centralia a Arden, de Arden a Monroe: asombro, placer, casi una especie de éxtasis. Para Dale, Jack había parecido un hombre que llega a un lugar en el que nunca ha estado solo para descubrir que ha vuelto a casa.

—Chico, no salgo de mi asombro —le había dicho una vez a Dale. Los dos acababan de hacer un recorrido en el viejo Caprice de Dale, el coche patrulla al que no había forma de alinear (y al que a veces se le atascaba la bocina, lo cual podía resultar embarazoso)—. ¿Te das cuenta de la suerte que tienes al vivir aquí, Dale? Debe de ser uno de los lugares más hermosos del mundo.

Dale, que había vivido toda la vida en Coulee, no lo discutió.

Hacia el final de la última conversación que mantuviesen sobre Thornberg Kinderling, Jack le había recordado a Dale la ocasión en que le había pedido a este (medio en serio medio en broma) que le hiciese saber si surgía alguna oportunidad de conseguir algún sitio sencillo y bonito en que vivir en su parte del mundo, algo alejado de la ciudad. Y Dale había sabido de inmediato por el tono de Jack, por el dejo casi ansioso en su voz, que ya no bromeaba.

—De modo que me debes una —murmura Dale echándose al hombro la manguera—. Me debes una, cabrón.

Por supuesto que le ha pedido a Jack que le eche una mano extraoficial en la investigación sobre el Pescador, pero Jack se ha negado… casi con una especie de temor. *Me he retirado,* le había dicho con brusquedad. *Si no sabes qué significa esa palabra, Dale, podemos buscarla juntos en el diccionario.*

Pero es ridículo, ¿no? Por supuesto que lo es. ¿Cómo puede retirarse un hombre que aún no ha cumplido los treinta y cinco? En especial uno que es tan condenadamente bueno en su trabajo.

—Me *debes una*, cariño —repite, caminando ahora junto al costado de la casa hacia el grifo. El cielo en lo alto está despejado; el césped bien regado está verde; no hay ni un solo signo de *dislocación,* aquí en la calle Hermán. Y aun así tal vez lo haya, y tal vez lo sintamos. Una especie de zumbido discordante, como el sonido de todos esos voltios letales que recorren los puntales de acero de la torre de la KDCU.

Pero hemos permanecido aquí demasiado tiempo. Debemos alzar el vuelo otra vez y dirigirnos a nuestro destino final de estas primeras horas de la

mañana. Aunque todavía no lo sabemos todo, sabemos al menos tres cosas importantes: primera, que French Landing es una ciudad que corre un peligro terrible; segunda, que algunas personas (Judy Marshall es una de ellas y Charles Burnside, otra) comprenden, en un nivel muy profundo, que lo que le está pasando a la ciudad va mucho más allá de los estragos que causa un morboso asesino pedófilo; que no hemos conocido a nadie capaz de reconocer conscientemente la fuerza —la dislocación— que ha venido a hacer mella en esta tranquila ciudad en la ribera del río de Tom Sawyer y Huckleberry Finn. Cada persona con que nos hemos encontrado está, a su manera, tan ciega como Henry Leyden. Lo cual puede decirse tanto de los que aún no hemos conocido personalmente —Beezer Saint Pierre, Wendell Green, la Pandilla Colorista— como de aquellos a quienes sí conocemos.

Nuestros corazones claman por un héroe. Y aunque es posible que no encontremos ninguno (después de todo este es el siglo XXI, no los tiempos de D'Artagnan y Jack Aubrey sino los de George W. Bush y Dirtysperm), quizá logremos encontrar a un hombre que sí se comportó una vez como todo un héroe. Vayamos por tanto en busca de un viejo amigo, uno al que vislumbramos por última vez a más de mil kilómetros al este de aquí, en la costa del tranquilo Atlántico. Los años han pasado y en ciertos sentidos han atenuado a ese niño que era; ha olvidado mucho y ha pasado gran parte de su vida adulta manteniendo ese estado de amnesia. Pero es la única esperanza de French Landing, así que levantemos el vuelo y dirijámonos casi derechos hacia el este, para pasar de nuevo por encima de bosques y campos y suaves colinas.

La mayor parte de lo que vemos son kilómetros de ininterrumpidas tierras de labranza: muchísimos campos de maíz, exuberantes pastos de heno, gruesas y amarillentas franjas de alfalfa. Senderos angostos y polvorientos llevan a granjas blancas y a sus despliegues de altos establos, graneros, silos cilíndricos de bloques de cemento y alargados cobertizos metálicos para los equipos. Hombres con chaquetas tejanas recorren los senderos bien trillados que separan las casas de los establos. Ya podernos oler la luz del sol. Su aroma rico y denso a mantequilla, levadura, tierra, crecimiento y descomposición se intensificará a medida que el sol ascienda y la luz se torne más intensa.

Debajo de nosotros, la Nacional 93 se cruza con la Nacional 35 en el corazón de la minúscula Centralia. El aparcamiento vacío detrás del Sand Bar aguarda la

ruidosa llegada de los Cinco del Trueno, cuya costumbre es pasar las tardes y las noches de los sábados en el Sand Bar disfrutando de las mesas de billar americano, las hamburguesas y las jarras de esa ambrosía a cuya creación han dedicado sus excéntricas vidas, el mejor producto de la Kingsland Brewing Company y una cerveza que puede alzar su espumosa cabeza entre cualquiera que se fabrique en una microfábrica cervecera o en un monasterio belga, la Kingsland tradicional. Si Beezer Saint Pierre, Mouse y compañía dicen que es la mejor cerveza del mundo, ¿por qué habríamos de dudar de ellos? No solo saben mucho más que nosotros de cervezas sino que han apelado a cada pizca de conocimiento, destreza, experiencia e intuitiva inspiración a su disposición para convertir a la cerveza Kingsland en un punto de referencia del arte del cervecero. De hecho, se mudaron a French Landing porque la cervecería, a la que habían seleccionado tras una cuidadosa deliberación, estaba dispuesta a trabajar con ellos.

Invocar la cerveza Kingsland equivale a desear un buen trago de la misma, pero nos resistimos a la tentación; las siete y media de la mañana es, desde luego, una hora demasiado temprana para beber otra cosa que no sea zumo de fruta, café y leche (excepto para los que son como Wanda Kinderling, y Wanda considera la cerveza, incluso la Kingsland, un suplemento dietético del vodka Aristocrat); y vamos en busca de nuestro viejo amigo y lo más cercano a un héroe que podemos encontrar, a quien viésemos por última vez siendo niño en la orilla del océano Atlántico. No tenemos intención de perder el tiempo; estamos en marcha, aquí y ahora. Los kilómetros vuelan debajo de nosotros y a lo largo de la Nacional 93 los campos se van estrechando a medida que las colinas se elevan a ambos lados.

Pese a toda la prisa que llevamos, debemos *asimilar todo esto,* debemos *ver bien dónde nos hallamos.*

4

Hace tres años nuestro viejo amigo recorrió ese sector de la Nacional 93 en el asiento del pasajero del antiguo Caprice de Dale Gilbertson, con el corazón desbocado en el pecho y la boca seca mientras el amigable Dale, en aquellos días poco más que un poli pueblerino, y a quien había impresionado más allá de lo racional por el simple hecho de hacer su trabajo más o menos lo mejor que podía, le llevaba hacia una granja de dos hectáreas que le había dejado su difunto padre. El «sitio sencillo y bonito» podía comprarse por casi nada, puesto que los primos de Dale no lo deseaban particularmente y nadie más le encontraba valor. Dale había conservado su propiedad por motivos sentimentales, pero tampoco tenía un interés particular en él. Apenas si había sabido qué hacer con una segunda casa, aparte de invertir una considerable cantidad de tiempo en mantenerla, tarea que le resultaba extrañamente placentera pero que no le importaba en absoluto ceder a algún otro. Y en ese punto de su relación, Dale sentía tal respeto reverencial por nuestro amigo que, lejos de desagradarle la perspectiva de que habitara la casa de su padre, lo consideraba un honor.

En cuanto al hombre del asiento del pasajero, estaba demasiado arrobado por su respuesta al paisaje —demasiado arrobado por el paisaje mismo— como para que le avergonzara el respeto de Dale. En circunstancias normales, nuestro amigo habría insistido en llevar a su admirador a un bar tranquilo para invitarle a una cerveza y decirle: «Mira, Dale, sé que te impresionó lo que hice, pero, después de todo, solo soy un poli, como tú. No soy más afortunado de lo que merezco». (Sería la verdad, además; desde que le vimos por última vez nuestro amigo ha sido bendecido —si es una bendición— con una buena suerte tan desmesurada que ya no se atreve a jugar a las cartas o a apostar en

acontecimientos deportivos. Cuando uno gana casi siempre, la victoria tiene un sabor parecido al zumo de uva que se ha echado a perder.) Pero esas no eran circunstancias normales, y en el enjambre de emociones que amenazaran con desatarse en él desde que dejaran Centralia para adentrarse en la recta y llana Nacional 93, apenas si se daba cuenta de la adulación de Dale. Ese corto trayecto a un lugar que no había visto antes se le antojaba un viaje al hogar largamente postergado: todo lo que vio parecía cargado de un significado rememorado, una parte de él, esencial. Todo parecía sagrado. Sabía que iba a comprar ese «sitio sencillo y bonito», no importaba qué aspecto tuviese o cuánto costase, aunque no era que el precio pudiese haber supuesto un obstáculo en sentido alguno. Iba a comprarlo, eso era todo. El hecho de que Dale le venerase como a un héroe le afectaba solo en la medida en que comprendía que se vería obligado a procurar que su admirador no le cobrase de menos. Entretanto, luchaba contra las lágrimas que querían asomar a sus ojos.

Desde arriba, vemos los valles glaciales que dividen el paisaje que se extiende a la derecha de la 93 como la huella de los dedos de un gigante. El solo vio las estrechas carreteras que surgían repentinamente de la autopista para internarse en una mezcla de luz de sol y oscuridad. Cada una de ellas le decía: *Casi has llegado.* La Nacional le decía: *Este es el camino.* Al bajar la vista, observamos una zona de aparcamiento a un lado de la carretera, dos surtidores de gasolina y un alargado tejado gris que luce el desgastado anuncio de la Tienda de Roy; cuando él miró a su derecha y vio, más allá de los surtidores, los peldaños de madera que llevaban a un porche amplio e invitador y a la entrada de la tienda, le dio la sensación de que ya había subido por esos peldaños en un centenar de ocasiones, para entrar a abastecerse de pan, leche, cerveza, fiambres, guantes de trabajo, un destornillador, un paquete de clavos de ocho centímetros, o lo que fuera que necesitase del abundante despliegue que abarrotaba las estanterías, como haría después de aquel día en un centenar de ocasiones y en más.

Cincuenta metros más allá por la carretera, el hilo azul grisáceo del arroyo Tamarack serpentea al internarse en el valle de Norway. Cuando el coche de Dale empezó a cruzar el pequeño y herrumbrado puente metálico, el puente dijo: *¡Aquí es!*, y el hombre vestido con ropa informal pero cara que iba en el asiento del acompañante y tenía pinta de haber aprendido cuanto sabía de tierras de

labranza a través de las ventanillas de primera clase en sus vuelos transcontinentales y que, de hecho, era incapaz de distinguir el trigo del heno, sintió que le daba un vuelco el corazón. Al otro extremo del puente un letrero rezaba CARRETERA DEL VALLE DE NORWAY.

—Aquí es —dijo Dale, y giró a la derecha para internarse en el valle. Nuestro amigo se llevó una mano con la intención de ahogar cualquier sonido que su estremecido corazón pudiese hacerle articular.

Aquí y allá se abrían flores silvestres que cabeceaban hacia la carretera, algunas audaces y brillantes, otras medio ocultas por un vibrante manto de verde.

—Conducir por esta carretera siempre me hace sentir bien —comentó Dale.

—No me extraña —se las arregló para musitar nuestro amigo.

Gran parte de lo que dijo Dale no consiguió penetrar el torbellino de emociones que agitaba la mente y el cuerpo de su pasajero. Esa es la vieja granja Lund; son primos de mi madre. La escuela de una sola habitación en que solía dar clases mi bisabuela solía estar justo ahí, solo que la echaron abajo. Esa de ahí es la casa de Duane Updahl; no es pariente mío, gracias a Dios. Murmullos vagos entre dientes. Más murmullos vagos entre dientes. Pasaron una vez más sobre el Tamarack y sus relucientes aguas de un azul grisáceo rieron y exclamaron: ¡*Ya hemos llegado*! Al internarse en una curva que describía la carretera, montones de exuberantes flores silvestres se inclinaron juguetonas hacia el coche. En medio de ellas, los rostros ciegos y atentos de los lirios atigrados se acercaron a la cara de nuestro amigo. Una oleada de una emoción distinta de aquel torbellino, más calmada pero no menos poderosa, hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas de aturdimiento.

¿Por qué unos lirios atigrados? Los lirios atigrados no significaban nada para él. Se valió de un bostezo fingido para enjugarse los ojos y confió en que Dale no lo hubiese advertido.

—Ya hemos llegado —anunció Dale, lo hubiese advertido o no, y viró para internarse en un largo sendero invadido por la maleza, flanqueado por flores silvestres y altas hierbas, que parecía no llevar a parte alguna a excepción de a una extensa pradera con macizos de flores que llegaban a la altura de la cintura. Más allá de la pradera unos campos a franjas ascendían para dar paso a la boscosa ladera de una colina.

—Dentro de un momento verás la vieja casa de mi padre. La pradera va con

la casa, y mis primos Randy y Kent son propietarios de los campos.

Nuestro amigo no pudo ver la granja de dos plantas, que se alza al final de la última curva del sendero, hasta el momento en que Dale Gilbertson hubo recorrido la mitad de la curva, y no habló hasta que Dale se hubo detenido ante la casa y parado el motor y ambos se hubiesen bajado del coche. Ahí estaba el «sitio sencillo y bonito»: una casa robusta, recién pintada y conservada con el mayor cuidado, modesta pero hermosa en sus proporciones, apartada de la carretera, apartada del mundo, al final de una pradera verde y amarilla en que abundaban las flores.

—Dios santo, Dale —dijo—, es perfecto.

Aquí encontraremos a nuestro antiguo compañero de viaje, que en su propia niñez conociese a un niño llamado Richard Sloat y que en cierta ocasión, demasiado brevemente, conociese a otro más cuyo nombre era, simplemente, Lobo. En esta robusta, bonita y blanca granja tan apartada encontraremos a nuestro viejo amigo, quien en cierta ocasión durante su niñez atravesara todo el país, de un océano al otro, en busca de cierto objeto crucial y necesario, un gran talismán, y que, pese a espantosos obstáculos y tremendos peligros, lograra encontrar el objeto de su búsqueda para utilizarlo de forma correcta y sabia. Quien, podríamos decir, llevó a cabo una serie de milagros, de manera heroica. Y que no recuerda nada de eso. Aquí, preparándose el desayuno en la cocina mientras escucha a George Rathbun en la KDCU, encontramos al fin al que antaño fuera teniente de policía del condado de Los Ángeles en la división de homicidios, Jack Sawyer.

Nuestro Jack. Jacky, como solía llamarle su madre, la difunta Lily Cavanaugh Sawyer.

Había seguido a Dale a través de la casa vacía, escaleras arriba y abajo hasta el sótano, admirando diligentemente el horno y el calentador de agua nuevos que Gilbertson había instalado el año anterior a la muerte de su padre, la calidad de las reparaciones que había hecho desde entonces, la reluciente veta de los suelos de madera, el grosor del aislamiento en el desván, la solidez de las ventanas, los

muchos toques artesanos que captaba su mirada.

—Sí, he invertido un montón de trabajo en este sitio —le explicó Dale—. Para empezar ya estaba bastante bien, pero me gusta trabajar con las manos. Al cabo de un tiempo se convirtió en una especie de pasatiempo. Siempre que tenía un par de horas libres, los fines de semana o así, me habitué a conducir hasta aquí para trabajar un poco aquí y allá. No sé, a lo mejor me ayudaba a sentirme en cierto modo en contacto con mi padre. Era un buen tipo, mi padre. Quería que yo fuese granjero, pero cuando le dije que estaba pensando en dedicarme a hacer respetar la ley, me apoyó durante todo el camino. ¿Sabes qué dijo? «Si te haces granjero a desgana, será un fastidio de sol a sol. Acabarás por no sentirte mejor que una mula. Tu madre y yo no te trajimos a este mundo para convertirte en una mula.»

—¿Qué opinaba ella? —había querido saber Jack.

—Mi madre venía de una larga dinastía de granjeros —había explicado Dale —. Pensaba que a lo mejor descubría que lo de ser una mula no estaba tan mal después de todo. Para cuando falleció, lo cual hizo cuatro años antes que mi padre, se había acostumbrado a que fuese poli. Salgamos por la puerta de la cocina y echémosle un vistazo al prado, ¿de acuerdo?

Mientras permanecían de pie en el exterior echando el vistazo en cuestión, Jack le había preguntado a Dale cuánto quería por la casa. Dale, que había estado esperando la pregunta, había rebajado en cinco mil dólares el precio más alto que él y Sarah habían considerado que podían obtener. ¿A quién trataba de engañar? Dale quería que Jack Sawyer comprara la casa en la que había crecido; deseaba que viviese cerca de él durante al menos dos semanas al año. Y si Jack no compraba la casa, nadie lo haría.

—¿Hablas en serio? —había preguntado Jack.

Más abatido de lo que quería admitir, Dale había dicho:

—A mí me parece un precio justo.

—No es justo para ti —había respondido Jack—. No pienso dejar que te desprendas de este sitio solo porque te caigo bien. Sube el precio, o me largo.

—Desde luego, vosotros los peces gordos de la gran ciudad sabéis cómo negociar. De acuerdo, que sean tres mil más.

—Cinco mil —exigió Jack—. O me largo de aquí.

—Hecho. Pero me rompes el corazón.

—Espero que esta sea la última vez que tenga que comprarle una propiedad a uno de estos rastreros de Norway —bromeó Jack.

Había comprado la casa a distancia, enviando un pago al contado desde Los Ángeles, intercambiando las firmas por fax, sin hipotecas y en efectivo. Fueran cuales fueren los orígenes de Jack Sawyer, había pensado Dale, era bastante más rico que un agente de policía corriente. Unas semanas más tarde Jack había reaparecido en el centro de un tornado creado por él mismo, para disponer que le instalaran el teléfono y que la electricidad se pusiera a su nombre, arrasar con lo que parecía la mitad del contenido de La Tienda de Roy, y hacer escapadas a Arden y La Riviere para comprar una cama nueva, sábanas y mantelerías, vajillas, batería de cocina y sartenes de hierro colado y un juego de cuchillos franceses, un microondas compacto y un televisor gigantesco, y un equipo de música tan elegante, negro y resplandeciente que Dale, a quien había invitado a tomar una copa, se figuró que le habría costado más de lo que él ganaba en un año. Y Jack había pescado por ahí muchas cosas más, de las cuales algunas eran objetos que a Dale le había sorprendido que pudiesen encontrarse en el condado de French, en Wisconsin. ¿Para qué iba a necesitar alguien un sacacorchos de sesenta y cinco dólares llamado el Maestro del Vino? ¿Quién era ese tipo? ¿Qué clase de familia lo había engendrado?

Había advertido una maleta con un logotipo que no le era familiar y que estaba llena de discos compactos; a unos quince o dieciséis dólares cada uno, lo que contemplaba valía un par de cientos de dólares. Si podía saberse algo con certeza acerca de Jack Sawyer era que le iba la música. Curioso, Dale se inclinó para coger unos cuantos discos y contempló imágenes de gente, generalmente negra y con instrumentos entre los labios o contra estos. Clifford Brown, Lester Young, Tommy Flanagan, Paul Desmond.

—Nunca he oído hablar de estos tíos —comentó—. Supongo que es jazz, ¿no?

—Supones bien —respondió Jack—. ¿Puedo pedirte que me ayudes a mover muebles, colgar cuadros y cosas así dentro de un par de meses? Van a enviarme un montón de cosas aquí.

—Cuando quieras. —A Dale se le ocurrió de pronto una idea espléndida—. ¡Eh, tienes que conocer a mi tío Henry! Pero si hasta es vecino tuyo; vive a medio kilómetro de aquí, por la carretera. Estaba casado con mi tía Horda, la

hermana de mi padre que murió hace tres años. Henry es algo así como una enciclopedia de música rara.

A Jack no se le había ocurrido suponer que el jazz fuese raro. A lo mejor lo era. En cualquier caso, probablemente le sonaba raro a Dale.

—Nunca habría pensado que los granjeros tuviesen mucho tiempo para oír música.

Dale abrió la boca para soltar una risotada.

—Henry no es granjero. Henry… —Sonriendo, Dale levantó las manos con las palmas hacia arriba y los dedos separados, y su mirada adoptó una expresión distante mientras buscaba la descripción adecuada—. Es algo así como *lo contrario* de un granjero. La próxima vez que vengas te lo presentaré. Te va a encantar.

Seis semanas más tarde, Jack volvió para recibir al camión de mudanzas e indicar a los transportistas dónde poner los muebles y otras cosas que había enviado; unos días después, cuando había desembalado la mayor parte de las cajas, telefoneó a Dale y le preguntó si aún estaba dispuesto a echarle una mano. Eran las cinco de la tarde de un día tan aburrido que Tom Lund se había quedado dormido en su escritorio, y Dale condujo hasta allí sin molestarse siquiera en cambiarse el uniforme.

Su primera respuesta, después de que Jack le diera un apretón de manos y le hiciese pasar, fue una sorpresa sin paliativos. Cuando hubo dado un solo paso más allá del umbral, Dale se quedó paralizado, incapaz de avanzar más. Pasaron un par de segundos antes de que se percatara de que era una buena sorpresa, una sorpresa de lo más agradable. Su antigua casa se había transformado: era como si Jack le hubiese hecho un truco abriendo aquella puerta familiar para hacerle pasar al interior de otra casa enteramente distinta. El espacio que iba del salón a la cocina no se parecía en nada al que recordaba de su niñez o a la limpia y desnuda evolución del pasado reciente. A Dale le pareció que Jack había decorado la casa con el movimiento de una varita mágica, convirtiéndola en el proceso en algo que apenas si sabía qué era; una villa en la Riviera, o un apartamento en Park Avenue. (Dale no había estado nunca en Nueva York o en el sur de Francia.) Entonces se le ocurrió que, en lugar de transformar la vieja casa en algo que no era, Jack había simplemente visto en ella más de lo que Dale viera jamás. Los sofás y sillas de piel, las relucientes alfombras, las amplias

mesas y las discretas lámparas habían venido de otro mundo pero encajaban a la perfección, como si se hubieran fabricado específicamente para esa casa. Todo cuanto veía le invitaba a entrar, y descubrió que podía volver a moverse.

—Guau —exclamó—. Creó que le he vendido la casa al tipo adecuado.

—Me alegra que te guste —dijo Jack—. He de admitir que a mí también me gusta. Queda incluso mejor de lo que esperaba.

—¿Qué se supone que he de hacer? Todo parece ya organizado.

—Vamos a colgar unas cuantas cosas en las paredes —explicó Jack—. Entonces sí que estará organizado.

Dale supuso que Jack hablaba de fotografías familiares. No entendía por qué iba alguien a necesitar ayuda para colgar un puñado de fotos enmarcadas, pero si Jack quería su ayuda, se la daría. Además, las fotos le revelarían información considerable sobre la familia de Jack, un tema que seguía siendo de gran interés para él. Sin embargo, cuando Jack le guió hasta una serie de cajas de embalaje que se apoyaban contra la encimera de la cocina, Dale tuvo una vez más la sensación de que había vuelto a perderse, de que entraba en un mundo desconocido. Las cajas se habían hecho a medida; se trataba de objetos destinados a proporcionar una protección seria y eficaz, de resistencia industrial. Algunas de ellas medían cerca de un metro de altura y eran casi igual de anchas. Esos monstruos no contenían fotografías de papá y mamá en su interior. Él y Jack tuvieron que levantar las esquinas haciendo palanca y quitar los clavos de los bordes antes de conseguir abrir las cajas. Les llevó un esfuerzo considerable quitarles las tapas. Dale lamentó no haber pasado por su casa a quitarse el uniforme, que estaba empapado en sudor para cuando él y Jack habían liberado de sus cáscaras cinco pesados objetos rectangulares profusamente envueltos en capas de papel de seda. Aún quedaban muchos más.

Una hora más tarde llevaron las cajas de embalaje vacías al sótano y volvieron a subir a tomarse una cerveza. Entonces rasgaron el papel de seda para exponer pinturas y gráficos en una variedad de marcos, incluidos unos cuantos que parecía haber fabricado el propio artista claveteando tablones de granero. Los cuadros de Jack se incluían en una categoría a la que Dale consideraba vagamente «arte moderno». No acababa de comprender qué se suponía que representaban algunos de ellos, aunque lo cierto era que en general le gustaban, sobre todo un par de paisajes. Era consciente de que nunca había oído hablar de

los artistas, pero supuso que la gente que vivía en las grandes ciudades y acudía a museos y galerías reconocería sus nombres. Todo ese arte, todas esas imágenes, grandes y pequeñas, que se alineaban ahora en el suelo de la cocina, le dejaban atónito, y de una manera que no era del todo agradable. Acababa de entrar en otro mundo, y no conocía ninguno de sus puntos de referencia. Recordó entonces que él y Jack Sawyer iban a colgar esos cuadros de las paredes de la vieja casa de sus padres. De inmediato, experimentó una inesperada oleada de calidez ante semejante idea. ¿Por qué no iban a mezclarse de tanto en cuando unos mundos que eran colindantes? ¿Y no era acaso aquel mundo el de Jack?

—Bueno —dijo—. Desearía que Henry, ese tío mío del que te hablé, ese que vive carretera abajo… pudiese ver todo esto. Henry sabría cómo apreciarlo.

—¿Y por qué no va a verlo? Le invitaré a hacerlo.

—¿No te lo había dicho? —preguntó Dale—. Henry es ciego.

Los cuadros, alineados en las paredes de la sala de estar, subieron por el hueco de la escalera, llegaba hasta los dormitorios. Jack colgó un par de pequeñas pinturas en el baño del piso de arriba y en el aseo de la planta baja. A Dale empezaban a dolerle los brazos de sujetar los marcos mientras Jack marcaba los lugares en que irían los clavos. Cuando acabaron con los tres primeros cuadros se había quitado la corbata y subido las mangas y sentía el sudor gotearle del pelo y deslizarse por su cara. Se había desabrochado el cuello de la camisa, que estaba empapado. Jack Sawyer había trabajado tan duro como él o más, pero tenía pinta de no haber hecho nada más agotador que pensar en la cena.

—Eres algo así como un coleccionista de arte, ¿eh? —dijo Dale—. ¿Te llevó mucho tiempo reunir todos estos cuadros?

—No sé lo suficiente como para ser un coleccionista —respondió Jack—. La mayor parte de estas obras las reunió mi padre en los años cincuenta y sesenta. Mi madre también compraba algunas cosas, cuando veía algo que la volvía loca. Como ese pequeño Fairheld Porter de ahí, con el porche y el césped y las flores.

El pequeño Fairfield Porter, cuyo nombre Dale asumió que era el del pintor, le había atraído en cuanto él y Jack lo habían sacado de la caja. Uno podía colgar un cuadro como ese en su propia sala de estar. Uno casi podía entrar en una pintura como esa. Dale pensó que lo gracioso era que, si uno lo colgaba en su sala de estar, la mayoría de la gente nunca advertiría siquiera que estaba ahí.

Jack había dicho algo sobre que le alegraba que los cuadros hubiesen podido salir por fin del depósito.

—Así pues —dijo Dale—, ¿tu madre y tu padre te los regalaron?

—Los heredé después de la muerte de mi madre —respondió Jack—. Mi padre murió cuando era niño.

—Oh, caray, sí que lo siento —repuso Dale, arrancado de pronto del mundo al que el señor Fairfield Porter le había dado la bienvenida—. Debió de ser duro para ti perder a tu padre de pequeño. —Pensó que Jack le había dado una explicación para ese aura de soledad y aislamiento que siempre parecía envolverle. Un segundo antes de recibir una respuesta, Dale se dijo que aquello era una gilipollez. No tenía ni idea de cómo podía alguien acabar siendo como Jack Sawyer.

—Sí —repuso Jack—. Por suerte, mi madre era más dura aún.

Dale aprovechó a tope semejante oportunidad.

—¿Qué hicisteis entonces? ¿Te criaste en California?

—Nací y crecí en Los Ángeles —contestó Jack—. Mis padres estaban en la industria del espectáculo, pero a pesar de eso eran buena gente.

Jack no le invitó a quedarse a cenar; eso fue lo que desconcertó a Dale. Durante la hora y media que les llevó colgar el resto de los cuadros, Jack Sawyer se mostró amigable y de buen humor, pero Dale, que para algo era poli, intuyó algo evasivo e inflexible en la afabilidad de su amigo: se había abierto una puerta para revelar un minúsculo resquicio, y luego se había cerrado de un portazo. La frase «eran buena gente» había situado a los padres de Jack en un lugar fuera de su alcance. Cuando los dos hombres pararon a tomar otra cerveza, Dale advirtió un par de bolsas de una tienda de comestibles de Centralia junto al microondas. Para entonces eran cerca de las ocho, al menos dos horas tarde para la hora de la cena en el condado de French. Era razonable que Jack hubiese asumido que Dale había cenado ya, de no ser su uniforme evidencia de lo contrario.

Dale le hizo un poco la pelota a Jack hablándole del caso más difícil que había resuelto jamás y luego se desplazó con sigilo hacia la encimera. Las puntas rojizas y con vetas de grasa de dos filetes de cuarto trasero surgían de la bolsa más cercana. Su estómago emitió un reverberante clamor. Jack ignoró aquel sonido atronador y dijo:

—El de Thornberg Kinderling era comparable a cualquier otro caso que manejara en Los Ángeles. Agradecí de veras tu ayuda.

Dale se hizo una idea de la situación. Ahí había otra puerta cerrada. Esa había rechazado abrirse aunque fuera un resquicio. Ahí no iba a hablarse de historia; el pasado se había cerrado a cal y canto.

Acabaron las cervezas y colgaron los últimos cuadros. Durante las horas siguientes hablaron de un montón de cosas, pero siempre dentro de los límites que Jack Sawyer había establecido. Dale estaba seguro de que su pregunta sobre los padres de Jack había acortado la velada, pero ¿por qué había de ser cierto eso? ¿Qué ocultaba ese hombre? ¿Y a quién se lo estaba ocultando? Cuando hubieron concluido el trabajo, Jack le dio sinceramente las gracias a Dale y le acompañó hasta el coche, acabando así con cualquier esperanza de un indulto de última hora. Caso cerrado, se acabó el partido, súbete la bragueta, en palabras del inmortal George Rathbun. Mientras permanecían de pie en la fragante oscuridad bajo los millones de estrellas que se desplegaban encima de ellos, Jack exhaló un suspiro de placer y dijo:

—Espero que comprendas lo mucho que te lo agradezco. De veras que lamento tener que volverme a Los Ángeles. ¿Te has fijado en lo hermoso que es esto?

Cuando conducía de regreso a French Landing, los suyos los únicos faros en toda la extensión de la Nacional 93, Dale se preguntó si los padres de Jack habrían tenido que ver con algún aspecto del negocio del espectáculo que a su hijo le resultaba embarazoso, como la pornografía. A lo mejor papá dirigía pelis porno, y mamá las protagonizaba. La gente que hacía películas guarras probablemente sacaba una pasta, en especial si la cosa quedaba en la familia. Antes de que el cuentakilómetros marcara cien metros más, sin embargo, el recuerdo del pequeño Fairfield Porter hizo polvo la satisfacción de Dale. Ninguna mujer que se ganara la vida teniendo relaciones sexuales con extraños en directo se gastaría el dinero en un cuadro como ese.

Entremos en la cocina de Jack Sawyer. El *Herald* de la mañana está abierto sobre la mesa; una sartén negra recién rociada con Pam se calienta sobre el círculo de llamas azules del quemador frontal izquierdo de la cocina de gas. Un

hombre alto, y en forma y con aspecto distraído, que lleva una vieja sudadera de la Universidad de California del Sur, téjanos y mocasines italianos del color de la melaza, mueve un batidor en el interior de un cuenco de acero inoxidable que contiene un número considerable de huevos crudos.

Al observarle fruncir el entrecejo con la mirada perdida en el vacío, bien por encima del reluciente cuenco, comprobamos que el guapo chico de doce años que viésemos por última vez en una habitación del cuarto piso de un desierto hotel de New Hampshire ha envejecido hasta convertirse en un hombre cuyo atractivo constituye tan solo una pequeña porción de lo que lo hace interesante. Que Jack Sawyer es en efecto interesante se hace patente de inmediato. Incluso cuando lo saca de quicio alguna preocupación personal, algún *enigma*, como bien podríamos decir a la vista de su expresión contemplativa, Jack Sawyer no puede evitar irradiar una autoridad persuasiva. Con solo mirarle, uno sabe que es de esas personas a las que los demás recurren cuando se sienten perplejos, amenazados o frustrados por las circunstancias. Inteligencia, resolución y formalidad han dado tan profunda forma a sus facciones que su atractivo es irrelevante en lo que respecta a su significado. Este hombre nunca se detiene a admirarse en los espejos; la vanidad no juega papel alguno en su personalidad. Es perfectamente lógico que haya sido una estrella en ascenso en el Departamento de Policía de Los Angeles, que su expediente esté a rebosar de recomendaciones, y que le hayan seleccionado para varios programas y cursos de entrenamiento auspiciados por el FBI y diseñados para ayudar al progreso de las estrellas en ciernes. (Una serie de colegas y superiores de Jack han sacado la conclusión personal de que se convertiría en inspector jefe de policía de una ciudad como San Diego o Seattle para cuando cumpliese los cuarenta y, diez o quince años más tarde, si todo iba bien, ascendería para serlo de San Francisco o Nueva York.)

Más sorprendente aún, la edad de Jack no parece más relevante que su atractivo: tiene el aire de haber vivido varias vidas antes que esta, de haber ido a sitios y visto cosas más allá del alcance de la mayoría de personas. No es de extrañar que Dale Gilbertson le admire; no es de extrañar que Dale ansie la ayuda de Jack. De estar en su lugar, también nosotros la querríamos, pero no tendríamos más suerte que él. Este hombre se ha *retirado,* está fuera del juego, lo sentimos, sí, es una lástima y todo eso, pero, como le decía John Wayne a Dean

Martin en *Río Bravo*, «un hombre tiene que batir unos cuantos huevos si quiere hacer una tortilla».

—Y, como me dijo mi madre —se dice Jack en voz alta—, «hijo mío, cuando el Duque hablaba, todo el mundo le escuchaba, a menos que fuese uno de los muchos a los que promocionaba políticamente», sí, eso me dijo, esas fueron sus palabras exactas, así fue como me lo dijo. —Al cabo de un instante, añade—: Aquella bonita mañana en Beverly Hills —y se concentra por fin en lo que está haciendo.

Lo que tenemos aquí es a un hombre espectacularmente solitario. Hace tanto tiempo que la soledad le es familiar a Jack Sawyer que la da por sentada, pero uno acaba por acostumbrarse a vivir con esas cosas que no puede solucionar, ¿verdad? Hay muchas cosas peores que la soledad, como la parálisis cerebral o el mal de Lou Gehrig, por nombrar solo dos. La soledad no es más que una parte del programa, eso es todo. Hasta Dale advertía ese aspecto de la personalidad de su amigo, y pese a sus muchas virtudes a nuestro jefe de policía no puede describírsele como un ser humano particularmente psicológico.

Jack echa un vistazo al reloj que hay encima de la cocina y comprueba aún que le quedan cuarenta y cinco minutos antes de tener que conducir hasta French Landing para recoger a Henry Leyden cuando acabe su turno. Eso está bien; le queda tiempo de sobras, y lo tiene todo bajo control, de lo cual el subtexto sería *Todo va bien y a mí no me pasa nada malo, muchísimas gracias.*

Cuando Jack se ha despertado esta mañana, una vocecilla en su cabeza le ha anunciado: *Soy un poli de Homicidios.* Y un cuerno que lo soy, ha pensado, para luego decirle a la vocecilla que le dejase en paz. Había renunciado a esas cosas, se había retirado del negocio de los homicidios…

… las luces de un tiovivo se reflejan en la cabeza calva de un hombre negro que yace muerto en el muelle de Santa Mónica…

No. No vuelvas a eso. Sencillamente… no lo hagas, eso es todo.

De cualquier forma, Jack ni siquiera debía haber estado en Santa Mónica. Santa Mónica tenía sus propios polis de homicidios. Por lo que él sabía había un buen puñado de ellos, aunque tal vez no del nivel fijado por aquel as y niño prodigio, el teniente más joven que jamás tuviera la División de Homicidios de la policía de Los Angeles, o sea él mismo. Para empezar, la única razón de que el as y niño prodigio hubiese estado en su territorio era que acababa de romper con

una residente de Malibú extremadamente agradable, o al menos moderadamente agradable, la señorita Brooke Creer, una guionista tenida en gran estima en su género, la comedia romántica de aventuras, una persona además de considerables ingenio, perspicacia y encantos corporales, y mientras Jack recorría a toda velocidad el camino de regreso por aquel bonito tramo de la autopista de la costa del Pacífico bajo la salida de Malibú Canyon cedió a un acceso de tenso pesimismo nada característico en él.

Unos segundos después de ascender la pendiente para internarse en Santa Mónica, vio el brillante anillo de la noria girar sobre las ristras de luces y la animada multitud en el parque de atracciones del muelle. Un encantamiento hortera, o una horterada encantadora, le hablaba desde el corazón de esa escena. Se le antojó aparcar el coche y caminar hasta el despliegue de luces que resplandecían en la oscuridad. La última vez que había visitado el parque de atracciones de Santa Mónica lo había hecho como un niño de seis años que tironeaba de la mano de Lily Cavanaugh Sawyer como un perro que tirase de su correa.

Lo que sucedió fue accidental. Carecía en exceso de significado como para tildarlo de coincidencia. La coincidencia supone la unión de dos elementos de una historia más amplia que previamente no tuviesen relación. Ahí nada conectaba, y no había una historia más amplia.

Llegó a la chabacana entrada del parque y advirtió que, después de todo, la noria no estaba girando. Un círculo de luces fijas pendía sobre las cestas vacías. Por un instante, la máquina gigantesca se le antojó un invasor extraterrestre, astutamente disfrazado y aguardando el momento oportuno para poder causar el mayor daño posible. Jack casi la oyó murmurar para sí. *«Pues claro,* se dijo, *una noria maléfica… Contrólate. Estás más alterado de lo que quieres admitir.»* Volvió a contemplar entonces la escena que tenía ante sí, y finalmente asumió que esa fantasía del parque de atracciones había ocultado un mal de la vida real que su profesión tornaba demasiado familiar. Había tropezado con los estadios iniciales de una investigación de homicidio.

Algunas de las luces brillantes que había visto no procedían de la noria sino de los techos de los coches patrulla de Santa Mónica. En el muelle, cuatro hombres uniformados trataban de disuadir a una multitud de civiles de trasponer el círculo de la cinta que delimitaba la escena del crimen en torno a un tiovivo brillantemente iluminado. Jack se dijo que no debía acercarse. No jugaba papel alguno en eso. Además, aquel tiovivo despertaba en él unas sensaciones borrosas e inciertas, toda una oleada de sentimientos nada gratos. El tiovivo era más espeluznante aún que la noria parada. ¿Acaso no le habían asustado siempre los tiovivos? Caballos enanos pintados inmóviles en su sitio, enseñando los dientes y con astas atravesándoles las entrañas, una exhibición de sadismo kitsch.

Lárgate, se dijo Jack. *Tu novia te ha dejado y estás de un humor de perros.*

Y en cuanto a los tiovivos…

El brusco descenso de una cortina de plomo mental acabó con el debate sobre los tiovivos. Sintiéndose como si le empujaran desde dentro de sí, Jack entró en el parque y empezó a avanzar a través de la multitud. Era a medias consciente de que estaba llevando a cabo el acto menos profesional de su carrera.

Cuando se hubo abierto camino hasta la primera fila, se agachó para pasar por debajo de la cinta y le mostró brevemente la placa a un poli con cara de bebé que trató de hacerle retroceder. En algún lugar cercano un guitarrista empezó a ejecutar unos acordes de blues que Jack casi logró identificar; el título del tema emergió hasta su mente para luego volver a sumergirse fuera de su alcance. El poli bebé le dirigió una mirada perpleja y se alejó para consultar a uno de los detectives que se hallaban en pie ante una forma alargada a la que Jack no se sintió con ánimos de mirar en ese momento. La música le molestaba. Le molestaba muchísimo. De hecho, le sacaba totalmente de quicio. Había una gran desproporción entre su irritación y la causa de la misma, pero ¿qué clase de imbécil creía que los homicidios necesitaban banda sonora?

Un caballo pintado se había encabritado, paralizado bajo la luz estridente.

Jack sintió un nudo en el estómago, y en lo más hondo de su pecho algo fiero e insistente, algo que a toda costa no debía nombrarse, se flexionó y abrió los brazos. O extendió las alas. Aquel terrible algo deseaba liberarse y darse a conocer. Por un breve instante Jack se temió que tendría que vomitar. Cuando esa sensación pasó experimentó un segundo de incómoda claridad.

Se había internado en la locura de forma voluntaria y despreocupada, y ahora

se había vuelto loco. No podía expresarse de otra manera. Marchando hacia él con una expresión que combinaba de maravilla la incredulidad y la rabia se hallaba un detective llamado Angelo Leone, antiguo colega de Jack hasta su oportuno traslado a Santa Mónica, que se distinguía por sus vulgares apetitos, su capacidad para la violencia y la corrupción, su desdén hacia todos los civiles sin que importara su color, raza, credo o estatus social, y, para ser justos, su audacia y su absoluta lealtad a todos los oficiales de policía que hubiesen seguido el mismo programa e hiciesen lo mismo que él, lo cual significaba cualquier cosa en la que pudiesen salirse con la suya. El desprecio que Angelo Leone sentía por Jack Sawyer, que no había seguido el programa, había igualado a su resentimiento ante el éxito de aquel policía más joven que él. Al cabo de unos segundos estaría cara a cara con aquel hombre de las cavernas. En lugar de tratar de imaginar cómo explicarse ante el cavernícola, estaba obsesionándose con tiovivos y guitarras, fijándose en detalles y volviéndose loco. No tenía forma de explicarse. La explicación era imposible. La necesidad interna que le había empujado a su actual posición seguía vibrando en él, pero Jack difícilmente podía hablarle a Angelo Leone de necesidades internas. Tampoco podría ofrecerle una explicación racional a su capitán, de presentar Leone una queja formal.

Bueno, verá, era como si algún otro manejase mis hilos, como si otra persona actuase por mí…

Las primeras palabras que surgieron de la carnosa boca de Angelo Leone le rescataron del desastre.

—No me digas que tienes alguna razón para estar aquí, cabrón ambicioso.

Una carrera de pirata como la de Leone exponía inevitablemente al pirata al peligro de una investigación oficial. Un desvío estratégico a una fuerza vecina ofrecía poca protección de las excavaciones arqueológicas encubiertas en que los oficiales de policía convertían expedientes y reputaciones cuando la prensa no les dejaba otra opción. Cada diez o veinte años, los buenos samaritanos, denunciantes de prácticas ilegales, quejicas, chivatos, civiles cabreados y polis demasiado estúpidos como para aceptar un programa consagrado por la tradición se unían, le metían a la prensa un petardo por su colectivo ano y desataban una orgía de sangre. La paranoia esencial de Leone, inspirada por la culpa, le había sugerido al instante que el chico prodigio de Homicidios de Los Ángeles bien

podía estar dorando su currículum.

Tal como Jack había supuesto que sucedería, su afirmación de que se había sentido atraído por la escena como un morillo a un hogar había aumentado las sospechas de Leone.

—Vale, o sea que has tropezado *casualmente* con mi investigación. Bien. Ahora escúchame. Si oigo *casualmente* tu nombre en conexión con algo que no me guste durante los próximos seis meses, o más bien cuando sea, vas a encontrarte meando en un tubo para el resto de tu vida. Ahora lárgate cagando leches de aquí y déjame hacer mi trabajo.

—Ya me voy, Angelo.

El compañero de Leone empezó a dirigirse hacia ellos a través del muelle reluciente. Leone esbozó una mueca y le indicó con un gesto que retrocediera. Sin pretenderlo, sin pensarlo siquiera, Jack dejó vagar su mirada más allá del detective hasta posarla en el cadáver delante del tiovivo. Con mucha mayor potencia de la que esgrimiera la primera vez, la feroz criatura en el centro de su pecho se flexionó para luego volver a desdoblarse y desplegar las alas, los brazos, las garras o lo que quisiera que fuesen, y valiéndose de una tremenda arremetida ascendente trató de liberarse de sus ataduras.

Las alas, los brazos, las garras oprimieron los pulmones de Jack. Unas espantosas zarpas le desgarraron el vientre.

Hay un acto que un detective de Homicidios, en especial si es teniente, nunca debe cometer, y es el siguiente: al verse cara a cara con un cadáver, no debe vomitar. Jack luchó por permanecer en el lado respetable de lo Prohibido. La bilis le quemó en lo hondo de la garganta, y cerró los ojos. Una constelación de puntitos relucientes osciló a través de sus párpados. La criatura, fundida y repugnante, se debatió en su encierro.

Luces reflejadas en el cuero cabelludo de un hombre calvo y negro que yace junto a un tiovivo…

No. Tú no. Golpea cuanto quieras, pero no puedes entrar.

Las alas, los brazos, las garras se retrajeron; la criatura menguó hasta convertirse en una soñolienta mota. Como hubiese tenido éxito en evitar el Acto Prohibido, Jack se sintió capaz de abrir los ojos. No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido. La frente ondulada, los ojos opacos y la boca carnívora de Angelo Leone aparecieron ante su vista y, desde una distancia de

quince centímetros, ocuparon todo el espacio disponible.

—¿Qué estamos haciendo? ¿Revisar nuestra situación?

—Desearía que ese idiota volviese a meter la guitarra en su funda.

Y ese fue uno de los giros más extraños de la velada.

—¿Guitarra? Yo no oigo ninguna guitarra.

Jack se percató de que tampoco él la oía.

¿No trataría cualquier persona racional de quitarse semejante episodio de la cabeza, de arrojar la basura por la borda? Uno no podría hacer nada con ella, no podría *utilizarla,* de modo que ¿por qué aferrarse a ella? El incidente en el parque de atracciones carecía de significado. No tenía conexión con nada más allá de sí, y no conducía a nada. Era literalmente inconsecuente, pues no había tenido consecuencia alguna. Después de que su amada le hubiese engañado Jack se había desorientado, había sido víctima de una momentánea aberración y había entrado sin autorización en la escena del crimen de otra jurisdicción. No se trataba más que de una equivocación embarazosa.

Cincuenta y seis días y once horas más tarde, el chico prodigio entró con sigilo en el despacho de su capitán, entregó placa y pistola, y anunció, para la gran perplejidad de su capitán, su inmediato retiro. Como no supiera nada de la confrontación con el detective Leone en el parque de Santa Mónica, el capitán no preguntó acerca de la posible influencia en la decisión de su teniente de un tiovivo parado y un hombre negro muerto; de haberlo preguntado, Jack le habría dicho que aquello era una ridiculez.

No vayas, se dice Jack a sí mismo, y sigue a pie juntillas su propio consejo. Capta unos pocos fogonazos involuntarios, instantáneas de la cabeza de madera de un pony encabritado, de la cara pintada al temple de Angelo Leone, y también de otra cosa, del objeto que ocupa el centro mismo de la escena en todos los sentidos, ese que por encima de todo no debe presenciar… y en el instante en que esos relámpagos imaginistas aparecen, *los aparta de sí.* Da toda la sensación de una representación de magia. Está haciendo magia, y magia de la buena. Sabe perfectamente bien que esas proezas de destierro de imágenes representan una

forma de autoprotección, y si los motivos que subyacen a esa necesidad de magia protectora siguen siendo poco claros, la necesidad es motivo suficiente. Hay que batir huevos si quieres una tortilla, por citar a esa irreprochable autoridad que es Wayne, *el Duque*.

Jack Sawyer tiene más cosas en la cabeza que las irrelevancias sugeridas por una voz de ensueño que ha balbucido la palabra «policía» con su lenguaje infantil. Desearía también poder *dejar de lado* esos asuntos mediante la ejecución de un truco de magia, pero los malditos se niegan a que los destierren; zumban en torno a él como un enjambre de avispas.

En general, a nuestro Jack las cosas no le salen del todo bien. Está controlando el tiempo y contemplando los huevos, que ya no tienen muy buena pinta, aunque no sabe decir por qué. Los huevos se resisten a la interpretación. Los huevos son lo que menos importa. En la periferia de su visión, el gran titular en la primera plana de *La Riviere Herald* parece alzarse de la página impresa y flotar hacia él. **EL PESCADOR AÚN ANDA SUELTO EN**... No, ya basta; aparta la mirada con la terrible certeza de haber provocado por sí mismo ese asunto del Pescador. ¿Qué tal si fue en STATEN ISLAND o en BROOKLYN, donde el Albert Fish real, un tipo atormentado como el que más, encontró a dos de sus víctimas?

Todo eso le está poniendo enfermo. Dos niños muertos, la niña Freneau desaparecida y probablemente muerta, partes de cuerpos devoradas, un lunático que plagia a Albert Fish… Dale insistió en asaltarle con información. Los detalles penetran en su sistema como un contaminante. Cuanto más sabe —y para un hombre que deseaba de veras quedar fuera del juego, Jack se ha enterado de una cantidad sorprendente de cosas— más venenos recorren su corriente sanguínea y distorsionan su percepción. Había llegado hasta el valle de Norway huyendo de un mundo que se había vuelto de pronto inestable y gomoso, como si se licuara bajo la presión térmica. Durante su último mes en Los Ángeles la presión térmica se le había hecho intolerable. De las ventanas oscurecidas y los espacios vacíos entre edificios emanaban grotescas posibilidades que amenazaban con tomar forma. En sus días libres, la sensación de que un aguachirle le engrasaba los pulmones le hacía quedarse sin aliento y luchar contra la náusea, de forma que trabajaba sin interrupción, resolviendo en el proceso más casos que nunca. (Su diagnóstico fue que el trabajo le estaba afectando, pero difícilmente podemos culpar a su capitán por asombrarse ante la

renuncia de su chico prodigio.)

Había huido a ese oscuro rincón del campo, a ese refugio, ese remanso al final de un prado amarillo, apartado del mundo de la amenaza y la locura, a unos treinta kilómetros de French Landing, a buena distancia incluso de la carretera del valle de Norway. Sin embargo, esas capas de alejamiento no habían logrado hacer su trabajo. Eso de lo que trataba de escapar se amotina de nuevo en torno a él, ahí, en su reducto. Si se permitiera sucumbir a su egocéntrica fantasía, tendría que concluir que eso de lo que huía se había pasado los tres últimos años siguiéndole la pista, y finalmente había conseguido localizarle.

En California, el rigor de su tarea lo había abrumado; ahora debe mantener lejos de sí los problemas del oeste de Wisconsin. A veces le despierta en plena noche el eco de una venenosa vocecilla, que protesta: *No volveré a ser poli de Homicidios; está demasiado cerca,* Jack Sawyer se niega a considerar qué es eso que está demasiado cerca; el eco prueba que debe evitar cualquier contaminación más.

Sabe que supone una mala noticia para Dale, y lamenta tanto su incapacidad para unirse a la investigación como para explicarle su negativa a su amigo. Dale se juega el culo en este asunto, de eso no cabe duda. Es un buen jefe de policía, bueno de sobras para French Landing, pero ha juzgado mal la política del asunto y permitido que los estatales le tiendan una trampa. Con toda la apariencia de respetar la autoridad local, los detectives estatales Brown y Black se habían hecho a un lado para permitir a Dale Gilbertson, quien creía que le hacían un favor, ponerse la soga al cuello. Una verdadera lástima, pero Dale acaba de percatarse de que está de pie en una trampilla con una bolsa negra en la cabeza. Si el Pescador asesina a un niño más… Bueno, pues Jack Sawyer le presenta sus más sinceras excusas. Lo siente mucho, pero en este momento no puede hacer un milagro. Jack tiene otras preocupaciones en la cabeza.

Plumas rojas, por ejemplo. Pequeñas. Esas plumas pequeñas y rojas le rondan constantemente por la cabeza a Jack, pese a sus esfuerzos por alejarlas mediante la magia, desde un mes antes de que se iniciaran los asesinatos. Una mañana al salir del dormitorio y empezar a bajar para prepararse el desayuno, una sola pluma roja, más pequeña que el dedo de un bebé, *pareció* descender, flotando, del techo inclinado en lo alto de las escaleras. En su estela, dos o tres más cayeron ondeando hacia él. Una sección ovalada de yeso de unos cinco

centímetros de ancho *pareció* parpadear y abrirse como un ojo, y el ojo liberó una gruesa y apretada columna de plumas que surgieron del techo como si las hubiesen soplado a través de una pajita. Una explosión de plumas, un huracán de plumas le golpeó en el pecho, en los brazos levantados, en la cabeza.

Pero eso…

Eso nunca ocurrió.

Ocurrió otra cosa, y le llevó un par de minutos descubrir qué era. Una díscola neurona de su cerebro falló. Un receptor mental lamió una sustancia química errónea, o lamió demasiada cantidad de la sustancia química adecuada. Los interruptores que desencadenaban cada noche la actividad de los conductos de imágenes respondieron a una señal falsa y provocaron que *soñara despierto.* Ese soñar despierto semejaba una alucinación, pero las alucinaciones las experimentaban los alcohólicos, los que tomaban drogas y los locos, de manera específica los esquizofrénicos paranoicos, con los que Jack había tratado en muchas ocasiones en su calidad de detective de Homicidios. Jack no encajaba en ninguna de esas categorías o en cualquier otra variedad de demencia. Si creías que Jack Sawyer estaba loco, era que tú lo estabas. Jack tiene una fe absoluta en su cordura, o al menos está seguro de ella en un noventa y nueve por ciento.

Puesto que no delira, las plumas deben de haber flotado hasta él cuando soñaba despierto. La otra única explicación atañe a la realidad, y las plumas no tienen conexión alguna con la realidad. ¿Qué clase de mundo sería este si nos ocurrieran esas cosas?

De pronto, George Rathbun brama:

«Me duele decir esto, me duele de veras, porque *adoro* a nuestro equipo de los Brewers, ya sabéis que sí, pero hay veces en que uno tiene que apretar los dientes y enfrentarse a la *dolorosa* realidad… pongamos por caso el lamentable estado de nuestro grupo de lanzadores. Bud Selig, oh, BUD, aquí Houston al habla. *Por favor,* ¿podrías volver inmediatamente a la Tierra? ¡Hasta *un ciego* conseguiría más strikes que ese hatajo de PELELES, PERDEDORES Y CABEZAS HUECAS!».

El bueno del viejo Henry. Henry da vida a George Rathbun de manera tan perfecta que uno puede verle las manchas de sudor en las axilas. Pero lo mejor de las invenciones de Henry —en opinión de Jack— tiene que ser la encarnación de la onda beatnik, el tranquilo y relajado, el autoritario Henry Shake (alias *el*

Jeque, el Jaque de Arabia), que puede decirte, si está de humor, el color de los calcetines que llevaba Lester Young el día en que grabó *Shoe shine boy* y *Lady be good* y describirte los interiores de dos docenas de famosos clubes de jazz aunque en su mayor parte desaparecidos hace mucho.

…y antes de que pasemos a la música muy en la onda, muy hermosa y muy simpática que nos susurrara un domingo el Bill Evans Trio en el Village Vanguard, presentemos nuestros respetos al tercer ojo, al ojo interior. Honremos al ojo interno, el ojo de la imaginación. Es una calurosa tarde de julio en Greenwich Village, Nueva York. En una Séptima Avenida deslumbrada por el sol, penetramos en la sombra de la marquesina del Vanguard, abrimos una puerta blanca y descendemos por un largo y angosto tramo de escaleras hasta una amplia cueva subterránea. Los músicos suben al escenario. Bill Evans se desliza en la banqueta del piano y saluda al público con una inclinación de la cabeza. Scott La Faro abraza su contrabajo. Paul Molían coge sus escobillas. Evans agacha mucho, muchísimo la cabeza y posa las manos sobre el teclado. Para aquellos que tenemos el privilegio de estar ahí, nada volverá a ser lo mismo jamás.

»My foolish Herat, *interpretada por el Bill Evans Trio, en directo desde el Village Vanguard, el 25 de junio de 1961. Yo soy su presentador, Henry Shake, alias el Jeque, el Jaque de Arabia.*

Sonriendo, Jack vierte los huevos batidos en la sartén, los revuelve dos veces con un tenedor y baja un poquito el fuego. Se le ocurre que ha olvidado hacer café. A la porra el café. Es lo último que necesita; puede tomar zumo de naranja. Una ojeada a la tostadora le sugiere que también ha olvidado prepararse su tostada matutina. ¿Necesita una tostada, es esencial una tostada? Considera la mantequilla, considera las placas de colesterol a la espera de corromper sus arterias. La tortilla ya supone riesgo suficiente; de hecho, tiene la sensación de haber cascado demasiados huevos. Ahora Jack no recuerda por qué quería hacerse una tortilla, para empezar. Rara vez come tortilla. De hecho, tiende a comprar huevos tan solo por el sentido del deber que le despiertan las dos hileras de depresiones del tamaño de huevos casi en lo alto de la puerta de la nevera. Si se supone que la gente no ha de comprar huevos, ¿por qué iban a venir las neveras con recipientes para huevos?

Empuja suavemente con una espátula los bordes de los huevos que empiezan

a cuajar, inclina la sartén para extenderlos, añade las cebolletas y los champiñones rallados y dobla el resultado por la mitad. Muy bien. De acuerdo. Tiene buen aspecto. Cuarenta lujosos minutos de libertad se extienden ante él. A pesar de todo parece estar funcionando bastante bien. El control no le hace falta para nada.

Desdoblado sobre la mesa de la cocina, *La Riviere Herald* atrae la mirada de Jack. Se ha olvidado del periódico. El periódico no le ha olvidado a él, sin embargo, y exige la atención que le corresponde. **EL PESCADOR AÚN ANDA SUELTO EN**, etcétera. Estaría bien que pusiera en EL CÍRCULO POLAR ÁRTICO, pero no; se acerca a la mesa y comprueba que el Pescador sigue siendo un problema obstinadamente local. Desde debajo del titular, el nombre de Wendell Green da un salto para metérsele en el ojo como una carbonilla. Wendell Green es un completo y absoluto plasta, un fastidio constante. Después de leer los dos primeros párrafos del artículo de Green, Jack emite un gemido y se tapa los ojos con una mano.

¡Soy ciego, hacedme árbitro!

Wendell Green tiene la confianza de un atlético héroe de pueblo que nunca ha salido de casa. Alto, comunicativo, con una rizada mata de cabello rubio rojizo y un talle senatorial, Green se pasea con aire arrogante por los bares, tribunales y arenas públicas de La Riviere y las comunidades circundantes distribuyendo sus espabilados encantos. Wendell Green es un reportero que sabe cómo actuar de reportero, un periodista de la vieja escuela, el mayor ornamento del *Herald.*

En su primer encuentro, el gran ornamento le pareció a Jack, para su sorpresa, un farsante de tercera fila, y desde entonces no ha visto motivo para cambiar de parecer. Desconfía de Wendell Green. En opinión de Jack, la gregaria fachada del reportero oculta una ilimitada capacidad para la traición. Green es un fanfarrón que se contempla ante un espejo, pero un fanfarrón ladino, y semejantes criaturas harían lo que fuese por conseguir sus fines.

Tras el arresto de Thornberg Kinderling, Green le solicitó una entrevista. Jack se la negó, como también rechazó las tres invitaciones que siguieron a su retiro al valle de Norway. Sus negativas no habían disuadido al reportero de orquestar encuentros «accidentales».

Al día siguiente del descubrimiento del cadáver de Amy Saint Pierre, Jack

emergió de una tintorería en la calle Chase con una caja de camisas recién lavadas y planchadas bajo el brazo, echó a andar hacia su coche y sintió que una mano lo cogía por el codo. Se volvió para encontrarse frente a frente con la rubicunda máscara pública de Wendell Green, crispada en una mueca de placer espurio.

—Eh, Hollywood. —Esbozó una sonrisa de niño malo—. Teniente Sawyer, quiero decir. Me alegro de haber topado con usted. ¿Es aquí adonde trae sus camisas? ¿Las dejan bien?

—Sí mientras uno no se fije en los botones.

—Muy bueno. Es usted un tío gracioso, teniente. Déjeme darle un consejo. Vaya a Reliable, en la Tercera. Lo hacen de maravilla. Ni arrugas ni rasgones. Si quiere que le dejen bien las camisas, acuda siempre a un chino. Sam Lee, pruebe con él, teniente.

—Ya no soy teniente, Wendell. Llámeme Jack, o señor Sawyer. Llámeme Hollywood, no me importa. Y ahora…

Se dirigió hacia su coche, y Wendell anduvo junto a él.

—¿No va a decirme unas palabras, teniente? Perdón, Jack. El jefe Gilbertson es buen amigo suyo, ya lo sé, y este caso tan trágico, una niña pequeña a la que aparentemente han mutilado y hecho cosas horribles, ¿puede ofrecernos su experta opinión, tomar cartas en el asunto, dejar que nos beneficiemos de lo que piensa?

—¿Quiere saber lo que pienso?

—Cualquier cosa que pueda decirme, amigo.

Una malicia pura e irresponsable instó a Jack a rodear los hombros de Green con un brazo y decirle:

—Wendell, viejo amigo, compruebe a un tipo llamado Albert Fish. Fue en la década de 1920.

—¿Fisch?

—Fish. Procedía de una de las buenas familias de Nueva York. Un caso asombroso. Compruébelo.

Hasta ese momento, Jack apenas si había sido consciente de recordar las atrocidades cometidas por el estrafalario Albert Fish. Asesinos más actuales como Ted Bundy, John Wayne Gacy y Jeffrey Dahmer habían eclipsado a Albert Fish, por no mencionar a otros tan exóticos como Edmund Emil Kemper III,

quien, tras cometer ocho asesinatos, decapitó a su madre, colocó la cabeza sobre la repisa de la chimenea y la utilizó de diana. (Por toda explicación, Edmund III dijo que «le pareció lo apropiado».) Y sin embargo el nombre de Albert Fish, el de un tipo oscuro y pasado de moda, había salido a la superficie en la mente de Jack, y se lo había dicho al bien dispuesto oído a Wendell Green.

¿Qué se había apoderado de él? Bueno, esa era la cuestión, ¿no?

Uyuyuy, la tortilla. Jack coge un plato de un armario, cubiertos de un cajón, regresa de un salto ante los fogones, apaga el fuego, y vierte el desastre de la sartén en el plato. Se sienta y abre el *Herald* por la página cinco, donde se entera de que Milly Kuby casi ha obtenido el tercer puesto en el gran concurso de ortografía estatal, de no ser por la sustitución de la *a*, por una *i* en *opopónaco*, esa clase de cosas que se supone que han de salir en un diario local. De todas formas, ¿cómo puede alguien esperar que un niño deletree correctamente *opopónaco*?

Jack se toma dos o tres bocados de tortilla antes de que el sabor peculiar le distraiga de la monstruosa injusticia cometida con Milly Kuby. Ese sabor se parece al de la basura medio chamuscada. Escupe lo que tiene en la boca y observa un trozo de champiñón gris y de verdura cruda a medio masticar. La parte de su desayuno que aún no se ha comido ya no le parece muy apetitosa. No se ha preparado una tortilla; la ha echado a perder.

Deja caer la cabeza y emite un gemido. Un estremecimiento semejante al que puede producir un alambre eléctrico suelto le recorre el cuerpo aquí y allá, soltando chispas que le queman la garganta, los pulmones, los órganos repentinamente palpitantes. *Opopónaco,* se dice. *Me estoy viniendo abajo. Aquí y ahora mismo. Olvida que he dicho eso. El salvaje opopónaco me ha apresado con sus garras, me sacude con el tremendo opopónaco de sus brazos opopónacos y trata de arrojarme al turbulento río Opopónaco, donde encontraré mi opopónaca.*

—¿Qué me está pasando? —pregunta en voz alta. El sonido estridente de su voz le asusta.

Lágrimas opopónacas le hacen escocer los ojos opopónacos, y se levanta gimiendo del opopónaco, arroja la bazofia al triturador de basura, lava el plato y decide que maldita sea, ya va siendo hora de hacer que las cosas empiecen a tener sentido. Que no me vengan con opopónacos. Todo el mundo comete

errores. Jack examina la puerta de la nevera, tratando de recordar si aún le queda algún huevo en ella. Pues claro que sí: un buen montón de huevos, unos nueve o diez, casi llenarán toda la hilera de depresiones en forma de huevo en lo alto de la puerta. No era posible que los hubiera despilfarrado todos; no estaba tan mal como para eso.

Jack cierra los dedos en torno al borde de la puerta de la nevera. Sufre la visión totalmente espontánea de unas luces que se reflejan en la cabeza calva de un hombre negro.

Tú no.

La persona a la que se dirige no está presente; la persona a la que se dirige apenas si es persona siquiera.

No, no, tú no.

La puerta se abre del todo bajo la presión de sus dedos; la luz de la nevera ilumina los estantes cargados. Jack Sawyer contempla las hueveras. Por lo visto están vacías. Una mirada más minuciosa revela, anidado en la redondeada depresión al final de la primera fila, la presencia de un objeto pequeño de forma oval, de un pálido y delicado tono de azul: de un azul nostálgico, tierno, posiblemente el azul rememorado a medias de un cielo estival contemplado a primera hora de la tarde por un niño tendido boca arriba en los cien metros cuadrados de césped en la parte posterior de una bonita propiedad residencial en Roxbury Drive, en Beverly Hills, California. No importa quién sea el dueño de esa propiedad, chico, puedes apostar a que está en el negocio del espectáculo.

Jack conoce el nombre de ese preciso tono de azul gracias a una prolongada observación de muestras de color llevada a cabo en la compañía de la doctora Claire Evinrude, una oncóloga enérgica y encantadora, durante el período en que estaban planeando repintar el bungalow que entonces compartían en las colinas de Hollywood. Claire, la doctora Evinrude, había seleccionado ese color para el dormitorio principal; Jack, que hubiese regresado recientemente de un curso de instrucción absurdamente selectivo en Quantico, Virginia, y al que acabaran de promover al rango de teniente, lo había rechazado aduciendo que era, bueno, quizá un poco frío.

Jack, ¿has visto alguna vez un verdadero huevo de petirrojo?, preguntó la doctora Evinrude. ¿Tienes idea de lo bonitos que son? Los ojos grises de la doctora Evinrude se agrandaron cuando cogió su escalpelo mental.

Jack introduce dos dedos en el receptáculo de huevos y saca de él el pequeño objeto ovalado del color de un huevo de petirrojo. A que no saben qué; pues es un huevo de petirrojo. Un «verdadero» huevo de petirrojo, en palabras de la doctora Claire Evinrude, incubado por el cuerpo de un petirrojo. Jack deposita el huevo en la palma de su mano izquierda. Ahí se queda esa esfera achatada de color azul pálido y del tamaño de una nuez pequeña. La capacidad de pensar parece haberle abandonado. ¿Qué demonios ha hecho, *comprar* un huevo de petirrojo? No, lo siento, esa relación no funciona, el opopónaco está hecho polvo, en la Tienda de Roy no venden huevos de petirrojo, yo me largo.

Con lentitud y rigidez, con la torpeza de un zombi, Jack cruza el suelo de la cocina hasta llegar ante el fregadero. Extiende la mano izquierda sobre las fauces en el centro de la pila y suelta el huevo de petirrojo. Este cae en el triturador de basura, irrecuperable. Su mano derecha oprime el interruptor que pone en marcha la máquina, con el habitual y ruidoso resultado. Gruñidos y chirridos; un monstruo que disfruta de un pequeño aperitivo. *Grrr.* El alambre eléctrico vivo se estremece en su interior, despidiendo chispas al retorcerse, pero Jack se ha convertido en un zombi y apenas si registra esas sacudidas internas. En realidad, considerándolo todo, lo que más le apetece hacer a Jack Sawyer en este momento…

Cuando el rojo, rojo…

Por alguna razón, hace mucho, muchísimo tiempo que no llama a su madre. No se le ocurre por qué, y ya va siendo hora de que lo haga. Que no me vengan con petirrojos. La voz de Lily Cavanaugh Sawyer, la Reina de las Películas de Serie B, antaño su única compañera en una habitación de hotel en New Hampshire extática y sobrenatural, y rigurosamente olvidada, es justo la voz que Jack necesita oír en este momento preciso. Lily Cavanaugh es la única persona en el mundo a la que puede confesarle el ridículo follón en que se encuentra. Pese a la vaga y poco grata conciencia de ir más allá de los límites de la estricta racionalidad y de que, por lo tanto, pone en cuestión su propia e incierta cordura, se dirige a la encimera de la cocina, coge su teléfono móvil y marca el número de la bonita propiedad residencial en Roxbury Drive, Beverly Hills, California.

El teléfono en su antigua casa suena cinco, seis, siete veces. Un hombre responde y, en un tono de voz irritado, levemente ebrio y distorsionado por el sueño, dice: «Kimberley…, joder, sea lo que sea…, por tu bien… espero que sea

importante, realmente importante».

Jack oprime el botón de FIN y cierra de golpe el teléfono. Oh, Dios santo, maldita sea. Son poco más de las cinco de la madrugada en Beverly Hills, o en Westwood, o en Hancock Park, o adonde quiera que sea que ese número corresponde ahora. Ha olvidado que su madre estaba muerta. Oh, Dios santo, maldita sea, ¿se imaginan?

El dolor que siente Jack, y que se ha estado agudizando por lo bajo, se alza una vez más para apuñalarle, como si lo hiciera por primera vez, derecho al corazón. Al mismo tiempo la idea de que aunque solo por un instante haya podido *olvidar que su madre había muerto* le resulta, Dios sabrá por qué, enorme e irresistiblemente divertida. ¿Hasta qué punto puede llegar uno a ser ridículo? Le han dado un buen capón por idiota, y sin saber si va a estallar en sollozos o en carcajadas, Jack experimenta un breve mareo y se apoya pesadamente contra la encimera de la cocina.

Mentiroso papanatas, recuerda haberle oído a su madre. Lily describía con eso al recientemente fallecido socio de su difunto marido en los días en que sus desconfiados contables descubrieron que el socio, Morgan Sloat, había estado desviando a sus propios bolsillos tres cuartas partes de la participación sorprendentemente vasta de Sawyer Sloat en inmobiliarias. Cada año, desde que Phil Sawyer perdió la vida en lo que se dio en llamar un accidente de caza, Sloat había robado millones de dólares, muchos millones, a la familia de su difunto socio. Lily desvió el flujo de dinero por los canales adecuados y vendió la mitad de la compañía a sus nuevos socios, garantizándole en el proceso a su hijo una tremenda prosperidad financiera, por no mencionar la prosperidad anual que producen los intereses que la fundación privada de Jack canaliza hacia causas nobles. Lily había llamado a Sloat cosas mucho más subidas de tono que *mentiroso papanatas,* pero esa es la expresión que la voz de su madre musita en su oído interno.

Mucho antes, en el mes de mayo, se dice Jack, probablemente topó con el huevo de petirrojo durante un distraído paseo por el prado y lo metió en la nevera para conservarlo. Para que estuviera a salvo. Porque, después de todo, era de un delicado tono de azul, de un azul precioso, para citar a la doctora Evinrude. Se había conservado tanto tiempo que se había olvidado por completo de él. Es por eso que, reconoce agradecido, al soñar despierto se ha encontrado

con una explosión de plumas rojas.

Todo sucede por una razón, por oculta que esta sea; cálmate y relájate el tiempo suficiente para dejar de ser un mentiroso papanatas y la razón saldrá de su escondite.

Jack se inclina sobre el fregadero y, para refrescarse tanto interna como externamente, sumerge la cara en el agua fría. Por el momento, la impresión le hace olvidar el desayuno frustrado, la ridícula llamada telefónica y las corrosivas instantáneas de imágenes. Ya es hora de ponerse en marcha. Dentro de veinticinco minutos, el mejor amigo y único confidente de Jack Sawyer emergerá, con su aura habitual de percepción rotatoria, por la puerta principal del edificio de hormigón ligero de la KDCU y, acercando la llama de su mechero de oro a la punta de un cigarrillo, se deslizará por la acera hacia Península Drive. De informarle su percepción rotatoria de que le aguarda la camioneta de Jack Sawyer, Henry Leyden localizará sin equivocarse el picaporte de la puerta y subirá al vehículo. Semejante exhibición de serenidad en un hombre ciego es demasiado deslumbrante para perdérsela.

Y él no se la pierde, pues pese a las dificultades matutinas, que desde la perspectiva equilibrada y madura que le proporciona el viaje a través del campo adorable acaban por parecerle triviales, la camioneta de Jack se detiene frente al extremo de la acera de la KDCU que da a Península Drive a las 7.55, unos buenos cinco minutos antes de que su amigo vaya a salir a la luz del sol. Henry le sentará bien: solo la mera *visión* de Henry será como una dosis de tónico anímico. Seguro que Jack no es el primer hombre (o mujer) en la historia del mundo al que el estrés le ha hecho perder momentáneamente el control y ha olvidado que su madre ha abandonado el mundo de los mortales para acceder a un plano más elevado. Es natural que los mortales sometidos a una gran tensión se vuelvan hacia su madre en busca de consuelo y palabras tranquilizadoras. El impulso está codificado en nuestro ADN. Cuando oiga la historia, Henry emitirá una risita y le aconsejará que no se sulfure.

Pensándolo dos veces, ¿por qué molestar a Henry con una historia tan absurda? Lo mismo puede decirse del huevo de petirrojo, en especial puesto que Jack no le ha hablado a Henry de su sueño de una erupción de plumas, y no le

apetece ponerse a rememorar cosas que no conducen a nada. Vive el presente; deja que el pasado descanse tranquilo en su tumba; mantén la cabeza alta y esquiva los charcos de lodo; no te vuelvas hacia tus amigos en busca de terapia.

Jack enciende la radio y oprime el botón de la KWLA FM, la emisora de la Universidad de La Riviere, hogar tanto de la Rata de Wisconsin como de Henry *el Jeque el Jaque de Arabia.* Lo que se derrama a través de los altavoces ocultos en la cabina del conductor le pone los pelos de punta: es Glenn Gould, con esa visión interior suya tan luminosa, que interpreta con ardor algo de Bach, no sabe exactamente qué. Pero es Glenn Gould, y es Bach, desde luego. Una de las *partitas,* quizá.

Con un disco compacto en la mano, Henry Leyden traspone el humilde umbral del lateral de la emisora, emerge a la luz del sol y, sin titubear, inicia su majestuoso recorrido de la acera, con las suelas de sus mocasines de ante marrón posándose justo en el centro de las sucesivas losas de piedra.

Henry… Henry es toda una visión.

Jack observa que Henry va vestido hoy con uno de sus trajes de propietario de un bosque de teca malasia, una bonita camisa sin cuello, relucientes tirantes y un sombrero de paja de ala curva que es toda una reliquia y el no va más. De no haber sido Jack tan bienvenido a compartir los secretos de la vida de Henry, no habría sabido que la capacidad de su amigo de combinar a la perfección su guardarropa dependía de la profunda organización de su enorme vestidor establecida tiempo atrás por Rhoda Gilbertson Leyden, la difunta esposa de Henry. Rhoda había organizado cada prenda de ropa de su marido por temporada, estilo y color. Prenda a prenda, Henry memorizó el sistema completo. Pese a que es ciego de nacimiento, y por tanto incapaz de distinguir entre tonos que hagan conjunto o no, Henry nunca se equivoca.

Henry extrae del bolsillo de la camisa un encendedor de oro y un paquete amarillo de American Spirits, enciende uno, exhala una radiante bocanada a la que la luz del sol confiere el color de la leche, y continúa su firme progreso por las losetas de piedra.

Las letras mayúsculas de color rosa e inclinadas hacia la izquierda de ¡TROY AMA A MARY ANN! ¡sí!, pintadas con aerosol en el letrero sobre el césped desnudo, sugieren que: 1) Troy se pasa un montón de tiempo escuchando la KDCU AM, y 2) Mary Ann también le ama. Me alegro por Troy, me alegro por Mary Ann. Jack

aplaude esas manifestaciones amorosas, aunque sean en pintura rosa, y les desea a los amantes buena suerte y felicidad. Se le ocurre que si en la etapa presente de su existencia pudiera decirse que ama a alguien, esa persona tendría que ser Henry Leyden. No en el sentido en que Troy ama a Mary Ann, o viceversa, pero le quiere de todas formas, y nunca lo ha visto con tanta claridad como en este momento.

Henry cruza las últimas baldosas y se acerca al bordillo. Un solo paso le lleva hasta la puerta de la camioneta; su mano se cierra en torno al picaporte metálico empotrado; abre la puerta, entra y se desliza en el asiento. Ladea la cabeza para acercar a la música la oreja derecha. Las lentes oscuras de sus gafas de aviador reflejan la luz.

—¿Cómo lo haces? —pregunta Jack—. Esta vez te ha ayudado la música, pero no necesitas música.

—Puedo hacerlo porque soy un absoluto gilipollas —responde Henry—. He aprendido ese término encantador de nuestro interno fumata, Morris Rosen, que tuvo la amabilidad de aplicármelo. Morris me cree Dios, pero debe de tener algo de sesera, puesto que se imagina que George Rathbun y la Rata de Wisconsin son la misma persona. Espero que el chico mantenga la boca cerrada.

—Yo también lo espero —dice Jack—, pero no pienso dejarte cambiar de tema. ¿Cómo es que siempre abres la puerta a la primera? ¿Cómo encuentras el picaporte sin tantear en su busca?

Henry exhala un suspiro.

—El picaporte me dice dónde está. Es obvio. Lo único que tengo que hacer es escuchar.

—¿Quieres decir que el picaporte produce algún sonido?

—No como el de tu equipo de alta tecnología y las *Variaciones Goldberg*, no. Más bien es una vibración. El sonido de un sonido. El sonido *dentro* de un sonido. ¿No te parece Daniel Barenboim un gran pianista? Joder, oye eso…, cada nota tiene una coloración distinta. Te hace sentir deseos de besar la tapa de su Steinway, chico. Imagínate los músculos de sus manos.

—¿Es Barenboim ese?

—¿Quién iba a ser si no? —Lentamente, Henry vuelve la cabeza hacia Jack. Una sonrisa irritante le alza las comisuras de la boca—. Ah. Ya veo, sí. Conociéndote como te conozco, ya veo que has sido tan gilipollas como para

figurarte que estabas oyendo a Glenn Gould.

—No —dice Jack.

—Por favor.

—Quizá por un momento me haya preguntado si era Gould, pero…

—No, no y no. Ni siquiera lo intentes. Tu voz te delata. Hay un levísimo dejo en cada palabra; es patético. ¿Vamos a volver al valle de Norway, o vas a quedarte ahí sentado mintiéndome? Quiero contarte algo de camino a casa. —Sostiene en alto el disco—. Hagamos que dejes de torturarte. El fumata me ha dado esto… Es Dirtysperm interpretando una vieja cancioncilla de las Supremes. Aborrezco esa clase de cosas, pero a lo mejor resulta perfecto para la Rata de Wisconsin. Pon la número siete.

El pianista ya no suena para nada como Glenn Gould, y la música parece haber disminuido su velocidad anterior a la mitad. Jack deja de torturarse e inserta el disco compacto en el cajetín de debajo de la radio. Oprime un botón, luego otro. A un tempo acelerado hasta la demencia, los chillidos de un loco sometido a indescriptibles torturas surgen a todo volumen por los altavoces. Jack se deja caer de nuevo contra el respaldo del asiento, sobresaltado.

—Dios mío, Henry —dice, y tiende una mano hacia el control del volumen.

—No te atrevas a tocar ese botón —le advierte Henry—. Si esta basura no consigue hacer que te sangre el oído, no estará haciendo su trabajo.

Jack sabe que en jazz el «oído» es la capacidad de captar qué está pasando en la música que se derrama en el aire. Un músico con buen oído memoriza pronto las canciones y los arreglos que se le pide interpretar, capta o ya conoce el movimiento armónico que subyace a la melodía y sigue las transformaciones y sustituciones de ese modelo introducidas por sus colegas músicos. Sea capaz o no de leer con exactitud las notas escritas en un pentagrama, un músico con un oído *estupendo* se aprende melodías y arreglos la primera vez que los oye, capta las complejidades armónicas por medio de una intuición impecable e identifica de inmediato las notas y las armaduras registradas por bocinas de taxi, timbres de ascensor y gatos que maullan. Semejantes personas habitan en un mundo definido por las particularidades de los sonidos individuales, y Henry Leyden es uno de ellas. Por lo que a Jack concierne, el oído de Henry es olímpico,

absolutamente inigualable.

Fue el oído de Henry el que le dio acceso al gran secreto de Jack, el papel que su madre, Lily Cavanaugh Sawyer, había jugado en su vida, y es la única persona que lo ha descubierto jamás. Poco después de que Dale les presentara, Jack y Henry Leyden trabaron una amistad fácil y cordial que les había sorprendido a ambos. Respuesta cada uno de ellos a la soledad del otro, pasaban dos o tres veladas juntos de cada semana, cenando, escuchando música y hablando de lo que fuera que pasase por sus bien nutridas cabezas. O bien Jack conducía hasta el excéntrico hogar de Henry, o recogía a este para llevarle a su propia casa. Al cabo de unos seis o siete meses, Jack le preguntó a su amigo si le gustaría que le leyese en voz alta durante una hora o así de libros en cuya elección estuviesen ambos de acuerdo. Henry le contestó: *Genial, hombre, vaya idea tan estupenda. ¿Qué tal si empezamos por unas cuantas novelas policíacas bien trilladas?*

Empezaron con Chester Himes y Charles Willeford, pasaron a una serie de novelas contemporáneas, vagaron por las obras de S. J. Perelman y James Thurber, y se aventuraron con valor en ficticias mansiones erigidas por Ford Madox Ford y Vladimir Nabokov. (Comprenden que Marcel Proust es un paso futuro, pero Proust puede esperar; actualmente están demasiado embarcados en *Casa desolada.)*

Una noche, después de que Jack hubiese acabado con el episodio de la velada de *El buen soldado,* de Ford, Henry se aclaró la garganta para luego decirle:

—Dale me comentó que le habías dicho que tus padres estaban en el mundo del espectáculo.

—Así es.

—No es que quiera entrometerme, pero ¿te importaría que te hiciera unas preguntas? Si te apetece responder, tan solo di sí o no.

Ya alarmado, Jack inquirió:

—¿De qué va todo esto, Henry?

—Quiero comprobar si tengo razón en una cosa.

—De acuerdo. Pregunta.

—Gracias. ¿Se dedicaban tus padres a diferentes aspectos del mundo del espectáculo?

—Ajá.

—¿Estaba uno en el sector comercial, y el otro en el de la interpretación?

—Ajá.

—¿Era actriz tu madre?

—Uyuy.

—Una actriz famosa, en cierto sentido. En realidad nunca obtuvo el respeto que merecía, pero hizo montañas de películas durante todos los años cincuenta y hasta mediados de los sesenta, y al final de su carrera ganó un Osear a la mejor actriz secundaria.

—Henry —dijo Jack—, ¿dónde te has…?

—Cierra el pico, pretendo disfrutar de este momento. Tu madre era Lily Cavanaugh. Es maravilloso. Lily Cavanaugh siempre demostraba tener mucho más talento del que le atribuía la mayoría de la gente. En cada ocasión conseguía llevar esos papeles que interpretaba (chicas, camareras y tías con pistolas en el bolso) a un nivel superior. Hermosa, lista, con agallas, sin pretensiones; sencillamente sabía darle vida a un personaje. Era cien veces mejor que cualquiera que tuviese alrededor.

—Henry…

—Algunas de esas películas tenían buenas bandas sonoras, además. ¿Como *Verano irrecuperable,* de Johnny Mandel? Ojos que no ven…

—Henry, ¿cómo…?

—Tú me lo has dicho, ¿cómo iba a saberlo si no? Por esas pequeñas cosas que hace tu voz, así es cómo. Haces patinar levemente las erres, y el resto de consonantes las pronuncias con una especie de cadencia, y esa cadencia recorre todas tus frases.

—¿Una cadencia?

—Puedes apostar el trasero a que así es, chico. Un ritmo que subyace, como si fuese tu tambor personal. Durante toda la lectura de *El buen soldado* he tratado de recordar dónde lo había oído antes. El recuerdo se acercaba para luego volver a desvanecerse. Hace un par de días lo pesqué por fin. Lily Cavanaugh. No puedes culparme por querer comprobar si estaba en lo cierto, ¿no?

—¿Culparte? Estoy demasiado perplejo como para culpar a nadie, pero dame un par de minutos.

—Tu secreto está a salvo. Cuando la gente te ve, no quieres que lo primero

que piensen sea «Eh, ahí va el hijo de Lily Cavanaugh». Le encuentro sentido a que así sea.

Henry Leyden tiene un oído estupendo, desde luego.

Mientras la camioneta transita por French Landing el estruendo que llena la cabina hace imposible la conversación. Dirtysperm está haciendo un buen agujero en el corazón de mazapán de *Adonde fue nuestro amor* y en el proceso cometiendo tremendas atrocidades con todas esas lindas Supremes. Henry, que afirma aborrecer esa clase de cosas, está repantigado en el asiento con las rodillas levantadas contra el salpicadero, apoyando la barbilla sobre las palmas juntas de las manos y sonriendo con placer. Las tiendas de la calle Chase ya han abierto, y media docena de coches sobresalen en ángulo de las plazas de aparcamiento.

Cuatro niños montados en sus bicicletas viran bruscamente desde la acera delante de Schmitt's Allsorts a seis o siete metros del morro de la camioneta. Jack frena en seco; los niños se detienen a su vez y se alinean para esperar a que Jack pase. Jack prosigue. Henry se endereza, comprueba sus misteriosos sensores y vuelve a arrellanarse. Todo está en orden para Henry. Los niños, sin embargo, no saben qué pensar del rugido cada vez más alto que oyen a medida que la camioneta se acerca. Se quedan mirando el parabrisas de Jack con un desconcierto teñido de desagrado, de esa forma en que sus bisabuelos miraron una vez a las gemelas siamesas y el Hombre Cocodrilo del número de monstruos de la feria. Todo el mundo sabe que los conductores de camionetas solo escuchan dos clases de música: heavy metal o country, así pues, ¿qué demonios es esa basura?

Cuando Jack pasa por delante de los niños, el primero de ellos, un ceñudo peso pesado con la cara inflamada de un matón de patio de colegio, levanta en su dirección el dedo medio de una mano. Los dos niños siguientes continúan con la imitación de sus bisabuelos en una noche loca en 1921 y miran como idiotas, con la boca abierta. El cuarto niño, al que el cabello rubio oscuro bajo la gorra de los Brewers, los ojos brillantes y un aire general de inocencia le convierten en el más agradable de aspecto del grupo, mira a Jack a la cara y le brinda una sonrisa dulce y vacilante. Se trata de Tyler Marshall, que ha entrado en barrena, aunque

no es en absoluto consciente de ello, hacia una tierra de nadie.

Los niños quedan atrás, y Jack mira por el retrovisor para verles pedalear con furia calle arriba. El bestia delante, y el más pequeño y atractivo en la cola, alejándose.

—Una comisión de expertos se ha reunido en la acera para dar su opinión sobre Dirtysperm —bromea Jack—. Cuatro niños en bici. —Puesto que apenas puede oír sus propias palabras, no cree que Henry haya sido capaz de captarlas.

Henry, por lo visto, las ha oído perfectamente y responde con una pregunta que desaparece en el clamor. Como se hace bastante a la idea de lo que puede haber sido, Jack contesta de todas formas.

—Una firme negativa, dos indecisiones que tienden a la negativa y una cautelosa crítica constructiva.

Henry asiente con la cabeza.

La violenta destrucción del mazapán llega a una estrepitosa y resonante conclusión en la calle Once. Como si una bruma se hubiese disipado en la cabina, como si el parabrisas acabara de limpiarse, el aire parece más claro, los colores más vibrantes.

—Interesante —comenta Henry. Tiende una mano segura hacia el botón de apertura del cajetín, extrae el disco compacto y lo mete en su cajita—. Ha sido de lo más revelador, ¿no te parece? El odio en su estado puro, egocéntrico, nunca debe desecharse de forma automática. Morris Rosen tenía razón. Es perfecto para la Rata de Wisconsin.

—Eh, yo creo que pueden llegar a ser más importantes que Glenn Miller.

—Eso me recuerda algo —dice Henry—. Nunca sospecharás lo que tengo que hacer hoy más tarde. ¡Tengo un concierto! Chipper Maxton, o de hecho su segunda de a bordo, una tal Rebecca Vilas, que estoy seguro de que es tan preciosa como sugiere su voz, me contrató para pinchar discos en un baile que será la ruidosa apoteosis de la gran Fiesta de la Fresa del centro. Bueno, no a mí, sino a una antigua y largo tiempo descuidada personalidad mía, Stan *el Sinfónico,* el hombre de la Big Band.

—¿Necesitas que te lleve?

—No hace falta. La maravillosa señorita Vilas se ha ocupado de mis necesidades, en la forma de un coche con un cómodo asiento trasero para mi platina y un maletero lo bastante espacioso como para albergar los altavoces y

las cajas de discos que va a enviarme. Pero gracias de todos modos.

—¿Stan *el Sinfónico*? —ironiza Jack.

—La exitosa y frenética encarnación en traje de dandi rockero de la era de la Big Band, y un caballero dulce y encantador, además. Para los residentes del Centro Maxton, será una evocación de sus años mozos que les provocará gran placer contemplar.

—¿De veras tienes un traje de dandi roquero?

Magníficamente inexpresivo, Henry vuelve el rostro hacia Jack, que se disculpa:

—Lo siento. No sé qué me ha pasado. Cambiando de tema, lo que has dicho, quiero decir, lo que George Rathbun ha dicho sobre el Pescador esta mañana es probable que haya hecho mucho bien. Me ha alegrado oírlo.

Henry abre la boca y cita a George Rathbun en toda su paternal y amistosa gloria:

—*«El Pescador original, chicos y chicas, Albert Fish, lleva muerto y enterrado sesenta y siete años.»* —Resulta extraño oír la voz de ese hombre gordo y enérgico surgiendo de la esbelta garganta de Henry Leyden. Con su propia voz, añade—: Espero que haya hecho algún bien. Después de leer las chorradas de tu colega Wendell Green esta mañana en el periódico, se me ha ocurrido que George tenía que decir *algo*.

Henry Leyden disfruta utilizando términos como *he leído, he visto, estaba mirando*. Sabe que esas expresiones desconciertan a sus oyentes. Y ha llamado a Wendell Green «tu colega» porque Henry es la única persona ante la que Jack ha admitido jamás que puso sobre aviso al periodista acerca de los crímenes de Albert Fish. Ahora Jack desearía no habérselo confesado a nadie. El cordial pero interesado Wendell Green no es colega suyo.

—Como ya has sido de ayuda a la prensa —ironiza Henry—, lo razonable sería pensar que te hallas en posición de hacer lo mismo por nuestros chicos de azul. Perdóname, Jack, pero fuiste tú quien abrió la puerta, y solo te diré esto una vez. Después de todo, Dale es sobrino mío.

—No puedo creer que me estés haciendo esto —se lamenta Jack.

—¿Hacerte el qué? ¿Te refieres a decirte lo que pienso? Dale es mi sobrino, ¿lo recuerdas? Le iría bien tu experiencia, y es de la opinión de que le debes un favor. ¿No se te ha ocurrido que podrías ayudarle a conservar su puesto? ¿O que

si adoras French Landing y el valle de Norway tanto como dices, les debes a estos chicos un poco de tu tiempo y tu talento?

—¿Y a ti no se te ha ocurrido, Henry, que me he retirado? —pregunta Jack casi entre dientes—. ¿Que investigar homicidios es la última cosa del mundo, y quiero decir la última, que me apetece hacer?

—Por supuesto que se me ha ocurrido —responde Henry—. Pero (y, una vez más, espero que me perdones, Jack) aquí estás tú, la persona que yo sé que eres, con las aptitudes que tienes, desde luego mucho mayores que las de Dale y probablemente bastante mayores que las de esos otros tipos, y no puedo evitar preguntarme qué diantre de problema tienes.

—Yo no tengo ningún *problema* —le recuerda Jack—. Soy un civil.

—Tú eres el jefe. Bueno, será mejor que escuchemos el resto del concierto de Barenboim. —Henry desliza los dedos por la consola y oprime el botón que conecta la radio.

Durante los siguientes quince minutos la única voz que se oye en la cabina de la camioneta es la de un Steinway de cola meditando sobre las *Variaciones Goldberg* en el teatro Colón de Buenos Aires. Y vaya voz espléndida que tiene, además, se dice Jack, y uno tiene que ser un analfabeto para confundirla con Glenn Gould. Una persona capaz de cometer una equivocación así seguramente es incapaz de escuchar el sonido interno semejante a una vibración producido por un picaporte de la General Motors.

Cuando viran para salir de la Nacional 93 y coger la carretera del valle de Norway, Henry dice:

—Deja ya de enfurruñarte. No he debido llamarte gilipollas. Y no he debido acusarte de tener un problema, porque yo soy el único que tiene uno.

—¿Tú? —Jack le mira, asustado. Su larga experiencia le ha sugerido de inmediato que Henry está a punto de pedirle alguna especie de ayuda investigadora extraoficial. Henry está de cara al parabrisas y no delata nada—. ¿Qué clase de problema puedes tener tú? ¿Se te han desordenado los calcetines? Oh… ¿tienes problemas con alguna de las emisoras?

—A esas cosas podría enfrentarme. —Henry hace una pausa, que se convierte en un silencio prolongado—. Lo que iba a decir —prosigue al cabo— es que me da la sensación de que estoy perdiendo la cabeza. Creo que me estoy volviendo loco o algo así.

—Venga ya. —Jack levanta el pie del acelerador para reducir la velocidad a la mitad. ¿Ha sido testigo Henry de una explosión de plumas? Por supuesto que no; Henry no ve nada. Y su propia explosión de plumas no fue más que efecto de soñar despierto.

Henry vibra como un diapasón. Todavía está de cara al parabrisas.

—Cuéntame qué ocurre —dice Jack—. Empiezas a preocuparme.

Henry apenas si abre la boca, para volver a cerrarla al instante. Otro estremecimiento recorre su cuerpo.

—Hummm —murmura—. Esto es más difícil de lo que pensaba. —Aunque parezca asombroso, su voz cáustica y mesurada, la voz auténtica de Henry Leyden, tiembla con un amplio y desvalido vibrato.

Jack reduce hasta ir a paso de tortuga, empieza a decir algo, y decide esperar.

—Oigo a mi esposa —dice Henry—. Por la noche, cuando estoy en la cama. Alrededor de las tres o las cuatro de la mañana. Oigo las pisadas de Rhoda en la cocina, subiendo por las escaleras. Debo de estar perdiendo la cabeza.

—¿Con qué frecuencia te ocurre?

—¿Cuántas veces? No lo sé con exactitud. Tres o cuatro.

—¿Te levantas a buscarla? ¿La llamas por su nombre?

La voz de Henry vuelve a recorrer de arriba abajo el trampolín del vibrato.

—He hecho ambas cosas. Porque estaba seguro de haberla oído. Sus pisadas, su forma de andar, sus pasos. Hace ya seis años que Rhoda no está. Qué divertido, ¿eh? Me parecería divertido si no pensara que me estoy volviendo chiflado.

—La llamas por su nombre —dice Jack—. Y te levantas de la cama para dirigirte a la planta baja.

—Como un lunático, como un demente. «¿Rhoda? ¿Eres tú, Rhoda?» Anoche recorrí la casa entera. «¿Rhoda? ¿Rhoda?» Cualquiera pensaría que esperaba respuesta. —Henry no presta atención a las lágrimas que surgen bajo las gafas de aviador para surcarle las mejillas—. Y la esperaba, he ahí el problema.

—¿No había nadie más en la casa? —pregunta Jack—. Señales de alboroto, algo que faltara o estuviese fuera de lugar; esa clase de cosas.

—No por lo que yo vi. Todo seguía donde se suponía que debía estar. Justo donde yo lo dejé. —Levanta una mano y se enjuga el rostro.

La entrada al camino particular de Jack, que traza una curva, pasa de largo por el lado derecho de la cabina.

—Te diré qué pienso —dice Jack, imaginándose a Henry vagando por su casa a oscuras—. Hace seis años experimentaste todo el proceso del duelo que tiene lugar cuando alguien a quien amas se muere y te abandona: la negación, el regateo, la ira, el dolor, la aceptación, y lo que sea; todo el abanico de emociones, pero, después de eso, seguías echando de menos a Rhoda. Nadie le dice nunca a uno que continúa echando de menos a la gente que querías y ha muerto, pero así es.

—Vaya, qué profundo —ironiza Henry—. Y un consuelo, además.

—No me interrumpas. Pasan las cosas más increíbles. Créeme, sé de qué hablo. Tu mente se rebela. Distorsiona las evidencias, te da falsos testimonios. ¿Quién sabe por qué? Sencillamente lo hace.

—En otras palabras, te vuelves tarumba —concluye Henry—. Me parece que es ahí donde empezamos.

—Lo que quiero decir —insiste Jack—, es que la gente puede soñar despierta. Eso es lo que te está pasando. No hay de qué preocuparse. Bueno, ya hemos llegado, estás en casa.

Dobla por el sendero de entrada cubierto de hierba y conduce hasta la granja blanca en la que Henry y Rhoda habían pasado los quince animados años entre su matrimonio y el descubrimiento del cáncer de hígado de Rhoda. Durante casi dos años después de su muerte, Henry había vagado cada noche por la casa, encendiendo luces.

—¿Soñar despierto? ¿De dónde has sacado eso?

—Soñar despierto no es tan raro —explica Jack—. En especial en la gente que nunca duerme lo suficiente, como tú. —O *como yo,* añade en silencio—. No me lo estoy inventando, Henry. A mí mismo me ha pasado un par de veces. Una, al menos.

—Soñar despierto —repite Henry, como si considerase la idea—. Vaya por dónde.

—Piénsalo un poco. Vivimos en un mundo racional. La gente no vuelve de entre los muertos. Todo sucede por un motivo, y esos motivos siempre son racionales. Es una cuestión de sintonía o coincidencia. Si no fueran racionales, nunca entenderíamos nada ni sabríamos qué está pasando.

—Hasta un ciego puede ver eso —dice Henry—. Gracias. Tus palabras me ayudan a seguir viviendo. —Sale de la camioneta y cierra la puerta. Se aleja, retrocede y se inclina a través de la ventanilla—. ¿Quieres empezar esta noche con *Casa desolada?* Debería volver a casa sobre las ocho y media, o algo así.

—Apareceré sobre las nueve.

—*Ding dong* —dice Henry a modo de despedida. Se vuelve, camina hasta su umbral y desaparece en el interior de la casa, que por supuesto no está cerrada con llave. Por aquí tan solo los padres cierran las puertas, e incluso eso es una novedad.

Jack le da la vuelta a la camioneta y recorre de vuelta el sendero hasta salir a la carretera de Norway. Se siente como si acabara de hacer una buena acción por partida doble, pues ayudando a Henry también se ha ayudado a sí mismo. Es gracioso cómo resultan a veces las cosas.

Cuando dobla para coger su propio y largo sendero de entrada, le llega un peculiar tamborileo procedente del cenicero bajo el salpicadero. Vuelve a oírlo en la última curva, justo antes de que la casa aparezca ante su vista. El sonido no es tanto un tamborileo como un leve y sordo golpe metálico. Un botón, una moneda; algo así. Detiene el coche junto al costado de la casa, apaga el motor y abre la puerta. Se lo piensa dos veces y tiende una mano para abrir el cenicero.

Lo que Jack encuentra en la ranura al final de la bandejita —un minúsculo huevo de petirrojo del tamaño de un MM—, le hace expeler todo el aire del cuerpo.

El huevecito es tan azul que hasta un ciego podría verlo.

Los dedos temblorosos de Jack arrancan el huevo del cenicero. Mirándolo fijamente, se apea y cierra la puerta. Todavía mirándolo, al fin se acuerda de respirar. Su mano gira por la muñeca y suelta el huevo, que cae en línea recta hasta la hierba. Deliberadamente, Jack levanta el pie y aplasta con él la obscena mota azul. Sin mirar atrás, se guarda las llaves en el bolsillo y se dirige hacia la dudosa seguridad de su casa.

SEGUNDA PARTE

Se llevan a Tyler Marshall

5

Vislumbramos a un encargado dé la limpieza en nuestro recorrido relámpago del Centro Maxton a primera hora de la mañana… ¿le recuerdan, por casualidad? ¿Uno con un mono suelto de trabajo? ¿Con una panza un poco demasiado prominente? ¿Con un cigarrillo pendiendo en los labios pese a los letreros de ¡NO FUME, AQUÍ HAY PULMONES QUE TRABAJAN! que se han colgado cada seis o siete metros en los pasillos de los pacientes? ¿Con una fregona que parece hecha de arañas muertas? ¿No? No hace falta que se disculpen. Es bastante fácil pasar por alto a Pete Wexler, otrora un adolescente anodino (calificación media final en la Escuela Superior de Frenen Landing: aprobado), que atravesó una edad adulta anodina y que está ahora en el límite de lo que espera será una mediana edad anodina. Su única afición es la de darles en secreto un ocasional y cruel pellizco a los mohosos carcamales que llenan sus días de gruñidos, preguntas absurdas y olores a flatulencia y pipí. Los gilipollas del Alzheimer son los peores. Se sabe que alguna vez ha apagado un cigarrillo en sus descarnadas espaldas o nalgas. Le gusta oír sus gritos ahogados cuando notan el calor y el dolor lacerante. Esa pequeña y desagradable tortura tiene un doble efecto: les despierta un poco a ellos y satisface algo dentro de él. De alguna manera le alegra los días. Le despeja un poco el panorama. Además, ¿a quién van a decírselo?

Y oh, Dios santo, ahí va el peor de todos ellos, arrastrando lentamente los pies por el pasillo del ala Margarita. La boca de Charles Burnside está abierta, como también lo está la parte de atrás de su camisón de hospital. Pete tiene una visión mejor de la que haya querido nunca de las nalgas descarnadas y manchadas de mierda de Burnside. Las manchas color chocolate le llegan hasta

la parte posterior de las rodillas, por Dios. Se dirige al lavabo, pero digamos que ya es un poco tarde. Cierto caballo marrón —llamémoslo *Trueno Matutino*— ya ha salido disparado de su establo para galopar a través de las sábanas de Burny.

Gracias a Dios que limpiarlas no es mi trabajo, piensa Pete, y esboza una sonrisa en torno al cigarrillo. *Todo tuyo, Butch.*

Sin embargo, el escritorio que hay al fondo, junto a las habitaciones de los pequeños, está desierto por el momento. Butch Yerxa va a perderse el entrañable espectáculo del culo sucio de Burny pasando frente a él. Por lo visto Butch ha salido a fumarse un cigarrillo, aunque Pete le haya dicho a ese idiota un centenar de veces que todos esos letreros que prohíben fumar no significan nada; a Chipper Maxton no podría importarle menos quién fuma y dónde (o dónde apagan las colillas, puestos a decirlo). Los letreros están ahí tan solo para mantener la mansión de los viejos babosos conforme a ciertas leyes estatales palizas.

La sonrisa de Pete se hace más amplia, y en ese momento se parece un montón a su hijo Ebbie, amigo a ratos de Tyler Marshall (ha sido Ebbie Wexler, de hecho, quien acaba de hacerles un gesto soez con el dedo a Jack y Henry). Pete se está preguntando si debería salir a decirle a Butch que tiene un pequeño trabajito de limpieza en la D18 —además del ocupante de la D18, por supuesto— o si debería dejar simplemente que Butch descubra por sí mismo la última cagada de Burny. A lo mejor Burny vuelve a su habitación y se le ocurre pintar un poco con los dedos, digamos que para extender un poco la alegría. Eso estaría bien, pero también estaría bien ver la cara de Butch cuando Pete se lo dijera…

—Pete.

Oh, no. Acosado por la puta. Es una puta bien atractiva, pero una puta al fin y al cabo. Pete se queda donde está por un instante, pensando que, si la ignora, se marchará.

Vana esperanza.

—Pete.

Se vuelve. Ahí está Rebecca Vilas, la amiguita actual del pez gordo. Hoy va vestida con un ligero vestido rojo, quizá en honor de la Fiesta de la Fresa, y zapatos negros de tacón alto, quizá en honor de sus propias y estupendas piernas. Pete imagina brevemente esas estupendas piernas envolviéndole, esos zapatos de tacón cruzados en la parte posterior de su cintura y señalando como las

manecillas de un reloj, y entonces advierte la caja de cartón que Rebecca lleva en los brazos. Trabajo para él, sin duda. Peter también observa el reluciente anillo en su dedo, con alguna clase de gema del tamaño de un maldito huevo de petirrojo, aunque considerablemente más pálida. Se pregunta, y no por primera vez, qué tiene que hacer exactamente una mujer para conseguirse un anillo como ese.

Rebecca se queda ahí plantada, repiqueteando con un pie, dejando que la contemple. Detrás de él, Charles Burnside continúa su lento y vacilante progreso hacia los aseos de hombres. Uno diría, al ver a ese viejo desecho con sus piernas esqueléticas y su cabello flotante como algodón, que los días en que podía correr han quedado muy atrás. Pero uno estaría equivocado. Terriblemente equivocado.

—¿Señorita Vilas? —pregunta Pete al fin.

—A la sala comunal, Pete. De inmediato. ¿Y cuántas veces se le ha dicho que no fume en el ala de los pacientes?

Antes de que pueda responder, Rebecca se vuelve con un sexy ondear de faldas y emprende la marcha hacia la sala comunal de Maxton, donde esa tarde va a celebrarse el baile de la Fiesta de la Fresa.

Exhalando un suspiro, Pete apoya la fregona contra la pared y la sigue.

Charles Burnside está ahora solo al final del pasillo del ala Margarita. La expresión de vacuidad abandona sus ojos y es reemplazada por el brillo feroz de la inteligencia. De pronto parece más joven. De pronto, Burny la máquina humana de mierda ha desaparecido. En su lugar está Carl Bierstone, quien cosechaba jóvenes en Chicago con aquella salvaje eficacia.

Carl… y algo más. Algo que no es humano.

El… *ese algo* sonríe.

En el escritorio desierto hay un montón de papeles con una piedra encima del tamaño de una taza de café a modo de pisapapeles. Escrito sobre la piedra con pequeñas letras negras se lee PIEDRA MASCOTA DE BUTCH.

Burny coge la piedra de Butch Yerxa y se dirige con paso decidido hacia los aseos de hombres, todavía sonriendo.

En la sala comunal, las mesas se han dispuesto en torno a las paredes y han sido cubiertas con manteles de papel rojo. Más tarde, Pete añadirá pequeñas

luces rojas (alimentadas a pilas; nada de velas para los babosos, por Dios). En las paredes, grandes fresas de cartón se han sujetado por todas partes con cinta adhesiva, y a algunas se las ve bastante maltrechas, pues desde que Herbert Maxton abrió el centro a finales de los acelerados años sesenta las ponen y las quitan cada julio. El suelo de linóleo está desnudo.

Durante esta tarde y las primeras horas de la noche, los mohosos carcamales que aún puedan andar y tengan facultades mentales para hacerlo arrastrarán los pies al son estilo big band de los años treinta y cuarenta, aferrándose los unos a los otros en las piezas lentas y probablemente mojando sus pañales para incontinentes por la excitación que los embarga al final de las muy movidas. (Hace tres años un mohoso carcamal llamado Irving Christie sufrió un infarto leve tras un bailoteo particularmente agotador al son de *No te sientes bajo el manzano con otro que no sea yo.*) Oh, sí, el baile de la Fiesta de la Fresa siempre es excitante.

Rebecca ha juntado por sí sola tres cajones de madera y los ha cubierto con un mantel blanco para crear la base del podio de Stan *el Sinfónico.* En el rincón hay un micrófono con pie de un cromado brillante y con una gran cabeza redonda, una genuina antigüedad de los años treinta que prestó sus servicios en el Cotton Club. Es una de las preciadas posesiones de Henry Leyden. Junto a él se halla el cartón alto y estrecho en que llegó ayer. En el podio, bajo una viga decorada con crepé rojo y blanco y más fresas de cartulina, hay una escalera de mano. Al verla, Pete experimenta un instante de celos posesivos. Rebecca Vilas ha estado en su armario. ¡Puta entrometida! Si ha robado algo de su hierba, por Dios que…

Rebecca deja la caja de cartón sobre el podio con un gruñido audible, y luego se endereza. Se aparta un rizo de sedoso cabello castaño de una mejilla arrebolada. No es más que media mañana, pero el día va a ser uno de esos tan abrasadores de Coulee Country. Poneos aire acondicionado en la ropa interior y doble dosis de desodorante, amigos, como se sabe que George Rathbun ha bramado alguna vez.

—Pensaba que nunca iba a venir, hombre —dice Rebecca con su fingido acento irlandés.

—Bueno, pues aquí estoy —responde Pete con expresión hosca—. Por lo que parece se las arregla bien sin mí. —Hace una pausa, y luego añade—: Mujer.

—Para Pete, eso es casi una agudeza. Se adelanta y le echa un vistazo a la caja de cartón, que, como la del micrófono, lleva estampado PROPIEDAD DE HENRY LEYDEN. Dentro hay un pequeño foco con el cable eléctrico enrollado alrededor y un disco transparente rosa destinado a volver la luz del color de los caramelos y geminólas de fresa.

—¿Qué mierda es esta? —pregunta Pete.

—Un foco —responde ella—. FO-CO. Va ahí colgado, de ese gancho. GAN-CHO. Es algo en lo que insiste el pinchadiscos. Dice que le hace coger mejor la onda. ON…

—¿Qué ha sido de Weenie Erickson? —masculla Pete—. Con Weenie no hacía falta toda esta mierda. Ponía los malditos discos durante dos horas, echaba un par de sorbos de su petaca y cerraba el chiringuito.

—Se mudó —contesta Rebecca con indiferencia—. A Racine, me parece.

—Bueno… —Pete ha levantado la vista para estudiar la viga con sus pelusas entrelazadas de crepé rojo y blanco—. No veo ningún gancho, señorita Vilas.

—Por los clavos de Cristo —suelta ella, y se sube a la escalera—. Aquí. ¿Es que estás ciego?

Pete, que desde luego no está ciego, rara vez se ha sentido más agradecido por su capacidad de ver. Desde su posición debajo de ella, le ve con claridad los muslos, el encaje rojo de las bragas y las curvas gemelas de las nalgas, bien prietas ahora que está encaramada en el quinto peldaño de la escalera.

Ella baja la mirada hacia Pete, advierte el asombro en su rostro, se percata de la dirección de su línea de visión. La expresión de Rebecca se suaviza un poco. Como su querida y sabia madre decía, hay hombres que se vuelven idiotas con solo vislumbrar unas bragas.

—Pete. La Tierra llamando a Pete.

—¿Eh? —Pete alza la mirada, boquiabierto y con una mota de baba en el labio inferior.

—No hay ningún gancho en mi ropa interior, estoy segura de eso como de pocas cosas en mi vida. Pero si dirige usted la mirada hacia arriba, en dirección a mi mano en lugar de a mi culo…

Pete levanta la vista, todavía con expresión de aturdimiento, y ve una uña pintada de rojo (Rebecca es hoy toda una visión en su atuendo rojo fresa, de eso no hay duda) dar golpecitos en un gancho que emerge reluciente del crepé, como

el anzuelo de un pescador que sobresalga con su brillo asesino de un vistoso cebo.

—Un gancho —dice—. Se sujeta el filtro transparente al foco, y este al gancho. La luz se vuelve de un cálido tono rosa, según las explícitas instrucciones del pinchadiscos. ¿Mensaje recibido, *Kemo sabe*?

—Eh… sí…

—Entonces, valga la expresión, a ver si empalmas ya.

Rebecca baja de la escalera, decidiendo que Pete Wexler ha disfrutado del mayor espectáculo gratis que cabía esperar por una tarea de mierda. Y Pete, que ya ha tenido una erección, saca el filtro rosa de Stan *el Sinfónico* de su caja y se dispone a tener otra. Cuando trepa por la escalera, su entrepierna pasa por delante de la cara de Rebecca. Esta nota el bulto en la misma y se muerde el interior de la mejilla para contener una sonrisa. Los hombres son unos idiotas, desde luego. Idiotas *adorables,* algunos de ellos, pero idiotas al fin y al cabo. Solo que unos idiotas pueden permitirse anillos y viajes y cenas a medianoche en locales nocturnos de Milwaukee y otros idiotas no.

En el caso de algunos idiotas, lo máximo que una consigue que hagan es colocar un foco de mierda.

—¡Esperadme, chicos! —exclama Ty Marshall—. ¡Ebbie! ¡Ronnie! ¡T. J.! ¡Esperadme!

Por encima del hombro, Ebbie Wexler (que a quien se parece en realidad es al amiguito no muy listo de Periquita, Tito) le contesta:

—¡Píllanos, tortuga!

—¡Sí! —corea Ronnie Metzger—. ¡A ver si nos pillas, *tortúgula*! —Ronnie, un niño al que le esperan un montón de horas de logopedia, mira a su vez por encima del hombro, está a punto de estrellar la bici contra un parquímetro, que consigue esquivar en el último instante. Entonces se escapan, ocupando los tres la totalidad de la acera con sus bicicletas (que Dios ayude a los peatones que transiten en el sentido contrario), con sus sombras huyendo precipitadamente en pos de ellos.

Tyler considera la posibilidad de lanzarse a la carrera para alcanzarles, pero decide que siente las piernas demasiado cansadas. Su madre y su padre dicen que

con el tiempo estará a la altura de los demás, que sencillamente es algo pequeño para su edad, pero lo cierto es que Ty tiene sus dudas. Y cada vez tiene más dudas acerca de Ebbie, Ronnie y T. J., además. ¿Vale la pena en realidad tratar de ponerse a su altura? (Si Judy Marshall se enterase de semejantes dudas se pondría en pie y aplaudiría, pues lleva dos años preguntándose cuándo tardaría por fin en cansarse su listo y reflexivo hijo de andar por ahí con semejante pandilla de perdedores… o chicos «de baja estofa», como ella dice.)

—Chúpate un elfo —suelta Ty en tono de desconsuelo (ha aprendido esa inofensiva vulgaridad de las reposiciones en el canal de ciencia ficción de una miniserie llamada *El décimo reino*) y se baja de la bici. De todas formas, en realidad no hay razón para correr tras ellos; sabe dónde encontrarles: en el aparcamiento del 7-Eleven, tomando sorbetes e intercambiándose cartas de Magic. Ese es otro problema que Tyler tiene con sus amigos. Preferiría con mucho intercambiar cromos de béisbol. A Ebbie, Ronnie y T. J. no podrían importarles menos los Cardinals, los Indians, los Red Sox, y los Brewers. Ebbie ha llegado tan lejos como para decir que el béisbol es de gays, un comentario que Ty considera estúpido (casi lamentable) más que injurioso.

Echa a andar despacio empujando la bici por la acera, recobrando el aliento. Llega a la intersección de las calles Chase y Queen. Ebbie llama calle de los maricas a Queen. Por Freddy Mercury, por supuesto. No le sorprende. ¿Y no reside en ello gran parte del problema? Tyler es un niño al que le gustan las sorpresas; Ebbie Wexler es un niño al que no le gustan. Debido a esto sus reacciones opuestas ante la música que ha emanado de la camioneta un rato antes fueron perfectamente previsibles.

Tyler se detiene en la esquina y mira hacia la calle Queen. A ambos lados se ven setos enmarañados. Sobre los del lado derecho se eleva una serie de tejados rojos conectados entre sí. El hogar de ancianos. Junto a la entrada principal han colocado alguna especie de letrero. Curioso, Tyler monta de nuevo en la bicicleta y recorre lentamente la acera para echar un vistazo. Las ramas más largas del seto que hay junto a él susurran contra el manillar de la bicicleta.

El letrero resulta una fresa gigantesca. Debajo de ella está escrito HOY ES LA FIESTA DE LA FRESA. Ty se pregunta qué diantre es una fiesta de la fresa. ¿Alguna celebración estrictamente para viejos? Lo cierto es que no es una cuestión muy interesante. Tras meditarla unos segundos, gira la bicicleta y se dispone a

pedalear de vuelta a la calle Chase.

Charles Burnside entra en los aseos de caballeros al final del pasillo del ala Margarita, todavía sonriendo y aferrando la roca mascota de Butch. A su derecha hay una hilera de lavamanos con un espejo sobre cada uno de ellos; son de esos espejos de metal que uno encuentra en los lavabos de bares y tabernas de mala muerte. En uno de ellos Burny ve su propio reflejo sonriente. En otro, el más cercano a la ventana, ve a un niño pequeño con una camiseta de los Brewers de Milwaukee. El niño está montado a horcajadas en su bici, justo al otro lado de la verja de entrada, leyendo el cartel de la Fiesta de la Fresa.

Burny empieza a babear. Lo hace sin discreción alguna, además. Burny babea como el lobo de un cuento de hadas; hilillos de espumosa saliva blancos como la cuajada se le derraman de las comisuras de la boca y por sobre la flácida y lívida franja de su labio inferior. La baba le llega hasta la barbilla cual riachuelo de espumoso jabón. Se la enjuga distraídamente con el dorso nudoso de una mano para arrojarla al suelo produciendo una salpicadura, sin apartar ni por un instante la vista del espejo. El niño del espejo no es uno de los pobres niños perdidos de esta criatura (Ty Marshall ha vivido en Frenen Landing toda su vida y sabe exactamente dónde está) pero *podría* serlo. Podría perderse con gran facilidad, para acabar en cierta habitación. En cierta celda. O arrastrando sus sangrantes y ardientes piececitos hacia un horizonte extraño.

En especial si Burny se sale con la suya. Tendrá que actuar con rapidez, pero, como ya hemos advertido, Charles Burnside puede, con la debida motivación, moverse muy deprisa.

—Gorg —le dice al espejo. Pronuncia esa palabra absurda con un acento del mediano oeste perfectamente claro y llano—. Ven, Gorg.

Sin deseos de ver cómo sigue aquello —*sabe* cómo sigue—, Burny se vuelve para dirigirse a la hilera de retretes. Entra en el segundo de la izquierda y cierra la puerta.

Tyler acaba de montar de nuevo en la bicicleta cuando oye susurrar el seto a unos tres metros del letrero de la Fiesta de la Fresa. Un gran cuervo se abre camino a través de las hojas hasta la acera de la calle Queen. Contempla al niño con mirada vivaz e inteligente. Ahí quieto, con las negras patas separadas, abre

el pico y grita:

—*¡Gorg!*

Tyler lo mira y empieza a esbozar una sonrisa, no muy seguro de haber oído bien pero dispuesto a que le sorprendan agradablemente (a los diez años, siempre está dispuesto a llevarse una agradable sorpresa, a creer lo increíble).

—¿Cómo? ¿Has dicho algo?

El cuervo bate sus relucientes alas y ladea la cabeza de una forma que hace que su fealdad resulte casi encantadora.

—*¡Gorg!¡Ty!*

El niño ríe. ¡Ha pronunciado su nombre! ¡El cuervo ha pronunciado su nombre!

Baja de la bici, le pone el pie de apoyo y da un par de pasos hacia el cuervo. Pensar en Amy Saint Pierre y Johnny Irkenham es, por desgracia, lo último que se le ocurriría.

Cree que el cuervo escapará volando en cuanto se acerque a él, pero no hace más que aletear un poco y dar un sigiloso paso hacia la tupida oscuridad del seto.

—¿Has pronunciado mi nombre?

—*¡Gorg! ¡Ty! ¡Abbalah!*

Por un instante la sonrisa de Ty está a punto de borrarse. La última palabra casi le resulta familiar, y sus asociaciones, aunque débiles, no son exactamente agradables. Le hace pensar en su madre, por alguna razón. Entonces el cuervo vuelve a pronunciar su nombre; no cabe duda de que está diciendo Ty.

Tyler da otro paso desde la calle Queen hacia el cuervo negro. El cuerpo da su paso correspondiente para deslizarse aún más cerca de la masa del seto. No hay nadie en la calle; esa parte de French Landing está soñolienta a la luz del sol matutino. Ty da un paso más hacia su destino, y todos los mundos tiemblan.

Ebbie, Ronnie y T. J. salen pavoneándose del 7-Eleven, donde el cabeza de trapo de detrás del mostrador acaba de servirles unos sorbetes de arándanos («cabeza de trapo» es solo una de las expresiones peyorativas que Ebbie ha aprendido de su padre). También llevan sobres nuevos de cartas de Magic, dos cada uno.

Ebbie, con los labios ya teñidos de azul, se vuelve hacia T. J.

—Vete calle abajo a buscar al tortuga.

T. J. parece ofendido.

—¿Por qué yo?

—Porque Ronnie ha comprado las cartas, tontaina. Venga, date prisa.

—¿Por qué ha de venir, Ebbie? —quiere saber Ronnie. Está apoyado contra el soporte para aparcar bicis y devora los fríos y dulces pedacitos de hielo.

—Porque yo lo digo —responde Ebbie con altivez. El hecho es que los viernes Tyler Marshall suele tener dinero. En realidad, Tyler tiene dinero casi todos los días. Sus padres están forrados. Ebbie, al que está educando (si puede llamárselo así) un padre solo con un trabajo de mierda de encargado de la limpieza, ya le ha cogido cierto odio a Tyler por esa causa; las primeras humillaciones no quedan muy lejos, y las primeras palizas las seguirán poco después. Pero ahora todo lo que quiere son más cartas, un tercer sobre para cada uno de ellos. El hecho de que a Tyler ni siquiera le gusten las cartas de Magic solo hará que lo de sacarle la pasta sea aún más dulce.

Pero primero tienen que hacer que el pequeño tortuga llegue hasta ahí. O el pequeño tortúgula, como le llama el lengua de trapo de Ronnie. A Ebbie le gusta cómo suena, y le parece que va a empezar a usarlo. Tortúgula. Una buena palabra. Supone burlarse de Ty y de Ronnie al mismo tiempo. Dos por el precio de uno.

—Venga, T. J. A menos que quieras una quemadura india.

T. J. no la quiere. Las quemaduras indias de Ebbie Wexler duelen muchísimo. Suelta un suspiro teatral, saca la bici del soporte, monta en ella y desciende por la suave ladera de la colina, sujetando el manillar con una mano y el sorbete con la otra. Espera ver a Tyler enseguida, probablemente empujando la bicicleta porque es tan… tan… simplón, pero Ty no parece estar siquiera en la calle Chase; vaya, ¿cómo puede ser?

T. J. pedalea un poco más rápido.

En los aseos de caballeros, estamos contemplando la hilera de puertas de los retretes. La del segundo de la izquierda está cerrada. Las otras permanecen entreabiertas sobre sus goznes cromados. Bajo la puerta cerrada vemos un par de tobillos nudosos y llenos de venas que surgen de un par de zapatillas sucias.

Una voz grita con sorprendente intensidad. Es la voz de un hombre joven, ronca, ávida y airada. Su sonido rebota de lleno contra las paredes alicatadas.

—*¡Abbalah! ¡Abbalah-doon! ¡Munshun gorg!*

De pronto se oyen las cisternas de los retretes. No solo la del cubículo

cerrado sino todas ellas. En el otro extremo de la estancia, las cisternas de los urinarios también dejan correr el agua, y los tiradores cromados vuelven a su sitio en perfecta sincronía. El agua gorjea en las curvas superficies de porcelana.

Cuando apartamos la vista de los urinarios para volver a fijarla en los retretes, vemos que las zapatillas sucias —y los pies que había en ellas— ya no están. Y por primera vez hemos *oído* realmente el sonido de la dislocación, una especie de exhalación caliente, la clase de sonido que uno oye escapar de sus propios pulmones cuando despierta de una pesadilla a las dos de la mañana.

Damas y caballeros, Charles Burnside ha abandonado el edificio.

Ahora el cuervo ha retrocedido hasta el seto. Sigue mirando a Tyler con sus ojos brillantes e inquietantes. Tyler se adelanta hacia él, sintiéndose hipnotizado.

—Vuelve a pronunciar mi nombre —susurra—. Pronuncia mi nombre otra vez y podrás marcharte.

—¡*Ty*! —grazna amablemente el cuervo; luego agita un poco las alas y se interna en el seto. Por un instante Tyler puede verlo aún, una mezcla de negro reluciente y verde reluciente, y después desaparece.

—¡Vaya con el cuervo! —exclama Tyler. Se da cuenta de que ha hablado en voz alta y suelta una risita temblorosa. ¿Ha sucedido? Sí, ¿verdad?

Se inclina hacia donde el cuervo se ha internado en el seto, pensando que si se le ha caído una pluma se la llevará como recuerdo, y cuando lo hace, un brazo blanco y descarnado surge de entre las hojas y le agarra infalible del cuello. Tyler tiene tiempo de proferir un único chillido aterrado, y luego se ve arrastrado a través del seto. Las ramas cortas y tiesas hacen que se le salga una de las zapatillas deportivas. Desde el otro extremo se oye un único grito gutural, ávido —puede haber sido «¡Niño!»— y luego un ruido sordo, el sonido de una roca mascota golpeando la cabeza de un niño pequeño, quizá. Después no queda más que el zumbido distante de una cortadora de césped y el zumbido cercano de una abeja.

La abeja está farfullando entre las flores del extremo más alejado del seto, del lado del Centro Maxton. Ahí no se ve otra cosa que césped verde y, más cerca del edificio, las mesas en que los ancianos habitantes del edificio se sentarán, a mediodía, a disfrutar del picnic de la Fiesta de la Fresa.

Tyler Marshall ha desaparecido.

T. J. Renniker se desliza hasta detenerse en la esquina de Chase con Queen. De su sorbete gotea un jugo azul que le baña la muñeca, aunque él apenas se da cuenta. Calle abajo, en Queen, ve la bicicleta de Ty, pulcramente apoyada sobre su pie, pero Ty no está por ningún lado.

Moviéndose con lentitud —por algún motivo aquello le da mala espina—, T. J. pedalea hasta la bicicleta. En algún momento se percata de que lo que antes era un sorbete se ha convertido en una tarrina empapada de pegote fundido. La arroja a la alcantarilla.

Es la bici de Ty, desde luego. Imposible confundir la Schwinn roja de cincuenta centímetros con manillar alto y la calcomanía verde de los Bucks de Milwaukee en el costado. La bicicleta y…

Volcada de lado junto al seto que crea una frontera entre el mundo de los viejos y el de la gente normal, la gente *real*, T. J. ve una única zapatilla Reebok. Esparcidas alrededor hay una serie de relucientes hojas verdes. Una pluma sobresale de la zapatilla.

El niño se queda mirando la zapatilla con los ojos muy abiertos. Puede que T. J. no sea tan listo como Tyler, pero es varios grados más lúcido que Ebbie Wexler, y le resulta fácil imaginar a Tyler siendo arrastrado a través del seto, dejando atrás su bicicleta... *y* una zapatilla… una única zapatilla de lado.

—¿Ty? —llama—. ¿Estás de broma o qué? Porque si lo estás será mejor que lo dejes ya. Le voy a decir a Ebbie que te haga la quemadura india más grande que has tenido nunca.

No obtiene respuesta. Ty no está de broma. De alguna forma, T. J. lo sabe.

En la mente de T. J. hacen súbita explosión imágenes de Amy Saint Pierre y Johnny Irkenham. Oye (o imagina oír) pisadas furtivas al otro lado del seto: el Pescador, que ya se ha asegurado la comida, ha vuelto a por el postre.

T. J. intenta gritar, pero no puede. La garganta le ha quedado reducida a un mero agujerito. En lugar de gritar, da la vuelta en redondo y empieza a pedalear. Vira para bajar de la acera a la calle, pues desea alejarse de la oscura mole del seto tan rápido como pueda. Cuando se aparta del bordillo, el neumático delantero de su bicicleta Huffy aplasta los restos de su sorbete. Al pedalear hacia

la calle Chase, inclinado sobre el manillar como un corredor del Grand Prix, va dejando un rastro oscuro y reluciente sobre el pavimento. Parece sangre. En algún sitio cercano grazna un cuervo. Suena igual que una risa.

Número 16 de la calle Robín Hood: hemos estado aquí antes, como la chica del coro le dijo al arzobispo. Atisbamos a través de la ventana de la cocina y vemos a Judy Marshall, dormida en la mecedora del rincón. Tiene un libro en el regazo: la novela de John Grisham que vimos la última vez en su mesilla de noche. En el suelo, junto a ella, hay una taza medio llena de café frío. Judy ha conseguido leer diez páginas antes de que el sueño la venciera. No deberíamos culpar de ello a las aptitudes narrativas del señor Grisham; Judy pasó mala noche, y no es la primera vez. Han pasado más de dos meses desde la última ocasión en que consiguió dormir más de dos horas de un tirón. Fred sabe que algo anda mal con su esposa, pero no tiene ni idea de lo grave que es. Si la tuviera, estaría mucho más que asustado. Que Dios le ayude, pronto va a tener una imagen mejor del estado mental de Judy.

Ahora empieza a gimotear y a sacudir la cabeza. Aquellas palabras sin sentido vuelven a surgir de su boca. La mayoría están demasiado emborronadas por el sueño para que resulten inteligibles, pero captamos *abbalah y gorg.*

De súbito abre los ojos. Se ven brillantes y de un azul real a la luz matutina que llena la cocina de polvoriento oro estival.

—¡Ty! —exclama jadeante, y los pies dan una sacudida convulsiva ante el sobresalto de despertarse. Consulta el reloj sobre los fogones. Pasan doce minutos de las nueve, y todo parece distorsionado, como sucede con tanta frecuencia cuando dormirnos profundamente pero mal o poco tiempo. Se ha traído consigo algún sueño miserable, pero que no llega a ser pesadilla, como si de una mucosa hebra de placenta se tratase: hombres con sombreros de fieltro de ala curva hincados hasta ensombrecerles los rostros y que caminaban sobre largas piernas de R. Crumb que acababan en grandes zapatos de puntas redondeadas de R. Crumb., siniestros tiburones que se mueven incansables y con excesiva rapidez con una ciudad de fondo —¿Milwaukee? ¿Chicago?— y ante un cielo de un anaranjado siniestro. La banda sonora del sueño era la banda de Benny Goodman interpretando *King Porter Stomp,* la canción que su padre

siempre había puesto cuando estaba un poco tocado, y la sensación general del sueño había sido una mezcla de tintes muy oscuros de terror y pesar: habían sucedido cosas espantosas, pero lo peor estaba por llegar.

No siente para nada el alivio que la gente suele experimentar al despertar de un mal sueño; el alivio que ella misma había sentido cuando era más joven y estaba… estaba…

—Cuerda —dice con la voz cascada de quien acaba de despertar—. *King Porter Stomp.* Piensa en eso. —A ella siempre le había sonado como la música que una oía en los viejos dibujos animados, en esos en que ratones con guantes blancos entran y salen corriendo de sus ratoneras a una velocidad vertiginosa, febril. En cierta ocasión, cuando su padre estaba bailando con ella al son de esa canción, Judy había sentido que algo duro se oprimía contra ella. Algo en los pantalones de su padre. Después de eso, cuando él ponía música para bailar, Judy trataba de estar en otra parte.

—Déjalo ya —dice con la misma voz cascada. Es la voz de un cuervo, y se le ocurre ahora que había un cuervo en el sueño. Seguro, apuesten a que sí. El cuervo Gorg—. Gorg significa muerte —anuncia, y se lame el reseco labio superior sin percatarse de ello. Su lengua sale todavía más, y en el camino de vuelta se lame las fosas nasales con la punta cálida, húmeda y en cierto modo consoladora.

»Allí, *gorg* significa muerte. Allí, en la…

Lejanía es la palabra que no pronuncia. Antes de que pueda hacerlo, ve algo sobre la mesa de la cocina que no estaba ahí antes. Es una cesta de mimbre. Un sonido sale de ella, un sonido lento y soñoliento.

La angustia le retuerce el bajo vientre, haciéndole sentir sueltos y acuosos los intestinos. Sabe cómo se llama una cesta como esa: una nasa. Es la nasa de un pescador.

Últimamente hay un pescador en French Landing. Un pescador malo.

—¿Ty? —llama, pero sin obtener respuesta, por supuesto. A excepción de ella, la casa está vacía. Dale está trabajando, y Ty andará por ahí jugando, seguro. Es mediados de julio, plenas vacaciones de verano, y Ty estará rondando por la ciudad, haciendo todas esas cosas estilo Ray Bradbury-August Derleth que hacen los niños cuando tienen por delante todo el interminable día de verano para hacerlas. Pero no estará solo; Fred ha hablado con él sobre lo de ir siempre

acompañado por sus amigos hasta que cojan al Pescador, *por lo menos* hasta entonces, y también se lo ha dicho ella. A Judy no le agrada demasiado el chico Wexler (los niños Metzger o Renniker tampoco), pero multitud significa seguridad. Es probable que Ty no vaya a experimentar ningún gran despertar cultural este verano, pero al menos…—. Al menos está a salvo —concluye con su voz cascada a lo cuervo Gorg. Sin embargo, la cesta que ha aparecido sobre la mesa de la cocina durante su sueño parece desmentirlo, negar el entero concepto de la seguridad. ¿De dónde ha salido? ¿Y qué es esa cosa blanca que tiene encima?

—Una nota —dice Judy, y se levanta. Recorre la corta distancia entre la mecedora y la mesa como alguien sumido aún en un sueño. La nota es un pedazo de papel doblado. Escrito en la mitad que se ve está Dulce Judy ojos azules. En la universidad, justo antes de conocer a Fred, había tenido un novio que solía llamarla así. Le había pedido que no lo hiciera —le parecía irritante y ñoño— y como él olvidaba siempre su petición (a propósito, sospechaba Judy), le había dado calabazas. Ahora ahí lo tiene de nuevo, ese estúpido apodo, burlándose de ella.

Judy abre el grifo del fregadero sin apartar los ojos de la nota, se llena el hueco de la mano de agua fría, y bebe. Unas cuantas gotas caen sobre Dulce Judy ojos azules y el nombre se emborrona al instante. ¿Lo han escrito con pluma estilográfica? ¡Qué anticuado! ¿Quién escribe hoy en día con pluma estilográfica?

Judy tiende una mano hacia la nota, y la retira. El sonido procedente del interior de la cesta es más audible ahora. Es un zumbido. Es…

—Son moscas —declara. El agua le ha refrescado la garganta y ya no tiene la voz tan cascada, pero para sí misma aún suena como el cuervo Gorg—. Conoces el sonido de las moscas.

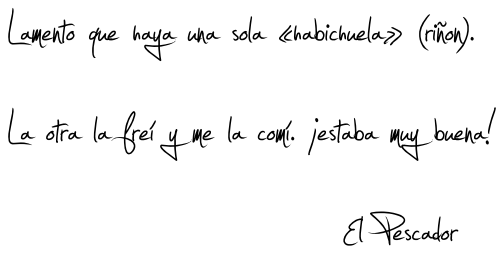
Cogela nota.

No quiero hacerlo.

Ya, pero ¡TIENES que hacerlo! ¡Cógela ya! ¿Qué les ha pasado a tus AGALLAS, cobardica?

Buena pregunta. *Jodidamente* buena. La lengua de Judy emerge para lamerle

el labio superior y la hendidura bajo la nariz. Luego coge la nota y la desdobla.



Las terminaciones nerviosas de Judy Marshall en dedos, palmas, muñecas y antebrazos se bloquean de pronto. El color se desvanece de su rostro de manera tan completa que se hacen visibles las venillas azules de sus mejillas. Seguramente es un milagro que no se haya desmayado. La nota se le escapa de los dedos y cae oscilando al suelo. Gritando una y otra vez el nombre de su hijo, Judy abre la tapa de la nasa de pescador.

En su interior hay brillantes y rojas vueltas de intestino, plagadas de moscas. Hay unos pulmones como sacos arrugados y la bomba del tamaño de un puño que hasta hace poco era el corazón de un niño. Hay también la densa masa púrpura de un hígado… y un riñón. Semejante maraña de entrañas está plagada de moscas y todo el mundo es gorg, es gorg, es gorg.

En la soleada quietud de su cocina, Judy Marshall prorrumpe en alaridos; se trata del sonido de la locura que finalmente ha destrozado su endeble jaula, de la locura en libertad.

Butch Yerxa pretendía volver a entrar después de un solo cigarrillo, pues siempre hay un montón de cosas que hacer para la Fiesta de la Fresa (aunque Butch tiene buen corazón y no detesta esa celebración un tanto artificial de la forma en que lo hace Pete Wexler). Entonces Petra English, una camillera del ala Asfódelo, se ha acercado a él y han empezado a hablar de motocicletas, y antes de que se den cuenta han pasado veinte minutos.

Le dice a Petra que tiene que irse, ella le recuerda que siempre trate de verle el lado bueno a su trabajo, y Butch vuelve a trasponer la puerta para encontrarse con una desagradable sorpresa. Ahí está Charles Burnside, en pelotas, de pie

junto al escritorio con la mano sobre la roca que Butch utiliza de pisapapeles. (La hizo su hijo en el campamento del año pasado, o por lo menos pintó las palabras que hay en ella, y a Butch le parece una monada.) Butch no tiene nada en contra de los residentes —desde luego, le daría una paliza a Pete Wexler si se enterara de lo de los cigarrillos, ni hablar de limitarse a denunciarle—, pero no le gusta que toquen sus cosas. En especial ese tipo, que es bastante desagradable cuando le funcionan unas cuantas neuronas. Lo cual sucede en este momento. Butch se lo ve en los ojos. El Charles Burnside real ha salido a tomar el aire, quizá en honor de la Fiesta de la Fresa.

Y hablando de fresas, Burny por lo visto ya las ha probado. Tiene manchas rojas en los labios y entre los profundos pliegues de las comisuras de la boca.

Aunque Butch apenas si se fija en eso. Burny tiene otras manchas. Marrones.

—¿Quiere hacer el favor de quitar la mano de ahí, Charles?

—¿De dónde? —pregunta Burny, y luego añade—: Limpiaculos.

Butch no quiere decir «de mi piedra mascota», pues sonaría muy tonto.

—De mi pisapapeles.

Burny baja la mirada hacia la piedra, que acaba de devolver (había un poco de sangre y pelo en ella cuando ha emergido del retrete, pero para qué están los lavabos de los servicios si no es para limpiar cosas en ellos). Aparta la mano y permanece ahí, inmóvil.

—Límpiame, idiota. Me he cagado encima.

—Ya lo veo. Pero primero dígame si ha embadurnado de mierda toda la cocina. Y sé que ha estado ahí abajo, así que no me mienta.

—Antes me he lavado las manos —contesta Burny, y las enseña. Las tiene muy nudosas, pero en efecto rosadas y limpias. Hasta las uñas están limpias. Desde luego se las ha lavado. Entonces añade—: Pajillero.

—Venga, baje a los servicios conmigo —le dice Butch—. El pajillero limpiaculos le adecentará un poco.

Burny suelta un bufido, pero accede de bastante buena gana.

—¿Está preparado para el baile de esta tarde? —le pregunta Butch, solo por decir algo—. ¿Se ha lustrado bien los zapatos de baile, grandullón?

Burny, que a veces logra sorprenderle a uno cuando está en sus cabales, sonríe mostrando unos pocos dientes amarillos. Como los labios, los tiene manchados de rojo—. Ajá, estoy listo para el bailoteo —responde.

Aunque la expresión de su cara no lo demuestra, Ebbie escucha con creciente inquietud el relato de T. J. sobre la bicicleta y la zapatilla abandonadas de Tyler Marshall. La cara de Ronnie, por otro lado, muestra *gran* inquietud.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer, Ebbie? —pregunta T. J. cuando ha acabado. Por fin ha recobrado el aliento después de la rápida pedaleada colina arriba.

—¿Qué quieres decir con eso de que qué vamos hacer? —dice Ebbie—. Las mismas cosas que íbamos a hacer de todas formas: ir calle abajo, ver si encontramos algunos envases retornables. Ir al parque e intercambiar cartas de Magic.

—Pero…, pero ¿y si…?

—Cierra el pico —ordena Ebbie. Sabe qué dos palabras ha estado a punto de decir T. J., y no quiere oírlas. Su padre dice que da mala suerte arrojar un sombrero sobre la cama, y Ebbie nunca lo hace. Si eso da mala suerte, mencionar el nombre de un asesino monstruoso tiene que dar el doble.

Pero el tontaina de Ronnie Metzger va y lo pronuncia de todas formas… o algo parecido.

—Pero Ebbie… ¿y si ha sido el Descapor? ¿Y si a Ty le ha pillado el…?

—¡Que te calles, joder! —exclama Ebbie, y echa hacia atrás el puño como para golpear a aquel maldito boca pastosa.

En ese momento, el empleado cabeza de trapo sale del 7-Eleven como un gato hidráulico con turbante que lo hiciera de su caja.

—¡No quiero oír hablar de esa forma aquí! —exclama—. ¡Marchaos a otra parte a seguir con vuestra sucia cháchara, o llamo a la policía!

Ebbie empieza a pedalear lentamente en una dirección que le alejará de la calle de los Mancas (entre dientes murmura «negro del desierto», otro apelativo encantador que ha aprendido de su padre), y los otros dos niños le siguen. Cuando han puesto una manzana entre ellos y el 7-Eleven, Ebbie se detiene y se encara con los otros dos, con la panza tan prominente como el mentón.

—Se ha ido en su bici hace media hora —dice.

—¿Eh? —pregunta T. J.

—¿Que quién ha hecho qué? —quiere saber Ronnie.

—Ty Marshall. Si alguien pregunta, se ha largado en su bici hace media hora. Cuando estábamos…, esto… —Ebbie hace memoria, algo que le resulta

difícil porque tiene muy poca práctica. En circunstancias corrientes, el presente es todo lo que Ebbie Wexler necesita.

—¿Cuando mirábamos el escaparate de Allsorts? —sugiere T. J. con timidez, mientras confía en no estar ganándose una de las feroces quemaduras indias de Ebbie.

Ebbie le contempla inexpresivo por unos instantes, y al cabo sonríe. T. J. se relaja. Ronnie Metzger no hace sino continuar pareciendo perplejo. Con un bate de béisbol en las manos o un par de patines de hockey en los pies, Ronnie es príncipe de cuanto contempla. El resto del tiempo se siente bastante confundido.

—Exacto —dice Ebbie—. Ajá. Estábamos mirando el escaparate de la tienda de Schmitt, entonces ha pasado esa camioneta, esa en la que sonaba esa porquería de música punki, y luego Ty ha dicho que tenía que irse.

—¿Adonde tenía que ir? —pregunta T. J.

Eddie no es una lumbrera, pero sí posee lo que podría denominarse «astucia mezquina». Sabe instintivamente que la mejor historia es una historia *corta;* cuanto menos haya, menor será la posibilidad de que alguien te pille en alguna incongruencia.

—No nos lo ha dicho. Solo ha dicho que tenía que irse.

—No se ha ido a ninguna parte —interviene Ronnie—. Solo se ha quedado atrás porque es un… —Se detiene para reordenar la palabra y en esta ocasión le sale correctamente— … un tortuga.

—Y eso qué importa —dice Ebbie—. ¿Y si el… y si *ese tío* le ha cogido, pedazo de imbécil? ¿Queréis que la gente diga que fue porque no podía seguir el ritmo? ¿Que le mataron o algo así porque le dejamos atrás? ¿Queréis que la gente diga que fue culpa nuestra?

—Vaya —dice Ronnie—. No creerás que el Descapor… el Pescador… ha cogido a Ty, ¿verdad?

—No lo sé y no me preocupa —responde Ebbie—, pero no me importa que se haya largado. Empezaba a cabrearme.

—Oh. —Ronnie se las apaña para parecer tanto ausente como satisfecho.

«Vaya imbécil está hecho —se maravilla Ebbie—. Vaya absoluto y completo imbécil.» Y si no se lo creen, piensen tan solo en cómo Ronnie, que es más fuerte que un toro, permite que Ebbie le haga una quemadura india tras otra. Es probable que llegue un día en que Ronnie se percate de que ya no tiene que

tolerarlo más, y ese día muy bien podrá aporrear a Ebbie hasta clavarlo en la tierra como si fuese una piqueta de tienda de campaña, pero a Ebbie no le preocupan esas cosas: es aún peor proyectando sus pensamientos hacia el futuro que rememorando cosas. —Ronnie —dice Ebbie.

—¿Qué?

—¿Dónde estábamos cuando Tyler se ha marchado? —Pues ¿en Schmitt's Allsorts? —Correcto. Y ¿adonde ha ido? —No lo ha dicho.

Ebbie comprueba que para Ronnie lo dicho se está convirtiendo en la verdad y queda satisfecho. Se vuelve hacia T. J. —¿Te has enterado? —Me he enterado. —Entonces vámonos.

Se alejan pedaleando. El imbécil adelanta ligeramente a Ebbie y T. J. mientras recorren la calle de tres carriles, y Ebbie se lo permite. Acerca su bici un poco más a la de T. J. y dice: —¿Has visto algo más ahí? ¿A alguien? ¿A algún tío? T. J. niega con la cabeza.

—Solo su bici y la zapatilla. —Hace una pausa, esforzándose al máximo en recordar—. Había algunas hojas desparramadas por ahí. Del seto. Y me parece que una pluma, me parece que de cuervo, ¿sabes?

Ebbie no lo tiene en cuenta. Está lidiando con la cuestión de si esa mañana el Pescador ha estado lo bastante cerca de él para atrapar a uno de sus amigos. Dentro de sí hay una parte, sedienta de sangre, a la que le gusta la idea, a la que le hace gracia pensar en un monstruo misterioso y sin rostro que haya matado al cada vez más pesado Ty Marshall y se lo haya comido para almorzar. También hay una parte de él, infantil, a la que le aterroriza el coco (será la parte que está al mando esta noche cuando permanezca tumbado y despierto en su habitación contemplando las sombras que parecen tomar forma y cernerse cada vez más en torno a la cama). Y luego está esa parte, adulta para su edad, que ha tomado instintivas e inmediatas precauciones para evitar la atención de las autoridades, en caso de que la desaparición de Tyler se convierta en lo que el padre de Ebbie llama «un jaleo de cojones».

Sin embargo, como sucede con Dale Gilbertson y el padre de Ty, Fred, hay sobre todo un continente de incredulidad fundamental en el interior de Ebbie Wexler. Sencillamente no puede creer que a Tyler le haya ocurrido nada *definitivo.* Ni siquiera después de lo de Amy Saint Pierre y Johnny Irkenham, que fue cortado en pedazos para colgarlos en un viejo gallinero. Son niños de

quienes Ebbie ha sabido gracias a las noticias de la tarde, ficciones de la Tierra de la Televisión. No conocía a Amy ni a Johnny, de forma que podían haber muerto, igual que en el cine y en la tele siempre se estaba muriendo gente de fantasía. Con Ty es diferente. Ty estaba ahí mismo. Le hablaba a Ebbie, Ebbie le hablaba a él. En opinión de Ebbie, eso es sinónimo de inmortalidad. O *debería serlo.* Si el Pescador podía atrapar a Ty, sencillamente podía atrapar a cualquier niño. Incluido él. De ahí que, como Dale y Fred, sencillamente no se lo crea. Su centro más secreto y fundamental, la parte de él que asegura al resto de su persona que todo marcha bien en el Planeta Eddie, niega al Pescador y todas sus obras.

T. J. dice:

—Ebbie, ¿tú crees que…?

—No, qué va —responde Ebbie—. Aparecerá. Venga, vámonos al parque. Ya buscaremos latas y botellas más tarde.

Fred Marshall ha dejado la americana en su despacho, se ha arremangado y está ayudando a Rod Tisbury a desembalar un motocultor Hiler nuevo. Es el primero de la nueva línea de Hiler, y es una preciosidad.

—Llevo esperando un chisme como este veinte años o más —comenta Rod. Inserta con pericia el extremo de la palanca en la parte superior de la gran caja de embalaje, y uno de los costados de madera cae al suelo de cemento del garaje de mantenimiento con un fuerte chasquido. Rod es el mecánico jefe de Goltz, y en lo que a mantenimiento se refiere es el rey.

—Le funcionará al pequeño granjero; le funcionará asimismo al jardinero de ciudad. Si para el otoño no has podido vender una docena de trastos como este, es que no estás haciendo tu trabajo.

—Habré vendido veinte para finales de agosto —dice Fred, muy seguro de sí. Todas sus preocupaciones se han visto temporalmente desplazadas por esa espléndida máquina verde, capaz de hacer montañas de cosas además de roturar; lleva una serie de accesorios de lo más sexy que se colocan y se quitan con tanta facilidad como el forro de una chaqueta de invierno. Fred quiere encenderla, oírla funcionar. El motor de dos cilindros tiene pinta de hacerlo con gran suavidad.

—¿Fred?

Se vuelve, impaciente. Es Ina Gaitskill, secretaria de Ted Goltz y recepcionista del concesionario.

—¿Qué?

—Tienes una llamada por la línea uno. —Señala hacia el otro lado del garaje (que rebulle con el sonido metálico de las máquinas y el ruidoso runruneo de los destornilladores neumáticos que aflojan tornillos en un viejo tractor Case), hacia el teléfono de la pared, en el que parpadean varias luces.

—¿Puedes coger el mensaje, Ina? Iba a ayudar a Rod a instalarle una batería a esta pequeña bestia y…

—Creo que deberías contestar. Es una mujer llamada Enid Purvis. Dice ser vecina tuya.

Por un instante Fred se queda en blanco, y entonces su mente de vendedor, que almacena nombres de forma compulsiva, acude en su rescate. Enid Purvis. Esposa de Deke. Esquina de Robín Hood y Lady Marian. Precisamente esta mañana ha visto a Deke. Se han saludado con la mano.

Al mismo tiempo, se percata de que Ina abre demasiado los ojos y de que su boca normalmente generosa se ve muy pequeña. Parece preocupada.

—¿De qué se trata? —pregunta Fred—. Ina, ¿de qué se trata?

—No lo sé —responde ella, y añade, a desgana—: Es algo sobre tu mujer.

—Será mejor que te pongas, jefe —dice Rod, pero Fred ya está cruzando el suelo de cemento manchado de aceite hacia el teléfono.

Llega a casa diez minutos después de salir de Goltz, dejándose los neumáticos en el asfalto del aparcamiento de empleados, igual que un adolescente. Lo peor ha sido la forma tranquila y cautelosa con que Enid Purvis se lo ha contado, el gran esfuerzo que ha hecho por no sonar asustada.

Le ha dicho a Fred que estaba paseando a *Potsie* delante de la casa de los Marshall cuando ha oído gritar a Judy. No una vez, sino dos. Por supuesto, Enid ha hecho lo que habría hecho cualquier buen vecino, que Dios la bendiga: se ha acercado a la puerta, ha llamado con los nudillos y luego ha abierto la ranura del correo para llamar a Judy. Si no hubiese recibido respuesta, le ha dicho a Fred, probablemente habría llamado a la policía. Ni siquiera habría regresado a casa

para hacerlo; habría cruzado la calle hasta la casa de los Plotsky y llamado desde allí. Pero…

—Estoy bien —le ha contestado Judy, y luego se ha reído. Ha sido una risa estridente que ha acabado en un jadeo ahogado. A Enid le ha parecido todavía más inquietante que los gritos—. Todo ha sido un sueño. Incluso Ty era un sueño.

—¿Te has cortado con algo, querida? —ha preguntado Enid a través de la ranura—. ¿Te has caído?

—No había ninguna nasa —ha dicho Judy. Podría haber dicho *gasa,* pero Enid está bastante segura de que ha sido *nasa*—.Eso también lo he soñado.

Entonces, según Enid le ha dicho a Fred muy a su pesar, Judy se ha echado a llorar. Ha sido muy triste, eso de oírla llorar a través de la ranura del correo. Hasta ha hecho gemir al perro.

Enid la ha llamado una vez más, para preguntarle si podía entrar a asegurarse de que estuviese bien.

—¡Márchese! —le ha contestado Judy. En pleno llanto ha vuelto a reír, y en esta ocasión ha sido una risa airada, trastornada—. Usted también es un sueño. El mundo entero es un sueño.

A continuación Enid ha oído el sonido del cristal al hacerse añicos, como si hubiese arrojado una taza o un vaso al suelo. O contra la pared.

—No he llamado a la policía porque me ha parecido que se encontraba bien —le ha dicho Enid a Fred (que seguía de pie con el auricular en una oreja y tapándose la otra con una mano para suprimir el clamor de los sonidos mecánicos, que normalmente le gustan y que en ese momento parecían perforarle la cabeza como púas de cromo)—. Bueno, *físicamente* bien. Pero Fred… creo que deberías ir a casa a comprobar cómo está.

Todas las extrañezas recientes de Judy le han pasado a Fred por la cabeza como un torbellino. También lo han hecho las palabras de Pat Skarda. *Disfunción mental… Oímos decir a la, gente: «Fulano ha perdido la chaveta», pero suele haber signos indicativos. ..*

Y Fred ha *visto* esos signos, ¿no es así?

Los ha visto y no ha hecho nada.

Fred aparca el coche, un cómodo y práctico Ford Explorer, en el sendero de entrada y sube corriendo los peldaños, gritando el nombre de su esposa. Nadie responde. Entra en la casa tras abrir la puerta principal (la empuja tan fuerte que la ranura de cobre del correo emite un absurdo y pequeño chasquido) y ni siquiera entonces obtiene respuesta. El interior refrigerado le provoca una sensación de frío en la piel, y se percata de que está sudando.

—¿Judy? ¿Jude?

Sigue sin obtener respuesta. Se precipita pasillo abajo hacia la cocina, donde es más probable que la encuentre si se le ocurre ir a buscar algo a casa en pleno día.

La cocina está desierta e inundada de sol. La mesa y la encimera están limpias; los electrodomésticos relucen: en el escurreplatos se han colocado dos tazas de café cuya superficie recién lavada parpadea bajo el sol. El sol produce otro parpadeo al incidir en un montón de cristal roto en un rincón. Fred ve la calcomanía de una flor en uno de los pedazos y se percata de que era el jarrón que había sobre el alféizar de la ventana.

—¿Judy? —llama de nuevo. Siente el martillear de la sangre en la garganta y en las sienes.

Judy no responde, pero Fred la oye echarse a cantar en el piso de arriba.

—Duérmete niño, duérmete ya.…

Fred reconoce la canción, y en lugar de sentirse aliviado ante el sonido de su voz, aún se le pone más carne de gallina. Judy solía entonársela a Tyler cuando este era pequeño. La llamaba la canción de cuna de Ty. Hace años que Fred no la oía salir de los labios de Judy.

Regresa por el pasillo hasta las escaleras, y de pronto ve algo en lo que no había reparado un momento antes. Han descolgado la reproducción de Andrew Wyeth, *El mundo de Christina, y* han apoyado el cuadro contra el radiador. El papel pintado aparece arañado en varios sitios, revelando el yeso que hay detrás del marco. Fred siente más frío que nunca y sabe que ha sido Judy quien lo ha hecho. No se trata de intuición exactamente; tampoco de deducción. Llámenlo la telepatía de quienes llevan largo tiempo casados.

Flotando desde el piso de arriba, lo que le llega es bonito y afinado y a la vez perfectamente vacío:

—… que sopla el viento y la, cuna mecerá… si la rama se rompe, la cuna,

caerá…

Fred sube los peldaños de dos en dos, gritando el nombre de Judy.

El pasillo del piso de arriba está hecho un desastre. Ahí es donde han colgado una verdadera galería de su pasado en común: Fred y Judy ante Madison Shoes, un club de blues al que a veces acudían cuando no había nada interesante en el Chocolate Waistband; Fred y Judy bailando el primer vals en su banquete de boda mientras sus familiares y amigos los contemplaban felices; Judy en una cama de hospital, exhausta pero sonriente, sosteniendo en brazos el pequeño fardo que era Ty; la foto de la granja de la familia Marshall que Judy siempre había mirado con desdén; y más.

La mayoría de esas fotografías enmarcadas han sido descolgadas. Algunas, como la de la granja, han sido *arrojadas* al suelo. El pasillo está alfombrado de cristal reluciente y pulverizado. Y Judy se ha ensañado con el papel pintado de detrás de media docena de fotos. En el sitio en que colgaba la imagen de Judy y Ty en el hospital, el papel está desgarrado casi por completo, y Fred ve los lugares en que Judy ha llegado al tabique de debajo. Algunos de los rasguños están veteados de sangre que empieza a secarse.

—¡Judy! ¡*Judy!*

La puerta de la habitación de Tyler está abierta. Fred cruza a la carrera el pasillo haciendo crujir el cristal bajo sus mocasines.

—*… y con la cuna al suelo, Tyler caerá…*

—¡Judy! ¡Ju…!

Fred se queda de pie en el umbral, momentáneamente sin habla.

La habitación de Ty parece el resultado de un violento registro en una película de detectives. Han quitado los cajones de la cómoda para tirarlos por todas partes, la mayor parte volcados. La cómoda en sí ha sido arrancada de la pared. Hay ropa de verano desparramada aquí y allá: vaqueros y camisetas, ropa interior y calcetines blancos de deporte. La puerta del armario está abierta y más prendas han sido arrancadas de sus perchas; la misma telepatía conyugal le dice a Fred que Judy ha desgarrado los pantalones y camisas de Ty para asegurarse de que no hubiese nada detrás de ellos. La chaqueta del único traje de Tyler cuelga torcida del pomo de la puerta. Los pósters han sido arrancados de las paredes; Mark McGwire está roto por la mitad. En todos los casos menos en uno Judy ha dejado en paz el papel pintado debajo de los pósters, pero la excepción es

verdaderamente sensacional. En el rectángulo en que pendía el póster del castillo (REGRESE A LA TIERRA DE AULD), el papel pintado ha sido arrancado casi por completo. Hay más vetas de sangre en el tabique.

Judy Marshall está sentada en el colchón desnudo de la cama de su hijo. Las sábanas forman un montón en un rincón, junto con la almohada. La cama en sí está apartada de la pared. Judy permanece con la cabeza gacha. Fred no le ve la cara, porque el cabello se la tapa, pero lleva puestos unos shorts y le ve motas y vetas de sangre en los muslos bronceados. Las manos las tiene sujetas bajo las rodillas, fuera de la vista, y Fred se alegra de ello. No quiere comprobar cuánto daño se ha infligido hasta que tenga que hacerlo. Siente el corazón desbocado en el pecho, el sistema nervioso al borde del límite por una sobrecarga de adrenalina y en la boca un sabor como a mecha quemada.

Judy empieza a entonar de nuevo el estribillo de la canción de cuna de Ty y Fred no puede soportarlo.

—Judy, no —le pide, dirigiéndose hacia ella a través del desparramado campo de minas que era, la mismísima noche anterior cuando entró a darle a Ty un beso de buenas noches, la habitación razonablemente ordenada de un niño pequeño—. Déjalo, cariño, todo va bien.

Por asombroso que parezca, Judy deja de cantar. Levanta la cabeza, y cuando Fred ve la expresión de terror en sus ojos, exhala el poco aliento que le quedaba. Es más que terror. Es *vacío*, como si algo dentro de ella se hubiese hecho a un lado para exponer un agujero negro.

—Ty se ha ido —dice simplemente Judy—. He mirado detrás de todas las fotos que he podido… Estaba segura de que le encontraría detrás de esa, de que si estaba en alguna parte sería detrás de esa…

Señala hacia el lugar en que pendía el póster de viaje de Irlanda, y Fred advierte que tiene cuatro uñas de la mano izquierda arrancadas en parte o por completo. El estómago le da un vuelco. Parece que Judy haya hundido los dedos en tinta roja. *Ojalá fuera tinta*, se dice Fred. *Ojalá.*

—… pero, por supuesto, solo es una imagen. Todas no son más que imágenes. Ahora me doy cuenta. —Hace una pausa, y luego exclama—: ¡Abbalah! ¡Munshun! ¡Abbalah-gorg! ¡Abba-lah-doon! —Saca la lengua (lo hace hasta una longitud imposible, como de dibujos animados) y se lame la nariz dejando un rastro de saliva. Fred lo ve pero no puede creerlo. Es como entrar a

ver una película de terror cuando va por la mitad, descubrir que es real y no saber qué hacer. ¿Qué se supone que ha de hacer? Cuando uno descubre que la mujer que ama se ha vuelto loca (que ha roto con la realidad como mínimo) ¿qué se supone que debe *hacer*? ¿Cómo demonios se enfrenta uno a eso?

Sin embargo, Fred la quiere, la ha querido desde la primera semana en que la conoció, rendida y completamente y sin el menor remordimiento jamás, y ahora el amor le guía. Se sienta junto a ella en la cama, la rodea con el brazo y sencillamente permanece así. La siente temblar desde lo más hondo. Su cuerpo vibra como un alambre.

—Te quiero —le dice, sorprendido ante su propia voz. Es asombroso que de semejante caldero enloquecido de confusión y temor pueda emanar una calma aparente—. Te quiero y todo va a salir bien.

Judy levanta la mirada hacia él y en sus ojos vuelve a haber algo. Fred no puede llamarlo cordura (no importa cuánto le gustaría hacerlo), pero al menos es alguna especie de mínima conciencia. Judy sabe dónde está y quién se encuentra con ella. Por un instante Fred ve gratitud en sus ojos. Luego su rostro se contrae en una renovada agonía de dolor y se echa a llorar. Es un sonido exhausto, perdido, que a Fred le desgarra. Le desgarra nervios, corazón y mente.

—Ty se ha ido —dice Judy—. Gorg le ha fascinado y el abbalah se lo ha llevado. ¡Abbalah-doon! —Las lágrimas le surcan las mejillas. Cuando se lleva las manos a la cara para enjugárselas, los dedos dejan atroces rastros de sangre.

Incluso aunque está seguro de que Tyler está bien (desde luego *Fred* no ha tenido hoy premonición alguna, a menos que tengamos en cuenta su optimista predicción acerca de la venta del nuevo motocultor Hiler), se siente recorrido por un escalofrío ante la visión de esos rastros, y no es la condición de Judy la que lo causa, sino lo que acaba de decir: *Ty se ha ido.* Ty está con sus amigos; anoche le dijo a Fred que él, Ronnie, T. J. y el no muy agradable chico de los Wexler pretendían pasar el día «holgazaneando por ahí». Si los otros tres niños fueran a algún sitio al que Ty no quisiera ir, ha prometido volver directamente a casa. Todas las bases parecen cubiertas, y sin embargo… ¿no existe acaso eso de la intuición maternal? *Bueno,* se dice, *quizá en el canal de la Fox.*

Coge a Judy en brazos y vuelve a asombrarse, en esta ocasión por lo ligera que es. *Debe de haber perdido unos diez kilos desde la última vez que la cogí así,* piensa. *Por lo menos cinco. ¿Cómo puedo no haberme dado cuenta?* Pero lo

sabe. Las preocupaciones por el trabajo formaban parte de ello; el resto lo constituía su obstinada negativa a abandonar la idea de que las cosas iban básicamente bien. *Bueno,* se dice mientras sale por la puerta cargando con ella (Judy ha levantado cansinamente los brazos para echárselos al cuello), *pues no cometeré más ese pequeño error.* Y en efecto lo cree, pese a su continua y ciega confianza en la seguridad de su hijo.

El dormitorio se ha salvado de la devastación, y a Fred se le antoja un fresco oasis de cordura. Judy en apariencia siente lo mismo. Exhala un suspiro cansino y deja caer los brazos. La lengua asoma, pero en esta ocasión solo lame muy levemente el labio superior. Fred se agacha pera dejarla sobre la cama. Judy levanta las manos y se las mira.

—Me he cortado… me he rascado…

—Sí —dice Fred—. Voy a buscar algo para eso.

—¿Cómo…?

Fred se sienta un momento junto a ella. La cabeza se le ha hundido en el suave y doble grosor de las almohadas, y se le están cerrando los párpados. A Fred le parece advertir, detrás de la expresión de asombro de sus ojos, aquel vacío terrorífico. Espera equivocarse.

—¿No lo recuerdas? —le pregunta con suavidad.

—No… ¿me he caído?

Fred prefiere no responder. Ella vuelve a pensar. No mucho, aún no es capaz de hacerlo, pero sí un poco.

—Cariño, ¿qué es un gorg? ¿Qué es un abbalah? ¿Se trata de una persona?

—No… no lo sé… Ty…

—Ty está bien —dice Fred.

—No…

—*Sí* —insiste él. Quizá esa insistencia va dirigida a las dos personas que hay en la habitación, bonita y decorada con buen gusto—. Tesoro, quédate ahí tumbada. Quiero ir a buscar un par de cosas.

A Judy se le están cerrando los ojos. Fred cree que va dormirse, pero ella consigue levantar de nuevo los párpados a media asta.

—Quédate ahí tendida —añade él—. Nada de levantarse y dar vueltas por ahí. Ya está bien de eso. Le has pegado tal susto a la pobre Enid Purvis que le has quitado un año de vida. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo… —Los párpados se le cierran otra vez.

Fred se dirige al baño contiguo, con el oído alerta por si hay algún movimiento tras él. No cree haber visto en toda la vida a alguien que parezca más completamente exhausto que Judy en ese momento, pero la gente loca es astuta, y pese a la prodigiosa capacidad de Fred para la negación en ciertas áreas, ya no puede engañarse sobre el actual estado mental de su esposa. ¿Loca? ¿Está realmente loca de atar? Probablemente no; pero desde luego que está algo perturbada. *Temporalmente* perturbada, se corrige mientras abre el botiquín.

Coge el bote de mercromina y luego examina los frascos de medicamentos del estante de arriba. No hay muchos. Selecciona el del extremo izquierdo. Sonata, de la farmacia de French Landing, una cápsula a la hora de acostarse, no utilizar más de cuatro noches seguidas, prescrito por el doctor Patrick J. Skarda.

Fred no ve la cama entera en el espejo de la puerta del botiquín, pero sí un extremo… y uno de los pies de Judy, además. Continúa en la cama. Estupendo. Saca del frasco una de las Sonatas, luego quita los cepillos de dientes del vaso, pues no tiene intención de bajar las escaleras para ir en busca de un vaso limpio; no quiere dejarla sola tanto rato.

Llena el vaso y regresa al dormitorio con el agua, la pastilla y el frasco de mercromma. Judy tiene los ojos cerrados. Respira con tanta lentitud que Fred ha de posarle una mano en el pecho para asegurarse de que lo hace.

Contempla el somnífero, debate consigo mismo y luego agita un poco a su mujer.

—¡Judy! ¡Jude! Despierta un poco, cariño, solo para tomarte esta pastilla, ¿de acuerdo?

Judy ni siquiera refunfuña, y Fred deja la Sonata a un lado. Después de todo no va a hacer falta. Se siente levemente optimista por la rapidez con que se ha dormido y lo profundo de su sueño. Es como si algún maléfico saco se hubiese abierto de golpe para liberar su veneno y dejarla débil y agotada pero en buen estado de nuevo. ¿Sería posible eso? Fred no lo sabe, pero está seguro de que Judy no finge dormir. Todas las preocupaciones presentes de Judy empezaron por el insomnio, y el insomnio ha sido una constante desde entonces. Aunque solo hace un par de meses que muestra síntomas angustiantes —como hablar consigo misma o hacer eso tan extraño y más bien desagradable con la lengua, por citar un par de cosas—, no ha dormido bien desde enero. De ahí las Sonata.

Ahora parece que por fin se ha desmoronado. Y ¿es mucho esperar que cuando despierte de ese sueño normal vuelva a ser la misma de antes, que la preocupación por la seguridad de su hijo durante el verano del Pescador la haya empujado a alguna especie de clímax? Tal vez, tal vez no… pero a Fred al menos le ha proporcionado tiempo para pensar en qué debe hacer a continuación, y más le vale utilizarlo bien. Hay una cosa que le parece indudable: si Ty está ahí cuando Judy despierte, va a tener una madre mucho más feliz. La cuestión inmediata es cómo localizar a Tyler lo antes posible.

Lo primero que se le ocurre es llamar a las casas de los amigos del chico. Sería fácil hacerlo; los números están en papelitos adhesivos en la nevera, escritos con la pulcra caligrafía inclinada hacia la izquierda de Judy, junto a los teléfonos de los bomberos, la policía (incluido el número privado de Dale Gilbertson; es un viejo amigo) y Primeros Auxilios de French Landing. Pero le lleva solo un instante comprender hasta qué punto es mala la idea. La madre de Ebbic murió y su padre es un tarado desagradable; Fred se encontró con él en cierta ocasión, y lo considera más que suficiente. No le gusta mucho que su esposa etiquete a ciertas personas como «de baja estofa» (*¿Quién te has creído que eres?*, le preguntó en cierta ocasión. *¿La reina del mambo?*), pero en el caso de Pete Wexler la descripción encaja. No tendrá ni idea de dónde andarán los chicos, ni le importará.

Es probable que la señora Metzger y Ellen Renniker sí lo sepan, pero como el propio Fred ha sido antaño un niño en plenas vacaciones de verano —el mundo entero a tus pies y al menos dos mil sitios a los que ir—, duda mucho de que lo sepan. Existe la posibilidad de que los niños estén comiendo (pues ya se acerca la hora) en casa de los Metzger o los Renniker, pero ¿vale la pena darles un susto de muerte a las dos mujeres por tan remota posibilidad? Porque en lo primero en que pensarán será en el asesino, tan seguro como que Dios creó pececillos… y pescadores para pescarlos.

Sentado una vez más en la cama junto a su mujer, Fred experimenta el primer cosquilleo real de aprensión acerca de su hijo y lo descarta con brusquedad. No es momento de que le entre a uno el canguelo. Tiene que recordar que los problemas mentales de su esposa y la seguridad de su hijo no están relacionados, excepto en la mente de Judy. Su tarea es la de presentar a Ty, firme y dando un paso al frente y lo que haga falta, y probar así que sus temores

carecen de fundamento.

Fred consulta el reloj que hay en la mesilla de noche de su lado de la cama y comprueba que son las once y cuarto. *Cómo vuela el tiempo cuando uno lo pasa bien,* se dice. Junto a él, Judy profiere un único ronquido entrecortado. Es un sonido leve, verdaderamente propio de una dama, pero aun así Fred da un respingo. ¡Vaya susto le pegó al verla en la habitación de Ty! Todavía le dura.

Quizá Ty y sus amigos vengan a comer. Judy dice que lo hacen con frecuencia, porque los Metzger no tienen gran cosa que ofrecer y la señora Renniker suele servirles lo que los chicos llaman «pegote», un plato misterioso consistente en fideos y alguna carne grisácea. Judy les prepara sopa Campbell's y emparedados de salchicha ahumada, las cosas que les gustan. Pero Ty lleva dinero suficiente para invitarles a todos al McDonald's del pequeño centro comercial que hay en la parte norte, o podrían ir al restaurante de Sonny Cruisin, una cafetería barata y bastante cutre con ambientación de los cincuenta. Y Ty no es de los que no invitan. Es un chico generoso.

—Esperaré hasta la hora de comer —murmura Fred, sin ser en absoluto consciente de que habla a la vez que piensa. Desde luego no molesta a Judy; se ha sumido en un sueño profundo—. Entonces…

Entonces, ¿qué? No lo sabe con exactitud.

Vuelve a la planta baja, conecta otra vez la cafetera y llama al trabajo. Le pide a Ina que le diga a Ted Goltz que va a cogerse el resto del día, que Judy está enferma. La gripe, le dice. Con vómitos y todo eso. Le da una lista de gente que esperaba ver ese día y le dice a Ina que hable con Otto Eximan para que se encargue él. A Otto eso le va a ir como anillo al dedo.

Mientras habla con Ina se le ocurre una idea, y cuando acaba telefonea de todas formas a los Metzger y a los Renniker. En casa de los primeros hay un contestador automático, y cuelga sin dejar mensaje. Ellen Renniker, sin embargo, contesta al segundo timbrazo. Con tono despreocupado y alegre —le sale con naturalidad, es un vendedor sensacional—, le pide que le diga a Ty que llame a casa si los chicos se presentan a comer. Fred le cuenta que tiene algo que explicarle a su hijo, y se las ingenia para que la mujer interprete que se trata de algo bueno. Ellen le contesta que así lo hará, pero que T. J. llevaba cuatro o cinco dólares quemándole en el bolsillo al salir de casa por la mañana, y no espera verle antes de la hora de cenar.

Fred vuelve al piso de arriba a echarle un vistazo a Judy. No ha movido ni un dedo, y supone que eso es bueno.

No. No hay nada bueno en todo eso.

En lugar de desvanecerse, ahora que la situación se ha estabilizado, al menos en parte, su miedo parece intensificarse. Repetirse que Ty está con sus amigos ya no le sirve de ayuda. La casa, soleada y silenciosa, le está poniendo nervioso. Se da cuenta de que ya no quiere a Ty dando un paso al frente simplemente por el bien de su esposa. ¿Adonde habrán ido los niños? ¿No hay algún sitio en el que…?

Por supuesto que lo hay. En el que pueden conseguir cartas Magic. Ese juego estúpido e incomprensible que tanto les gusta.

Fred Marshall se precipita de nuevo escaleras abajo, coge las páginas amarillas y telefonea al 7-Eleven. Como la mayoría de habitantes de French Landing, Fred va al 7-Eleven cuatro o cinco veces a la semana —una lata de refresco por aquí, un envase de zumo de naranja por allá— y reconoce la cadencia de la voz del dependiente hindú del turno de día. Su nombre le viene a la cabeza de inmediato: Rajan Patel. Se trata de ese viejo truco de los vendedores consistente en retener cuantos nombres le sea posible en un archivo mental activo. Desde luego, en este caso le ayuda. Cuando Fred llama al señor Patel, el empleado, este se muestra amable de inmediato y totalmente dispuesto a colaborar. Por desgracia, no puede ayudarle gran cosa. Han entrado montones de chicos. Compraban cartas Magic, también cromos de Pokémon o de béisbol. Algunos los han intercambiado en el exterior del establecimiento. Dice que sí se acuerda de tres niños que han llegado esa mañana en bicicletas, dice. Han comprado sorbetes además de cartas, y luego han discutido sobre algo ahí fuera. (Rajan Patel no menciona las palabrotas, aunque es básicamente por lo que recuerda a esos niños.) Al cabo de un rato, dice, han seguido su camino.

Fred está tomando café sin recordar siquiera cuándo se lo ha servido. Nuevas hebras de inquietud están tejiendo sedosas telarañas en su cabeza. Tres niños. *Tres.*

No significa nada, lo sabes, ¿verdad?, se dice. Sí, *lo sabe,* y al mismo tiempo *no lo sabe.* Ni siquiera consigue creer que se le hayan contagiado un poco las alucinaciones de Judy, como si de un microbio frío se tratara. Esto es… bueno… simplemente alucinar por alucinar.

Le pide a Patel que describa a los niños y no le sorprende demasiado que no pueda hacerlo. Le parece que uno de ellos estaba un poco gordito, pero ni siquiera podría asegurarlo.

—Lo siento, pero es que veo a tantos… —concluye. Fred le dice que lo comprende. Es cierto, además, solo que toda la comprensión del mundo no logrará tranquilizarle.

Tres niños. No eran cuatro sino tres.

Ha llegado la hora de comer, pero Fred no tiene ni pizca de hambre. El espeluznante y soleado silencio se mantiene. Las telarañas continúan tejiéndose.

No eran cuatro sino tres.

Si el grupo que ha visto el señor Patel era el de Ty, el niño gordo era desde luego Ebbie Wexler. La cuestión es, ¿quiénes eran los otros dos? Y ¿cuál de ellos faltaba? ¿Cuál de ellos ha sido lo bastante estúpido como para largarse por su cuenta?

Ty se ha ido. Gorg le fascinó y el abbalah se lo llevó.

No son más que locuras, sin duda… pero aun así a Fred se le pone carne de gallina en los brazos. Deja la taza de café con ademán decidido. Va a recoger los cristales rotos, eso es lo que va a hacer. Ese es el siguiente paso, sin duda.

El siguiente paso *real*, el siguiente paso *lógico* le pasa por la cabeza como un susurro mientras sube por las escaleras, y lo desecha de inmediato. No le cabe duda de que últimamente la policía estará desbordada de llamadas de padres histéricos que les han perdido la pista a sus hijos durante una hora o así. La última vez que vio a Dale Gilbertson el pobre tipo parecía deprimido y agobiado por las preocupaciones. Fred no quiere que le consideren parte del problema en lugar de parte de la solución. Aun así…

No eran cuatro sino tres.

Coge la pala y la escoba del armarito de la limpieza que hay junto al lavadero y empieza a barrer cristales. Cuando ha acabado le echa otro vistazo a Judy, comprueba que sigue dormida (por su aspecto, más profundamente que nunca), y se dirige a la habitación de Ty. Si su hijo la viese así, se enfadaría. Pensaría que su mamá ha perdido algo más que un tornillo.

No tienes que preocuparte por eso, no volverá a ver su habitación, ni esta noche ni nunca, le susurra su mente. *Gorg le fascinó y el abbalah se lo llevó.*

—Basta —se ordena Fred—. Basta de comportarte como una vieja.

Pero la casa está demasiado vacía, demasiado silenciosa, y Fred Marshall tiene miedo.

Poner en orden la habitación de Ty le lleva más tiempo del que habría esperado jamás; su esposa ha arremetido contra ella como un torbellino. ¿Cómo puede una mujer tan menuda tener tanta fuerza? ¿Será la fuerza que da la locura? Tal vez, pero Judy no *necesita* la fuerza de los locos. Cuando está decidida a hacer algo, es una máquina formidable.

Para cuando Fred ha acabado de limpiar han pasado casi dos horas y la única huella que queda es el rectángulo lleno de arañazos en que pendía el póster de Irlanda. Sentado en la cama nuevamente hecha de Ty, a Fred le parece que cuanto más mira hacia allí, menos soporta ver el tabique blanco que asoma como un hueso roto a través de la piel desgarrada. Ha limpiado los rastros de sangre, pero no puede hacer nada con los arañazos que Judy ha hecho con las uñas.

Sí que puedo, se dice. *También puedo.*

El armario de Ty es de caoba, herencia de la finca de algún pariente lejano de Judy. Moverlo no es tarea para un hombre solo y, dadas las circunstancias, a Fred le va de perlas que así sea. Desliza un resto de moqueta debajo para evitar rayar el suelo y desliza el mueble a través de la habitación. Una vez colocado contra la pared del otro extremo, cubre la mayor parte de la zona arañada. Con aquel pedazo pelado fuera de su vista, Fred se siente mejor. Más en sus cabales. Ty no ha venido a comer, pero en realidad no esperaba que lo hiciera. Estará en casa a las cuatro, como muy tarde. En casa para la cena. Dalo por seguro.

Fred regresa al dormitorio principal masajeándose los ríñones al caminar. Judy continúa sin moverse, y una vez más le posa una mano ansiosa en el pecho. Su respiración es lenta, pero regular como la que más. Eso sí que está bien. Se tiende junto a ella en la cama, va a aflojarse la corbata y se ríe cuando nota el cuello abierto de la camisa. Tanto la chaqueta como la corbata han quedado en Goltz. Bueno, ha sido un día de locos. Por el momento se está muy bien ahí tumbado en la habitación refrigerada, y el dolor de su espalda parece remitir un poco. Mover ese armario ha sido un auténtico esfuerzo, pero se alegra de haberlo hecho. Desde luego, no existe la posibilidad de que se quede dormido; está demasiado alterado. Además, echarse siestecitas en pleno día nunca ha sido lo

suyo.

Pensando en esas cosas, Fred se queda dormido.

Junto a él, en su propio sueño, Judy empieza a hablar en susurros. Gorg… abbalah… el Rey Colorado. Y un nombre de mujer.

El nombre es Sophie.

6

En la oficina del Departamento de Policía de French Landing, suena el teléfono de encima de la mesa. Bobby Dulac ha estado hurgándose la nariz. Ahora aplasta su último tesoro en la suela de un zapato y descuelga el auricular.

—Agente Dulac al habla, ¿en qué puedo ayudarle?

—Eh, Bobby. Soy Danny Tcheda.

Bobby siente una punzada de inquietud. Danny Tcheda —el apellido suena parecido a *Chita*— es uno de los catorce polis a jornada completa de la PMR de French Landing. En este momento está de servicio, y el procedimiento habitual establece que los polis de servicio conecten por radio; después de todo, eso es lo que significa la R en PMR. La única excepción a la regla tiene que ver con el Pescador. Dale ha ordenado que los oficiales que estén patrullando llamen a través de una línea telefónica si creen encontrarse en una situación que involucra al asesino. Hay demasiada gente ahí fuera pendiente de lo que pasa, lo que sin duda incluye, a Wendell *Capullo* Green.

—Danny, ¿qué pasa?

—Puede que nada, puede que algo nada bueno. Tengo una bici y una zapatilla deportiva en el maletero del coche. Los he encontrado en la calle Queen. Cerca del Centro Maxton.

Bobby se acerca un bloc de notas y empieza a garabatear. La leve inquietud se ha convertido en una sensación de decaimiento.

—No pasaba nada con la bicicleta —continúa Danny—; sencillamente estaba ahí apoyada, pero si combinas eso con la zapatilla deportiva…

—Sí, sí. Ya capto tu punto de vista, Danny. Sin embargo, no deberías andar

toqueteando lo que puede ser prueba de un crimen. —*Dios, por favor, no dejes que sea la prueba de un crimen,* está pensando Bobby Dulac. Dios, por favor, no dejes que sea otra prueba.

La madre de Irma Freneau acaba de visitar a Dale, y aunque no ha habido gritos ni chillidos ha vuelto a salir con lágrimas en las mejillas y aspecto cadavérico. Todavía no pueden estar seguros de que su niña se haya convertido en la tercera víctima del Pescador, pero…

—Bobby, *tenía* que hacerlo —está diciendo Danny—. Estoy patrullando solo, no quería comunicar esto por radio, tenía que encontrar un teléfono. Si hubiera dejado la bici allí, alguien podría haberla toqueteado. Diablos, podría haberla robado. Es una buena bici, una Schwinn de tres velocidades. Te diré algo: es mejor que la que tiene mi crío.

—¿Cuál es tu posición?

—El 7-Eleven que hay en lo alto de la cuesta de la Treinta y cinco. Lo que he hecho ha sido marcar la situación de la bici y de la zapatilla deportiva con unas cruces dibujadas con tiza en la acera. He cogido las dos cosas con guantes y he metido la zapatilla deportiva en una bolsa para pruebas. —Danny parece cada vez más ansioso. Bobby sabe cómo debe sentirse, y comprende las decisiones que Danny ha tenido que tomar. Patrullar solo es una putada, pero French Landing ya tiene tantos polis —a jornada completa y partida— como permite el presupuesto. Siempre y cuando, claro está, este asunto del Pescador no se les vaya de las manos; en ese caso, los padres de la ciudad descubrirán sin duda que el presupuesto tendrá que ser más elástico.

Puede que ya se nos haya ido de las manos, piensa Bobby.

—Muy bien, Danny. Muy bien. Entiendo tu punto de vista.

Que Dale lo entienda es otro asunto completamente distinto, se dice Bobby.

Danny baja la voz.

—Nadie tiene que saber que he roto la cadena de pruebas, ¿verdad? Me refiero a si el asunto sale alguna vez a la luz. En el juzgado, o algo así.

—Supongo que eso depende de Dale. —*Oh, Dios,* piensa Bobby. Se le acaba de ocurrir un nuevo problema. Todas las llamadas que entran en ese teléfono quedan automáticamente grabadas en una cinta. Bobby decide que la maquinaria de grabación está a punto de sufrir una avería, con carácter retroactivo más o menos hasta las dos de la tarde.

—¿Y quieres saber otra cosa? —le pregunta Danny—. ¿Quieres que te diga toda la verdad? No quería que la gente lo viera. Una bici abandonada ahí de esa manera… No tienes que ser el jodido Sherlock Holmes para llegar a cierta conclusión. Y la gente está al borde del pánico, en especial después de esa maldita historia que han publicado en el periódico de esta mañana, lo que me ha parecido una irresponsabilidad. No quería llamar desde Maxton por la misma razón.

—Voy a hacerte esperar un momento. Será mejor que hables con Dale.

Con tono infinitamente desdichado, Danny dice:

—Vaya.

En el despacho de Dale Gilbertson hay un tablón de anuncios en el que destacan las fotografías ampliadas de Amy Saint Pierre y Johnny Irkenham. Dale teme verse obligado a añadir pronto una tercera fotografía, la de Irma Freneau. Bajo las dos fotos actuales, Dale está sentado a su escritorio, fumando un Marlboro 100. Tiene el ventilador puesto. Con eso espera despejar un poco el humo. Sarah le mataría si supiera que vuelve a fumar, pero por Dios que necesita *algo.*

Su entrevista con Tansy Freneau ha sido corta y poco menos que un calvario. Tansy empina bastante el codo, es clienta habitual del Sand Bar, y durante su entrevista el olor a café con brandy era tan fuerte que parecía emanarle de los poros (otra excusa para el ventilador). Estaba medio borracha, y Dale se alegra de ello. Al menos eso la ha hecho permanecer tranquila. No ha conseguido arrancar ningún brillo de esos ojos muertos, el café con brandy no es nada bueno para eso, pero ha estado tranquila. Lo más terrible es que hasta le ha dicho «Gracias por ayudarme, señor» antes de marcharse.

El ex de Tansy, el padre de Irma, vive en el otro extremo del estado, en Green Bay (el padre de Dale solía decir que Green Bay es el pueblo del diablo, Dios sabrá por qué), donde trabaja en un garaje y, según Tansy, sustenta a varios bares con nombres como La Zona Muerta y Línea de las Cincuenta Yardas. Hasta hoy, ha habido razones para creer —al menos para desear— que Richard *Cubby* Freneau se llevó a su hija. Un correo electrónico desde el Departamento de Policía de Green Bay ha puesto fin a semejante teoría. Cubby Freneau está

viviendo con una mujer que tiene dos hijos propios, y el día que Irma desapareció él estaba en la cárcel, por abusar de las drogas y el alcohol. Todavía no ha aparecido el cuerpo, y Tansy no ha recibido una carta del Pescador, pero…

Se abre la puerta. Bobby Dulac asoma la cabeza. Dale apaga el cigarrillo aplastándolo contra el borde interior de la papelera, quemándose en el proceso el dorso de la mano con las chispas.

—Caramba, Bobby, ¿no sabes llamar a la puerta?

—Perdón, jefe. —Bobby observa sin muestras de sorpresa o interés el humo que sale de la papelera.

—Danny Tcheda está al teléfono. Creo que debería ponerse.

—¿De qué se trata? —Pero Dale lo sabe; de lo contrario ¿por qué iba a llamar por teléfono?

Bobby repite, no sin cierta compasión:

—Yo creo que debería ponerse.

El coche que ha enviado Rebecca Vilas deja a Henry en el Centro Maxton a las 3.30, noventa minutos antes de la hora prevista para que dé comienzo el baile de la Fiesta de la Fresa. El plan es que la gente mayor baile a fin de abrir el apetito, para luego pasar a la cafetería, adecuadamente decorada, a tomar una cena tardía (las siete y media es *bastante* tarde para Maxton). Con vino, para aquellos que lo beban.

Un resentido Pete Wexler ha sido reclutado por Rebecca Vilas para acarrear toda la basura del pinchadiscos (Pete considera a Henry el «pinchadiscos ciego»). La mencionada basura consiste en dos altavoces (muy grandes), una platina (ligera, pero muy incómoda de llevar), un preamplificador (muy pesado), diversos cables (todos enredados, pero eso es problema del pinchadiscos), y cuatro cajas de discos de vinilo que pasaron de moda hace unos cien años. Pete sospecha que el pinchadiscos ciego no ha oído hablar de los discos compactos en toda su vida.

El último objeto es una bolsa de traje colgada de una percha. Pete le ha echado un vistazo y ha decidido que el traje es blanco.

—Cuélguelo ahí, por favor —dice Henry, señalando con una precisión infalible hacia el armario de material que se le ha asignado como vestidor.

—Muy bien —dice Pete—. ¿Qué es exactamente, si no le importa que se lo pregunte?

Henry sonríe. Sabe muy bien que Pete ya le ha echado un vistazo. Ha oído el crujido de la bolsa de plástico y el leve tintineo de la cremallera, algo que solo ocurre a dúo cuando alguien estira de la bolsa a la altura del cuello.

—Dentro de esa bolsa, amigo mío, Stan *el Sinfónico*, el hombre de la Big Band, solamente espera a que me lo ponga y le devuelva a la vida.

—Oh, vaya —dice Pete, sin saber si ha obtenido o no la respuesta. De lo único que está seguro es que esos discos pesaban casi tanto como el preamplificador. Alguien debería informar un poco al pinchadiscos ciego sobre los discos compactos, el gran paso adelante.

—Tú me has hecho una pregunta; ¿puedo hacerte yo otra?

—No faltaba más —contesta Pete.

—Parece ser que esta tarde ha habido presencia policial en el Centro Maxton —dice el pinchadiscos ciego—. Ahora se han ido, pero estaban aquí cuando llegué. ¿De qué se trata? Espero que no haya habido un robo o un asalto entre los ancianos.

Pete se para en seco debajo de una fresa de cartón, sujetando la bolsa de viaje y mirando al pinchadiscos ciego con un asombro que Henry casi puede palpar.

—¿Cómo sabe que la pasma ha estado aquí?

Henry se lleva un dedo a un costado de la nariz y ladea la cabeza.

—He olido algo azul —responde con un susurro ronco y de complicidad.

Pete parece perplejo, se debate entre si seguir indagando o no, y decide no hacerlo. Retoma la marcha hacia el armario-vestidor y dice:

—Están llevando el asunto de forma cautelosa, pero yo creo que están buscando a otro niño perdido.

La expresión de curiosidad divertida se esfuma del semblante de Henry.

—Dios mío —dice.

—Han venido y se han ido muy rápido. Aquí no hay crios, señor… esto, ¿Leyden?

—Leyden —confirma Henry.

—Un crío en este lugar resaltaría como una rosa en una parcela de hiedra venenosa, si entiende lo que le quiero decir.

A Henry la gente mayor no le parece comparable a la hiedra venenosa, pero

de todas formas capta lo que quiere decir el señor Wexler.

—¿Qué les ha hecho suponer que…?

—Alguien ha encontrado no sé qué en la acera —lo interrumpe Pete. Señala hacia la ventana, y se da cuenta de que el hombre ciego no puede verle señalar. *Uf,* como diría Ebbie. Baja la mano—. Si han raptado a un crío, lo más probable es que se lo llevara alguien que pasaba en coche. Aquí no hay secuestradores, eso se lo puedo asegurar.

Pete se ríe ante la sola ocurrencia de un vejestorio de Maxton raptando a un crío suficientemente grande como para montar en bici. Probablemente el niño podría romper al viejo contra la rodilla como si fuera un palo seco.

—No —dice Henry con tono grave—. Parece poco probable, ¿verdad?

—Pero supongo que los polis deben pulsar todas las teclas. —Hace una pausa—. Se trata de un pequeño chiste mío.

Henry esboza una sonrisa de cortesía, pensando que para algunas personas el Alzheimer podría suponer, en realidad, una mejora.

—Cuando cuelgue mi traje, señor Wexler, ¿sería tan amable de sacudirlo un poco? Solo para hacer desaparecer cualquier arruga incipiente.

—Muy bien. ¿Quiere que se lo saque de la bolsa?

—Gracias, pero no será necesario.

Pete va al armario, cuelga la bolsa y le da una ligera sacudida. *Incipiente,* ¿qué diablos significa *eso*?

Hay una especie de biblioteca aquí en Maxton; puede que lo busque en el diccionario. Uno tiene que aumentar el vocabulario, como se dice en *Selecciones del Reader's Digest,* aunque Pete duda de que le sirva de mucho en su trabajo.

Cuando vuelve a entrar en la sala de reuniones, el pinchadiscos ciego —el señor Leyden, Stan el *Sinfónico.*… diablos, quienquiera que sea— ha empezado a desenmarañar los cables y a enchufarlos con una velocidad y una precisión que Pete encuentra un poco desconcertantes.

El pobre Fred Marshall está teniendo un sueno terrible. *Saber* que es un sueño debería hacerlo menos terrible, pero de alguna forma no es así. Está en un lago, en un bote de remos con Judy, que va sentada en la proa. Están pescando. O eso al menos es lo que *él* hace; Judy solo sujeta su caña. Tiene el rostro

totalmente inexpresivo. La piel parece de cera. Los ojos esgrimen una mirada helada y atónita. Fred intenta con creciente desesperación conectar de alguna manera con ella, y trata de iniciar una táctica de conversación tras otra. Ninguna funciona. Una metáfora bastante apropiada, considerando las circunstancias, sería decir que Judy escupe cualquier cebo. Fred observa que la mirada vacía de Judy está clavada en la nasa que se encuentra entre los dos en el fondo del bote. De la cesta de mimbre está saliendo sangre a grandes borbotones rojos.

No es nada, solo sangre de pescado, intenta asegurarle él, pero Judy no responde. De hecho, Fred tampoco está muy seguro. Piensa que debería echar un vistazo dentro de la cesta, solo para asegurarse, cuando su caña da una tremenda sacudida; de no ser por sus rápidos reflejos, lo habría perdido por la borda. ¡Ha pescado uno grande!

Fred enrolla el hilo de pescar, y el pez en el otro extremo del sedal forcejea con él por cada palmo. Después, cuando finalmente consigue traerlo cerca del bote, se da cuenta de que no tiene red. *Al diablo con ella,* piensa, *ve a por todas.* Tira de la caña rápidamente hacia atrás, arriesgándose a romper el sedal, y el pez, la mayor condenada trucha de río que uno esperaría ver, sale volando del agua y a través del aire describiendo un arco brillante entre aleteos. Aterriza en el fondo del bote (por cierto, lo hace al lado de la cesta sangrante) y empieza a retorcerse. También empieza a emitir unos sonidos ahogados horripilantes. Fred nunca ha oído a un pez hacer un ruido semejante. Se acerca y queda horrorizado al observar que la trucha tiene la cara de Tyler. Su hijo se ha convertido en un hombre-trucha, y en ese momento se está muriendo en el fondo del bote, ahogándose.

Fred lo agarra, deseando quitarle el anzuelo y devolverlo al agua mientras aún esté a tiempo, pero el terrible bicho medio asfixiado no para de escabullírsele de entre los dedos, dejando tras de sí tan solo una baba brillante de escamas. En cualquier caso, sería difícil quitarle el anzuelo. El pez-Ty lo ha engullido por completo; y de hecho, la punta cubierta de púas le sobresale de una de las agallas, justo por debajo del lugar donde se desvanece el rostro humano. Los sonidos de Ty al asfixiarse se vuelven mas audibles, más violentos, infinitamente más horribles…

Fred se sienta emitiendo un gemido, sintiéndose como si se ahogara él. Por un momento está completamente desorientado en cuanto al lugar y al tiempo —

perdido en la dislocación, podríamos decir— y luego se da cuenta de que está en su propio dormitorio, sentado en el borde de la cama que comparte con Judy.

Advierte que en este lugar la luz es mucho más tenue, debido a que ahora el sol incide en el otro lado de la casa. *Dios mío,* piensa, *¿cuanto tiempo he dormido? ¿Cómo he podido…?*

Oh, pero hay algo más: ese horroroso sonido de asfixia le ha seguido desde el sueño. Se oye más fuerte que nunca. Despertará a Judy, la asustará…

De todas formas, Judy ya no está en la cama.

—¿Jude? *¿Judy?*

La ve sentada en un rincón. Tiene los ojos desmesuradamente abiertos e inexpresivos, como en su sueño. Un montón de papel arrugado le asoma de la boca. Su cuello está grotescamente hinchado; a Fred le recuerda una salchicha que ha estado asándose hasta que la piel se encuentra a punto de explotar.

Otra vez papel, se dice. *Dios santo, está ahogándose.*

Fred atraviesa la cama rodando, para caer de ella y aterrizar de rodillas como un gimnasta que hiciera un truco. La alcanza. Ella no hace ningún movimiento para esquivarle. Al menos eso es algo. Y, a pesar de que se está ahogando, no ve ninguna expresión en sus ojos. Son como dos ceros grisáceos.

Fred le quita la bola de papel de la boca. Hay otra bola detrás de la primera. Fred le mete la mano en la boca, aferra esa segunda pelota de papel con dos dedos de la mano derecha (*Por favor, no me muerdas, Jude; por favor, no lo hagas* piensa mientras lo hace), y la saca también. Hay una tercera bola de papel detrás de esta, bien al fondo de la boca. Consigue coger esa también y se la quita. Pese a que el papel está todo arrugado, ve impresa la frase GRAN IDEA, y sabe lo que Judy se ha tragado: hojas de papel del bloc de notas que Ty le regaló por su cumpleaños.

Ella sigue ahogándose. Su piel está volviéndose grisácea.

Fred la agarra por los brazos y la levanta. Consigue hacerlo con facilidad, pero cuando deja de sujetarla con fuerza se le doblan las rodillas y empieza a caerse. Se ha convertido en una muñeca de trapo. Los sonidos de ahogo continúan. El cuello de salchicha…

—¡Ayúdame, Judy! ¡Ayúdame, mala puta!

Fred no es consciente de lo que está diciendo. Tira con fuerza de ella —con la misma fuerza con que tiró de la caña de pescar en su sueño— y la hace girar

como una bailarina de ballet sobre las puntas. Después la estrecha en un abrazo de oso, con las muñecas rozándole la parte inferior de los pechos, el trasero de Judy presionado contra su entrepierna, la clase de postura que encontraría tremendamente sexy si su mujer no estuviera muriéndose ahogada.

Fred le mete un pulgar entre los pechos, luego pronuncia la palabra mágica mientras tira bruscamente de ella hacia arriba y hacia atrás. La palabra mágica es *Heimlich*, y funciona. Dos pedazos más de papel salen volando de la boca de Judy, impulsados por un chorro de vómito que es poco más que bilis, pues su consumo de comida durante las últimas doce horas suma tres tazas de café y una magdalena de arándanos.

Ella da una boqueada de aire, tose dos veces, luego empieza a respirar más o menos con normalidad.

Fred la coloca en la cama… o la deja caer en la cama. Experimenta tremendos espasmos en los riñones, y no es de extrañar; primero lo del tocador de Ty, ahora esto.

—Bueno, ¿qué te has creído que hacías? —le pregunta a voz en grito—. En nombre de Dios, ¿qué te has creído que *hacías*?

Fred se da cuenta de que ha levantado una mano por encima del rostro vuelto hacia arriba de Judy, como si fuera a pegarle. Una parte de él *desea* pegarle. La quiere, pero en este momento también la odia. Se ha imaginado un montón de cosas malas a lo largo de los años que llevan casados —Judy padeciendo cáncer, Judy paralizada en un accidente, Judy buscándose un amante y luego solicitando el divorcio—, pero nunca se había imaginado a Judy haciendo gilipolleces, y de eso es de lo que se trata lo que ha hecho, ¿no?

—¿Qué te has creído que *hacías*?

Ella le mira sin temor alguno… pero sin nada más. Sus ojos están muertos. Él baja la mano, pensando: *Me la cortaría antes de pegarte. Puedo estar cabreado contigo, estoy cabreado contigo, pero me la cortaría antes que hacer eso.*

Judy se da la vuelta hasta quedar boca abajo sobre la colcha, con el cabello desparramado alrededor de la cabeza como una corona.

—¿Judy?

Nada. Simplemente permanece ahí estirada.

Fred la observa por un instante, luego alisa uno de los pegajosos trozos de

papel con los que ella ha intentado ahogarse. Está cubierto de un embrollo de palabras garabateadas. Gorg, abbalah, eeleelee, munshun, bas, lum, opopónaco: no significan nada para él. Otras, como bestia, limpiaculos, negro, rojo, Chicago, y Ty, son palabras con sentido real, pero sin contexto. Escrito en mayúsculas a un lado de la hoja se lee ¿QUIÉN PUSO EL RAM EN EL RAMA LAMA DING DONG? Al otro lado, cómo un teletipo que se haya atascado en la función de repetición, hay escrito lo siguiente: CASA NEGRA REY COLORADO CASA NEGRA REY COLORADO CASA.

Si pierdes el tiempo intentando encontrarle un sentido a esto, estás tan loco como ella, se dice Fred. *No puedes perder el tiempo.…*

Tiempo.

Mira el reloj al lado de la cama y no puede dar crédito a lo que ve: 4.17 de la tarde. ¿Es posible? Consulta su reloj de pulsera y comprueba que en efecto es esa hora.

Consciente de que es una tontería, de que habría oído a su hijo entrar por muy dormido que estuviera, Fred llega a la puerta con grandes zancadas pese a la laxitud de sus piernas.

—*¡Ty!* —exclama—. *¡Eh, Ty! ¡TYLER!*

Esperando una respuesta que no llega, Fred se da cuenta de que todo en su vida ha cambiado, probablemente para siempre. La gente le dice a uno que eso puede suceder —*en un abrir y cerrar de ojos,* dicen, *antes de que te des cuenta,* dicen— pero uno no lo cree. Entonces llega un viento.

¿Debe ir a la habitación de Ty? ¿Echar un vistazo? ¿Para estar seguro?

Ty no está ahí, y Fred lo sabe, pero lo hace de todos modos. La habitación está vacía, tal y como él sabía que estaría. Y parece extrañamente deformada, casi siniestra, con el tocador al otro lado.

Judy. La has dejado sola, idiota. A estas alturas estará de nuevo masticando papel; son listas, las personas locas son listas.…

Fred sale corriendo de vuelta al dormitorio principal y suspira de alivio cuando ve a Judy tal y como la dejó, boca abajo en la cama, con el cabello alrededor de la cabeza. Descubre que su preocupación por su loca mujer es ahora secundaria en comparación con la preocupación que siente por su hijo desaparecido.

Estará en casa a las cuatro, como muy tarde… Dalo por seguro. Eso había pensado. Pero ya son las cuatro pasadas. Se ha levantado un viento fuerte y se ha

llevado consigo esa seguridad. Fred rodea la cama hasta su lado y se sienta junto a la pierna derecha estirada de su mujer. Coge el teléfono y marca un número con decisión. Es un número fácil, de solo tres dígitos.

—Agente Dulac al habla, ha marcado el 911, ¿se trata de alguna emergencia?

—Agente Dulac, soy Fred Marshall. Quisiera hablar con Dale, si todavía se encuentra ahí, —Fred está casi seguro de que Dale está. Trabaja hasta tarde la mayor parte de las noches, en especial desde…

Ignora el resto, pero dentro de su cabeza el viento sopla más fuerte. Más ensordecedor.

—Verá, señor Marshall, sí que está aquí, pero está en una reunión y no creo que deba…

—Llámele.

—Señor Marshall, no me está escuchando. Está con dos tipos de la Policía Especial de Wisconsin y otro del FBI. Si solo pudiese usted decirme…

Fred cierra los ojos. Resulta interesante, ¿verdad? Esto sí que es interesante. Él ha llamado al 911, pero el idiota que hay al otro lado de la línea parece haberlo olvidado. ¿Por qué? Porque es alguien a quien conoce. Es el bueno del viejo Fred Marshall, le compró un tractor Deere hace solo un par de años. Debe haber marcado el 911 porque era más fácil que buscar el número habitual. Porque en realidad *nadie que Bobby conozca* puede tener una emergencia.

Fred se acuerda de haber pensado de manera similar esa mañana; un Fred Marshall diferente, alguien que creía que el Pescador nunca podría tocar siquiera a su hijo. A *su* hijo no.

Ty se ha ido. Gorg le fascinó y el abbalah se lo llevó.

—¿Hola? ¿Señor Marshall? ¿Fred? ¿Está aún…?

—Escúcheme —dice Fred, con los ojos todavía cerrados. En Goltz, a estas alturas ya estaría llamando Bobby al hombre que hay al otro lado de la línea, pero Goltz nunca le ha parecido tan lejano como en este momento; Goltz está en el sistema solar Opopónaco, en el planeta Abbalah—. Escúcheme con atención. Escríbalo si hace falta. Mi mujer se ha vuelto loca y mi hijo ha desaparecido. ¿Comprende eso? Mujer loca. Hijo desaparecido. *¡Ahora póngame con el jefe!*

Bobby Dulac, sin embargo, no lo hace, al menos de inmediato. Ha deducido algo. Un oficial de policía más diplomático (como Jack Sawyer en sus años de juventud, por ejemplo) se hubiera guardado la mencionada deducción para sí,

pero Bobby no puede hacer eso. Bobby ha pescado algo grande.

—¿Señor Marshall? ¿Fred? Su hijo no tendrá una Schwinn, ¿verdad? Me refiero a una Schwinn roja de tres velocidades. ¿Tiene una placa de matrícula nueva en que pone… esto… BIG MAC?

Fred es incapaz de responder. Durante un rato largo y terrible ni siquiera puede respirar. Entre sus orejas, el viento sopla más intenso y ensordecedor. Ahora es un huracán.

Gorg le fascinó… el abbalah se lo llevó.

Al final, justo cuando parece que empieza a ahogarse, su pecho se abre y efectúa una profunda y desgarradora inspiración.

—¡PÓNGAME CON EL JEFE GILBERTSON! ¡AHORA MISMO, HIJO DE PUTA!

A pesar de que lo dice a grito pelado, la mujer acostada a su lado boca abajo sobre la colcha ni se inmuta. Se oye un clic. Su llamada está en espera. No por mucho tiempo, pero sí el suficiente para que vea el pedazo rasgado y desnudo en la pared de la habitación de su hijo desaparecido, la garganta hinchada del cuello de su mujer demente, y la sangre chorreando de la cesta de mimbre de su sueño. Siente un espasmo atroz en la espalda, y agradece el dolor. Es como recibir un telegrama del mundo real.

Entonces Dale se pone al teléfono, Dale le pregunta qué ocurre, y Fred Marshall se echa a llorar.

7

Sabe Dios dónde encontró Henry Leyden ese increíble traje; nosotros desde luego no lo sabemos. ¿En una tienda de disfraces? No, es demasiado elegante para ser un disfraz; es auténtico, no una imitación; pero ¿un auténtico qué? Las amplias solapas caen hacia abajo hasta un par de dedos por debajo de la cintura, y los dos faldones de la cola casi llegan a los tobillos de los pantalones hinchados y plisados, que parecen, debajo de la amplitud nivea del chaleco cruzado, abrocharse casi a la altura del esternón. En los pies de Henry, unas polainas altas y blancas adornan unos zapatos de charol blancos; bajo la barbilla, el cuello almidonado y alto dobla sus puntiagudos picos sobre una pajarita de raso blanca, ancha y con caída, perfectamente anudada. El efecto final es el de las mejores galas diplomáticas de antaño en armoniosa unión con un chaqué muy pasado de moda. La vulgaridad del conjunto es superior a su formalidad, pero la sobriedad del chaqué y del chaleco contribuyen a darle una especie de categoría majestuosa, una fastuosidad que a menudo se observa en los artistas y músicos afroamericanos.

Cuando acompaña a Henry al salón comunal con el hosco Pete Wexler tras ellos, empujando una carretilla cargada de cajas con discos, Rebecca Vilas se acuerda vagamente de haber visto a Duke Ellington llevar un chaqué blanco como ese en un fragmento de alguna película antigua… ¿o era Cab Calloway? Recuerda una ceja enarcada, una sonrisa radiante, un rostro seductor, una figura erguida frente a una banda, y poco más. (De estar vivos, tanto el señor Ellington como el señor Calloway podrían haber informado a Rebecca de que el traje de Henry, incluidos los pantalones «drapeados» y con «jareta», términos que no constan en el vocabulario de la muchacha, sin duda lo había hecho a mano uno

de los cuatro sastres específicos con sede en los vecindarios negros de Nueva York, Washington, D.C., Filadelfia o Los Angeles, maestros de su oficio durante los años treinta y cuarenta, sastres clandestinos, hombres tan lamentablemente muertos como sus célebres clientes. Henry Leyden sabe exactamente quién confeccionó su traje, de dónde procede y cómo llegó a sus manos, pero cuando se trata de personas como Rebecca Vilas, no divulga más información que la que probablemente ya conozca). En el pasillo que da al salón comunal, el chaqué blanco parece brillar desde el interior, causando un efecto que no hace sino incrementar las descomunales gafas oscuras a lo *daddy-cool* de Henry, con montura de bambú, en las que titilan lo que podrían ser pequeños zafiros sobre los extremos de las patillas.

¿Habrá alguna tienda que venda sensacionales trajes de grandes directores de banda de los años treinta? ¿Acaso existe algún museo que hereda esa clase de cosas y las subasta? Rebecca no puede contener su curiosidad ni un momento más.

—Señor Leyden, ¿dónde ha conseguido ese precioso traje?

Desde atrás, y procurando que parezca que habla para sí, Pete Wexler murmura que para conseguir un traje como ese probablemente haya que perseguir a una persona de una etnia que empieza con la letra *n* al menos durante un par de kilómetros.

Henry hace caso omiso de Pete y sonríe.

—Se trata solamente de saber dónde buscar.

—Supongo que nunca ha oído hablar de los discos compactos —dice Pete—. Son algo así como gran adelanto.

—Cierra el pico y lleva esos fardos, fanfarrón —espeta la señorita Vilas—. Casi hemos llegado.

—Rebecca, querida, si me lo permite —dice Henry—. El señor Wexler tiene todo el derecho a quejarse. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a saber que poseo unos tres mil discos compactos, ¿verdad? Y si al hombre que fue propietario original de estas ropas puede llamársele negro, estaría orgulloso de que a mí también me llamaran así. Sería un honor *increíble*. Me gustaría poder afirmar que lo soy.

Henry se ha detenido. Muy sorprendidos, aunque de forma distinta, por que haya utilizado la palabra prohibida. Pete y Rebecca también se han parado.

—Y —prosigue Henry— les debemos respeto a aquellos que nos ayudan en

el desempeño de nuestras obligaciones. Le he pedido al señor Wexler que sacudiera un poco mi traje al colgarlo, y ha sido muy amable al complacerme.

—Sí —dice Pete—. Además he colocado el foco, la platina, los altavoces y toda esa mierda exactamente donde usted quería.

—Muchas gracias, señor Wexler —dice Henry—. Le agradezco sus esfuerzos por ayudarme.

—Bueno, joder —suelta Pete—, solo he hecho mi trabajo, ¿sabe? Pero si necesita cualquier cosa después de acabar con lo suyo, le echaré una mano.

Sin necesidad de vislumbrar unas bragas o un buen trasero, Pete Wexler ha quedado completamente desarmado. Rebecca lo encuentra increíble. La verdad es que, ciego o no, Henry Leyden le parece, innegablemente, el ser humano más interesante que ha tenido el privilegio de conocer en los veintiséis años que lleva sobre la faz de la Tierra. Qué más da su atuendo, ¿de dónde salen los *tipos* como este?

—¿De verdad creen que esta tarde desapareció un crío ahí mismo, en la acera? —pregunta Henry.

—¿Cómo? —inquiere Rebecca.

—A mí me parece que así es —dice Pete.

—¿Cómo? —pregunta de nuevo Rebecca, esta vez dirigiéndose a Pete Wexler, no a Henry—. ¿De qué habla?

—Bueno, él me ha preguntado y yo he contado —responde Pete—. Eso es todo.

—¿Eso ha sucedido en *nuestra* acera? —le dice Rebecca, a punto de estallar —. ¿Otro crío, delante de *nuestro edificio*? ¿Y usted no nos ha dicho nada ni a mí ni al señor Maxton?

—No había nada que decir—Pete responde en defensa propia.

—Quizá podría usted explicarnos qué ha sucedido en realidad —interviene Henry.

—Claro. Lo que ha ocurrido es que he salido a fumarme un pitillo, ¿sabe? —Eso no es lo que se dice la estricta verdad. Debiendo elegir entre caminar cien metros hasta el servicio de hombres en el ala Margarita para tirar la colilla al retrete o caminar treinta metros hasta la entrada y lanzarla al aparcamiento, Pete ha escogido con sensatez la opción de tirarla al exterior—. Así que he salido y ha sido entonces cuando lo he visto. Un coche patrulla, aparcado justo ahí fuera. De

modo que me he acercado al seto, y ahí estaba ese poli, un tipo joven, me parece que se llama *Chita* o algo por el estilo, cargando una bici, una bici de niño, en su maletero. Y algo más también, solo que lo único que he podido distinguir es que se trataba de algo pequeño. Y después de hacer eso, ha sacado un trozo de tiza de la guantera y ha vuelto para trazar unas marcas como aspas en la acera.

—¿Ha hablado con él? —quiere saber Rebecca—. ¿Le ha preguntado qué hacía?

—Señorita Vilas, yo no hablo con polis a menos que no me quede otra opción, ¿comprende lo que le digo? *Chita* ni siquiera me ha visto. De todas formas, tampoco me hubiera dicho nada. Tenía esa expresión en la cara, como si pensara «Jesús, espero llegar al cagadero antes de hacérmelo en los pantalones», esa clase de expresión.

—¿Luego se ha ido con el coche?

—Exacto. Veinte minutos más tarde, han aparecido otros dos polis.

Rebecca levanta las manos, cierra los ojos, y se oprime la frente con las yemas de los dedos, dándole una excelente oportunidad a Pete Wexler, de la cual no deja de sacar todo el provecho, de admirar la forma de sus pechos bajo la blusa. Puede que no sea una visión igual de fantástica que la que se ve desde el pie de una escalera, pero sirve, vaya si sirve. Por lo que concierne al padre de Ebbie, una visión como las *teutonas* de Rebecca Vilas apretándose contra la blusa es como un buen fuego en una noche fría. Son más grandes de lo que cabría esperar en un cuerpo esbelto como el suyo, y ¿a que no saben qué? Cuando levanta los brazos, ¡las *teutonas* también suben! Eh, de haber sabido Pete que iba a provocar un espectáculo como ese, habría contado lo de *Chita* y la bicicleta de inmediato.

—Vale, de acuerdo —dice Rebecca, presionándose todavía la cabeza con las yemas de los dedos. Adelanta la barbilla, con lo que sus brazos se elevan un poco más, frunce el entrecejo, concentrándose, y por un instante recuerda a una figura en un pedestal.

Hurra y aleluya, piensa Pete. *Todo tiene su lado bueno. Si mañana por la mañana atrapan en la acera a otro pequeño mocoso, por mí que no sea más tarde.*

—Vale, vale, —dice Rebecca. Abre los ojos y baja los brazos. Pete Wexler está mirando fijamente un punto por encima de su hombro, con una expresión de

falsa inocencia en el rostro que ella capta enseguida. Dios santo, vaya cavernícola—. La situación no está tan mal como pensaba. En primer lugar, todo lo que ha visto ha sido a un policía recogiendo una bici. A lo mejor la habían robado. Puede que otro crío la hubiese tomado prestada, para luego dejarla tirada y largarse. A lo mejor el poli la estaba buscando. O puede que al crío *propietario* de la bici lo haya atropellado un coche o algo así. E incluso aunque haya en efecto sucedido lo peor, no veo en qué puede perjudicarnos. El Centro Maxton no es responsable de lo que ocurre fuera del recinto. —Se vuelve hacia Henry, que tiene aspecto de desear hallarse a cien kilómetros de ahí—. Perdone, sé que eso le habrá sonado terriblemente frío. Me siento tan consternada como los demás por este asunto del Pescador, con lo de esos dos pobres crios y la niña desaparecida. Todos estamos tan alterados que apenas si podemos pensar con claridad. Pero, ya ve, detestaría que nos viésemos envueltos en el follón.

—Ya veo, ya —dice Henry—. No dejo de ser uno de esos hombres ciegos sobre los que George Rathbun siempre está bramando.

—¡Ja! —suelta Pete Wexler.

—Y está de acuerdo conmigo, ¿no?

—Soy un caballero, estoy de acuerdo con todo el mundo —contesta Henry —. Estoy de acuerdo con Pete en que nuestro monstruo local bien puede haber raptado a otro niño. Me parece que el agente Chita, o como sea que se llame, se ha mostrado demasiado ansioso como para estar solamente recogiendo una bicicleta perdida. Y estoy de acuerdo con usted en que el Centro Maxton no puede ser acusado de nada de lo ocurrido.

—Bien —dice Rebecca.

—Siempre y cuando, por supuesto, en los asesinatos de esos niños no esté involucrado alguien de aquí.

—¡Pero eso es imposible! —exclama Rebecca—. La mayoría de nuestros clientes masculinos son incapaces de recordar sus propios nombres.

—Una niña de diez años podría con la mayoría de estos retrasados —añade Pete—. Hasta los que no tienen esa enfermedad de los vejestorios se pasean cubiertos en su propia… ya sabe.

—Se olvida usted del personal —le recuerda Henry.

—Eh, un momento —interviene Rebecca, que por un instante se queda casi sin habla—. Vamos, hombre. Eso es… me parece totalmente irresponsable decir

una cosa así.

—Cierto. Lo es. Pero si esto continúa, nadie estará libre de sospecha. Es mi opinión.

Pete Wexler siente un repentino escalofrío; si los payasos de la ciudad empiezan a cargarse a los residentes del Centro Maxton, su diversión particular podría salir a la luz, y ¿no se daría Wendell Green un gran festín con eso? Se le ocurre una brillante idea, y la expone, esperando impresionar a la señorita Vilas.

—¿Sabe qué? Los polis deberían hablar con ese tipo de California, ese detective de primera que trincó a aquel cabrón de Kinderling hace dos o tres años. Vive por aquí cerca, ¿no? Alguien como él, ese es el tipo que necesitamos. Los polis de aquí están completamente fuera de onda. Ese tipo, es… ¿cómo se dice?… un condenado *recurso.*

—Qué extraño oírle decir eso —comenta Henry—. No podría estar más de acuerdo con usted. Ya sería hora de que Jack Sawyer hiciese su trabajo. Intentaré insistirle de nuevo.

—¿Le conoce? —pregunta Rebecca.

—Oh, sí —responde Henry—, le conozco; pero ¿no es hora ya de que haga mi trabajo?

—Es pronto. Aún están todos fuera.

Rebecca le conduce a lo largo del resto del pasillo y hasta la sala comunal, que los tres cruzan hasta llegar al gran estrado. El micrófono de Henry se encuentra al lado de una mesa montada con sus altavoces y su platina. Con increíble precisión, Henry comenta:

—Hay mucho espacio aquí.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta Rebecca.

—Es pan comido —responde Henry—. Debemos de estar acercándonos.

—Está justo delante de usted. ¿Necesita alguna clase de ayuda?

Henry alarga un pie y da un golpecito al costado de la tarima. Desliza una mano a lo largo del borde de la mesa, localiza el soporte del micro, y dice:

—De momento no, querida. —A continuación sube sin dificultad al estrado. Guiándose por el tacto, rodea la mesa y localiza la platina—. Todo está genial. Pete, ¿podría por favor poner las cajas de los discos encima de la mesa? La caja de encima va aquí, y la otra justo a su lado.

—¿Cómo es, su amigo Jack? —quiere saber Rebecca.

—Un huérfano de la tempestad. Un gatito, pero un gatito extremadamente *difícil.* Tengo que decir que a veces puede ser un verdadero coñazo.

Desde que entraron en la habitación se ha oído a través de las ventanas el barullo de un gentío, un murmullo de charla mezclado con voces de niños y canciones aporreadas en un viejo piano vertical, y cuando Pete ha colocado las cajas de discos encima de la mesa, dice:

—Será mejor que salga ahí fuera, porque Chipper seguramente estará buscándome. Una vez que entren aquí habrá un montón de mierda que limpiar.

Pete sale arrastrando los pies, empujando la carretilla. Rebecca le pregunta a Henry si hay algo más que pueda hacer por él.

—Las luces del techo están encendidas, ¿verdad? Apáguelas, por favor, y espere a que entre la primera oleada de gente. Luego encienda el foco rojo, y prepárese a dejarse la piel bailando.

—¿Quiere que apague las luces?

—Ya verá.

Rebecca vuelve a cruzar la sala hasta la puerta, apaga las luces del techo y ve, tal y como ha prometido Henry. Una suave, tenue iluminación procedente de la hilera de ventanas pende en el aire, reemplazando el resplandor y la aspereza anteriores con una bruma suave e imprecisa, como si la habitación estuviera detrás de una cortina semitransparente. *Ese foco rojo quedará muy bien ahí,* piensa Rebecca.

Fuera, en la explanada de césped, el jolgorio de la fiesta previa al baile va decayendo. Muchos hombres y mujeres mayores están dando buena cuenta de tartaletas de fresa y refrescos en las mesas de picnic, y el caballero con un sombrero de paja y manguitos rojos que acaba de interpretar al piano *Corazón y alma, ba bum ba bum ba ba bum bum bum,* sin virtuosismo pero con mucho volumen, cierra la tapa del instrumento y se pone de pie entre unos aplausos desperdigados. Los nietos que anteriormente se habían quejado de tener que acudir a la gran fiesta corretean entre las mesas y las sillas de ruedas, esquivando las miradas de sus padres y deseando poder engatusar a la señora con el traje de payaso y la peluca roja encrespada para que les dé un último globo, oh alegría desbordante.

Alice Weathers aplaude al pianista, y ya puede hacerlo: hace cuarenta años, bajo su tutela, él absorbió a regañadientes los suficientes rudimentos del piano para poder sacarse un par de dólares en ocasiones como esa, cuando no estaba obligado a desempeñar su tarea habitual, la de vender sudaderas y gorras de béisbol en la calle Chase. Tras ser restregado hasta quedar limpio por el bueno de Butch Yerxa, Charles Burnside se ha engalanado con una camisa blanca vieja y un par de pantalones sueltos y mugrientos y permanece de pie algo apartado de la multitud a la sombra de un gran roble, no para aplaudir sino para burlarse. La camisa desabrochada le cuelga alrededor del tosco cuello. De vez en cuando se limpia la boca o se escarba los dientes con una irregular uña del pulgar, pero en general permanece inmóvil. Parece como si alguien le hubiese plantificado al lado de la carretera y luego se hubiese marchado. Siempre que los nietos llegan correteando cerca de Burny, se desvían al instante, como repelidos por un campo de fuerza.

Entre Alice y Burny, tres cuartas partes de los residentes del Centro Maxton se arriman a las mesas, caminan de un lado para otro con sus andadores, se sientan bajo los árboles, ocupan sus sillas de ruedas, renquean aquí y allá, cotorreando, dormitando, riendo, tirándose pedos, frotando suavemente las manchas frescas de color fresa en su ropa, mirando a sus parientes, mirándose las manos temblorosas, mirando el vacío. Media docena de los más ausentes llevan sombreritos cónicos en rojo liso o en azul liso, los tonos de la alegría impuesta. Las mujeres de la cocina han empezado a circular entre las mesas con grandes bolsas de basura negras, ya que pronto han de retirarse a sus dominios a preparar el gran banquete de ensalada de patatas, puré de patatas, patatas a la crema, judías, ensalada de gelatina, ensalada de golosinas y ensalada de nata montada, ¡además, claro está, de la imponente tarta de fresas!

El soberano indiscutible y heredero de este reino, Chipper Maxton, cuyo temperamento generalmente se asemeja al de una mofeta atrapada en un agujero fangoso, ha empleado los últimos noventa minutos en pasear tranquilamente sonriendo y estrechando manos, y ya ha tenido bastante.

—Pete —brama—, ¿qué coño te ha hecho tardar tanto? Empieza a apilar las sillas plegables, ¿vale? Y ayuda a trasladar a esta gente a la sala. A ver si conseguimos moverles de una maldita vez. Mueve ese culo.

Pete sale disparado, y Chipper da dos sonoras palmadas para luego levantar

los brazos.

—Eh, todos vosotros —exclama—, ¿no os parece verdaderamente increíble que el Señor nos haya concedido un día tan precioso para este maravilloso evento? ¿No es *algo increíble*?

Media docena de débiles voces se alzan para mostrarse de acuerdo.

—Venga, venga, ¡podéis hacerlo mejor! ¡Quiero oíros alabar este día tan maravilloso, lo bien que todos lo estamos pasando, y toda la ayuda y el apoyo fenomenales que nos prestan nuestros voluntarios y personal!

Un clamor apenas un poco más entusiasta premia sus esfuerzos.

—¡Muy *bien*! Eh, ¿sabéis qué? Tal y como diría George Rathbun, hasta un hombre ciego podría ver lo bien que nos lo estamos pasando. Yo sé que es así, ¡y aún no hemos terminado! Tenemos el mejor pinchadiscos que hayáis oído, un tipo llamado Stan *el Sinfónico,* el *hombre de la Big Band,* que está esperando para ofrecernos un gran, gran espectáculo en el salón comunal, música y baile hasta la cena de la gran Fiesta de la Fresa, y nos ha salido barato, además… ¡pero no le digáis que yo he dicho eso! ¡Así que, amigos y familia, es hora de despedirse y dejar a vuestros seres queridos abrirse camino en la pista de baile para evocar los viejos éxitos, como ellos, ja, ja! Viejos éxitos del primero al último, eso es lo que somos todos aquí en el Centro Maxton. Ni siquiera yo soy ya tan joven como solía, ja, ja, así que a lo mejor me doy unas vueltas por la pista de baile con alguna dama afortunada.

»Ahora en serio, amigos, es hora de calzarnos nuestros zapatos de baile. Por favor, dadle un beso de despedida a papá o a mamá, al abuelo o la abuela y, de salida, a lo mejor deseáis dejar una contribución para ayudarnos a cubrir gastos en la cesta que está ahí encima del piano de Ragtime Willie, diez dólares, cinco dólares, todo lo que podáis dejarnos ayudará a cubrir los gastos de haberle ofrecido a mamá, a papá, una alegre, muy alegre jornada. *Nosotros* lo hacemos por amor, pero la mitad de ese amor es *vuestro* amor.

En lo que a nosotros podría parecemos un lapso de tiempo sorprendentemente corto, pero a Chipper Maxton no, pues comprende que muy poca gente quiera entretenerse en un centro para ancianos más tiempo del necesario, los parientes dan sus últimos abrazos y besos, recogen a los agotados crios y desfilan por los senderos y a través del césped hacia el aparcamiento, muchos de ellos depositando billetes al pasar en la cesta sobre el piano vertical

de Ragtime Willie.

Tan pronto como empieza este éxodo Pete Wexler y Chipper Maxton se disponen a persuadir a los viejos, con todas las artes a su disposición, de que vuelvan al edificio. Chipper dice cosas como: «No sabe lo mucho que deseamos verla mover el esqueleto, señora Syverson», mientras que Pete adopta una actitud más directa: «Muévase, amigo, es hora de estirar un poco las patas», pero ambos hombres emplean la técnica de propinar discretos y no tan discretos codazos, empujones, de aferrarles por el codo y balancear las sillas de ruedas para conseguir que sus tambaleantes cargas traspongan el umbral.

En su lugar, Rebecca Vilas observa entrar en el brumoso salón a los residentes, algunos de los cuales caminan a un ritmo quizá demasiado rápido para su propia seguridad. Henry Leyden permanece de pie e inmóvil tras sus cajas de elepés. Su traje resplandece; la cabeza es apenas una silueta oscura ante las ventanas. Por una vez demasiado ocupado para comerse con los ojos el busto de Rebecca, Pete Wexler pasa con una mano en el codo de Elmer Jesperson, le deposita dos metros dentro de la habitación, y se gira para localizar a Thorvald Thorvaldson, el más ferviente enemigo de Elmer y su compañero en la habitación D12. Alice Weathers entra con paso etéreo y sin ayuda y cruza las manos bajo la barbilla, esperando a que empiece la música. Alto, escuálido, con las mejillas hundidas, en el centro de un espacio vacío que le pertenece solo a él, Charles Burnside atraviesa deslizándose el umbral y rápidamente se instala a buena distancia hacia un lado. Cuando su mirada muerta se cruza indiferente, con la de Rebecca, esta siente un escalofrío. Los siguientes ojos que se cruzan con los suyos pertenecen a Chipper, que empuja la silla de ruedas de Flora Flostad como si de un cajón de naranjas se tratara y que la fulmina con una mirada impaciente nada acorde con la agradable sonrisa que luce en el rostro. El tiempo es oro, puedes estar segura, pero el dinero es dinero, además, de modo que empecemos este espectáculo, pronto. Cuando entre la primera oleada de gente, le ha dicho Henry; ¿es eso lo que tienen ahí, la primera oleada? Rebecca mira al otro extremo del salón, sin saber cómo preguntárselo, y ve que la pregunta ya ha obtenido respuesta, pues en el momento en que ella alza la vista, Henry le hace la señal de adelante.

Rebecca acciona el interruptor del foco rosado y casi todos en la sala, incluidos unos cuantos viejos que parecían totalmente incapaces de cualquier

clase de respuesta, emiten un suave *aaah*. Con el traje, la camisa y las polainas resplandeciendo en el haz de luz, un Henry Leyden transformado se desliza y se inclina hacia el micrófono mientras un disco de vinilo de treinta centímetros, que por lo visto se ha materializado como por arte de magia, gira como una peonza en la palma de su mano derecha. Le brillan los dientes; le reluce el cabello lacio; los zafiros chispean desde la montura de sus gafas de sol encantadas. Da la sensación de que Henry esté bailando, con ese suave e ingenioso deslizarse hacia un lado… solo que ya no es Henry Leyden; ni en broma, Renee, como le gusta proclamar a George Rathbun. El traje, las polainas, el pelo lacio y brillante peinado hacia atrás, las sombras, hasta el extraordinariamente efectivo foco rosa, son pura escenografía. La verdadera magia aquí es Henry, esa criatura excepcionalmente maleable. Cuando es George Rathbun, él es *todo* George. Lo mismo con la Rata de Wisconsin; lo mismo con Henry Shake. Han pasado dieciocho meses desde que sacó a Stan *el Sinfónico* del armario y se lo ajustó como un guante para deslumbrar a la multitud en un baile celebrado en Madison por una asociación de veteranos de guerras foráneas, pero la ropa todavía le sienta bien, oh, sí, le queda bien, y él se siente a gusto dentro de ella, un *beatnik* completamente renacido a un pasado que nunca vio de primera mano.

En su palma extendida, el disco que gira parece una pelota de playa sólida, inmóvil y negra.

Cuando Stan *el Sinfónico* comienza un baile, siempre lo hace con *In the mood*. Aunque no detesta a Glenn Miller tal y como lo hacen algunos aficionados al jazz, a lo largo de los años se ha cansado de este número. Sin embargo, siempre funciona; aun cuando los clientes no tengan otra opción que bailar con una pierna en la tumba y la otra encima de la proverbial piel de plátano, en efecto *están* bailando. Además, él sabe que después de que Miller fuera llamado a filas le habló al arreglista Billy May de su plan para «salir de esta guerra como una especie de héroe», y, demonios, fue fiel a su palabra, ¿no es así?

Henry alcanza el micro y deja caer en la platina el disco que da vueltas con un gesto despreocupado de la mano derecha. La multitud le aplaude exhalando un *oooh*.

—Bienvenidos, bienvenidos, todos y todas los entusiastas del jazz —dice Henry. Las palabras emergen de los altavoces envueltas en la voz suave y

ligeramente impositiva de un verdadero presentador de 1938 o 1939, de uno de esos hombres que hacían emisiones en directo desde salas de baile y clubes nocturnos situados desde Boston hasta Catalina. Por las gargantas de esas musas de la noche fluía miel, y nunca se perdieron un solo compás—. A ver, decidme una cosa, chávalas y chavales, ¿se os ocurre una manera mejor de empezar una noche de bailoteo que con Glenn Miller? Vamos, hermanos y hermanas, contestad…

De los residentes del Centro Maxton —algunos de los cuales ya están en la pista de baile, y otros al borde de la misma confinados en sus sillas de ruedas en varias posturas que reflejan confusión o vacuidad— llega el murmullo de una respuesta, que no suena tanto a grito festivo como al susurro del viento otoñal al agitar las ramas desnudas. Stan *el Sinfónico* sonríe como un tiburón y levanta las manos como para apaciguar a una multitud brincante, luego se pone a dar vueltas como un bailarín del salón de baile Savoy inspirado por Chick Webb. Los faldones de su chaqueta se abren como alas, sus centelleantes pies vuelan y aterrizan y vuelan de nuevo. El momento se esfuma, y dos pelotas de playa negras aparecen en las palmas del pinchadiscos, una de las cuales va girando para volver a su funda, la otra para encontrarse con la aguja.

—Bueno bueno bueno… mis pollitos y conejitas saltarines, aquí viene el Caballero Sentimental, el señor Tommy Dorsey, así que soltad la pasta y agarrad a vuestra chica mientras el vocalista Dick Haymes, el orgullo de Buenos Aires, Argentina, hace la pregunta musical *¿Cómo puedo conocerte?* Frank Sinatra todavía no ha entrado aún en el edificio, hermanos y hermanas, pero la vida sigue tan dulce como el *mmm mmm* vino.

Rebecca Vilas no puede creer lo que ve. Ese tipo está consiguiendo que casi todos salgan a la pista, hasta algunos de los que van en sillas de ruedas, que se mueven y giran entre los que están mejor. Ataviado con su exótico, asombroso conjunto, Stan *el Sinfónico* —Henry Leyden, ha de recordarse— resulta cursi e impresionante, absurdo y convincente, todo al mismo tiempo. Es como… una especie de *cápsula del tiempo,* atrapado tanto en su papel como en el de lo que esas personas mayores quieren oír. Les ha seducido para que vuelvan a la vida, a cualquier juventud que les quedase dentro. ¡Increíble! Es la única palabra que sirve. Personas que ella había declarado como casos perdidos están floreciendo justo ante sus ojos. En cuanto a Stan *el Sinfónico,* continúa como un elegante

endemoniado, haciéndola pensar en palabras como *meloso, refinado, cortés, trastornado, seductor, grácil,* palabras que no se relacionan excepto en él. ¡Y eso que hace con los discos! ¿Cómo es posible?

Rebecca no se da cuenta de que repiquetea en el suelo con la punta del pie y se mueve al ritmo de la música hasta que Henry pone *Begin tbe beguine* de Artie Shaw, cuando literalmente empieza a bailar sola. El entusiástico bailoteo de Henry, la visión de tantas personas de cabellos blancos, cabellos azules y cráneos calvos deslizándose por la pista de baile, de Alice Weathers sonriendo feliz en los brazos nada menos que del sombrío Thorvald Thorvaldson, de Ada Meyerhoff y Tom Tom Boettcher dando vueltas uno en torno al otro en sus sillas de ruedas, el pulso arrollador de la música que lo impulsa todo bajo el resplandor fundido del clarinete de Artie Shaw, todas esas cosas, repentina y mágicamente se unen en una visión de belleza terrenal que hace que se le llenen los ojos de lágrimas. Sonriendo, levanta los brazos, empieza a girar, y se encuentra expertamente agarrada por el hermano gemelo de Tom Tom, Hermie Boettcher, de ochenta y seis años, profesor jubilado de geografía y ocupante de la habitación A17, a quien hasta este momento consideraba un poco muermo, que sin mediar palabra la saca a bailar en medio de la pista.

—Es una pena ver a una chica guapa bailando sola —dice Hermie.

—Hermie, te seguiría a cualquier parte —contesta ella.

—Acerquémonos más a la tarima —propone él—. Quiero ver más de cerca a ese personaje del traje extravagante. Dicen que es ciego como un murciélago, pero yo no me lo creo.

Con una mano firmemente plantada en la parte baja de la espalda de ella, y moviendo las caderas al son de Artie Shaw, Hermie la guía hasta apenas medio metro de la plataforma, donde el Sinfónico está haciendo otra vez su truco con un disco nuevo mientras espera el último compás del presente. Rebecca podría jurar que Stan/Henry no solo siente su presencia ante él, sino que en realidad ¡le *guiña* un ojo! Pero eso es absolutamente imposible… ¿no?

El Sinfónico hace girar el disco de Shaw para devolverlo a su funda, pone el nuevo en la platina, y exclama:

—¿Queréis saltar? ¿Queréis bailar a tope? Ahora que ya nos hemos calentado un poco, vamos a saltar y a bailar con Woody Hermán y *Wild root.* Esta melodía está dedicada a todas vosotras, bellas damas, y en especial a la

dama que lleva Calyx.

Rebecca ríe y dice:

—Oh, vaya. —Henry ha percibido su perfume; ¡lo ha reconocido!

Sin dejarse intimidar por el apasionado ritmo de *Wild root*, Hermie Boettcher da unos pasos hacia atrás, extiende el brazo y hace girar a Rebecca. En la primera nota del siguiente compás, la coge en sus brazos y cambia de dirección para dirigirse dando vueltas hacia el extremo de la plataforma, donde Alice Weathers está de pie junto al señor Thorvaldson, alzando la mirada hacia Stan *el Sinfónico.*

—La dama especial debe de ser usted —comenta Hermie—. Porque ese perfume suyo bien se merece una dedicatoria.

—¿Dónde ha aprendido a bailar así? —pregunta Rebecca.

—Mi hermano y yo somos chicos de ciudad. Aprendimos a bailar delante de la máquina de discos de Alouette's, en Arden.

Rebecca conoce Alouette's, en la calle Mayor de Arden, pero lo que antes fuera un bar es ahora un local de comidas rápidas, y la máquina de discos desapareció más o menos en la misma época en que Johnny Mathis dejó de estar en la lista de éxitos.

—¿Quiere un buen bailarín? —añade él—, búsquese un chico de ciudad. Tom Tom, él sí que fue siempre el bailarín con más estilo, y uno podrá plantificarlo en esa silla, pero no podrá quitarle el ritmo.

—Señor Stan, *yujuuu,* ¿señor Stan? —Alice Weathers ha inclinado la cabeza y exclama haciendo bocina con las manos—: ¿Acepta solicitudes?

Una voz monótona y dura como el sonido que producen dos piedras al rozarse dice:

—Yo estaba aquí primero, vieja.

Tan implacable grosería hace que Rebecca se pare en seco. El pie derecho de Hermie le propina un suave pisotón en el pie izquierdo, pero se aparta rápidamente sin haberle producido más daño que un beso. Altísimo al lado de Alice, Charles Burnside le dirige una mirada hostil a Thorvald Thorvaldson, quien da un paso hacia atrás y tira de la mano de Alice.

—Por supuesto, querida —contesta Stan, inclinándose—. Dígame su nombre y lo que le gustaría oír.

—Soy Alice Weathers, y…

—Yo estaba aquí primero —repite Burny en voz alta.

Rebecca mira a Hermie, que sacude la cabeza y pone una cara agria. Chico de ciudad o no, se siente tan intimidado como el señor Thorvaldson.

—*Moonglow,* por favor. De Benny Goodman.

—Me toca a mí, zopenca. Yo quiero esa canción de Woody Hermann que se llama *La pesadilla de lady Magowan.* Esa sí que es *buena.*

Hermie le dice al oído a Rebecca:

—A nadie le gusta ese tipo, pero siempre se sale con la suya.

—Esta vez no —dice Rebecca—. Señor Burnside, quiero que…

Stan *el Sinfónico* la silencia con un ademán. Se vuelve para mirar al propietario de aquella voz increíblemente desagradable.

—La respuesta es no, señor. La canción se llama *El sueño de lady Magowan,* y no he traído esa alegre pieza conmigo esta tarde, lo siento.

—Muy bien, amigo, ¿qué le parece *I can't get started,* esa de Bunny Berigan?

—Oh, esa me *encanta* —dice Alice—. Sí, ponga *I can't get started.*

—Encantado de complacerla —responde Stan con la voz normal de Henry Leyden. Sin molestarse en bailotear o hacer el número de los discos, simplemente intercambia el disco de la platina por uno de la primera caja. Se le ve extrañamente mustio al dar un paso hacia el micro y anunciar—: He volado alrededor del mundo en un avión, he acabado con revoluciones en España. *I can't get started.* Dedicada a la maravillosa Alice del vestido azul y al que merodea en la noche.

—Pues tú no eres mejor que un mono de feria —suelta Burny.

Empieza la música. Rebecca le da unos golpecitos a Hermie en el brazo y pasa por el lado de Charles Burnside, hacia quien todo lo que ha sentido jamás ha sido una leve repugnancia. Ahora que le tiene en su punto de mira, la indignación y la repugnancia la hacen decir:

—Señor Burnside, va usted a pedirles disculpas a Alice y a nuestro invitado aquí presente. Es usted un grosero, un odioso y un bruto, y después de disculparse quiero que se vaya a su habitación, que es donde debe estar.

Sus palabras no producen ningún efecto. Burnside tiene ahora los hombros hundidos. En su rostro se dibuja una sonrisa amplia y babosa, y mira con ojos inexpresivos a nada en particular. Parece demasiado ido para recordar siquiera su

propio nombre, no digamos ya el de Bunny Berigan. En cualquier caso, Alice Weathers se ha ido a bailar, y Stan *el Sinfónico*, de nuevo al fondo de la plataforma y fuera del haz del foco rosado, parece sumido en sus pensamientos. Las parejas de ancianos se balancean hacia delante y hacia atrás en la pista de baile. A un lado, Hermie Boettcher hace una pantomima del baile al tiempo que interroga a Rebecca con la mirada.

—Lamento lo ocurrido —le dice ella a Stan/Henry.

—No hace falta que se disculpe. *I can't get started* era el disco preferido de mi mujer. Estos últimos días he estado pensando mucho en ella. De alguna forma me ha pillado por sorpresa. —Se mesa el brillante cabello y agita los brazos, volviendo claramente a su papel.

Rebecca decide dejarle solo. De hecho, quiere dejarles a todos durante un rato. Tras indicarle con un ademán a Hermie de que el deber la llama, se abre camino entre la multitud y sale de la sala. El viejo Burny se las ha ingeniado para llegar antes que ella al pasillo. Arrastra los pies distraídamente en dirección al ala Margarita, con la cabeza gacha y dejando marcas en el suelo.

—Señor Burnside —le increpa—, su actitud quizá engañe a todos los demás, pero quiero que sepa que a mí no me engaña.

El anciano se vuelve lentamente, como si lo hiciese por fases. Primero se mueve un pie, después una rodilla, la cintura lisiada, el otro pie, finalmente el tronco cadavérico. El feo brote que tiene por cabeza se inclina sobre el delgado tallo que la sostiene, ofreciendo a Rebecca una vista de su moteado cuero cabelludo. La larga nariz sobresale como un timón retorcido. Con la misma espantosa lentitud, la cabeza se levanta para desvelar unos ojos fangosos y una boca floja. Un destello del más puro afán de venganza asoma en los ojos apagados, y los labios muertos se retuercen.

Asustada, Rebecca da un instintivo paso atrás. La boca de Burny se ha transformado en una mueca horrible. Rebecca siente deseos de escapar, pero la rabia por que la haya humillado ese estúpido le permite mantenerse firme.

—Lady Magowan tuvo una pesadilla mala, mala —le informa Burny. Habla como si estuviera drogado, o medio dormido—. Y lady Sophie tuvo una pesadilla. Solo que la suya era peor. —Profiere una risilla—. El rey estaba en su contaduría, contando sus queridas. Eso es lo que Sophie vio cuando se quedó dormida. —Sus risitas suben de tono, y dice algo que podría ser «Señor

Munching». Sus labios se estremecen, desvelando unos dientes amarillos, irregulares, y la cara hundida experimenta un discreto cambio. Una nueva forma de inteligencia parece afilar sus facciones—. ¿Conoces al señor Munshun? ¿El señor Munshun y su pequeño amigo Gorg? ¿Sabes qué pasó en Chicago?

—Déjelo ya, señor Burnside.

—¿Conocez a Fridz Haarman, ese que eda tan encandador? Le llamaban, le llamaban le llamaban el vamp vamp vampido de Hanover, zí, ezo hazían, hazían, hazían. Todoz, todoz, todoz tienen pezadillaz todo el tiembo, tiembo, tiembo, ja, ja, jo, jo.

—*¡Deje ya de hablar de esa manera!* —exclama Rebecca—. *¡A mí no me engaña!*

Por un instante la nueva inteligencia destella en los ojos nublados de Burny. Casi de inmediato se apaga. Se pasa la lengua por los labios y dice:

—Dezpierta, Burn-Burn.

—Como quiera —concluye Rebecca—. La cena se sirve abajo a las siete, si le apetece. Vayase a echar una siestecita o algo, ¿de acuerdo?

Burny le dirige una mirada opaca, de irritación, y deja caer un pie en el suelo para iniciar el tedioso proceso de volverse de nuevo.

—Puede escribirlo. Fritz Haarman. En Hanover. —Su boca se tuerce en una sonrisa de una malicia perturbadora—. Cuando el rey venga aquí, a lo mejor podemos bailar juntos.

—No, gracias. —Rebecca le da la espalda al viejo espanto y se aleja pasillo abajo con el repiquetear de sus altos tacones, incómodamente consciente de que los ojos de Burny la siguen.

El precioso bolsito Coach de Rebecca está sobre su escritorio en el vestíbulo sin ventanas que da al despacho de Chipper. Antes de entrar, hace una pausa para arrancar un papel del taco de notas, escribir *Fritz Harmann(?), Hanover(?)*, y deslizado en el compartimiento central del bolso. Puede que no sea nada —probablemente sí—, pero ¿quién sabe? Está furiosa por haber dejado que Burnside la asustara, y si logra encontrar alguna forma de utilizar sus estupideces en su contra, hará cuanto pueda para echarle del Centro Maxton.

—Nena, ¿eres tú? —la llama Chipper.

—No, soy Lady Magowan y su pesadilla de mierda. —Entra a grandes zancadas en el despacho de Chipper y le encuentra sentado a su escritorio,

contando satisfecho los billetes aportados esa tarde por los hijos e hijas de su clientela.

—Mi pequeña Becky tiene pinta de haber recibido un rapapolvo —dice Chipper—. ¿Qué ha pasado, uno de nuestros zombis te ha dado un pisotón?

—No me llames Becky.

—Eh, vamos, alegra esa cara. No vas a creer cuánto les ha sacado hoy tu elocuente amiguito a los parientes. ¡Ciento veintiséis pavos! ¡Regalados! Bueno, a ver, ¿qué ha ocurrido?

—Charles Burnside me ha pegado un susto, eso ha pasado. Debería estar en un hospital psiquiátrico.

—¿Estás de broma? Ese zombi en particular vale su peso en oro. Mientras Charles Burnside no exhale su último aliento tendrá siempre un lugar en mi corazón. —Sonriendo, blande un fajo de billetes—. Y si tú tienes un lugar en mi corazón, querida mía, siempre tendrás un lugar en el Centro Maxton.

El recuerdo de Burny diciéndole *El rey estaba en su contaduría contando a sus queridas* hace sentir impura a Rebecca. De no estar exhibiendo Chipper esa sonrisa tan exultante y relajada, Rebecca supone que no le traería el desagradable recuerdo del que era su residente favorito. *Todoz, todoz, todoz tienen pesadillas todo el tiembo, tiembo, tiembo…* no estaba mal como descripción de la French Landing del Pescador. Qué gracioso, a uno no se le ocurriría pensar que el viejo Burny le prestara más atención a los asesinatos que Chipper. Rebecca nunca le había oído mencionar los crímenes del Pescador, aparte de la ocasión en que refunfuñó sobre que no podría decirle a nadie que iba a pescar hasta que Dale Gilbertson diera con su gran trasero en la cárcel, y ¿qué clase de comentario de mierda era ese?

8

Dos llamadas telefónicas y otro asunto, privado, que él intenta por todos los medios negar, se han confabulado para sacar a Jack Sawyer de su caparazón en el valle de Norway y ponerlo de camino hacia French Landing, la calle Sumner y la comisaría de policía. La primera llamada había sido de Henry, que telefoneaba de la cafetería del Centro Maxton durante uno de los descansos del Sinfónico, y que había insistido en hablar claro. Por lo visto esa mañana habían raptado a un niño delante del Centro Maxton, en la acera. Cualesquiera que fuesen los motivos de Jack para mantenerse alejado del caso, motivos que por cierto nunca había explicado, ya no contaban, lo sentía. Con ese ya eran cuatro niños que habían sucumbido al Pescador, porque Jack no creía en realidad que Irma Freneau fuera a aparecer en la puerta de su casa en cualquier momento, ¿verdad? ¡Cuatro niños!

—No —había dicho Henry—, no lo he oído en la radio. Ha sucedido esta mañana. Lo he sabido por un encargado de la limpieza del Centro Maxton —había explicado—. Vio a un poli con aspecto preocupado recoger una bicicleta y meterla en el maletero.

»Muy bien —había proseguido—, a lo mejor *no puedo* estar seguro, pero *lo estoy.* Para la noche Dale habrá identificado al pobre crío, y mañana su nombre aparecerá en titulares en el periódico. Y entonces todo este condado perderá la chaveta. ¿No lo entiendes? Solo saber que estás involucrado contribuirá enormemente a calmar a la gente. No puedes permitirte el lujo de retirarte, Jack. Tienes que hacer tu parte.

Jack le había dicho que estaba sacando conclusiones, y que hablarían de eso más tarde.

Cuarenta y cinco minutos después, Dale Gilbertson había llamado para darle la noticia de que un niño llamado Tyler Marshall había desaparecido delante del Centro Maxton en algún momento de la mañana, y de que el padre de Tyler, Fred Marshall, estaba allí en ese momento, en la comisaría, exigiendo ver a Jack Sawyer. Fred era un gran tipo, un hombre recto de verdad y familiar, un ciudadano serio y responsable, un *amigo* de Dale, podría decirse, pero por el momento estaba desesperado. Al parecer, Judy, su mujer, había tenido algunos problemas de tipo mental ya antes de que empezaran las dificultades, y la desaparición de Tyler había acabado de sacarla de sus casillas. Decía cosas absolutamente incoherentes, se hacía daño a sí misma y destrozaba cosas de la casa.

—Y digamos que yo conozco a Judy Marshall —había dicho Dale—. Una mujer guapa, guapísima, muy menuda pero por dentro más resistente que un toro, con los dos pies en el suelo, una gran persona, una persona formidable, alguien de quien nunca habrías creído que iba a perder el control, pasara lo que pasase. Parece ser que ella creyó, o supo, o lo que sea, que Tyler había sido raptado incluso antes de que apareciera su bicicleta. A última hora de la tarde, se puso tan mal que Fred tuvo que llamar al doctor Skarda y llevarla al hospital Luterano del Condado de French, en Arden, donde después de echarle un vistazo la ingresaron en la sala D, en el ala psiquiátrica. Así que te puedes imaginar el estado en que se encuentra Fred. Insiste en hablar contigo. *No tengo ninguna confianza en ti*, me ha dicho.

»Bueno —había proseguido—, si tú no vienes, Fred Marshall se va a presentar en tu casa, eso es lo que ocurrirá. No puedo ponerle una correa al tipo, y no voy a encerrarle para que no se acerque a ti. Por encima de todo lo demás, te necesitamos aquí, Jack.

»Muy bien —había dicho—. Sé que no vas a prometer nada; pero sabes lo que deberías hacer.

¿Habrán sido suficientes esas palabras para que se suba a la camioneta y conduzca carretera abajo hasta la calle Sumner? Probablemente, imagina Jack, lo cual convierte el tercer factor, su secreto, un secreto apenas reconocido, en algo inconsecuente. No significa nada. Un estúpido ataque de nervios, una acumulación de ansiedad, completamente normal dadas las circunstancias. La clase de cosa que podría pasarle a cualquiera. Le había dado la sensación de que

tenía que salir de la casa, ¿y qué? Nadie podía acusarle de *escapar.* Estaba dirigiéndose hacia, y no huyendo de, eso de lo que más quería *escapar,* la oscura resaca de los crímenes del Pescador. Tampoco estaba comprometiéndose a involucrarse en mayor grado. Un amigo de Dale y padre de un niño aparentemente desaparecido, ese tal Fred Marshall, insistía en hablar con él; bien, pues dejémosle hablar. Si media hora con un detective retirado podía ayudar a Fred Marshall a encontrar la solución a sus problemas, el detective retirado estaba dispuesto a regalarle ese tiempo.

Todo lo demás era puramente personal. Sueños que tenía despierto y huevos de petirrojo se le agolpaban en la mente, pero eso era puramente personal. Podía esperarse a que pasaran, ignorarse, resolverse. Ninguna persona racional se tomaba esas cosas en serio; eran como una tormenta de verano, que viene y se va. Ahora, mientras se deslizaba para cruzar el semáforo en verde de Centralia y advertía, con la reflexiva atención de un poli, la hilera de Harley en el aparcamiento del Sand Bar, se sintió capaz de ver con cierta perspectiva las dificultades de esa tarde. Era perfectamente comprensible que se hubiera sentido incapaz de abrir —bueno, digamos que poco dispuesto a hacerlo— la puerta de la nevera. Las sorpresas desagradables hacían que uno se pensara las cosas dos veces. Una luz de la sala de estar se había fundido, y cuando se había dirigido al cajón que contenía media docena de bombillas halógenas, había sido incapaz de abrirlo. De hecho, no había podido abrir ningún cajón, vitrina o armario en la casa, lo que le había incapacitado para prepararse una taza de té, cambiarse de ropa, prepararse la comida o hacer otra cosa que no fuera hojear libros con poco entusiasmo o ver la televisión. Cuando la tapa oscilante del buzón había amenazado con ocultar una pirámide de pequeños huevos azules, había decidido posponer la recogida del correo hasta el día siguiente. De todas formas, lo único que recibía eran extractos bancarios, revistas y folletos publicitarios.

No lo hagamos sonar peor de lo que fue, se dice Jack. *Podría haber abierto cada, puerta, cajón y armario en la casa, pero no quería hacerlo. No tenía miedo de que de la nevera o del armario se derramaran huevos de petirrojo, es solo que no quería arriesgarme a encontrarme con una de esas condenadas cosas. Muéstrame a un psiquiatra que diga que eso es neurótico, y yo te enseñaré a un tarado que no entiende de psicología. Todos los veteranos solían decirme que trabajar en homicidios te trastocaba la cabeza. ¡Demonios, para*

empezar fue por eso que me retiré!

¿Qué se suponía que tenía que hacer, quedarme en el cuerpo hasta que me tragara la pistola? Tú eres un tipo listo, Henry Leyden, y yo te quiero, ¡pero hay algunas cosas que no CAPTAS*!*

Muy bien, se dirigía a la calle Sumner. Todo el mundo le estaba gritando que hiciera algo, y eso era lo que estaba haciendo. Diría hola a Dale, saludaría a los muchachos, se sentaría con ese Fred Marshall, el ciudadano recto con un hijo desaparecido, y le daría la coba habitual sobre que se estaba haciendo todo lo posible, bla, bla, que el FBI está trabajando estrechamente con nosotros en este caso, y ellos tienen a los mejores investigadores del mundo. *Esa clase* de coba. Por lo que a Jack concernía, su primer deber era apaciguar a Fred Marshall, como quien calma los sentimientos de un gato herido; cuando Marshall se hubiese tranquilizado, el supuesto compromiso de Jack para con la comunidad —un compromiso que existía enteramente en las mentes de otros— se vería satisfecho, liberándole para volver a su merecida privacidad. Si a Dale no le gustaba, podía salir corriendo y tirarse al río Misisipí; si a Henry no le gustaba, Jack se negaría a leer *Casa desolada* y a cambio le obligaría a escuchar a Lawrence Welk, Vaughn Monroe o algo igualmente insoportable. Lo malo del Dixieland. Años atrás, alguien le había dado a Jack un disco compacto titulado *Fats Manassas his Muskrat All Stars stompin' the ramble.* Treinta segundos de Fats Manassas, y Henry estaría rogando piedad.

Esa imagen hace que Jack se sienta suficientemente cómodo para demostrar que su vacilación ante armarios y cajones había sido fruto de una mala disposición pasajera, no de una incapacidad fóbica. Incluso mientras su atención ha estado en otra parte —lo que ha ocurrido la mayor parte del tiempo— el cenicero que hay debajo del salpicadero ha estado burlándose de él y provocándolo desde el momento en que ha subido a la camioneta. Una especie de provocación siniestra, un aura de malicia latente envuelve el pequeño panel plano del cenicero. ¿Teme acaso que detrás de este aceche un pequeño huevo azul?

Claro que no. Ahí no hay nada más que aire y plástico moldeado negro.

En ese caso, puede extraerlo.

Los edificios a las afueras de French Landing pasan deslizándose junto a las ventanillas de la camioneta. Jack casi ha alcanzado el mismo punto en el que

Henry le puso fin al Dirtysperm. Es obvio que puede abrir el cenicero. Nada podría ser más fácil. Solamente hay que meter los dedos debajo y estirar. La cosa más sencilla del mundo. Extiende la mano. Antes de que sus dedos alcancen el panel, retira la mano. Gotas de sudor se le deslizan por la frente para depositársele en las cejas.

—No es una buena idea —dice en voz alta—. ¿Tienes algún tipo de problema con esto, Jacky?

De nuevo, extiende la mano hacia el cenicero. Súbitamente consciente de que está prestando más atención al fondo de su salpicadero que a la carretera, alza la vista y reduce la velocidad a la mitad. Se niega a frenar. Se trata solo de un cenicero, por Dios. Sus dedos tocan el panel, luego se doblan bajo la tapa. Jack le echa una mirada más a la carretera. Luego, con la decisión de una enfermera al arrancar un pedazo de esparadrapo del vientre velludo de un paciente, extrae de un tirón la bandeja móvil. El accesorio del encendedor, que había sacado sin darse cuenta en la entrada de su casa esa mañana, salta diez centímetros en el aire, pareciéndose enormemente, a los ojos de Jack, a un huevo negro y plateado.

Se desvía de la carretera, da tumbos sobre el arcén cubierto de hierbajos y continúa hacia un poste telefónico que se avecina súbitamente. El encendedor cae de nuevo en la bandeja con un ruido metálico que ningún huevo del mundo podría haber ocasionado. El poste telefónico se acerca y casi llena el parabrisas. Jack pisa el freno y se detiene con una sacudida, ocasionando un aluvión de ruidos y vibraciones desde el cenicero. De no haber aminorado la velocidad antes de abrir el cenicero, habría chocado con el poste, que ahora se encuentra a poco más de un metro del capó de la camioneta. Jack se enjuga el sudor de la cara y recoge el encendedor.

—Mierda —masculla. Coloca el accesorio en su compartimiento y se desploma hacia atrás en el asiento—. No me extraña que digan que fumar puede matarle a uno —añade. El chiste es demasiado flojo para que le haga gracia, y durante un par de segundos no hace otra cosa que permanecer hundido en el asiento y observar el escaso tráfico en la calle Lyall. Cuando los latidos de su corazón vuelven a algo parecido a lo normal, se recuerda a sí mismo que, después de todo, ha abierto el cenicero.

Es evidente que al rubio y desmelenado Tom Lund le han hecho prepararse para su llegada, pues cuando Jack pasa por delante de las tres bicicletas alineadas junto a la puerta y entra en la comisaría, el joven agente sale disparado de detrás de su escritorio y se acerca corriendo para susurrarle que Dale y Fred Marshall están esperándole en el despacho de Dale, y que él le acompañará enseguida. Estarán contentos de verlo, eso seguro.

—Y yo también lo estoy, teniente Sawyer —añade Lund—. Tengo que decírselo, hombre. Pienso que usted tiene lo que nos hace falta.

—Llámame Jack. Ya no soy teniente. Ya ni siquiera soy poli.

Jack había conocido a Tom Lund durante la investigación de Kinderling, y le había gustado el entusiasmo y la dedicación de aquel joven. Enamorado de su trabajo, de su uniforme y de su placa, respetuoso con su jefe y sobrecogido ante Jack, Lund había pasado sin quejarse cientos de horas al teléfono, en los juzgados, y en su coche, comprobando y repasando los a menudo contradictorios detalles que habían surgido del enfrentamiento entre un vendedor de seguros agrícolas de Wisconsin y una trabajadora del Sunset Strip. Tom Lund había conservado todo el tiempo la energía y la animación de un *quarterback* de instituto que corriese al campo para jugar su primer partido.

Ya no tiene ese aspecto, observa Jack. Bajo los ojos le cuelgan unas bolsas oscuras y los huesos de su cara son más prominentes. Hay más que insomnio y agotamiento tras el físico de Lund: sus ojos esgrimen la expresión indefensa y asustada de aquellos que han sufrido un gran choque emocional. El Pescador se ha robado una buena parte de la juventud de Tom Lund.

—Veré qué puedo hacer —agrega Jack, ofreciendo la promesa de un compromiso mayor del que pretendía.

—Desde luego, cualquier cosa que pueda ofrecernos nos será útil —dice Lund. Es demasiado, demasiado servil, y cuando Lund se vuelve para acompañarlo a la oficina, Jack piensa: *No he venido aquí para ser vuestro salvador.*

De inmediato, semejante pensamiento hace que se sienta culpable.

Lund llama a la puerta, la abre para anunciar la presencia de Jack, hace entrar a este y desaparece como un fantasma, pasando totalmente inadvertido para los dos hombres que se levantan de sus asientos y clavan la mirada en el rostro de su visitante, uno con visible gratitud, el otro con un grado enorme de la misma

emoción mezclada con pura necesidad, lo que hace que Jack se sienta aún más incómodo.

Tras la confusa presentación por parte de Dale, Fred Marshall dice:

—Gracias por acceder a venir, muchas gracias. Es todo lo que puedo… —Su brazo derecho sobresale como la manivela de un surtidor. Cuando Jack le estrecha la mano, una cantidad aún mayor de sentimiento inunda el rostro de Fred Marshall. Su mano aprieta la mano de Jack y parece casi *reclamarla,* como un animal reclama su presa. La oprime, fuerte, un número considerable de veces. Se le llenan los ojos de lágrimas—. No puedo… —Marshall retira la mano, se enjuga las lágrimas de la cara. Ahora sus ojos parecen francos e intensamente vulnerables—. Vaya, oh, vaya —dice—. Me alegra de veras que esté usted aquí, señor Sawyer. ¿O debería decir teniente?

—Jack está bien. ¿Por qué no me informan, los dos, qué ha pasado hoy?

Dale señala una silla vacía; los tres hombres toman asiento; la historia dolorosa pero esencialmente simple de Fred, Judy y Tyler Marshall da comienzo. Primero habla Fred, durante un rato. En su versión de la historia una mujer valiente, intrépida, una esposa y madre devota, sucumbe a desconcertantes transformaciones y trastornos de múltiples facetas, y desarrolla síntomas misteriosos que pasa por alto su ignorante, estúpido y egocéntrico marido. Pronuncia palabras sin sentido; escribe tonterías en hojas de papel, se embute los papeles en la boca, e intenta tragárselos. *Ve de antemano la tragedia que se avecina, y eso la trastorna.* Suena a locura, pero el marido egocéntrico cree que es la verdad. Es decir, él *piensa* que cree que es la verdad, porque ha estado pensando en ello desde que habló con Dale por primera vez, y aunque parezca de locos, en cierta forma tiene sentido. ¿Qué otra explicación podría haber? Así que eso es lo que piensa: que su mujer empezó a perder la cabeza porque sabía que el Pescador estaba en camino. Supone que son posibles cosas como esa. Por ejemplo, su aquejada y valiente esposa sabía que su precioso y maravilloso hijo había desaparecido ya antes de que el marido estúpido y egoísta, que se fue a trabajar exactamente como si fuera un día normal, le contara lo de la bicicleta. Eso demostraba bastante bien lo que estaba diciendo. El precioso niño salió con sus tres amigos, pero solo estos habían vuelto, y el agente Danny Tcheda encontró la bici Schwinn del pequeño y una de sus pobres zapatillas deportivas delante del Centro Maxton, en la acera.

—¿Danny *Chita*? —pregunta Jack, quien, como Fred Marshall, está empezando a creer que piensa en ciertas cosas alarmantes.

—Tcheda —aclara Dale, y se lo deletrea. Dale le cuenta su propia versión, un relato mucho más corto. En la historia de Dale Gilbertson, un chico sale a dar un paseo en su bicicleta y desaparece, puede que como resultado de un rapto, de la acera del Centro Maxton. Eso es todo lo que Dale sabe de lo sucedido, y confía en que Jack Sawyer sea capaz de llenar los espacios en blanco.

Jack Sawyer, a quien los otros dos hombres que hay en la habitación observan fijamente, se toma su tiempo para asimilar los tres pensamientos que ocupan su mente. El primero no es tanto un pensamiento como una respuesta que incorpora una creencia escondida: desde el momento en que Fred Marshall le ha estrechado la mano y ha dicho: «Vaya, oh, vaya», Jack se ha dado cuenta de que el hombre le cae bien, lo que supone un giro imprevisto en los acontecimientos de la tarde. Fred Marshall se le antoja algo así como el chaval de un cartel anunciador de la vida en una ciudad pequeña. Si uno pusiera su fotografía en una valla publicitaria que anunciara inmobiliarias del condado de Frenen, podría venderles un montón de casas de segunda residencia a gente de Milwaukee y Chicago. El rostro cordial y agradable de Marshall y su esbelto cuerpo de corredor son eficaces como referencia de la responsabilidad, la decencia, el buen comportamiento y las buenas relaciones de vecindad, la modestia y de un corazón generoso. Cuanto más se acusa Fred Marshall de egoísta y de estúpido, mejor le cae a Jack. Y cuanto mejor le cae, más comprende su terrible situación y más desea ayudarlo. Jack ha llegado a la comisaría suponiendo que actuaría ante el amigo de Dale como un policía, pero sus reflejos de poli se han oxidado por falta de uso. Está actuando como lo haría un vecino. Los polis, y Jack lo sabe muy bien, raras veces ven a los civiles que están sufriendo las secuelas de un crimen desde esa perspectiva, desde luego nunca en las primeras etapas de una investigación. (El pensamiento que se oculta en el centro de la actitud de Jack hacia el hombre que tiene delante es que Fred Marshall, siendo lo que es, no puede abrigar sospechas de nadie con quien esté en buenas relaciones.)

El segundo pensamiento es tanto el de un poli como el de un vecino, y mientras continúa su ajuste del tercer pensamiento, que es totalmente producto de sus oxidados aunque aún precisos reflejos de poli, lo hace público.

—¿Esas bicis que he visto fuera pertenecen a los amigos de Tyler? ¿Alguien

está interrogándolos?

—Bobby Dulac —responde Dale—. He hablado con ellos cuando han entrado, pero no he sacado nada en claro. Según los chicos, estaban todos juntos en la calle Chase, y Tyler se fue por su cuenta. Dicen que no vieron nada. Es posible que haya sido así.

—Pero tú crees que hay algo más.

—Desde luego que sí, pero no tengo ni idea de qué puede ser, y debemos mandarles a casa antes de que a sus padres les dé un ataque.

—¿Quiénes son, cómo se llaman?

Fred Marshall junta los dedos como si lo hiciera en torno a la empuñadura de un bate de béisbol invisible.

—Ebbie Wexler, T. J. Renniker y Ronnie Metzger. Son los crios con los que Tyler ha estado saliendo este verano. —Una opinión no expresada pende en el aire tras esta última frase.

—Suena como si no los considerara la mejor compañía para su hijo.

—Bueno, no —dice Fred, atrapado entre el deseo de decir la verdad y el deseo innato de evitar parecer injusto—. No si lo pone así. Ebbie es como una especie de bravucón, y los otros dos quizá pequen un poco de… *¿lentos?* Espero… o esperaba… que Ty se diera cuenta de que podía aspirar a más y pasar su tiempo libre con niños que estuviesen más, ya sabe…

—Más a su nivel.

—Exacto. El problema es que mi hijo es más bien pequeño para su edad, y Ebbie Wexler es… esto…

—Fornido y alto para su edad —concluye Jack—. La perfecta situación para un bravucón.

—¿Está diciendo que *usted* conoce a Ebbie *Wexlert?*

—No, pero le he visto esta mañana. Estaba con los otros dos chicos y su hijo.

Dale da un respingo y Fred Marshall deja caer su bate invisible.

—¿Cuándo ha sido eso? —pregunta Dale.

—¿Dónde? —inquiere Fred Marshall al mismo tiempo.

—En la calle Chase, sobre las ocho y diez. Venía a recoger a Henry Leyden para llevarle a casa. Cuando salíamos de la ciudad, los chicos han girado con sus bicicletas justo delante de mí. He visto perfectamente a su hijo, señor Marshall. Parece un chico estupendo.

La expresión de asombro de Fred Marshall indica que empieza a abrigar alguna especie de esperanza, de promesa; Dale se relaja.

—Eso concuerda bastante con su historia. Habrá sido justo antes de que Tyler se fuera por su cuenta. Si es que lo ha hecho.

—O ellos se han largado y le han dejado —dice el padre de Ty—. Iban más rápido en sus bicis que Ty, y algunas veces, ya sabe… le hacían rabiar.

—Alejándose a toda prisa y dejándolo solo —concluye Jack.

Fred Marshall asiente, abatido, con la cabeza, dejando entrever humillaciones infantiles compartidas con ese padre comprensivo. Jack recuerda el rostro encendido, hostil y el ademán soez de Ebbie Wexler y se pregunta si el chico se estará protegiendo a sí mismo, y cómo. Dale ha dicho haber olfateado la presencia de la falsedad en la historia de los chicos, pero ¿por qué iban a mentir? Cualesquiera que fuesen sus razones, era casi seguro que la mentira empezaba con Ebbie Wexler. Los otros dos seguían órdenes.

Dejando de lado, por el momento, el tercero de sus pensamientos, Jack dice:

—Quiero hablar con los chicos antes de que los mandéis a casa. ¿Dónde están?

—En la sala de interrogatorios, en lo alto de las escaleras. —Dale señala el techo con un dedo—. Tom te acompañará arriba.

Con sus paredes pintadas de un gris de barco de guerra, una mesa metálica gris y una única ventana estrecha como la tronera del muro de un castillo, la habitación en lo alto de las escaleras parece estar diseñada para provocar confesiones por aburrimiento y desespero, y cuando Tom Lund precede a Jack al trasponer la puerta, los cuatro habitantes de la sala de interrogatorios parecen haber sucumbido a su plomizo ambiente. Bobby Dulac mira de soslayo, deja de golpear con un lápiz la superficie de la mesa, y dice:

—Bueno, hurra por Hollywood. Dale dijo que iba usted a venir. —Hasta Bobby reluce un poco menos notoriamente en esta penumbra—. ¿Quería interrogar a estos matones, teniente?

—Dentro de un minuto, quizá. —Dos de los tres matones que hay al otro lado de la mesa observan a Jack situarse junto a Bobby Dulac como si temieran que los encerrase en una celda. Las palabras «interrogar» y «teniente» han tenido el vigorizante efecto de un viento frío del lago Michigan. Ebbie Wexler mira a Jack entrecerrando los ojos, intentando parecer duro, y el niño a su lado, Ronnie

Metzger, se revuelve en el asiento, con ojos como platos. El tercer chico, T. J. Renniker, ha apoyado la cabeza sobre los brazos cruzados y parece estar dormido.

—Despertadle —indica Jack—. Tengo algo que decir, y quiero que todos vosotros lo oigáis. —De hecho, no tiene nada que decir, pero necesita que esos chicos le presten atención. Ya sabe que Dale estaba en lo cierto. Si no mienten, al menos se guardan algo. Por eso su repentina presencia en la amodorrada escena les ha asustado. De haberse encontrado Jack al mando, habría separado a los chicos para interrogarles de forma individual, pero ahora tiene que vérselas con el error de Bobby Dulac. Ha de considerarles colectivamente, para empezar, y tiene que trabajar valiéndose de su temor. No quiere aterrorizar a los chicos, simplemente hacer que sus corazones latan un poco más rápido; después de eso, podrá separarles. El vínculo más débil, más culpable, ya se ha declarado. Jack no siente ningún escrúpulo a la hora de decir mentiras para obtener información.

Ronnie Metzger le da un empujón en el hombro a T. J. y dice:

—Despierta, esdútipo… *estúpido.*

El chico se queja, levanta la cabeza de la mesa, empieza a estirar los brazos. Con la mirada fija en Jack, y parpadeando y tragando saliva, se incorpora hasta sentarse.

—Bienvenido de vuelta —dice Jack—. Quiero presentarme y explicar qué estoy haciendo aquí. Me llamo Jack Sawyer y soy teniente en la División de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles. Tengo una hoja de servicios excelente y toda una habitación llena de menciones y medallas. Cuando voy tras un tipo malo, por lo general acabo deteniéndolo. Hace tres años, vine aquí desde Los Angeles por un caso. Dos semanas más tarde, un hombre llamado Thornberg Kinderling fue enviado encadenado de regreso a L.A. Puesto que conozco esta zona y he trabajado con sus agentes de las fuerzas de la ley, el departamento de Los Ángeles me ha pedido que ayude a la policía local en su investigación sobre los asesinatos del Pescador. —Echa un vistazo para comprobar si Bobby Dulac sonríe ante semejantes disparates, pero Bobby está mirando fijamente por encima de la mesa sin expresión alguna en el rostro—. Vuestro amigo Tyler Marshall estaba con vosotros antes de que desapareciera esta mañana. ¿Se lo ha llevado el Pescador? Detesto decirlo, pero creo que así es. Puede que podamos recuperar a Tyler, o puede que no, pero si tengo que

coger al Pescador, necesito que me digáis exactamente qué ha pasado, hasta el último detalle. Tenéis que ser honestos conmigo, por que si mentís o guardáis algo en secreto, seréis culpables de obstrucción a la justicia. La obstrucción a la justicia es un crimen serio, muy serio. Agente Dulac, ¿cuál es la condena mínima por ese crimen en el estado de Wisconsin?

—Cinco años, estoy casi seguro —contesta Bobby Dulac.

Ebbie Wexler se muerde la parte interior de la mejilla; Ronnie Metzger aparta la mirada para concentrarla ceñudo en la mesa; T. J. Renniker contempla con desánimo la estrecha ventana.

Jack se sienta al lado de Bobby Dulac.

—A propósito, yo soy el tipo de la camioneta al que uno de vosotros le ha hecho un ademán grosero con el dedo esta mañana. No puedo decir que me entusiasme volver a veros.

Dos cabezas se vuelven hacia Ebbie, que bizquea ferozmente, intentando resolver ese nuevo problema.

—Yo no he hecho eso —dice, pues está resuelto a negarlo todo, rotundamente—. Puede que lo haya parecido, pero no lo he hecho.

—Estás mintiendo, y aún no hemos empezado a hablar de Tyler Marshall. Te daré otra oportunidad más. Dime la verdad.

Ebbie sonríe.

—Yo no voy por ahí haciendo ademanes groseros a las personas que no conozco.

—Levántate —ordena Jack.

Ebbie mira a un lado y a otro, pero sus amigos son incapaces de mirarle a los ojos. Empuja su silla hacia atrás y se levanta, con aire vacilante.

—Agente Dulac —añade Jack—, llévese fuera a este chico y reténgalo ahí.

Bobby Dulac hace su papel a la perfección. Se contonea para levantarse de la silla y mantiene la mirada clavada en Ebbie mientras se acerca a él. Parece una pantera de camino hacia una opípara comida. Ebbie Wexler salta hacia atrás e intenta detener a Bobby levantando una mano.

—No, no lo haga… lo retiro… sí que lo hice, ¿vale?

—Demasiado tarde —dice Jack. Observa a Bobby agarrar al muchacho por el codo y tironear de él hacia la puerta. Con la cara roja y sudando, Ebbie planta los pies en el suelo, y la presión hacia adelante ejercida en su brazo le hace

doblarse en dos sobre la prominente barriga. Se tambalea hacia adelante, dando gritos y salpicando lágrimas. Bobbie Dulac abre la puerta y lo arrastra al deprimente pasillo del primer piso. La puerta se cierra con estruendo poniendo fin a un gemido de temor.

Los dos chicos restantes se han vuelto del color de la leche descremada y parecen incapaces de moverse.

—No os preocupéis por él —les tranquiliza Jack—. No le pasará nada. En quince, veinte minutos, estaréis listos para iros a casa. He creído que no tenía sentido hablar con alguien que miente nada más empezar, eso es todo. Acordaos: hasta un poli pésimo sabe cuándo le mienten, y yo soy un *gran* poli. De modo que esto es lo que vamos a hacer ahora. Vamos a hablar de lo que ha pasado esta mañana, de lo que estaba haciendo Tyler, la forma en que os habéis separado de él, dónde estabais, qué habéis hecho después, si habéis visto a alguien, esa clase de cosas. —Se inclina y pone las palmas encima de la mesa—. Adelante, contadme qué ha pasado.

Ronnie y T. J. se miran. T. J. se lleva el índice derecho a la boca y empieza a roer la uña con los dientes incisivos.

—Ebbie le ha hecho eso con el dedo —dice Ronnie.

—No me digas. Después de eso.

—Esto… Ty dijo que tenía que pirarse a algún sitio.

—Tenía que pirarse a algún sitio —repite T. J.

—¿Dónde estabais en ese momento?

—Humm… fuera de Allsorts Pomorium.

—*Emporium* —corrige T. J.—. No es pomorium, cabeza de chorlito, es *em-po-rium*.

—¿Y?

—Y Ty dijo… —Ronnie mira a T. J.—. Ty dijo que tenía que pirarse a algún sitio.

—¿En qué dirección se fue, este u oeste?

Los chicos reaccionan ante la pregunta como si se la hubieran formulado en otro idioma, dándole vueltas y permaneciendo mudos.

—¿Hacia el río o en la dirección opuesta?

Se consultan otra vez. La pregunta se ha hecho en inglés, pero no existe una respuesta apropiada. Finalmente, Ronnie dice:

—No lo sé.

—¿Qué dices tú, T. J.? ¿Lo sabes?

T. J. niega con la cabeza.

—Bien. Eso es ser honesto —dice Jack—. No lo sabes porque no le has visto marchar, ¿verdad? Y él no ha dicho en realidad que tenía que ir a ningún sitio, ¿verdad? Apuesto a que Ebbie se lo ha inventado.

T. J. se retuerce y Ronnie mira fijamente a Jack con asombro y sobrecogimiento. Jack acaba de revelarles que es Sherlock Holmes.

—¿Os acordáis cuando he pasado con mi camioneta? —dice, y ellos asienten —. Tyler estaba con vosotros —añade, y vuelven a asentir—. Ya habías bajado de la acera de Allsorts Emporium, y pedaleabais hacia el este por la calle Chase… en dirección contraria al río. Os he visto por el espejo retrovisor. Ebbie iba pedaleando muy deprisa. Vosotros dos casi conseguíais manteneros a su altura. Tyler es más pequeño que el resto de vosotros, y quedó rezagado. Así que sé que no se fue por su cuenta. No podía mantener el ritmo.

Ronnie Metzger gimotea.

—Y se quedó muy, muy atrás, y el Cespador salió y se lo llevó. —Se echa a llorar.

Jack se inclina hacia adelante.

—¿Lo has visto suceder? ¿Alguno de los dos lo ha visto?

—Nooooo —dice Ronnie entre sollozos. T. J. niega lentamente con la cabeza.

—¿No habéis visto a nadie hablar con Ty, o detenerse un coche, o a él entrando en una tienda, o algo similar?

Los chicos profieren un balbuceo incoherente para manifestar que no vieron nada.

—¿Cuándo os disteis cuenta de que no estaba?

T. J. abre la boca, para luego cerrarla. Ronnie responde:

—Cuando nos estábamos tomando unos sorbetes. —Su cara se frunce por la tensión. T. J. asiente.

Dos preguntas más revelan que en efecto habían tomado unos sorbetes en el 7-Eleven, donde también compraron cartas Magic, y que probablemente no tardaron más de un par de minutos en percatarse de la ausencia de Tyler Marshall.

—Ebbie dijo que Ty nos compraría más cartas —añade el amable Ronnie.

Han llegado al momento que Jack ha estado esperando. Sea cual sea el secreto, se trata de algo que ha pasado poco después de que los chicos salieran del 7-Eleven y vieran que Tyler aún no se había reunido con ellos. Y es solo T. J. quien guarda el secreto. El crío está prácticamente sudando sangre, mientras que el recuerdo de los sorbetes y las cartas Magic ha calmado notablemente a su amigo. Solo hay una pregunta más que Jack desea hacerles a los dos.

—Así que Ebbie quería encontrar a Tyler. ¿Habéis ido todos con las bicis a buscarle, o Ebbie ha enviado a uno solo de vosotros?

—¿Eh? —suelta Ronnie. T. J. deja caer la barbilla y cruza sus brazos por encima de la cabeza, como si quisiera protegerse de un golpe—. Tyler se fue a alguna parte —dice Ronnie—. Nosotros no le buscamos, nos fuimos al parque. Para cambiar cartas Magic.

—Ya veo —dice Jack—. Ronnie, gracias. Me has sido de gran ayuda. Me gustaría que salieras y te quedaras con Ebbie y el agente Dulac mientras mantengo una pequeña charla con T. J. No nos llevará más de cinco minutos, si llega.

—¿Puedo irme? —pregunta Ronnie, y al ver que Jack asiente se levanta vacilante de la silla. Cuando llega a la puerta, T. J. emite un gemido.

Cuando Ronnie sale T. J. se echa bruscamente hacia atrás en la silla e intenta encogerse tanto como le sea posible mientras mira a Jack fijamente con unos ojos que se han vuelto relucientes, planos y perfectamente redondos.

—T. J. —empieza Jack—, no tienes nada de qué preocuparte, te lo prometo. —Ahora que está a solas con el niño que ha declarado su culpabilidad al quedarse dormido en la sala de interrogatorios, Jack Sawyer quiere sobre todo absolverle de esa culpabilidad. Él conoce el secreto de T. J., y el secreto no es nada; es inútil—. No importa lo que me digas, no voy a detenerte. Eso es también una promesa. No estás metido en ningún lío, hijo. De hecho, me alegra que tú y tus amigos hayáis podido venir y ayudarnos a aclarar las cosas.

Sigue en la misma línea durante otros tres o cuatro minutos, durante los cuales T. J. Renniker, anteriormente condenado a muerte por el pelotón de fusilamiento, gradualmente comprende que ha obtenido el perdón y que su puesta en libertad de lo que su amigo Ronnie llamaría *siprión* es inminente. Su rostro recupera un poco de color y sus ojos pierden la mirada de horror.

—Cuéntame qué hizo Ebbie —pide Jack—. Solo entre tú y yo. No le diré nada. Lo prometo. No voy a delatarte.

—Ebbie quería que Ty comprase más cartas Magic —contesta T. J., sintiéndose como si atravesara un territorio desconocido—. Si Ty hubiera estado ahí, lo hubiera hecho. Ebbie puede ser a veces un poco mezquino. Así que… que me dijo, vete calle abajo y tráete al tortuga, o te haré una quemadura india.

—Te montaste en la bici y volviste por la calle Chase.

—Ajá. Busqué, pero no vi a Tyler en ningún sitio. Pensé que *le vería*, ¿sabe? ¿En qué otro sitio podía estar?

—¿Y…? —Jack hace girar una mano en el aire como si recogiera con el sedal la respuesta que sabe va a llegar.

—Y no le vi. Y me fui a la calle Queen, donde está la casa de la gente mayor, con el gran seto delante. Y, bueno, vi su bici allí. En la acera delante del seto. Una zapatilla suya también estaba allí. Y algunas hojas del seto.

Ahí está, el secreto inútil. Puede que inútil del todo no, pues les permite fijar bastante bien la hora precisa en que desapareció el niño: digamos que las ocho y cuarto o las ocho y veinte. La bici ha estado en la acera al lado de la zapatilla deportiva durante algo así como cuatro horas antes de que Danny Tcheda las encontrara. El Centro Maxton ocupa casi todo el terreno en esa parte de la calle Queen, y nadie se iba a presentar para la Fiesta de la Fresa hasta por la tarde.

T.J. dice haber tenido miedo: si el Pescador agarró a Ty desde ese seto, ¡podía volver a por más! En respuesta a la última pregunta de Jack, el chico dice:

—Ebbie nos ordenó que dijéramos que Ty se fue con la bici cuando estábamos delante de Allsorts, así la gente no nos culparía. En el caso de que le mataran. Ty no está muerto, ¿verdad? A los niños como *Ty* no los matan.

—Espero que no —dice Jack.

—Yo también. —T. J. se sorbe la nariz y se la limpia en el brazo.

—Vamos a mandaros a casa —dice Jack, poniéndose de pie.

T. J. se levanta y empieza a rodear la mesa.

—¡Oh! ¡Me acabo de acordar!

—¿De qué?

—Vi plumas en la acera.

Jack siente que el suelo parece balancearse bajo sus pies, primero a la izquierda, luego a la derecha, como la cubierta de un barco. Se mantiene firme

agarrándose al respaldo de una silla.

—Vaya. —Intenta recuperar la compostura antes de volverse hacia el chico —. ¿Qué quieres decir exactamente con plumas?

—Plumas negras. Grandes. Parecían de un cuervo. Una estaba al lado de la bici, y la otra *en* la zapatilla.

—Eso es extraño —dice Jack, tratando de ganar tiempo hasta que cese el efecto que ha tenido en él la inesperada aparición de las plumas en su conversación con T. J. Renniker. Que haya respondido siquiera es ridículo; que haya sentido, aunque sea por un instante, que estaba a punto de desmayarse es grotesco. Las plumas de T. J. eran plumas auténticas de cuervo en una acera verdadera. Las suyas eran plumas de ensueño, plumas de petirrojos irreales, ilusorias como todo lo demás en un sueño. Jack se dice a sí mismo un par de cosas útiles como esas, y pronto se siente de nuevo normal, pero deberíamos tener en cuenta que, durante el resto de la noche y un largo trecho del día siguiente, la palabra *plumas* flota, envuelta en un aura como de atmósfera cargada anunciando una tormenta eléctrica, bajo sus pensamientos y a, través de ellos, saliendo de vez en cuando a la superficie con el chisporrotear de un relámpago.

—Es extraño —comenta T. J.—. ¿Cómo ha podido una pluma meterse en su *zapatilla*?

—Quizá el viento la dejara ahí —sugiere Jack, ignorando convenientemente el hecho de que ese día no sopla una gota de viento. Más calmado por la estabilidad del suelo, le indica con un ademán a T. J. que salga al pasillo, luego le sigue.

Ebbie Wexler, que estaba apoyado en la pared, se coloca pisando fuerte junto a Bobby Dulac. Hasta de carácter, a Bobby podrían haberle esculpido de un bloque de mármol. Ronnie Metzger se desplaza con sigilo.

—Podemos mandar estos chicos a casa —dice Jack—. Han cumplido con su deber.

—T. J., ¿qué has dicho? —pregunta Ebbie fulminándole con la mirada.

—Ha dejado claro que no sabéis nada sobre la desaparición de vuestro amigo —responde Jack.

Ebbie se relaja, pero no sin repartir miradas ceñudas por todas partes. La última, y más malévola, es para Jack, quien enarca las cejas.

—No he llorado —dice Ebbie—. Estaba asustado pero no he llorado.

—Y bien asustado que estabas —dice Jack—. La próxima vez no me mientas. Has tenido la oportunidad de ayudar a la policía y la has desperdiciado.

Ebbie se debate con semejante idea y logra, al menos en parte, asimilarla.

—Vale, pero en cuanto a lo del ademán, está equivocado. Era por la estúpida música.

—A mí tampoco me gustaba. El tipo que iba conmigo insistió en ponerla. ¿Sabes quién era?

Ante la cara de sospecha que pone Ebbie, Jack dice:

—George Rathbun.

Es como decir «Superman» o «Arnold Schwarzenegger»; el recelo de Ebbie se evapora, y su cara se transforma. Un asombro inocente llena sus pequeños ojos juntos.

—¿Usted conoce a George Rathbun?

—Es uno de mis mejores amigos —responde Jack, sin añadir que la mayoría de sus otros mejores amigos son, en cierto sentido, también George Rathbun.

—Guau —opina Ebbie.

Detrás, T. J. y Ronnie corean:

—*Guau.*

—George *es* un tío bastante enrollado —dice Jack—. Le contaré que habéis dicho eso. Vamos abajo a coger vuestras bicis.

Todavía en la gloria por haber visto a alguien famoso, al *formidable* George Rathbun, los chicos montan en sus bicicletas, pedalean por la calle Sumner y viran bruscamente hacia la Segunda. Bobby Dulac comenta:

—Ese ha sido un buen truco —comenta Bobby Dulac—. Me refiero a lo que ha dicho de George Rathbun. Ha hecho que se vayan contentos.

—No era un truco.

Bobby, tan perplejo que entra en la oficina codo con codo con Jack y empujándole, pregunta:

—¿George Rathbun es amigo suyo?

—Sí —responde Jack—. Y a veces puede ser un verdadero coñazo.

Dale y Fred Marshall levantan la vista cuando Jack entra en el despacho, Dale con una expectación cautelosa, Fred Marshall con lo que Jack, para su desconsuelo, interpreta corno esperanza.

—¿Y bien? —quiere saber Dale.

(plumas)

—Estabas en lo cierto, ocultaban algo, pero no es gran cosa.

Fred Marshall se deja caer contra el respaldo de la silla, permitiendo que parte de su fe en una futura esperanza salga de él como el aire de una rueda pinchada.

—No mucho después de que llegaran al 7-Eleven, el chico Wexler envió a T. J. a buscar a su hijo por la calle —explica Jack—. Al llegar a la calle Queen, T. J. vio la bici y la zapatilla deportiva tirada en la acera. Naturalmente, todos pensaron en el Pescador. Ebbie Wexler se figuró que podían acusarles por dejarle atrás, y se inventó la historia que habéis oído: que Tyler se fue, en lugar de lo contrario.

—Si tú viste a los cuatro chicos hacia las ocho y diez, eso significa que Tyler desapareció tan solo un par de minutos después. ¿A qué se dedica ese tío, a acechar en los setos?

—Puede que haga exactamente eso —dice Jack—. ¿Habéis hecho que alguien le eche un vistazo a ese seto?

(plumas)

—Los de la policía del estado lo han registrado por encima, a través y por debajo. Hojas y suciedad, eso es lo que han encontrado.

Como si llevara una lanza en la mano, Fred Marshall da un puñetazo en el escritorio.

—Mi hijo ha permanecido perdido cuatro horas antes de que alguien reparara en su bici. ¡Ahora son casi las siete y media! No debería estar aquí sentado, sino conduciendo por ahí, buscándolo.

—Todo el mundo está buscando a tu hijo, Fred —asegura Dale—. Mis hombres, la policía del estado, hasta el FBI.

—No tengo ninguna fe en ellos —dice Fred—. No han encontrado a Irma Freneau, ¿verdad? ¿Por qué habrían de encontrar a mi hijo? Tal como yo lo veo, solo me queda una opción. —Cuando mira a Jack, la emoción hace que sus ojos parezcan lámparas—. Esa opción es usted, teniente. ¿Me ayudará?

El tercer pensamiento y el más perturbador de Jack, que ha ocultado hasta ahora y que es puramente el de un policía experimentado, le hace decir:

—Me gustaría hablar con su mujer. Si piensa en visitarla mañana, ¿le

importaría que le acompañase?

Dale pestañea e interviene:

—Quizá deberíamos hablar de eso.

—¿Cree que serviría de algo?

—Es posible —responde Jack.

—De todos modos, quizá verle a usted le haga algún bien a *ella* —opina Fred—. ¿No vive usted en el valle de Norway? Eso está camino de Arden. Puedo recogerlo sobre las nueve.

—Jack —insiste Dale.

—Le veré a las nueve —concluye Jack, ignorando los signos de angustia y enfado mezclados que emanan de su amigo, así como la vocecilla que susurra *(pluma).*

—Increíble —comenta Henry Leyden—. No sé si darte las gracias o felicitarte. Ambas cosas, supongo. Es demasiado tarde para que trates de ser un «capullo» como yo, pero quizá podrías intentarlo con «tarugo».

—No pierdas la cabeza. La única razón por la que he ido ha sido para evitar que el padre del chico viniera a mi casa.

—Esa no ha sido la única razón.

—De acuerdo. Me sentía un poco tenso y encerrado. Me daba la sensación de que tenía que salir, que cambiar de escenario.

—Pero había *otro* motivo.

—Henry, ¿sabes que estás de mierda hasta la cintura? Quieres creer que he actuado por un deber cívico, por honor, por compasión, altruismo o algo así, pero no es cierto. No me gusta admitirlo, pero ni tengo tan buen corazón ni soy tan responsable como te crees.

—¿De mierda hasta la cintura? Chico, acabas de dar en el clavo. He estado toda mi vida hundido en mierda hasta la cintura, por no decir que hasta el pecho e incluso hasta el cuello.

—Es un detalle por tu parte que lo reconozcas.

—No obstante, me has malinterpretado. Tienes razón, de verdad pienso que eres una persona buena y decente. No solo lo pienso, sino que lo sé. Eres modesto, eres compasivo, eres honorable, eres responsable, no importa qué

pienses ahora de ti mismo. Pero no es de eso de lo que te hablaba.

—¿Qué has querido decir, entonces?

—La otra razón por la que has decidido ir a la comisaría de policía va ligado a ese problema, ese asunto, lo que sea, que ha estado inquietándote durante las dos últimas semanas. Es como si te hubieras estado moviendo bajo una sombra.

—Vaya —dice Jack.

—Ese problema, ese *secreto* tuyo, se lleva la mitad de tu atención, de manera que solo estás medio presente; el resto de ti está en otra parte. ¿Acaso crees que no sé cuándo estás inquieto y preocupado? Tal vez sea ciego, pero puedo ver.

—Muy bien. Supongamos que algo ha estado preocupándome últimamente. ¿Qué tiene que ver eso con el hecho de ir a la comisaría?

—Hay dos posibilidades: o te marchabas para enfrentarte a eso o estabas huyendo de eso.

Jack no dice nada.

—Todo sugiere que ese problema tiene que ver con tu vida como policía —prosigue Henry—. Podría ser el fantasma de algún viejo caso que vuelve para rondarte. A lo mejor han soltado a un matón psicópata que encerraste y está amenazando con matarte. O, joder, yo estoy completamente lleno de mierda y a ti te han descubierto un cáncer de hígado y tienes tres meses de vida.

—No tengo cáncer, que yo sepa, y ningún ex convicto quiere matarme. Todos mis viejos casos, o la mayoría de ellos, duermen seguros en los archivos del Departamento de Policía de Los Ángeles. Por supuesto que algo ha estado preocupándome últimamente, y debí suponer que lo notarías, pero no he querido… no sé, molestarte con ello hasta que pudiera entenderlo.

—Dime una cosa, ¿de acuerdo? ¿Ibas hacia ello o huías?

—Esa pregunta no tiene respuesta.

—Ya veremos. ¿No está lista aún la comida? Estoy literalmente *muerto* de hambre. Cocinas demasiado despacio. Yo habría terminado hace diez minutos.

—Para el carro —dice Jack—. Enseguida estará. El problema es esta cocina de locos que tienes.

—La cocina más racional de América. Puede que del mundo.

Después de escabullirse de la comisaría de policía lo bastante deprisa como para evitar una conversación inútil con Dale, Jack había cedido a un impulso y había llamado a Henry con el ofrecimiento de preparar la cena para los dos. Un

par de buenos bistecs, una botella de buen vino, setas a la parrilla, una gran ensalada. Podría hacerse con todo lo necesario en Frenen Landing. Jack había cocinado para Henry en tres o cuatro ocasiones anteriores, y Henry había preparado una cena para Jack tremendamente singular. (La criada había sacado todas las hierbas y especias de su estante para limpiarlo, para luego colocarlo todo en el sitio equivocado). ¿Qué estaba haciendo en French Landing? Se lo explicaría cuando llegase. A las ocho treinta se había detenido ante la espaciosa granja blanca de Henry, saludado a Henry, y llevado los comestibles y su ejemplar de *Casa desolada* a la cocina. Había lanzado el libro al otro extremo de la mesa y, tras abrir la botella de vino, había llenado un vaso para su anfitrión y otro para él, y había empezado a cocinar. Le llevó unos minutos familiarizarse de nuevo con las excentricidades de la cocina de Henry, en la que los objetos no estaban situados por clases —sartenes con sartenes, cuchillos con cuchillos, ollas con ollas— sino según la clase de comida para la que se requiriese su uso. Si Henry quería improvisar una trucha a la parrilla y unas patatas nuevas, solo tenía que abrir el armario correspondiente para encontrar los utensilios necesarios. Estos estaban organizados en cuatro grupos básicos (carne, pescado, aves y verduras), con muchos subgrupos en cada categoría. El sistema de clasificación confundía a Jack, quien muchas veces tenía que mirar en varios sitios muy separados entre sí hasta encontrar la sartén o la espátula que buscaba. Mientras Jack cortaba, hurgaba en las estanterías y cocinaba, Henry había puesto la mesa en la cocina con platos y cubertería de plata y se había sentado para interrogar a su inquieto amigo.

Los bistecs, poco hechos, son trasladados a los platos, con las setas presentadas alrededor y la enorme ensaladera de madera en el centro de la mesa. Henry declara que la cena es deliciosa, toma un sorbo de vino, y dice:

—Si vas a seguir negándote a hablar de tu problema, sea el que sea, al menos podrías explicarme qué ha pasado en la comisaría. Supongo que no hay duda de que han raptado a otro niño.

—Lamento decir que prácticamente ninguna. Se trata de un chico llamado Tyler Marshall. Su padre es Fred Marshall, y trabaja en Goltz. ¿Le conoces?

—Hace mucho tiempo que no me compro una cosechadora —ironiza Henry.

—Lo primero que me ha chocado ha sido que Fred Marshall es un tipo agradable —comenta Jack, y continúa narrando, con gran detalle y sin dejarse

nada, los sucesos y revelaciones de la tarde, excepto una cosa, que es ese su tercer pensamiento no expresado.

—¿De verdad has pedido visitar a la mujer de Marshall? ¿En el ala psiquiátrica del hospital Luterano del Condado de French?

—Sí, lo he pedido —responde Jack—. Iré mañana.

—No lo entiendo. —Henry pincha la carne con el tenedor y luego corta un pedazo estrecho—. ¿Por qué ibas a querer ver a la madre?

—Porque de una forma u otra creo que ella está involucrada —contesta Jack.

—Oh, venga ya. ¿La propia madre del niño?

—No estoy diciendo que ella sea el Pescador, porque evidentemente no lo es, pero, según su marido, el comportamiento de Judy Marshall empezó a cambiar antes de que Amy Saint Pierre desapareciera. Se fue poniendo cada vez peor según iban cometiéndose los asesinatos, y el día en que desapareció su hijo se volvió loca de remate. Su marido tuvo que ingresarla.

—¿No te parece que tenía una buena razón para derrumbarse?

—Enloqueció *antes* de que nadie le contara lo de su hijo. ¡Su marido piensa que tiene percepción extrasensorial! Dice que ella vio de antemano los asesinatos, que supo que el Pescador estaba en camino. Y supo que su hijo había desaparecido antes de que encontraran su bicicleta; cuando Fred Marshall llegó a casa, la encontró arañando las paredes y diciendo tonterías. Totalmente fuera de sí.

—Se oye hablar de muchos casos en los que la madre es repentinamente consciente de algún peligro o daño ocasionado a su hijo. Un vínculo parapsicológico. Suena increíble, pero supongo que pasa.

—Yo no creo en la percepción extrasensorial, ni creo en las coincidencias.

—Así pues, ¿qué estás diciendo?

—Judy Marshall sabe algo, y sea lo que sea va a causar sensación. Fred no puede verlo (está demasiado cerca) y Dale tampoco. Deberías haberle oído hablar de ella.

—Entonces, ¿qué se supone que sabe?

—Creo que sabe quién es el asesino. Creo que tiene que ser alguien cercano a ella. Quienquiera que sea, ella sabe su nombre, y eso la está volviendo loca.

Henry frunce el ceño y utiliza su técnica de medición para atrapar otro trozo de bistec.

—¿Así que vas a ir al hospital para descubrirla? —pregunta al fin.

—Sí. Básicamente es lo que haré.

Un silencio misterioso sigue a esta afirmación. Henry trincha la carne, mordisquea lo que corta y lo acompaña con un trago de cabernet Jordán.

—¿Cómo fue tu sesión de pinchadiscos? ¿Estuvo bien?

—Estuvo genial. Todos esos viejos adorables bailaron como locos en la pista, hasta los que iban en silla de ruedas. Hubo un tipo que me cayó bastante mal. Fue grosero con una mujer llamada Alice y me pidió que tocara *La pesadilla de lady Magowan,* que no existe, como probablemente sabrás…

—Es *El sueño de lady Magowan.* Woody Hermán.

—Buen chico. Lo que pasó es que tenía una voz *terrible.* ¡Parecía la de un ser que acabase de salir del infierno! De todos modos no tenía el disco de Woody Hermán, y entonces me pidió *I can't get started,* por Bunny Berigan, que casualmente era el disco favorito de Rhoda. Con todas esas absurdas alucinaciones auditivas que tengo, me impresionó. No sé por qué.

Durante un par de minutos se concentran en sus platos.

—¿En qué piensas, Henry? —pregunta Jack al cabo.

Henry ladea la cabeza porque ha oído una voz interior. Frunce el entrecejo y deja el tenedor en su sitio. La voz interior continúa exigiendo su atención. Se ajusta las gafas y se vuelve hacia Jack.

—A pesar de todo lo que digas, todavía piensas como un poli.

Jack se siente molesto ante la sospecha de que Henry no pretende hacerle un cumplido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Los polis ven de forma diferente de los que no son polis. Cuando un poli mira a alguien, se pregunta de qué será culpable. La posibilidad de la inocencia nunca le pasa por la cabeza. Para un poli veterano, un tipo que haya estado en el cuerpo diez años o más, todo aquel que no es poli es culpable de algo. Solo que a la mayoría todavía no los han pillado.

Henry ha descrito el modo de pensar de docenas de hombres con los que Jack ha trabajado.

—Henry, ¿cómo sabes eso?

—Lo veo en sus ojos —explica Henry—. Ese es el modo en que los policías ven el mundo. Tú eres un policía.

—Yo soy un detective de homicidios —suelta Jack. Consternado, se sonroja —. Lo siento, esa estúpida frase me ha estado dando vueltas en la cabeza y sencillamente me ha salido.

—¿Por qué no recogemos los platos y empezamos *Casa desolada*?

Después de dejar los pocos platos apilados junto al fregadero, Jack coge el libro del otro extremo de la mesa y sigue a Henry a la sala de estar, deteniéndose en el camino para echar un vistazo, como siempre hace, al estudio de su amigo. Una puerta con un gran cristal se abre a una habitación pequeña e insonorizada que está repleta de equipo electrónico: el micrófono y la platina devueltos del Centro Maxton y reinstalados ante la silla giratoria bien acolchada; un cambiador de discos y un convertidor digital-analógico compatible, bien a mano, al lado de una mesa de mezclas y una enorme grabadora de cintas contigua a la otra ventana, más grande, que da a la cocina. Cuando Henry estaba diseñando el estudio, Rhoda había solicitado las ventanas, porque, según había dicho, quería verle trabajar si le apetecía. No hay un solo cable a la vista. El estudio entero tiene la pulcritud disciplinada del camarote del capitán de un barco.

—Parece que esta noche vas a trabajar —aventura Jack.

—Quiero dejar un par de cintas de Henry Shake listas para enviar, y estoy trabajando en una especie de homenaje por el aniversario de Lester Young y Charlie Parker.

—¿Nacieron el mismo día?

—Casi. Uno el 27 y el otro el 29 de agosto. ¿Sabes?, no podría decir si quieres las luces encendidas o no.

—Encendámoslas —dice Jack.

Así pues, Henry Leyden enciende las dos lámparas que están junto a la ventana, y Jack Sawyer se instala en la mullida butaca cerca de la chimenea y enciende la lámpara de pie junto a uno de sus brazos redondeados, y observa cómo su amigo camina de modo certero hasta las luces al lado del umbral y hacia el mueble recargado junto a su lugar de descanso favorito, el sofá de estilo Misión, para encender primero una, luego la otra, y acomodarse después en el sofá con una pierna estirada a lo largo. Una luz uniforme y suave inunda la habitación alargada y se torna más intensa y brillante alrededor de la silla de Jack.

—*Casa, desolada*, de Charles Dickens —anuncia. Se aclara la garganta—.

Muy bien, Henry, allá vamos.

«"Londres. El trimestre otoñal acaba de terminar —lee, y se embarca en un mundo hecho de hollín y barro. Perros embarrados, caballos embarrados, gente embarrada, un día sin luz. Pronto llega al segundo párrafo—: Niebla por todas partes. Niebla río arriba, donde fluye entre verdes islotes y prados; niebla río abajo, donde se ondula viciada entre hileras de embarcaciones y por la contaminada ciudad grande y sucia que bordea el agua. Niebla sobre los almarjales de Essex, niebla en los cerros de Kent. Niebla que se desliza en los furgones de cola de los túneles mineros; niebla que yace en los jardines, y que pende de las jarcias de grandes barcos; niebla que se derrama sobre las bordas de las barcazas y pequeños botes."

Se le quiebra la voz y su mente divaga por unos instantes. Lo que está leyendo le recuerda tristemente a la propia French Landing, a las calles Sumner y Chase, a las luces en la ventana del hotel Oak Tree, a los Cinco del Trueno merodeando por las Casas de los Clavos y al ascenso gris desde el río, a la calle Queen y los setos del Centro Maxton, a las pequeñas casas esparcidas en cuadrículas, todo ello asfixiado por una niebla oculta, que envuelve un maltrecho letrero de PROHIBIDO EL PASO en la carretera y se traga el bar Sand y se desliza hambrienta y escrutadora por los valles.

—Lo siento —se disculpa Jack—. Solo estaba pensando…

—Yo también —dice Henry—. Sigue, por favor.

Sin tener conciencia ninguna, salvo por ese breve parpadeo de un viejo letrero de PROHIBIDO EL PASO cerca de la casa negra en la que un día habrá de entrar, Jack se concentra de nuevo en la página y continúa leyendo *Casa desolada.* Las ventanas se oscurecen a medida que la luz se torna más cálida. El caso de Jarndyce y Jarndyce circula por los juzgados, ayudado u obstaculizado por los abogados Chizzle, Mizzle y Drizzle; lady Dedlock deja solo a sir Leicester Dedlock en la gran finca con su capilla mohosa, el río estancado y el «sendero del fantasma»; Esther Summerson empieza a parlotear alegremente en primera persona. Nuestros amigos deciden que la aparición de Esther exige una pequeña libación, si han de soportar mucho parloteo. Henry se incorpora del sofá, se dirige a la cocina y vuelve con dos vasos bajos y gruesos llenos hasta un tercio de whisky de malta Balvenie Doublewood, así como con un vaso de agua mineral para el lector. Un par de sorbos, unos murmullos de apreciación, y Jack

continúa. Esther, Esther, Esther, pero bajo la cruel tortura de su implacable resplandor, el relato va adquiriendo ímpetu y arrastra consigo tanto al lector como al oyente.

Al llegar a un punto conveniente para hacer una pausa, Jack cierra el libro y bosteza. Henry se levanta y se despereza. Se dirigen hacia la puerta y Henry sigue a Jack al exterior, donde los aguarda el cielo nocturno, tachonado de brillantes estrellas.

—Dime una cosa —dice Henry.

—Dispara.

—Cuando estabas en la comisaría, ¿de verdad te has sentido como un poli? ¿O te has sentido como si fingieras serlo?

—De hecho, ha sido un poco sorprendente —responde Jack—. No he tardado prácticamente nada en volver a sentirme un poli.

—Bien.

—¿Por qué te parece bien?

—Porque significa que estabas enfrentándote a ese misterioso secreto tuyo, y no que estabas huyendo de él.

Sacudiendo la cabeza y sonriendo, negándole deliberadamente a Henry la satisfacción de una respuesta, Jack sube a su vehículo y se despide desde la leve pero clara elevación del asiento del conductor. El motor tose y se agita, los faros adquieren vida, y Jack se pone en camino hacia su casa.

9

Pocas horas después, Jack desciende por la avenida de un parque de atracciones desierto, bajo un cielo gris otoñal. Alrededor de él hay atracciones cubiertas con tablones de madera: el puesto de perritos calientes de Fenway Franks, el tiro al blanco Annie Oakley, el puesto de Batea y Gana. Ha llovido y aún va a llover más; el aire está cargado de humedad. No muy lejos, Jack percibe el rumor solitario de las olas al romper contra una playa de guijarros desierta. Más cerca, se oye el sonido vibrante de un punteado de guitarra. Debería ser alegre, pero para Jack es el terror mismo hecho música. No debería estar aquí. Este es un sitio viejo, un sitio peligroso. Pasa junto a una montaña rusa cubierta. Delante, hay un cartel en que se lee: EL OPOPÓNACO DE SPEEDY VOLVERÁ A ABRIR EL DÍA DE LOS CAÍDOS DE 1982. ¡NOS VEMOS ENTONCES!

Opopónaco, piensa Jack; pero ya no es Jack, ahora es Jacky. Es Jacky el niño, y él y su madre están huyendo. ¿De quién? De Sloat, por supuesto. Del pelmazo de tío Morgan.

Speedy, piensa Jack y, como si hubiese transmitido un impulso telepático, una voz cálida y algo gangosa empieza a cantar: «Cuando venga el petirrojo rojo rojo con su caminar a saltitos / No habrá más lágrimas cuando se eche a cantar su vieja y dulce canción…».

No, se dice Jack. *No quiero verte. No quiero oír tu vieja y dulce canción. Y de todos modos no puedes estar aquí, estás muerto. Muerto en el parque de Santa Mónica. El viejo negro calvo muerto a la sombra de un caballo de tiovivo congelado.*

Oh, pero no. Cuando la lógica de viejo poli regresa, se aferra como un tumor,

incluso en sueños, y Jack no tarda en caer en la cuenta de que esto no es Santa Mónica; es demasiado frío y demasiado viejo. Esta es la tierra de antaño, cuando Jacky y la Reina de las Películas de Serie B huyeron de California como los fugitivos en que se habían convertido. Y no dejaron de huir hasta llegar a la otra costa, al lugar al que Lily Cavanaugh Sawyer…

No, no estoy pensando en eso, nunca pienso en eso.

… había acudido para morir.

—¡Despierta, despierta, dormilón! —es la voz de su viejo amigo.

¿Amigo? Y una mierda. El es quien me hizo emprender el camino de las tribulaciones, el que se interpuso entre yo y Richard, mi amigo de verdad. El es quien hizo que casi me mataran, el que casi me vuelve loco.

—¡Despierta, despierta, sal de la cama!

Despierta, despierta ya. Es hora de enfrentarse al temible opopónaco. Es hora de volver a tu antiguo y poco agradable ser.

—No —murmura Jacky, y entonces se acaba la avenida. Delante está el tiovivo, parecido al del parque de Santa Mónica y parecido al que él recuerda de… bueno, de hace tiempo. Es un híbrido, en otras palabras, un sueño exquisito, que no está ni aquí ni allí. Pero no hay duda de quién es el hombre que está sentado bajo uno de los caballos congelados, con la guitarra en las rodillas. El pequeño Jacky reconocería esa cara en cualquier parte, y todo el antiguo amor le llena el corazón. Lucha contra él, pero es una batalla que poca gente gana, y menos los que han regresado a la edad de doce años.

—¡Speedy! —exclama.

El viejo lo mira y su cara oscura queda hendida por una sonrisa.

—¡Viajero Jack! —dice—. ¡Cómo te he echao de meno, hijo!

—Yo también te he echado de menos —dice Jack—, pero ya no viajo. Me he instalado en Wisconsin. Esto es… —Se señala el cuerpo de niño, recuperado como por arte de magia y ataviado con vaqueros y camiseta—: Es solo un sueño.

—Puede que sí, puede que no. En cualquier caso, tiene que viaja un poquito má, Jack. Hase tiempo que te lo vengo disiendo.

—¿Qué quieres decir?

La sonrisa de Speedy refleja malicia en el centro y exasperación en las comisuras.

—No me tome el pelo, Jacky. Te mandé las plumas, ¿no? Te envié un huevo

de petirrojo, ¿no? Te envié má de uno.

—¿Por qué no me dejarán en paz? —pregunta Jack. Su voz suena demasiado a un gemido. No es un sonido agradable—. Tú… Henry… Dale…

—Déjalo ya —dice Speedy, más severo—. No tengo tiempo de pedírtelo bien. El juego se ha vuelto peligroso, ¿no?

—Speedy…

—Tú tiene tu trabajo y yo el mío. El mismo trabajo, adema. No te queje, Jack, y no me haga perseguirte má, ya. Ere un poli de homicidios, el mismo de siempre.

—Me he retirado.

—¡Me importa una *mierda* que esté retirao! Que matara a eso niños, eso ya e malo. Que podría seguí matando niños si se le deja, eso e aún peo. Pero el que ha atrapao… —Speedy se inclina hacia adelante, con los ojos centelleando en su cara oscura—. Ese chico tiene que volvé, *y pronto.* Si tú no puede traerlo, tendrá que matarlo tú mimo, aunque no me gute pensar en eso. Porque *e* un Transgresor. Y poderoso. Uno má podría ser todo lo que nesesita para llévaselo.

—¿Quién podría necesitarlo? —quiere saber Jack.

—El Rey Colorao.

—¿Y qué es lo que quiere llevarse el Rey Colorado ese?

Speedy lo mira por un instante y en lugar de contestar empieza a tocar de nuevo esa melodía alegre.

—No habrá má lágrimas cuando se eche a cantar su dulce y vieja canció…

—Speedy, *¡no puedo!*

La melodía termina en una nota disonante. Speedy mira al Jack Sawyer de doce años con una frialdad que a este le hiela la sangre hasta el corazón escondido del hombre. Y cuando vuelve a hablar, el ligero acento sureño de Speedy Parker es más marcado. Se ha empapado de un desdén que es casi fluido.

—Va a ponerte en marcha ya, ¿vale? Deja ya de quejarte, de lloriquea y de holgazanea. Ve a buscar tu agalla allá donde la haya dejao y ¡ponte en marcha!

Jack retrocede. Una mano pesada cae sobre su hombro. *Es el tío Morgan,* piensa. *Esél o quizá Sol Gardener. Es 1981 y tengo que hacerlo todo de nuevo…*

Pero ese es un pensamiento infantil, y este es un sueño de hombre. El Jack Sawyer de ahora se sacude la conformista desesperanza infantil. *No, en absoluto. Lo niego. He conseguido apartar esas caras y esos lugares. Me ha sido duro*

hacerlo, y ahora no voy a echarlo todo por tierra por unas pocas plumas imaginarias, unos huevos fantasmagóricos y una pesadilla. Búscate otro chico, Speedy. Este ya ha crecido.

Se vuelve, dispuesto a pelear, pero no hay nadie. Detrás de él, tumbada en la tarima de madera, de lado, como un pony muerto, ve una bicicleta de niño. En la parte posterior lleva una matrícula en que pone BIG MAC. Esparcidas alrededor hay unas cuantas plumas de cuervo, relucientes. De pronto Jack oye otra voz, fría y cascada, desagradable e inequívocamente malvada. Sabe que es la voz de lo que le ha tocado el hombro.

—Vale, mamón. Mantente al margen. Si me molestas te desparramo las entrañas desde Racine a La Riviere.

Un agujero como un remolino se abre en el entarimado, justo delante de la bici. Se ensancha como un ojo asustado. Sigue ensanchándose, y Jack se zambulle en él. Es el camino de regreso. La salida. La voz desdeñosa le sigue.

—De acuerdo, mariquita —dice—. ¡Corre! ¡Huye del Abbalah! ¡Huye del Rey! ¡Corre hacia tu puta vida miserable! —La voz se disuelve para convertirse en risa, y es el sonido demente de esa risa lo que sigue a Jack Sawyer en su descenso a la oscuridad entre los mundos.

Horas más tarde, Jack está desnudo frente a la ventana de su dormitorio, rascándose distraído el trasero y observando cómo el cielo clarea al este. Está despierto desde las cuatro. No recuerda gran cosa del sueño que ha tenido (aunque sus defensas bien pueden estar cediendo, ni siquiera ahora se han derribado del todo), pero aun así algo persiste en él, algo que le hace estar seguro de una cosa: el cadáver en el parque de Santa Mónica le afectó de tal forma que dejó el trabajo porque le recordaba a alguien a quien conocía.

—Nada de eso ocurrió —le dice con tono de falsa paciencia al día que empieza—. Tuve una especie de crisis preadolescente, causada por el estrés. Mi madre creía que estaba enferma de cáncer y me obligó a ir con ella a la Costa Este. Huimos hasta New Hampshire. Creía regresar a la Gran Morada Feliz para morir. Al final no fue más que una humareda, una especie de maldita crisis de una actriz de mediana edad, pero ¿qué sabe un chico de eso? Estaba estresado. Tenía sueños. —Exhala un suspiro—. Soñé que le salvaba la vida a mi madre.

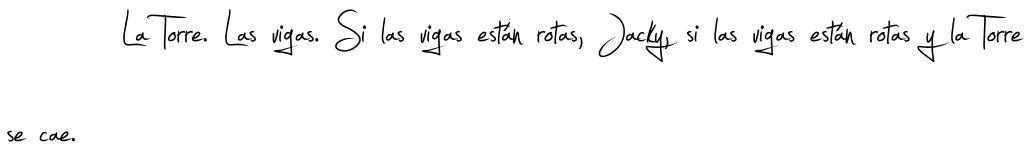
Suena el teléfono que tiene detrás, con un ruido estridente y roto en la habitación en penumbra.

Jack Sawyer pega un grito.

—Le he despertado —dice Fred Marshall, y Jack se da cuenta enseguida de que este hombre lleva despierto toda la noche, sentado en su casa sin esposa, sin hijo. Mirando álbumes de fotos, quizá, con el televisor encendido. Consciente de que está frotándose sal en las heridas, pero incapaz de dejarlo.

—No —responde Jack—, en realidad estaba…

Se interrumpe. El teléfono está al lado de la cama y junto a él hay un bloc de notas. En el bloc hay una nota escrita. Debe de haberla escrito Jack, ya que es el único en la casa (ele-joder-men-tal, querido Watson), pero no es su letra. En algún momento durante el sueño, ha escrito esta nota con la letra de su madre muerta.



Eso es todo. Solo el pobre Fred Marshall, que ha descubierto lo rápido que pueden ir mal las cosas en la vida más risueña del Medio Oeste. Jack ha intentado articular un par de palabras mientras tiene la cabeza ocupada con esa ficción del subconsciente, seguramente palabras poco sensatas, pero a Fred no le molesta; sencillamente sigue hablando con monotonía, sin las pausas o las variaciones en el tono que la gente suele emplear para marcar los finales de frase o los cambios de tema. Fred está dejando salir las cosas, descargando, e incluso Jack, en su estado de angustia, se da cuenta de que Fred Marshall, de la calle Robín Hood, 16, aquella monada de casita al estilo Cape Cod, se acerca al límite de su aguante. Si las cosas no cambian pronto para él, ya no tendrá que ir a visitar a su esposa en la Sala D del hospital Luterano del Condado de French; serán compañeros de habitación.

Y de pronto Jack se da cuenta que Fred le está hablando de la propuesta de

visitar a Judy. Abandona la idea de intentar interrumpir y simplemente escucha, frunciendo el entrecejo mientras mira la nota que se ha escrito a sí mismo. Torres y vigas. ¿A qué torre se refiere? ¿Ya qué clase de vigas? ¿Las vigas del techo de la supuesta torre?

—… sé que le dije que le recogería a las nueve pero el doctor Spiegleman que es su doctor allí Spiegleman así se llama dijo que había pasado muy mala noche con muchos gritos y chillidos y entonces intento arrancar el papel de la pared y comérselo y quizá se trataba de un ataque de alguna clase así que están probando a darle una nueva medicación debe de haber dicho Pamizene o Patizone no lo he apuntado Spiegleman me ha llamado hace quince minutos no sé si estos tipos duermen algún día y me dijo que podremos verla sobre las cuatro cree que estará más estabilizada a las cuatro y la podremos ver entonces así que puedo recogerle a las tres o quizá tiene…

—A las tres me va bien —dice Jack en voz baja.

—… otras cosas que hacer u otros planes lo entendería pero puedo pasar por su casa si no los tiene es más que nada que no quiero ir solo…

—Estaré esperándole —le interrumpe Jack—. Iremos en mi camioneta.

—… pensaba que quizá supiese algo de Ty o de quien sea que lo secuestró quizá de alguien pidiendo un rescate pero no ha llamado nadie solo Spiegleman es el médico de mi esposa allí en…

—Fred, voy a encontrar a su chico.

Jack se horroriza ante esa simple y llana afirmación, ante la confianza suicida que capta en su propia voz, pero por lo menos sirve para algo: para que el flujo de palabras vacías de Fred se interrumpa. En el otro extremo de la línea se hace un silencio que es como una bendición.

Finalmente, Fred dice en un murmullo tembloroso:

—Si tan solo pudiera creerle.

—Quiero que lo intente —le pide Jack—. Y tal vez también recuperemos la mente de su esposa, al mismo tiempo.

Quizá ambos estén en el mismo sitio, piensa, pero se lo calla.

Le llegan sonidos líquidos del otro lado de la línea. Fred se ha echado a llorar.

—Fred.

—¿Sí?

—Vendrá a mi casa a las tres.

—Sí. —Fred se sorbe la nariz, y luego profiere un gemido de desconsuelo que consigue ahogar casi totalmente. Jack comprende lo vacía que debe de estar la casa de Fred Marshall en ese momento, e incluso esa vaga comprensión ya le duele bastante.

—Mi casa está en el valle de Norway. Tiene que pasar la tienda de Roy, cruzar el Tamarack…

—Ya sé dónde es. —El tono de Fred refleja impaciencia. Al percibirla, Jack se alegra.

—Bien. Nos vemos.

—Délo por seguro. —Jack capta una sombra de la alegría del vendedor en Fred, y se le encoge el corazón.

—¿A qué hora?

—¿Las te… tres? —Y repite con un mínimo de seguridad—: A las tres.

—Bien. Iremos en mi camioneta. Podemos cenar algo en Gerties' Kitchen a la vuelta. Adiós, Fred.

—Adiós, señor. Y gracias.

Jack cuelga el auricular. Mira un momento más hacia la reproducción que su memoria ha hecho de la letra de su madre, y se pregunta cómo se llamará eso en el lenguaje de los polis. ¿Autofalsificación? Suelta un bufido, estruja la nota y empieza a vestirse. Se tomará un zumo, y saldrá a caminar una hora más o menos. Durante el paseo intentará borrar todos los sueños y eliminar el sonido horrible de la voz monótona de Fred Marshall. Después de una ducha, quizá llame a Dale Gilbertson para preguntarle si ha habido alguna novedad, o quizá no lo haga. Si realmente va a meterse en esto, habrá un montón de papeleo con el que ponerse al día… Querrá entrevistar a los padres, echar un vistazo al asilo de ancianos cercano al lugar en que el hijo de Marshall desapareció…

Con la mente ocupada en esos pensamientos (pensamientos *agradables*, en realidad, aunque si se lo hubieran sugerido, lo habría negado rotundamente), Jack casi tropieza con una caja que había sobre el felpudo justo al trasponer la puerta de entrada. Ahí es donde Buck Evitz, el cartero, deja los paquetes cuando tiene paquetes que dejar, pero todavía no son ni las seis y media, y Buck no pasará por ahí con su furgoneta azul hasta al cabo de tres horas.

Jack se agacha y recoge el paquete con cuidado. Es del tamaño de una caja

de zapatos y está envuelto en papel de embalar, cortado de forma irregular, y no está sujeto con cinta adhesiva sino con grandes pegotes de cera roja de sellar. Además, lleva un cordón blanco atado con lazadas exageradas, infantiles. En el rincón superior hay un grupo de sellos, diez o doce, con imágenes de distintos pájaros. (Ningún petirrojo; Jack se da cuenta de ello con comprensible alivio.) Hay algo raro en esos sellos, pero al principio Jack no atina a decidir de qué se trata. Está demasiado concentrado en la dirección, tan incorrecta que resulta espectacular. No hay ni apartado de correos, ni número de entrega, ni código postal. No hay nombre, en realidad. La dirección es una sola palabra, garabateada en grandes letras mayúsculas:



Al ver esa letra descuidada, Jack se imagina una mano cerrada en un puño aferrando un rotulador Sharpie; unos ojos entornados; una lengua que asoma de la comisura de la boca de algún lunático. Los latidos de su corazón se aceleran hasta doblar el ritmo.

—Esto no me gusta —musita—. Esto no me gusta *nada*.

Por supuesto, existen muy buenas razones, razones de detective de homicidios, para que no le guste. En efecto, *es* una caja de zapatos; nota el borde de la tapa a través del papel marrón, y se sabe que los chiflados suelen poner bombas en cajas de zapatos. Estaría loco si la abriera, pero sabe que *va a abrirla* de todos modos. Si vuela por los aires, al menos podrá desentenderse de la investigación del Pescador.

Jack levanta el paquete para comprobar si se oye un tictac, aunque sabe que las bombas de relojería están tan pasadas de moda como los dibujos animados de Betty Boop. No oye nada, pero *sí advierte* que los sellos no son sellos en absoluto. Alguien se ha dedicado a recortar la parte delantera de sobres de azúcar de cafetería y los ha pegado a esa caja de zapatos envuelta. A Jack se le escapa una risotada sin humor. De acuerdo, algún chalado le ha enviado eso. Algún chalado encerrado, con más facilidad para conseguir sobres de azúcar que sellos.

Pero ¿cómo ha llegado hasta *ahí*? ¿Quién lo ha dejado (con los sellos falsos sin matar) mientras él estaba sumido en sus confusos sueños? ¿Y quién, en esta parte del mundo, podría conocerle como Jacky? Los días en que fue Jacky pasaron hace mucho tiempo.

No, no han pasado, Viajero Jack, murmura, una voz. Ni en broma. Ya es hora de que dejes de lloriquear y empieces a mo-mo-mover el trasero, chico. Empieza por ver qué contiene esa caja.

Decidido a hacer caso omiso de la voz que suena en su propia mente, que le dice que está corriendo un peligro de forma estúpida, Jack tira del cordel y rompe los pegotes de cera roja con la uña del pulgar. Pero ¿quién usa cera de sellar hoy en día? Deja el papel de embalar a un lado. Una cosa más para los forenses, supone.

No es una caja de zapatos, sino de zapatillas deportivas. Una caja de New Balance, para ser exactos. Del número 34. Un número de niño. Al verlo, Jack siente que el corazón le late el triple de rápido. Siente un sudor frío perlándole la frente. La garganta y el esfínter se le están poniendo tensos. Eso también le es familiar. Así es como los polis de homicidios se ponen en guardia, se preparan para ver algo espantoso. Y esto *va* a ser espantoso. Jack no tiene ninguna duda, y tampoco la tiene sobre quién le ha enviado el paquete.

Esta es mi última oportunidad de echarme atrás, piensa. *Después será todos a bordo y dispuestos para… para lo que sea.*

Sin embargo, se da cuenta de que incluso eso es mentira. Dale le buscará en la comisaría de la calle Sumner antes del mediodía. Fred Marshall vendrá a su casa a las tres para ir a ver a la esposa chiflada de la calle Robín Hood. El punto en que aún podía echarse atrás ha llegado y se ha ido. Jack no está seguro de cómo ha ocurrido, pero por lo visto vuelve a estar al pie del cañón. Y si Henry Leyden comete la temeridad de felicitarlo por eso, es probable que le propine una buena patada en ese culo de ciego que tiene.

Una de las voces que murmuran en sus sueños resurge del fondo de la conciencia de Jack como una ráfaga de aire podrido —*Desparramaré tus entrañas desde Racine hasta La Riviere*—, pero eso le inquieta menos que la demencia inherente a los sellos de sobres de azúcar y las letras con que escribieron torpemente su antiguo apodo. Ya ha tenido que vérselas con locos antes, por no hablar de las amenazas que le ha tocado recibir.

Se sienta en los escalones, con la caja de zapatillas en el regazo. Más allá, en el campo que da al norte, todo es gris y permanece inmóvil. Bunny Boettcher, el hijo de Tom Tom, vino a segar por segunda vez hace tan solo una semana, y ahora una fina bruma recubre el rastrojo que llega hasta la altura del tobillo. En lo alto, el cielo ha empezado a iluminarse. Por ahora, ni una sola nube mancha su calma ausencia de color. En alguna parte canta un pájaro. Jack respira hondo y piensa *Si es aquí donde término, podría ser peor. Mucho peor.*

Entonces, con mucho cuidado, levanta la tapa de la caja y la deja a un lado. No explota nada. Pero da la sensación de que alguien hubiera llenado la caja de New Balance de penumbra. Entonces se da cuenta de que está llena de plumas de cuervo negras y brillantes, y se le pone la piel de gallina en los brazos.

Tiende una mano hacia ellas, y duda. Siente los mismos deseos de tocar esas plumas que de tocar el cadáver medio descompuesto de alguien que ha muerto a causa de una epidemia, pero hay algo debajo de ellas. Lo ve. ¿Debería ponerse guantes? Hay unos guantes en el armario del vestíbulo…

—A la mierda los guantes —suelta, y arroja la caja sobre el papel de embalar, detrás de sí, en el porche. Hay un revoloteo de plumas, que ondean un poco pese a la perfecta quietud del aire matutino. Y luego se oye un golpe, al caer en el suelo del porche el objeto que envolvían las plumas. Al cabo de un instante, un hedor como de salchicha podrida hiere el olfato de Jack.

Alguien ha enviado una zapatilla de niño manchada de sangre a la casa de Sawyer, en la carretera del valle de Norway. Algo ha roído la zapatilla con considerable energía, y con más energía aún lo que hay en su interior. Jack ve un pedazo de algodón blanco ensangrentado; debe de ser un calcetín. Y dentro del calcetín, restos de piel humana. Es una zapatilla New Balance de niño con un pie de niño dentro, un pie que algún animal ha mordisqueado salvajemente.

Lo ha enviado él, se dice Jack. *El Pescador.*

Para provocarlo, como si le dijera *Si quieres entrar, adelante. El agua está buena, mi Jacky, el agua está buena.*

Jack se levanta. Su corazón martillea con fuerza, los latidos son demasiado seguidos para poder contarlos. Las gotas de sudor que cubrían su frente han aumentado y se han quebrado para rodar por su cara como lágrimas, siente entumecidos los labios, las manos y los pies… y aun así se dice que está tranquilo. Que ha visto cosas peores, mucho peores, amontonadas contra

contrafuertes de puentes y en pasos subterráneos de las autopistas de Los Ángeles. Tampoco es la primera vez que se encuentra ante un miembro amputado de un cuerpo. En una ocasión, en 1997, él y su compañero Kirby Tessier encontraron un testículo en la cisterna de un váter de la biblioteca pública de Culver City; parecía un huevo pasado por agua. De modo que Jack se dice que está tranquilo.

Se levanta y baja los peldaños del porche. Pasa por delante del capó de su Dodge Ram de color burdeos con el excepcional equipo de sonido en su interior; pasa ante la pajarera que él y Dale instalaron al final del campo un mes o dos después de que Jack se mudara a esa casa, la casa más perfecta del universo. Se dice que está tranquilo. Se dice que solo es una prueba, solo una lazada más de la soga que algún día el Pescador se pondrá a sí mismo al cuello. Se dice que no debe pensar en ello como parte de un cuerpo de crío, como parte de una niña pequeña llamada Irma, sino como Prueba A. Siente el rocío mojándole los tobillos desnudos y el dobladillo de los pantalones, y sabe que si se dedica a caminar por el rastrojo de heno va a echar a perder un par de mocasines Gucci de quinientos dólares. ¿Y qué? Es tan rico que ha dejado bien atrás la vulgaridad; podría tener tantos zapatos como Imelda Marcos, si quisiera. Lo importante es que está tranquilo. Alguien le ha traído una caja de zapatos con un pie dentro, la ha dejado en el porche en mitad de la noche, pero está tranquilo. Es una prueba, nada más. ¿Y él? Él es un detective de Homicidios. Las pruebas son su pan de cada día. Todo lo que necesita es tomar un poco el aire, deshacerse de ese olor a salchicha podrida que emanaba de la caja…

Jack profiere un sonido desagradable, como una arcada, y acelera el paso. La sensación creciente de que se aproxima un clímax invade su mente (*mi* mente *tranquila*, se recuerda). Algo está a punto de romperse… o de cambiar… o de cambiar para ser como antaño.

Esa última idea le resulta especialmente alarmante, y echa a correr por el campo, levantando cada vez más las rodillas, moviendo con vigor los brazos. A su paso deja una línea negra a través del rastrojo, una diagonal que empieza en el camino de entrada a su casa y que podría terminar en cualquier lugar. En Canadá, quizá. O en el Polo Norte. Polillas blancas, que huyen del letargo del rocío de la mañana, revolotean en espirales como de encaje para caer de nuevo en el rastrojo segado.

Corre más deprisa, alejándose de la zapatilla mordida y sangrienta que reposa en el porche de la casa perfecta, alejándose de su propio horror. Pero esa sensación de aproximación al clímax persiste. Empiezan a aparecérsele caras, cada una con su fragmento de banda sonora. Caras y voces que ha ignorado durante veinte años o más. Cada vez que esas caras aparecen o esas voces murmuran, Jack siempre se recuerda esa vieja mentira, que una vez había un niño asustado que se contagió del terror neurótico de su madre como de un resfriado y se inventó una historia, una gran fantasía con el bueno de Jack Sawyer, salvador de mamas, en el centro. Nada de eso era real, y ya lo había olvidado para cuando tenía dieciséis años. Por entonces estaba tranquilo. Tranquilo como ahora, corriendo por su campo como un lunático, dejando tras de sí esa estela oscura y esas nubes de polillas asustadas, pero huyendo *con calma*.

Un rostro estrecho, unos ojos entornados bajo un torcido sombrerito de papel blanco: *Si eres capaz de sacarme un cuñete cuando lo necesite, el trabajo es tuyo.* Smokey Updike, de Oatley, Nueva York, donde se bebían la cerveza y luego se comían el vaso. Oatley, donde había ocurrido algo en el túnel a las afueras del pueblo y donde Smokey lo había retenido. Hasta que…

Unos ojos indiscretos, una sonrisa falsa, un reluciente traje blanco: *Yo te conozco de antes, Jack.. ¿de dónde? Dímelo. Confiésalo.* Sol Gardener, un predicador de Indiana cuyo nombre también había sido Osmond. Osmond en algún otro mundo.

La cara ancha y peluda y los ojos de expresión asustadiza de un chico que no era un chico en absoluto: *Este es un sitio malo, Jacky, Lobo lo sabe.* Y lo era, un sitio muy malo. Lo metieron en una caja, metieron al bueno y viejo Lobo en una caja, y finalmente lo mataron. Lobo murió de una enfermedad llamada América.

—¡Lobo! —exclama el hombre que corre por el campo—. ¡Lobo, oh, Dios mío, lo siento!

Caras y voces, todas esas caras y todas esas voces, que aparecen ante sus ojos, que resuenan en sus oídos, pidiéndole que las vea y las oiga, llenándole con esa sensación de clímax, cada defensa al borde del derrumbe, como un rompeolas antes de una oleada.

Las náuseas remueven su interior y hacen que el mundo se incline hacia un lado. Profiere otra vez ese sonido semejante a una arcada, y en esta ocasión llena

el fondo de su garganta con un sabor que recuerda: el sabor del vino barato, áspero. Y de repente está de nuevo en New Hampshire, de nuevo en el Divertimundo Arcadia. Él y Speedy se hallan de pie junto al tiovivo, otra vez, con todos esos caballos congelados *(Todos los caballos del carrusel tienen nombre, ¿no lo sabías, Jack?),* y Speedy sostiene una botella de vino y le dice que es zumo mágico, un sorbito y pasará al otro lado, saltará…

—¡No! —exclama Jack, sabiendo que es demasiado tarde—. ¡No quiero pasar al otro lado!

El mundo se inclina hacia el otro lado y Jack cae en la hierba sobre las manos y las rodillas, con los ojos fuertemente cerrados. No hace falta que los abra; los olores más ricos, más intensos que invaden su nariz le dicen todo lo que necesita saber. Eso, y la sensación de volver a casa después de tantos años oscuros, en los que casi cada movimiento consciente y cada decisión se han dedicado de alguna forma a anular (o como mínimo posponer) la llegada de este momento preciso.

Este es Jack Sawyer, damas y caballeros, de rodillas en una amplia extensión de hierba dulce bajo un cielo matutino sin una simple partícula de contaminación. Está llorando. Sabe lo que ha pasado, y está llorando. El miedo y la alegría inundan su corazón.

Este es Jack Sawyer veinte años después, que ha crecido hasta hacerse un hombre, y que por fin ha regresado a los Territorios.

Es la voz de su viejo amigo Richard (conocido a veces como Richard *el Racional*), la que lo salva. Richard tal como es ahora, jefe de su propio bufete de abogados (Sloat Associates, Ltd.), no el Richard que era cuando Jack quizá le conociera mejor, durante los largos días de vacaciones en Seabrook Island, Carolina del Sur. El Richard de Seabrook Island era imaginativo, hablador, rápido de reflejos, con una buena melena, flaco como una sombra matutina. El Richard actual, el Richard Derecho Corporativo, está perdiendo pelo, se está ensanchando en la cintura, y es más proclive a permanecer sentado con un vaso de Bushmills en la mano. Además, ha aplastado su imaginación, que en esos días de Seabrook Island era brillante y juguetona, como a una mosca molesta. A veces Jack piensa que la vida de Richard Sloat ha sido una vida de reducciones,

aunque sí se le ha añadido una cosa (probablemente en la facultad de Derecho): el sonido pomposo y como de oveja de la vacilación, particularmente molesto por teléfono, que es ahora la firma de la voz de Richard. Ese sonido empieza con los labios cerrados, y se despliega cuando los labios de Richard se separan abiertamente, lo cual lo hace parecer una combinación absurda entre un niño cantor de Viena y lord Haw-Haw.

Ahora, de rodillas con los ojos cerrados en la amplia extensión verde que antes fuera su propio campo, aspirando esos olores nuevos y profundos que recuerda tan bien y que tanto ha anhelado sin darse cuenta siquiera, Jack oye a Richard Sloat hablar en su cabeza. ¡Qué alivio proporcionan esas palabras! Sabe que solo es su mente, que imita la voz de Richard, pero sigue siendo maravilloso. Jack cree que si su viejo amigo Richard estuviera ahí, lo abrazaría y le diría: *Ojalá pontificaras para siempre, mí querido Richie. Con balidos de oveja y todo.*

Richard *el Racional* dice: *Te das cuenta de que estás soñando, ¿no, Jack?… beee… el estrés de abrir ese paquete, sin duda… beee… sin duda te ha hecho desmayarte, y eso a su vez ha originado. .. ¡BEEE!… el sueño que estás teniendo ahora.*

De rodillas, con los ojos todavía cerrados y el pelo cubriéndole la cara, Jack dice: *En otras palabras, es lo que solíamos llamar…*

¡Correcto! Lo que solíamos llamar… beee, fantasías de Seabrook Island. Pero lo de Seabrook Island pasó hace mucho tiempo, Jack, de modo que te sugiero que abras los ojos, vuelvas a ponerte de pie y te recuerdes a ti mismo que si ves algo fuera de lo normal… beee… no está ahí en realidad.

—No está ahí en realidad —murmura Jack. Se levanta y abre los ojos. Le basta echar un vistazo para saber que sí está ahí, pero se aferra a la voz de Richard que resuena en su mente, esa voz de aparento treinta y cinco años pero en realidad tengo sesenta, y se refugia en ella. De ese modo puede mantener un equilibrio precario en lugar de desmayarse o, quizá, sufrir una definitiva crisis nerviosa.

El cielo es azul oscuro y de una transparencia infinita. Alrededor de él, el heno y el fleo no le llegan hasta el tobillo sino hasta las costillas; en ese rincón del mundo no ha habido un Bunny Boettcher que los segara. De hecho, no hay ninguna casa en el camino por el que ha venido, tan solo un pintoresco y viejo

granero con un molino a un lado, a cierta distancia.

¿Dónde están los hombres voladores?, piensa Jack, alzando la mirada al cielo, y niega enérgicamente con la cabeza. No hay hombres voladores; no hay loros de dos cabezas; no hay hombres lobo. Todo eso eran fantasías de Seabrook Island, una neurosis que le contagió su madre y que hasta le pasó a Richard durante un tiempo. No eran nada más que… beee… gilipolleces.

Admite que es así, aunque al mismo tiempo sabe que la verdadera gilipollez sería no creerse lo que tiene alrededor. El olor de la hierba, tan intenso y dulce, mezclado con el olor más floral de las hojas de trébol y el olor más hondo, *basso profundo* de la tierra oscura. El sonido interminable de los grillos entre la hierba, viviendo sus despreocupadas vidas de grillo. Las polillas blancas que revolotean. La mejilla impoluta del cielo, sin que la mancille un solo cable eléctrico o de teléfono, ni la estela de humo de un avión.

Sin embargo, lo que más conmueve a Jack es la perfección del campo que le rodea. Hay un círculo enmarañado donde él ha caído de rodillas, en que la hierba mojada de rocío se aplasta contra el suelo. Pero no hay una senda que *lleve* al círculo, no hay una marca de su paso a través de la hierba húmeda y tierna. Parece que haya caído directamente del cielo. Eso es imposible, evidentemente, no se trata más que de otra fantasía de Seabrook Island, pero…

—Pero en realidad *sí* que he caído del cielo, o más o menos —dice Jack en tono extraordinariamente tranquilo—. He venido de Wisconsin. He *emigrado* hasta aquí.

La voz de Richard protesta con fuerza, irrumpe en una serie de tosecillas y balidos, pero Jack apenas si repara en ello. Es el bueno de Richard *el Racional,* actuando como Richard *el Racional* en su propia mente. Richard había pasado por cosas parecidas en cierta ocasión, y volvió al otro lado con la cabeza más o menos intacta… pero tenía doce años. Ambos tenían doce años ese otoño, y cuando tienes doce años el cuerpo y la mente son más elásticos.

Jack ha estado trazando un círculo lento, sin ver nada más que campos abiertos (la neblina que los cubre se va disipando hasta convertirse en una tenue calima con el calor creciente del día) y, a continuación, los bosques de un azul grisáceo. Ahora hay algo más. Al suroeste, a un kilómetro y medio aproximadamente, se divisa un camino de tierra. Más lejos aún, en el horizonte o quizá más allá de él, el cielo de verano está algo manchado de humo.

No son estufas de leña, se dice Jack, *en julio es imposible, pero quizá sean pequeñas fábricas. Y…*

Oye un silbido… en realidad son tres largos silbidos cuyo sonido se debilita con la distancia. El corazón de Jack parece ensanchársele en el pecho, y las comisuras de su boca se alzan en una especie de sonrisa involuntaria.

—El Misisipí está por ahí, por Dios —dice, y alrededor de él, semejando un encaje mañanero, las pequeñas polillas parecen bailar para mostrarse de acuerdo —. Eso es el Misisipí, o como quiera que lo llamen por aquí. Y el silbato, amigos y vecinos…

Dos silbidos más cruzan la veraniega mañana en ciernes. Son débiles en la distancia, sí, pero seguro que de cerca suenan con fuerza. Jack sabe que es así.

—Eso es un barco de río. Uno condenadamente grande. Quizá uno de rueda hidráulica.

Jack echa a andar hacia el camino, repitiéndose que todo eso es un sueño, sin creerse nada en absoluto, pero utilizándolo como hace un acróbata con su pértiga. Tras haber caminado un centenar de metros, se vuelve y mira atrás. Una línea oscura hiende el fleo, comenzando en el sitio en que él ha aparecido y cortando en línea recta hasta donde está ahora. Es la huella dejada por su paso. La única huella. Hacia la izquierda (de hecho, ahora casi detrás de él) se ven el granero y el molino. *Esos son mi casa y mi garaje,* se dice. *Por lo menos es lo que son en el mundo de los Chevrolet, de la guerra en el Cercano Oriente y del programa de Oprah Winfrey.*

Sigue andando, y ya casi ha llegado al camino cuando se apercibe de que hacia el suroeste hay algo más que humo. También se nota una especie de vibración. Le retumba en la cabeza como el principio de una jaqueca. Y varía de manera extraña. Si se pone de cara al sur, el pulso molesto es menor; si se vuelve hacia el este desaparece. Hacia el norte casi desaparece. Entonces, si sigue dándose la vuelta, vuelve otra vez de modo intenso. Ahora que lo ha notado es peor que nunca, de la misma forma que el zumbido de una mosca o el ruido de un radiador en una habitación de hotel empeora desde el momento en que lo percibes.

Jack da otra vuelta completa, despacio. Sur, y la vibración disminuye. Este, desaparece. Norte, empieza a volver. Oeste, vuelve con fuerza. Suroeste, y queda bloqueado en ella como el botón BUSCAR de la radio del coche. *Bum, bum, bum.*

Una vibración negra y desagradable como un dolor de cabeza, un olor a humo viejo…

—No, no, no es humo —dice Jack. La hierba de verano le llega casi hasta el pecho, tiene los pantalones empapados, los ojos muy abiertos, las mejillas nuevamente pálidas, las polillas blancas que revolotean en torno a su cabeza semejan una aureola. En este momento parece tener otra vez doce años. Es inquietante cómo se ha reintegrado en su yo más joven (y tal vez mejor)—. No es humo. Eso huele a…

De repente produce de nuevo ese sonido semejante al de una arcada. Porque lo que huele —no en su nariz, sino en el centro de su cabeza— es a salchicha ahumada podrida. El olor del pie cercenado y medio descompuesto de Irma Freneau.

—Lo huelo a él —murmura Jack, consciente de que no se está refiriendo a un olor. Puede producir ese latido siempre que quiera… se da cuenta de que incluso cuando no está—. Huelo al Pescador. A él o… no lo sé.

Echa a andar, y unos cien metros más adelante vuelve a detenerse. Ya no siente ese latido en su cabeza. Se ha desvanecido igual que las frecuencias de radio cuando la temperatura aumenta. Es un alivio.

Jack casi ha llegado al camino, que en una dirección sin duda conduce hacia alguna versión de Arden y en la otra a versiones de Centralia y French Landing, cuando oye un repiqueteo irregular. Y no solo lo oye, sino que lo siente, trepándole por las piernas como un ritmo marcado en dos por cuatro de Gene Krupa.

Se dirige hacia la izquierda, y profiere un grito que es a un tiempo de sorpresa y placer. Tres criaturas enormes, de color marrón y con orejas largas y colgantes, pasan dando brincos por delante de Jack, elevándose por encima de la hierba para volver a hundirse en ella, una y otra vez. Parecen un cruce de conejo con canguro. Sus ojos, negros y saltones, reflejan un terror cómico. Cuando corren van levantando polvo con sus pezuñas planas (de pelo blanco en lugar de marrón).

—¡Dios mío! —exclama Jack, medio riéndose y medio llorando. Se golpea la frente con la palma de la mano—. ¿Qué ha sido eso? ¿Eh, Richie, tienes algo que decir a eso?

Richíe, por supuesto, tiene algo que decir. Le dice a Jack que acaba de sufrir

una muy vivida… *beee.*… alucinación.

—Desde luego —admite Jack—. Conejos gigantes. Llévame a la reunión más cercana de Alcohólicos Anónimos. —Al recorrer el camino, vuelve a mirar el horizonte hacia el suroeste. La columna de humo. Un pueblo. ¿Tienen miedo sus habitantes de la llegada de las sombras de la noche? ¿Temen que se haga de noche? ¿Temen a la criatura que se está llevando a sus hijos? ¿Necesitan un poli de homicidios? Por supuesto que sí. Por supuesto que…

Hay algo en el suelo. Jack se agacha y recoge una gorra de béisbol de los Milwaukee Brewers, totalmente fuera de lugar en este mundo de gigantescos conejos saltarines, pero sin duda real. A juzgar por el ajustador de plástico de la parte posterior, parece una gorra de béisbol de niño. Jack mira el interior, sabiendo lo que va a encontrar, y ahí está, escrito con cuidado en tinta, en la etiqueta: TY MARSHALL. La gorra no está tan mojada como los vaqueros de Jack, empapados a causa del rocío de la mañana, pero tampoco está seca. Debe de llevar aquí, al borde del camino, desde ayer, piensa Jack. Lo lógico sería suponer que el secuestrador de Ty lo condujo en esa dirección, pero Jack no lo cree. Quizá sea el pulso persistente de la vibración lo que le hace pensar otra cosa, le ofrece una imagen distinta: la del Pescador recorriendo ese camino de tierra mientras Ty permanece cuidadosamente escondido en otro sitio. Bajo el brazo lleva una caja de zapatos envuelta y decorada con sellos falsos. En la cabeza, la gorra de béisbol de Ty, medio balanceándosele, porque le va demasiado pequeña. Aun así, no quiere ajustársela. No quiere que Jack la confunda con una gorra de adulto, ni por un instante. Porque está burlándose de Jack, está invitándolo al juego.

—Cogió al chico en nuestro mundo —dice Jack entre dientes—. Escapó con él a *este* mundo. Lo escondió en algún lugar seguro, como una araña esconde a una mosca. ¿Vivo? ¿Muerto? Vivo, creo. No sé por qué. Quizá es solo lo que quiero creer; dejémoslo. Entonces fue al lugar donde escondía a Irma. Cogió su pie y me lo trajo. Lo trajo a través de este mundo y luego emigró de nuevo a mi mundo para dejarlo en el porche. ¿Quizá perdió la gorra por el camino?

Jack no lo cree así. Jack cree que ese hijo de puta, ese cabrón, ese saco de mierda, dejó la gorra a propósito. Sabía que si Jack pasaba por ese camino la encontraría.

Con la gorra contra el pecho como un fan de Miller Park mostrando su

respeto a la bandera durante el himno nacional, Jack cierra los ojos y se concentra. Es más fácil de lo que esperaba, pero supone que hay cosas que nunca se olvidan; como pelar una naranja, montar en bici, saltar de un mundo a otro.

Lo chico como tú no nesesitan vino barato, de toda forma, oye decir a su viejo amigo Speedy Parker, en cuya voz se adivina un amago de risa. Al mismo tiempo, aquella sensación de vértigo vuelve a retorcerse en el interior de Jack, que un instante después oye el alarmante sonido de un coche que se acerca.

Retrocede, y al hacerlo abre los ojos. Divisa una carretera asfaltada —la carretera del valle de Norway—, pero…

Suena una bocina y un Ford viejo y cubierto de polvo pasa por su lado, el retrovisor del lado del acompañante a menos de veinte centímetros de nariz. El aire cálido, de nuevo con el olor tenue pero acre a hidrocarburo, azota las mejillas y la frente de Jack, junto con voz de paleto indignado:

—¡Quítate de en medio, cabrón!

—Me molesta que me llame cabrón un licenciado por alguna universidad rural —dice Jack adoptando su mejor tono de Richard *el Racional,* y aunque añade un pomposo *¡beee!* por si acaso, el corazón le late con fuerza. ¡Joder, casi ha saltado de vuelta justo delante de ese chaval!

Por favor, Jack, ahórrame todo esto, dijo Richard. *Lo has soñado todo.*

Jack sabe que no es así. Aunque mira alrededor totalmente estupefacto, en el fondo de su corazón no está estupefacto en absoluto. Para empezar todavía tiene la gorra de los Brewers de Ty Marshall. Además, el puente que cruza el Tamarack está justo después de la próxima cuesta. En el otro mundo, el mundo donde los conejos gigantes pasan brincando por delante de uno, ha caminado algo así como un kilómetro y medio. En este mundo por lo menos han sido *seis.*

Así es como era antes, se dice; *así es como era cuando Jacky tenía seis años. Cuando todo el mundo vivía en California y nadie vivía en ninguna otra parte.*

Pero eso es incorrecto. En algún sentido es incorrecto.

Jack está a un lado de la carretera, que era de tierra hace unos segundos y ahora está asfaltada; mira la gorra de béisbol de Ty Marshall e intenta averiguar exactamente qué no es correcto y *cómo,* y sabe que lo más probable es que no encuentre el truco. Todo eso ocurrió hace mucho tiempo y, además, ha intentado enterrar los recuerdos de su infancia, que hay que reconocer que son bien raros, desde que tenía trece años. Más de la mitad de su vida, en otras palabras. Una

persona no puede pasarse tanto tiempo olvidando y después de golpe chasquear los dedos y esperar que…

Jack chasquea los dedos. Le dice a la mañana cálida de verano:

—¿Qué pasó cuando Jacky tenía seis años? —Y se responde a sí mismo—: Cuando Jacky tenía seis años, papá tocaba el saxo.

¿Qué significa eso?

—Papá no —dice Jack de pronto—. *Mi* papá no. Dexter Gordon. La canción se llamaba *Papá tocaba el saxo.* O quizá el disco. El elepé.

Jack se queda quieto, sacudiendo la cabeza, y a continuación asiente.

—*Toca*, Papá toca. *Papá toca el saxo.*

Y entonces, sencillamente, todo regresa. Dexter Gordón tocando en el equipo de música. Jacky Sawyer detrás del sofá, jugando con su taxi londinense de juguete, tan satisfactorio por su peso, que lo hacía parecer más real que un juguete. Su padre y el padre de Richard hablando. Phil Sawyer y Morgan Sloat.

Imagínate lo que sería ese tipo al otro lado, había dicho el tío Morgan, y ese había sido el primer contacto de Jack Sawyer con los Territorios. Cuando Jacky tenía seis años, Jacky oyó la palabra. Y…

—Cuando Jacky tenía doce años, Jacky estuvo realmente allí —dice.

¡Eso es ridículo!, espeta el hijo de Morgan. *Completamente… ¡beeee! ¡Ridículo! ¡Y ahora vas a decirme que de verdad había hombres en el cielo!*

Pero antes de que Jack pueda hablarle sobre eso o cualquier otra cosa a su versión mental de su viejo amigo, pasa otro coche. Este se detiene a su lado. Observándole con expresión de suspicacia a través de la ventanilla del conductor (Jack ha descubierto que esa expresión es habitual y en sí misma no significa nada), está Elvena Morton, la asistenta de Henry Leyden.

—¿Qué demonios haces aquí, tan lejos, Jack Sawyer? —le pregunta.

El sonríe.

—No he dormido demasiado bien, señora Morton, y se me ha ocurrido salir a dar un paseo para despejarme.

—¿Y siempre te dedicas a caminar por la hierba húmeda cuando quieres despejarte? —inquiere ella, mirando los vaqueros de Jack, mojados hasta la rodilla e incluso un poco más arriba—. ¿Eso te ayuda?

—Supongo que andaba sumido en mis pensamientos —contesta.

—Supongo que sí —dice ella—. Sube, te acercaré a tu casa. A menos que

aún quieras despejarte un poco más.

Jack sonríe a su pesar. Ha sido un buen chiste. Le recuerda a su difunta madre, en realidad. (Cuando su hijo le preguntaba con impaciencia qué había para cenar y cuándo se serviría, Lily Cavanaugh solía responder: «Pedos fritos con cebolla, budín de viento y, de postre, salsa de aire; pásate por aquí y recoge la cena a las pepinillo y media».)

—Creo que mi cabeza está todo lo despejada que puede estar hoy —dice, y rodea el capó del viejo Toyota marrón de la señora Morton. Hay una bolsa marrón en el asiento del copiloto de la que sobresalen unas hojas de algo. Jack la mueve hacia el centro y se sienta.

—No sé si a quien madruga Dios le ayuda —comenta la mujer mientras conduce—, pero el que va a comprar primero consigue las mejores verduras en la Tienda de Roy, eso seguro. Además, me gusta llegar antes que los vagos.

—¿Los vagos, señora Morton?

Ella le dirige una recelosa mirada de soslayo, con las comisuras de los labios hacia abajo, como si probara algo amargo.

—Se apoyan en la barra y empiezan a hablar de que si el Pescador esto o el Pescador lo otro. De quién puede ser, de *qué* puede ser (un sueco, un polaco, un irlandés), y, desde luego, de qué le harán cuando lo pillen, cosa que podría haber pasado hace mucho tiempo si alguien que no fuera ese zoquete cabeza cuadrada de Dale Gilbertson estuviera a cargo de todo esto. Eso es lo que dicen. Es fácil asumir el mando cuando uno tiene el trasero cómodamente instalado en uno de los taburetes de Roy Soderholm, una taza de café en una mano y un donut en la otra. Así es como pienso yo. Desde luego, la mitad de ellos también llevan el cheque del paro en el bolsillo trasero, pero no van a confesarlo. Mi padre solía decir: «Muéstrame un hombre demasiado bueno para segar en julio y yo te mostraré un hombre que tampoco dará golpe el resto del año».

Jack se arrellana en el asiento del acompañante, apoya las rodillas en el salpicadero y mira cómo va pasando la carretera. Llegarán en un momento. Sus pantalones empiezan a secarse y se siente extrañamente en paz. Lo bueno de Elvena Morton es que no tienes que darle conversación, porque a ella le gusta hacerse cargo de todo. A Jack se le ocurre otro *Lilismo*. De una persona muy habladora (el tío Morgan, por ejemplo), su madre decía que la lengua le «colgaba en el medio y corría en los extremos».

Jack esboza una sonrisa y se lleva una mano a la boca para que la señora Morton no lo advierta. De lo contrario ella le preguntaría qué es tan divertido, y ¿qué iba a decirle él? ¿Que estaba pensando que le colgaba la lengua en el medio? Pero resulta gracioso el modo en que los pensamientos y recuerdos vuelven a fluir. ¿No fue ayer cuando intentó llamar a su madre, olvidando que está muerta? Ahora se le antoja que podría haber ocurrido en una vida distinta. Quizá fuese en efecto una vida distinta. Dios sabe que él no parece el mismo hombre que se ha levantado de la cama esta mañana muerto de cansancio, presa de un sentimiento cuyo mejor calificativo es el de fatalista. Se siente completamente vivo por primera vez desde que… bueno, desde que Dale lo trajo hasta esa misma carretera, supone, y le enseñó la bonita casa que había pertenecido a su padre.

Mientras, Elvena Morton sigue con su charla.

—Claro que también reconozco que siempre tengo alguna excusa para salir de casa cuando él empieza con el Mongólico Loco —dice. El Mongólico Loco es el nombre que ella utiliza para el personaje de Henry *la Rata de Wisconsin.* Jack asiente para indicar que la comprende, sin saber que antes de que pasen unas horas se encontrará con un tipo al que llaman el Húngaro Loco. Las pequeñas casualidades de la vida—. Siempre se le mete en la cabeza hacer lo del Mongólico Loco por la mañana temprano, y no me canso de decirle: «Henry, si tiene que gritar de esa manera y decir cosas horribles y luego poner música horrible que tocan unos chicos a los que nunca debieron permitirles acercarse a una *tuba,* ni a una *guitarra eléctrica,* ¿por qué lo hace por la mañana, si sabe que así echa a perder el día entero?». Y así es, le da dolor de cabeza cuatro de cada cinco veces que intenta ser el Mongólico Loco, y a media tarde ya está tumbado en su habitación, con una bolsa de hielo sobre la frente, pobrecito, y durante esos días tampoco toma nada en el almuerzo. A veces la cena ya no está cuando lo compruebo al día siguiente (siempre la dejo en el mismo sitio en la nevera, a no ser que me indique que le apetece cocinar), pero la mitad de las veces sigue ahí, y en ocasiones, cuando no está, creo que la tira a la basura.

Jack suelta un gruñido. Es todo lo que tiene que hacer. Las palabras de la mujer le resbalan, y está pensando en que meterá la zapatilla en una bolsa de plástico con cremallera, cogiéndola con unas pinzas para el fuego, y que cuando la deje en la comisaría dará comienzo la cadena de pruebas. Tendré que

comprobar que no hay nada más en la caja de zapatillas, y analizar el papel de embalar. También quiere examinar esos sobres de azúcar. Quizá haya algún nombre de restaurante impreso bajo los dibujos de pájaros. Es una apuesta arriesgada, pero…

—Y *él* dice «Señora M., no puedo evitarlo. Hay días en que simplemente me levanto siendo la Rata. Y aunque luego lo pago, lo paso tan bien mientras llevo ese disfraz… Es una *alegría* total». Y yo le pregunto: «¿Cómo puede haber alegría en una música sobre niños que quieren matar a sus padres y comerse fetos y tener relaciones sexuales con animales (porque de eso iba una de las canciones, Jack, lo oí tan claro como el agua) y todo eso?». Se lo pregunto, y él me contesta… Ah, ya estamos aquí.

En efecto, han llegado al camino de entrada a la casa de Henry. Unos cuatrocientos metros más adelante está el tejado de la casa de Jack. Su camioneta Ram reluce en la entrada. No ve el porche, y desde luego no puede ver el horror que aguarda en los tablones del suelo, a la espera de que alguien lo quite de ahí. Que lo quite de ahí en nombre de la decencia.

—La verdad es que podría llevarte hasta arriba —dice la señora Morton—: ¿Por qué no?

Jack, pensando en la zapatilla y el hedor a salchicha podrida que la rodea, sonríe, niega con la cabeza y abre con rapidez la puerta del coche:

—Creo que, después de todo, necesito pensar un rato más —dice.

Ella le mira con una expresión de desagrado perspicaz que según sospecha Jack es amor. Elvena sabe que Jack ha alegrado la vida de Henry Leyden, y solo por eso cree que lo quiere. En cualquier caso, le gusta suponerlo. Se le ocurre que no ha dicho nada de la gorra de béisbol que él lleva en la mano, pero ¿por qué iba a hacerlo? En esa parte del mundo cada hombre debe de tener al menos cuatro.

Empieza a subir por la carretera con el cabello al viento (sus días de cortes de pelo a la moda en Chez Chez en Rodeo Drive, pasaron hace tiempo; esto es Coulee Country y, cuando se acuerda, va a que le corte el pelo el viejo Herb Roeper, en la calle Chase, cerca de los Amvets), con el paso despreocupado y desgarbado de un niño. La señora Morton se asoma a la ventanilla y lo llama:

—¡Cámbiate esos vaqueros, Jack! ¡En cuanto llegues! ¡No dejes que se te sequen puestos, que es así como empieza la artritis!

Jack levanta la mano y, sin volverse, contesta:

—¡De acuerdo!

Cinco minutos después, camina de nuevo por el sendero de entrada a su casa. Aunque sea provisionalmente, el miedo y la depresión han desaparecido. El éxtasis también, lo cual le alivia. Lo último que necesita un detective de Homicidios es hacerse cargo de una investigación en estado de éxtasis.

Al ver la caja en el porche (y el papel de envolver, y las plumas, y la popular zapatilla de niño, no olvidemos eso), la mente de Jack vuelve a la señora Morton citando a ese gran sabio que es Henry Leyden:

No puedo evitarlo. Hay días en que simplemente me levanto siendo la Rata. Y aunque luego lo pago, lo paso tan bien mientras llevo ese disfraz… Es una alegría total.

Alegría total. Jack ha oído decir eso de vez en cuando como detective, en ocasiones mientras investigaba la escena de un crimen, con mayor frecuencia al interrogar a un testigo que sabe más de lo que dice… y eso es algo que Jack Sawyer casi siempre sabe, algo que olfatea. Supone que los carpinteros sienten esa alegría cuando hacen su trabajo especialmente bien, los escultores cuando consiguen una buena nariz o un buen mentón, los arquitectos cuando las líneas que trazan sobre sus planos son simplemente perfectas. El único problema es que alguien en French Landing (quizá alguien de los pueblos de alrededor, pero Jack supone que en French Landing) experimenta ese sentimiento de alegría al matar niños y comerse partes de sus cuerpecitos.

Alguien en French Landing se levanta, cada vez con mayor frecuencia, sintiéndose el Pescador.

Jack entra en casa por la puerta trasera. Se detiene en la cocina para recoger la caja de bolsas de plástico para alimentos, un par de bolsas de basura, un recogedor y la escoba. Abre el congelador y deja caer la mitad de los cubitos de hielo en una de las bolsas de basura; por lo que a él respecta, el pobre pie de Irma Freneau ha llegado a su estado de máxima descomposición.

Entra en el estudio, donde coge un bloc de notas amarillo, un rotulador negro y un bolígrafo. De la sala de estar coge las tenacillas cortas para el fuego. Para cuando sale al porche, ya ha conseguido dejar de lado la identidad secreta de Jack Sawyer.

Soy un policía de Homicidios, se dice con una sonrisa. *Defensor del modo de*

vida americano, amigo del cojo, del lisiado y del muerto.

Entonces, al mirar hacia la zapatilla deportiva, rodeada de una pequeña y triste nube de hedor, su sonrisa desaparece. Capta parte del tremendo misterio que creímos captar nosotros cuando topamos con Irma entre los escombros del restaurante abandonado. Hará todo lo que pueda y más para honrar esos restos, tal como nosotros hicimos cuanto pudimos por honrar a la niña. Piensa en las autopsias a las que ha asistido, en la verdadera solemnidad que subyace tras los chistes y las groserías de carnicería.

—Irma, ¿eres tú? —pregunta en voz baja—. Si eres tú, ayúdame. Háblame. Es hora de que los muertos ayuden a los vivos. —Sin pensar en ello, Jack se besa los dedos y lanza el beso hacia la zapatilla. *Me gustaría matar al hombre (o a la cosa) que hizo esto*, piensa. *Colgarle vivo de una soga y verle gritar mientras se caga en los pantalones. Verle morir en medio del hedor de su propia mierda.*

Tales pensamientos, sin embargo no son honrosos, de modo que los aparta de su mente.

La primera bolsa de plástico es para la zapatilla con restos de pie en su interior. Utiliza las pinzas. Cierra la cremallera. Escribe la fecha en la bolsa con el rotulador. Anota el tipo de prueba en el bloc con el bolígrafo. La mete en la bolsa de basura con hielo.

La segunda bolsa es para la gorra. Como ya la ha tocado, no hacen falta las pinzas. La introduce en la bolsa y cierra la cremallera. Escribe la fecha y anota en el bloc el tipo de prueba de que se trata.

La tercera bolsa es para el papel de embalar. Lo sostiene un momento con las pinzas, escrutando los sellos falsos con imágenes de pájaros. Debajo de cada dibujo aparece impresa la frase FABRICADO POR DOMINO, eso es todo. No hay un nombre de restaurante ni nada por el estilo. A la bolsa. Cierra la cremallera. Escribe la fecha. Anota el tipo de prueba.

Barre las plumas y las mete en una cuarta bolsa. Hay más plumas en la caja. Levanta la caja con las pinzas, echa las plumas dentro de la bolsa con el recogedor, y de pronto el corazón le da un vuelco, hasta el punto de que parece golpear la parte izquierda de su caja torácica como un puño. Hay algo escrito en el fondo de la caja. Las mismas letras desiguales trazadas con el mismo rotulador Sharpie. Quienquiera que escribiera eso sabía a quién iba dirigido. No al Jack Sawyer que ven los demás, porque en ese caso el Pescador lo habría llamado

Hollywood, sin duda.

Ese mensaje va dirigido a su yo más íntimo, y al chico que estaba ahí antes de que Jack *Hollywood* Sawyer soñase siquiera con existir.

Prueba en bocados de Ed, detective. Tu amico,

EL PESCADOR

—Tu *amico* —murmura Jack—. Sí.

Recoge la caja con las pinzas y la mete en la segunda bolsa de basura; no tiene bolsas de plástico con cremallera lo suficientemente grandes. A continuación reúne todas las pruebas y las coloca a su lado en un montón. Esas cosas siempre le parecen lo mismo, espeluznantes y prosaicas a la vez, como las fotos que solía ver en esas revistas de crímenes reales.

Entra en casa y marca el número de Henry. Teme que se ponga al teléfono la señora Morton, pero gracias a Dios lo hace Henry. Su actual ataque de *ratismo* parece que ha remitido, aunque queda algún residuo; incluso por teléfono, Jack oye el tenue retumbar y el estruendo de «guitarras eléctricas».

Henry dice conocer bien el Bocados de Ed, pero ¿por qué demonios querría Jack saber algo sobre un lugar como ese?

—No es más que una ruina; Ed Gilbertson murió hace un tiempo, y hay gente en French Landing que lo considera una bendición, Jack. El sitio era un palacio de la ptomaína si es que ha habido una vez alguno. Un ataque de retortijones garantizado. Lo normal habría sido que el Departamento de Sanidad lo cerrara, pero Ed tenía relaciones. Dale Gilbertson, por ejemplo.

—¿Eran parientes? —pregunta Jack, y cuando Henry le contesta:

—Joder, ya lo creo —contesta Henry, y cuando advierte que eso es algo que su amigo nunca diría en una conversación normal, Jack comprende que, aunque esta vez Henry puede haberse ahorrado la jaqueca, la Rata todavía corretea por su cabeza. Jack ha oído cosas similares de George Rathbun de vez en cuando, exultaciones inesperadas saliendo de la fina garganta de Henry, y está esa forma

que Henry tiene de decir adiós, soltando un *ding-dong* o un *Nos vemos, ricura* por encima del hombro: es el Sheik, el Jaque, el Jeque que sale a tomar el aire.

—¿Dónde está exactamente? —quiere saber Jack.

—No es fácil de explicar —responde Henry. Ahora suena un poco irritable —. Un poco más allá del sitio ese de aperos de labranza… ¿Goltz? Si no recuerdo mal, el camino de entrada es tan largo que podría considerarse una carretera de acceso. Y si alguna vez hubo alguna señal, desapareció hace tiempo. Cuando Ed Gilbertson vendió su último perrito con chili infestado de microbios, Jack, tú seguramente estabas en primer curso. ¿De qué va todo esto?

Jack sabe que lo que está pensando hacer es ridículo según los cánones de investigación habituales; uno no invita a un ciudadano corriente al escenario de un delito, y menos al escenario de un asesinato, pero esa no es una investigación normal. Tiene pruebas en una bolsa que recuperó en otro mundo, ¿qué tal eso como ejemplo de anomalía? Desde luego, puede encontrar por sí mismo el desaparecido hace tiempo Bocados de Ed, alguien en Goltz le indicará cómo, sin duda; pero…

—El Pescador acaba de enviarme una de las zapatillas de Irma Freneau —confiesa Jack—. Con el pie de Irma dentro.

La respuesta inicial de Henry es una profunda inspiración.

—¿Henry? ¿Estás bien? —pregunta Jack.

—Sí. —La voz de Henry suena horrorizada pero bajo control—. Qué espantoso para la niña y para su madre. —Hace una pausa—. Y para ti. Para Dale. —Otra pausa—. Para esta ciudad.

—Sí.

—Jack, ¿quieres que te lleve a Bocados de Ed?

Henry puede hacerlo, Jack lo sabe. Es pan comido, ricura. Y seamos realistas: ¿por qué ha llamado a Henry sino?

—Sí —contesta.

—¿Has llamado a la policía?

—No.

Va a preguntarme por qué no lo he hecho, y ¿qué voy a responder? ¿Que no quiero a Bobby Dulac, Tom Lund y el resto merodeando por allí, mezclando sus olores con los del asesino, hasta que tenga la ocasión de husmear por mí mismo? ¿Que no me fío ni de su madre porque pueden joderlo todo, y que eso

incluye al mismísimo Dale?

Pero Henry no pregunta nada.

—Te esperaré al final del camino de mi casa —dice—. Tú simplemente dime cuándo.

Jack calcula lo que le queda por hacer con las pruebas, tarea que concluirá al meterlo todo en el cofre de la parte trasera de la camioneta. Se recuerda que tiene que llevarse el teléfono móvil, que no suele hacer otra cosa que esperar sobre el pequeño cargador, en su estudio. Querrá dar parte de todo tan pronto como haya visto los restos de Irma in situ y haya acabado así su primer recorrido vital. Entonces dejará que entren en acción Dale y sus chicos. Les dejará traerse a la banda de música del instituto si les apetece. Consulta su reloj y advierte que son casi las ocho. ¿Cómo ha podido hacerse tan tarde tan pronto? Las distancias son más cortas en el otro lado, eso lo recuerda, pero ¿acaso también las horas transcurren más rápido? ¿O es que simplemente ha perdido la noción del tiempo?

—Estaré ahí a las ocho y cuarto —dice Jack—. Y cuando lleguemos a Bocados de Ed te vas a quedar sentadito en el coche como un buen chico hasta que te avise que puedes salir.

—Entendido, *mon capitaine.*

—*Ding dong.* —Jack cuelga el auricular y vuelve a salir al porche.

Las cosas no van a resultar como Jack espera. No va a poder ser el primero en echar un vistazo y en husmear. De hecho, para la tarde la situación en French Landing, ya inestable, estará al borde del descontrol. Aunque hay muchos factores actuando a la vez, la causa principal de esta última escalada va a ser el Húngaro Loco.

Hay una buena dosis del buen humor de ciudad pequeña en este alias, como lo de llamar al empleado delgaducho del banco Granjee, u Ojo de Halcón al propietario de una librería con gafas trifocales. Arnold Hrabowski, con su metro sesenta y poco y sus escasos setenta kilos, es el hombre más menudo del equipo actual de Dale Gilbertson. De hecho, es la *persona* más menuda del equipo actual de Dale Gilbertson, ya que tanto Debbi Anderson como Pam Stevens pesan más que él y son mas altas (varios centímetros más alta que él, Debbi

podría comer huevos revueltos directamente de la cabeza de Arnold Hrabowski). El Húngaro Loco es además un tipo bastante inofensivo, de la clase que sigue disculpándose por poner multas aunque Dale le haya dicho mil veces que es una mala política, y que es famoso por comenzar los interrogatorios con frases tan poco afortunadas como *Perdone, pero me pregunto si usted no habrá…* Por lo tanto, Dale lo tiene quietecito en su despacho tanto tiempo como puede, o en el centro, donde todo el mundo lo conoce y la mayoría lo trata con respeto ausente. Visita las escuelas de primaria del condado para dar charlas sobre comportamiento cívico. Los pequeños, que no saben que reciben sus primeras lecciones sobre los peligros de los porros de parte del Húngaro Loco, le adoran. Cuando en el instituto da conferencias más serias sobre drogas, alcohol y conducción imprudente, los chicos dormitan o se pasan notas, aunque en realidad piensan que el coche de la campaña antidroga que conduce, pagado con fondos federales (un Pontiac lento y pulcro con la frase DI NO estampada en las puertas), mola bastante. Básicamente, el agente Hrabowski es tan divertido como un huevo duro con atún, pero sin la mayonesa.

No obstante, verán, resulta que en los años setenta hubo un *pitcher* suplente en el equipo de Saint Louis, y después en los Kansas City Royals, un tipo de aspecto aterrador, y se llamaba Al Hrabowski. Más que caminar desde la zona de calentamiento entraba arrasando, y antes de empezar a lanzar (normalmente en la novena entrada, con las bases a tope y el partido muy reñido), Al Hrabowski solía volverse en la plataforma de lanzamiento, bajar la cabeza, cerrar los puños y alzarlos una vez, con fuerza, para mentalizarse. Entonces se volvía y empezaba a lanzar bolas rápidas y peliagudas, algunas de las cuales pasaban tan cerca de los mentones de los bateadores que habrían podido besarlas. Por eso lo llamaban el Húngaro Loco, y hasta un ciego podía ver que era el mejor condenado suplente de la liga. Y por supuesto a Arnold Hrabowski ahora se le conoce como el Húngaro Loco, tenía que ser así. Hace unos años incluso intentó dejarse crecer un bigote a lo Fu Manchú, como el que hizo famoso al jugador. Pero el de Arnold provocaba risotadas (un bigote a lo Fu Manchú en esa cara de contable amable, ¡imagínense!), de modo que se lo afeitó.

El Húngaro Loco de French Landing no es mal tipo; hace lo que tiene que hacer lo mejor que puede, y en circunstancias normales eso a veces significa bastante bien. Pero estos no son días corrientes en French Landing, estos son los

días de la dislocación resbaladiza, los días de abbalah-opopónaco, y él es exactamente el tipo de agente al que Jack teme. Y esta mañana, sin pretenderlo siquiera, va a convertir una situación mala en otra mucho peor.

La llamada del Pescador entra por la línea 911 a las 8.10 de la mañana, mientras Jack termina de escribir sus notas en el bloc amarillo y Henry recorre el camino de entrada a su casa, oliendo la mañana veraniega con placer a pesar de la sombra que las malas noticias de Jack han proyectado en su mente. Al contrario que otros agentes (Bobby Dulac, por ejemplo), el Húngaro Loco lee palabra por palabra el guión que hay pegado junto al teléfono.

ARNOLD HRABOWSKI: Hola, este es el Departamento de Policía de French Landing, le habla el agente Hrabowski. Ha llamado al 911. ¿Tiene una emergencia?

[*Sonido ininteligible… ¿alguien que se aclara la garganta?*]

AH: ¿Hola? Soy el Agente Hrabowski, al habla en el 911. ¿Tiene alguna…?

INTERLOCUTOR: Hola, lameculos.

AH: ¿Quién es? ¿Se trata de una emergencia?

I: Tú tienes una emergencia. No yo. Tú.

AH: ¿Quién es, por favor?

I: Tu peor pesadilla.

AH: Señor, ¿puede identificarse?

I: Abbalah. Abbalah-doon [*fonético*]

AH: Señor, no le…

I: Soy el Pescador.

[*Silencio.*]

I: ¿Qué pasa? ¿Asustado? Deberías estarlo.

AH: Señor… Verá, señor. Hay multas para las falsas…

I: Hay látigos en el infierno y cadenas en shayol. [*Puede que el interlocutor haya dicho «sheol»*.]

AH. Eh, señor, si pudiese darme usted su nombre…

I: Mi nombre es legión. Mi número es muchos. Soy una rata bajo el suelo del universo. Robert Frost dijo eso. [*El interlocutor ríe.*]

AH: Señor, si espera un momento, le paso a mi jefe…

I: Cállate y escucha, lameculos. ¿Estás grabando esto? Eso espero. Podría jodértelo [*quizá haya dicho otra cosa, pero no se entiende bien el término*] si quisiera, pero no quiero.

AH: Señor, yo…

I: Chúpame el escroto, mono. Te he dejado una y estoy cansado de esperar a que la encuentres. Prueba en Bocados de Ed. Tal vez esté algo podrida, pero cuando era nueva estaba muy [*El interlocutor repite la u varias veces, diciendo muuuuuuuy*] sabrosa.

AH: ¿Dónde está usted? ¿Quién es? Si se trata de una broma…

I: Saluda al poli de Homicidios de mi parte.

Al empezar la llamada, el corazón del Húngaro Loco latía a unas perfectamente normales sesenta y ocho pulsaciones por minuto. Cuando acaba, a las 8.12, el pulso de Arnold Hrabowski es el doble de rápido. Su rostro ha palidecido. En plena llamada ha consultado la pantalla identificadora y ha anotado el número; la mano le temblaba tanto que los números bailaban sobre las líneas del cuaderno. Cuando el Pescador cuelga y se oye el sonido de la línea, Hrabowski está tan aturdido que intenta marcar el botón de rebobinado de llamada en el teléfono rojo, olvidando que la línea 911 es una calle de sentido único. Oprime con los dedos el frontal de plástico liso del teléfono y vuelve a colgar el auricular soltando un juramento, asustado.

Lo contempla como si fuese algo que acabara de morderle.

Hrabowski descuelga el auricular del teléfono negro que hay junto al de la línea 911 e intenta pulsar el botón de rellamada, pero los dedos lo traicionan y marca dos teclas a la vez. Maldice de nuevo, y Tom Lund, que pasa con una taza de café, le pregunta:

—¿Qué te pasa, Arnie?

—¡Ve a buscar a Dale! —exclama el Húngaro Loco, asustando tanto a Tom que se derrama café en los dedos—. ¡Ve a buscarle ahora mismo!

—¡Pero qué coño te ocu…!

—¡AHORA MISMO, me cago en Dios!

Tom mira a Hrabowski un momento más, con las cejas enarcadas, y se va a decirle a Dale que el Húngaro Loco se ha vuelto loco de verdad.

La segunda vez que Hrabowski lo intenta, consigue oprimir el botón correcto. Suena. Y suena un poco más.

Dale Gilbertson aparece con su taza de café. Tiene ojeras oscuras bajo los ojos, y las arrugas en las comisuras de su boca son más marcadas que de costumbre.

—Arnie, ¿qué…?

—Pon la última llamada —lo interrumpe Arnold Hrabowski—. Creo que era… ¡hola! —exclama, inclinándose entre la mesa y los papeles desparramados por todas partes—. Hola, ¿quién es?

Aguza el oído.

—Aquí la policía, quién sino. El agente Hrabowski, del DPFL. Ahora dime, ¿quién eres?

Entretanto, Dale se ha puesto los auriculares y está escuchando, con horror creciente, la última llamada al 911 de French Landing. *Dios mío,* piensa. Su primer impulso, el primero de todos, es llamar a Jack Sawyer para pedirle ayuda. Para pedírsela a gritos, como un niño pequeño que se ha pillado la mano en la puerta. Entonces se dice que debe calmarse, que ese es su trabajo, le guste o no, y que es mejor que se contenga e intente hacerlo. Además, Jack se ha ido a Arden con Fred Marshall para ver a la esposa pirada de Fred. O por lo menos ese era el plan.

Los polis, mientras, están agolpándose alrededor de la mesa: Lund, Tcheda, Stevens. Cuando les mira, Dale no ve más que ojos muy abiertos y caras desconcertadas y pálidas. ¿Y los que están patrullando? ¿Los que están fuera de servicio? No tendrán mejor aspecto. Con la posible excepción de Bobby Dulac, nadie tendrá buen aspecto. Siente desesperación además de espanto. Oh, esto es una pesadilla. Un camión sin frenos en una bajada hacia el patio de una escuela repleto de niños.

Se quita los auriculares, haciéndose un corte junto a la oreja sin notarlo.

—¿De dónde llamaba? —le pregunta a Hrabowski. El húngaro Loco ha colgado el teléfono y está sentado en la silla, atónito. Dale le sacude el hombro —. ¿De dónde llamaba?

—Del 7-Eleven —responde el Húngaro Loco, y Dale oye gruñir a Danny Tcheda. No muy lejos de donde desapareció la bici del chico de Marshall, en otras palabras—. Acabo de hablar con el señor Rajan Patel, el dependiente de día. Dice que el número corresponde al teléfono público que está justo delante de la tienda.

—¿Te ha dicho quién ha hecho la llamada?

—No. Estaba fuera, en la parte de atrás, recibiendo un envío de cerveza.

—¿Estás seguro de que no ha sido el mismo Patel el que…?

—Sí. Tiene acento hindú. El tipo del 911… Dale, tú lo has oído. Sonaba como si pudiera ser cualquiera.

—¿Qué está pasando? —pregunta Pam Stevens. Se hace una idea, sin embargo; todos se lo imaginan. Solo es cuestión de saber los detalles—. ¿Qué ha pasado?

Porque se trata de la forma más rápida de que todos reaccionen, Dale vuelve a poner la llamada grabada, esta vez por el altavoz.

En el silencio de asombro que sigue a la llamada, Dale dice:

—Voy a ir a Bocados de Ed. Tom, te vienés conmigo.

—¡Sí, señor! —contesta Tom Lund. Parece casi enfermo de excitación.

—Que me sigan cuatro coches patrulla más. —La mayor parte de la mente de Dale está como congelada; esos procedimientos de rutina patinan vertiginosamente sobre el hielo. *Soy bueno en lo que respecta a trámites y organización,* piensa. *Es atrapar a ese jodido criminal psicópata lo que me preocupa un poco*—. Todos por parejas; Danny, tú y Pam en el primer coche. Dejad pasar cinco minutos desde que nos vayamos Tom y yo. Cinco minutos de reloj, y sin luces ni sirena. Vamos a mantener esto en silencio tanto tiempo como podamos.

Danny Tchaeda y Pam Stevens se miran, asienten y miran de nuevo a Dale. Dale está mirando a Arnold *el Húngaro Loco* Hrabowski. Designa tres parejas más, acabando con Dit Jesperson y Bobby Dulac. Bobby es el único al que realmente quiere llevar allí; a los demás solo los manda por seguridad y —Dios quiera que no sea necesario— para controlar a la muchedumbre.

Todos tienen que salir a intervalos de cinco minutos.

—Déjame ir a mí también —pide Arnie Hrabowski—. Venga, jefe, ¿qué dices a eso?

Dale abre la boca para responder que quiere que Arnie se quede donde está, pero entonces observa la mirada esperanzada en aquellos acuosos ojos pardos y, pese a su estado de profunda angustia, no puede evitar reaccionar a ella, al menos un poco. Para Arnie, la vida de policía significa, demasiado a menudo, quedarse de pie en la acera mientras pasa el desfile.

El desfile que sea, piensa.

—Te diré lo que vamos a hacer, Arn —contesta—. Cuando acabes con todas las llamadas, avisas a Debbi. Si consigues que se quede aquí, puedes ir a Bocados de Ed.

Arnold asiente, animado, y Dale casi sonríe. Supone que el Húngaro Loco tendrá a Debbi ahí a las nueve y media, aunque tenga que arrastrarla por los pelos como un troglodita.

—¿Con quién voy, Dale?

—Ven tú solo —responde Dale—. En el coche de la campaña antidroga, ¿de acuerdo? Pero Arme, si dejas el despacho sin alguien que te sustituya en cuanto tú te levantes de la silla, vas a tener que buscarte otro trabajo a partir de mañana.

—Oh, no te preocupes —le tranquiliza Hrabowski y, húngaro o no, en su excitación suena como si hablara en sueco. No es demasiado sorprendente, ya que Centralia, donde se crió, se conocía antaño como el Pueblo Sueco.

—Vamos, Tom —dice Dale—. Cogeremos el equipo de recogida de pruebas de camino a…

—Esto… jefe.

—¿Qué, Arnie? —pero, por supuesto, en realidad quiere decir: ¿Qué es lo que pasa *ahora*?

—¿Llamo a esos federales, Brown y Black?

Danny Tcheda y Pam Stevens se ríen por lo bajo. Tom sonríe. Dale no. Su corazón, ya en el sótano, baja aún más. *Subsótano, damas y caballeros: falsas esperanzas a su izquierda, causas perdidas a su derecha. Ultima parada, todos fuera.*

Perry Brown y Jeff Black. Los había olvidado, qué gracioso. Brown y Black, quienes casi seguro que ahora mismo le arrebatarían el caso.

—Todavía están en el motel Paradise —continúa el Húngaro Loco—, aunque creo que el tío del FBI volvió a Milwaukee.

—Yo…

—Y los del condado —parlotea sin cesar el Húngaro—. No nos olvidemos de ellos. ¿Quieres que llame primero a los forenses o al furgón de pruebas?

El furgón de pruebas es un monovolumen Ford Econoline azul, lleno de toda clase de cosas, desde yeso de secado rápido para hacer moldes de neumático hasta un estudio de vídeo portátil. Cosas a las que el Departamento de Policía de French Landing nunca tendría acceso.

Dale permanece donde está, con la cabeza gacha, mirando al suelo con desaliento. Van a arrebatarle el caso. Cada palabra que dice Hrabowski lo deja más claro. Y de repente lo quiere para él. A pesar de cómo lo detesta y de cómo le asusta, lo quiere con toda su alma. El Pescador es un monstruo, pero no es un monstruo del condado, un monstruo del estado o un monstruo de la Oficina Federal de Investigación. El Pescador es un monstruo de French Landing, el monstruo de *Dale Gilbertson, y* quiere conservar el caso por razones que no tienen nada que ver con el prestigio personal ni con el hecho práctico de conservar su puesto de trabajo. Quiere atraparle porque el Pescador es una ofensa contra todo lo que Dale quiere y necesita y cree. Se trata de cosas que no se pueden decir en voz alta sin que suenen cursis o estúpidas, pero son absolutamente ciertas. Siente una rabia repentina y tonta hacia Jack. Si Jack se hubiese subido antes al carro, quizá…

Y si los deseos fueran caballos, los mendigos cabalgarían. Debe notificárselo al Condado, aunque solo sea para conseguir un forense en la escena del crimen, y tiene que notificárselo a la policía del estado, a las personas de los detectives Brown y Black, además. Pero no lo hará hasta haberle echado un vistazo a lo que hay allí, en el campo más allá de Goltz. A lo que el Pescador haya dejado. Por Dios que no lo hará hasta entonces.

Y quizá intuya algo definitivo acerca de ese cabrón.

—Haz que nuestros hombres salgan en intervalos de cinco minutos —concluye—, tal como te he dicho. Entonces deja a Debbi en el despacho. Que ella llame al Estado y al Condado. —La cara de desconcierto de Arnold Hrabowski le provoca ganas de gritar a Dale, pero consigue de alguna forma conservar la paciencia—. Quiero un poco de tiempo y nada más.

—Oh —dice Arnie, y cuando realmente lo entiende, repite—: ¡Oh!

—Y no le cuentes a nadie que no sea de los nuestros nada sobre la llamada o nuestra respuesta. A nadie. Podrías desatar el pánico. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente, jefe —contesta el Húngaro.

Dale echa un vistazo al reloj: 8.26 de la mañana.

—Vamos, Tom —dice—. Pongámonos en marcha. *Tempus fugit.*

El Húngaro Loco nunca ha sido más eficiente, y las cosas encajan en su sitio como en un sueño. Hasta Debbi Anderson demuestra tener buen espíritu deportivo en el despacho. Y aun así, la voz del teléfono no le abandona un solo instante. Ronca, rasposa, con un deje de acento; la clase de acento que cualquiera que viviera en esta parte del mundo acabaría por tener. No hay nada raro en ello. Pero aun así le obsesiona. No es porque el tipo le llamara lameculos (le han dicho cosas mucho peores los borrachos de los sábados por la noche), sino por lo demás. *Hay látigos en el infierno y cadenas en shayol. Mi nombre es legión.* Esa clase de cosas. Y *abbalah.* ¿Qué era abbalah? Arnold Hrabowski lo ignora. Todo lo que sabe es que el mero sonido de esa palabra le hace sentirse mal y asustado. Es como una palabra en un libro secreto, el tipo de palabra que se emplearía para conjurar a un demonio.

Cuando se le ponen los pelos de punta, solo hay una persona que pueda tranquilizarle, y esa persona es su esposa. Sabe que Dale le ha dicho que no le cuente nada a nadie sobre lo que estaba pasando, y entiende los motivos, pero seguro que el jefe no se refería a Paula. Llevan veinte años casados, y Paula no es en absoluto otra persona. Es como el resto de él.

Así pues (más por querer disipar su carne de gallina que por chismorrear; concedámosle eso al menos a Arnold), el Húngaro Loco comete el terrible error de fiarse de la discreción de su esposa. Llama a Paula y le cuenta que ha hablado con el Pescador hace menos de media hora. Sí, de verdad, ¡*el Pescador* en persona! Le cuenta lo del cadáver que parece ser que está esperando a Dale y a Tom Lund allí, en Bocados de Ed. Ella le pregunta si se encuentra bien, con la voz temblorosa por el sobrecogimiento y la emoción, y el Húngaro Loco se siente satisfecho, porque él también está sobrecogido y emocionado. Hablan un poco más, y cuando Arnold cuelga el teléfono, se siente mejor. El terror de esa voz áspera y extrañamente conocida en el auricular ha disminuido un poco.

Paula Hrabowski es la discreción en persona. Tan solo le cuenta lo de la llamada que Arnold ha recibido del Pescador y lo del cadáver de Bocados de Ed a sus dos mejores amigas, y les hace jurar que no revelarán el secreto. Ambas contestan que nunca se lo dirán a nadie, y por eso, una hora más tarde, incluso antes de que se haya avisado a la policía del estado y los médicos y forenses del condado, todo el mundo sabe que la policía ha encontrado un verdadero matadero en Bocados de Ed. Media docena de niños asesinados. O quizá más.

10

Cuando el coche patrulla con Tom Lund al volante recorre la calle Tercera hacia Chase (las luces del techo apagadas con discreción, la sirena sin sonar), Dale coge su cartera y empieza a hurgar en el desorden que contiene: tarjetas de visita que le han dado varias personas, algunas fotos con las esquinas dobladas, pedazos de páginas de cuaderno dobladas. En una de estas encuentra lo que busca.

—¿Qué haces, jefe? —le pregunta Tom.

—Nada que te importe. Limítate a conducir.

Dale coge el teléfono de la consola del coche, con una mueca de asco elimina los restos de donut que alguien ha dejado en el auricular y, sin demasiadas esperanzas, marca el número del teléfono móvil de Jack Sawyer. Empieza a sonreír al advertir que a la cuarta llamada contesta alguien, pero la sonrisa se convierte en expresión de perplejidad. Aquella voz le suena y debería reconocerla, pero…

—¿Hola? —dice la persona que por lo visto ha contestado al móvil de Jack —. Habla ahora, quienquiera que seas, o calla para siempre.

Entonces Dale reacciona. Lo habría reconocido de inmediato en casa o en la oficina, pero en este contexto…

—¿Henry? —pregunta, sabiendo que suena estúpido pero incapaz de evitarlo —. Tío Henry, ¿eres tú?

Jack conduce su camioneta por el puente sobre el Tamarack cuando el móvil que lleva en el bolsillo de los pantalones empieza a sonar con su molesto pitido.

Lo saca y le propina unos golpecitos con él al dorso de la mano de Henry.

—Encárgate tú —le dice—. Los móviles provocan cáncer cerebral.

—Lo cual a mí ya me está bien pero a ti no.

—Más o menos algo sí.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Jack —ironiza Henry, y abre el móvil con un ademán desenfadado—. ¿Hola? —Hace una pausa y añade—: Habla ahora, quienquiera que seas, o calla para siempre.

Jack le mira por un instante y vuelve a concentrar la atención en la carretera. Pasan por delante de la Tienda de Roy, donde el comprador que madruga consigue las mejores verduras.

—Sí, Dale —prosigue Henry—. Soy yo, tu querido… —Escucha, frunciendo un poco el entrecejo y con una leve sonrisa—. Estoy en la camioneta de Jack, con Jack —explica—. George Rathburn no trabaja esta mañana porque la KDCU está cubriendo el Maratón de Verano en La Riv… —Sigue escuchando, y dice —: Si es un Nokia, y por el tacto y por cómo suena es lo que parece, entonces es que es digital, y no analógico. Espera.

—Mira a Jack y le pregunta—. Tu móvil, ¿es un Nokia?

—Sí, pero ¿por qué…?

—Porque teóricamente los teléfonos digitales son más difíciles de pinchar —aclara Henry, y vuelve al teléfono—. Es digital, y ahora te lo paso. Seguro que él puede explicártelo todo.

Henry le pasa el teléfono a Jack, cruza las manos sobre el regazo con decoro y mira por la ventanilla, exactamente igual que lo haría si estuviera contemplando el paisaje. *Y a lo mejor lo está haciendo,* piensa Jack. *A lo mejor de una forma extraña como de murciélago frugívoro, pero lo está haciendo.*

Jack detiene el coche junto al arcén de la carretera 93. Para empezar, no le gustan los móviles, los considera las pulseras esclavas del siglo xxi, pero lo que *detesta* con todas sus fuerzas es hablar por teléfono mientras conduce. Además, Irma Freneau no va a ir a ningún sitio esta mañana.

—¿Dale? —dice.

—¿Dónde estás? —le pregunta Dale, y Jack se da cuenta al instante de que el Pescador ha estado ocupándose de otras cosas. *Mientras no haya otro niño muerto,* piensa. *No, eso todavía no, por favor*—. ¿Cómo es que estás con Henry? ¿Fred Marshall se encuentra contigo?

Jack le explica el cambio de planes, y está a punto de seguir cuando Dale lo interrumpe.

—Me da igual lo que estés haciendo, quiero que muevas el culo y vayas a un sitio llamado Bocados de Ed, cerca de Goltz. Henry te ayudará a encontrarlo. El Pescador ha llamado a comisaría, Jack. Ha llamado al 911. Nos ha dicho que el cuerpo de Irma Freneau está allí. Bueno, no con esas palabras. Ha dicho *ella.*

Dale no balbucea, pero casi. Jack lo nota, igual que un médico notaría los síntomas de un paciente.

—Jack, te necesito. De verdad…

—Estábamos yendo hacia allí, de todos modos —dice Jack con tranquilidad, aunque en este momento no están yendo a ningún lugar, sino que se han detenido en el arcén, mientras de vez en cuando pasa un coche por la 93.

—*¿Qué?*

Con la esperanza de que Dale y Henry tengan razón acerca de las virtudes de la tecnología digital, Jack le cuenta al jefe de policía de French Landing lo que ha recibido en casa esa mañana, consciente de que Henry escucha con atención, aunque continúa mirando por la ventanilla. Le dice a Dale que la gorra de Ty Marshall estaba sobre la caja con las plumas y el pie de Irma dentro.

—¡Santo…! —exclama Dale, sin aliento—. ¡Santo Dios!

—Cuéntame qué habéis hecho —pide Jack, y Dale lo hace. Suena bastante bien, por lo menos hasta el momento, pero a Jack no le gusta la parte referente a Arnold Hrabowski. El Húngaro Loco le parece la clase de tipo que nunca podrá comportarse como un poli de verdad, por mucho que lo intente. Cuando estaba en Los Ángeles, a los Arnold Hrabowski del mundo les llamaban PPP, «poli paleto de provincias».

—Y ¿qué me dices del teléfono del 7-Eleven, Dale?

—Es un teléfono *público,* Jack —dice Dale, como si hablara con un niño.

—Sí, pero podría haber huellas dactilares —insiste Jack—. Quiero decir, seguro que hay *millones* de huellas, pero los forenses pueden identificar las más recientes. *Con facilidad.* Quizá llevaba guantes, o quizá no. Si va dejando mensajes y enviando regalitos además de escribirles a los padres, es que ha pasado a la segunda fase. Ya no le basta con matar. Ahora quiere jugar. Quiere jugar *con* vosotros. Quizá incluso quiere que lo atrapen y lo detengan, como el Hijo de Sam.

—El teléfono. Huellas recientes en el teléfono. —El tono de voz de Dale es de humillación, y Jack lo lamenta—. Jack, no puedo hacer esto. Estoy perdido.

Eso es algo de lo que Jack prefiere no hablar. En lugar de hacerlo, pregunta:

—¿A quién tienes para ocuparse de lo del teléfono?

—A Dit Jesperson y a Bobby Dulac, supongo.

Jack' opina que Bobby es demasiado bueno para tenerle mucho tiempo en el 7-Eleven, a las afueras de la ciudad.

—Diles que precinten el teléfono y que hablen con el dependiente. Que después vayan a la escena del crimen.

—De acuerdo. —Dale titubea, y luego hace una pregunta. El tono de derrota que le imprime, la sensación de derogación casi absoluta entristece a Jack—. ¿Algo más?

—¿Has llamado a la policía del estado? ¿Y a la del condado? ¿Lo sabe el tipo aquel del FBI, ese que cree que se parece a Tommy Lee Jones?

Dale suelta un bufido.

—Bueno, en realidad había pensado en retrasar durante un tiempo lo de notificárselo.

—Bien —dice Jack, y la feroz satisfacción en su tono de voz hace que Henry abandone su ciega contemplación del paisaje y se vuelva a mirar a su amigo, con las cejas enarcadas.

Levantemos de nuevo el vuelo —con un batir de alas, igual que las águilas, como diría el reverendo Lance Hovdahl, el pastor luterano de French Landing— y planeemos sobre la cinta negra que es la carretera 93, de regreso al pueblo. Llegamos a la carretera 35 y giramos a la derecha. Más cerca, a nuestra derecha, está el sendero cubierto de maleza que no conduce al oro escondido de un dragón o las minas secretas de unos enanos, sino a esa casa negra peculiar y desagradable. Un poco más adelante, vemos la cúpula futurista del edificio de Goltz (bueno… al menos parecía futurista en los años setenta). Todos nuestros puntos de referencia están en su sitio, incluido el camino lleno de escombros y hierbajos que se desvía a la izquierda desde la carretera principal. Este es el sendero que lleva a lo que queda del en otro tiempo palacio de placeres culpables de Ed Gilbertson.

Revoloteemos hasta posarnos en la línea de teléfono justo frente a ese sendero. El cotilleo candente nos hace cosquillas en las patas de pajarillo: Myrtle Harrington, la amiga de Paula Hrabowski, pasa la noticia sobre el cadáver (o cadáveres) de Bocados de Ed a Richie Bumstead, quien a su vez se la pasará a Beezer Saint Pierre, padre desconsolado y líder espiritual de los Cinco del Trueno. Este viaje de voces a través del cable seguramente no debería gustarnos, pero nos gusta. El chismorreo es sin duda algo repugnante, pero desde luego proporciona energía al espíritu humano.

Del oeste llega ahora el coche patrulla con Tom Lund al volante y Dale Gilbertson en el asiento del acompañante. Y desde el este se aproxima la camioneta Ram color burdeos de Jack. Llegan al desvío de Bocados de Ed a la vez. Jack le indica a Dale que pase delante, y después le sigue. Alzamos el vuelo, pasamos por encima y después por delante de ellos. Nos posamos sobre el oxidado surtidor de gasolina de Esso para ver qué pasa.

Jack conduce despacio por el camino hacia el edificio medio derruido que se alza en una maraña de hierbajos altos y solidagos. Busca cualquier señal del paso de alguien, pero solo ve las marcas del coche de Dale y Tom.

—El lugar es nuestro —informa a Henry.

—Sí, pero ¿durante cuánto tiempo?

No mucho, habría sido la respuesta de Jack si este se hubiera molestado en darle una. En lugar de ello, sigue hasta detener el coche junto al de Dale y se apea. Henry abre la ventanilla pero se queda donde está, tal como le han ordenado.

Bocados de Ed había sido un edificio sencillo de madera, con la longitud de un vagón de carga de la Burlington Northern, y con el techo plano propio de un vagón. En el extremo sur podían comprarse helados en una de las tres ventanas del *self service*. En el extremo norte podían comprarse repugnantes perritos calientes o el más asqueroso plato de pescado con patatas fritas para llevar. En el centro había un pequeño restaurante con una barra y taburetes rojos. Ahora el extremo sur está totalmente derrumbado, seguramente a causa del peso de la nieve. Todas las ventanas están rotas. Hay algún grafito (Fulano de tal chupapollas, nos hemos tirado a Patty Jarvis hasta que ha aullado, TROY QUIERE A

MARYANN), pero no tantos como Jack se esperaba. Han robado todos los taburetes menos uno. Los grillos conversan en la hierba. Suenan con fuerza, pero no tanto como las moscas del interior del restaurante. Hay *montones* de moscas ahí dentro, como si celebraran una convención. Y…

—¿Lo hueles? —le pregunta Dale.

Jack asiente. Claro que lo huele. Ya lo ha olido esa mañana, pero ahora es peor. Porque aquí hay más partes de Irma, más partes que pueden despedir olor. Muchas más de las que caben en una simple caja de zapatos.

Tom Lund ha sacado un pañuelo y se está frotando la cara ancha y angustiada. Hace calor, pero no tanto como para que el sudor le perle el rostro y la frente. Está pálido y demacrado.

—Agente Lund —dice Jack.

—¿Eh? —Tom da un respingo y se vuelve hacia Jack con los ojos desorbitados.

—Es posible que lo asalten ganas de vomitar. Si cree que va a hacerlo, hágalo por ahí. —Jack le señala un sendero cubierto de maleza, más viejo y poco definido que el que conduce hasta allí desde la carretera. Este parece serpentear en dirección a Goltz.

—Estaré bien —dice Tom.

—Ya lo sé. Pero si necesita descargar, no lo haga sobre algo que pueda resultar una prueba.

—Quiero que empieces a precintar todo el edificio con cinta amarilla —le dice Dale a su agente—. ¿Jack? ¿Puedo hablar contigo?

Dale apoya la mano sobre el antebrazo de Jack y empieza a caminar hacia la camioneta. A pesar de lo mucho que tiene en la cabeza, Jack se percata de lo fuerte que es esa mano. Y no le tiembla. Al menos por ahora.

—¿Qué pasa? —pregunta Jack con impaciencia cuando llegan a la ventana del acompañante de la camioneta—. Queremos echar un vistazo antes de que llegue todo el mundo, ¿no? ¿No era esa la idea, o es que yo…?

—Tienes que traer el pie, Jack —dice Dale. Y añade—: Hola, tío Henry, tienes un aspecto fantástico.

—Gracias —contesta Henry.

—Pero ¿qué dices? —pregunta Jack—. Ese pie es *una prueba.*

Dale asiente con la cabeza.

—Sí, pero debería ser una prueba encontrada aquí. A no ser, claro, que te vuelva loco la idea de pasarte veinticuatro horas respondiendo preguntas en Madison.

Jack abre la boca para decirle a Dale que no desperdicie con sandeces el poco tiempo que tienen, pero vuelve a cerrarla. De repente se da cuenta de cómo verían los detectives Brown y Black, esos listillos de segunda, el hecho de que él tenga el pie. O incluso un listillo de primera como John Redding, del FBI. Un poli brillante se retira a una edad increíblemente temprana, y a la ciudad increíblemente bucólica de French Landing, Wisconsin. Está forrado de pasta, pero su fuente de ingresos es poco clara, por decir poco. Y ¡oh, mira por dónde!, de pronto hay un asesino en serie actuando en la zona.

A lo mejor al poli brillante le falta un tornillo. A lo mejor es como esos bomberos que disfrutan tanto de las llamas que provocan incendios ellos mismos. Seguro que la Pandilla Colorista de Dale tendría que preguntarse por qué iba a enviar el Pescador una parte cercenada de un cuerpo a un jubilado anticipado como Jack. *Y la gorra,* piensa Jack. *No olvidemos la gorra de béisbol de Ty.*

De pronto sabe cómo se ha sentido Dale cuando Jack le ha dicho que el teléfono del 7-Eleven tenía que ser precintado. *Exactamente.*

—Vaya, tío —dice—. Tienes razón.

Mira a Tom Lund, que coloca con diligencia la cinta de CORDÓN POLICIAL, mientras las mariposas bailan alrededor de sus hombros y las moscas continúan con su zumbido borracho a la sombra de Bocados de Ed.

—Y ¿qué pasa con él?

—Tom mantendrá la boca cerrada —responde Dale, y Jack decide confiar en él. No lo habría hecho de tratarse del Húngaro Loco.

—Te debo una —dice Jack.

—Ajá —interviene Henry, mostrándose de acuerdo desde el asiento del acompañante—. Hasta un ciego podría ver que te debe una.

—Cierra el pico, tío Henry —le espeta Dale.

—Sí, *mon capitaine.*

—Y ¿qué hay de la gorra? —quiere saber Jack.

—Si encontramos algo más de Ty Marshall… —Dale hace una pausa, y traga saliva—. O al propio Ty, la dejaremos allí. Si no, quédatela, de momento.

—Creo que acabas de ahorrarme muchos apuros —comenta Jack mientras acompaña a Dale a la parte trasera de la camioneta. Abre el cofre de acero inoxidable de detrás de la cabina, que no se ha molestado en *cerrar* con llave para llegar hasta ahí, y saca una de las bolsas de basura. Del interior les llega el sonido del agua al moverse y el tintineo de los cubitos de hielo que quedan—. Harías bien en recordarlo la próxima vez que te sientas un tontaina.

Dale hace caso omiso del comentario.

—*¡Santodiós!* —exclama, haciéndolo sonar como una sola palabra. Está mirando la bolsa con cremallera que acaba de salir de la bolsa de basura. El plástico transparente aparece perlado de gotas de agua.

—¡Cómo apesta! —dice Henry en tono de angustia—. ¡Oh, pobre niña!

—¿Lo hueles incluso a través del plástico? —pregunta Jack.

—Ya lo creo. Y también procedente de ahí. —Henry señala el restaurante en ruinas y saca los cigarrillos—. Si llego a saberlo, me traigo un tarro de Vicks y un buen puro.

En cualquier caso, no es necesario llevar la bolsa con su horripilante contenido al interior pasándola por delante de Tom Lund, ya que este ha desaparecido en la parte posterior del edificio en ruinas con el rollo de cinta amarilla.

—Entra —le ordena Dale a Jack en voz baja—. Echa un vistazo y ocúpate de lo que llevas en esa bolsa si encuentras… ya sabes… si la encuentras a ella. Quiero hablar con Tom.

Jack cruza el umbral retorcido y sin puerta para internarse en un hedor cada vez más intenso. Oye a Dale ordenarle a Tom en el exterior que envíe a Pam Stevens y a Danny Tcheda de nuevo al final de la carretera de acceso tan pronto como lleguen, donde se ocuparán del control de pasaportes.

El interior de Bocados de Ed seguramente tendrá mucha luz por la tarde, pero ahora está en penumbra, pues solo lo iluminan unos rayos de sol agrietados y cruzados. Galaxias de polvo giran perezosas a través de los rayos. Jack camina con cuidado; desearía llevar consigo una linterna, pero no quiere volver atrás para coger una del coche patrulla hasta que no haya acabado con lo del pie. (Lo considera una suerte de «nueva disposición».) Hay huellas humanas en el polvo, la basura y los montones de plumas grises viejas. Las huellas parecen de hombre por el tamaño. Entretejidas con ellas se ven unas huellas de perro. A su

izquierda, Jack ve un pequeño montón de excrementos. Rodea los restos oxidados de una parrilla de gas volcada y sigue ambas clases de pisadas alrededor de la barra mugrienta. Fuera, el segundo coche patrulla de French Landing se acerca. Aquí, en este mundo más oscuro, el sonido de las moscas se ha convertido en un suave rugido y el hedor… el *hedor*…

Jack extrae un pañuelo del bolsillo y se tapa con él la nariz mientras sigue las huellas hasta la cocina. Aquí las huellas de patas se multiplican, y las pisadas humanas desaparecen por completo. Jack piensa con tristeza en el círculo de hierba aplastada que dejara en el campo de ese otro mundo, un círculo sin un sendero de hierba aplastada que condujera a él.

Apoyados contra la pared del fondo, cerca de un charco de sangre seca, están los restos de Irma Freneau. La melena de sucio cabello rubio rojizo le tapa la cara, gracias a Dios. Sobre la niña, en un pedazo de lata oxidada que seguramente debía de servir de tapadera de las grasientas freidoras, hay dos palabras escritas con lo que Jack está seguro de reconocer como un rotulador Sharpie negro:

Hola chicos

—Oh, joder —suelta Dale Gilberston justo detrás de él, y Jack a punto está de soltar un grito.

En el exterior, la función empieza casi de inmediato.

A medio camino hacia la carretera de acceso, Danny y Pam (ni mucho menos decepcionados por tener que montar guardia, una vez que han visto las deprimentes ruinas de Bocados de Ed y percibido el hedor que desprendían) casi chocan de frente con una vieja camioneta International Harvester que se dirige directamente a Ed a sesenta kilómetros por hora. Afortunadamente, Pam da un volantazo a la derecha y el conductor de la camioneta, Teddy Runkleman, gira a la izquierda. Los dos vehículos se esquivan por centímetros y se desvían hacia la

hierba que bordea esa porquería de sendero. El parachoques oxidado de la camioneta golpea un pequeño abedul.

Pam y Danny se apean del coche, con el corazón acelerado y la adrenalina disparada. Cuatro hombres bajan de la cabina de la camioneta como payasos saliendo de un cochecito de circo. La señora Morton los reconocería como habituales de la Tienda de Roy. Vagos, los llamaría ella.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis? —brama Danny Tcheda. Se lleva la mano hasta la culata de la pistola y después la deja caer de mala gana. Le está entrando dolor de cabeza.

Los hombres (Runkleman es el único al que los agentes conocen de nombre, aunque reconocen las caras de los otros tres) tienen los ojos desorbitados por la excitación.

—¿Cuántos habéis encontrado? —escupe uno. Pam ve en efecto esparcirse la saliva en el aire matutino, una visión que hubiera preferido ahorrarse—. ¿A cuántos ha matado ese cabrón?

Pam y Danny intercambian una mirada de consternación, y antes de que puedan contestar, santo Dios, ven acercarse un viejo Chevrolet Bel Air con otros cuatro o cinco hombres dentro. No, va una mujer con ellos. El vehículo se detiene y salen deprisa, también como payasos saltando de un cochecito.

Pero en realidad los payasos somos nosotros, piensa Pam. *Nosotros.*

Pam y Danny están rodeados de ocho hombres medio histéricos y una mujer medio histérica, todos ellos acribillándoles a preguntas.

—¡Mierda, voy a ir hasta ahí para verlo por mí mismo! —exclama Teddy Runkleman, casi con alegría, y Danny se da cuenta de que la situación está a punto de descontrolarse. Si esos locos llegan al final del camino de acceso, Dale primero le hará otro agujero en el culo y luego se lo llenará de sal.

—¡QUEDAOS TODOS DONDE ESTÁIS, TODOS! —grita, y empuña la pistola. Es la primera vez que lo hace, y detesta sentir el peso del arma en la mano (después de todo, son gente normal, no son malos tipos), pero por lo menos consigue atraer su atención.

—Esto es la escena de un crimen —explica Pam, por fin capaz de hablar en un tono de voz normal. Los hombres murmuran y se miran unos a otros; sus peores temores se han confirmado. Pam se acerca al conductor del Chevrolet—. ¿Quién es usted, señor? ¿Un Saknessum? Se parece usted a los Saknessum.

—Freddy —reconoce el hombre.

—Muy bien, pues vuelve a tu vehículo, Freddy Saknessum, y todos los que habéis venido con él meteos también en el coche, y largaos de una puta vez de aquí. Y no os molestéis en volver, porque os bloquearemos el paso.

—Pero… —interviene la mujer. Pam cree que es una Sanger, un clan de locos donde los haya.

—Al coche, y largo —la interrumpe Pam.

—Y tú detrás —ordena Danny a Teddy Runkleman. Desea con todas sus fuerzas que no venga nadie más, o si no van a acabar organizando un desfile marcha atrás. No sabe cómo ha podido correr la noticia, y en ese momento no puede permitirse pensar en ello—. A menos que queráis una citación por interferir en una investigación policial. Eso puede costares cinco años. —No tiene ni idea de si existe un cargo así, pero resulta más eficaz para echarles de allí que la visión de la pistola.

El Chevrolet retrocede, con la parte trasera balanceándose como la cola de un perro. Le sigue la camioneta de Runkleman, con dos de los hombres de pie en la parte de atrás e intentando vislumbrar al menos el techo del restaurante por encima de la cabina. La curiosidad les confiere una desagradable expresión de vacuidad. El vehículo policial cierra la marcha con las luces intermitentes del techo encendidas, vigilando al coche viejo y a la camioneta aún más vieja como un perro pastor a un rebaño de ovejas. Pam se ve obligada a conducir frenando casi todo el rato, y mientras lo hace suelta en voz baja una sarta de palabrotas que su madre nunca le enseñó.

—¿Les das un beso de buenas noches a tus hijos con esa boca? —le pregunta Danny, no sin admiración.

—Cállate —le contesta ella. Y añade—: ¿Tienes una aspirina?

—Iba a preguntarte lo mismo —responde Danny.

Llegan a la carretera principal a tiempo. Se aproximan tres vehículos más desde French Landing, y dos desde Centralia y Arden. Una sirena empieza a sonar en el aire cálido. Otro coche patrulla, el tercero en lo que debería ser un trayecto sin tráfico, llega pasando a los mirones de la ciudad.

—Oh, no. —Danny parece al borde de las lágrimas—. Oh, no, oh, no, oh, no. Esto va a ser un carnaval, y estoy seguro de que los del estado ni siquiera lo saben *todavía*. Les va a dar algo. A *Dale* le va a dar algo.

—Todo irá bien —le tranquiliza Pam—. Cálmate. Nos cruzaremos en medio del camino. Y guarda la pistola en la puta funda.

—Sí, mamá. —Danny guarda la pistola mientras Pam se cruza en el camino de acceso, apartándose para dejar pasar al tercer coche patrulla y volviéndose a poner en medio para bloquear el paso—. Bueno, quizá hayamos conseguido parar la cosa a tiempo.

—Claro que sí.

Se relajan un poco. Ambos han olvidado el viejo tramo de camino que va de Bocados de Ed a Goltz, pero hay muchos tipos en la ciudad que lo conocen. Beezer Saint Pierre y sus chicos, por ejemplo. Y aunque Wendell Green no conozca ese camino, los tipos como él siempre encuentran una forma de entrar por la puerta trasera. Tienen un instinto especial para ello.

11

El viaje de Beezer se inició con Myrtle Harrington, la amante esposa de Michael Harrington, hablándole en susurros por teléfono a Richie Bumstead, por quien está absolutamente chiflada pese a haber estado casado con su segunda mejor amiga, Glad, que cayó muerta en su cocina a la asombrosa edad de treinta y un años. Por su parte, Richie Bumstead ya ha recibido de Myrtle suficientes cazuelas de macarrones con atún y llamadas telefónicas en susurros como para durarle toda esta vida y la siguiente, pero esos susurros en particular le hacen alegrarse e incluso sentirse extrañamente aliviado, puesto que conduce un camión de la compañía cervecera Kmgsland y conoce a Beezer Saint Pierre y al resto de los chicos, al menos un poco.

Al principio, Richie pensó que los Cinco del Trueno eran un hatajo de matones, unos tipos grandotes de cabelleras desgreñadas hasta el hombro y espesas barbas que recorrían la ciudad con estruendo en sus Harleys, pero un viernes le tocó estar junto al que llamaban Mouse en la cola ante la ventanilla de cobros, y Mouse bajó la mirada hacia él y dijo algo gracioso sobre que trabajar por amor al arte nunca hacía que el cheque del jornal pareciese mayor, y entablaron una conversación que hizo que a Richie Bumstead le diese vueltas la cabeza. Dos noches más tarde vio a Beezer Saint Pierre y al que llamaban Doc dándole a la lengua en el patio cuando acabó su turno, y después de guardar su camión para la noche se dirigió a ellos para participar en una charla que le hizo sentir como si hubiese entrado en una combinación entre un bar de blues de mala muerte y un concurso televisivo de preguntas culturales. Esos tipos —Beezer, Mouse, Doc, Sonny y Káiser Bill— parecían la encarnación de la violencia más ebria y arrolladora, pero eran *listos.* Resultó que Beezer era maestro cervecero de

la división de proyectos especiales de la compañía Kingsland, y que los otros tipos quedaban justo por debajo de él. Todos ellos habían ido a la *universidad.* Estaban interesados en fabricar una cerveza estupenda y en pasarlo bien, y Richie casi deseó poder conseguirse una moto para andar por ahí como ellos, pero una larga velada de sábado en el Sand Bar le reveló que la línea que separaba la diversión a tope y el absoluto abandono era demasiado delgada para él. No tenía suficiente resistencia para apurar dos jarras de Kingsland, jugar decentemente al billar, beberse dos jarras más mientras se hablaba de las influencias de Sherwood Anderson y Gertrude Stein en el joven Hemingway, enzarzarse en unas cuantas embestidas serias con la cabeza, apurar un par de jarras más, salir con la cabeza lo bastante clara para recorrer como un bólido la campiña, recoger a un par de chicas experimentales en Madison, fumar un montón de mierda de gran calidad, y retozar hasta el amanecer. Uno tiene que respetar a la gente que es capaz de hacer eso y seguir conservando sus buenos puestos de trabajo.

En lo que a Richie concierne, considera su *deber* contarle a Beezer que la policía ha descubierto por fin el paradero del cuerpo de Irma Freneau. Esa entrometida de Myrtle le ha dicho que era un secreto que Richie debía guardar para sí, pero está bastante seguro de que después de darle a él la noticia, Myrtle ha llamado a cuatro o cinco personas más. Estas llamarán a su vez a sus mejores amigos, y dentro de nada media French Landing va a estar de camino por la 35 para no perderse la acción. Beezer tiene más derecho a estar ahí que la mayoría, ¿no es así?

Menos de treinta segundos después de librarse de Myrtle Harrington, Richie Bumstead busca el número de Beezer Saint Pierre en el listín y le llama.

—Richie, confío de verdad en que no me estés tomando el pelo —dice Beezer—. Conque ha llamado, ¿eh? —Quiere que Richie se lo repita—. Ese inútil de mierda del coche antidroga, el Húngaro Loco… ¿Y *dónde* ha dicho que estaba la niña? Joder, la ciudad entera va a estar ahí —concluye—. Pero gracias, tío, muchas gracias. Te debo una.

En el instante antes de que cuelgue el auricular, a Richie le parece oír a Beezer empezar a decir algo más que se disuelve en una ardiente oleada de emociones.

Y en su pequeño hogar de las Casas de los Clavos, Beezer Saint Pierre se

moja la barba al enjugarse las lágrimas, aparta con suavidad unos centímetros el teléfono de encima de la mesa, y se vuelve a mirar a la Osa, su concubina, su parienta, la madre de Amy, cuyo nombre real es Susan Osgood, y que alza la mirada hacia él desde debajo de su espeso flequillo rubio, señalando con un dedo el sitio en que estaba en un libro.

—Se trata de la niña Freneau —explica—. Tengo que ir.

—Ve —le dice la Osa—. Llévate el móvil y llámame en cuanto puedas.

—Ajá. —El asiente, y arranca el teléfono móvil de su cargador para embutírselo en un bolsillo delantero de los vaqueros. En lugar de dirigirse a la puerta hunde una mano en la enorme maraña castaño rojiza de su barba y se la acaricia con los dedos con expresión ausente. Tiene los pies anclados al suelo, y la mirada perdida—. El Pescador ha llamado al 911 —añade—. Joder, ¿puedes creerlo? Eran incapaces de encontrar a la niña Freneau por sí mismos; necesitaban que *él* les dijese dónde estaba el cuerpo.

—Escúchame —dice la Osa, y se levanta para recorrer el espacio que los separa mucho más rápido de lo que parece capaz. Acurruca su compacto cuerpecito contra la maciza mole del de Beezer, y este inhala una vaharada de su perfume limpio y balsámico, una combinación de jabón y pan recién hecho—. Cuando tú y los chicos lleguéis allí, va a depender de ti que se mantengan bajo control. De modo que tú mismo tienes que controlarte, Beezer. No importa lo furioso que estés, no puedes volverte tarumba y empezar a pegarle a la gente. Sobre todo a los polis.

—Supongo que piensas que no debería ir.

—Tienes que hacerlo. Es solo que no quiero que acabes en la cárcel.

—Eh —dice él—. Soy un cervecero, no un camorrista.

—No lo olvides —insiste ella, y le da una palmadita en la espalda—. ¿Vas a llamarles?

—Por el teléfono de la calle. —Beezer se dirige a la puerta, se agacha para recoger el casco y se marcha. El sudor se le desliza por la frente y repta hasta su barba. Con dos zancadas llega hasta su motocicleta. Apoya una mano en el asiento, se enjuga la frente y brama—: EL JODIDO PESCADOR LE HA DICHO A ESE JODIDO POLI HÚNGARO DÓNDE ENCONTRAR EL CUERPO DE IRMA FRENEAU. ¿QUIÉN VIENE CONMIGO?

A los lados de la calle de los Clavos asoman rostros barbados por las

ventanas y se oye gritar:

—¡Espérame!

—¡Joder!

—¡Allá voy!

Cuatro hombres robustos con chaquetas de cuero, vaqueros y botas salen disparados de sendas puertas delanteras. Beezer a punto está de esbozar una sonrisa; adora a esos tipos, pero a veces le recuerdan a personajes de dibujos animados. Incluso antes de que lleguen hasta él empieza a explicarles lo de Richie Bumstead y la llamada al 911, y para cuando termina, Mouse, Doc, Sonny y Káiser Bill ya están en sus motos y esperan la señal.

—Pero he aquí el trato —advierte Beezer—. Dos cosas. Vamos a ir allí por Amy, Irma Freneau y Johnny Irkenham, no por nosotros. Queremos asegurarnos de que todo se haga como es debido, y no vamos a partirle la cabeza a nadie, al menos que se lo busque. ¿Entendido?

Los otros murmuran, farfullan y gruñen, mostrándose aparentemente de acuerdo. Cuatro barbas enmarañadas se mueven de arriba abajo.

—Y, número dos —prosigue Beezer—, cuando en efecto le partamos la cabeza a alguien va a ser al Pescador. Porque ya hemos aguantado suficiente mierda por aquí, y joder, ahora estoy seguro de que nos toca a nosotros cazar al jodido cabrón que mató a mi niñita… —Se le hace un nudo en la garganta, y levanta un puño antes de continuar—: Y que se ha deshecho de esta otra niña en esa jodida casucha de la 35. Porque voy a coger con mis propias manos a ese cabrón de mierda, y cuando lo haga, le voy a meter LA JUSTICIA por el culo.

Sus chicos, sus colegas, su pandilla, blanden los puños y braman. Cinco motocicletas se ponen en marcha con estruendo.

—Le echaremos un vistazo a ese sitio desde la carretera y luego volveremos para coger el camino de detrás de Goltz —exclama Beezer, y se lanza a la carga por la calle para ascender por Chase con los demás en su estela.

Recorren el centro de la ciudad, con Beezer a la cabeza, Mouse y Sonny prácticamente pegados a su tubo de escape, Doc y Káiser justo detrás, con las barbas ondeando al viento. El ruido atronador de sus motos hace temblar los cristales de Schmitt's Allsorts y hace levantar el vuelo a los estorninos posados en la marquesina del Teatro Agincourt. Inclinado sobre el manillar de su Harley, Beezer semeja una especie de King Kong dispuesto a hacer pedazos un gimnasio

en plena selva. Una vez que han dejado atrás el 7-Eleven, Káiser y Doc se adelantan para situarse junto a Sonny y Mouse y ocupar así toda la anchura de la carretera. Los que conducen hacia el oeste por la 35 miran a las figuras que cargan contra ellos y se apartan al arcén; los conductores que les ven por el espejo retrovisor se hacen a un lado, sacan los brazos por las ventanillas y les animan a seguir.

Cuando se acercan a Centralia, Beezer adelanta al doble de coches de los que debería haber en realidad transitando por una carretera comarcal en una mañana de fin de semana. La situación es aún peor de lo que él se ha imaginado: Dale Gilbertson tiene que haber puesto a un par de polis bloqueando el tráfico que gira desde la 35, pero dos polis no pueden ocuparse de más de diez o doce morbosos resueltos a ver, con sus propios ojos, la obra del Pescador. French Landmg no tiene polis suficientes para contener a todos los chiflados que estarán acudiendo a Bocados de Ed. Beezer maldice y se imagina perdiendo el control, convirtiendo a un puñado de retorcidos morbosos en piquetas de tienda de campaña. Perder el control es exactamente lo que no puede permitirse hacer, no si espera alguna clase de colaboración por parte de Dale Gilbertson y sus esbirros.

Beezer guía a sus compañeros en torno a un viejo Toyota rojo hecho fosfatina y se le ocurre una idea tan perfecta que olvida hacer víctima al conductor de un terror irracional mirándole a los ojos y gruñendo: «Yo hago la cerveza Kingsland, la mejor del mundo, imbécil bellaco». Esa mañana ha hecho lo mismo con dos conductores, y no se ha sentido defraudado. Quienes reciben ese tratamiento por su parte, ya sea por conducir mal o por la posesión de un vehículo verdaderamente feo, imaginan que les está amenazando con alguna forma de agresión sexual y se quedan paralizados como conejos, tiesos como palos. Es una diversión estupenda, como los habitantes de la Ciudad Esmeralda cantan en *El mago de Oz.* La idea que ha distraído a Beezer de tan inofensivo placer posee la simplicidad de las inspiraciones más válidas. *La mejor forma de obtener colaboración es ofrecerla.* Sabe exactamente cómo ablandar a Dale Gilbertson: la respuesta se está poniendo una gorra de béisbol, cogiendo las llaves del coche y saliendo por la puerta… La respuesta le rodea por todas partes.

Una pequeña parte de esa respuesta está sentada al volante del Toyota rojo al

que acaban de adelantar Beezer y su alegre pandilla. Wendell Green se ganaba la desdeñosa reprimenda que no ha recibido por ambos clásicos motivos. Quizá su coche no fuera feo de entrada, pero está ahora tan desfigurado por múltiples abolladuras y arañazos que parece una mofa rodante; y Green conduce con una implacable arrogancia que a él se le antoja brío. Pasa zumbando con los semáforos en naranja, cambia de carril de forma temeraria y se pega al guardabarros del de delante como medio de intimidación. Por supuesto, toca insistentemente la bocina a la menor provocación. Wendell es un peligro público. La forma en que conduce el coche expresa a la perfección su personalidad, pues se muestra desconsiderado, irreflexivo y con delirios de grandeza. En este momento conduce aún peor de lo habitual, porque mientras trata de rebasar a otro vehículo en la carretera la mayor parte de su concentración está puesta en la grabadora de bolsillo que se acerca a la boca con una mano y en las palabras afortunadas que su igualmente afortunada voz vierte en el precisado aparato. (Wendell lamenta con frecuencia la falta de visión de futuro de las emisoras de radio locales al dedicar tanto tiempo de emisión a chiflados como George Rathbun y Henry Shake, cuando podrían aspirar a un nuevo nivel con solo permitirle a él hacer unos comentarios a las noticias de actualidad durante más o menos una hora diaria.) Ah, la deliciosa combinación de las palabras de Wendell y la voz de Wendell nunca ha sonado tan elocuente, tan resonante.

He aquí qué está diciendo: *Esta mañana me he unido a una virtual caravana de los afectados, los apenados y los meramente curiosos en un doliente peregrinaje que serpenteaba hacia el este por la bucólica carretera 35. No por vez primera este informador ha quedado impresionado, profundamente impresionado, por el inmenso contraste entre la belleza y la paz del paisaje de Coulee Country y la fealdad y la brutalidad que un ser humano desquiciado ha traído a tan desprevenido seno. Cambio de párrafo.*

Las noticias se han extendido como un reguero de pólvora. El vecino ha telefoneado al vecino, el amigo ha telefoneado al amigo. Según la llamada realizada a la línea 911 de la comisaría de policía de French Landing, el cuerpo mutilado de la pequeña Irma Freneau yace entre las ruinas de una antigua heladería y cafetería llamada Bocados de Ed. Y ¿quién ha hecho esa llamada? Seguro que algún ciudadano consciente de sus deberes. Pues no, damas y caballeros, en absoluto…

Damas y caballeros, esto es reportaje de primera línea, esto son noticias que se escriben *mientras ocurren*, un concepto que no puede sino musitarle «premio Pulitzer» a un periodista experimentado. La primicia le ha llegado a Wendell Green a través de su barbero, Roy Royal, que la ha oído de su esposa, Tillie Royal, a quien a su vez ha puesto al corriente la mismísima Myrtle Harrington, y Wendell Green ha cumplido con su deber para con sus lectores: ha cogido la grabadora y la cámara y ha salido corriendo hacia su feo vehículo sin detenerse a telefonear a sus editores del *Herald.* No necesita un fotógrafo; puede tomar todas las fotos que necesite con la fiable y vieja Nikon F2A que lleva junto a él, en el asiento. Una mezcla perfecta de palabras e imágenes… un penetrante análisis del crimen más horrendo de este nuevo siglo… un estudio serio de la naturaleza del mal… un retrato compasivo del padecimiento de una comunidad… una exposición implacable de la ineptitud de un departamento de policía…

Con todo eso en la cabeza y sus melosas palabras vertiéndose una por una en el micrófono de la grabadora que sostiene, ¿es de sorprender que Wendell Green no oiga el sonido de las motocicletas, o que no se percate de la presencia de los Cinco del Trueno hasta que por casualidad mira de soslayo en busca de la frase perfecta? Pues en efecto mira de soslayo, y con una oleada de pánico contempla, a poco más de medio metro a su izquierda, a un Beezer Saint Pierre a horcajadas sobre su rugiente Harley, aparentemente cantando, a juzgar por el movimiento de sus labios cantando ¿eh?

No puede ser, qué va. Por la experiencia que Wendell tiene, es mucho más probable que Beezer Saint Pierre esté soltando más tacos que un estibador en una pelea en los muelles. Cuando, después de la muerte de Amy Saint Pierre, Wendell, que solo obedecía las antiguas normas de su profesión, se dejó caer en el número 1 de las Casas de los Clavos y le preguntó al desconsolado padre cómo se sentía al saber que su hija había sido descuartizada como un cerdo y parcialmente devorada por un monstruo con forma humana, Beezer había agarrado por el pescuezo al inocente cazador de noticias para soltar un torrente de obscenidades y concluir bramando que si volvía a ver alguna vez al señor Green le arrancaría la cabeza y utilizaría el muñón de orificio sexual.

Es esa amenaza lo que provoca el momentáneo pánico de Wendell. Echa un vistazo por el retrovisor y ve la cohorte de Beezer desplegarse en la carretera como un ejército invasor de godos. En su imaginación, blanden cráneos en el

extremo de cuerdas hechas con piel humana y braman sobre lo que van a hacerle a su cuello después de rebanarle la cabeza. Fuera lo que fuese lo que estaba a punto de dictar en la inestimable grabadora se desvanece de inmediato, junto con sus sueños sobre ganar el premio Pulitzer. Se le hace un nudo en el estómago y el sudor comienza a manar de cada poro de su ancho y rubicundo rostro. La mano izquierda le tiembla en el volante, la derecha agita la grabadora como una castañuela. Wendell levanta el pie del acelerador y se desliza hacia abajo en el asiento, volviendo la cabeza tanto como se atreve hacia la derecha. Su deseo básico es hacerse un ovillo en la cavidad que hay debajo del salpicadero y fingir que es un feto. El enorme rugido que suena detrás de él se hace aún más atronador y el corazón le salta en el pecho como un pez. Wendell gimotea. Una hilera de timbales redobla en el aire más allá de la frágil piel de la puerta del coche.

Entonces las motos le rebasan y se alejan carretera arriba. Wendell Green se enjuga el rostro. Lentamente, convence a su cuerpo de enderezarse en el asiento. Su corazón cesa en sus intentos de escapársele del pecho. El mundo al otro lado del parabrisas, que se había contraído hasta adquirir el tamaño de una mosca doméstica, se expande hasta recuperar su tamaño normal. Se le ocurre que no ha tenido más miedo del que habría sentido cualquier ser humano corriente en circunstancias similares. La autoestima le llena como el helio llena un globo. La mayoría de tipos que conoce se habrían salido de la carretera, opina; la mayoría se habrían cagado en los pantalones. ¿Qué ha hecho Wendell Green? Ha aminorado un poco la velocidad, eso es todo. Ha actuado como un caballero y ha dejado que esos gilipollas de los Cinco del Trueno le adelanten. Cuando se trata de Beezer y sus monos, se dice Wendell, ser un caballero es la mayor muestra de valentía. Acelera un poco, observando las motos alejarse.

En la mano, la grabadora todavía está funcionando. Wendell se la lleva a la boca, se lame los labios, y descubre que ha olvidado lo que iba a decir. Cinta en blanco pasa de una bobina a otra.

—Maldita sea —suelta, y oprime el botón de parada. Una frase inspirada, una melodiosa cadencia se ha desvanecido en el éter, tal vez para siempre. Pero la situación es mucho más frustrante aún. A Wendell le parece que con la frase perdida se ha desvanecido toda una serie de conexiones lógicas: recuerda haber vislumbrado la forma de un amplio esbozo para al menos media docena de

penetrantes artículos que irían más allá del Pescador para… ¿para hacer qué? Garantizarle el Pulitzer, por supuesto, pero ¿cómo? La zona de su mente que le había revelado ese inmenso esbozo aún conserva la forma, pero esa forma está vacía. Beezer Saint Pierre y sus matones han asesinado la que ahora parece la mayor idea que a Wendell Green se le haya ocurrido jamás, y Wendell no tiene la certeza de poder devolverla a la vida.

Sea como fuere, ¿qué están haciendo ahí esos hippies motoristas?

La pregunta se responde a sí misma: algún buen samaritano repulsivo habrá pensado que Beezer tenía que saber lo de la llamada del Pescador al 911, y ahora los hippies de las motos se dirigen a las ruinas de Bocados de Ed, justo igual que él. Por suerte, hay tantas personas dirigiéndose al mismo lugar que Wendell se figura que podrá evitar el encuentro con su némesis. Para no correr riesgos, deja pasar un par de coches para que se interpongan entre él los motoristas.

El tráfico se hace más denso y lento; más adelante los motoristas se ponen en fila y pasan junto a la hilera que avanza muy despacio hacia el polvoriento sendero que conduce al local de Ed. Desde una distancia de setenta u ochenta metros, Wendell ve a dos polis, un hombre y una mujer, tratando por señas de hacer pasar de largo a los mirones. Cada vez que un nuevo coche se detiene ante ellos tienen que repetir la misma pantomima de indicar a sus ocupantes que se marchen y señalar la carretera. Para reafirmar el mensaje, un coche patrulla está cruzado en el camino, bloqueando el paso. Semejante espectáculo no inquieta en absoluto a Wendell, pues la prensa tiene acceso automático a esa clase de escenas. Los periodistas son el medio, la apertura a través de la cual llegan al público general lugares y sucesos que de otro modo le estarían prohibidos. Wendell Green es el representante de la gente en este caso, además del periodista más distinguido del oeste de Wisconsin.

Tras avanzar centímetro a centímetro otros diez metros, ve que los policías que vigilan el tráfico son Danny Tcheda y Pam Stevens, y su complacencia flaquea. Un par de días atrás, tanto Tcheda como Stevens respondieron a su solicitud de información diciéndole que se fuera al infierno. De todos modos Pam Stevens es una puta sabelotodo, una rompepelotas. ¿Por qué sino iba a querer ser poli una dama razonablemente atractiva? Stevens le echaría de la escena del crimen por el mero placer de hacerlo… ¡*disfrutaría* haciéndolo! Wendell se da cuenta de que lo más probable es que tenga que encontrar un

modo de colarse. Se imagina reptando sobre la barriga a través de los campos y se estremece de desagrado.

Al menos puede tener el placer de ver a los polis hacerles un corte de mangas a Beezer y su equipo. Los motociclistas pasan rugiendo a otra media docena de coches sin aminorar la velocidad, de modo que Wendell supone que planean girar de golpe y derrapando para esquivar a esos dos estúpidos de azul y rodear el coche patrulla como si no existiese. ¿Qué harán entonces los polis —se pregunta Wendell—, empuñar las pistolas y tratar de parecer temibles? ¿Efectuar disparos de advertencia y herirse mutuamente en los pies?

Por asombroso que parezca, Beezer y su séquito de colegas motociclistas no les prestan atención a los coches que tratan de virar por el sendero, ni a Tcheda y Stevens ni a ninguna otra cosa. Ni siquiera vuelven las cabezas para echarle un vistazo a la casucha en ruinas, el coche del jefe de policía, la camioneta —que Wendell reconoce al instante— y a los hombres que se encuentran sobre la hierba aplastada, dos de los cuales son Dale Gilbertson y el propietario de la camioneta, Hollywood Jack Sawyer, ese fisgón gilipollas de Los Ángeles. (El tercer tipo, que lleva un sombrero de cucurucho, gafas de sol y un chaleco impecable, resulta incomprensible, al menos para Wendell. Parece recién salido de alguna película de Humphrey Bogart.) No, pasan de largo toda la turbia escena con los cascos enfocados hacia adelante, como si todo lo que tuviesen en mente fuera romper las instalaciones del Sand Bar. Allá van los cinco cabrones, indiferentes como una jauría de perros salvajes. En cuanto la carretera se despeja ante ellos, los otros cuatro se mueven para asumir la formación en paralelo detrás de Beézer y se abren en abanico. Entonces, como uno solo, viran a la izquierda, levantan cinco grandes columnas de polvo y gravilla, y efectúan cinco cambios de sentido. Sin perder el ritmo, sin que parezca siquiera que aminoran la velocidad, se separan en su formación habitual de uno-dos-dos y regresan al oeste, en dirección a la escena del crimen y Frenen Landing.

Que me jodan, piensa Wendell. *Beézer pone pies en polvorosa y abandona. Vaya pelele.* El puñado de motociclistas crece y crece a medida que se le acerca, y pronto el asombrado Wendell Green distingue el rostro adusto de Beézer Saint Pierre, que bajo el casco va aumentando también de tamaño a medida que se aproxima.

—Nunca imaginé que serías un rajado —dice Wendell observando cómo se

le acerca más y más. El viento le ha separado la barba en dos secciones iguales que ondean hacia atrás a ambos lados de la cabeza. Tras las gafas protectoras, Beézer entorna los ojos como si apuntara con un rifle. Solo pensar en que Beézer pueda dirigir esos ojos de cazador hacia él hace que a Wendell se le aflojen peligrosamente los intestinos—. Perdedor —dice, no muy alto. Con un rugido ensordecedor, Beézer pasa de largo el abollado Toyota. El resto de los Cinco del Trueno martillean el aire y se alejan como centellas carretera abajo.

Esa evidencia de la cobardía de Beézer ilumina el corazón de Wendell, que observa cómo disminuyen los motociclistas en su espejo retrovisor. Sin embargo, una idea que no puede ignorar empieza a abrirse camino a través de las sinapsis de su cerebro; es posible que Wendell no sea el Edward R. Murrow de nuestros días, pero ha sido reportero durante casi treinta años y ha desarrollado algunos instintos. La idea que serpentea por sus canales mentales dispara una serie de alarmas semejantes a ondas que acaban por verterla en su conciencia. Wendell la *capta.*… vislumbra su diseño oculto; comprende qué significa.

—Bueno, fanfarrón —suelta, y con una amplísima sonrisa toca la bocina, gira bruscamente el volante hacia la izquierda, y vira causando solo daños mínimos a su guardabarros y al del coche de delante—. Tramposo cabrón —espeta, casi con una risilla de placer. El Toyota consigue salir de la fila de coches que miran hacia el este y cambia de sentido para transitar por los carriles que se dirigen al oeste. Entre traqueteos y pedorreos, se aleja en persecución de los astutos motociclistas.

Wendell Green no va a tener que reptar a través de los campos de maíz; ese cabrón tramposo de Beezer Saint Pierre conoce un camino trasero para llegar a Bocados de Ed. Todo cuanto nuestro reportero estrella tiene que hacer es permanecer lo bastante lejos para que no lo vean, y de esa forma conseguirá un pase gratuito a la escena del crimen. Precioso. Ah, qué ironía: Beezer le echa una mano a la prensa; muchas gracias, matón arrogante. Wendell no supone precisamente que Dale Gilbertson vaya a concederle la dirección de la escena del crimen, pero le resultará más difícil echarle que impedirle la entrada. En el tiempo que tenga, puede hacer unas cuantas preguntas sagaces, tomar unas cuantas fotografías reveladoras y, sobre todo, empaparse lo suficiente del ambiente como para producir uno de sus legendarios artículos «coloristas».

Con el corazón alegre, Wendell continúa su escapada a ochenta kilómetros

por hora, dejando que los motociclistas avancen a lo lejos sin perderles ni por un instante de vista. El número de coches que vienen en su dirección se va reduciendo a grupitos muy espaciados de dos o tres, luego a unos pocos vehículos solitarios, y finalmente a ninguno. Como si hubiesen estado esperando a que nadie les observara, Beezer y sus amigos viran para cruzar la carretera y recorrer a toda mecha el sendero que conduce a la bóveda de la era espacial de Goltz.

Wendell experimenta un poco grato cosquilleo de duda, pero no está dispuesto a asumir que Beezer y sus patanes anhelen de pronto unos enganches de tractor o una cortacéspedes. Acelera, preguntándose si le habrán visto y tratarán de quitarle de en medio. Por lo que él sabe, no hay nada en esa loma a excepción de la sala de exposición y ventas, el taller de mantenimiento y el aparcamiento. El maldito lugar parece una tierra baldía. Más allá del aparcamiento… ¿qué? A un lado, recuerda un campo cubierto de maleza que se extiende hasta el horizonte; al otro, un montón de árboles, una especie de bosque, solo que no tan denso. Desde donde está ahora ve los árboles discurrir colina abajo como una barrera contra el viento.

Sin molestarse en poner el intermitente, cruza a toda velocidad los carriles contrarios y se interna en el sendero de Goltz. El sonido de las motos es aún audible pero cada vez menor, y Wendell experimenta un respingo de temor ante que se hayan hecho algún truco y se estén marchando, burlándose de él. En lo alto de la loma, rodea con rapidez la parte frontal de la sala de exposiciones y entra en el gran aparcamiento. Ante el garaje de equipamiento se hallan dos enormes tractores amarillos, pero el suyo es el único coche a la vista. En el extremo más alejado del aparcamiento vacío, un muro bajo de cemento se eleva hasta la altura del parachoques entre el asfalto y la pradera bordeada de árboles. Al otro lado de la línea de árboles, el muro se acaba en la bajada asfaltada que llega hasta allí tras describir una curva desde la sala de exposición.

Wendell da un golpe de volante y se dirige hacia el extremo del muro. Todavía oye las motos, pero suenan como un enjambre de abejas distante. Deben de estar a unos ochocientos metros, se dice Wendell, y baja de un salto del Toyota. Se embute la grabadora en un bolsillo de la chaqueta, se cuelga la cinta de la Nikon al cuello y rodea corriendo el murete para internarse en el prado. Incluso antes de llegar a la hilera de árboles distingue los restos de un antiguo

sendero de macadán, resquebrajado y lleno de maleza, que desciende la colina entre los árboles.

Wendell imagina que el local de Ed debe de estar a un kilómetro y medio de distancia, y se pregunta si su coche conseguirá llegar hasta allí por esa superficie rugosa y desigual. En algunos sitios el macadán se ha agrietado en placas tectónicas; en otros, se ha desmoronado hasta convertirse en gravilla negra. Desde las gruesas y serpenteantes raíces de los árboles se irradian hondonadas y riachuelos de maleza. Un motociclista podría sortear razonablemente bien los obstáculos del sendero, pero Wendell se percata de que el viaje le va a ser más sencillo para sus piernas que para el Toyota, de modo que emprende el camino entre los árboles. Por lo que ha podido discernir cuando estaba en la carretera, aún le queda tiempo de sobra antes de que aparezcan el forense y el furgón de pruebas. Pese a la colaboración del famoso Hollywood Sawyer, los polis locales deambulan por ahí como aturdidos.

El ruido de las motos se va haciendo más audible a medida que Wendell recorre con cautela el sendero, como si los chicos se hubiesen parado a hablar sobre lo que harán al llegar al final del viejo camino trasero. Es perfecto. Wendell confía en que sigan cotorreando hasta que él casi haya llegado a su altura; confía en que estén gritándose unos a otros y en que blandan los puños en el aire. Quiere verles hasta los topes de rabia y adrenalina, además de lo que esos salvajes llevasen en sus alforjas, solo Dios sabía qué. A Wendell le encantaría conseguir una foto de Beezer Saint Pierre rompiéndole los dientes a Dale Gilbertson de un puñetazo, o estrangulando a su amigo Sawyer. La fotografía que más ansia Wendell, sin embargo, y por la que está dispuesto a sobornar a cada policía, funcionario del condado, agente estatal o inocente transeúnte capaz de tender la mano, es una buena, limpia y dramática instantánea del cadáver desnudo de Irma Freneau. Preferiblemente una que no deje lugar a duda sobre los estragos causados por el Pescador, sean los que sean. Lo ideal serían dos, una de la cara para conmover, y la otra de cuerpo entero para los pervertidos, pero se conformará con la del cuerpo si tiene que hacerlo. Una imagen como esa daría la vuelta al mundo, generando millones en el proceso. Solo el *National Enquirer* aflojaría… ¿cuánto?, ¿doscientos, trescientos mil?, por una foto de la pobre Irma muerta y despatarrada, en la que fueran claramente visibles las mutilaciones. ¡Hablando de minas de oro, hablando de peces gordos!

Cuando Wendell ha recorrido unos doscientos metros del miserable camino, concentrado a la vez en regodearse con todo el dinero que la pequeña Irma va a verterle en los bolsillos y en el temor a caerse y torcerse un tobillo, el rugido producido por las Harley de los Cinco del Trueno cesa de pronto. El silencio resultante parece inmenso, pero entonces se llena de inmediato con otros sonidos más leves. Wendell oye su propio aliento esforzándose en entrar y salir de él, y también otro sonido, una combinación entre traqueteo y ruido sordo que le llega desde atrás. Se vuelve en redondo para contemplar, más allá del camino casi impracticable, una vieja camioneta que se dirige hacia él.

Casi resulta divertida la forma en que la camioneta se mece cuando un neumático, y luego otro, se hunde en una depresión invisible o rueda por un trecho inclinado del camino. Esto es, sería divertido si esa gente no estuviese irrumpiendo en su ruta privada de acceso hacia el cuerpo de Irma Freneau. Siempre que la furgoneta pasa por sobre una raíz de árbol particularmente gruesa, las cuatro cabezas oscuras en la cabina se menean como marionetas. Wendell da un paso adelante, pretendiendo enviar de vuelta a esos palurdos por donde han venido. La suspensión de la camioneta raspa contra una roca plana y le saltan chispas de los bajos. Ese trasto debe de tener al menos treinta años, se dice Wendell; es uno de los pocos vehículos en la carretera que tiene peor aspecto aún que su coche. Cuando la camioneta se acerca dando tumbos, advierte que se trata de una International Harvester. Hierbajos y ramitas decoran el oxidado parachoques. ¿Se fabrican siquiera aún camionetas de esa marca? Wendell levanta la mano como un senador al tomar juramento y la camioneta da unos tumbos más y avanza unos palmos antes de detenerse. El lado izquierdo queda claramente más alto que el derecho. En la oscuridad que arrojan los árboles, Wendell no consigue reconocer los rostros que le miran a través del parabrisas, pero tiene la sensación de que al menos dos de ellos le son familiares.

El hombre que va al volante asoma la cabeza por la ventanilla del conductor y dice:

—Eh, hola, señor reportero famoso. ¿A ti también te han cerrado la puerta en las narices? —Es Teddy Runkleman, quien suele prestarle atención a Wendell cuando está repasando los informes policiales del día. Los otros tres ocupantes de la cabina cacarean como mulas ante el chiste de Teddy. Wendell conoce a dos de ellos: Freddy Saknessum, integrante de un clan de baja estofa que pulula en

unas destartaladas casuchas en la ribera del río, y Toots Billinger, un chico esquelético que de alguna forma se gana el sustento escarbando en busca de chatarra en La Riviere y en French Landing. Al igual que a Runkleman, a Toots le han arrestado por una serie de crímenes de tercera pero nunca le han declarado culpable de nada. La mujer de aspecto duro y desaliñado entre Freddy y Toots le suena a Wendell, pero no lo suficiente para identificarla.

—Hola, Teddy —dice Wendell—. Y hola a vosotros, Freddy y Toots. No, después de echar un vistazo al jaleo que hay ahí delante, he decidido venir por la parte de atrás.

—Eh, Wendell, ¿no te acuerdas de mí? —pregunta la mujer con cierto patetismo—. Soy Doodles Sanger, en caso de que tu memoria se haya ido al cuerno. Empecé con toda una pandilla de tíos en el Bel Air de Freddy, y Teddy estaba con otra pandilla distinta, pero después de que la fulana esa nos despidiera todos los demás quisieron volver a sus taburetes de bar.

Por supuesto que Wendell se acuerda de ella, aunque el rostro endurecido que tiene delante solo se parece vagamente al de la chica de alterne llamada Doodles Sanger que servía copas en el bar del hotel Nelson diez años atrás. Wendell cree que la despidieron más por beber demasiado durante su turno de trabajo que por robar, pero Dios sabe que hacía ambas cosas. En aquellos tiempos, Wendell se dejaba un montón de dinero en la barra del hotel Nelson. Trata de recordar si alguna vez se dio un revolcón con Doodles.

Decide no arriesgarse y dice:

—Jolín, Doodles, ¿cómo diantre iba a olvidar a una monada como tú?

Los chicos sueltan risotadas ante esa salida. Doodles le propina un codazo a Toots Billinger en las endebles costillas, le brinda a Wendell una sonrisita mohína y dice:

—Bueno, pues gracias, señor.

Ajá, sí que se la tiró.

Ese sería el momento perfecto para enviar a esos tarados de vuelta a sus ratoneras, pero una inspiración de la mejor calidad visita a Wendell.

—¿Qué les parecería a unas personas tan encantadoras como vosotros ayudar a un caballero de la prensa y ganaros cincuenta pavos en el proceso?

—¿Cincuenta para cada uno, o para todos? —quiere saber Teddy Runkleman.

—Venga ya, todos juntos —responde Wendell.

Doodles se inclina y dice:

—Veinte cada uno, ¿de acuerdo, triunfador? Si accedemos a hacer lo que nos pidas.

—Ah, me rompes el corazón —dice Wendell; extrae la cartera del bolsillo de atrás y saca cuatro billetes de veinte dólares, dejando solo uno de diez y tres sueltos para pasar el resto del día. Ellos aceptan el pago y se lo embolsillan en un santiamén—. Bueno, esto es lo que quiero que hagáis —concluye, y se inclina hacia la ventanilla y los cuatro cabezas huecas que ocupan la cabina.

12

Unos minutos más tarde, la camioneta se detiene con un bandazo entre los últimos árboles, donde el macadán desaparece entre la maleza y la hierba alta. Las motos de los Cinco del Trueno están inclinadas en una pulcra fila unos metros más allá y a su izquierda. Wendell, que ha reemplazado a Freddy Saknessum en el asiento, se apea y avanza unos pasos, confiando en que el intenso aroma a sudor seco, carne sin lavar y cerveza pasada que emerge de sus compañeros pasajeros no se le haya pegado a la ropa. Tras él, oye a Freddy saltar de la trasera de la camioneta mientras los demás se bajan y cierran las puertas sin hacer más ruido que el doble del necesario. Todo cuanto Wendell consigue ver desde su posición es la descolorida y medio podrida pared posterior de Bocados de Ed elevándose desde una espesa maraña de daucos y lirios atigrados. Le llegan unas voces, entre ellas la de Beezer Saint Pierre. Wendell le da un rápido repaso a la Nikon, quita la tapa del objetivo y le pone un nuevo carrete de película antes de avanzar con pasos lentos y silenciosos más allá de las motos y junto al costado de la estructura en ruinas.

Pronto es capaz de ver el sendero de acceso cubierto de maleza y el coche patrulla cruzado en él a modo de barrera. Más allá hacia la carretera, Danny Tcheda y Pam Stevens discuten con media docena de hombres y mujeres que han dejado sus coches esparcidos como juguetes detrás de ellos. La cosa no va a funcionar mucho tiempo más; si se supone que Tcheda y Stevens son un dique, el dique está a punto de sufrir varias filtraciones graves. Buenas noticias para Wendell: cuanto mayor sea la confusión más libertad de acción le dará a él y más contribuirá al colorido de la historia. Desearía poder musitar unas palabras en su grabadora en ese preciso instante.

La falta de experiencia de las fuerzas del jefe Gilbertson se hizo evidente en los vanos esfuerzos de los agentes Tcheda y Stevens por enviar de vuelta a la serie de ciudadanos ansiosos por contemplar por sí mismos la más reciente evidencia de la demencia del Pescador… Ah, no está mal, no está mal, y luego: *pero este periodista fue capaz de situarse en el corazón mismo de la escena, donde se sintió orgulloso de servir de humildes ojos y oídos a sus lectores…*

Wendell detesta perderse ese material tan espléndido, pero no está seguro de poder recordarlo y no se atreve a arriesgarse a que le oigan. Se acerca más a la parte delantera de Bocados de Ed.

Los humildes oídos del público perciben el sonido de la conversación sorprendentemente amistosa que mantienen Beezer Saint Pierre y Dale Gilbertson justo delante del edificio; los ojos humildes del público ven aparecer a Jack Sawyer, con una bolsa de plástico vacía y una gorra de béisbol meciéndose entre los dedos de su mano derecha. La humilde nariz del público advierte un hedor verdaderamente espantoso que garantiza la presencia de un cuerpo en descomposición en la desvencijada y pequeña estructura que hay a su derecha. Jack se mueve un poco más deprisa de lo habitual, y aunque está claro que solo se dirige hacia su camioneta, no deja de mirar de un lado a otro.

¿Qué está pasando aquí? El Chico de Oro parece algo más que un poco furtivo. Está actuando como un ladrón que acabe de embutirse lo que ha robado en la tienda bajo el abrigo, y los chicos de oro no deberían comportarse así. Wendell levanta la cámara y enfoca a su objetivo. Ahí estás, Jack, viejo amigo, viejo colega, fresco como un billete nuevo y dos veces más definido. Ahora ponte guapo para la cámara y déjanos ver qué llevas en la mano, ¿de acuerdo? Wendell dispara una fotografía y observa a través del visor que Jack se acerca a su camioneta. El Chico de Oro va a meter esas cosas en su guantera, se dice Wendell, y no quiere que nadie le vea hacerlo. Qué lástima, chico, te ha pillado la cámara indiscreta. Y qué lástima para los orgullosos aunque humildes ojos y oídos del condado de French, porque cuando Jack Sawyer llega a su camioneta no sube a ella sino que se inclina hacia un costado y toquetea algo, ofreciéndole a nuestro noble periodista una estupenda vista de su espalda y de nada más. El noble periodista toma de todos modos una foto, para establecer una secuencia con la siguiente, en la que Jack Sawyer regresa de su camioneta con las manos vacías y sin parecer ya furtivo. Ha ocultado sus repugnantes tesoros ahí atrás,

quitándolos de la vista, pero ¿qué hacía que fuesen tesoros?

Entonces Wendell Green se siente alcanzado por un rayo. Nota un estremecimiento en el cuero cabelludo y el pelo rizado amenaza con ponérsele de punta. Una historia estupenda acaba de convertirse en una historia *increíblemente* estupenda. El asesino diabólico, la criatura muerta y mutilada y… ¡la caída de un héroe! Jack Sawyer se aleja de las ruinas llevando una bolsa de plástico y una gorra de los Brewers, trata de asegurarse de que no es observado, y oculta el material en su camioneta. Ha *encontrado* esas cosas en Bocados de Ed, y las ha puesto a buen recaudo bajo las mismísimas narices de su amigo y admirador Dale Gilbertson. ¡El Chico de Oro se ha llevado *pruebas* de *la escena de un crimen*! Y Wendell tiene la prueba de ello en película, Wendell tiene pruebas en contra del todopoderoso Jack Sawyer, Wendell va a derribarle con un poderosísimo topetazo. Vaya, oh, vaya, vaya; Wendell siente deseos de bailar, y tanto que sí, y es incapaz de contenerse de ejecutar un patoso brinco con la cámara en las manos y una sonrisa babosa en la cara.

Se siente tan bien, tan triunfador, que casi decide olvidarse de los cuatro idiotas que esperan su señal y sencillamente dejarlo estar. Pero, eh, que el entusiasmo no nos haga perder la cabeza. Los tabloides del supermercado ansían lucir una linda y truculenta fotografía del cadáver de Irma Freneau, y Wendell Green es el hombre que va a conseguírsela.

Wendell avanza otro paso cauteloso hacia la parte delantera del edificio en ruinas y ve algo que le deja de una pieza. Cuatro de los motociclistas se han dirigido al final del sendero cubierto de maleza, donde parecen estar ayudando a Tcheda y Stevens a rechazar a la gente que quiere echarles un buen vistazo a todos esos cadáveres. Teddy Runkleman ha oído decir que el Pescador ha escondido al menos seis, quizá ocho niños semidevorados en esa casucha: las noticias se han ido haciendo más sensacionalistas a medida que corrían de boca en boca. De manera que a los polis les vendrá bien un poco de ayuda extra, pero Wendell desearía que Beezer y los suyos estuviesen ayudando a destapar las cosas en lugar de a mantenerlas bien tapaditas. Llega al final del edificio y se asoma un poco para ver todo lo que pasa. Si ha de conseguir lo que quiere, tendrá que esperar el momento idóneo.

Un segundo coche patrulla se abre paso por entre los vehículos que aguardan en la carretera 35 y rebasa el coche de Tcheda para detenerse en la maleza y los

escombros, delante de la antigua cafetería. Dos jóvenes polis a media jornada llamados Holts y Nestler se apean y se dirigen hacia Dale Gilbertson, esforzándose en no reaccionar ante el hedor que se hace más nauseabundo a cada paso que dan. Wendell advierte que los muchachos aún tienen más dificultades en ocultar su consternación y su asombro al ver a su jefe enzarzado en una conversación aparentemente amistosa con Beezer Saint Pierre, a quien es posible que crean sospechoso de una miríada de crímenes indescriptibles. Son chicos de granja, chicos que no han completado sus estudios en la universidad de River Falls, que comparten un único salario y tratan con tanto ahínco de obtener el rango de oficiales de policía que tienden a ver las cosas de un riguroso blanco y negro. Dale les tranquiliza, y Beezer, que podría levantarles a cada uno con una mano y cascarles los cráneos como si de huevos duros se tratara, esboza una sonrisa benigna. En respuesta a lo que deben de haber sido órdenes de Dale, los nuevos muchachos regresan con un trotecillo a la carretera, dirigiéndole por el camino sendas miradas de adoración a Jack Sawyer, pobres diablos.

Jack se dirige hacia Dale para charlar un poco. Qué pena que Dale no sepa que su amiguito le está ocultando pruebas, ¡ja! O, considera Wendell, ¿sí que lo sabe y él también está en el ajo? Una cosa es segura: todo va a salir a la luz una vez que el *Herald* publique las reveladoras fotografías.

Entretanto, el tipo del sombrero de paja y las gafas de sol permanece ahí de pie, sencillamente con los brazos cruzados y aspecto sereno y confiado, como si lo tuviese todo tan bajo control que ni siquiera el olor le llegase. Wendell se dice que ese tipo es claramente un jugador clave. El que manda. Chico de Oro y Dale quieren tenerle contento; uno nota que es así por su lenguaje corporal. Hay una nota de respeto, de deferencia. Si están ocultando algo, lo están haciendo por él, pero ¿por qué? Y ¿qué demonios es ese tipo? Es de mediana edad, de entre cincuenta y sesenta, una generación mayor que Jack y Dale; tiene demasiado estilo como para vivir en el campo, así que quizá sea de Madison, o de Milwaukee. Es obvio que no se trata de un poli, y tampoco de un hombre de negocios. Ese es un pájaro independiente; eso se advierte con absoluta claridad.

Entonces otro vehículo policial abre una brecha en las defensas de la 35 y se sitúa junto a los polis a media jornada. El Chico de Oro y Dale se dirigen hacia él y saludan a Bobby Dulac y a ese otro poli, el gordo, Dit Jesperson, pero el tipo del sombrero ni siquiera les mira. Guau, eso sí que es ser chulo. Se queda ahí

solo, como un general que inspeccione sus tropas. Wendell observa al hombre misterioso sacar un cigarrillo, encenderlo y exhalar una blanca bocanada de humo. Jack y Dale conducen a los recién llegados hacia la vieja cafetería, y ese pájaro continúa fumando, desligado hasta lo sublime de cuanto le rodea. A través de la pared medio podrida Wendell oye a Dulac y Jesperson quejarse del olor; entonces, uno de ellos suelta «¡Puf!» al ver el cuerpo.

—¿Hola, chicos? —oye decir a Dulac—. ¿Va en serio esa mierda?

¿Hola, chicos? Las voces le dan a Wendell una buena indicación sobre la situación del cadáver, bien al final de la pared del fondo.

Antes de que los tres polis y Sawyer empiecen a dirigirse arrastrando los pies hacia la entrada de la cafetería, Wendell se asoma, enfoca con su cámara y le saca una foto al hombre misterioso. Para su horror, el tipo del sombrero se vuelve al instante en dirección a él y dice:

—¿Quién me ha sacado una foto?

Wendell retrocede de inmediato hacia la protección de la pared, pero sabe que el tipo debe de haberle visto. ¡Esas gafas de sol le miraban directamente! El tío tiene un oído de murciélago: ha captado el sonido del disparador.

—Venga, sal ya —Wendell le oye decir—. No tiene sentido que te escondas; sé que estás ahí.

Desde su reducida posición estratégica, Wendell vislumbra apenas un coche de la policía estatal, seguido del Pontiac de la campaña antidroga de French Landing, surgir como bólidos de la congestión al final del sendero. Allá abajo las cosas parecen haber alcanzado el punto de ebullición. Si no se equivoca, a Wendell le parece ver a uno de los motoristas sacar a un hombre a través de la ventanilla de un bonito Oldsmobile verde.

Ha llegado el momento de llamar a la caballería, desde luego.

Wendell retrocede del frontal del edificio y le hace señas a las tropas. Teddy Runkleman exclama:

—¡Adelante, chicos!

Doodles profiere un chillido como de gata en celo, y los cuatro ayudantes de Wendell pasan a la carga junto a él, haciendo todo el ruido que podía haber deseado.

13

Danny Tcheda y Pam Stevens están desbordados de personas que pretenden colarse cuando oyen el sonido de motocicletas acercándose, y la llegada de los Cinco del Trueno es lo único que necesitan para completar el día. Librarse de Teddy Runkleman y de Freddy Saknessum les ha sido bastante fácil, pero antes de que pasaran cinco minutos, los carriles en dirección este de la Nacional 35 se han llenado de gente que creía tener todo el derecho de contemplar embobados todos esos pequeños cadáveres que se suponía se amontonaban entre los restos de Bocados de Ed. Por cada coche que los dos agentes consiguen despachar, aparecen dos más. Todo el mundo exige una explicación razonable de por qué a ellos, que pagan sus impuestos y son ciudadanos con inquietudes, no se les permite la entrada a una escena del crimen, en especial a una tan trágica, tan conmovedora, tan… bueno, tan excitante. La mayoría de ellos se resisten a creer que el único cadáver que hay en ese edificio en ruinas es el de Irma Freneau; tres personas seguidas acusan a Danny de secundar un encubrimiento, y una de ellas hasta llega a tildarle de «guardián del Pescador». Joder. ¡Por inverosímil que parezca, muchos de esos cazadores de cadáveres casi creen que la policía local está protegiendo al Pescador!

Algunos de ellos van pasando cuentas de rosario mientras incriminan a Danny. Una señora blande un crucifijo ante la cara del agente y le dice que su alma está llena de lascivia y que irá al infierno. Al menos la mitad de la gente a la que Danny tiene que echar lleva cámaras; pero ¿qué clase de persona sale de casa un sábado por la mañana para sacar fotos de niños muertos? Lo que más irrita a Danny es que todos se creen perfectamente normales; y ¿quién es el detestable? *Él.*

El mando de una pareja de ancianos de la calle Lady Manan dice:

—Joven, al parecer usted es la única persona de este condado que no entiende que lo que está ocurriendo aquí pasará a la historia. Madge y yo creemos que tenemos derecho a conseguir un recuerdo de ello.

¿Un recuerdo?

Sudoroso, malhumorado y completamente hasta las narices, Danny pierde la paciencia.

—Amigo, estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho —le dice—. Si de mí dependiera, usted y su encantadora esposa podrían llevarse una camiseta manchada de sangre, incluso meter un par de dedos amputados en el maletero; pero ¿qué quiere que le diga? El jefe es un tipo poco razonable.

Los de Lady Marian salen zumbando, demasiado asombrados para contestar. El siguiente en la cola se pone a gritar en el instante mismo en que Danny se acerca a la ventanilla de su coche. Presenta el mismo aspecto que la imagen que el agente tiene de George Rathbun, pero su voz es más rasposa y algo más aguda.

—¡No te creas que no veo lo que estás haciendo, cabrón!

Danny dice que estupendo, porque lo que intenta hacer es proteger la escena de un crimen, y el tío parecido a George Rathbun, que conduce un Dodge Caravan viejo de color azul sin parachoques frontal ni retrovisor derecho, exclama:

—¡Llevo veinte minutos aquí sentado mientras tú y esa señorita estáis mano sobre mano! ¡Espero que no te sorprendas cuando veas un poco de ACCIÓN DE VERDAD por aquí!

Es en ese momento tan delicado que Danny oye el rumor inconfundible de los Cinco del Trueno aproximándose desde la carretera. No se ha sentido bien desde que encontró la bicicleta de Tyler Marshall delante del asilo, y la idea de discutir con Beezer Saint Pierre le llena el cerebro de humo negro y grasiento y de chispas rojas arremolinadas. Baja la cabeza y mira al tipo de cara colorada que se parece a George Rathbun directamente a los ojos.

—Señor —dice en un tono bajo y monocorde—, si sigue así, le esposaré, le dejaré en el asiento trasero de mi coche hasta la hora de irme, y entonces le llevaré a comisaría y le acusaré de todo lo que me pase por la cabeza. Se lo prometo. De modo que hágase un favor a sí mismo y lárguese de una puta vez de

aquí.

El hombre abre la boca y vuelve a cerrarla, como un pez. En su cara y su papada ya sonrojadas aparecen puntos de un rojo más intenso. Danny sigue mirándole a los ojos, casi esperando una excusa para poder esposarlo y arrojarlo al asiento trasero del coche. El tipo reflexiona sobre las opciones que tiene, y le vence la prudencia. Baja la mirada, retrocede y casi choca contra el Miata que tiene detrás.

—No puedo creer que esté ocurriendo esto —comenta Pam—. ¿Quién habrá sido el subnormal al que se le ha ido la boca?

Al igual que Danny, Pam ve a Beezer y sus amigos dirigirse con estruendo hacia ellos, pasando junto a la hilera de coches parados.

—No lo sé, pero me gustaría hacerle tragar la porra. Y después de él, pienso ir a por Wendell Green.

—No tendrás que ir muy lejos. Está unos seis coches más atrás en la cola. —Pam señala la mofa rodante de Wendell.

—Dios mío —exclama Danny—. En realidad me alegro de ver a ese miserable fanfarrón. Así podré decirle exactamente lo que opino de él.

Sonriendo, se inclina para hablar al adolescente que está al volante del Miata. El chico se va, y Danny hace señas al siguiente conductor mientras ve que los Cinco del Trueno se acercan cada vez más:

—He llegado a un punto —le dice a Pam— en que si Beezer se me acerca demasiado o me *mira* siquiera con malas intenciones, saco la pipa, te lo digo en serio.

—Te olvidas del papeleo —apunta Pam.

—Me importa un carajo.

—Bueno, pues allá vamos —contesta Pam, queriendo decir que si él saca la pistola, ella le apoyará.

Hasta los conductores que discuten para intentar abrirse camino se toman su tiempo para observar a Bezzer y sus chicos. Avanzando con el pelo y las barbas al aire y una expresión decidida en el rostro, parecen a punto de desatar el mayor caos posible. El *corazón* de Danny Tcheda empieza a acelerarse, y siente contraérsele el esfínter.

Pero los Cinco del Trueno pasan de largo sin siquiera volver la cabeza, uno detrás de otro. Beezer, Mouse, Doc, Sonny y Káiser: allá van, abandonando la

escena.

—Vaya, *¡mierda!* —exclama Danny, incapaz de decidir si se siente aliviado o decepcionado. El repentino sobresalto que experimenta cuando los motoristas efectúan un cambio de sentido, levantando gravilla, unos treinta metros más adelante, le hace darse cuenta de que lo que sentía era alivio.

—Oh, no, por favor —dice Pam.

En los coches que esperan, las cabezas se vuelven cuando las motocicletas pasan de nuevo, a toda velocidad, en sentido contrario. Durante unos segundos el único sonido que se oye es el rugido cada vez más débil de cinco motos Harley-Davidson.

Danny Tcheda se quita la gorra de uniforme y se enjuga la frente. Pam Stevens arquea la espalda y expira. Entonces alguien toca una bocina, otros dos más se añaden al primero, y un tipo con un bigote gris como de morsa y una camisa vaquera muestra una placa con funda de piel y explica que es primo de un juez del condado y miembro honorario de las fuerzas policiales de La Riviere, lo que significa básicamente que nunca le ponen multas por exceso de velocidad o de aparcamiento y que va adonde quiere.

El bigote se ensancha en una gran sonrisa.

—Así que déjeme pasar, y vuelva a ocuparse de su deber, agente.

Danny le dice que su deber es precisamente no dejarlo pasar, y se ve obligado a repetirle el mensaje varias veces antes de poder dedicarse al siguiente caso. Después de despachar a varios ciudadanos contrariados más, consulta el reloj para comprobar cuánto tiempo más tendrá que esperar antes de echarle la bronca a Wendell Green. Seguro que el fotógrafo no estará a más de dos o tres coches. Tan pronto como Danny levanta la cabeza, las bocinas suenan de nuevo y la gente empieza a gritarle.

—¡Déjanos pasar! ¡Eh, tío!, yo pago tu sueldo, ¿lo recuerdas? ¿Quiero hablar con Dale, quiero hablar con Dale!

Algunos hombres se han apeado de sus coches. Señalan a Danny con el dedo, mueven los labios, pero él no consigue descifrar lo que están gritando. Una oleada de dolor le recorre la cabeza, desde detrás del ojo izquierdo hasta el centro del cerebro, como una barra incandescente. Algo va mal; no ve el feo coche rojo de Green. ¿Dónde demonios está? Mierda, mierda y más mierda aún, Green debe de haberse salido de la cola para cruzar por el campo junto a

Bocados de Ed. Danny echa un vistazo alrededor y observa el campo. Gritos de irritación y bocinazos hierven a sus espaldas. No ve ningún Toyota rojo destartalado, ni a Wendell Green. ¡Mira qué bien, el charlatán se ha esfumado!

Unos minutos después, el tráfico se aligera, y Danny y Pam creen que su tarea toca a su fin. Los cuatro carriles de la Nacional 35 están vacíos, como suele ocurrir un sábado por la mañana. El único camión que circula sigue adelante, en dirección a Centralia.

—¿Crees que deberíamos ir para allá? —pregunta Pam, indicando con la cabeza los restos del edificio.

—Quizá, en un par de minutos.

Danny no tiene ningunas ganas de internarse en ese olor. Estaría la mar de contento si pudiera quedarse ahí hasta que llegaran el equipo forense y el furgón de pruebas; pero ¿qué le pasa a la gente? El renunciaría tranquilamente al salario de dos días por librarse de ver el cadáver de la pobre Irma Freneau.

En ese momento él y Pam oyen dos sonidos diferentes a la vez, y ambos son intranquilizadores. El primero es el de una nueva oleada de vehículos recorriendo la carretera hasta donde están ellos; el segundo, el murmullo de motocicletas acercándose a la escena del crimen desde algún lugar por detrás del viejo edificio.

—¿Hay algún camino trasero que lleve ahí? —pregunta Danny, incrédulo.

Pam se encoge de hombros.

—Eso parece; pero mira… Dale se las verá con los matones de Beezer, porque nosotros vamos a tener trabajo de sobras aquí abajo.

—Oh, maldita sea —masculla Danny. Hay unos treinta vehículos, entre coches y camionetas, al final del estrecho sendero, y tanto él como Pam advierten que esa gente está más irritada y más decidida que el primer grupo. En la cola, algunos hombres y mujeres dejan sus vehículos en el arcén y caminan en dirección a los dos agentes. Los conductores del principio del grupo están blandiendo los puños y gritando incluso antes de intentar avanzar por ellos mismos. Aunque parece increíble, una mujer y dos adolescentes sostienen una larga pancarta en la que se lee ¡QUEREMOS AL PESCADOR! Un hombre en un viejo Caddy polvoriento saca el brazo por la ventana y muestra un letrero escrito a mano: GILBERTSON TIENE QUE IRSE.

Danny mira por encima del hombro y ve que los Cinco del Trueno han

encontrado un camino trasero, ya que cuatro de ellos están delante de Bocados de Ed, comportándose como si fueran agentes del servicio secreto, mientras Beezer Saint Pierre discute con el jefe. Y esos dos, piensa Danny, parecen dos cabezas de estado debatiendo un acuerdo comercial. Eso no tiene ningún sentido, y Danny vuelve a mirar los coches, a los imbéciles que sostienen carteles, y a los hombres y mujeres que se abren paso hacia él y Pam.

Hoover Dalrymple, un hombre de setenta y un años, fornido y con perilla blanca, se planta ante Pam y empieza a exigir sus derechos inalienables. Danny se acuerda de su nombre porque Dalrymple provocó una pelea en el bar del hotel Nelson unos seis meses atrás, y ahora está ahí de nuevo, vengándose.

—*No* pienso hablar con tu compañero —exclama—, y *no* pienso escuchar nada de lo que diga, porque tu compañero no tiene ningún interés en los derechos de las personas de esta comunidad.

Danny despacha a un Subaru de color naranja, conducido por un adolescente sombrío que lleva una camiseta de Black Sabbath, después a un Corvette negro con matrículas provisionales de un concesionario de La Riviere y a una joven extremadamente guapa y extremadamente malhablada. ¿De dónde sale esta gente? No reconoce a nadie excepto a Hoover Dalrymple. Danny supone que la mayor parte de las personas que tiene delante vienen de fuera de la ciudad.

Se acerca para ayudar a Pam, cuando nota una mano en el hombro; se vuelve y ve a Dale Gilbertson junto a Beezer Saint Pierre. Los otros cuatro motoristas están unos metros más allá. El que se llama Mouse, que por supuesto es del tamaño de un pajar, mira a Dale y le sonríe.

—¿Qué haces? —pregunta Danny.

—Tranquilo —contesta Dale—. Los amigos del señor Saint Pierre se han ofrecido para aunar esfuerzos contra la multitud, y creo que nos irá bien toda la ayuda que puedan darnos.

Con el rabillo del ojo, Danny ve a los gemelos Neary adelantarse de entre el tumulto y levanta la mano para detenerlos.

—Y ellos, ¿qué sacan de esto?

—Información, sencillamente —contesta el jefe—. Venga chicos, pongámonos a trabajar.

Los amigos de Beezer se separan y se acercan a la gente. El jefe se queda junto a Pam, que primero lo mira asombrada y después asiente. Mouse suelta un

gruñido y le dice a Hoover Dalrymple:

—Por el poder con que me han investido, te ordeno que te largues de aquí, Hoover.

El viejo desaparece tan deprisa que parece haberse desintegrado.

Los otros motoristas producen el mismo efecto en los airados espectadores. Danny espera que puedan conservar la compostura cuando se enfrenten a insultos continuados; un hombre de unos ciento treinta kilos que parece un ángel del infierno debatiéndose entre el autocontrol y la cólera obra maravillas entre una multitud rebelde. El motorista que está más cerca de Danny consigue echar a Floyd y a Frank Neary con solo levantar el puño. Mientras los gemelos suben de nuevo al coche, el motorista le guiña un ojo a Danny y se presenta como Káiser Bill. El amigo de Beezer disfruta de la tarea de controlar a la gente, y una sonrisa enorme amenaza con asomar tras el ceño fruncido, aunque en el fondo parece seguir burbujeando igualmente una rabia latente.

—¿Quiénes son los otros tipos? —pregunta Danny.

Káiser Bill identifica a Doc y Sonny, que están dispersando a la gente que hay a la derecha de Danny.

—¿Por qué hacéis esto?

El Káiser baja la cabeza para que su cara quede a pocos centímetros de la de Danny. Es como enfrentarse a un toro. La rabia y el calor brotan de los rasgos anchos y la piel velluda del motorista. Danny casi espera ver salir vapor de sus amplias fosas nasales. Una de sus pupilas es más pequeña que la otra; unas venas rojas que parecen a punto de explotar se abren paso por entre el blanco de los ojos.

—¿Por qué? Lo hacemos por *Amy.* ¿Está suficientemente claro, agente Tcheda?

—Lo siento —murmura Danny. Desde luego. Confía en que Dale sea capaz de mantener a raya a esos monstruos. Cuando ve a Káiser Bill zarandear el viejo Mustang de un chico tontaina que no ha conseguido dar marcha atrás a tiempo, se alegra de que los motoristas no lleven objetos punzantes.

Por el hueco que antes ocupaba el Mustang del joven, un coche de policía se acerca a Danny y Káiser. Mientras avanza por entre la multitud, una mujer que lleva una camiseta de tirantes y pantalones muy ajustados golpea las ventanillas del costado derecho. Cuando el coche llega hasta donde está Danny, los dos

agentes a media jornada, Bob Holtz y Paul Nestler, saltan del vehículo, miran boquiabiertos a Káiser y preguntan a Danny y a Pam si necesitan ayuda.

—Id a hablar con el jefe —dice Danny, aunque no debería haberlo hecho. Holtz y Nestler son buenos tipos, pero tienen mucho que aprender sobre la cadena de mandos, además de otras cosas.

Al cabo de un minuto y medio aproximadamente aparecen Bobby Dulac y Dit Jesperson. Danny y Pam les hacen señas mientras los motoristas intervienen para apartar a rastras a la gente de los lados y los capós de sus coches. Danny percibe sonidos de forcejeos entre los gritos procedentes de la muchedumbre que tiene enfrente. Le parece llevar ahí varias horas. Quitando a la gente de en medio con amplios ademanes, Sonny emerge del grupo para situarse junto a Pam, que hace todo lo que puede. Mouse y Doc se internan en el espacio que se ha abierto. Káiser, con un hilo de sangre brotándole de la nariz y una mancha roja que le oscurece la barba en la comisura de los labios, aparece con grandes zancadas junto a Danny.

Justo cuando la muchedumbre empieza a exclamar: «¡NO, NO NOS MOVERÁN!», Holtz y Nestler vuelven para reforzar la cola.

¿No, no nos moverán?, se pregunta Danny. *¿Eso no era cuando lo de Vietnam?*

Solo vagamente consciente del sonido de una sirena de policía, Danny ve a Mouse abrirse camino entre la gente y bloquear a las primeras personas que encuentra. Doc coloca las manos en la ventanilla abierta de un Oldsmobile que le es demasiado familiar y le pregunta al conductor pequeño y calvo qué narices cree estar haciendo.

—Doc, déjale en paz —dice Danny, pero la sirena suena con fuerza otra vez y ahoga sus palabras.

Aunque el hombre menudo al volante del Oldsmobile parece un profesor de matemáticas inútil o un funcionario de poca categoría, tiene una decisión de gladiador. Es el reverendo Lance Hovdahl, antiguo profesor de catequesis de Danny.

—Se me ha ocurrido que podría ayudar —dice el reverendo.

—Con todo este follón, no le oigo. Déjeme ayudarle a acercarse más —dice Doc. Mete una mano por la ventanilla mientras la sirena suena de nuevo y un coche de la policía del estado se coloca al otro lado.

—Espera un momento, Doc, ¡para! —exclama Danny al ver que los dos hombres que van en el coche de policía del estado, Brown y Black, estiran el cuello para observar el espectáculo de un hombre barbudo semejante a un oso pardo sacando por la ventanilla del coche al pastor luterano. Avanzando con sigilo detrás de ellos viene otra sorpresa: Arnold Hrabowski *el Húngaro Loco,* mirando con ojos desorbitados a través del parabrisas de su campaña antidroga rodante como si le aterrorizara el caos que le rodea.

El final del camino parece ahora una zona de guerra. Danny se introduce dando zancadas en la muchedumbre que no para de gritar y aparta a unas cuantas personas mientras se dirige hacia Doc y su viejo profesor de catequesis, que parece conmocionado pero está ileso.

—Vaya Danny, *dios santo* —exclama el pastor—. La verdad es que me alegro de verte.

Doc los mira a los dos.

—¿Os conocéis? —pregunta.

—Reverendo Hovdahl, este es Doc —dice Danny—. Doc, este es el reverendo Hovdahl, el pastor luterano de Mount Hebron.

—Santa María —exclama Doc, y de inmediato empieza a sacudirle las solapas al reverendo y a estirarle el dobladillo de la americana, como para ponerlo en condiciones—. Lo siento, reverendo, espero no haberle hecho daño.

Los polis del estado y el Húngaro Loco se las arreglan como mínimo para salir de la multitud. El volumen de sonido se convierte en un suave murmullo; de alguna forma los amigos de Doc han silenciado a los miembros más gritones de la oposición.

—Por suerte, la ventanilla es más ancha que yo —dice el pastor.

—Bueno, quizá me pase algún día a verle y a hablar con usted —dice Doc—. Últimamente he leído mucho sobre el cristianismo en el siglo I, ya sabe, Géza Vermes, John Dominic Crossan, Paula Fredrikssen, esas cosas. Me gustaría escuchar algunas de sus ideas.

Lo que el reverendo Hovdahl intenta decir queda ahogado por una repentina explosión de ruido al otro lado del camino. Se oye una voz de mujer gritar como un alma en pena, con unos alaridos inhumanos que hacen que a Danny se le ericen los pelos de la nuca. Le suena como si unos locos fugitivos mil veces más peligrosos que los Cinco del Trueno hiciesen estragos en la campiña. ¿Qué

demonios puede haber *pasado* ahí arriba?

—¿«Hola chicos»? —incapaz de contener la indignación, Bobby Dulac se vuelve para mirar primero a Dale y después a Jack—. Su voz sube de volumen, se endurece—. ¿Va en serio esa mierda? *¿Hola, chicos?*

Dale se lleva una mano a la boca, tose y se encoge de hombros.

—Él quería que la encontráramos.

—Sí, claro —dice Jack—. Nos dijo que viniésemos aquí.

—Pero ¿por qué haría algo así? —pregunta Bobby.

—Está orgulloso de su trabajo.

Desde alguna oscura encrucijada en la memoria de Jack, una voz desagradable dice: *Mantente al margen. Si me molestas te desparramo las entrañas desde Racine a La Riviere.* ¿De quién era esa voz? Sin más pruebas que su propia convicción, Jack comprende que, de poder ubicar esa voz, le pondría el nombre del Pescador. Pero no puede; todo lo que Jack Sawyer puede hacer en este momento es recordar un hedor peor que la nube nauseabunda que invade este edificio en ruinas, un olor horrendo procedente del suroeste de otro mundo. Eso también era el Pescador, o lo que sea que fuese el Pescador en ese mundo.

Un pensamiento digno de la antigua estrella del Departamento de Homicidios de Los Ángeles cobra vida en su mente, y dice:

—Dale, creo que deberías dejar a Henry escuchar la cinta del 911.

—No lo entiendo. ¿Para qué?

—Henry es capaz de captar cosas que ni los murciélagos pueden oír. Aunque no reconozca la voz, averiguará cien veces más cosas de las que sabemos ahora.

—Bueno, el tío Henry nunca olvida una voz, eso es verdad. De acuerdo, salgamos de aquí. El equipo forense y el furgón de pruebas aparecerán en un par de minutos.

Siguiendo los pasos de los dos otros hombres, Jack piensa en la gorra de los Brewers de Tyler Marshall y dónde la encontró; en ese mundo que se ha pasado más de la mitad de la vida negando, y cuyo regreso a él esa mañana sigue haciendo que se sienta sometido a tremendas oleadas de excitación. El Pescador le dejó la gorra en los Territorios, la tierra de la que oyó hablar por primera vez cuando Jacky tenía seis años (cuando Jacky tenía seis años, y papá tocaba el

saxo). Todo vuelve a él, esa aventura inmensa, no porque lo desee, sino porque *tiene que* volver: fuerzas ajenas a él lo están agarrando del pescuezo y lo llevan adelante, ¡hacia su propio pasado! El Pescador está orgulloso de su obra, sí, el Pescador está provocándolos deliberadamente (es una verdad tan obvia que ninguno de los tres hombres puede manifestarlo en voz alta), pero en realidad el Pescador solo está acosando a Jack Sawyer, que es el único que ha visto los Territorios. Y si *eso* es cierto, como tiene que ser, entonces…

… entonces los Territorios y todo lo que contienen están implicados de alguna forma en esos crímenes espantosos, y él se ha visto empujado a un drama de unas consecuencias tan enormes que no puede llegar a comprender. *La Torre, las vigas.* Lo había visto en la caligrafía de su madre, algo sobre la Torre cayéndose y las vigas rompiéndose: esas cosas son parte del rompecabezas, sea lo que sea lo que signifiquen, como la visceral convicción de Jack de que Tyler Marshall todavía está vivo, escondido en algún recoveco del otro mundo. Ser consciente de que nunca va a poder hablar de ello con nadie, ni siquiera con Henry Leyden, hace que se sienta completamente solo.

Los pensamientos de Jack se desvanecen en el ruidoso caos que tiene lugar al lado y delante de la cabaña. Parece un ataque de los indios en una película del Oeste, con gritos, chillidos y el golpeteo de pies que corretean. Una mujer suelta un alarido inquietante, como el ulular de la sirena de policía que Jack oyera a medias unos instantes antes.

—Joder —murmura Dale, y echa a correr, seguido de Bobby y Jack.

En el exterior, lo que parecen media docena de chiflados están corriendo frente a Bocados de Ed sobre la grava cubierta de maleza. Dit Jesperson y Beezer, todavía demasiado asombrados como para reaccionar, los ven dar brincos hacia adelante y hacia atrás. Los locos hacen una gran cantidad de ruido. Un hombre grita: «¡Matad al Pescador! ¡Matad a ese cabrón hijo de puta!». Otro exclama: «¡La ley y el orden y la cerveza gratis!». Un personaje escuálido con pantalones de peto suelta: «¡Cerveza gratis! ¡Queremos cerveza gratis!». Una arpía demasiado vieja para la camiseta sin mangas y los téjanos que lleva corretea de un lado para otro agitando los brazos y gritando a pleno pulmón. Las sonrisas en sus caras indican que esas personas están llevando a cabo una

especie de travesura estúpida. Se lo están pasando en grande.

Desde el final del camino llega un coche de la policía del estado, con el Pontiac de la campaña antidroga del Húngaro Loco justo detrás. En medio del caos, Henry Leyden ladea la cabeza y se sonríe a sí mismo.

Al ver a su jefe lanzarse a por uno de los hombres, el gordo Dit Jesperson se pone en marcha y ve a Doodles Sanger, a la que guarda rencor desde que ella lo rechazó una madrugada en el bar del hotel Nelson. Dit reconoce a Teddy Runkleman, el palurdo alto de nariz rota a quien Dale persigue; y conoce a Freddy Saknessum, pero este es sin duda demasiado rápido para él y, además, Dit tiene la sensación de que si le pone la mano encima a Freddy Saknessum, lo más seguro es que unas ocho horas después descubra que ha contraído algo bien feo. Bobby Dulac se está encargando del tipo delgaducho, de modo que Doodles es el objetivo de Dit, y ansia arrojarla sobre la maleza y hacerle pagar lo que le dijo seis años atrás en el mugriento bar del Nelson. (Delante de una docena de los personajes más gamberros de French Landing, Doodles le comparó con el que entonces era el chucho del jefe, el apestoso, viejo y patoso *Tubby.*)

Dit la mira a los ojos, y por un instante ella deja de dar brincos para quedarse quieta en el suelo e insinuarle que se aproxime con un gesto de los dedos de ambas manos. El se acerca, pero al llegar donde ella estaba, ya se le ha escapado más de un metro hacia la derecha, y cambia el peso de una pierna a otra como un jugador de baloncesto.

—*Tubby, Tubby* —le dice—. Ven a buscarme, *Tubby.*

Furioso, Dit trata de agarrarla, falla, y casi pierde el equilibrio. Doodles se aparta dando brincos y llamándole eso tan odioso.

Dit no lo entiende… ¿Por qué no se escapa Doodles? Es como si quisiera que la atrapase pero primero tuviera que marear la perdiz un poco más. Después de otro gran salto con el que pierde su objetivo por tres o cuatro centímetros, Dit Jesperson se seca el sudor de la cara y observa la escena. Bobby Dulac está poniéndole las esposas al chico delgaducho, pero a Dale y Hollywood Sawyer solo les va un poco mejor que a él. Teddy Runkleman y Freddy Saknessum esquivan y desvían a sus perseguidores, ambos carcajeándose como idiotas y gritando estupideces. ¿Por qué la escoria es siempre tan ágil? Dit supone que las ratas como Runkleman y Saknessum tienen más práctica en lo de ser ágiles que las personas normales.

Arremete contra Doodles, que le esquiva y empieza a menear las caderas soltando una risilla. Por encima del hombro de ella, Dit ve cómo finalmente Hollywood consigue atrapar a Saknessum, torcerle el brazo por detrás de la cintura y tirarlo al suelo.

—No hacía falta que te pusieses tan bestia conmigo —dice Saknessum. Desvía la mirada y hace un gesto de asentimiento con la cabeza—. Eh, Runks.

Teddy Runkleman le mira y también desvía la mirada. Deja de moverse. El jefe pregunta:

—¿Qué, te has quedado sin gasolina?

—Se acabó la fiesta —contesta Runkleman—. Eh, solo estábamos divirtiéndonos, ¿sabes?

—Venga Runksie, quiero jugar un poco más —dice Doodles, volviendo a menear las caderas. Como una exhalación, Beezer Saint Pierre interpone su mole entre ella y Dit. Da un paso adelante, rugiendo como un tractor al subir una cuesta. Doodles intenta huir retrocediendo, pero Beezer la coge en brazos y la lleva hacia donde está el jefe.

—Beezie, ¿ya no me quieres o qué? —pregunta Doodles.

Beezer refunfuña disgustado y la deja delante del jefe. Los dos polis del estado, Perry Brown y Jeff Black, retroceden, aún más disgustados que el motorista. Si los procesos mentales de Dit se transcribieran de su taquigrafía al lenguaje estándar, el resultado sería: *Tiene que tener algo en el coco si fabrica esa Kingsland Ale, porque esa es una cerveza buenísima. ¡Y mira al jefe! Está tan apunto de partirse de risa que ni siquiera ve que vamos a perder el caso.*

—¿Conque estabais *jugando,* eh? —brama el jefe—; pero ¿qué es lo que os pasa, idiotas? ¿No podéis respetar a esa pobre niña de ahí dentro?

Cuando los polis del estado avanzan para asumir el mando, Dit advierte que Beezer se queda rígido de asombro por un instante, y después se separa del grupo tan discretamente como puede. Nadie le presta atención, excepto Dit Jesperson; el corpulento motorista ha hecho lo que se esperaba de él, y ahora su papel ha terminado. Arnold Hrabowski, que permanecía más o menos oculto detrás de Brown y Black, se mete las manos en los bolsillos, se encoge de hombros y lo mira con expresión de disculpa avergonzada. Dit no lo entiende: ¿de qué ha de sentirse culpable el Húngaro Loco? Mierda, pero si *acaba* de llegar. Dit mira de nuevo a Beezer, que avanza con paso lento y pesado hacia la

cabaña y, ¡sorpresa, sorpresa!, hacia el mejor amigo y el periodista favorito de todos, el señor Wendell Green, que parece algo alarmado. *Supongo que acaba de salir a la superficie más de una clase de escoria*, piensa Dit.

A Beezer le gustan las mujeres inteligentes y equilibradas, como la Osa, mientras que las chicas fáciles y descerebradas como Doodles le enfurecen. Tiende las manos para agarrar dos puñados de carne blanda cubierta de rayón y levanta a Doodles, que se retuerce bajo su brazo.

—Beezie, ¿es que ya no me quieres? —dice Doodles.

Beezer deja a la tontaina en el suelo, delante de Dale Gilbertson. Cuando finalmente Dale explota ante estos cuatro delincuentes creciditos, Beezer recuerda la señal que Freddy le ha hecho a Runksie, y mira por encima del hombro del jefe hacia la parte delantera del antiguo bar. A la izquierda de la entrada destruida y gris, Wendell Green enfoca la cámara hacia el grupo de personas que tiene delante, inclinándose y agachándose, moviéndose a un lado y al otro mientras toma fotografías. Cuando a través del objetivo ve que Beezer está mirándole, Wendell se endereza y baja la cámara. Esboza una sonrisa de incomodidad.

Beezer imagina que Green debe de haberse colado por el camino de atrás, porque es imposible que los polis que están delante le dejaran pasar. Ahora que lo piensa, Doodles y los tarados esos también deben de haber llegado por el mismo camino. Solo espera que no hayan descubierto ese camino gracias a él, pero es una posibilidad.

El periodista deja la cámara colgando de la correa y, mirando continuamente a Beezer, se aleja de la vieja cabaña. Su forma de moverse, que refleja culpabilidad y miedo, le recuerda a Beezer el sigilo de una hiena al acercarse a una carroña. En efecto, Wendell Green se muestra temeroso hacia Beezer, y este no le culpa de ello. Green tiene suerte de que no le arrancara la cabeza en lugar de limitarse a amenazarle con que lo haría. Y aun así, los movimientos de hiena de Green le parecen extraños, en esas circunstancias. No tendrá miedo de que lo apalee delante de todos esos polis, ¿no?

La intranquilidad de Green hace que la mente de Beezer la relacione con la comunicación que parecían establecer Runkleman y Freddy entre sí. Cuando

desviaban la mirada, cuando apartaban la vista, ¡estaban mirando al fotógrafo! *Lo había organizado todo de antemano.* Green estaba utilizando a los palurdos como distracción de lo que fuera que estaba haciendo con la cámara, desde luego. Esa sordidez total, esa fealdad moral enfurece a Beezer. Impulsado por el odio, se separa lentamente de Dale y los otros policías y se dirige hacia Wendell Green, clavando la mirada en los ojos del reportero.

Advierte que Wendell está pensando en huir, y que luego desecha la idea, sobre todo porque sabe que no tiene oportunidad de conseguirlo.

Cuando Beezer está a diez pasos de él, Green dice:

—No quiero problemas, señor Saint Pierre. Solo estoy haciendo mi trabajo. Seguro que lo entiende.

—Entiendo muchas cosas —responde Beezer—. ¿Cuánto les has pagado a esos payasos?

—¿Quiénes? ¿Qué payasos? —Wendell finge ver por primera vez a Doodles y los demás—. Ah, ¿esos? ¿Son los que estaban armando tanto jaleo?

—Y ¿por qué iban a hacer una cosa así?

—Porque son unos animales, supongo.

La expresión de Wendell refleja un intenso deseo de alinearse con Beezer en el bando de los seres humanos, oponiéndose a animales como Runkleman y Saknessum.

Procurando fijar la mirada en los ojos de Green y no en la cámara, Beezer se acerca y le dice:

—Wendy, estas hecho una buena pieza, ¿lo sabías?

Wendell levanta las manos para frenar a Beezer.

—Eh —dice—, *quizá* hayamos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero…

Sin dejar de mirarle a los ojos, Beezer envuelve la cámara con la mano derecha y coloca la izquierda en el pecho de Wendell Green. Tironea con la mano derecha para atrás y le da un fuerte empujón a Green con la izquierda. Una de dos cosas va a romperse, el cuello de Green o la correa de la cámara, y no le importa demasiado cuál de las dos.

Tras un sonido parecido al restallar de un látigo, el fotógrafo se tambalea hacia atrás, casi sin poder tenerse en pie. Beezer saca la cámara de la funda, de la que cuelgan los dos extremos de la tira de cuero rota. Tira la funda al suelo y le

da vueltas a la cámara en sus grandes manos.

—¡Eh, no hagas eso! —exclama Wendell, alzando ligeramente la voz pero sin llegar a gritar.

—¿Qué es, una vieja F2A?

—Si sabes eso es que sabes que es un clásico. Devuélvemela.

—No voy a estropearla, solo voy a limpiarla.

Beezer abre la parte trasera de la cámara, mete un grueso dedo bajo la parte de la película que está expuesta y arranca todo el carrete. Dirige una sonrisa al periodista y tira el carrete a la hierba.

—¿Ves qué bien queda sin toda la mierda que tenía dentro? Es una buena máquina, no deberías llenarla de basura.

Wendell no se atreve a mostrar su ira. Frotándose la nuca dolorida, gruñe:

—Eso que llamas basura es mi sustento, so bruto, so imbécil. Ahora devuélveme la cámara.

Beezer le tiende la cámara con indiferencia.

—No he entendido muy bien todo eso. ¿Qué has dicho?

Con una mirada de desprecio como única respuesta, Wendell arranca la cámara de manos de Beezer.

Cuando finalmente los dos polis del estado intervienen, Jack experimenta una mezcla de decepción y alivio. Lo que van a hacer es obvio, de modo que dejemos que lo hagan. Perry Brown y Jeff Black le arrebatarán el caso del Pescador a Dale y llevarán a cabo su propia investigación. A partir de ahora, Dale tendrá suerte si consigue algunas migajas de la mesa del estado. Lo que peor le sabe a Jack es que Brown y Black deberían haber participado en ese espectáculo de locos, en ese circo. Han estado esperando el momento desde el principio (en cierto sentido han esperado a que el tipo de la poli local demostrara su incompetencia), pero lo que está ocurriendo ahora es una humillación pública para Dale, y Jack desearía que no estuviera sucediendo. No podía imaginarse que le alegraría la llegada de una banda de motoristas a la escena del crimen, pero hasta ese punto están mal las cosas. Beezer Saint Pierre y sus colegas han sabido mantener alejados a los curiosos con más eficacia que los agentes de Dale, pero la cuestión es: ¿cómo se ha enterado toda esa gente?

Sin embargo, dejando a un lado el daño infligido a la reputación y la autoestima de Dale, a Jack no le importa demasiado que el caso pase a otra jurisdicción y que Brown y Black tengan que recorrer todos los sótanos del condado de French; Jack tiene la sensación de que no llegarán más lejos de lo que el Pescador les permita. Para ir más lejos, piensa, deberían viajar en direcciones que Brown y Black nunca entenderían, visitar lugares que están seguros de que no existen. Ir más lejos significa hacer las paces con el *opopónaco*, y hombres como Brown y Black no se fían de nada que huela a *opopónaco*. Lo cual significa que, a pesar de todo lo que Jack se ha dicho a sí mismo desde el asesinato de Amy Saint Pierre, va a tener que atrapar al Pescador él solo. O quizá no completamente solo. Dale va a tener mucho más tiempo disponible, después de todo, y sea lo que sea lo que la policía estatal le haga, está demasiado metido en este caso como para salirse de él.

—Jefe Gilbertson —dice Perry Brown—, creo que ya hemos visto bastante. ¿Esto es lo que usted llama asegurar una zona?

Dale se olvida de Teddy Runkleman y se vuelve con frustración hacia los polis del estado, que están uno junto al otro como soldados de las tropas de asalto. Por la expresión de Dale, Jack se da cuenta de que el jefe sabe a la perfección lo que va a ocurrir, y solo espera que no sea brutal de tan humillante.

—He hecho cuanto he podido por asegurar esta zona —dice Dale—. Después de la llamada al 911, he hablado con mis hombres y les he ordenado que salieran en parejas en intervalos razonables de tiempo, para evitar despertar la curiosidad.

—Jefe, pues debe de haber utilizado la radio —comenta Jeff Black—. Porque lo que es seguro es que *alguien* estaba sintonizado.

—No la he utilizado —responde Dale—, y mis hombres están lo bastante al corriente para no difundir la noticia; pero ¿sabe una cosa, agente Black? Si el Pescador nos ha llamado al 911, quizá haya hecho también un par de llamadas anónimas a los ciudadanos.

Teddy Runkleman ha escuchado esta discusión como un espectador en una final de tenis.

—Ocupémonos primero de lo primordial —dice Perry Brown—. ¿Qué pretende hacer con este hombre y sus amigos? ¿Va a acusarlos? Solo verle la cara me está poniendo nervioso.

Dale lo considera unos instantes y después responde:

—No voy a acusarlos de nada. Largo de aquí, Runkleman.

Teddy retrocede.

—Espera un momento —dice Dale—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Por el camino de atrás —responde Teddy—. Desemboca aquí directamente desde detrás de Goltz. Los Cinco del Trueno también han venido por ahí. Y también el periodista ese que se las da de importante, el señor Green.

—¿Wendell Green está aquí?

Teddy señala hacia un lado del edificio en ruinas. Dale mira por encima del hombro y Jack lo hace en la misma dirección para ver a Beezer Saint Pierre arrancar el carrete de la cámara mientras Wendell Green lo observa angustiado.

—Una pregunta más —dice Dale—. ¿Cómo habéis sabido que el cadáver de la niña Freneau estaba aquí?

—Había cinco o seis cadáveres en Bocados de Ed, o eso es lo que he oído. Mi hermano Erland me ha llamado para decírmelo. El se ha enterado por su novia.

—Venga, largo de aquí —concluye Dale, y Teddy Runkleman se va sin prisas, como si le hubieran puesto una medalla por buen ciudadano.

—Bueno —dice Perry Brown—. Jefe Gilbertson, ya ha llegado al final de su recorrido. A partir de ahora, esta investigación irá a cargo del teniente Black y yo mismo. Quiero una copia de la cinta de la llamada al 911 y copias de todas las notas y declaraciones que usted y sus agentes hayan tomado. Su función *es* la de estar completamente subordinado a la investigación de estado, y cooperar enteramente cuando se lo pidamos. *Nos pondrá* al día a criterio del teniente Black y de mí mismo.

»Si me lo permite, jefe, está obteniendo usted mucho más de lo que merece. Nunca había visto una escena del crimen tan desorganizada. Ha violado la seguridad de este lugar hasta un extremo *increíble.* ¿Cuántos de ustedes han entrado en… el edificio?

—Tres —contesta Dale—. Yo mismo, el agente Dulac y el teniente Sawyer.

—El teniente *Sawyer* —repite Brown—. Perdone, pero ¿se ha reincorporado el teniente *Sawyer* al Departamento de Policía de Los Ángeles? ¿Se ha convertido en miembro oficial de su departamento? De no ser así, ¿por qué le ha permitido el acceso a la estructura? De hecho, y para empezar, ¿qué hace aquí el

señor Sawyer?

—Ha resuelto más casos de homicidio de los que usted o yo resolveremos nunca, por muchos años que vivamos.

Brown mira a Jack con desprecio, y Jeff Black mira al frente. Detrás de los dos polis de estado, Arnold Hrabowski también le echa una ojeada a Jack Sawyer, aunque no del mismo modo que Perry Brown. La expresión de Arnold es la de un hombre que desea profundamente volverse invisible, y cuando se da cuenta que Jack le mira, desvía la vista con rapidez y se revuelve inquieto.

Oh, piensa Jack. *Claro, el Húngaro Loco, Loco, Loco, Loco, Loco, aquí lo tenemos.*

Perry Brown le pregunta a Dale qué están haciendo el señor Saint Pierre y sus amigos en la escena, y Dale responde que están ayudando a controlar a la multitud. ¿Le ha dicho Dale al señor Saint Pierre que a cambio de sus servicios le mantendría puntualmente informado sobre la investigación? Sí, algo así le ha dicho.

Jack retrocede y empieza a moverse hacia un lado, describiendo una suave curva que le llevará hasta Arnold Hrabowski.

—Increíble —comenta Brown—. Dígame, jefe, ¿ha decidido usted retrasarse un poco antes de ponernos al tanto de las noticias al teniente Black y a mí?

—He hecho lo que debía hacerse según el procedimiento habitual —contesta Dale.

En respuesta a la siguiente pregunta dice que sí, que ha llamado al equipo forense y al furgón de pruebas, a los que por cierto está viendo llegar por el camino justo en ese momento.

Los esfuerzos del Húngaro Loco por esgrimir cierto autocontrol solo sirven para que parezca que tiene ganas urgentes de orinar. Cuando Jack le pone una mano en el hombro, se queda tieso como el indio de cartón que anuncia puros en los estancos.

—Cálmate, Arnold —le tranquiliza Jack, y, levantando la voz, agrega—: Teniente Black, si va a hacerse cargo de este caso, hay cierta información que debería usted tener.

Brown y Black se vuelven para mirarle.

—El hombre que hizo la llamada al 911 —prosigue— utilizó el teléfono público del 7-Eleven que está en la Nacional 35, en French Landing. Dale ha

hecho precintar el teléfono, y el propietario sabe que debe evitar que alguien lo toque. Podrían conseguir huellas útiles de ese teléfono.

Black garabatea algo en la libreta, y Brown dice:

—Caballeros, creo que su función acaba aquí. Jefe, haga que sus hombres dispersen a esos personajes del final del camino. Cuando el equipo forense y yo salgamos del edificio, no quiero ver a una sola persona ahí abajo, ni siquiera a usted y sus agentes. Recibirá una llamada esta semana, si dispongo de más información.

Sin una palabra, Dale se vuelve para señalarle a Bobby Dulac el extremo del camino. La multitud ha disminuido y solo quedan algunos testarudos apoyados en sus coches. Brown y Black le dan la mano al forense y consultan con los especialistas del furgón de pruebas.

—Bueno, Arnold —dice Jack—, te gusta ser poli, ¿no?

—¿A mí? Me encanta ser poli. —Por mucho que lo intenta, Arnold no consigue sostener la mirada de Jack—. Y podría ser un buen poli, sé que podría, pero el jefe no tiene suficiente fe en mí. —Hunde las manos temblorosas en los bolsillos de los pantalones.

Jack siente a la vez compasión hacia ese patético quiero-y-no-puedo y el impulso de enviarle de una patada al otro extremo del camino. ¿Un buen poli? Arnold no podría ser ni un buen monitor de excursionistas. Gracias a él, Dale Gilbertson ha recibido un rapapolvo en público que probablemente ha hecho que se sintiera como si le hubiesen puesto en el cepo.

—Pero no has cumplido las órdenes, ¿verdad?

Arnold se tambalea como si le hubiera alcanzado un rayo.

—¿Qué? Yo no he hecho nada.

—Se lo has dicho a alguien. A lo mejor se lo has dicho a un par de personas.

—¡No! —Arnold niega con fuerza con la cabeza—. Tan solo he llamado a mi mujer, eso es todo. —Mira a Jack como implorándole—. El Pescador ha hablado *conmigo*, me ha dicho a *mí* dónde había dejado el cuerpo de la niña, y yo quería que Paula lo supiera. De verdad, Holly… teniente Sawyer, no se me ha ocurrido que ella llamaría a nadie. Yo solo quería *decírselo* a ella.

—Mal hecho, Arnold —le reprende Jack—. Vas a decirle al jefe lo que has hecho, y lo vas a hacer ahora mismo. Porque Dale se merece saber qué es lo que ha ido mal, y no debería culparse a sí mismo. A ti te gusta Dale, ¿verdad?

—¿El jefe? —la voz de Arnold tiembla de respeto por su jefe—. Claro que me gusta. Es, es… es genial. Pero no va a echarme, ¿verdad?

—Eso depende de él, Arnold —responde Jack—. Si quieres saber mi opinión, te lo mereces, pero quizá tengas suerte.

El Húngaro Loco se dirige hacia Dale arrastrando los pies. Jack observa por un instante la conversación que mantienen, y entonces pasa junto a ellos hacia el costado del viejo bar, donde Beezer Saint Pierre y Wendell Green se enfrentan en un silencio desagradable.

—Hola, señor Saint Pierre —saluda—. Y hola a usted también, Wendell.

—Voy a presentar una queja —dice Green—. Estoy cubriendo la mayor historia de mi vida, y viene este y se carga todo el carrete. No se puede tratar a la prensa de esta forma. Tenemos *derecho* a fotografiar lo que nos pase por las narices.

—Supongo que vas a decir que también tenías derecho a fotografiar el cuerpo de mi hija muerta. —Beezer mira a Jack—. Este mierda ha pagado a Teddy y a los otros tarados para que se hicieran los locos y nadie se diera cuenta de que él se metía ahí dentro. Ha sacado fotos de la niña.

Wendell hunde un dedo en el pecho de Jack.

—No tiene ninguna prueba de ello; pero le diré una cosa, Sawyer: a usted sí que le he sacado fotos. Usted estaba escondiendo pruebas en la trasera de su camioneta, y le he pillado bien pillado. De modo que piénselo dos veces antes de meterse conmigo, porque puedo ventilarle los trapos sucios.

Una niebla roja y peligrosa invade la cabeza de Jack.

—¿Iba a vender las fotos del cadáver de esa niña?

—Eso a usted no le importa. —Una sonrisita fea ensancha la boca de Wendell Green—. Tampoco es usted lo que se dice un santo, ¿verdad? A lo mejor podemos hacernos algún favor el uno al otro, ¿eh?

La niebla roja se oscurece y llena los ojos de Jack.

—Conque podemos hacernos algún favor, ¿eh?

Junto a Jack, Beezer Saint Pierre abre y cierra sus grandes puños. Jack sabe que Beezer ha captado perfectamente su tono de voz, pero la visión de los billetes de dólar tiene tan obsesionado a Wendell Green que la amenaza de Jack se le antoja una pregunta directa.

—Usted me deja volver a cargar la cámara y sacar las fotos que necesito, y

yo me callo lo que sé sobre usted.

Beezer baja la cabeza y cierra los puños de nuevo.

—Le diré una cosa —añade Green—. Soy un tipo generoso… quizá incluso puedo ofrecerle, digamos, el diez por ciento de mis ganancias.

Jack preferiría partirle la nariz, pero se conforma con un buen puñetazo en el estómago. Green se aferra la tripa y se dobla en dos, para caer después al suelo. La cara se le ha vuelto de un rosa héctico, y hace esfuerzos por respirar. Sus ojos expresan asombro y desconfianza.

—¿Lo ve?, yo también soy un tipo generoso, Wendell. Seguramente acabo de ahorrarle miles de dólares en dentistas, además de una mandíbula rota.

—Y no olvides la cirugía plástica —interviene Beezer, golpeándose la palma de la mano con el puño. Parece como si alguien le acabara de robar su postre favorito de la mesa del comedor.

La cara de Wendell se ha vuelto de un tono rojizo de púrpura.

—Para su información, Wendell, no importa lo que diga haber visto, no estoy escondiendo pruebas. En todo caso las estoy *revelando*, aunque no espero precisamente que lo entienda.

Green consigue inhalar con dificultad unos dos centímetros cúbicos de aire.

—Cuando recupere el aliento —prosigue Jack—, lárguese de aquí. Arrástrese, si tiene que hacerlo. Vuelva al coche y lárguese. Y por el amor de Dios, hágalo deprisa, o nuestro amigo aquí presente podría dejarle en una silla de ruedas para el resto de sus días.

Beezer se inclina y murmura:

—¿Te gustaría estar muerto de cuello para abajo?

Wendell Green se pone de rodillas con esfuerzo, inhala ruidosamente y consigue incorporarse a medias. Blande una mano abierta ante ellos, pero su significado es confuso. Podría estar diciéndoles a Beezer y Jack que se mantengan alejados de el, o que no les molestará más, o ambas cosas a la vez. Con el cuerpo doblado por la cintura y las manos oprimiéndole el estómago, se aleja a trompicones rodeando el edificio.

—Supongo que tengo que agradecérselo —dice Beezer—. Me ha permitido mantener la promesa que le hice a mi vieja; pero he de admitir que Wendell Green es uno de esos tíos a los que realmente me gustaría *deconstruir.*

—Vaya —dice Jack—, no estaba seguro de poder intervenir antes de que lo

hiciera usted.

—Es verdad, me estaba costando mucho aguantarme.

Ambos hombres sonríen.

—Beezer Saint Pierre —se presenta Beezer tendiendo la mano.

—Jack Sawyer. —Jack tiende la suya y experimenta tan solo un segundo de dolor.

—¿Va a dejar que esos tipos del estado lo hagan todo, o va a continuar por su cuenta?

—¿A usted qué le parece? —contesta Jack.

—Si necesita ayuda, o refuerzos, no tiene más que pedirlo. Porque quiero atrapar a ese hijo de puta, y me imagino que usted tiene más posibilidades que nadie de encontrarlo.

De regreso hacia el valle de Norway, Henry dice:

—Oh, Wendell ha sacado fotos del cadáver, vaya si lo ha hecho. Cuando has salido del edificio y te has ido hacia la camioneta, he oído que alguien sacaba un par de fotos, pero pensaba que habría sido Dale. Luego he vuelto a oírlo, cuando tú y Dale estabais dentro con Bobby Dulac, ¡y me he dado cuenta de que alguien me sacaba una foto a *mí*! *Vaya, vaya*, me he dicho, *ese tiene que ser el señor Wendell Green*, y le he dicho que saliera de detrás de la pared. Entonces ha sido cuando ha aparecido toda esa gente, gritando y dando voces. Tan pronto como eso ocurría, he oído al señor Green corretear desde un lado, entrar en el edificio y disparar la cámara algunas veces. Luego ha salido con sigilo y se ha quedado a un lado del edificio, y entonces ha sido cuando tu amigo Beezer lo ha pillado y se ha hecho cargo de todo. Beezer es un tipo excepcional, ¿no?

—Henry, ¿y no pensabas *contarme* todo eso?

—Claro, pero no parabas de correr por ahí, y sabía que Wendell Green no iba a marcharse hasta que lo echaran. Nunca más leeré ni una sola línea suya. Nunca más.

—Lo mismo digo —afirma Jack.

—Pero no irás a rendirte con lo del Pescador, ¿verdad? A pesar de lo que ha dicho ese poli del estado tan pomposo.

—No puedo dejarlo ahora. Para serte sincero, creo que esos sueños que

mencioné ayer están conectados con este caso.

—Genial. Ahora volvamos a Beezer. ¿No ha dicho que quiere *deconstruir* a Wendell?

—Sí, eso creo.

—Tiene que ser un hombre fascinante. Sé por mi sobrino que los Cinco del Trueno pasan las tardes y noches de los sábados en el Sand Bar. La próxima semana puede que coja el viejo coche de Rhoda y me vaya hasta Centralia, me tome unas cervezas y tenga una buena charla con el señor Saint Pierre. Seguro que tiene un gusto interesante en lo que a la música respecta.

—¿Quieres conducir hasta Centralia? —Jack observa a Henry, cuya única concesión a lo absurdo de semejante sugerencia es una leve sonrisa.

—Los ciegos pueden conducir perfectamente —comenta Henry—. Es incluso probable que lo hagan mejor que la mayoría de la gente que puede ver. Ray Charles puede, en cualquier caso.

—Vamos, Henry. ¿Por qué piensas que Ray Charles conduce un coche?

—¿Por qué, me preguntas? Pues porque una noche en Seattle, eso fue hace… oh, cuarenta años, una vez en que tuve un concierto en Kiro, Ray me llevó a dar una vuelta. Suave como el trasero de lady Godiva. Ningún problema. Nos mantuvimos en las carreteras secundarias, desde luego, pero Ray llegó a cien por hora, estoy casi seguro.

—Suponiendo que eso ocurriera, ¿no estabas asustado?

—¿Asustado? Claro que no. Yo era su copiloto. Desde luego no creo que tuviera ningún problema en conducir yo hasta Centralia por un trecho tan aburrido de una carretera secundaria del país. La única razón por la que los ciegos no conducen es porque las otras personas no se lo permiten. Es una cuestión de poder. Quieren que estemos marginados. Beezer Saint Pierre lo entendería perfectamente.

—Y yo que pensaba que sería esta tarde cuando iría a visitar el manicomio —dice Jack.

14

En la cima de la empinada colina que se alza entre el valle de Norway y Arden, las zigzagueantes y cerradísimas curvas de la Nacional 93, ahora reducida a dos carriles, se enderezan para convertirse en la pronunciada rampa que desciende hasta la ciudad como una pista de esquí, y al este de la carretera la cumbre se extiende para formar una planicie cubierta de hierba. Dos mesas de picnic en las que se han ensañado los elementos esperan a aquellos que deciden detenerse unos minutos para contemplar la espectacular vista. Un mosaico de granjas se extiende a lo largo de veinticinco kilómetros de suave paisaje, no del todo llano, atravesado por arroyos y carreteras comarcales. Una sólida hilera de ondulantes colinas de un azul verdoso forma el horizonte. En el inmenso cielo, nubes blancas lavadas por el sol penden como colada recién tendida.

Fred Marshall conduce su Ford Explorer por el arcén de grava, se detiene y dice:

—Permítame enseñarle una cosa.

Al subir al Explorer frente a su casa, Jack llevaba consigo un ligero y gastado maletín de piel, que tiene ahora sobre las rodillas. Las iniciales del padre de Jack, P.S.S. por Philip Stevenson Sawyer, están grabadas en oro al lado del asa en la parte superior del maletín. Fred le ha echado un par de vistazos curiosos, pero no ha preguntado acerca de él y Jack no ha comentado nada. Ya habrá tiempo para jugar a las preguntas y las respuestas después de que hable con Judy Marshall, piensa Jack. Fred sale del coche, y Jack desliza el viejo maletín de su padre detrás de las piernas y lo apoya contra el asiento antes de seguir al otro hombre a través de la hierba inclinada por el viento. Cuando alcanzan la primera de las mesas de picnic, Fred señala el paisaje con un

ademán.

—No tenemos lo que se dice muchas atracciones turísticas por aquí, pero esta está bastante bien, ¿no cree?

—Es precioso —admite Jack—. En mi opinión, todo aquí lo es.

—Esta vista a Judy le gusta de verdad. Cada vez que vamos a Arden y hace buen día, ella tiene que detenerse aquí y salir del coche, relajarse y mirar alrededor un rato. Es como si hiciera acopio de las cosas importantes antes de volver a la rutina. A veces me impaciento y pienso: «Vamos, ya has visto esto cientos de veces, tengo que volver al trabajo», pero yo soy un hombre, ¿correcto? De modo que cada vez que acabamos aquí y nos sentamos unos minutos, comprendo que mi mujer sabe más que yo y que debería escuchar lo que dice.

Jack sonríe y se sienta en el banco esperando a que continúe. Desde que le ha recogido, Fred Marshall solo ha hablado para expresar dos o tres frases de gratitud, pero está claro que ha elegido ese lugar para quitarse un peso de encima.

—Esta mañana he ido al hospital, y Judy… bueno, está *diferente.* Al mirarla, al hablar con ella, uno diría que se encuentra en mejor forma que ayer. Incluso aunque todavía le preocupa muchísimo lo de Tyler, está *diferente.* ¿Cree que podría deberse a la medicación? Ni siquiera sé lo que le están dando.

—¿Se puede mantener una conversación normal con ella?

—De vez en cuando, sí. Por ejemplo, esta mañana me estaba hablando de una historia que apareció en el periódico de ayer acerca de una niña de La Riviere que casi quedó tercera en un concurso de ortografía de no ser por una palabra absurda que nadie conoce. *Popopónaco,* o algo así.

—Opopónaco —lo corrige Jack, y suena como si tuviera una espina de pescado atravesada en la garganta.

—¿Usted también leyó esa historia? Es interesante que los dos se hayan fijado en esa palabra. Ella le preguntó a las enfermeras por su significado y una de las dos la buscó en un par de diccionarios. No consiguió encontrarla.

Jack había encontrado la palabra en su diccionario Oxford; su sentido literal no era importante.

—Probablemente la definición de opopónaco sea una cosa así —dice Jack—: «1. una palabra que no se encuentra en el diccionario. 2. un misterio aterrador».

—Ajá. —Fred Marshall ha estado moviéndose nervioso, dando vueltas en el mirador, y ahora se ha parado al lado de Jack, que al alzar la mirada ve al otro hombre contemplar el vasto panorama—. Quizá sea eso lo que significa. —Mira fijamente el paisaje. Aún no esta preparado del todo pero está progresando—. Fue estupendo verla interesada en algo así, una simple reseña en el *Herald.*… —Se enjuga las lágrimas y da un paso hacia el horizonte. Cuando se vuelve mira directamente a Jack—. Esto… antes de que conozca a Judy quiero contarle algunas cosas sobre ella. El problema es que no sé cómo le va a sonar todo esto. Incluso para mí suena… no sé.

—Inténtelo —pide Jack.

—De acuerdo —dice Fred—. Entrelaza los dedos e inclina la cabeza. Entonces alza la mirada otra vez, y sus ojos se ven tan vulnerables como los de un bebé—. Uf… no sé cómo decirlo. De acuerdo, simplemente lo diré. Una parte de mi cerebro cree que Judy *sabe* algo. En cualquier caso, quiero pensar que es así. Por otro lado, no deseo engañarme creyendo que solo porque parezca estar mejor no pueda volver a enloquecer. Pero sí quiero creerlo. Dios santo, ojalá pudiera creerlo.

—Puede creer que sabe algo. —La sensación inquietante que ha despertado en él el *opopónaco* se desvanece antes de esa confirmación de su teoría.

—Algo que no está muy claro ni siquiera para ella —dice Fred—; pero ¿recuerda? Sabía que Ty ya no estaba incluso antes de que yo se lo dijera. —Le lanza una mirada angustiada a Jack y se aleja unos pasos. Entrechoca los puños y dirige la vista al suelo. Otro muro interior se derrumba ante la necesidad de explicar su dilema—. De acuerdo, mire. Esto es lo que tiene que entender acerca de Judy. Ella es una persona especial. Vale, un montón de tipos dirán que sus esposas son especiales, pero Judy es especial en un aspecto especial. Para empezar, posee una belleza increíble, pero no es eso de lo que estoy hablando. Y posee una valentía tremenda, pero tampoco es eso. Es como si estuviera conectada a algo que el resto de nosotros no puede tan siquiera empezar a entender. Pero ¿puede eso ser real? ¿Hasta qué punto es una locura? Quizá cuando te estás volviendo loco al principio te rebelas y te pones histérico, y luego cuando estás demasiado loco como para seguir luchando te tranquilizas y lo aceptas. Tengo que hablar con su médico, porque esto me está destrozando.

—¿Qué clase de cosas dice? ¿Explica por qué está tan calmada ahora?

Fred Marshall le dirige a Jack una mirada intensísima.

—Bien —responde—, por alguna razón Judy parece creer que Ty sigue con vida y que usted es la única persona capaz de encontrarlo.

—Muy bien —dice Jack, poco dispuesto a proseguir hasta con el tema que haya hablado con Judy—. ¿Ha mencionado Judy a alguien conocido, un primo, un antiguo novio, que ella crea que pueda habérselo llevado? —Su teoría parece menos convincente ahora de lo se lo parecía en la superracional y estrafalaria cocina de Henry Leyden. La respuesta de Fred Marshall la debilita aún más.

—No a menos que se llame Rey Colorado, Gorg o Abbalah. Lo único que le puedo decir es que Judy *cree* ver algo, y por absurdo que suene, le aseguro que confío de veras en que ese algo exista.

Una repentina visión del mundo en el que encontró la gorra de los Brewers de un muchacho atraviesa a Jack Sawyer como una lanza con punta de acero.

—Y ahí es donde está Tyler.

—Si una parte de mí no pensara que eso *puede* ser verdad, me volvería loco en este mismo instante —dice Fred—. A menos que ya haya perdido la chaveta.

—Vamos a hablar con su mujer —sugiere Jack.

Desde el exterior, el hospital Luterano del condado de French recuerda a un manicomio del norte de Inglaterra en el siglo xix: sucias paredes de ladrillo rojo con contrafuertes ennegrecidos y arcos ojivales, tejado muy inclinado rematado con pináculos decorativos, torretas que sobresalen, ventanas minúsculas y toda la gran fachada principal salpicada de antigua roña. Enclavado en el interior de unos densos jardines amurallados de robles en el límite oeste de Arden, el enorme edificio, de un gótico nada esplendoroso, parece punitivo y carente de misericordia. Jack casi espera oír la chirriante música de órgano de una película de Vincent Price.

Trasponen una angosta puerta de madera acabada en punta y entran en un tranquilizador y familiar vestíbulo. En el mostrador principal, un aburrido hombre de uniforme dirige a los visitantes hacia los ascensores; animales de peluche y ramilletes de flores llenan la ventana de la tienda de regalos. Pacientes en albornoz amarrados a sus percheros de medicinas intravenosas ocupan con sus familias las mesas distribuidas sin ton ni son, y otros pacientes se sientan en

las sillas alineadas contra la pared lateral; dos médicos vestidos de blanco cambian impresiones en una esquina. En lo alto, dos recargadas arañas emiten una luz débil que por un instante parece dorar las lujosas corolas de las azucenas dispuestas en grandes jarrones al lado de la tienda de regalos.

—Guau, sin duda es mejor por dentro que por fuera —comenta Jack.

—En su mayor parte, sí —responde Fred.

Se acercan al hombre del mostrador:

—Sala D —dice Fred.

Con un leve destello de interés, el hombre les da dos tarjetas rectangulares con el sello «visitante» y les indica con un ademán que pasen. El ascensor baja y se detiene con un chasquido para darles acceso a un recinto con paneles de madera del tamaño de un armario de la limpieza. Fred Marshall pulsa el botón del quinto piso y el ascensor se estremece y empieza a subir. La misma suave y dorada luz domina el interior ridículo de tan minúsculo. Diez años atrás, un ascensor sorprendentemente parecido a ese, aunque situado en un gran hotel de París, había mantenido cautivos a Jack y a una estudiante de historia del arte de la Universidad de California llamada Iliana Tedesco durante dos horas y media, en el transcurso de las cuales la señorita Tedesco anunció que su relación había llegado a su destino final, gracias, a pesar de que agradeció lo que había sido, por lo menos hasta ese momento, un gratificante viaje juntos. Después de pensarlo, Jack decide no inquietar a Fred Marshall con esta información.

Comportándose mejor que su primo francés, el ascensor tiembla hasta pararse y con una mínima muestra de resistencia desliza la puerta para abrirla y libera a Jack Sawyer y Fred Marshall en el quinto piso, donde la bonita luz parece un poco más oscura que en el ascensor y el vestíbulo.

—Por desgracia, está mucho más allá, en la otra punta —le dice Fred a Jack. A su izquierda un pasillo que no parece tener fin se abre como un ejercicio de perspectiva, y Fred indica el camino con el dedo.

Trasponen dos puertas dobles, pasan de largo el pasillo que conduce a la Sala B, dejan atrás dos amplias habitaciones en que se alinean cubículos separados por cortinas, giran otra vez hacia la izquierda ante la entrada cerrada de gerontología, continúan por un larguísimo corredor cubierto de tablones de anuncios, pasan la entrada a la Sala C, y entonces giran de repente a la derecha frente a los servicios de señoras y caballeros, dejan atrás el ambulatorio de

oftalmología y el anexo de archivos y al fin llegan al pasillo con un letrero que indica que aquello es la Sala D. Mientras avanzan parece que la luz oscurezca progresivamente, que las paredes se contraigan, que las ventanas se encojan. Las sombras acechan en el pasillo hacia la Sala D y un pequeño charco de agua brilla en el suelo.

—Ahora estamos en la parte más antigua del edificio —indica Fred.

—Debe de estar deseando sacar a Judy de aquí lo antes posible.

—Bueno, claro, tan pronto como Pat Skarda piense que está preparada; pero se sorprenderá: es como si a Judy le gustara estar aquí. Creo que la está ayudando. Me ha dicho que se siente del todo segura y que, de los que pueden hablar, algunos son muy interesantes. Dice que es como estar en un crucero.

Jack se ríe entre sorprendido e incrédulo y Fred Marshall le toca en el hombro y dice:

—¿Significa eso que está mucho mejor o mucho peor?

Al final del pasillo, aparecen directamente en una habitación de un tamaño considerable que parece haber permanecido inalterada cien años. Paneles de madera de un marrón oscuro se elevan algo más de un metro desde el suelo de madera marrón oscuro. En lo alto de la pared gris a su derecha, dos altas y estrechas ventanas enmarcadas como cuadros filtran una luz gris. Un hombre sentado junto a un pulido mostrador de madera presiona un botón que desbloquea una puerta doble de metal con el letrero Sala D y una pequeña ventana de cristal reforzado.

—Puede pasar, señor Marshall, pero ¿quién es ese?

—Su nombre es Jack Sawyer. Viene conmigo.

—¿Es un pariente o un profesional de la medicina?

—No, pero mi mujer quiere verle.

—Espere aquí un momento. —El encargado desaparece por la puerta metálica que al cerrar detrás de sí produce un sonido carcelario. Un minuto más tarde el encargado reaparece con una enfermera cuya cara severa y llena de arrugas, los brazos y manos grandes y las gruesas piernas la hacen parecer un travestí. Se presenta como Jane Bond, la enfermera jefa de la Sala D, un nombre y un apellido que sugieren una comparación irresistible. La enfermera somete a Fred y a Jack, y luego solo a Jack, a un alud de preguntas antes de desaparecer de nuevo por la gran puerta.

—Bond, Jane Bond —ironiza Jack, incapaz de evitarlo.

—La llamamos enfermera 007 —dice el encargado—. Es estricta, pero injusta. —Tose y se queda mirando hacia las altas ventanas—. Tenemos a un camillero que la llama 000.

Unos minutos más tarde, la enfermera jefe Bond, Jane Bond, agente 000, abre la puerta metálica y anuncia:

—Pueden entrar, pero presten atención a mis palabras.

Al principio, la sala semeja el enorme hangar de un aeropuerto dividido en una sección con una hilera de bancos acolchados, una sección con mesas redondas y sillas de plástico y una tercera sección en la que dos largas mesas están cubiertas de papel para dibujar, cajas de lápices de colores y acuarelas. En el amplísimo espacio, todos esos muebles parecen pertenecer a una casa de muñecas. Aquí y allá en el suelo de cemento pintado de un suave y anónimo tono de gris hay unas esterillas acolchadas; a unos siete metros del suelo, unas pequeñas ventanas con barrotes salpican la pared del fondo, de ladrillo rojo, a la que hace ya tiempo que no se le dan unas manos de pintura. A la izquierda de la puerta, en un recinto de cristal, una enfermera levanta la vista de un libro que está sobre un mostrador. Más lejos a la derecha, pasadas las mesas con los útiles de dibujo, tres puertas metálicas cerradas dan a sus propios mundos. La sensación de estar en un hangar cede progresivamente a la sensación de un benigno pero inflexible encarcelamiento.

Un suave rumor de voces procede de los veinte a treinta hombres y mujeres que están esparcidos por toda la enorme estancia. Solo unos pocos de esos hombres y mujeres hablan con compañeros visibles. Caminan en círculos, permanecen inmóviles en un sitio, yacen enroscados como niños en las esterillas; cuentan con los dedos y garabatean en los cuadernos; tiemblan, bostezan, lloran, miran fijamente al vacío o a sí mismos. Algunos visten trajes verdes de hospital, otros ropa de calle de todas clases: camisetas y shorts, sudaderas, chándales, camisas y vaqueros, jerséis y pantalones. Nadie lleva cinturón y ninguno de los zapatos tiene cordones. Dos hombres musculosos con el pelo al rape y en camisetas de un blanco brillante se sientan en torno a una de las mesas redondas con aire de pacientes perros guardianes. Jack intenta localizar a Judy Marshall pero no consigue averiguar quién es.

—Le estoy hablando, señor Sawyer.

—Lo siento —dice Jack—, no me esperaba que esto fuera tan grande.

—Más nos vale que sea grande, señor Sawyer. Servimos a una población en expansión. —Espera un reconocimiento del significado de sus palabras, y Jack asiente con la cabeza—. Muy bien, voy a darle algunas reglas básicas. Si escucha lo que digo, su visita aquí será lo más agradable posible para todos. No fije la mirada en los pacientes, y no se alarme por lo que digan. No actúe como si pensara que encuentra inusual o angustioso algo de lo que hacen o dicen. Sea educado y al cabo de un rato le dejarán tranquilo. Si le piden algo, haga lo que le parezca, dentro de lo razonable. Pero por favor, absténgase de ofrecerles dinero, objetos afilados o comida que antes no haya recibido el visto bueno de uno de los médicos; algunos medicamentos son incompatibles con ciertas clases de alimentos. En algún momento, es probable que una anciana llamada Estelle Packard se dirija a usted y le pregunte si es su padre. Contéstele lo que quiera, pero si dice que no ella se marchará decepcionada, y si contesta que sí, le habrá alegrado el día. ¿Tiene alguna pregunta, señor Sawyer?

—¿Dónde está Judy Marshall?

—En este lado, dándonos la espalda en el banco que está más lejos. ¿La ve, señor Marshall?

—La he visto solo entrar —contesta Fred—. ¿Ha habido cambios desde esta mañana?

—Que yo sepa no. El médico que la ingresó, el doctor Spiegleman, estará aquí en una media hora; puede que él tenga más información para usted. ¿Quiere que les acompañe a usted y al señor Sawyer hasta donde está su mujer o prefiere ir por sí mismo?

—Estaremos bien —dice Fred Marshall—. ¿Cuánto rato podemos quedarnos?

—Les doy quince minutos, veinte como máximo. Judy todavía está en el período de evaluación y quiero mantener su nivel de estrés al mínimo. Ahora parece tranquila, pero no está muy lúcida y, para serle sincera, delira bastante. No me sorprendería otro episodio de histeria y no queremos prolongar su período de evaluación al introducir en estos momentos nuevos medicamentos, ¿verdad? De modo que, por favor, procure que su conversación no la estrese, que sea clara y positiva.

—¿Cree que delira?

—Con toda probabilidad, señor Marshall, su esposa lleva años delirando —responde la enfermera Bond con una sonrisa de desdén—. Sí, se las ha arreglado para mantenerlo a escondidas, pero ideas como las que ella tiene no aparecen de la noche a la mañana, no. Esas cosas tardan años en formarse y durante todo ese tiempo el individuo puede aparentar ser una persona perfectamente normal. Entonces de repente algo desencadena el brote psicótico. En este caso, por supuesto, fue la desaparición de su hijo. Por cierto, quería decirle lo mucho que lo siento. Qué terrible que a uno le pase algo así.

—Sí, lo ha sido —reconoce Fred Marshall—, pero Judy empezó a comportarse de forma extraña incluso antes de…

—Es lo mismo, me temo. Ella necesitaba que la consolaran, y sus delirios, su mundo de ilusión, pasó a un primer plano porque ese mundo le proporcionaba exactamente el consuelo que necesitaba. Debe de haber oído algo de eso esta mañana, señor Marshall. ¿Ha mencionado algo su esposa acerca de ir a otros mundos?

—¿Ir a otros mundos? —pregunta Jack alarmado.

—Un concepto bastante típico de la esquizofrenia —explica la enfermera Bond—. Más de la mitad de la gente de esta sala tiene fantasías similares.

—¿Cree que mi mujer es esquizofrénica?

La enfermera Bond mira más allá de Fred para hacer un inventario global de los pacientes de sus dominios.

—No soy psiquiatra, señor Marshall, pero tengo una experiencia de veinte años en la lucha contra las enfermedades mentales. Basándome en esa experiencia, debo decirle que en mi opinión su esposa manifiesta clásicos síntomas de esquizofrenia paranoide. Desearía tener mejores noticias para usted. —Vuelve la mirada hacia Fred Marshall—. Por supuesto el doctor Spiegleman hará el diagnóstico definitivo y será capaz de responder a todas sus preguntas, explicarle las opciones de tratamiento y demás.

La sonrisa que le ofrece a Jack parece congelarse en el momento en que aparece.

—Yo siempre les digo a mis nuevos visitantes que es más duro para la familia que para el paciente —prosigue—. Algunas de estas personas no tienen ni una sola preocupación en el mundo. En realidad, casi hay que envidiarles.

—Seguro —ironiza Jack—. ¿Quién no lo haría?

—Adelante entonces —concluye ella sin disimular cierto malhumor—. Disfruten de su visita.

Mientras caminan despacio por el sucio entarimado hacia la siguiente fila de bancos unas cuantas cabezas se vuelven para mirarles; muchos ojos siguen su avance. Sus pálidas caras reflejan curiosidad, indiferencia, desconfianza, cierto placer y algo de enojo. A Jack le parece como si cada paciente de la sala estuviera avanzando hacia él.

Un hombre fofo y de mediana edad, vestido con albornoz, ha empezado a zigzaguear entre las mesas, como si temiera perder el autobús al trabajo. Al final del banco más próximo, una mujer delgada con una cascada de pelo blanco se levanta y mira a Jack con expresión de súplica. Las manos juntas y levantadas le tiemblan con violencia. Jack hace un esfuerzo por que sus miradas no se crucen. Cuando pasa por su lado, ella medio canturrea, medio susurra:

—Todos los patitos *se fueron a, nadar,* y el más pequeñito se quiso quedar…

—Verá… —explica Fred—. Judy me contó que su hijito se ahogó en la bañera.

Con el rabillo del ojo Jack ha estado viendo al hombre del pelo revuelto y el albornoz correr hacia ellos con la boca abierta. Cuando él y Fred llegan a la parte trasera del banco de Judy Marshall, el hombre levanta un dedo como si estuviera indicándole al autobús que le espera y sigue adelante. Jack le observa acercarse; a la porra con el consejo de la enfermera Bond. No va a permitir que ese lunático se le suba encima, de ninguna manera. El dedo levantado llega hasta un palmo de la nariz de Jack y los ojos opacos del hombre le recorren la cara. Los ojos se apartan, la boca se cierra de golpe. En solo un instante el hombre se vuelve y se aleja como una flecha, con la bata volando y el dedo buscando aún su objetivo.

¿Qué ha pasado?, se pregunta Jack. *¿Era el autobús equivocado?*

Judy Marshall no se ha movido. Debe de haber oído al hombre corretear junto a ella, su respiración jadeante al detenerse y luego su agitada partida, pero Judy aún tiene la espalda bien erguida en la amplia bata verde, su cabeza aún está vuelta hacia delante y en el mismo ángulo. Parece indiferente a cuanto sucede alrededor de ella. Si llevara el pelo limpio, cepillado y marcado, si fuera vestida de manera convencional y tuviera una maleta a su lado, parecería una mujer sentada en un banco de una estación de tren esperando la hora de salida.

Así pues, incluso antes de que Jack le vea la cara a Judy Marshall, antes de que ella pronuncie una palabra, se percibe en torno a ella cierta sensación como de despedida, de trayectos que se emprenden y vuelven a emprenderse… una sensación de viaje, una insinuación de la posible existencia de otro lugar.

—Le diré que estamos aquí —susurra Fred, y se agacha en torno al extremo del banco para arrodillarse ante su mujer, que echa la cabeza hacia atrás como para responder a la confusa combinación de sufrimiento, amor y ansiedad que arde en la apuesta cara de su marido. El cabello rubio oscuro mezclado con dorado se extiende, lacio, sobre la curva aniñada del cráneo de Judy Marshall. Detrás de la oreja docenas de cabellos forman un nudo enmarañado.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —pregunta Fred con suavidad a su mujer.

—Estoy consiguiendo pasarlo bien —responde ella—. ¿Sabes, cariño?, debería quedarme aquí un poco más. La enfermera jefe cree que estoy completamente loca. ¿No te parece conveniente?

—Jack Sawyer está aquí. ¿Te gustaría verle?

Ella tiende la mano y le da una palmada en la rodilla alzada.

—Dile al señor Sawyer que se ponga delante de mí y tú siéntate aquí, a mi lado, Fred.

Jack ya está avanzando, la mirada fija en la cabeza otra vez erguida de Judy Marshall, que no se vuelve. Arrodillado, Fred ha tomado la mano extendida entre las suyas como si pretendiera besarla. Parece un caballero locamente enamorado ante una reina. Cuando se lleva la mano de Judy a la mejilla, Jack ve la gasa blanca que envuelve la punta de los dedos de ella. El pómulo de Judy está ahora a la vista, luego el costado de su severa y adusta boca; entonces es visible todo su perfil, tan afilado como una grieta en el hielo el primer día de primavera. Es el majestuoso e idealizado perfil en un camafeo, o en una moneda: la ligera curva ascendente de los labios, la nítida y cincelada pendiente de la nariz, la curva de la línea de la mandíbula, cada ángulo en perfecta,, tierna y extrañamente familiar alineación con el conjunto.

Esa inesperada belleza le deja estupefacto; por una fracción de segundo le hace detenerse en la profunda y a la vez borrosa nostalgia de su incompleta e imprecisa evocación de otro rostro. ¿Grace Kelly? ¿Catherine Deneuve? No,

ninguna de esas; se le ocurre que el perfil de Judy le recuerda a alguien a quien aún no ha conocido.

Entonces el extraño instante se acaba: Fred Marshall se pone en pie, Judy, cuya cara, de la que ahora ve tres cuartas partes, pierde su cualidad majestuosa, mira a su marido sentarse a su lado en el banco, y Jack decide que lo que acaba de ocurrirle es absurdo.

Judy no levanta la vista hasta que él se sitúa delante de ella. Su cabello está desordenado y carece de brillo, y bajo la bata del hospital lleva un viejo camisón adornado con lazos que no tenía gracia ni de nuevo. A pesar de esos inconvenientes, Judy Marshall le reclama para sí en el momento en que sus ojos se encuentran.

Una corriente eléctrica que empieza en su nervio óptico parece descender por todo el cuerpo de Jack, que no puede evitar llegar a la conclusión de que es la mujer más despampanante que ha visto nunca. Teme que la fuerza de su reacción hacia ella la deje pasmada o, lo que es peor, que advierta lo que está pasando y piense que es un idiota. Lo último que desea es convertirse en un idiota a sus ojos. Brooke Creer, Claire Evinrude, Iliana Tedesco, cada una de ellas era bellísima en su estilo, pero a su lado parecen niñas en vestidos de carnaval. Judy Marshall deja a sus antiguas novias para vestir santos; las expone como meros caprichos y antojos, empapadas de falso ego y cientos de agobiadoras inseguridades. La belleza de Judy no es un reflejo en un espejo, sino que brota, con una simplicidad pasmosa, desde lo más recóndito de su ser: lo que uno ve solo es la pequeña y visible porción de algo mucho mayor, más exhaustivo, radiante y poseedor de una gran calidad interior.

Jack apenas puede creer que el agradable y bonachón Fred Marshall haya tenido, en realidad, la fantástica suerte de casarse con esta mujer. ¿Sabe él lo fabulosa, lo literalmente *maravillosa* que es? Si estuviese soltera, Jack se casaría con ella de inmediato.

Le parece que se ha enamorado de ella tan pronto como ha visto la parte posterior de su cabeza.

Pero no puede estar enamorado. Es la mujer de Fred Marshall y la madre del hijo de este, y sencillamente tendrá que vivir sin ella.

Judy pronuncia una frase corta que lo atraviesa como una vibrante ola de sonido. Jack se inclina mascullando una disculpa y con una sonrisa ella hace un

amplio ademán invitándole a sentarse delante de sí. Él se instala en el suelo y cruza las piernas, aún estremecido por el impacto que le ha causado verla por primera vez.

El rostro de Judy se llena de unos sentimientos que lo tornan bellísimo. Ha visto con exactitud qué le acaba de pasar a Jack, y le parece bien. No le tiene en menor concepto por ese motivo. Jack abre la boca para preguntar algo. Ha de hacerlo aunque no sabe el qué. La naturaleza de la pregunta no es importante. La más absurda muestra de interés servirá; no puede quedarse ahí sentado mirando esa maravillosa cara.

Antes de que hable, una versión de la realidad irrumpe silenciosamente en otra y sin transición alguna Judy Marshall se convierte en una mujer en la treintena, de aspecto cansado, con el cabello enredado y sombras bajo los ojos que lo contempla fijamente, sentada en una sala de un psiquiátrico. Debería parecerle un restablecimiento de su cordura, pero en lugar de eso se le antoja una especie de trampa, como si la propia Judy Marshall lo hubiese urdido para que el encuentro le resultara más fácil.

Las palabras que se le escapan son tan banales como había temido que fueran. Jack se oye decirle que es un placer conocerla.

—Yo también estoy encantada de conocerle, señor Sawyer. He oído muchas cosas maravillosas de usted.

Él busca alguna muestra de reconocimiento de la enormidad del momento que acaba de pasar, pero solo ve su afectuosa sonrisa. Dadas las circunstancias le parece reconocimiento suficiente.

—¿Cómo lleva lo de estar aquí? —pregunta, y la balanza se mueve más en su dirección.

—Cuesta un poco acostumbrarse a la compañía, pero las personas de aquí se perdieron y no supieron encontrar el camino de vuelta, eso es todo. Algunas de ellas son muy inteligentes. He tenido conversaciones aquí que han sido mucho más interesantes que las de mi grupo de la iglesia o las de la asociación de madres y padres de la escuela. ¡A lo mejor debería haber venido antes a la sala D! Estar aquí me ha ayudado a aprender algunas cosas.

—¿Como qué?

—Como que hay muchas diferentes maneras de perderse, por ejemplo, y que perderse es más fácil de lo que nadie está dispuesto a admitir. La gente aquí no

puede ocultar cómo se siente, y la mayoría no ha descubierto el modo de enfrentarse a ese miedo.

—¿Cómo se supone que hay que enfrentarse a ello?

—Te enfrentas a ello asumiéndolo, ¡ese es el modo! Uno no dice, simplemente, estoy perdido y no sé cómo volver… sino que sigues en la misma dirección. Pones un pie delante del otro hasta que estás *más* perdido. Todo el mundo debería saber eso. En especial usted, Jack Sawyer.

—¿En especial…? —Antes de que consiga formular la pregunta una anciana con un rostro dulce surcado de arrugas aparece a su lado y le toca el hombro.

—Perdone. —Retrae la barbilla con la timidez de una niña—. Quiero preguntarle algo. ¿Es usted mi padre?

Jack sonríe.

—Déjeme primero hacerle una pregunta: ¿se llama usted Estelle Packard?

Con ojos brillantes, la mujer asiente con la cabeza.

—Entonces sí, yo soy su padre —añade él.

Estelle Packard se lleva las manos a la boca, hace una inclinación con la cabeza y arrastra los pies hacia atrás, resplandeciente de placer.

Cuando está a unos tres metros le hace a Jack un pequeño ademán de despedida y se da la vuelta. Cuando Jack vuelve a mirar a Judy Marshall es como si hubiese separado su velo de normalidad el espacio suficiente para revelar una pequeña porción de su enorme alma.

—Es usted muy buena persona, ¿no es verdad, Jack Sawyer? No lo habría sabido, así de entrada. Además, es usted un buen hombre. Por supuesto, también es encantador, pero encanto y decencia no siempre van unidos. ¿Debería decirle unas cuantas cosas más acerca de usted mismo?

Jack mira a Fred, quien sujeta la mano de su mujer y esboza una sonrisa radiante.

—Quiero que digas cuanto te apetezca.

—Hay cosas que no puedo decir, da igual si me apetece o no, aunque quizá las oiga de todos modos. Sí hay algo que puedo decir, sin embargo: que su atractivo no le ha vuelto vanidoso. No es usted superficial, y debe de guardar alguna relación con eso. Aunque, sobre todo, tiene usted la suerte de haber recibido una buena educación. Diría que su madre fue maravillosa. Estoy en lo cierto, ¿no es así?

Jack se ríe, emocionado por esta imprevista perspicacia.

—No sabía que se me notara.

—¿Sabe usted en qué se nota, por ejemplo? En el modo que tiene de tratar a los demás. Estoy segura de que usted procede de un entorno que la gente de aquí conoce solo por las películas, pero no se le ha subido a la cabeza. Nos considera personas, no paletos, y ese es el motivo por el cual sé que puedo confiar en usted. Es obvio que su madre hizo un gran trabajo. Yo también era una buena madre, o al menos intenté serlo, y sé qué estoy hablando. Puedo *ver.*

—Ha dicho que *era* una buena madre ¿por qué utiliza…?

—¿El tiempo pasado? Porque estaba hablando de antes.

Aunque sonríe, Fred apenas logra disimular su preocupación.

—¿Qué quieres decir con «antes»?

—Puede que el señor Sawyer lo sepa —dice ella, dirigiéndole lo que Jack interpreta como una mirada de ánimo.

—Lo siento, creo que no —contesta él.

—Me refiero a antes de que acabara aquí y por fin empezara a pensar un poco. Antes de que las cosas que me estaban ocurriendo dejaran de volverme loca de miedo… antes de que me diera cuenta de que podía mirar en mi interior y examinar esas sensaciones que he tenido una y otra vez durante toda mi vida. Antes de que tuviera tiempo para viajar. Creo que sigo siendo una buena madre, pero no soy exactamente la *misma* madre.

—Cielo, por favor —interviene Fred—. Eres la misma, solo que has tenido una especie de crisis nerviosa. Deberíamos hablar acerca de Tyler.

—Estamos hablando acerca de Tyler. Señor Sawyer, ¿conoce usted ese mirador que hay en la Nacional 93, justo cuando llega a la cima de la gran colina que está más o menos a un kilómetro y medio al sur de Arden?

—Lo he visto hoy —contesta Jack—. Fred me lo ha enseñado.

—¿Ha visto todas esas granjas que se extienden cada vez más? ¿Y las colinas que lo elevan a lo lejos?

—Sí, Fred me ha dicho que a usted le gusta mucho la vista desde allí.

—Siempre quiero parar y bajarme del coche. Adoro todo lo relacionado con esa vista. Se extiende durante kilómetros y kilómetros, y entonces, *zas,* se acaba, y no puedes ver más allá. Pero el cielo continúa, ¿no es cierto? El cielo prueba que hay un mundo al otro lado de esas colinas. Si uno viaja, puede llegar allí.

—Sí, puede hacerlo. —De repente Jack siente la carne de gallina en los antebrazos y nota un cosquilleo en la nuca.

—En cuanto a mí —prosigue ella—, solo puedo viajar con la imaginación, señor Sawyer, y si he recordado cómo hacerlo ha sido porque aterricé en el loquero. Pero se me ocurrió que se *puede* llegar allí… al otro lado de las colinas.

Jack tiene la boca seca. Advierte que la angustia de Fred Marshall va en aumento y que no puede hacer nada por aliviarla. Quiere formularle cien preguntas y empieza por la más sencilla:

—¿Cómo se dio cuenta? ¿Qué quiere decir con eso?

Judy Marshall libera la mano que sostenía su marido y la tiende hacia Jack, que la coge entre las suyas. Si alguna vez ha parecido una mujer corriente, no lo hace ahora. Irradia un resplandor como el de un faro, el de una fogata en un distante acantilado.

—Digamos que… muy entrada la noche, o si estaba sola durante mucho tiempo, alguien me susurraba cosas. No era exactamente así, pero digamos que sí parecía que una persona estuviera susurrándome desde el otro lado de un grueso muro. Era una chica como yo, una chica de mi edad. Y si entonces me dormía casi siempre soñaba con el lugar en el que vivía esa chica. Lo llamé la Lejanía, y era como este mundo, el de Coulee Country, solo que más luminoso y limpio, y más mágico. En la Lejanía la gente iba en carruajes y vivía en grandes carpas blancas. En la Lejanía había hombres capaces de volar.

—Tiene razón —admite Jack.

Fred mira a su mujer y después a Jack con dolorosa inseguridad.

—Parece una locura —añade Jack—, pero tiene razón.

—Para cuando empezaron a suceder esas cosas horribles en French Landing, ya casi me había olvidado de la Lejanía. No había pensado en eso desde que tenía trece o catorce años. Pero cuanto más cerca de nosotros pasaban esas cosas malas, cerca de Fred y de Ty y de mí, quiero decir; cuanto peores se hacían mis sueños, menos real me parecía mi vida. Escribía palabras sin saber que lo estaba haciendo, decía cosas raras, estaba desmoronándome. No entendía que la Lejanía intentaba decirme algo. La chica me susurraba otra vez desde el otro lado del muro, solo que ahora había crecido y estaba muerta de miedo.

—¿Qué le hizo pensar que yo podía ayudar?

—Fue solo una sensación que tuve, ya cuando usted arrestó a ese Kinderling

y su foto salió en el periódico. Lo primero que pensé cuando vi su foto fue: conoce la Lejanía. No me preocupó el cómo, o cómo podía saberlo yo al ver una fotografía; sencillamente comprendí que usted la conocía, y entonces, cuando Ty desapareció y yo perdí la razón y desperté en este lugar, pensé que si uno pudiese ver en el interior de la mente de algunas de estas personas, la sala D no sería tan diferente de la Lejanía y recordé haber visto su foto. Fue entonces cuando empecé a entender lo de viajar. Toda esta mañana he estado caminando por la Lejanía en mi cabeza. Viendo, tocando. Oliendo ese aire increíble. ¿Sabía usted, señor Sawyer, que allí hay liebres del tamaño de canguros? Solo verlas te hace reír.

Jack sonríe y se inclina para besarle la mano en un gesto muy parecido al de su marido.

Con delicadeza, ella retira la mano que le tiene cogida.

—Cuando Fred me dijo que le había conocido y que estaba ayudando a la policía supe que usted estaba aquí por algún motivo.

Lo que ha hecho esta mujer deja a Jack estupefacto. En el peor momento de su vida, con su hijo perdido y su salud mental desmoronándose, ha realizado un monumental esfuerzo de memoria para hacer acopio de todas sus fuerzas y, de hecho, conseguir un milagro. Ha encontrado dentro de sí misma la capacidad de *viajar.* Desde una sala cerrada, ha recorrido a medias el camino entre este mundo y otro que conocía solo por sus sueños de infancia. Nada excepto el inmenso coraje que su marido describiera podría haberla capacitado para emprender este misterioso paso.

—Usted *hizo* algo una vez, ¿no es cierto? —le pregunta Judy—. Estaba usted en la Lejanía e *hizo* algo… algo tremendo. No tiene que decir que sí, porque lo veo en usted, está tan claro como el día. Pero ha de decir que sí, para que yo pueda oírlo, así que dígalo, diga que sí.

—Sí.

—¿Que hizo el qué? —quiere saber Fred—. ¿En ese mundo de sueños? ¿Cómo puede usted decir que sí?

—Espere —le pide Jack—. Más tarde le enseñaré algo. —Vuelve a centrar la atención en la extraordinaria mujer que está sentada ante él. Judy Marshall rebosa perspicacia, coraje y confianza en sí misma, y aunque le esté prohibida, en este momento le parece la única mujer en este mundo o en cualquier otro a la

que podría amar el resto de su vida.

—Usted era como yo —dice Judy—. Olvidó todo lo relacionado con ese mundo, y salió y se hizo policía, un detective. De hecho se convirtió en uno de los mejores detectives que han existido nunca. ¿Sabe por qué lo hizo?

—Supongo que el trabajo me atraía.

—¿Qué es lo que le atrajo en particular?

—Ayudar a la comunidad. Proteger a gente inocente. Encerrar a los chicos malos. Era un trabajo interesante.

—Y pensó que nunca dejaría de ser interesante. Porque siempre habría un nuevo problema por resolver, una nueva pregunta que necesitaría respuesta.

Judy ha acertado en un blanco que, hasta el momento, él no sabía que existía.

—Exacto.

—Era usted un gran detective porque, aun cuando no lo supiera, había algo… algo vital, que necesitaba descubrir.

Soy un poli de Homicidios, recuerda Jack. Su propia vocecilla en la noche, hablándole desde el otro lado de un muro grueso, muy grueso.

—Sí —admite Jack. Las palabras de Judy han penetrado hasta lo más hondo de su ser, y le brotan lágrimas de los ojos—. Siempre quise encontrar lo que se había perdido. Toda mi vida se basaba en la búsqueda de una explicación secreta.

En un recuerdo tan intenso como una película ve un pabellón entoldado, una estancia blanca en la que yace moribunda una reina bella y consumida, y en medio de su séquito a una niña dos o tres años más pequeña que él mismo, que tiene doce.

—¿Lo llamó la Lejanía? —pregunta Judy.

—Yo lo llamaba los Territorios. —Al pronunciar esas palabras siente como si abriera un cofre lleno de tesoros que al fin puede compartir.

—Ese es un buen nombre. Fred no lo entenderá, pero esta mañana, mientras daba mi largo paseo, he sentido que mi hijo estaba en alguna parte de la Lejanía… de sus Territorios. En algún lugar apartado de la vista, y oculto. En grave peligro pero aún vivo e ileso. En una celda. Durmiendo en el suelo. Pero vivo. Ileso. ¿Cree que eso puede ser cierto, señor Sawyer?

—Espera un momento —interviene Fred—. Sé que lo sientes así y quiero creerlo, pero de lo que estamos hablando aquí es del mundo real.

—Creo que hay muchos mundos reales —dice Jack—. Y sí, creo que Tyler

está en algún lugar de la Lejanía.

—¿Puede usted rescatarlo, señor Sawyer? ¿Puede traerlo de vuelta?

—Usted misma lo ha dicho antes, señora Marshall; debo de estar aquí por algún motivo.

—Sawyer, confío en que lo que sea que va usted a enseñarme tenga más sentido que lo que dicen los dos —apunta Fred—. De todas formas aquí ya hemos acabado. Ahí llega la enfermera.

Al salir del aparcamiento del hospital, Fred Marshall le echa un vistazo al maletín que Jack lleva en el regazo, pero permanece en silencio hasta que vuelven a internarse en la 93, y entonces dice:

—Me alegro de que haya venido conmigo.

—Gracias —responde Jack—. Yo también.

—En esto me siento un tanto perdido, ¿sabe?, pero me gustaría conocer sus impresiones sobre lo que ha pasado. ¿Cree que ha ido más o menos bien?

—Creo que ha ido mejor que eso. Su esposa es… A duras penas sé cómo describirla. No tengo palabras para decirle lo estupenda que es en mi opinión.

Fred asiente y mira a Jack de reojo.

—Entonces supongo que no cree que esté fuera de sus cabales.

—Si lo suyo es locura, quisiera estar tan loco como ella.

La carretera asfaltada de dos carriles que se extiende delante de ellos asciende por la empinada colma y parece continuar hacia el inconmensurable azul del cielo.

Fred le dirige otra mirada de cautela.

—Y usted dice haber visto eso, ese *lugar* que ella llama la Lejanía.

—Sí, lo he visto. Por duro que resulte creerlo.

—¿No son gilipolleces ni mentiras? ¿Lo jura por la tumba de su madre?

—Por la tumba de mi madre.

—Ha estado allí. Y no solo en un sueño, ha estado allí de *verdad*.

—El verano en que tenía doce años.

—¿Yo también podría ir?

—Probablemente no —responde Jack—. No es verdad, ya que Fred podría ir a los Territorios si Jack le llevara, pero este quiere cerrar esa puerta con firmeza.

No le cuesta imaginarse llevando a Judy Marshall a ese otro mundo; pero Fred es otro asunto. Judy se ha ganado con creces un viaje a los Territorios, mientras que Fred todavía es incapaz de creer en su existencia. Judy se sentiría como en casa allí, en tanto que su marido sería como una ancla que Jack tendría que arrastrar, como pasó con Richard Sloat.

—No creía que pudiese —admite Fred—. Si no le importa me gustaría parar otra vez cuando lleguemos a la cima.

—Me encantaría —acepta Jack.

Fred conduce hasta la cima de la colina y cruza la estrecha carretera para aparcar en el arcén de grava. En vez de salir del coche señala hacia el maletín que reposa en las piernas de Jack.

—¿Lo que me va a enseñar está ahí dentro?

—Sí—contesta Jack—. Iba a enseñárselo antes, pero después de que nos detuviésemos aquí la primera vez he querido esperar hasta oír lo que Judy tuviera que decir. Me alegro de haberlo hecho. Quizá ahora que ha escuchado, por lo menos en parte, la explicación de cómo lo encontré, tenga más sentido para usted.

Jack abre el maletín, levanta la tapa y de su pálido interior forrado en piel saca la gorra de los Brewers que ha encontrado esa mañana.

—Échele un vistazo —dice, y le tiende la gorra a Fred.

—Oh, Dios mío. —Fred Marshall pronuncia las palabras atropelladamente —. ¿Es la… es de…? —Mira en el interior de la gorra y exhala profundamente al ver el nombre de su hijo. Su mirada se clava en la de Jack—. Es la de Tyler. Santo Dios, es la gorra de Tyler, oh, Dios santo. —Aferra la gorra contra su pecho y respira muy hondo dos veces, manteniendo aún la vista fija en Jack—. ¿Dónde la encontró? ¿Cuánto tiempo hace?

—La he encontrado esta mañana en la carretera —le explica Jack—. En el lugar al que su mujer llama la Lejanía.

Con un prolongado gemido, Fred Marshall abre la puerta y baja del coche. Para cuando Jack le alcanza está en el extremo más alejado del mirador, sosteniendo la gorra contra su pecho y mirando fijamente las colinas azul verdosas más allá del mosaico de granjas. Se vuelve para mirar a Jack.

—¿Cree usted que aún está vivo?

—Creo que está vivo.

—En ese mundo. —Fred señala las colinas. Le saltan lágrimas de los ojos, y la boca le tiembla—. En ese mundo que está allí en alguna parte, según Judy.

—En ese mundo.

—Entonces vaya allí y encuéntrelo —exclama Fred. Con el rostro reluciente de lágrimas, gesticula como un loco hacia el horizonte con la gorra de béisbol—. ¡Vaya allí y tráigalo de vuelta, maldita sea! Yo no puedo, así que habrá de hacerlo *usted.* —Se adelanta como si fuera a propinarle un puñetazo, pero lo que hace es rodear a Jack Sawyer con los brazos y deshacerse en sollozos.

Cuando los hombros de Fred dejan de temblar y su respiración se vuelve entrecortada, Jack le dice:

—Haré todo lo que pueda.

—Sé que lo hará. —Fred se aleja y se enjuga la cara—. Siento haberle gritado de esa manera. Sé que va a ayudarnos.

Los dos hombres se vuelven para regresar al coche. En la distancia, hacia el oeste, un flojo y lanudo borrón gris pálido alfombra la tierra junto al río.

—¿Qué es eso? ¿Lluvia?

—No, niebla —responde Fred—. Avanza desde el Misisipí.

TERCERA PARTE

La orilla plutoniana de la noche

15

Hacia el anochecer la temperatura ha descendido unos seis o siete grados al abrirse paso un frente frío no muy severo hacia nuestro pedazo de tierra de Coulee Country. No se desata tormenta alguna, pero a medida que el cielo se tiñe de violeta va llegando la niebla. Nace en el río y se eleva por la rampa inclinada que describe la calle Chase, para ocultar primero las alcantarillas, luego las aceras y finalmente emborronar los edificios. No consigue taparlos por completo como hacen en ocasiones las nieblas primaverales e invernales, pero el que los torne borrosos es, en cierta manera, peor, pues los despoja de sus colores y suaviza sus formas. La niebla hace que lo corriente se vuelva extraño. Y además está el olor, ese olor antiguo y como a gaviota que a uno se le mete profundamente por la nariz y penetra hasta la parte posterior del cerebro, esa que es perfectamente capaz de creer en monstruos cuando las líneas de visión se acortan y el corazón se agita.

En la calle Sumner, Debbi Anderson aún está despachando. A Arnold *el Húngaro loco* Hrabowski le han mandado a casa sin su placa (de hecho, le han suspendido de empleo y sueldo) y le da la sensación de que ha de plantearle a su esposa unas cuantas preguntas puntuales (la certeza de conocer de antemano las respuestas le hace sentir aún más abatido). Debbi está ahora de pie ante la ventana, con una taza de café en la mano y un leve mohín ceñudo en la cara.

—Esto no me gusta —le dice a Bobby Dulac, que escribe informes con silencioso desánimo—. Me recuerda a las películas de la Hammer que solía ver en la tele en mis primeros años de instituto.

—¿Películas de la Hammer? —inquiere Bobby alzando la mirada.

—Películas de terror —explica ella, contemplando la niebla que se va

espesando—. Muchas de ellas eran sobre Drácula. También las había sobre Jack el Destripador.

—No quiero ni oír hablar de Jack el Destripador —dice Bobby—. Perdóname, Debster. —Y continúa escribiendo.

En el aparcamiento del 7-Eleven, el señor Rajan Patel está de pie junto al teléfono (todavía sellado por una cruz de cinta amarilla policial, y cuándo estará de nuevo dispuesto para el uso el señor Patel no puede decírnoslo). Mira en dirección al centro de la ciudad, que ahora parece elevarse de un gigantesco cuenco de nata hacia el que descienden los edificios de la calle Chase. Los que se encuentran en el nivel más bajo de la calle ya solo son visibles desde la primera planta.

—Si ese tipo está ahí abajo —dice en voz baja el señor Patel, para sí—, esta noche podrá hacer lo que quiera. —Cruza los brazos sobre el pecho y se estremece.

Dale Gilbertson está en casa, por asombroso que parezca. Planea sentarse a cenar con su esposa y su hijo aunque se acabe el mundo porque lo haga. Sale de su estudio (donde ha pasado veinte minutos hablando con el oficial Jeff Black de las fuerzas especiales de Wisconsin, una conversación en la que ha tenido que poner en práctica toda su disciplina para no gritar), y ve a su esposa de pie ante la ventana y mirando hacia afuera. Su postura es casi exacta a la de Debbie Anderson, solo que ella tiene una copa de vino en la mano en lugar de una taza de café. El leve mohín ceñudo es idéntico.

—Niebla del río —comenta Sarah en tono sombrío—. Genial. Si está ahí fuera…

Dale la señala con el dedo.

—No lo digas. Ni siquiera lo pienses.

Sin embargo, sabe que ninguno de ellos puede evitar pensarlo. Las calles de French Landing —las *neblinosas* calles de French Landing— estarán ahora desiertas: no habrá nadie comprando en las tiendas, nadie paseando por las aceras, nadie en los parques. En especial no habrá niños. Los padres los retendrán en casa. Incluso en las Casas de los Clavos, donde los que crían bien a sus hijos son la excepción que confirma la regla, los padres no dejarán salir a los niños.

—No lo diré —concede Sarah—. Por lo menos puedo hacer eso.

—¿Qué hay de cenar?

—¿Qué tal estofado de pollo?

En circunstancias normales un plato caliente como ese en una noche de julio le parecería una opción espantosa, pero dadas las circunstancias, con la niebla cerniéndose, se le antoja ideal. Dale se sitúa detrás de ella, le da un leve pellizco y dice:

—Fantástico. Y sería mejor adelantarla.

Sarah se vuelve, decepcionada.

—¿Vas a regresar al trabajo?

—No debería tener que hacerlo, con Brown y Black llevando la batuta…

—Esos gilipollas… —suelta Sarah—. *Nunca* me han gustado.

Dale sonríe. Sabe que a la que antes fuera Sarah Asbury nunca le ha importado mucho la forma en que se gana la vida, y eso hace su lealtad mucho más conmovedora. Esta noche es vital para él, además. Ha sido el día más horroroso en su carrera como agente de la ley y el orden, y ha acabado con la suspensión temporal de Arnold Hrabowski. Dale sabe que Arnie cree que estará de vuelta en su puesto antes de que pase mucho tiempo. Y la jodida verdad es que es probable que Arnie tenga razón. Tal como están yendo las cosas, es posible que Dale necesite hasta a un ejemplo exquisito de ineptitud como el Húngaro Loco.

—De todas formas, no debería tener que volver, pero…

—Tienes una corazonada.

—Exacto.

—¿Buena o mala? —Ha llegado a respetar las intuiciones de su marido, y no es por el intenso deseo de Dale de ver a Jack Sawyer instalado lo bastante cerca como para marcar siete números en lugar de once. Esta noche a Sarah le parece —perdón por el juego de palabras— que se ha marcado un buen tanto.

—Ambas cosas —responde Dale, y entonces, sin explicarse o darle oportunidad a Sarah de preguntar más, añade—: ¿Dónde está Dave?

—Sentado a la mesa de la cocina con sus colores.

A los seis años, el pequeño David Gilbertson está disfrutando de una intensa aventura amorosa con los Crayolas, y ha acabado con dos cajas desde que terminó el curso. La mayor esperanza de Dale y Sarah, expresada incluso entre sí tan solo por las noches, tendidos el uno junto al otro antes de dormirse, es que

quizá estén criando a un verdadero artista. El próximo Norman Rockwell, dijo Sarah en cierta ocasión. Dale, que ayudó a Jack Sawyer a colgar sus extraños y maravillosos cuadros, tiene mayores esperanzas para el niño. De hecho, demasiado grandes para expresarlas en el lecho conyugal después de que se hayan apagado las luces.

Con su propia copa de vino en la mano, Dale se dirige sin prisa hacia la cocina.

—¿Qué estás dibujando, Dave? ¿Qué…?

Se detiene. Los colores han sido abandonados. El dibujo, unos trazos de lo que podría ser un platillo volante o quizá una simple mesa redonda de café, también ha sido abandonado.

La puerta trasera está abierta.

Al mirar por el hueco hacia la blancura que oculta el columpio y las barras de juegos de David, Dale experimenta una terrible oleada de miedo que le asciende hasta la garganta, ahogándole. De pronto vuelve a oler a Irma Freneau, ese espantoso aroma a carne cruda en descomposición. Cualquier sensación de que su familia vive en un círculo protegido, mágico —*a otros puede sucederles, pero nunca, jamás nos ocurrirá a nosotros*—, se ha desvanecido. Lo que la ha reemplazado es una certeza absoluta: la de que David ha desaparecido. El Pescador le ha tentado para salir de la casa y se ha esfumado con él como por arte de magia entre la niebla. Dale puede ver la amplia sonrisa en la cara del Pescador. Ve la mano cubierta con un guante amarillo con la que cubre la boca de su hijo pero no sus ojos desmesuradamente abiertos y aterrorizados.

Inmerso en la niebla y lejos del mundo conocido.

David.

Avanza para cruzar la cocina sobre unas piernas que se le antojan sin huesos además de sin nervios. Deja la copa de vino sobre la mesa sin percatarse de que el pie queda ladeado sobre uno de los lápices de colores y el contenido se derrama, para cubrir el dibujo a medio hacer de David de algo que recuerda horriblemente a la sangre. Dale sale de la casa; y aunque pretende gritar, su voz emerge en un débil suspiro casi sin fuerza.

—¿David?… ¿Dave?

Por un instante que parece durar mil años, no se oye nada. Luego capta el sonido suave y sordo de unos pies correteando sobre la hierba húmeda. Saliendo

de la espesa niebla se materializan unos vaqueros y una camiseta de rugby a rayas rojas. Un momento después ve el rostro sonriente y querido de su hijo y una mata de cabello rubio.

—¡Papá! ¡Papi! ¡Estaba columpiándome en la niebla! ¡Ha sido como estar en una nube!

Dale le coge en brazos. Experimenta el ciego impulso de abofetear al niño, de hacerle daño por haber asustado a su padre. El impulso pasa tan rápido como ha llegado. En lugar de ello le da un beso a David.

—Ya lo sé —dice—. Debe de haber sido divertido, pero ya es hora de entrar.

—¿Por qué, papi?

—Porque en ocasiones los niños pequeños se pierden en la niebla —responde contemplando la blancura en el patio. Ve la mesa, pero no es más que un fantasma; no habría sabido de qué se trataba de no haberla visto cientos de veces. Vuelve a besar a su hijo e insiste—: Hay ocasiones en que los niños pequeños se pierden.

Oh, podríamos pasar a ver a una serie de amigos, tanto viejos como nuevos. Jack y Fred Marshall han regresado de Arden (ninguno ha sugerido detenerse en Gertie's Kitchen en Centralia al pasar por delante) y están ahora en sus respectivas casas, desiertas aparte de ellos. El balance de su viaje de vuelta a French Landing es que Fred no ha soltado en ningún momento la gorra de béisbol de su hijo, e incluso en este momento tiene una mano puesta sobre ella mientras da cuenta de una cena calentada en el microondas en su sala de estar demasiado vacía y ve las noticias en el canal local.

Las noticias de esta noche tratan sobre todo de Irma Freneau, por supuesto. Fred coge el mando a distancia cuando la imagen cambia de un plano tembloroso de Bocados de Ed a un reportaje grabado en el aparcamiento de caravanas. El cámara ha enfocado una destartalada caravana en particular. Unas cuantas flores, valientes pero sentenciadas, crecen desordenadas en la tierra junto a la entrada, que consiste en tres tablones de madera sobre dos bloques de cemento. «Aquí, en las afueras de French Landing, vive recluida la desconsolada madre de Irma Freneau —dice la corresponsal en el lugar de los hechos—. Uno no puede sino imaginar lo que siente esta noche esta madre sin pareja.» La

reportera es más guapa que Wendell Green, pero exuda un aura muy similar de fastuosa y morbosa excitación.

Fred oprime el botón de desconexión en el mando a distancia:

—¿Por qué no podéis dejar en paz a esa pobre mujer? —gruñe, y baja la mirada hacia su tostada con rodajas de ternera ahumada, pero ya no tiene apetito.

Lentamente, levanta la gorra de Tyler y se la pone en su propia cabeza. No le cabe, y Fred considera por un instante aflojar la banda de plástico en la parte de atrás. Semejante idea le impresiona. Supongamos que eso es todo lo que hace falta para matar a su hijo. Esa simple y mortífera modificación. Esa idea se le antoja tanto ridícula como absolutamente indiscutible. Supone que si continúa así, pronto estará tan loco como su mujer… o Sawyer. Confiar en Sawyer es una locura comparable a pensar que pueda matar a su hijo con solo cambiar el tamaño de la gorra del niño… y sin embargo cree en ambas cosas. Coge el tenedor y empieza a comer de nuevo, con la gorra de los Brewers de Ty puesta en la cabeza como la boina de Spanky en uno de esos viejos episodios de un solo rollo de *La Pandilla.*

Beezer Saint Pierre está sentado en el sofá en ropa interior, con un libro abierto en el regazo (se trata, de hecho, de un libro de poemas de William Blake) pero sin leerlo. La Osa duerme en la otra habitación, y Beezer está luchando contra la tentación de dejarse caer por el Sand Bar y conseguirse algunas anfetas, su antiguo vicio, que ahora lleva cinco años seguidos sin tocar. Desde que Amy murió lucha cada día que pasa contra esa tentación, y últimamente solo sale vencedor recordándose que no será capaz de encontrar al Pescador, y castigarle como merece que le castiguen, si está hasta las cejas del polvo del diablo.

Henry Leyden está en su estudio con un enorme par de auriculares Akai en la cabeza, escuchando a Warren Vaché, John Bunch y Phil Flanigan desgranan su acaramelada versión de *Iremember april.* Percibe la niebla incluso a través de las paredes, y le huele como el aire en Bocados de Ed. A mala muerte, en otras palabras. Se está preguntando cómo le habrá ido a Jack en la vieja sala D del hospital Luterano. Y está pensando en su esposa, que últimamente (en especial desde el baile en el Centro Maxton, aunque no es consciente de ello) parece estar más cerca de él que nunca. E intranquila.

Sí, en efecto, tenemos a toda clase de amigos dispuestos para nuestra inspección, pero al menos uno de ellos parece haber desaparecido de la vista.

Charles Burnside no está en la sala comunal del Centro Maxton (donde en este momento están emitiendo un antiguo episodio de *Enredos de familia* en el viejo televisor en color adosado a la pared), ni en el comedor, donde puede tomarse un tentempié al atardecer, ni en su propia habitación, donde las sábanas están actualmente limpias (pero donde el aire todavía apesta vagamente a antigua mierda). Y ¿qué hay del baño? Pues no. Thorvald Thorvaldson se ha detenido en él para hacer pis y lavarse las manos, pero aparte de él está vacío. Un dato curioso: hay una zapatilla peluda caída de lado en uno de los cubículos. Con sus brillantes rayas negras y amarillas parece el cadáver de un gigantesco abejorro. Y sí, se trata del segundo compartimiento por la izquierda. El favorito de Burny.

¿Deberíamos ir en su busca? Quizá debamos hacerlo. Quizá lo de no saber dónde está exactamente ese granuja nos intranquilice. Deslicémonos entonces a través de la niebla, silenciosos como los sueños, en dirección a la parte baja de la calle Chase. Aquí se encuentra el hotel Nelson, cuya planta baja está ahora sumergida en la niebla del río, y la franja ocre que marca la crecida del agua de la antigua riada no es más que un susurro de color a la luz que se desvanece. A un lado se alza la zapatería Wisconsin, ya cerrada. Al otro, la taberna de Lucky, donde en ese momento una anciana patizamba (se llama Bertha Van Dusen, por si quieren saberlo) está inclinada con las manos apoyadas sobre las grandes rodillas, arrojando a la alcantarilla toda la cerveza Kingsland que contenía su vientre. Los ruidos que produce recuerdan los de un mal conductor haciendo rascar una transmisión anual. En el umbral del hotel Nelson está sentado un paciente y viejo perro callejero, que esperará a que Bertha haya vuelto a entrar en la taberna para acercarse con sigilo y comerse las minisalchichas de Frankfurt a medio digerir que flotan en la cerveza. Desde la taberna Lucky nos llega la voz cansina y vibrante del fallecido Dick Curless, el Tuerto de Ole Country, cantando sobre aquellos bosques de Hainesville en que hay una lápida a cada kilómetro.

El perro profiere un único y desinteresado gruñido cuando pasamos junto a él para deslizamos en el vestíbulo del hotel Nelson, donde una serie de cabezas apolilladas —un lobo, un oso, un alce y un viejísimo bisonte medio calvo con un solo ojo de cristal— contemplan los sofás vacíos, las sillas vacías, el ascensor que no funciona desde 1994 o así, y el desierto mostrador de recepción. (Morty Fine, el empleado, está en el despacho con los pies sobre un cajón vacío del archivador, leyendo *People y* hurgándose la nariz.) El vestíbulo del hotel Nelson

siempre huele a río —está en los mismos poros del lugar— pero esta tarde el olor es más intenso de lo habitual. Es un olor que nos hace pensar en malas ideas, inversiones despilfarradas, cheques falsos, salud en deterioro, material de oficina robado, pensiones alimenticias sin pagar, promesas vacías, tumores en la piel, ambición perdida, cajas de muestras abandonadas llenas de novedades baratas, esperanzas frustradas, piel muerta y pies planos. Este es de esa clase de sitios a los que uno no acude a menos que ya lo haya hecho antes y no le queden opciones. Es un lugar en el que hombres que abandonaron a sus familias dos décadas antes yacen ahora en camas estrechas con colchones manchados de pipí, tosiendo y fumando cigarrillos. El destartalado bar (en que el raído y viejo Hoover Dalrymple antaño se rodeara de admiradores y se dedicara a partir cabezas todas las noches de viernes y sábado) lleva cerrado, por el voto unánime del Consejo Municipal, desde primeros de junio, fecha en que Dale Gilbertson escandalizó a la elite política local al mostrarles un vídeo de tres bailarinas de *striptease* itinerantes, que se hacían llamar el Trío Universitario Anal, representando en sincronía un número con pepinos en el minúsculo escenario (cámara del departamento de policía de French Landing: agente Tom Lund, echémosle una mano), pero los residentes del Nelson solo tienen que desplazarse hasta el portal contiguo para tomarse una cerveza; resulta bien práctico. En el Nelson uno paga por semanas. Uno puede tener un hornillo en la habitación, pero solo con permiso y después de que el cable haya sido inspeccionado. Uno puede morir con una renta fija en él, y el último sonido que oiga bien puede ser el crujido de un somier sobre su cabeza cuando otro desvalido y viejo perdedor se haga una paja.

Elevémonos de la planta baja, más allá de la manguera contra incendios de lona gastada en su caja de cristal. Doblemos a la derecha en el rellano de la primera planta (más allá del teléfono público con su amarillento letrero de NO FUNCIONA) y continuemos ascendiendo. Cuando llegamos al segundo piso, al olor de la niebla del río se le une el de la sopa de pollo que se calienta en el hornillo de alguien (cuyo cable ha sido convenientemente inspeccionado bien por Morty Fine o por George Smith, el director diurno).

El olor procede de la habitación 307. Si nos deslizamos a través del ojo de la cerradura (nunca ha habido tarjetas codificadas de acceso en el hotel Nelson y nunca las habrá), nos hallaremos en presencia de Andrew Railsback, un hombre

septuagenario, casi calvo, esquelético y jovial. Antaño vendía aspiradoras Electrolux y aparatos eléctricos Silvana, pero esos días han quedado atrás. Estos de ahora son sus años dorados.

Un candidato para el Centro Maxton, podríamos pensar, pero Andy Railsback conoce ese lugar, y lugares corno ese. No son para él, gracias. Es bastante sociable, pero detesta que le digan cuándo debe irse a la cama, cuándo ha de levantarse y cuándo puede echarse un traguito de Early Times. Tiene amigos en el Centro Maxton, les visita con frecuencia y de vez en cuando se ha cruzado con la mirada chispeante, frívola y rapaz de nuestro colega Chipper. En más de una de esas ocasiones ha pensado que el señor Maxton parece de la clase de tipo que prepararía encantado un caldo con los cadáveres de sus internos si pensara que con eso podía sacarse un par de pavos.

No, para Andy Railsback la segunda planta del hotel Nelson es bastante buena. Tiene su hornillo; tiene su botella de licor de garrafa; tiene cuatro paquetes de naipes Bicycles y en las noches en que el hada de los sueños no consigue dormirle hace solitarios.

Esta noche ha preparado tres sopas Lipton individuales, pensando que va a invitar a Irving Throneberry a una taza y un poco de charla. Quizá después vayan al lado, a Lucky, a beberse una cerveza. Comprueba la sopa, ve que hierve como es debido, inhala el vapor fragante y asiente con la cabeza. También tiene picatostes salados, que le van muy bien a la sopa. Sale de su habitación para dirigirse al piso de arriba a llamar a la puerta de Irv, pero lo que ve en el pasillo le hace detenerse en seco.

Es un anciano con una informe bata azul que se aleja de él con una rapidez sospechosa. Bajo el dobladillo de la bata, las piernas del extraño están tan blancas como el vientre de una carpa y cubiertas de marañas de venas varicosas. En el pie izquierdo lleva una peluda zapatilla negra y amarilla. El pie derecho está descalzo. Aunque nuestro nuevo amigo no puede decirlo con segundad —no con el tipo dándole la espalda— a Andy no le parece que sea nadie conocido.

Además, va probando los picaportes de las puertas a medida que recorre el pasillo del segundo piso. Con cada uno de ellos hace un único y fuerte intento. Como un carcelero. O un ladrón. Un jodido ladrón.

Ajá. Aunque salta a la vista que el tipo es viejo (más viejo que Andy por lo que parece), y va vestido como para irse a la cama, la posibilidad del robo

resuena en la mente de Andy con absoluta certeza. Ni siquiera el pie desnudo, que pone en tela de juicio que el tipo venga de la calle, ejerce poder alguno sobre esa fuerte intuición.

Andy abre la boca para exclamar algo del estilo de «¿Puedo ayudarle?» o «¿Busca usted a alguien?», y luego cambia de opinión. Tiene un mal presentimiento sobre ese tipo. Guarda relación con la velocidad con que se escabulle probando picaportes, pero no es solo eso. Ni muchísimo menos. Es una sensación de oscuridad y peligro. La bata del viejo tiene bolsillos, y podría llevar un arma en uno de ellos. Los ladrones no *siempre* llevan armas, pero…

El anciano vuelve la esquina y desaparece. Andy se queda donde está, considerando qué hacer. Si tuviese teléfono en su habitación podría llamar abajo y avisar a Morty Fine, pero no lo tiene. Así pues, ¿qué debe hacer?

Tras un breve debate interior, recorre de puntillas el pasillo hasta la esquina y asoma la cabeza. Se trata de un callejón sin salida con tres puertas. La 312, la 313 y, al fondo de todo, la 314, la única habitación en el pequeño apéndice que actualmente se halla ocupada. El hombre de la 314 lleva ahí desde la primavera, pero su nombre es prácticamente lo único que Andy sabe de él: George Potter. Andy les ha preguntado tanto a Irv como a Hoover Dalrymple sobre Potter, pero Hoover no sabe una mierda sobre él e Irv ha averiguado poco más.

—Tienes que saber algo —objetó Andy (esta conversación tuvo lugar a finales de mayo o primeros de junio, más o menos en la época en que se cerró del bar Buckhead de la planta baja)—. Te he visto con él en la taberna de Lucky, tomando unas cervezas.

Irv había enarcado una poblada ceja con ese cinismo típico de él.

—Conque me has visto tomando unas cervezas en su compañía. ¿Qué eres tú? —había espetado—. ¿Mi jodida esposa?

—Solo estoy diciendo que, cuando uno se toma una cerveza con un hombre, mantiene una pequeña conversación…

—Normalmente, quizá. Con él no. Me senté, pedí una jarra, y en su mayor parte tuve el dudoso placer de escuchar mis propios pensamientos. Le pregunté: «¿Qué le parecen los Brewers este año?», y él respondió: «La joderán, igual que el año pasado. Por las noches pesco la emisora de los Cubs en mi transistor…».

—¿Fue eso lo que dijo? *¿Transistor?*

—Bueno, yo no lo digo así, ¿no? ¿Me has oído decir *transistor* alguna vez?

Yo digo radio, como cualquier persona normal. ¿Quieres oír lo que te cuento o no?

—No parece que haya gran cosa que oír.

—Pues has dado en el clavo, amigo. Me dijo: «Por las noches pesco la emisora de los Cubs en mi transistor, y con eso tengo bastante. Cuando era niño siempre iba al Wrigley con mi padre». Así que me enteré de que era de Chicago, pero aparte de eso una mierda.

Lo primero que se le había ocurrido a Andy al vislumbrar al jodido ladrón en el pasillo del segundo piso era que se trataba de Potter, pero Potter *el Reservado* es un tío alto, de metro ochenta y pico, y aún tiene una buena mata de cabello. El señor Una Sola Zapatilla era más bajo e iba encorvado como un sapo. (*Un sapo* venenoso, *por cierto,* es lo que a Andy se le ha pasado de inmediato por la cabeza.)

Está ahí dentro, se dice Andy. *El jodido ladrón está en la habitación de Potter, quizá hurgando en los cajones de Potter en busca de un pequeño fajo de billetes. Cincuenta o sesenta pavos enrollados en la punta de un calcetín, como solía hacer yo. O robando la radio de Potter. Su jodido transistor.*

Bueno, y ¿qué tenía eso que ver con él? Uno se cruzaba con Potter en el pasillo, le dirigía un civilizado buenos días o buenas tardes, y lo que recibía a cambio era un gruñido nada civilizado. Una mierda, en otras palabras. Cuando uno le veía en Lucky, estaba bebiendo solo, en la otra punta de la máquina de discos. Andy suponía que si uno se sentaba con él podría compartir una jarra —el pequeño *téte-a-téte* de Irv con el tipo había al menos demostrado eso— pero ¿de qué servía eso sin darle un poco a la mandíbula para acompañarlo? ¿Por qué iba él, Andrew Railsback, a arriesgarse a la cólera de un sapo venenoso en bata por el bien de un viejo gruñón incapaz de contestarle a uno sí, no o tal vez?

Bueno…

Pues porque ese es su hogar, por sórdido que sea; por eso.

Porque cuando uno veía a un jodido viejo chiflado con una zapatilla en busca de dinero suelto o un transistor fácil de mangar, no se daba simplemente la vuelta y se largaba de ahí. Porque la mala espina que le había dado el viejo elfo escurridizo (*las malas vibraciones,* habrían dicho sus nietos) probablemente no era más que un sinónimo de cagado de miedo. Porque…

De pronto Andy Railsback intuye que, aunque no ha dado en el blanco, al

menos se ha acercado mucho a la verdad. Supongamos que se trata, en efecto, de un tipo de la calle. Supongamos que es uno de los vejetes del Centro Maxton. No está tan lejos, y sabe a ciencia cierta que de vez en cuando algún vejestorio (o «vejestoria») abandona la reserva. En circunstancias normales les echan el guante antes de que lleguen muy lejos —digamos que es difícil pasar inadvertido cuando se va por la calle en bata y con una sola zapatilla— pero esta noche la niebla ha cubierto las calles, que están completamente desiertas.

Mírate, se reprocha Andy. *Muerto de miedo por culpa de un tipo que probablemente te lleve diez años y tenga el cerebro hecho papilla. Ha entrado aquí pasando por delante del mostrador desierto (no había una maldita posibilidad de que Fine estuviese en su puesto; estaría ahí atrás leyendo una revista o un libro porno) y ahora está buscando su habitación allá en Maxton, probando cada picaporte del condenado pasillo, sin más idea de dónde está que una ardilla en una rampa de autopista. Potter probablemente se está tomando una cerveza ahí al lado* (eso, al menos, resulta que es verdad) *y no le ha echado la llave a la puerta* (eso, podemos estar bien seguros, no lo es).

Y aunque aún está asustado, Andy gira en la esquina y camina despacio hacia la puerta abierta. El corazón le late con rapidez, porque la mitad de su mente aún está convencida de que el viejo puede ser peligroso. Después de todo, no puede olvidar el mal presentimiento que ha tenido con solo verle al extraño *la espalda…*

Pero continúa. Que Dios le ayude, continúa.

—¿Señor? —exclama cuando llega a la puerta abierta—. Eh, oiga, me parece que se ha equivocado de habitación. Esta es la habitación del señor Potter. ¿No sabe usted…?

Se interrumpe. No tiene sentido decir nada, porque la habitación está vacía. ¿Cómo es posible?

Andy retrocede y prueba a accionar los picaportes de la 312 y la 313. Como esperaba, ambas puertas están bien cerradas.

A continuación entra en la habitación de Potter y echa un buen vistazo… la curiosidad mató al gato. La habitación alquilada de Potter es un poco mayor que la suya, pero aparte de eso no es muy distinta: una caja de techo alto (en los viejos tiempos hacían sitios en los que un hombre podía ponerse en pie, eso había que concedérselo). La cama individual está hundida en el centro pero

hecha con pulcritud. En la mesilla de noche hay un frasco de píldoras (que resultan unos antidepresivos llamados Zoloft) y una única fotografía enmarcada de una mujer. Andy opina que le dieron una buena sarta de golpes con la varita mágica de las feas, pero Potter debe de considerarlo de otra manera. Después de todo, ha puesto la foto de forma que es lo primero que ve por las mañanas y lo último que ve por las noches.

—¿Potter? —pregunta Andy—. ¿Hay alguien aquí? ¿Hola?

De pronto le invade la sensación de que hay alguien detrás de él y se vuelve en redondo, con los labios abiertos en lo que parece una sonrisa pero en realidad es una mueca de miedo. Una mano se alza para protegerse la cara del golpe que está seguro que va a recibir… solo que ahí no hay nadie. ¿Estará ocultándose detrás de la esquina de ese anexo al pasillo principal? No. Andy *ha visto* al extraño escabullirse para volver esa esquina. No ha podido volver a ponerse detrás de él… a menos que se haya arrastrado por el techo como si fuese una especie de mosca…

Andy alza la mirada, sabiendo que es absurdo, que se está dejando llevar por los nervios, pero no hay nadie ahí para verle, así que ¿qué más da? Y además ahí arriba no hay nada que ver. Solo un vulgar techo de cinc, amarillento después de décadas de humo de puros y cigarrillos.

La radio —oh, demonios, perdonen, el *transistor*— reposa en el alféizar de la ventana sin que nadie la moleste. Y vaya radio buena que es, además; una Bose, de esas de las que siempre habla Paul Harvey en su programa de las tardes.

Más allá de ella, al otro lado del sucio cristal, está la escalera de incendios.

¡Ajá!, se dice Andy, y se precipita hacia la ventana. Una sola ojeada al pestillo cerrado y su expresión triunfal se desvanece. Mira hacia afuera igualmente, y ve una estrecha franja de hierro negro mojado descender hacia la niebla. Ni bata azul ni calva escamosa a la vista. Por supuesto que no. El agitador de picaportes no ha salido por ahí a menos que conozca algún truco de magia para volver a pasarle el pestillo interior a la ventana una vez se hallaba en el rellano de la escalera de incendios.

Andy se vuelve, se queda donde está unos instantes, pensando, y luego se deja caer de rodillas para mirar debajo de la cama. Lo que ve es un viejo cenicero de hojalata con un paquete sin abrir de Pall Mall y un mechero

desechable de la cervecera Kingsland. Nada más aparte de madejas de polvo. Apoya una mano sobre la colcha como primer paso para ponerse de pie, y su mirada se clava en la puerta del armario. Se encuentra entreabierta.

—Ahí está —susurra Andy, casi demasiado bajo para que lo oigan sus propios oídos.

Se levanta y recorre la distancia hacia el armario. Es posible que la niebla llegue o no de puntillas, como dijo Carl Sandburg, pero así es desde luego cómo Andy Railsback cruza la habitación de George Potter. El corazón vuelve a latirle con fuerza, con la fuerza suficiente como para hacer que empiece a palpitarle la vena que sobresale en el centro de su frente. El hombre que ha visto está en el armario. La lógica lo exige. La intuición se lo dice a gritos. Y si el agitador de picaportes no es más que un pobre espíritu confuso que se ha perdido en la niebla para acabar en el hotel Nelson, ¿por qué no le ha hablado a Andy? ¿Por qué se ha ocultado? Porque bien puede ser viejo, pero no está confundido, he ahí el porqué. No más confundido que el propio Andy. El agitador de picaportes es un jodido ladrón, y está en el armario. Quizá tenga un cuchillo que se ha sacado del bolsillo de la vieja y gastada bata. Quizá una percha a la que haya quitado el forro para convertir en un arma. Quizá sencillamente esté ahí, de pie en la oscuridad, con los ojos bien abiertos, los dedos crispados en garras. A Andy ya no le importa. Puede asustarle, desde luego —es un vendedor retirado, no Superman— pero si encima del miedo uno le suma la suficiente tensión convierte el primero en rabia, de igual forma que la suficiente presión convierte el carbón en diamante. Y en este preciso instante Andy está más cabreado que asustado. Cierra los dedos en torno al frío pomo de vidrio de la puerta del armario. Lo hace girar. Inspira y espira una vez… otra… armándose de valor, poniéndose a punto… *mentalizándose*, que dirían los nietos… una respiración más, solo para tener buena suerte, y…

Con un sonido grave y tenso —entre gruñido y aullido— Andy abre la puerta de par en par de un tirón, provocando un traqueteo de perchas. Se agacha y alza los puños apretados, con lo que se parece a algún antiguo *sparring* del gimnasio El Tiempo Perdido.

—Sal de ahí, jodido…

Ahí no hay nadie. Cuatro camisas, una americana, dos corbatas y tres pares de pantalones cuelgan como piel muerta. Una vieja y maltrecha maleta que

parece que la hayan llevado a patadas por cada terminal de autobuses Greyhound de Norteamérica. Nada más. No hay ningún condenado lad…

Pero sí está. Hay algo en el suelo, debajo de las camisas. De hecho, varios «algos». Casi media docena de ellos. Al principio Andy Railsback o no comprende lo que ve o no lo *quiere* comprender. Entonces lo capta, se imprime en su mente y en su memoria como la huella de un casco, y trata de gritar. No puede hacerlo. Lo intenta de nuevo y no le sale más que un oxidado resuello procedente de unos pulmones que no parecen más grandes que viejas pieles de ciruelas secas. Trata de volverse y tampoco lo consigue. Está seguro de que George Potter viene, y si Potter le encuentra ahí, la vida de Andy llegará a su fin. Ha visto algo sobre lo que George Potter nunca podrá permitirle hablar. Pero no puede volverse. No puede gritar. No puede apartar los ojos del secreto que hay en el armario de Potter.

No puede moverse.

A causa de la niebla, casi ha oscurecido por completo en French Landing, y anormalmente temprano además; apenas son las seis y media. Las borrosas luces amarillas del Centro Maxton parecen las luces de un trasatlántico inmóvil en un mar sin viento. En el ala Margarita, hogar de la maravillosa Alice Weathers y el mucho menos maravilloso Charles Burnside, tanto Pete Wexler como Butch Yerxa ya se han marchado a casa. Una rubia de bote de hombros anchos llamada Vera Hutchinson está ahora en el escritorio. Ante sí tiene un libro titulado *Crucigramas fáciles y rápidos.* En este momento está dándole vueltas al 6 horizontal: *Garfield, por ejemplo.* Seis letras, la primera una F, la tercera una L, la sexta una O. Detesta esos tan difíciles.

Se oye el ruido de una puerta de los servicios al abrirse. Vera levanta la mirada y ve a Charles Burnside salir arrastrando los pies de los lavabos de caballeros en su bata azul y un par de zapatillas a rayas amarillas y negras que parecen grandes abejorros peludos. Las reconoce de inmediato.

—¿Charlie? —pregunta, dejando el lápiz en el libro de crucigramas para luego cerrarlo.

Charlie simplemente continúa arrastrando los pies, con la boca abierta y un largo hilillo de baba colgando. Pero esboza una desagradable sonrisa que a Vera

no le gusta. Ese bien puede haber perdido la chaveta casi por completo, pero la poca que le queda es *mezquina*. Hay veces en que Vera sabe que Charlie Burnside verdaderamente no la oye cuando habla, pero hay otras en que está convencida de que solo *finge* no comprender. Se le ocurre que ahora se trata de una de las últimas.

—Charlie, ¿qué hace con las zapatillas de Elmer? Ya sabe que se las regaló su bisnieta.

El viejo (Burny para nosotros, Charlie para Vera) simplemente sigue arrastrando los pies en una dirección que acabará por llevarle a la D 18. Asumiendo que siga el rumbo que lleva, claro.

—Charlie, deténgase.

Charlie se detiene. Permanece inmóvil en el principio del pasillo de Margarita como una máquina a la que hayan apagado. Tiene la boca abierta. El hilillo de baba se rompe, y de pronto hay un charquito en el suelo de linóleo, junto a una de esas zapatillas absurdas pero divertidas.

Vera se levanta, va hacia el hombre y se arrodilla ante él. Si supiera lo que nosotros sabemos es probable que estuviese mucho menos dispuesta a poner su indefenso y blanco cuello al alcance de esas manos que cuelgan a los lados del cuerpo, todavía fuertes a pesar de la artritis. Pero, por supuesto, Vera no lo sabe.

Sujeta con una mano la zapatilla izquierda.

—Levántelo —dice.

Charles Burnside levanta el pie derecho.

—Oh, deje ya de hacerse el papanatas —ruega Vera—. El otro.

Burny levanta el pie izquierdo un poquito, solo lo justo para que ella le quite la zapatilla.

—*Ahora* el derecho.

Sin que le vea Vera, que le está mirando los pies, Burny se saca el pene de la bragueta de los sueltos pantalones de pijama y finge orinar sobre la cabeza inclinada de la mujer. Su sonrisa se hace más amplia. Al mismo tiempo, levanta el pie derecho y ella le quita la otra zapatilla. Cuando vuelve a alzar la mirada, la arrugada y vieja herramienta de Burny vuelve a estar donde debe. Ha considerado bautizarla, de veras que lo ha hecho, pero ya está bien de maldades por una noche. Una pequeña tarea más y partirá hacia la tierra de los sueños y la fantasía. Ya es un monstruo viejo. Necesita descansar.

—Muy bien —añade Vera—. ¿Quiere explicarme por qué una de estas está más sucia que la otra? —No obtiene respuesta. En realidad no la esperaba—. Vale, estupendo. Vuelva a su habitación o vaya a la sala comunal, si quiere. Me parece que esta noche hay palomitas de microondas y taquitos de gelatina. Están poniendo *Sonrisas y lágrimas.* Me ocuparé de que estas zapatillas vuelvan a su dueño, y que usted las haya cogido será nuestro pequeño secreto. Pero si las vuelve a coger tendré que informar de ello. *Capisce?*

Burny se queda donde está, ausente… pero con esa desagradable sonrisilla en el rostro arrugado. Y con ese brillo en los ojos. *Capisce*, desde luego.

—Adelante —dice Vera—. Y más le vale no haber descargado en el suelo ahí dentro, viejo mezquino.

Aunque tampoco ahora esperaba respuesta, obtiene una. Burny habla en voz baja pero perfectamente clara.

—Cuida esa lengua, gorda puta, o te la comeré sin antes arrancártela.

Vera retrocede como si la hubiesen abofeteado. Burny permanece inmóvil, con la manos colgando a los lados del cuerpo y esa sonrisilla en la cara.

—Lárguese de aquí —ordena ella—, o de verdad voy a informar sobre su actitud. —Y vaya si va a servirle de algo. Charlie es una de las vacas que dan dinero en efectivo en Maxton, y Vera lo sabe.

Charlie reinicia su lento caminar (Pete Wexler ha apodado a ese particular modo de andar el Arrastrarse de los Viejos Chingados), ahora con los pies descalzos. Entonces se vuelve otra vez. Las lámparas nubladas que son sus ojos examinan a Vera.

—La palabra que estás buscando *es felino.* Garfield es *un felino.* ¿Entendido? Estúpida.

Dicho eso continúa su recorrido del pasillo. Vera lo mira alejarse boquiabierta. Se ha olvidado por completo del crucigrama.

En su habitación, Burny se tiende en la cama y desliza las manos hacia sus ríñones. De ahí para abajo le duele un carajo. Más tarde llamará a la puta gorda, y la hará traerle un analgésico. Por el momento, sin embargo, ha de estar lúcido. Aún le queda un pequeño truco que hacer.

—Te encontré, Potter —murmura—. Al bueno… y viejo… Potsie.

Burny no se estaba dedicando a agitar picaportes (aunque Andy Railsback nunca lo sabrá). Estaba palpando para captar la presencia del tipo que le timó en

un pequeño asunto inmobiliario en Chicago a finales de los setenta. South Side, hogar de los White Sox. El barrio negro, en otras palabras. Había un montón de dinero federal metido ahí, además de varias paletadas de pasta de Illinois. Bastante dinero disponible para que a uno le durase años, más perspectivas que en un campo de béisbol, pero George *Jodemadres* Potter había llegado primero, la pasta había cambiado de manos bajo la mesa proverbial, y Charles Burnside (o entonces quizá hubiese sido todavía Carl Bierstone; le es difícil recordarlo) había quedado fuera de juego.

Sin embargo, Burny le ha seguido la pista al ladrón durante todos estos años. (Bueno, en realidad no ha sido Burny, pero como debemos de haber comprendido ya, cuenta con amigos poderosos). El viejo Potsie —como le llamaban sus amigos en aquellos tiempos en que tenía algunos— se declaró en bancarrota en La Riviere allá por los noventa, y la mayor parte de lo que aún tenía oculto la perdió durante el reciente desastre de las inversiones en compañías de Internet. Pero eso no le basta a Burny. Potsie requiere un castigo aún mayor, y la coincidencia de que ese jodido capullo en particular haya acabado en el puto agujero que es esta ciudad es demasiado buena para dejarla pasar. El motivo principal de Burny —un deseo descerebrado de mantener el ambiente bien caldeado, de asegurarse de que lo malo vaya a peor— no ha cambiado, pero eso también le servirá para lo que pretende.

De modo que se ha trasladado al Nelson, de una forma que Jack comprende y Judy Marshall ha intuido, para posarse en la habitación de Potsie como un vetusto murciélago. Y cuando ha sentido a Andy Railsback detrás de él, ha quedado encantado, por supuesto. Eso le ahorrará tener que hacer otra llamada anónima, y la verdad es que Burny ya se está cansando de tener que hacer *todo* el trabajo por ellos.

Ahora, de vuelta en su habitación, bien calentito y cómodo (excepto por la artrosis, claro), aparta sus pensamientos de George Potter y empieza a pronunciar la Llamada.

Cuando alza la mirada hacia la oscuridad, los ojos de Charles Burnside lanzan unos destellos particularmente inquietantes.

—*Gorg* —dice—. *Gorg t'eelee. Dinnit a abbalah. Samman Tansy. Samman a montah a Irma. Dinnit a abbalah, Gorg. Dinnit a Ram Abbalah.*

Gorg. Ven, Gorg. Sirve al abbalah. Encuentra a Tansy. Encuentra a la madre

de Irma. Sirve al abbalah, Gorg.

Sirve al Rey Colorado.

Burny se dispone a dormir con una sonrisa en el rostro. Cierra los ojos, que bajo los párpados arrugados continúan refulgiendo como bombillas detrás de pantallas.

Morty Fine, el director del turno de noche del hotel Nelson, está medio dormido sobre su revista cuando Andy Railsback irrumpe en su oficina, dándole un susto tan tremendo que casi se cae de la silla. La revista va a parar al suelo con un chasquido.

—¡Dios santo, Andy, casi me ha dado un infarto! —exclama Morty—. ¿No sabe lo que es llamar, o al menos aclararse la maldita *garganta*?

Andy no le hace caso, y Morty se percata de que el anciano está más blanco que el papel. Quizá sea *él* quien ha tenido un infarto. No sería la primera vez que ocurriese en el Nelson.

—Tiene que llamar a la policía —dice Andy—. Son *horribles.* Dios mío, Morty, son las fotos más horribles que he visto nunca… *polaroids.*… y oh, le juro que he pensado que iba a volver… a volver en cualquier momento… pero al principio me he quedado *paralizado,* y… y yo…

—Cálmese —le dice Morty, preocupado—. ¿De qué está hablando?

Andy inspira profundamente y hace un visible esfuerzo por recuperar el control de sí mismo.

—¿Ha visto a Potter? —pregunta—. ¿El tipo de la 314?

—No —responde Morty—, pero la mayoría de las noches está en la taberna de Lucky sobre esta hora, tomándose unas cervezas y quizá una hamburguesa. Aunque no tengo ni idea de cómo se le ocurre a alguien comer nada en ese sitio. —Entonces, quizá asociando una ptomaína con otra, añade—: Eh, ¿se ha enterado de lo que encontraron los polis en Bocados de Ed? Trevor Cordón estaba por allí y dijo que…

—Qué importa eso. —Andy se sienta en la silla al otro lado del escritorio y contempla a Morty con una expresión de terror en los ojos húmedos—. Llame a la policía —insiste—. Hágalo ahora mismo. Dígales que el Pescador es un hombre llamado George Potter, y que vive en la segunda planta del hotel Nelson.

—Hace una mueca tensa, y al cabo de un instante su rostro vuelve a relajarse—. Justo en el otro extremo del pasillo que usted, de verdad.

—*¿Potter?* Estás soñando, Andy. Ese tipo no es más que un constructor retirado. No le haría daño ni a una mosca.

—No sé nada de moscas, pero desde luego que sí les ha hecho daño a algunos niños pequeños, joder. He visto las *polaroids* que sacó de ellos. Están en su armario. Son lo peor que hayas visto jamás.

Entonces Andy hace algo que asombra a Morty y le convence de que no se trata de una broma ni, probablemente, de una equivocación: Andy Railsback se echa a llorar.

Tansy Freneau, también conocida como la desconsolada madre de Irma Freneau, de hecho aún no está desconsolada. Sabe que debería estarlo, pero el pesar ha quedado aplazado. En este momento se siente como si flotara en una nube de lana cálida y brillante. La doctora (la colega de Pat Skarda, Norma Whitestone) le ha dado cinco miligramos de lorazepam hace cuatro o cinco horas, pero eso es solo el principio. La caravana en que Tansy e Irma han vivido desde que Cuvi Freneau se largara a Green Bay en el 98, está cerca del Sand Bar, y Tansy tiene una «cosilla» de media jornada con Lester Moon, uno de los camareros. Los Cinco del Trueno han apodado a Lester Moon *Queso Apestoso* por alguna razón, pero Tansy le llama indefectiblemente Lester, lo cual él aprecia casi tanto como el ocasional y etílico revolcón en el dormitorio de Tansy o en la trastienda del bar, en cuyo almacén hay un colchón (y una luz ultravioleta). Hacia las cinco de esta tarde, Lester ha acudido con un litro de licor de café y cuatrocientos miligramos de Codeisán, que ha tenido la consideración de machacar y dejar listos para esnifar. Tansy ya se ha hecho una docena de rayas, y está flipando. Mirando viejas fotografías de Irma y simplemente… ya saben… flipando.

Qué linda era de bebé, piensa Tansy, sin saber que no muy lejos de allí un horrorizado empleado de hotel está contemplando una fotografía bien distinta de su lindo bebé, una *polaroid* de pesadilla que jamás será capaz de olvidar. Se trata de una foto que la propia Tansy nunca tendrá que ver, lo cual sugiere que tal vez sí haya un Dios en el Cielo.

Vuelve una página (en la portada del álbum de recortes se ha impreso RECUERDOS DORADOS), y ahí están Tansy e Irma en un picnic de la compañía Mississippi Electrix, cuando Irma tenía cuatro años y Mississippi Electrix aún estaba a un año de la bancarrota y todo andaba más o menos bien. En la foto, Irma está con un grupo de otros pillastres, la cara sonriente salpicada de helado de chocolate.

Mirando fijamente esas fotografías, Tansy tiende la mano hacia el vaso de licor de café y da un pequeño sorbo. De pronto, como salido de la nada (o del lugar del que salen flotando a la luz de nuestra conciencia nuestros más inconexos e inquietantes pensamientos), la invade el recuerdo de ese estúpido poema de Edgar Allan Poe que les hicieron memorizar en quinto curso. No ha vuelto a pensar en él en años, y no tiene motivo para hacerlo ahora, pero las palabras de la primera estrofa le vienen sin esfuerzo y con absoluta claridad a la cabeza. Mirando a Irma, las recita en voz alta e inexpresiva y sin pausas, una voz que sin duda habría provocado que la señora Normandie se tirara de los greñudos y grasientos pelos y profiriese un gemido. La forma de recitar de Tansy no nos afecta a nosotros de esa manera; nos produce en cambio un profundo y pertinaz escalofrío. Es como escuchar una lectura de poesía ofrecida por un cadáver.

—«Uña vez en la taciturna medianoche mientras meditaba débil y fatigado, sobre un curioso y extraño volumen de sabiduría antigua mientras cabeceaba soñoliento algo sonó como el rumor de alguien que llamara suavemente a la puerta de mi habitación…»

En este preciso instante se oye llamar con suavidad a la puerta de fibra barata de la caravana Airstream de Tansy Freneau. Alza una mirada vaga, con los labios apretados y brillantes de licor de café.

—¿Lester? ¿Eres tú?

Supone que puede ser él. No la gente de la televisión, al menos eso espera. Se ha negado a hablar con la gente de la tele, les ha echado de allí. Sabe, en algún recóndito *y* tristemente astuto lugar de su mente, que la arrullarían y la consolarían solo para hacerla parecer estúpida a la resplandeciente luz de sus focos, de esa forma en que siempre acaba pareciendo estúpida la gente que aparece en el *Jerry Springer Show.*

No hay respuesta… y entonces vuelve a oírlo. Tic. Tic-tic.

—«Es alguien que viene a visitarme» —recita, poniéndose en pie. Es como levantarse en medio de un sueño—. «Es alguien que viene a visitarme… y llama a la puerta de mi habitación. Solo eso, nada más.»

Tic. Tic-tic.

No es el ruido de unos nudillos, sino un sonido un poco más suave. Un sonido como el de una sola uña.

O el de un pico.

Cruza la habitación en su bruma de drogas y licor, con los pies descalzos musitando en la moqueta que antaño fuera mullida y ahora se está pelando; ahí va, la ex madre. Abre la puerta a esa neblinosa noche de verano y no ve nada, porque mira demasiado arriba. Entonces algo susurra en el felpudo.

Algo, una *cosa* negra, alza hacia ella una mirada de ojos brillantes e inquisitivos. Es un cuervo, oh Dios mío, es el *cuervo* de Poe, que ha venido a hacerle una visita.

—Jesús, qué colgada estoy —dice Tansy, y se pasa las manos por el fino cabello.

—¡Jesús! —repite el cuervo en el felpudo. Y entonces, tan alegre como un herrerillo, añade—: ¡Gorg!

Si le hubiesen preguntado, Tansy habría dicho que estaba demasiado flipada como para tener miedo, pero por lo visto no es así, pues deja escapar un pequeño grito de desconcierto y da un paso atrás.

El cuervo da un enérgico brinco para trasponer el umbral y se sitúa sobre la desvaída moqueta morada, todavía mirándola con sus ojillos brillantes. Sus plumas están relucientes de gotitas condensadas de niebla. Pasa junto a Tansy a saltitos y luego se detiene a arreglarse las plumas con el pico y ahuecárselas. Se vuelve, como si quisiera preguntar: *¿Cómo te va, cariño?*

—Vete —le dice Tansy—. No sé qué coño eres o si estás aquí siquiera, pero…

—¡Gorg! —insiste el cuervo, y entonces despliega las alas y alza el vuelo a través de la habitación, convertido en una mota calcinada que hubiesen arrancado del dorso de la noche. Tansy chilla y se encoge, protegiéndose instintivamente la cara, pero Gorg no se acerca a ella. Se posa sobre la mesa junto a la botella, pues no hay ningún busto de Palas a mano.

Tansy piensa: *Se ha desorientado en la niebla, eso es todo. Hasta podría*

tener la rabia, o la enfermedad esa de la garrapata, como sea que se llame. Debería ir a la cocina a por la escoba. Espantarlo antes de que se cague por ahí…

Pero la cocina está demasiado lejos. De hecho, en su estado actual parece estar a cientos de kilómetros, en algún sitio en las cercanías de Colorado Springs. Y es probable que ahí no haya ningún cuervo. Pensar en ese condenado poema la ha hecho alucinar, eso es todo… eso, y perder a su hija.

Por primera vez el dolor la alcanza a través de la bruma, y Tansy parpadea al sentir su calor cruel y áspero. Recuerda esas manitas que se le agarraban a veces al cuello con tanto cuidado. Los gritos en la noche, arrancándola del sueño. El olor que emanaba de ella recién bañada.

—¡Se llamaba Irma! —le grita de pronto a la fantasía que está posada con audacia junto a la botella de licor—. *Irma*, no Leonor, joder, ¿qué clase de nombre estúpido es Leonor? A ver, ¡oigamos cómo dices *Irma*!

—¡Irma! —grazna obedientemente el visitante, sumiéndola en perplejo silencio. Y esos ojos. ¡Ah! Esos ojos relucientes la atraen, como los ojos del viejo marinero de otro poema que se suponía que había de aprenderse pero nunca lo hizo—. Irma, Irma, Irma, Irma…

—¡*Basta*! —No quiere volver a oírlo. Se ha equivocado. El nombre de su hija saliendo de esa garganta extraña le parece horroroso, insoportable. Quiere levantar las manos para taparse las orejas pero no consigue hacerlo. Le pesan demasiado. Sus manos se han reunido con los fogones y la nevera (un trasto miserable y medio estropeado) en Colorado Springs. Lo único que puede hacer es mirar a esos ojos relucientes y negros.

El cuervo se arregla para ella, erizando las plumas, brillantes y negras como el ébano. Producen un ruidito repugnante por todo el espinazo del ave, y Tansy piensa: *«¡Profeta! —dije—, ¡ser maligno, pájaro o demonio, siempre profeta!»*.

La certeza le llena el corazón como agua fría.

—¿Qué sabes tú? —pregunta—. ¿Por qué has venido?

—¡Sabes! —grazna el cuervo Gorg, asintiendo con energía con el pico—. ¡Venido!

¿Ha guiñado un ojo? Dios santo, *¿le ha guiñado un ojo a Tansy?*

—¿Quién la mató? —musita Tansy Freneau—. ¿Quién mató a mi preciosa niña?

Los ojos del cuervo la tienen paralizada, como un insecto en un alfiler. Muy despacio, sintiéndose más que nunca en el interior de un sueño (aun cuando esto está pasando, en algún nivel lo comprende perfectamente), cruza la estancia hacia la mesa. El cuervo sigue mirándola, sigue atrayéndola. *La orilla, plutoniana de la noche,* piensa Tansy. *La jodida orilla plutoniana de la noche.*

—¿Quién? ¡Dime lo que sabes!

El cuervo alza hacia ella los brillantes ojillos negros. Abre y cierra el pico, revelando un interior húmedo y rojo.

—¡Tansy! —grazna—. ¡Ven!

Tansy siente débiles las piernas y cae de rodillas, mordiéndose la lengua hasta sangrar. Gotas coloradas le salpican la sudadera de la Universidad de Wisconsin. Ahora su cara está al mismo nivel que la del cuervo. Ve una de sus alas rozar de arriba abajo, sensualmente, el costado de vidrio de la botella de licor. Gorg huele a polvo y a moscas muertas amontonadas y a viejas urnas funerarias. Sus ojos son negras y brillantes troneras que dan a algún otro mundo. Al infierno, quizá. O a Sheol.

—*¿Quién?* —musita Tansy.

Gorg estira el cuello negro y susurrante hasta que su pico negro está prácticamente en el pabellón de la oreja de Tansy. Empieza a susurrarle, y en un momento dado Tansy empieza a asentir con la cabeza. La luz de la cordura ha abandonado sus ojos. Y ¿cuándo regresará? Oh, creo que todos conocemos la respuesta a esa pregunta.

¿Pueden decir «nunca más»?

16

Son las 6.45. French Landing está envuelta en brumas, exhausta, con el corazón transido de inquietud pero en silencio. El silencio, sin embargo, no va a durar. Una vez que empieza, la *dislocación* nunca se detiene durante mucho tiempo.

En el Centro Maxton, Chipper se ha quedado hasta tarde, y teniendo en cuenta la mamada lenta (y verdaderamente sensacional) que le está administrando Rebecca Vilas, sentado de cualquier manera en la silla de despacho, su decisión de quedarse un rato más no debe sorprendernos.

En la sala comunal, los viejos están sentados y embobados con Julie Andrews y *Sonrisas y lágrimas.* Alice Weathers en realidad llora de alegría, porque *Sonrisas* es su película favorita de todos los tiempos. *Cantando bajo la lluvia* la sigue de cerca, pero estar cerca nunca ha significado obtener el premio. Entre los internos del Centro Maxton que están en régimen ambulatorio, solo falta Burny… aunque nadie lo echa de menos. Burny duerme profundamente. El espíritu —o el demonio, bien podríamos decir— que lo controla tiene su propia agenda en French Landing, y se ha mostrado muy exigente con Burny durante las últimas semanas (y no es que Burny se queje: es un cómplice servicial).

En la carretera del valle de Norway, Jack Sawyer está llegando en su Dodge Ram al camino de entrada de la casa de Henry Leyden. La niebla aquí es más tenue, pero aun así convierte los faros de la camioneta en coronas difuminadas. Esta noche volverá a empezar *Casa desolada*, en el capítulo siete («El paseo del fantasma») y con suerte llegará al final del capítulo ocho («Un montón de pecados»). Pero antes de Dickens, ha prometido escuchar a la última candidata de la Rata de Wisconsin para los éxitos de rabiosa actualidad, una canción llamada *Gime back my dog*, de Sloberbone.

—Cada cinco años más o menos, aparece de la nada una gran canción de rock —le ha dicho Henry a Jack por teléfono, y Jack juraría que puede oír a la Rata asomar con sus chillidos al filo de la voz de su amigo, haciendo piruetas ahí fuera, en la frontera de la oscuridad—. Es una canción de rock *genial.*

—Si tú lo dices —repone Jack con cierto recelo. Su idea de una canción de rock genial es *Runaround Sue,* de Dion.

En el número 16 de la calle Robín Hood (aquella monada de casita tipo Cape Cod), Fred Marshall está de cuatro patas, fregando el suelo, con un par de guantes verdes de goma. Todavía lleva la gorra de béisbol de Tyler en la cabeza, y está llorando.

En el aparcamiento de caravanas, el cuervo Gorg está vertiendo veneno gota a gota en las orejas de Tansy Freneau.

En la sólida casa de ladrillos de la calle Hermán donde vive con la guapa Sarah y con David, igualmente guapo, Dale Gilbertson se prepara para regresar a la oficina, con movimientos algo lentos a causa de las dos raciones de estofado de pollo y el plato de budín de pan que se ha zampado. Cuando suena el teléfono, no se sorprende demasiado. Después de todo, ya tenía ese presentimiento. Quien llama es Debbi Anderson, y desde la primera palabra que esta pronuncia, Dale sabe que ha ocurrido algo.

Escucha, asiente, hace alguna pregunta. Su mujer está en el umbral de la cocina, observándole con mirada de preocupación. Dale se inclina y escribe algo en el bloc de notas que hay junto al teléfono. Sarah se acerca y lee dos nombres: Andy Railsback y M. Fine.

—¿Aún tienes a Railsback en la otra línea? —pregunta Dale.

—Sí, está en espera…

—Pásamelo.

—Dale, no creo que sepa hacerlo —la voz de Debbi suena inusitadamente nerviosa. Dale cierra los ojos por un momento, y se recuerda a sí mismo que esa no es la tarea habitual de Debbi.

—¿Ernie todavía no ha llegado?

—No.

—¿Quién hay?

—Bobby Dulac… Creo que Dit está en la ducha…

—Pásame a Bobby —pide Dale, y se siente aliviado cuando Bobby le pone

rápidamente y sin problemas con Andy Railsback, que está en el despacho de Morty Fine. Ambos hombres han subido a la habitación 314, y un vistazo a las *polaroids* esparcidas por el suelo del armario de George Potter ha sido suficiente para Morty. Está tan pálido como el mismo Andy. Quizá más.

En el exterior de la comisaría, Ernie Therriault y Reginald *Doc* Amberson se encuentran en el aparcamiento. Doc acaba de llegar en su Harley Fat Boy, vieja pero impecable. Intercambian saludos amistosos en la neblina. Ernie Therriault es otro poli (más o menos), pero tranquilos: es el último al que tendremos que conocer (bueno, de hecho *hay* un agente del FBI en alguna parte, pero no lo tengamos en cuenta ahora; está en Madison, y es un idiota).

Ernie es un hombre esbelto de sesenta y cinco años, que lleva casi doce retirado de la jornada completa como policía, y aun así es cuatro veces mejor poli de lo que llegará a ser nunca Arnold Hrabowski. Complementa su pensión despachando de noche en el Departamento de Policía de French Landing (no duerme demasiado bien estos días, por culpa de su caprichosa próstata), y haciendo de guardia de seguridad privado en el First Bank de Wisconsin los viernes, cuando la gente de Wells Fargo llega a las dos y la de Brinks a las cuatro.

Doc parece un ángel del infierno en toda regla, con su barba larga y entrecana, en la que a veces se hace trenzas con cintas al estilo del pirata Edward Teach, y aunque se gana la vida fabricando cerveza, los dos hombres se llevan muy bien. Antes que nada, cada uno de ellos reconoce la inteligencia del otro. Ernie no sabe si Doc *es* realmente doctor, pero podría serlo. A lo mejor lo fue en el pasado.

—¿Algún cambio? —pregunta Doc.

—No que yo sepa, amigo —contesta Ernie. Los Cinco se turnan para pasar allí las noches, vigilando. Esta le toca a Doc.

—¿Te importa si entro contigo?

—Claro que no —contesta Ernie—. Siempre y cuando respetes la regla.

Doc asiente. A algunos de los otros Cinco puede cabrearles lo de esa regla (sobre todo Sonny, al que le cabrean muchas cosas), pero Doc la tolera; una taza de café o cinco minutos, lo que llegue primero, y después, a largarse. Ernie, que vio muchos Ángeles del Infierno *reales* cuando era poli en Phoenix, allá por los setenta, valora lo muy pacientes que han sido Beezer Saint Pierre y sus hombres.

Sin embargo, está claro que *no* son Ángeles del Infierno, ni Paganos, ni Bestias en Motos, ni ninguna de esas chorradas. Ernie no sabe exactamente *qué* es lo que son, pero sabe que escuchan a Beezer, y sospecha que la paciencia de este se va agotando. Ernie sabe que la suya lo haría en este momento.

—Bueno, pues entremos —dice Ernie, dando una palmada en la espalda al hombretón.

—Veamos qué se cuece.

Bastante, como se verá.

Dale se da cuenta de que puede pensar con rapidez y claridad. El temor del principio lo ha abandonado, en parte porque la cagada ya está hecha y le han arrebatado el caso (el caso *oficial*, por lo menos). Sobre todo porque sabe que ahora puede llamar a Jack si lo necesita, y Jack respondería. Jack es su tabla de salvación.

Escucha la descripción de Railsback sobre las *polaroids* (dejando que el viejo tipo se desahogue y se tranquilice) y entonces formula una sola pregunta sobre las dos fotos del niño.

—Amarilla —contesta Railsback sin dudarlo—. La camisa era amarilla. En ella he podido leer la palabra *Kiwanis.* Nada más. La… la sangre…

Dale dice que lo comprende, y le comunica a Railsback que en breve se les unirá un agente.

Se oye el sonido del teléfono al cambiar de manos, hasta que Fine (un tipo al que Dale conoce y que no le importa demasiado) se pone al aparato.

—¿Y si vuelve, jefe? ¿Qué va a pasar si Potter vuelve al hotel?

—¿Ve el vestíbulo desde donde está?

—No. —Enfurruñado, añade—: Estamos en el despacho, ya se lo he dicho.

—Entonces salga ahí fuera. Finja estar ocupado. Si entra…

—No quiero hacerlo. Si hubiera visto esas fotos, usted tampoco querría hacerlo.

—No tiene que decirle nada —señala Dale—. Solo llame, si lo ve pasar.

—Pero…

—Cuelgue el teléfono, señor. Tengo mucho que hacer.

Sarah ha colocado la mano sobre el hombro de su marido.

Dale posa la mano libre sobre la de ella. Oye un *clic*, lo bastante fuerte para molestarle.

—Bobby, ¿estás ahí?

—Aquí mismo, jefe. Debbi también, y Dit. Ah, y Ernie acaba de entrar. —Baja la voz—. Uno de esos tipos de las motos está con él. Es el que se llama Doc.

Dale piensa, frenético. Ernie, Debbi, Dit y Bobby: todos llevan uniforme. No le van bien para lo que él quiere. Toma una decisión repentina y dice:

—Pásame al motero.

—*¿Qué?*

—Ya me has oído.

Un instante después, está hablando con Doc Amberson.

—¿Quieres ayudarnos a trincar al cabrón que mató a la niña de Armand Saint Pierre?

—Joder, claro. —Doc no lo duda ni por un instante.

—De acuerdo: no me hagas preguntas ni me obligues a repetir nada.

—Le escucho —dice Doc con energía.

—Dile al agente Dulac que te dé el teléfono móvil azul del almacén de pruebas, el que le cogimos al drogata que se largó. Él sabrá a cuál me refiero.

Si alguien intenta identificar una llamada que venga de ese teléfono, Dale sabe que no será capaz de rastrearla hasta su oficina, y eso ya le está bien. Después de todo, se supone que está fuera del caso.

—Teléfono móvil azul.

—Entonces ve andando hasta la taberna de Lucky, junto al hotel Nelson.

—Tengo la moto…

—No, ve *a pie*. Entra. Compra un número de lotería. Busca a un hombre alto, delgaducho, de pelo canoso, de unos setenta años, pantalones tipo militar, y quizá también camisa caqui. Es probable que esté solo. Su lugar preferido es entre la máquina de discos y el corto pasillo que lleva a los lavabos. Si está allí, llama a comisaría, al 911. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Vete ya. Y mueve el trasero, doctor.

Doc ni siquiera se molesta en decir adiós. Un instante después, Bobby vuelve a ponerse al teléfono.

—¿Qué vamos a hacer, Dale? —pregunta.

—Si el hijo de puta está ahí, le pillaremos —responde Dale. Todavía se controla, pero nota que se le acelera el pulso, que está empezando a ir a todo gas. El mundo ante él tiene un brillo que no existía desde el primer asesinato. Nota cada uno de los dedos de la mano de su esposa sobre el hombro. Puede incluso oler el maquillaje que se ha aplicado y la laca del pelo.

—Llévate a Tom Lund. Y prepara tres chalecos Kevlar. —Vuelve a pensárselo, y rectifica—: Que sean cuatro.

—¿Vas a llamar a Hollywood?

—Sí —contesta—, pero no vamos a esperarle.

Después de eso, cuelga el auricular. Como quiere salir corriendo, se obliga a quedarse quieto por un momento. Respira hondo. Expira, y vuelve a inspirar.

Sarah le coge las manos.

—Ve con cuidado.

—Oh, sí —dice Dale—. Ten por seguro que lo haré. —Se dirige hacia la puerta.

—¿Y qué hay de Jack?

—Le llamaré desde el coche —contesta él sin detenerse—. Si Dios está de nuestra parte, habremos pillado a ese tío antes de que esté a medio camino de la comisaría.

Cinco minutos después, Doc está en el bar de Lucky, escuchando a Trace Adkins cantar *Ileft something turned on at home y* rascando un boleto de lotería instantánea de Wisconsin. En realidad *es* uno premiado (con diez pavos), pero la atención de Doc está centrada en la dirección de la máquina de discos. Mueve ligeramente la cabeza melenuda al ritmo de la música, como si estuviera pasándolo en grande con ese ejemplo concreto de basura de lujo.

Sentado a la mesa del rincón, con un plato de espaguetis delante (la salsa es tan roja como una hemorragia nasal) y una jarra de cerveza a mano, está el hombre al que Doc busca; alto incluso sentado, delgaducho, con una cara de sabueso bronceada y surcada de arrugas, el cabello canoso peinado hacia atrás con esmero. Doc no le ve del todo la camisa, porque el tipo lleva una servilleta sujeta al cuello, pero la larga pierna que sale de debajo de la mesa revela un

pantalón militar.

Si Doc estuviera completamente seguro de que ese es el asqueroso asesino de criaturas que se cargó a Amy, lo arrestaría sin demora por muy civil que sea y con mucha, mucha dureza. Que se jodan los polis y su mierda de código Miranda. Pero quizá el tipo solo sea un testigo, o un cómplice, o algo así.

Coge los diez pavos que le da el camarero, desecha la idea de quedarse a tomar una cerveza, y sale hacia la niebla. Se dirige colina arriba unos diez pasos, se saca el móvil azul del bolsillo y marca el 911. Esta vez quien contesta es Debbi.

—Está aquí —dice Doc—. ¿Qué más hago?

—Devuelve el teléfono —contesta ella, y cuelga.

—Bueno, muchísimas jodidas gracias —dice Doc con suavidad. Pero va a ser un buen chico. Va a seguir las normas. Solo que antes…

Marca otro número en el móvil azul (que tiene una tarea más por hacer antes de salir de nuestro relato para siempre) y contesta la Osa.

—Pásamelo, guapa —dice él, esperando que no le conteste que Beezer se ha ido al Sand. Si el Beez va alguna vez solo, es porque va detrás de algo. De algo malo.

Un instante después, la voz de Beezer resuena en su oído; es una voz áspera, como si hubiera llorado.

—¿Sí?

—Reúnelos a todos, moved el culo y bajad al aparcamiento de la comisaría —le dice Doc—. No estoy totalmente seguro, pero creo que pueden estar preparándose para trincar al hijo de puta que lo hizo. Incluso es probable que yo le haya visto…

Beezer cuelga antes de que Doc haya tenido tiempo de apartarse el teléfono de la oreja y pulsar la tecla de OFF. Se queda en medio de la niebla, mirando las luces empañadas de la comisaría de French Landing, preguntándose por qué no le ha dicho a Beezer y a los chicos que vayan a encontrarse con él en Lucky. Supone que conoce la respuesta. Si Beezer pillara al viejo ese antes que los polis, los espaguetis serían su última comida.

Quizá sea mejor esperar.

Esperar y ver qué pasa.

La fina neblina que cubre la calle Hermán se va espesando a medida que Dale conduce hacia el centro. Enciende las luces de posición.

pero no son suficientes. Pone las cortas y llama a Jack. Oye el mensaje del contestador, cuelga y marca el número del tío Henry. Y el tío Henry contesta. Dale oye de fondo una guitarra gangosa y a alguien cantar una y otra vez «¡Devuélveme a mi *perro*!».

—Sí, acaba de llegar —dice Henry—. Ahora mismo estamos en la fase de apreciación musical de la noche. Después vendrá la literatura. Hemos llegado a una coyuntura crítica de *Casa Desolada* («Chesney Wold», «El paseo del fantasma», la señora Rouncewell, todo eso), así que si no tienes una necesidad realmente *urgente*…

—La tengo. Pásamelo *ya*, tío.

Henry exhala un suspiro:

—*Oui, mon capitaine.*

Unos instantes después Dale habla con Jack, que por supuesto está de acuerdo en acudir de inmediato. Eso es bueno, pero el jefe de la policía de French Landing encuentra algunas de las reacciones de su amigo un poco chocantes. No, Jack no quiere que Dale posponga el arresto hasta que él llegue. Es muy amable de su parte por preguntárselo, y muy considerado por haberle guardado un chaleco Kevlar (parte del botín para velar por el cumplimiento de la ley y el orden cayó como del cielo en la comisaría de French Landing además de en muchos otros pequeños departamentos de policía durante los años de Reagan), pero Jack cree que Dale y sus hombres pueden echar el guante a George Potter sin demasiados problemas.

La verdad, sin embargo, es que Jack Sawyer parece solo un poco interesado en George Potter. Lo mismo ocurre con las horribles fotos, aunque es posible que realmente sean auténticas; Railsback ha identificado la camiseta Kiwanis de Johnny Irkenham, un detalle que nunca se ha filtrado a la prensa. Ni el odioso Wendell Green se percató de ese hecho concreto.

Lo que Jack pregunta, no una sino varias veces, es qué ha visto Andy Railsback en el pasillo.

—Una bata azul, una zapatilla, ¡y eso es todo lo que sé! —se ve forzado a admitir Dale—. Por Dios, Jack, ¿qué importa eso? Escucha, tengo que colgar.

—Ding-dong —dice Jack, con bastante serenidad, y cuelga.

Dale gira hacia el nebuloso aparcamiento. Ve a Ernie Therriault y al motorista-cervecero al que llaman Doc hablando frente a la puerta trasera. Son poco más que sombras en la niebla movediza.

La conversación con Jack ha dejado a Dale muy inquieto, como si hubiera muchas pistas y señales que a él (zopenco como es) se le hubieran escapado. Pero ¿qué pistas? Por Dios, ¿*qué* señales? Y ahora, una oleada de resentimiento se añade a su inquietud. Quizá un tipo con mucho poder, al estilo Lucas Davenport, como Jack Sawyer sencillamente no se cree lo que es obvio. Quizá a los tipos como él siempre les interesa más el perro que *no* ladra.

El sonido se transmite bien a través de la niebla, y a medio camino de la puerta trasera de la comisaría, Dale oye rugir los motores de las motocicletas junto al río. Abajo, en las Casas de los Clavos.

—Dale —dice Ernie. Saluda con la cabeza, como si esta fuera una noche cualquiera.

—Eh, jefe —se apunta Doc. Está fumando un cigarrillo sin filtro, quizá un Pall Mall o un Chesterfield, según le parece a Dale. *Vaya doctor,* piensa este—. Si me permiten citar erróneamente a Misterogers —añade Doc—, hace una bonita noche en el barrio. ¿No creen?

—Tú los has llamado —le recrimina Dale, indicando con la cabeza en dirección a las motos revolucionadas. Dos pares de faros se acercan al aparcamiento. Dale ve a Tom Lund detrás del volante del primer coche. El segundo vehículo es casi seguro el coche particular de Danny Tcheda. La gente se reúne de nuevo. Con suerte, esta vez podrán evitar cualquier cagada catastrófica. Más les vale. Esta vez podrían estar jugándoselo absolutamente todo.

—Bueno, no puedo hacer ningún comentario al respecto —dice Doc—, pero sí podría preguntarle: si fueran sus amigos, ¿qué haría usted?

—Lo mismo, joder —suelta Dale, y entra.

Henry Leyden vuelve a estar sentado con remilgo en el asiento del acompañante de la camioneta Ram. Esta noche viste una camisa blanca de cuello abierto y unos elegantes pantalones azules de pinzas. Esbelto como un modelo, lleva el plateado cabello peinado hacia atrás. ¿Tendría mejor aspecto Sidney

Cartón cuando se dirigía a la guillotina? ¿Siquiera en la cabeza de Charles Dickens? Jack lo duda.

—Henry…

—Lo sé —le interrumpe Henry—. Me quedo aquí sentadito como un buen chico hasta que me llames.

—Con las puertas cerradas. Y no digas *Oui, mon capitaine.* Eso está pasado de moda.

—¿Te sirve *afirmativo?*

—Muy bien.

La niebla se espesa a medida que se acercan a la ciudad, y Jack pone las luces cortas, porque las largas no sirven de una mierda. Consulta el reloj del salpicadero. Las 19.03. Los acontecimientos se precipitan. Se alegra. Haz más, piensa menos, es la receta de Jack Sawyer para conservar fácilmente la cordura.

—Te llevaré dentro tan pronto como hayan atrapado a Potter.

—No crees que eso vaya a suponerles un problema, ¿verdad?

—No —contesta Jack, y entonces cambia de tema—. ¿Sabes?, me has sorprendido con ese disco de Slobberbone. —No puede llamarla canción, no cuando el cantante solo chillaba la mayor parte de la letra a pleno pulmón—. Estaba bien.

—Es la guitarra lo que arregla el disco —opina Henry, que ha captado la cautela de Jack al utilizar ese término—. Sorprende por lo sofisticada. Normalmente lo máximo que uno puede esperar es que esté afinada. —Baja la ventanilla, saca la cabeza como un perro y vuelve a meterla dentro del coche. Utilizando el mismo tono de conversación, añade—: La ciudad entera apesta.

—Es la niebla. Hace que del río emane el peor hedor.

—No —lo contradice Henry con total naturalidad—, es la muerte. La huelo, y creo que tú también; pero quizá no lo hagas con la nariz.

—La huelo —admite Jack.

—Potter no es vuestro hombre.

—Pienso lo mismo.

—El hombre que Railsback ha visto era un Judas.

—El hombre que Railsback ha visto era casi seguro el Pescador.

Conducen en silencio durante un rato.

—¿Henry?

—Afirmativo.

—¿Cuál es el mejor disco? El mejor disco y la mejor canción, ¿eh?

Henry reflexiona.

—¿Te das cuenta de lo tremendamente personal que es esa pregunta?

—Sí.

Henry piensa un poco más, y entonces dice:

—*Stardust*, quizá. Hoagy Carmichael. ¿Y para ti?

El hombre que está al volante recuerda, se remonta hasta el momento en que Jacky tenía seis años. Su padre y el tío Morgan eran fanáticos del jazz; su madre tenía gustos más sencillos. La recuerda poniendo la misma canción una y otra vez un verano interminable en Los Angeles, sentada, mirando por la ventana y fumando. *¿Quién es esa señora, mamá?*, pregunta Jacky, y su madre dice: *Patsy Cline. Murió en un accidente de aviación.*

—*Crazy arms* —contesta Jack—. La versión de Patsy Cline. Escrita por Ralph Mooney y Chuck Seáis. Ese es el mejor disco. Esa es la mejor canción.

Henry no vuelve a abrir la boca en todo el trayecto. Jack está llorando.

Henry huele sus lágrimas.

Pero adoptemos ahora una perspectiva más amplia, como diría algún político. Casi estamos obligados a hacerlo, porque las cosas han empezado a solaparse. Mientras Beezer y el resto de los Cinco del Trueno están llegando al aparcamiento de la comisaría justo al lado de la calle Sumner, Dale y Tom Lund y Bobby Dulac, abultados con sus chalecos Kevlar, se disponen a aparcar en doble fila delante de la taberna de Lucky. Lo hacen así porque Dale quiere espacio suficiente para abrir de par en par la puerta del coche patrulla y arrojar dentro a Potter tan rápido como sea posible. En la puerta de al lado, Dit Jesperson y Danny Tcheda están en el hotel Nelson, donde precintarán la habitación 314. Una vez hecho esto tienen órdenes de llevarse a Andy Railsback y Morty Fine a la comisaría. Dentro, Ernie Therriault está llamando a los agentes de la policía estatal de Wisconsin, Brown y Black, que llegarán después de los hechos… y si les jode, mejor. En el Sand Bar, una Tansy Freneau con la mirada perdida acaba de accionar la máquina de discos, en que suenan los Wallflowers.

—*¡Escuchadme todos!* —grita con una voz que no es la suya—. *¡Ya lo*

tienen! ¡Tienen a ese hijo de puta que mata criaturas! ¿Se llama Potter! ¡Van a llevarlo a Madison a medianoche, y a menos que hagamos algo, algún abogado listo lo dejará en la calle antes del lunes! ¿QUIÉN QUIERE AYUDARME A HACER AlGO PARA EVITARLO?

Se produce un instante de silencio… al que sigue un murmullo. Los habituales del Sand Bar, medio colgados, medio borrachos, saben *exactamente* qué quieren hacer al respecto. Mientras, Jack y Henry, a quienes la niebla no ha impedido llegar a la ciudad, aparecen en el aparcamiento de la comisaría justo detrás de los Cinco del Trueno, que aparcan en línea junto a la Harley Fat Boy de Doc. El aparcamiento se está llenando con rapidez, sobre todo de coches particulares de los polis. La noticia de la inminente detención se ha esparcido como el fuego en la hierba seca. Dentro, uno de los hombres de Dale —no nos molestemos en saber exactamente cuál— analiza el móvil azul que Doc ha utilizado en Lucky. El poli lo coge para llevárselo a una habitación del tamaño de un armario, conocida como ALMACÉN DE PRUEBAS.

En el hostal Oak Tree, donde se hospeda durante el caso del Pescador, Wendell Green se está emborrachando con expresión hosca. A pesar de los tres whiskis dobles, todavía le duele el cuello a causa del tirón que le dio a su cámara ese cabrón de la moto, y el estómago aún le duele debido al puñetazo que le propinó el cabrón de Hollywood. Pero lo que más le duele es el orgullo y la cartera. Sawyer escondía pruebas, tan seguro como que la mierda apesta. Wendell casi cree que *el propio* Sawyer es el Pescador… Sin embargo, ¿cómo puede probar nada si carece de carrete? Cuando el camarero le dice que tiene una llamada, Wendell casi le contesta que se la meta en el culo. Pero es un profesional, maldita sea, un *lince profesional de las noticias,* de modo que se acerca a la barra y coge el teléfono.

—Green —gruñe.

—Hola, capullo —dice el poli del móvil azul. Wendell todavía no sabe que quien le llama es un poli, solo que se trata de algún morboso risueño a la caza furtiva de su valioso momento etílico—. ¿Quieres conseguir buenas noticias, para variar?

—Las buenas noticias no venden periódicos, colega.

—Esta lo hará. Hemos atrapado al tipo.

—*¿Qué?* —A pesar de los tres dobles, Wendell Green es de repente el

hombre más sereno del planeta.

—¿No he hablado claro? —El interlocutor se está regodeando con toda seguridad, pero a Wendell Green ya no le importa—. Hemos atrapado al Pescador. No han sido los estatales ni los *fedes*, hemos sido *nosotros*. Se llama George Potter. Setenta y pocos. Constructor retirado. Tenía *polaroids* de los tres niños muertos. Si te das prisa, quizá llegues a tiempo para sacar la foto cuando Dale lo pille ahí dentro.

Esa idea, esa *deslumbrante posibilidad*, estalla como fuegos artificiales en la cabeza de Wendell Green. Una foto de esas puede valer cinco veces más que una del cadáver de la pequeña Irma, porque las revistas más célebres la querrán. ¡Y la tele! Y una cosa más: ¿qué pasa si alguien le dispara al cabrón mientras el sheriff Dillon lo arresta? Teniendo en cuenta como están los ánimos en la ciudad, no es del todo imposible. Wendell tiene un recuerdo fugaz y brillante de Lee Harvey Oswald llevándose las manos al estómago, la boca abierta en un alarido mortal.

—¿Quién es usted? —espeta Wendell.

—El agente simpático del carajo.

En la taberna de Lucky, Patty Loveless informa a los presentes desde la máquina de discos (más viejos que los habituales del Sand Bar, y mucho menos interesados en sustancias no alcohólicas) de que no consigue satisfacción y su tractor no consigue tracción. George Potter ha terminado los espaguetis, ha doblado con cuidado la servilleta (que al final solo ha acabado con una única gota de salsa roja) y se dedica, muy serio, a su cerveza. Sentado junto a la máquina de discos, tal como está, no se da cuenta de que la sala ha quedado en silencio tras la entrada de tres hombres. Solo uno de ellos lleva uniforme, pero los tres van armados y cubiertos con lo que parecen chalecos antibala.

—¿George Potter? —exclama alguien, y George levanta la mirada. Con el vaso en una mano y la jarra de cerveza en la otra, es presa fácil.

—Sí, ¿qué pasa? —pregunta, y en ese momento lo cogen por los brazos y los hombros y lo sacan de su sitio. Sus rodillas chocan contra la mesa y la vuelcan. El plato de espaguetis y la jarra van a parar al suelo. El plato se hace pedazos. La jarra, de cristal irrompible, no. Una mujer suelta un grito. Un hombre exclama

«¡Guau!», en voz baja y tono respetuoso.

Potter aferra la jarra medio vacía por unos instantes, y entonces Tom Lund le arrebata el arma potencial de la mano. Un segundo más tarde, Dale Gilbertson hace chasquear las esposas y le da tiempo para pensar que es el sonido más satisfactorio que ha oído en la vida. Por Dios que *su tractor* ya tiene al fin algo de tracción.

Este local está a años luz del antro de Ed; por lo menos se ve ordenado y limpio. No han pasado diez segundos desde que Dale ha hecho la única pregunta (¿George Potter?), y el sospechoso ya está fuera, entre la niebla. Tom lo tiene cogido por un codo, Bobby por el otro. Dale sigue recitando el código Miranda como si fuera un subastador de anfetaminas, y los pies de George Potter no tocan la acera.

Jack Sawyer se siente completamente vivo por primera vez desde que tenía doce años y viajaba de regreso de California en una limusina Lincoln que conducía un hombre lobo. Tiene la impresión de que más tarde deberá pagar un precio muy alto por recordar de forma tan vivida, pero confía en que llegado el momento bastará con que mantenga la boca cerrada y liquide su deuda. Porque el resto de su vida adulta ahora parece muy, muy *gris.*

Se encuentra junto a su camioneta, mirando a Henry por la ventanilla. El aire es húmedo y está cargado de excitación. Oye el zumbido de las luces azules y blancas del aparcamiento; es como si algo estuviera friéndose en salsa bien caliente.

—Henry.

—Afirmativo.

—¿Conoces el himno *Amazing grace*?

—Claro que sí. Todo el mundo conoce *Amazing grace.*

—«Era ciego pero ahora veo» —dice Jack—. Ahora lo entiendo.

Henry vuelve su rostro ciego y terriblemente inteligente hacia Jack. Está sonriendo. Es la segunda sonrisa más dulce que Jack haya visto jamás. El premio gordo sigue llevándoselo Lobo, aquel amigo querido del otoño errante de sus doce años. El viejo y bueno de Lobo, al que le gustaba que todo fuera aquí y ahora.

—Has vuelto, ¿no?

En el aparcamiento, nuestro viejo amigo sonríe.

—Jack ha vuelto, afirmativo.

—Pues ve a hacer lo que has venido a hacer —le dice Henry.

—Quiero que cierres las ventanillas.

—¿Y no poder oír nada? Creo que no —contesta Henry, con bastante amabilidad.

Se acercan más polis, y esta vez las luces azules del primer coche parpadean y la sirena comienza a sonar. Jack detecta un tono de celebración en ese sonido intermitente y decide que no tiene tiempo para estar ahí discutiendo con Henry sobre las ventanillas de la Ram.

Se dirige hacia la puerta trasera de la comisaría, y dos de los haces de luz azul y blanca proyectan su sombra doble en la niebla, una hacia el norte y la otra hacia el sur.

Los agentes a media jornada Holtz y Nestler llegan detrás del coche que lleva a Gilbertson, Lund, Dulac y Potter. Holtz y Potter no nos importan demasiado. El siguiente en la cola es el de Jesperson y Tcheda, con Railsback y Morton Fine en el asiento de atrás (Morty se queja de la falta de espacio para las rodillas). Quien nos importa es Railsback, pero puede esperar. El siguiente en llegar al aparcamiento es… oh, esto es interesante, aunque no del todo inesperado: el destartalado Toyota rojo de Wendell Green, con este al volante. Lleva colgada al cuello la cámara de reserva, una Minolta que sacará fotos sin parar mientras Wendell mantenga el botón apretado. No hay nadie del Sand Bar —todavía—, pero otro coche espera para girar y entrar en el aparcamiento, que ya está lleno. Se trata de un discreto Saab verde con un adhesivo en el que pone FUERZA POLICIAL pegado en la parte izquierda del parachoques, y otro que reza DROGAS NO, ABRAZOS sí en la derecha. Al volante del Saab, asombrado pero decidido a cumplir con su deber (sea el que sea) se halla Arnold *el Húngaro Loco* Hrabowski.

En fila, apoyados contra la pared de ladrillo de la comisaría están los Cinco

del Trueno. Llevan chalecos téjanos idénticos, con números 5 dorados bordados sobre el pecho izquierdo. Cinco pares de brazos carnosos se cruzan sobre cinco amplios pechos. Doc, Káiser Bill y Sonny llevan el pelo recogido en gruesas colas de caballo. Mouse esta noche lo lleva en prietas trenzas. En cuanto al de Beezer, le cae sobre los hombros, y a Jack le da la impresión de que se parece a Bob Seger en sus mejores tiempos. Los pendientes brillan. Los tatuajes se flexionan en los enormes bíceps. —Armand Saint Pierre —dice Jack al que está más cerca de la puerta—. Jack Sawyer. ¿De Bocados de Ed? —Extiende la mano y no se sorprende demasiado al ver que Beezer se limita a mirarla. Jack esboza una agradable sonrisa—. Nos ha ayudado mucho allí. Gracias.

Beez no dice nada.

—¿Cree que va a haber problemas cuando llegue el detenido? —pregunta Jack. Es como si le preguntara si cree que lloverá después de medianoche.

Beezer ve por encima del hombro de Jack que Dale, Bobby y Tom ayudan a George Potter a salir del coche patrulla y le escoltan con paso enérgico hasta la puerta trasera. Wendell Green levanta la cámara, y Danny Tcheda casi lo tira al suelo sin tener siquiera el placer de ver a qué cabrón ha golpeado.

—Cuidado, caraculo —se queja Wendell.

Mientras, Beezer honra a Jack —si es que esa es la palabra— con una mirada fría y breve.

—Bueno —dice—, veremos cómo acaba la cosa.

—Ya lo creo que lo veremos —contesta Jack. Se le ve casi contento. Intenta hacerse sitio para colocarse entre Mouse y Káiser Bill: los Cinco del Trueno más Uno. Y quizá porque se dan cuenta de que Jack no les teme, los dos hombrones le hacen un hueco. Jack también se cruza de brazos. Si tuviera un chaleco, un pendiente y un tatuaje, encajaría a la perfección.

El arrestado y quienes lo custodian recorren con rapidez la distancia que separa el coche del edificio. Justo antes de llegar a él, Beezer Saint Pierre, líder espiritual de los Cinco del Trueno y padre de Amy, a quien devoraron el hígado y la lengua, se coloca frente a la puerta. Sigue con los brazos cruzados. A la luz cruel de las farolas del aparcamiento, sus enormes bíceps parecen azules.

Bobby y Tom de repente parecen dos tipos víctimas de una gripe moderada. Dale parece de piedra. Y Jack sigue esbozando una dulce sonrisa, con los brazos plácidamente cruzados, como si mirase a todas partes y a ninguna al mismo

tiempo.

—Hazte a un lado, Beezer —dice Dale—. Quiero fichar a este hombre.

Y ¿qué hay de George Potter? ¿Está aturdido? ¿Resignado? ¿Ambas cosas a la vez? Es difícil de decir. Pero cuando los ojos azules inyectados en sangre de Beezer se encuentran con los ojos pardos de Potter, este no baja la mirada. Detrás de él, los curiosos del aparcamiento guardan silencio. Entre Danny Tcheda y Dit Jespersen, Andy Railsback y Morty Fine están boquiabiertos.

Wendell Green levanta la cámara y aguanta la respiración como un francotirador que tiene la suerte de poder pegarle un tiro —solo uno, cuidado— al general al mando.

—¿Mataste tú a mi hija? —pregunta Beezer. La pregunta, pronunciada en tono casi amable, es de alguna forma más terrible que cualquier grito desgarrador, y el mundo entero parece aguantar la respiración. Dale no mueve un músculo. En ese momento parece tan congelado como el resto. El mundo espera, y el único sonido es un triste silbido de alguna barca retenida en medio de la niebla del río.

—Señor, yo nunca he matado a nadie —responde Potter. Habla con suavidad y sin énfasis. Aunque no esperaba otra cosa, esas palabras aún hacen que a Jack se le encoja el corazón. Hay algo de dignidad dolorosa e inesperada en ellas. Es como si George Potter estuviera hablando en nombre de todos los buenos hombres perdidos del mundo.

—Apártate, Beezer —insiste Jack amablemente—. No querrás hacerle daño a este tipo.

Y Beezer, que de repente no parece estar nada seguro de sí mismo, se hace a un lado.

Antes de que Dale pueda poner al detenido en movimiento, se oye una voz alegre y estridente —sólo puede ser la de Wendell— que exclama:

—¡Eh! ¡Eh, Pescador! ¡Sonría a la cámara!

Todos miran alrededor, no solo Potter. Tienen que hacerlo; el grito ha sido tan insistente como el sonido de unas uñas al rascar lentamente una pizarra. Las blancas luces estroboscópicas recorren el aparcamiento nebuloso —¡uno! ¡dos! ¡tres! ¡cuatro!— y Dale gruñe.

—¡Venga, jodedme hasta hacerme gritar! ¡Venga, chicos! ¡Jack! ¡Jack, ven aquí!

Desde atrás, uno de los otros polis grita:

—¡Dale! ¿Quieres que me encargue de ese mamón?

—¡Déjalo en paz! —grita Dale, y entra. Cuando la puerta se cierra tras él y ya está en el vestíbulo con Jack, Tom y Bobby, Dale se da cuenta de lo seguro que ha estado de que Beezer simplemente le arrebataría el detenido. Y de que le partiría el cuello como a un pollo.

—¿Dale? —Debbi Anderson le llama en tono vacilante desde la mitad de la escalera—. ¿Va todo bien?

Dale mira a Jack, que sigue con los brazos cruzados, esbozando una sonrisa.

—Creo que sí —responde—. Al menos por ahora.

Veinte minutos después, Jack y Henry (este último caballero recuperado de la camioneta, y todavía igual de atildado) se sientan en el despacho de Dale. Más allá de la puerta cerrada, la estancia es un hervidero de conversaciones y risas; casi todos los polis de French Landing están ahí, y parece una condenada fiesta de Fin de Año. Se oyen gritos ocasionales y sonidos de palmadas que solo pueden provenir de chicos y chicas de azul que chocan los cinco, aliviados. Dentro de un momento Dale se encargará de poner fin a esa mierda, pero por el momento les deja seguir. Entiende cómo se sienten, aunque él ya no se siente de esa manera.

A George Potter le han tomado las huellas y la han encerrado en una celda, para que reflexione. Brown y Black, de la policía estatal, están en camino. Por ahora es suficiente. Por lo que al triunfo se refiere… bueno, algo en la sonrisa de su amigo y en sus ojos ausentes le han hecho postergar la sensación de triunfo.

—No pensaba que le dieras esa oportunidad a Beezer —dice Jack—. Has hecho bien. Podría haber habido un buen lío aquí mismo en River City si hubieras intentado reducirlo.

—Supongo que ahora me hago una idea mejor de cómo se siente —contesta Dale—. He perdido a mi propio hijo esta noche, y me he llevado un susto terrible.

—¿David? —exclama Henry, inclinándose hacia adelante—. ¿Está bien David?

—Sí, tío Henry. Dave está bien.

Dale vuelve a mirar al hombre que ahora vive en casa de su padre. Se acuerda de la primera vez que Jack posó sus ojos en Thornberg Kinderling. Por

entonces hacía solo nueve días que conocía a Jack (lo suficiente para formarse algunas opiniones favorables, pero no lo bastante para darse cuenta de lo realmente extraordinario que era Jack Sawyer). Aquel fue el día en que Janna Massengale en el Taproom le habló a Jack de la manía que Kinderling tenía cuando estaba un poco tocado, esa de taparse las fosas nasales con la mano vuelta hacia arriba.

Acababan de llegar a la comisaría de entrevistar a Jana; Dale conducía aquel día su propio vehículo, y había tocado el hombro de Jack cuando este estaba a punto de apearse.

—Si pronuncias un nombre, antes de cenar verás la cara a la que corresponde; eso solía decir mi madre.

Señaló hacia la calle Segunda, donde un tipo calvo y de hombros anchos acababa de salir del kiosco, con un periódico bajo el brazo y un paquete de tabaco por abrir en la mano.

—Ese es Thornberg Kinderling, en carne y hueso.

Jack se había inclinado hacia adelante sin hablar, con la mirada más penetrante (y quizá más despiadada) que Dale hubiese visto jamás.

—¿Quieres abordarle? —le había preguntado Dale.

—No. ¡Chist!

Jack sencillamente se había quedado sentado con una pierna en el coche de Dale y la otra fuera, sin moverse, con los ojos entornados. Dale habría dicho que ni respiraba. Jack observó a Kinderling abrir el paquete de cigarrillos, sacar uno, llevárselo a los labios y encenderlo. Observó a Kinderling ojear el titular del *Herald* y luego dirigirse a su coche, un Subaru 4x4. Lo vio entrar en él. Lo miró mientras se iba. Y en aquel momento, Dale cayó en la cuenta de que él mismo estaba conteniendo la respiración.

—¿Y bien? —le había preguntado cuando el coche de Kinderling se había alejado—. ¿Qué piensas?

—Creo que es él —había respondido Jack.

Solo que Dale había sabido algo más. Incluso entonces lo había sabido. Jack decía *creo* solo porque él y el jefe Dale Gilbertson de French Landing, Wisconsin, todavía no se conocían bien, estaban en la fase te-estoy-conociendo, en la fase estoy-em-pezando-a-trabajar-contigo. Lo que había querido decir era *sé*. Y aunque eso era imposible, Dale le había creído.

Ahora, sentado en su oficina, con Jack al otro lado de la mesa —su ayudante reacio pero con un talento inquietante—, Dale pregunta:

—¿Qué opinas? ¿Lo hizo él?

—Vamos, Dale, ¿cómo voy a…?

—No me hagas perder el tiempo, Jack, porque esos gilipollas de la policía estatal van a llegar en cualquier momento y van a sacar alegremente a Potter del talego. Supiste que era Kinderling en el instante en que lo viste, y estabas a media manzana de distancia. Has estado lo bastante cerca de Potter cuando lo he traído para poder contarle los pelos de la *nariz.* De modo que, ¿tú qué crees?

Jack es rápido; le ahorra el suspense y asesta el golpe:

—No —responde—. No es Potter. Potter no es el Pescador.

Dale sabía que Jack pensaría eso —lo ha sabido por la cara que ha puesto ahí fuera—, pero oírlo sigue siendo un golpe bajo. Se reclina en la silla, decepcionado.

—¿Deducción o intuición? —pregunta Henry.

—Ambas cosas —contesta Jack—. Y deja de mirarme como si hubiera pegado a tu madre, Dale. A lo mejor aún tienes la solución de este caso.

—¿Railsback?

Jack mueve la mano en un ademán que significa quizá sí, quizá no.

—Probablemente Railsback vio lo que el Pescador quería que viese… aunque lo de que llevara una sola zapatilla me intriga, y quiero preguntarle a Railsback sobre ella. Pero si el señor Una-Zapatilla *era* el Pescador, ¿por qué llevar a Railsback —y a nosotros— hasta Potter?

—Para que le perdamos el rastro —contesta Dale.

—Ah, pero ¿lo teníamos? —pregunta Jack con educación, y al ver que ninguno de los dos contesta, añade—: Pero pongamos que él *cree* que seguimos su rastro. Eso casi puedo creérmelo, sobre todo si acaba de recordar alguna cagada que haya cometido.

—Todavía no hemos sacado nada del teléfono del 7-Eleven, si es en eso en lo que estás pensando —señala Dale.

Jack parece hacer caso omiso del comentario. Aquella leve sonrisa vuelve a su rostro. Dale mira a Henry y ve a Henry mirar a Jack. La sonrisa del tío es más fácil de interpretar: alivio y placer. *Mira eso,* piensa Dale. *Se ha formado para hacer precisamente lo que está haciendo. Por Dios, hasta un ciego es capaz de*

verlo.

—¿Por qué Potter? —repite finalmente Jack—. ¿Por qué no uno de los Cinco del Trueno, o el hindú del 7-Eleven, o Ardis Walker de la tienda de cebos? ¿Por qué no el reverendo Hovdahl? ¿Qué motivo suele salir a la superficie cuando descubres una trampa para incriminar a alguien?

Dale lo considera.

—Un desquite —dice al fin—. Una venganza.

En la oficina, suena un teléfono.

—¡Callaos, callaos! —grita Ernie a los demás—. ¡Intentemos ser profesionales durante unos treinta segundos!

Mientras, Jack asiente con la cabeza mirando a Dale.

—Creo que tengo que interrogar a Potter, y a fondo.

Dale parece asustado.

—Pues entonces, será mejor que lo hagas ahora mismo, antes de que Brown y Black… —Se detiene, frunce el entrecejo con la cabeza ladeada. Un sonido sordo le ha distraído. Es bajo, pero aumenta.

—Tío Henry, ¿qué es eso?

—Motores —responde Henry de inmediato—. Muchos. Están al este, pero se acercan. Vienen de las afueras de la ciudad. Y no sé si te has dado cuenta, pero parece que aquí al lado se ha acabado el jolgorio, colega.

Corno si esas palabras dieran pie a otras, se oye a través de la puerta la exclamación desesperada de Ernie Therriault:

—Ohhhh, *¡mieeerda!*

Dit Jesperson:

—¿Qué…?

Ernie:

—Ve a buscar al jefe. Bueno, qué más da. Yo…

Llaman suavemente a la puerta, y al cabo de un instante Ernie contempla al grupo de expertos que se ha reunido. Se le ve tan sereno y marcial como siempre, pero sus mejillas han palidecido bastante bajo el bronceado veraniego, y una vena le palpita en medio de la frente.

—Jefe, acabo de recibir una llamada en el 911, hecha desde el Sand Bar.

—*Ese* antro —murmura Dale.

—Llamaba el camarero. Dice que unas cincuenta o setenta personas están en

camino.

Ahora, el sonido de los motores acercándose es muy fuerte. A Henry le suena como las quinientas millas de Indianápolis justo antes de que el coche guía se aparte por la cuenta que le trae y baje la bandera a cuadros.

—No me lo digas —dice Dale—. ¿Qué necesito para redondear el día? Déjame pensar. Vienen en busca de mi detenido.

—Eh… pues sí, señor, eso es lo que ha dicho el que llamaba. —Ernie asiente. Detrás de él, los otros polis permanecen en silencio. En ese momento a Dale no le parecen polis en absoluto, sino caras angustiadas dibujadas cruelmente en una docena de globos blancos (además de dos negros; no olvidemos a Pam Stevens y Bob Holtz). El sonido de los motores sigue creciendo.

—Quizá quiera saber otra cosa que ha dicho el que llamaba.

—Dios, ¿qué?

—Ha dicho que, eh… —Ernie busca una palabra que no sea *muchedumbre* —, que el grupo de protesta estaba liderado por la madre de la niña Freneau.

—Oh… Dios… mío —se lamenta Dale. Mira con pánico y frustración a Jack; es la mirada de un hombre que sabe que está soñando pero que no consigue despertar por mucho que lo intente—. Si pierdo a Potter, Jack, French Landing mañana por la mañana va a ser la primera noticia de la CNN.

Jack abre la boca para contestar, y el móvil que lleva en el bolsillo escoge ese preciso momento para empezar con su pitido irritante.

Henry cruza los brazos de inmediato y pone las manos bajo las axilas.

—A mí no me lo pases —dice—. Los teléfonos móviles provocan cáncer. Ya hemos hablado de eso.

Entretanto, Dale ha salido de la habitación. Mientras Jack busca el móvil (pensando que alguien ha escogido un momento catastrófico y terrible para preguntarle sobre sus preferencias en lo que a televisión se refiere), Henry sigue a su sobrino, caminando con rapidez, ahora con las manos ligeramente extendidas, moviendo los dedos como si pretendiera interpretar las corrientes de aire para saber si hay obstáculos. Jack oye a Dale decir que si ve *una sola arma desenfundada,* la persona que lo haya hecho se unirá a Arnie Hrabowski en la lista de suspendidos. Jack está pensando exactamente en una sola cosa: nadie va a llevarse a Potter a ningún sitio hasta que Jack Sawyer haya tenido tiempo de

formularle unas cuantas preguntas peliagudas. Ni en broma.

Abre el móvil y dice:

—Ahora no, quienquiera que seas. Tenemos…

—Hola-hola, Viajero Jack —dice la voz al otro lado de la línea, y Jack Sawyer retrocede de nuevo en el tiempo.

—*¿Speedy?*

—El mismo —contesta Speedy. De pronto desaparece ese acento. La voz adquiere un tono enérgico y comercial—. Y como un detective de homicidios le diría a otro, hijo, creo que deberías visitar el baño privado del jefe Gilbertson. Cuanto antes.

Fuera hay tantos coches que podrían hacer temblar el edificio. Jack tiene un mal presentimiento; lo ha tenido desde que ha oído a Ernie decir quién estaba a la cabeza del desfile de locos.

—Speedy, ahora no tengo tiempo de visitar ningún sitio…

—No tienes tiempo de ver cualquier otro sitio —lo interrumpe Speedy con frialdad. Pero ahora es el otro. El tipo duro llamado Parkus—. Lo que vas a encontrar ahí podrás utilizarlo dos veces. Pero si no lo utilizas rápidamente la primera vez, no necesitarás la segunda. Porque ese hombre va a estar sobre una farola.

Y, sin más, Speedy desaparece.

Cuando Tansy conduce a los muy dispuestos clientes hacia el aparcamiento del Sand Bar, no hay nada parecido al escándalo carnavalero que fuera la nota dominante del repugnante hatajo de Bocados de Ed. Aunque la mayoría de los tipos que hemos conocido en Bocados de Ed han pasado la velada en el bar, dándole de moderada a seriamente a la botella, se han sumido en un silencio casi fúnebre mientras siguen a Tansy al exterior del bar y ponen en marcha sus coches y camionetas. La suya, sin embargo, es una actitud no solo fúnebre sino feroz. Tansy ha captado algo de Gorg, algún veneno potente, y se lo ha pasado a los demás.

En el cinturón de los pantalones lleva una pluma de cuervo.

Doodles Sanger la coge por el brazo y la guía con dulzura hacia la camioneta International Harvester de Teddy Runkleman. Cuando Tansy se dirige a la

trasera abierta del vehículo (en la que ya hay dos hombres y una mujer corpulenta vestida con un uniforme de camarera de rayón blanco), Doodles la desvía hacia la cabina.

—No, cariño —dice Doodles—, tú te sientas aquí. Ponte cómoda.

Doodles quiere ese último sitio en la trasera de la camioneta. Ha visto algo, y sabe exactamente qué tiene que hacer. Doodles es rápida con las manos, siempre lo ha sido.

La niebla no es muy espesa a esa distancia del río, pero después de que dos docenas de coches y camionetas hayan dado la vuelta en el sucio aparcamiento, siguiendo a la International con un solo piloto trasero de Teddy Runkleman, ya casi no se ve el bar.

Dentro de él, solo queda una media docena de personas (de alguna forma inmunes a la voz poderosa e inquietante de Tansy). Uno de ellos es Queso Apestoso, el camarero. Apestoso tiene muchos tesoros líquidos que proteger ahí dentro, de modo que no va a ir a ninguna parte. Cuando llame al 911 y hable con Ernie Therriault, lo hará de mal humor. Ya que él no puede ir con los demás a divertirse, por lo menos podrá estropearles el buen rato.

Veinte coches abandonan el Sand Bar. Cuando la caravana pasa por delante de Bocados de Ed (el camino que conduce a este se halla acordonado con cinta amarilla) y el letrero de NO PASAR junto al sendero cubierto de maleza que lleva hasta aquella casa olvidada y extraña (que no está acordonada, pues, de hecho, nadie ha advertido su existencia siquiera), la caravana ya llega a los treinta vehículos. Hay cincuenta coches y camionetas bajando por los dos carriles de la Nacional 35 en el momento en que la muchedumbre llega a Goltz, y cuando pasa por delante del 7-Eleven, debe de haber ya ochenta vehículos o más y alrededor de doscientas cincuenta personas. El mérito de este aumento rápido y poco natural es del consabido teléfono móvil.

Teddy Runkleman, que por extraño que parezca está callado (en realidad tiene miedo de la mujer pálida que se sienta a su lado, con esa boca gruñona y esos ojos grandes que no parpadean), detiene la vieja camioneta frente a la entrada del aparcamiento de la comisaría de Frenen Landing. La calle Sumner es muy empinada en ese punto, y pone el freno de mano. Los demás vehículos se detienen detrás de él, llenando la calle de lado a lado, en medio del retumbar de sus silenciadores oxidados y las quejas de los tubos de escape rotos.

Los faros desiguales atraviesan la niebla como reflectores de luz en un estreno de cine. El olor húmedo y a pescado de la noche queda camuflado por los olores de gasolina quemada, aceite hirviendo y embragues gastados de tanto patinar. Al cabo de un momento, todas las puertas de los coches se abren para cerrarse enseguida y de golpe. Pero no hay conversación. No se oyeron gritos ni vítores indecorosos. Esta noche no. Los recién llegados se reúnen en grupos alrededor de sus coches, observando a los ocupantes de la camioneta de Teddy apearse de ella o saltar de la trasera, observando a Teddy rodear el vehículo hasta la puerta del acompañante, tan atento como un adolescente que llega al baile del instituto con su chica, observándole ayudar a la joven esbelta que ha perdido a su hija. La niebla parece delinearla de alguna forma y conferirle un extraño halo eléctrico, del mismo azul de las luces de sodio en los brazos de Beezer. La multitud exhala un suspiro colectivo (y curiosamente cariñoso) al verla. Ella es la que los relaciona a todos. Durante toda su vida, Tansy Freneay ha sido la olvidada (incluso Cubby Freneau acabó olvidándola, largándose a Green Bay y dejándola aquí ocupada en trabajos poco ortodoxos y valiéndose de la ayuda estatal para criar a su hija). Solo Irma se acordaba de ella, solo Irma cuidaba de ella, y ahora Irma está muerta. No está aquí para ver (a menos que esté mirando desde el cielo, piensa Tansy en una parte distante y remota de su mente) a su madre, idolatrada de repente. Tansy Freneau se ha convertido esta noche en el personaje más querido en el corazón y los ojos de French Landing. No en su mente, porque la mente de French Landing ha desaparecido provisionalmente (quizá ha sido en busca de su propia conciencia), pero sí es la más querida por los corazones y miradas del pueblo. Y ahora, tan delicada como lo fue de niña, Doodles Sanger se acerca a esta mujer de rabiosa actualidad. Lo que Doodles ha visto en el suelo de la camioneta de Teddy era un viejo trozo de cuerda, sucio y grasiento pero lo bastante grueso para lo que lo necesita. Bajo el pequeño puño de Doodles cuelga la soga que sus hábiles manos han urdido de camino hacia la ciudad. Se la pasa a Tansy, que la levanta en la luz nebulosa.

La multitud exhala otro suspiro.

Con la soga en alto, como una Diógenes en busca de un hombre honesto en lugar de un caníbal al que linchar, Tansy camina (con aspecto delicado a pesar de su sudadera manchada de sangre) hacia el aparcamiento. Teddy, Doodles y Freddy Saknessum la siguen, y detrás de ellos va el resto. Se acercan a la

comisaría igual que una marea.

Los Cinco del Trueno siguen apoyados contra la pared de ladrillo, con los brazos cruzados.

—¿Qué coño hacemos? —pregunta Mouse.

—No sé tú —contesta Beezer—, pero yo voy a quedarme aquí hasta que me echen, cosa que seguramente harán. —Está mirando a la mujer que sostiene la soga en alto. Es un tío corpulento y ha pasado por muchas situaciones peliagudas, pero esa chávala lo asusta con sus grandes ojos en blanco, semejantes a los ojos de una estatua. Y lleva algo pegado al cinturón. Una cosa negra. ¿Es un cuchillo? ¿Alguna clase de puñal?—. Y no voy a pelear, porque no funcionará.

—Van a cerrar la puerta con llave, ¿no? —inquiere Doc, nervioso—. Quiero decir, los polis cerrarán la puerta.

—Supongo —contesta Beezer sin dejar de mirar a Tansy Freneau—, pero si esos tíos quieren a Potter, van a tenerlo bastante fácil. *Míralos,* por Dios. Hay por lo menos doscientos.

Tansy se detiene, todavía con la soga en alto.

—Sacadlo de ahí dentro —dice. La voz es más fuerte de lo normal, como si algún médico le hubiera escondido astutamente un amplificador en la garganta —. Sacadlo de ahí dentro. ¡Entregadnos al asesino!

Doodles se une al reclamo:

—¡Sacadlo de ahí dentro!

Y Teddy:

—*¡Entregadnos al asesino!*

Y Freddy:

—*¡Sacadlo de ahí dentro! ¡Entregadnos al asesino!*

Y el resto. Podría parecer la banda sonora de *El bombardeo del tejón* de George Rathburn, pero en lugar de «¡Bloquea ese lanzamiento!» o «¡Adelante, Wisconsin!», están gritando *¡SACADLO DE AHÍ! ¡ENTREGADNOS AL ASESINO!*

—Van a cargárselo —murmura Beezer. Se vuelve hacia sus colegas, con una expresión fiera y a la vez temerosa en los ojos. El sudor empieza a perlarle la

frente ancha con gotas gruesas, perfectas—. Cuando los tenga a todos frenéticos a tope, vendrá con ellos pegados detrás. No corráis, ni siquiera descrucéis los brazos. Y cuando os cojan, dejadles hacer. Si mañana queréis ver la luz del día, *dejad que ocurra.*

La multitud, que está cubierta hasta las rodillas por una niebla que parece leche desnatada desparramada, sigue coreando *¡SACADLO DE AHÍ! ¡ENTREGADNOS AL ASESINO!*

Wendell Green también grita, pero eso no le impide seguir sacando fotos.

Porque, joder, una historia como esta solo se tiene una vez en la vida.

De la puerta que queda detrás de Beezer les llega un chasquido. *Sí, la han cerrado,* piensa. *Gracias, capullos.*

Pero no es la llave sino el picaporte. La puerta se abre. Jack Sawyer sale. Pasa junto a Beezer sin mirarle ni reaccionar mientras Beez murmura:

—Eh, tío, en tu lugar yo no me acercaría a ella.

Jack avanza despacio pero sin vacilar hacia la tierra de nadie que separa el edificio y la muchedumbre con la mujer al frente, la Estatua de la Libertad con la soga del ahorcado en alto, en lugar de la antorcha. Con su sencilla camiseta gris sin cuello y sus pantalones oscuros, Jack parece el caballero de un antiguo cuento romántico dirigiéndose a proponer matrimonio a una dama. Las flores que tiene en la mano ayudan a dar esa impresión. Estas pequeñas flores blancas son lo que Speedy le ha dejado detrás del lavabo en el baño de Dale, un ramo blanco de una fragancia imposible.

Son lirios de los valles, y proceden de los Territorios. Speedy no le ha dejado ninguna explicación sobre cómo usarlas, pero Jack no la necesita.

La multitud se sume en el silencio. Solo Tansy, perdida en el mundo que Gorg ha creado para ella, sigue gritando: *¡Sacadlo de ahí! ¡Entregadnos al asesino!* No cesa hasta que Jack está justo delante de ella, y él no se engaña pensando que es su cara atractiva o su impresionante cuerpo lo que pone fin a la repetitiva frase. Es el olor de las flores, ese olor dulce y vibrante, el contrario de la fetidez intensa que flotaba en Bocados de Ed.

Los ojos de ella se despejan… por lo menos un poco.

—Sacadlo de ahí —le dice a Jack, y casi suena como si formulase una pregunta.

—No —contesta Jack, y la palabra está llena de una ternura que rompe el corazón—. No, cariño.

Detrás de ellos, Doodles Sanger piensa en su padre por primera vez en unos veinte años, y se echa a llorar.

—Sacadlo de ahí —ruega Tansy, a quien se le llenan los ojos de lágrimas—. Traedme al monstruo que mató a mi preciosa niña.

—Si lo tuviera, lo haría —responde Jack—. Quizá lo haría. —Aunque sabe que no sería así—. Pero el tipo que tenemos no es el que tú buscas. No es él.

—Pero Gorg ha dicho que…

Esa es una palabra que él conoce. Una de las palabras que Judy Marshall intentó comerse. Jack, que no está en los Territorios pero tampoco del todo en este mundo ahora mismo, extiende el brazo y coge la pluma del cinturón de ella.

—¿Gorg te ha dado esto?

—Sí.

Jack deja caer la pluma y la pisa. Por un instante cree *(sabe)* que la nota zumbar con *fuerza* bajo la suela del zapato, como una avispa medio aplastada. Entonces se detiene.

—Gorg miente, Tansy. Sea lo que sea Gorg, miente. El hombre que hay ahí dentro no es él.

Tansy profiere un intenso gemido y suelta la cuerda. Detrás de ella, la muchedumbre exhala un suspiro.

Jack la rodea con un brazo y vuelve a pensar en la dolorosa dignidad de George Potter; piensa en todos los que se han perdido, luchando siempre sin un solo límpido amanecer de los Territorios para allanarles el camino. Ella se abraza a él, oliendo a sudor, pesar, locura y licor de café.

—Yo lo atraparé por ti, Tansy —le murmura Jack al oído.

Ella se pone tensa.

—Tú…

—Sí.

—Tú… ¿me lo prometes?

—Sí.

—¿No es él?

—No, cariño.

—¿Me lo juras?

Jack le da los lirios y le dice:

—Por mi madre.

Ella acerca la nariz a las flores y aspira hondo. Cuando levanta de nuevo la cabeza, Jack observa que el peligro la ha abandonado, pero no la locura. Ahora es uno de los perdidos. Tiene algo metido dentro. Quizá, si detienen al Pescador, ese algo la abandone. A Jack le gustaría creerlo.

—Alguien tiene que llevar a esta señora a casa —dice Jack. Habla en tono bajo y familiar, pero aun así llega a la multitud—. Está muy triste y cansada.

—Yo lo haré —se ofrece Doodles. Tiene las mejillas relucientes de lágrimas —. Yo la llevaré en la camioneta de Teddy, y si él no me deja las llaves, lo noquearé. Yo…

Y entonces empieza de nuevo el coro, en esta ocasión desde la parte de atrás de la multitud: *¡SACADLO DE AHÍ! ¡ENTREGADNOS AL ASESINO! ¡ENTREGADNOS AL PESCADOR! ¡SACAD AL PESCADOR!* Por unos instantes solo lo recita una voz, y luego unas cuantas más, titubeantes, empiezan a sumarse prestando armonía a la cantinela.

Todavía apoyado contra la pared, Beezer Saint Pierre se lamenta:

—Oh, mierda. Ya estamos otra vez.

Jack le ha prohibido a Dale que salga al aparcamiento con él, con el argumento de que su uniforme podría excitar a la multitud. No le ha mencionado el pequeño ramo de flores que llevaba en la mano, y Dale no ha reparado en él; estaba demasiado aterrorizado por perder a Potter en el primer linchamiento de Wisconsin en doscientos años. Aun así, ha seguido a Jack hasta el piso de abajo y se ha apropiado de la mirilla de la puerta por derecho de antigüedad.

Los demás miembros de la policía de French Landing siguen en el piso de arriba, mirando por las ventanas. Henry le ha ordenado a Bobby Dulac que le retransmita los acontecimientos. Incluso en ese estado de preocupación por Jack (Henry cree que hay por lo menos un cuarenta por ciento de probabilidades de que la muchedumbre lo pisotee o descuartice), a Henry le divierte y le halaga ver

que Bobby está haciendo de George Rathburn sin darse cuenta.

—De acuerdo, Hollywood está ahí fuera… se acerca a la mujer… no da muestras de tener miedo… los demás están en silencio… parece que Jack y la mujer están hablando… y, ¡santo Dios, le da un ramo de flores! ¡Qué estratagema!

«Estratagema» es uno de los términos deportivos favoritos de George Rathburn, como en *La estratagema de la carrera relámpago del equipo de los Brewers fracasó de nuevo anoche en Miller Park.*

—¡Ella se *da la vuelta*! —exclama Bobby, exultante. Le agarra el hombro a Henry y se lo sacude—. Por todos los santos, ¡creo que ya está! ¡Creo que Jack la ha calmado!

—Hasta un ciego puede ver que la ha calmado —apunta Henry.

—Justo a tiempo, además —dice Bobby—. Ahí está Canal Cinco, y hay otra camioneta con uno de esas grandes jirafas naranjas encima… de la Fox-Milwaukee, creo, y…

—¡Sacadlo de ahí dentro! —grita otra voz de fuera. Suena falsa e indignada —. *¡Entregadnos al asesino! ¡Entregadnos al Pescador!*

—¡Oh, nooo! —se lamenta Bobby, e incluso ahora suena como George Rathburn, diciéndole a su audiencia de la mañana siguiente que ha empezado a emitir otro *Bombardeo el tejón*—. ¡Ahora nooo, no con la tele aquí! ¡Eso es…!

—*¡Sacad de ahí al Pescador!*

Henry ya sabe de quién se trata. Pese a las dos capas de cristal reforzado y la altura, se le hace imposible confundir ese grito agudo que recuerda un ladrido.

Wendell Green entiende su trabajo; nunca cometamos el error de creer que no es así. Su trabajo consiste en *informar* de las noticias, *analizar* las noticias, a veces *fotopropagar* las noticias. Su trabajo no es *hacer* las noticias. Pero esta noche no puede evitarlo. Esta es la segunda vez en las últimas doce horas que una historia de las que consagran una carrera ha llegado a sus manos avariciosas y suplicantes, para serle arrebatada en el último segundo.

—*¡Sacadlo de ahí!* —grita Wendell. La fuerza salvaje de su voz le sorprende y a continuación le estremece—. *¡Entregadnos al asesino! ¡Entregadnos al Pescador!*

El sonido de otras voces añadiéndose a la suya provocan una avalancha increíble. Es, como solía decir su antiguo compañero de habitación en la universidad, un verdadero *rompebraguetas.*

Wendell da un paso adelante, con el pecho hinchado, las mejillas arreboladas, una creciente confianza en sí mismo. Advierte que la camioneta del canal 5 de Noticias en Acción se acerca lentamente a él a través de la multitud. Pronto habrá focos de distintas potencias brillando a través de la niebla; habrá cámaras de televisión grabando bajo su cruda luz. ¿Y qué? Si la mujer de la sudadera manchada de sangre al final ha sido demasiado niñata para defender a su propia hija, ¡Wendell lo hará! ¡Wendell Green, el vivo ejemplar de la responsabilidad cívica! ¡Wendell Green, *líder despueblo*!

Empieza a mover la cámara arriba y abajo. Resulta estimulante. ¡Es como estar de nuevo en la universidad! ¡En un concierto de Skynyrd! ¡Fumado! Es como…

Hay un inmenso destello de luz frente a los ojos de Wendell Green. Entonces las luces se apagan. Todas ellas.

—*¡ARNIE LE HA GOLPEADO CON LA LINTERNA!* —grita Bobby a pleno pulmón. Coge al tío ciego de Dale por el hombro y lo hace girar en un círculo delirante. Un intenso olor a Acqua Velva desciende hacia Henry, que sabe que Bobby va a besarle en las mejillas, al estilo francés, un segundo antes de que lo haga. Y cuando la narración de Bobby se reanuda, suena tan transportado como George Rathburn en esas pocas ocasiones en que los equipos deportivos superan la adversidad y se llevan el oro.

—¿Puede creerlo? *El Húngaro Loco le ha golpeado con su querida linterna y… ¡GREEN SE HA DESPLOMADO!¡JODER, EL HÚNGARO LOCO HA DEJADO FUERA DE COMBATE AL REPORTERO GILIPOLLAS ESE, EL FAVORITO DE TODO EL MUNDO! ¡BRAVO POR TI, HRABOWSKI!*

Alrededor de ellos, los polis se ríen a mandíbula batiente. Debbi Anderson empieza a cantar *We are the champions* y otras voces se añaden enseguida.

Corren tiempos bien extraños en French Landing, piensa Henry. Está de pie con las manos en los bolsillos, sonriendo, escuchando el revuelo. Su sonrisa no es hipócrita; está contento. Pero también está inquieto. Teme por Jack. Teme por

todos ellos, en realidad.

—Buen trabajo, tío —le dice Beezer a Jack—. Vaya par de huevos que tienes.

Jack asiente con la cabeza.

—Gracias.

—No voy a preguntarte otra vez si ese era el tipo. Si tú dices que no lo es, no lo es; pero si hay cualquier cosa que podamos hacer para ayudarte a encontrar al que sí lo es, simplemente llámanos.

Los demás miembros de los Cinco del Trueno asienten entre murmullos; Káiser Bill le da una palmadita amistosa a Jack en el hombro. Es probable que le salga un moratón.

—Gracias —repite Jack.

Antes de que pueda llamar a la puerta, está se abre. Dale lo coge y le da un fuerte abrazo. Cuando sus torsos se tocan, Jack nota que el corazón de Dale late con fuerza y rapidez.

—Me has salvado el pellejo —le susurra Dale al oído—. Cualquier cosa que pueda hacer…

—Puedes hacer algo, sí —responde Jack, llevándole hacia el interior—. He visto otro coche de polis detrás de las camionetas de la prensa. No puedo asegurarlo, pero creo que este era azul.

—Uyuyuy —dice Dale.

—Uyuyuy, ya lo creo que sí. Necesito como mínimo veinte minutos con Potter. Podría no conseguir nada, pero podría conseguir mucho. ¿Serás capaz de distraer a Brown y a Black durante veinte minutos?

Dale le brinda a su amigo una sonrisita algo sombría.

—Me ocuparé de que dispongas de media hora. Como mínimo.

—Genial. Y la cinta del 911 del Pescador, ¿todavía la tienes?

—Iba junto con el resto de pruebas para entregarles a Brown y Black al hacerse cargo ellos del caso. Un agente se la ha llevado esta tarde.

—Dale, *¡no!*

—Tranquilo, tío. Tengo una copia a salvo en mi mesa.

Jack se golpea el pecho.

—No me des sustos como ese —dice.

—Lo siento —se disculpa Dale, pensativo. *Al verte ahí fuera, no hubiera pensado que tuvieras miedo de nada.*

A mitad de la escalera, Jack recuerda a Speedy diciéndole que podría usar dos veces lo que le había dejado en el baño… pero le ha dado las flores a Tansy Freneau. Mierda. Entonces ahueca las manos para cubrirse la nariz, inspira y sonríe.

Después de todo, quizá todavía las tenga.

17

George Potter está sentado en la litera de la tercera celda junto a un pasillo que huele a meados y desinfectante. Está mirando por la ventana hacia el aparcamiento, que últimamente ha sido escenario de mucha excitación y que aún está lleno de gente que pulula por ahí. Oye el sonido de las pisadas de Jack al aproximarse, pero no se vuelve.

Mientras camina, Jack pasa por delante de dos letreros. En el primero se lee UNA LLAMADA SIGNIFICA UNA SOLA LLAMADA. El segundo reza: REUNIONES DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS LUNES A LAS 19 HORAS. REUNIONES DE TOXICÓMANOS ANÓNIMOS JUEVES A LAS 18 HORAS. Hay una fuente polvorienta y un antiguo extintor contra incendios, al que algún listillo ha puesto un rótulo con las palabras GAS HILARANTE.

Jack llega a la celda y da unos golpecitos en uno de los barrotes con las llaves de su casa. Potter se vuelve al fin. Jack, todavía en ese estado de hiperconciencia que reconoce ahora como una especie de residuo de los Territorios, se percata de la verdad esencial sobre ese hombre con solo mirarle. Está en sus ojos hundidos y en las oscuras ojeras; está en las mejillas cetrinas y en las sienes levemente hundidas con sus delicados ramilletes de venas; está en la prominencia demasiado afilada de la nariz.

—Hola, señor Potter —lo saluda—. Quiero hablar con usted, y tendremos que darnos prisa.

—Querían cogerme —dice Potter.

—Sí.

—Quizá debería haber dejado usted que me llevaran. De todas formas, tres o

cuatro meses más y ya estaré fuera de la carrera.

Jack lleva en el bolsillo de la camisa la tarjeta electrónica que le ha dado Dale, y la utiliza para abrir la puerta de la celda. Se oye un áspero zumbido cuando esta se desliza pesadamente por el corto riel. Cuando Jack extrae la tarjeta el zumbido cesa. Abajo, en la sala principal de la comisaría, brillará ahora una luz ambarina y las palabras CELDA NÚMERO 3.

Jack entra y se sienta en el extremo de la litera. Ha vuelto a guardar el manojo de llaves, pues no quiere que el olor metálico estropee el perfume de los lirios.

—¿Dónde lo padece?

Sin preguntarle a Jack cómo lo sabe, Potter levanta una mano nudosa —la mano de un carpintero— y se toca la parte central del tronco. Luego la deja caer.

—Me empezó en los intestinos. Hace ya cinco años. Tomé las pastillas y me puse las inyecciones como un buen chico. Eso fue en La Riviere. Esa cosa… joder, me hacía vomitar, por los rincones y en todas partes. Una vez vomité en mi propia cama y ni siquiera me di cuenta. Desperté a la mañana siguiente con el vómito medio seco en el pecho. ¿Sabe lo que es eso, hijo?

—Mi madre tenía cáncer —dice Jack en voz baja—. Cuando yo tenía doce años. Luego se le fue.

—¿Consiguió vivir cinco años?

—Más.

—Tuvo suerte —dice Potter—. Sin embargo, al final acabó con ella, ¿no es así?

Jack asiente con la cabeza.

Potter asiente a su vez. Aún no son exactamente amigos, pero la cosa va en esa dirección. Es la manera de trabajar de Jack; siempre lo ha sido.

—Esa mierda se le mete a uno dentro y espera —explica Potter—. Mi teoría es que *nunca* desaparece. Sea como fuere, se acabaron las inyecciones, y las pastillas, también. Excepto las que quitan el dolor. Vine aquí para acabar de una vez.

—¿Por qué? —No se trata de algo que Jack necesite saber, y les queda poco tiempo, pero es su técnica, y no va a abandonar una técnica que funciona solo porque haya un par de polis estatales cabezotas esperando ahí abajo para llevarse a su hombre. Dale va a tener que retenerles, eso es todo.

—Es una ciudad pequeña pero bastante bonita. Y me gusta el río. Bajo todos los días. Me gusta ver el sol reflejarse en el agua.

A veces pienso en todos los empleos que tuve, en Wisconsin, Minnesota, Illinois, y otras veces no es que piense en gran cosa. Hay veces en que simplemente me quedo ahí sentado en la ribera y me siento en paz.

—¿A qué se dedicaba usted, señor Potter?

—Empecé como carpintero, igual que Jesús. Progresé hasta hacerme constructor, entonces la cosa me fue demasiado grande. Cuando a un constructor le pasa eso, normalmente da vueltas por ahí en busca de un contratista. Amasé tres o cuatro millones de dólares, tuve un Cadillac, tuve a una jovencita muy guapa que me encendía las brasas los viernes por la noche. Sin problemas. Entonces lo perdí todo. Lo único que eché de menos fue el Cadillac. Era más suave de llevar que la mujer. Me dieron la mala noticia y me vine para acá. —Mira a Jack—. ¿Sabe qué pienso a veces? Que French Landing está cerca de un mundo mejor, uno en que las cosas tienen mejor aspecto y huelen mejor. En el que quizá la gente *actúe* mejor. No me mezclo por ahí con la gente, no soy lo que se dice una persona amigable, pero eso no significa que no sienta las cosas. Se me ha metido en la cabeza esa idea de que no es demasiado tarde para ser decente. ¿Cree que estoy loco?

—No —responde Jack—. Yo mismo vine aquí más o menos por eso. Le contaré cómo veo yo la cosa. ¿Sabe? Es como si uno cubre una ventana con una manta delgada: el sol sigue brillando a través de ella.

George Potter le contempla con unos ojos que han cobrado vida de pronto. Jack ni siquiera tiene que acabar de exponer su idea, lo cual ya le va bien. Ha encontrado la onda en la que sintonizar con Potter —casi siempre lo hace, es como un don— y ha llegado el momento de ir al grano.

—Usted sí que sabe —se limita a decir Potter.

Jack asiente con la cabeza. —¿Sabe por qué está aquí?

—Creen que maté a la niña de esa mujer. —Potter indica con la cabeza hacia la ventana—. La que estaba ahí fuera y sostenía una soga. Pues no lo hice. Eso es lo que sé.

—De acuerdo. Eso ya es algo. Ahora escúcheme.

Muy rápidamente, Jack expone la cadena de acontecimientos que ha llevado a Potter hasta esa celda. Potter frunce el entrecejo a medida que Jack habla, y

entrelaza sus grandes manos.

—¡Railsback! —exclama al fin—. ¡Debí haberlo sabido! Ese condenado viejo entrometido, siempre haciendo preguntas, siempre preguntando si quieres jugar a cartas o echar una partida de billar o, no sé, ¡jugar al parchís, por el amor de Dios! Y todo para hacerte preguntas. Maldito plasta metomentodo…

Jack percibe algo más en ese tono, y le deja continuar durante un rato. Con cáncer o sin él, ese viejo ha sido arrancado de su rutina normal sin excesiva piedad y necesita desahogarse un poco. Si le interrumpe para ganar tiempo, lo que conseguirá será perderlo. Le resulta difícil mostrarse paciente (¿conseguirá Dale retener a esos dos gilipollas?; prefiere no saberlo), pero la paciencia es necesaria. Sin embargo, cuando Potter empieza a ampliar el alcance de su ataque (Morty Fine aparece por algún abuso, como también lo hace el amiguete de Railsback, Irv Throneberry), Jack mete baza.

—El caso es, señor Potter, que Railsback siguió a alguien hasta su habitación. No, esa no es la forma adecuada de expresarlo. Railsback fue *guiado* hasta su habitación.

Potter no contesta; solo permanece sentado mirándose las manos. Pero asiente con la cabeza. Es viejo, está enfermo y va a estarlo más aún, pero no tiene un pelo de estúpido.

—La persona que guió a Railsback —continúa Jack— fue, casi con absoluta seguridad, la misma persona que dejó las *polaroids* de los niños muertos en su armario.

—Ajá, eso tiene sentido. Y si tenía fotos de esos crios muertos, era probablemente el que les mató.

—Correcto. Así pues, he de preguntarme…

Potter hace un ademán de impaciencia.

—Supongo que sé lo que se pregunta usted. A quién de por estos lares le gustaría ver al Potsie de Chicago colgando por el cuello. O por las pelotas.

—Exacto.

—No quiero fastidiarle la fiesta, amigo, pero no se me ocurre nadie.

—¿No? —Jack enarca las cejas—. ¿Nunca hizo negocios por aquí? ¿No construyó alguna casa o proyectó algún campo de golf?

Potter levanta la cabeza y, con una sonrisa, responde:

—Por supuesto que sí. ¿Cómo cree sino que iba a saber lo bonito que es esto,

en especial en verano? ¿Conoce esa parte de la ciudad que se llama Libertyville, la que tiene todas esas calles encantadoras como Camelot y Avalen?

Jack asiente con la cabeza.

—Pues yo construí la mitad de esas casas —añade Potter—. Allá por los setenta. Había un tipo por ahí en aquel entonces… un jamelgo al que conocía de Chicago… o que me parecía conocerle… ¿Estaba en el negocio? —Esto último Potter parece preguntárselo a sí mismo. En cualquier caso, hace un rápido gesto de negación con la cabeza—. No me acuerdo. De todas formas no tiene importancia. ¿Cómo iba a tenerla? Ese tipo era ya mayorcito entonces, ahora debe de estar muerto. Eso fue hace mucho tiempo.

Pero Jack, que interroga como Jerry Lee Lewis tocaba el piano, cree que *sí* importa. En la sección habitualmente sombría de su mente en que tiene su guarida la intuición se están encendiendo las luces. No muchas todavía, pero quizá más de unas cuantas.

—Un jamelgo —repite, como si nunca hubiese oído esa palabra—. ¿Qué es eso?

Potter le dirige una breve mirada de irritación.

—Un ciudadano que… bueno, no exactamente un *ciudadano.* Alguien que conoce a la gente que tiene contactos. O quizá en ocasiones la gente con contactos le llama a él. A lo mejor se hacen favores mutuamente. Un jamelgo. No es lo mejor que uno puede ser en el mundo.

No, piensa Jack. *Pero ser un jamelgo puede hacer que uno consiga un Cadillac suave de conducir como aquel.*

—¿Fue usted alguna vez un jamelgo, George? —Ahora ha tenido que intimar un poco más con él. Esa no es una pregunta que Jack pueda formularle si le llama «señor Potter».

—Tal vez —admite Potter a regañadientes tras considerarlo unos instantes—. Tal vez lo fui. Allá en Chicago. En Chicago, uno tenía que hacer favores y untar a la gente si quería conseguirse los contratos grandes. No sé cómo están las cosas allí ahora, pero en aquellos tiempos, un contratista limpio era un mal contratista, ¿sabe?

Jack asiente con la cabeza.

—El mayor negocio que hice jamás fue una promoción de viviendas en el South Side de Chicago —prosigue Potter—. Justo igual que en aquella canción

sobre el malísimo Leroy Brown. —Suelta una risilla cascada. Por un instante no está pensando en el cáncer, o en acusaciones falsas, o en que casi le linchan. Está viviendo en el pasado, y quizá sea un poco sórdido, pero es mejor que el presente: que la litera encadenada a la pared, el retrete de acero, el cáncer desparramándosele en las entrañas—. Joder, ese sí que fue *grande, y* no le engaño. Un montón de dinero federal, pero los peces gordos locales decidían adonde iba a parar finalmente la pasta. Y yo y ese otro tipo, ese jamelgo, nos la disputábamos como en una carrera de caballos… —Se interrumpe y contempla a Jack con los ojos muy abiertos—. ¿Es usted un mago o algo así?

—No sé a qué se refiere —responde Jack—. Simplemente sigo aquí sentado.

—*Ese* tipo fue el que luego se presentó aquí. ¡Ese era el jamelgo!

—No le sigo, George —dice Jack, pero cree que sí lo hace. Y aunque está empezando a sentirse excitado no lo demuestra más que cuando la camarera le habló del pequeño gesto que hacía Kinderling al presionarse la nariz.

—Es probable que no sea nada —continúa Potter—. El tipo tenía un montón de razones para no sentir gran cariño hacia mí, pero debe de estar muerto. Por el amor de Dios, si ya habría pasado los ochenta.

—Háble me de él —pide Jack.

—Era un jamelgo —dice Potter, como si eso lo explicara todo—, y debe de haberse metido en problemas en Chicago o en los alrededores, porque cuando apareció aquí, estoy seguro de que utilizaba un nombre distinto.

—¿Cuándo fue que le timó usted en el proyecto de viviendas, George?

Potter sonríe, y algo en el tamaño de sus dientes y en la forma en que parecen sobresalir de las encías le permite a Jack advertir cuan rápidamente la muerte se acerca a ese hombre. Siente un leve escalofrío y la carne de gallina, pero devuelve la sonrisa con bastante facilidad. Así es también cómo trabaja.

—Si vamos a hablar de jamelgos y timos será mejor que me tutees y me llames Potsie.

—Muy bien, Potsie. ¿Cuándo fue que timaste a ese tío en Chicago?

—Eso es fácil de recordar —dice Potter—. Fue en el verano en que se iniciaron las pujas, pero los peces gordos aún andaban comentando lo de que el año anterior los hippies habían acudido a la ciudad para dejarles un ojo morado a los polis y al alcalde. De modo que yo diría que corría el año 1969. Lo que ocurrió fue que yo le había hecho un gran favor al comisionado de la

constructora, y que le haría otro a una anciana que pesaba mucho en esa promoción de viviendas en igualdad de oportunidades auspiciada por el alcalde. Así que cuando se hicieron públicas las pujas, la mía recibió especial consideración. Ese otro tipo, el jamelgo… no me cabe duda de que su oferta fue inferior. Sabía cómo desenvolverse en esos asuntos y debía de tener sus propios contactos, pero en esa ocasión yo jugaba con ventaja. —Sonríe. Sus horripilantes dientes aparecen para volver a desaparecer—. ¿Que qué pasó con la oferta del jamelgo? Pues que de alguna forma se pierde por el camino. Llega demasiado tarde. Mala suerte. Potsie de Chicago se queda con el encargo. Entonces, cuatro años más tarde, el jamelgo aparece aquí, para pujar en la obra de Libertyville. Solo que en esa segunda ocasión en que le derroté, todo fue perfectamente limpio. No eché mano de ningún recurso. Me encontré con él en el bar del hotel Nelson la noche antes de que se adjudicara el contrato, solo por casualidad. Y me dijo: «Tú eras ese tipo de Chicago». Y yo le contesté: «Hay montones de tipos en Chicago». Verás, ese tío era un jamelgo, pero era uno que daba *miedo.* Siempre le rodeaba una especie de hedor. No sé expresarlo de una manera mejor. Sea como fuere, yo era grandote y fuerte en aquellos tiempos, y podía ser violento, pero en esa ocasión fui bastante manso. Incluso después de un par de copas fui de lo más manso.

»"Sí (me dijo él entonces), hay un montón de tipos en Chicago, pero solo uno que me estafó. Aún tengo el culo pelado por eso, Potsie, y tengo muchísima memoria." En cualquier otro momento, con cualquier otro tipo, quizá le hubiese preguntado qué tal seguiría su memoria después de encontrarse en el suelo con un buen golpe en la cabeza, pero con él sencillamente lo dejé correr. No intercambiamos ni una palabra más. Se marchó. Creo que nunca más volvía a verle, pero supe de él de tanto en cuando mientras trabajaba en la obra de Libertyville. Sobre todo a través de mis obreros. Por lo visto el jamelgo se estaba construyendo una casa privada en French Landing. Para cuando se retirase. No es que entonces fuese lo bastante mayor para retirarse, pero sí estaba entradito en años. Yo diría que tenía cincuenta y tantos… y eso fue en el 72.

—Se estaba construyendo una casa aquí, en la ciudad —reflexiona Jack.

—Ajá. Tenía un nombre, además, como una de esas casas inglesas. Birches, la Casa del Lago, la Mansión Beardsley, ya sabes.

—¿Qué nombre?

—Mierda, ni siquiera consigo recordar el nombre del jamelgo, ¿cómo esperas que recuerde el de la casa que construyó?; pero de una cosa *sí* que me acuerdo: a ninguno de mis obreros le gustaba. Se ganó cierta reputación.

—¿Mala?

—La peor. Ocurrieron accidentes. Un tipo se cortó limpiamente una mano con una sierra de cinta y a punto estuvo de morir desangrado antes de que le llevaran al hospital. Otro se cayó de un andamio y acabó paralizado… eso que llaman tetrapléjico. ¿Sabes qué significa?

Jack asiente con la cabeza.

—Es la única casa de la que he oído decir que estaba encantada incluso antes de que la terminasen —añade Potter—. Tengo entendido que se vio obligado a acabar la mayor parte de ella por sí mismo.

—¿Qué otras cosas se decía sobre ese lugar? —Jack plantea la pregunta en tono despreocupado, como si no le importara gran cosa la respuesta, pero le importa muchísimo. Nunca ha oído hablar de una casa supuestamente encantada en French Landing. Sabe que no lleva ahí el tiempo suficiente ni mucho menos como para haber escuchado todos los relatos y leyendas del lugar, pero algo como eso… uno habría creído que algo así saldría a la luz bastante pronto.

—Ah, amigo, no consigo recordarlo. Solo que… —Potter hace una pausa, con la mirada distante. En el exterior del edificio la multitud empieza por fin a dispersarse.

Jack se pregunta cómo le irá a Dale con Brown y Black. El tiempo parece pasar muy deprisa, y aún no ha obtenido lo que necesita de Potter. Lo que ha conseguido hasta ahora es solo lo suficiente como para tentarle.

—Un tipo me explicó que allí nunca brillaba el sol ni siquiera cuando brillaba —agrega Potter de pronto—. Dijo que la casa estaba un poco apartada de la carretera, en un claro, y que debería haberle dado el sol al menos cinco horas al día en el verano, pero que de alguna manera… no le daba. Dijo que los chicos perdían sus sombras, justo igual que en un cuento de hadas, y que eso no les gustaba. Y que a veces oían gruñir a un perro entre los árboles. Sonaba como uno muy grande y fiero, pero nunca lo vieron. Supongo que ya sabes cómo son esas cosas. Las historias se inician y de alguna manera se van alimentando a sí mismas… —Hunde los hombros de pronto. Baja la cabeza—. Eso es todo cuanto consigo recordar.

—¿Qué nombre utilizaba ese tipo cuando estaba en Chicago?

—No lo recuerdo.

De pronto, Jack tiende las manos para ponérselas debajo de la nariz a Potter, abiertas. Este no las ve hasta que las tiene ahí, y se encoge, jadeante. Inhala profundamente el aroma que agoniza en la piel de Jack.

—¿Qué…? Dios, ¿qué es eso? —Potter le coge una de las manos y vuelve a inhalar, con avaricia—. Amigo, eso huele bien, ¿qué es?

—Lirios de los valles… —responde Jack, pero no es eso lo que piensa. Lo que piensa es *el recuerdo de mi madre*—. ¿Qué nombre utilizaba el jamelgo cuando estaba en Chicago?

—Era… algo parecido a *Beerstein.* No es ese exactamente, pero se le acerca. Es lo más que puedo hacer.

—*Beerstein* —repite Jack—. ¿Y cuál era su nombre cuando apareció en French Landing tres años después?

De pronto se oyen voces airadas en las escaleras.

—¡No me importa! —grita alguien. A Jack le parece reconocer a Black, el más oficioso—. Es nuestro caso, es nuestro prisionero, y vamos a llevárnoslo. ¡Ahora mismo!

Dale:

—No se lo discuto. Solo digo que el papeleo…

Brown:

—Ah, a la mierda el papeleo. Nos lo llevaremos con nosotros.

—¿Cómo se llamaba en French Landing, Potsie?

—No consigo… —Potsie vuelve a cogerle las manos a Jack. Las del propio Potsie están secas y frías. Huele las palmas de Jack, con los ojos cerrados. En la larga exhalación que viene después, dice—: Burnside. Chummy Burnside. Chummy es un apodo que se le pone a la gente agradable, pero él no lo era. El apodo era una broma. Creo que su nombre real pudo haber sido Charlie.

Jack aparta las manos. Charles *Chummy* Burnside. Antaño conocido por *Beerstein.* O algo parecido.

—¿Y la casa? ¿Cómo se llamaba la casa?

Brown y Black se acercan ahora por el pasillo, con Dale correteando tras ellos. *No queda tiempo,* se dice Jack. *Maldita sea, de haber dispuesto solo de cinco minutos más…*

Y entonces Potsie dice:

—Casa Negra. No sé si es así que se llamaba o es cómo llegaron a llamarla los obreros que trabajaban en ella, pero ese era su nombre, seguro.

Jack abre mucho los ojos. Le pasa por la cabeza la imagen de la acogedora sala de estar de Henry Leyden, y de él sentado con una copa junto al codo y leyendo sobre Jarndyce y Jarndyce.

—¿Has dicho Casa *desolada*?[2]

—Casa *negra* —corrige Potsie con impaciencia—. Porque de verdad lo *era*. Era…

—Oh, por todos los santos —suelta uno de los agentes estatales con un tono como de «mira a quién tenemos aquí» que hace que a Jack le dé la sensación de que ha de recomponer su expresión facial. Es la voz de Brown, pero cuando Jack alza la vista es al compañero de Brown al que tiene delante.

—Hola, chicos —saluda Jack levantándose de la litera.

—¿Qué hace usted aquí, Hollywood? —pregunta Black.

—Solo charlar un poco y esperarles a ustedes —responde Jack, y esboza una sonrisa radiante—. Supongo que quieren a este tipo.

—Supone bien, maldita sea —gruñe Brown—. Y como nos haya jodido el caso…

—No creo que lo haya hecho —lo interrumpe Jack. Es un forcejeo, pero se las apaña para hablar en tono amistoso. Se dirige entonces a Potter—: Estará más seguro con ellos que aquí en French Landing, señor.

George Potter vuelve a parecer ausente. Resignado.

—De todas formas ya no importa gran cosa —dice, y sonríe al ocurrírsele algo—. Si el viejo Chummy aún sigue vivo, y se encuentra con él, quizá pueda preguntarle si aún tiene el culo pelado por esa estafa que le hice en el 69. Y dígale que Potsie de Chicago le manda saludos.

—¿De qué coño están hablando? —interviene Brown, furioso.

Ha sacado las esposas y es obvio que ansia ceñírselas a George Potter en las muñecas.

—De los viejos tiempos —responde Jack. Hunde las perfumadas manos en los bolsillos y sale de la celda. Les sonríe a Brown y Black—. Nada que les concierna a ustedes.

El agente Black se vuelve hacia Dale.

—Está usted fuera de este caso —dice—. Son palabras bien simples. No puedo expresarlo con mayor claridad. Así que dígame algo de una vez por todas, jefe: ¿me ha entendido?

—Por supuesto que sí —contesta Dale—. Llévense el caso y que les aproveche. Pero déjese ya de sermones, ¿quiere? Si esperaba que me quedase cruzado de brazos mientras un hatajo de borrachos del Sand Bar sacaba a este hombre a rastras de Lucky y le linchaba…

—No trate de parecer más estúpido de lo que ya parece —suelta Brown—. Se han enterado de su nombre gracias a sus llamadas policiales.

—Lo dudo —dice Dale en voz baja, pensando en el móvil azul del drogadicto que tomara prestado del almacén de pruebas.

Black agarra a Potter de un enjuto hombro, le da una maliciosa sacudida y luego le empuja con tanta fuerza hacia la puerta al final del pasillo que el hombre casi se cae. Potter se recobra, con el rostro demacrado lleno de pesar y dignidad.

—Agentes —llama Jack. No lo dice muy alto ni en tono airado, pero ambos se vuelven—. Abusen una vez más del prisionero en mi presencia y tendré al teléfono a los que cortan el bacalao en Madison en cuanto hayan salido por la puerta, y créanme, a mí me escucharán. Su actitud es arrogante, coactiva y contraproducente para la resolución de este caso. Su capacidad para favorecer la cooperación entre departamentos sencillamente no existe. Su forma de actuar es poco profesional y deja en muy mal lugar al estado de Wisconsin. O se comportan como deben o les garantizo que para el viernes próximo estarán buscando trabajo de guardias de seguridad.

Aunque su tono de voz permanece inalterable, Black y Brown parecen encogerse a medida que habla. Para cuando termina, tienen la pinta de un par de niños castigados. Dale está mirando a Jack maravillado. Solo a Potter parece no afectarle aquello; se está mirando las manos esposadas con unos ojos que podrían estar a kilómetros de distancia.

—Ahora váyanse —ordena Jack—. Llévense a su prisionero, llévense los informes del caso y piérdanse.

Black abre la boca para hablar, y vuelve a cerrarla. Se marchan. Cuando la puerta se cierra tras ellos, Dale mira a Jack y dice muy suavemente:

—Guau.

—¿Qué?

—Si tú no lo sabes —contesta Dale—, yo no voy a decírtelo.

Jack se encoge de hombros.

—Potter les mantendrá ocupados, lo cual nos deja libres para hacer un poco de trabajo de verdad. Si lo de esta noche tiene un lado bueno, es precisamente ese.

—¿Qué has conseguido averiguar de él? ¿Tienes algo?

—Un nombre. Quizá no signifique nada. Charles Burnside. Alias Chummy. ¿Has oído hablar de él?

Dale adelanta el labio inferior y tira de él con expresión pensativa. Al cabo de unos segundos niega con la cabeza.

—El nombre me suena de algo, pero tal vez la razón sea que se trata de uno muy común. El alias no me dice nada.

—Era un constructor, un contratista, un trapichero de Chicago de hace más de treinta años. Según Potsie, por lo menos.

—Potsie —repite Dale. Al letrero de UNA LLAMADA SIGNIFICA UNA SOLA LLAMADA se le está levantando una esquina, y Dale la presiona hacia abajo con el aire de un hombre que no sabe en realidad qué está haciendo—. Tú y él habéis intimado mucho, ¿eh?

—No —contesta Jack—. Él y Burnside intimaron. Y el agente Black no tiene ni idea de lo de la Casa Negra.

—Estás chiflado. ¿Qué casa negra?

—En primer lugar, es un nombre propio. Casa con C mayúscula. Negra con N mayúscula. ¿Nunca has oído hablar de una casa que se llame así por aquí?

Dale ríe.

—Dios santo, no.

Jack sonríe a su vez, pero de pronto se trata de su sonrisa de interrogatorio, no de la de «estoy discutiendo cosas con mi amigo». Porque ahora es un detective de homicidios. Y ha visto un leve parpadeo muy curioso en los ojos de Dale Gilbertson.

—¿Estás seguro? Tómate un momento. Piénsalo bien.

—Ya te he dicho que no. La gente de por aquí no le pone nombres a sus casas. Oh, creo que la señorita Graham y la señorita Pentle llaman a su casa de enfrente de la biblioteca la Madreselva, porque esta recubre toda la valla frontal,

pero es la única que he oído nombrar por aquí.

De nuevo, Jack advierte ese parpadeo. Potter es el hombre al que la policía del estado de Wisconsin va a acusar de asesinato, pero Jack no ha visto ni un solo parpadeo semejante en sus ojos durante su entrevista. Porque Potter ha sido franco con él.

Dale no está siendo franco.

Pero tengo que ir con cuidado con él, se dice Jack. *Porque* no sabe *que no está siendo franco. ¿Cómo es posible eso?*

Como si se tratara de una respuesta, oye la voz de Potsie: *Un tipo me dijo que allí nunca brillaba el sol ni siquiera cuando brillaba. .. dijo que los chicos perdían sus sombras, igual que en un cuento de hadas.*

La *memoria* es una sombra; cualquier poli que trate de reconstruir un crimen o un accidente a partir de los contradictorios relatos de los testigos lo sabe muy bien. ¿Será así la Casa Negra de Potter? ¿Algo que no arroja sombra alguna? La respuesta de Dale (ahora se ha vuelto del todo hacia el letrero que se desprende, para ocuparse de él con la misma seriedad que podría dedicarle a una víctima de infarto en plena calle, para administrarle la resucitación cardiopulmonar tal como indica el manual antes de que llegue la ambulancia) le sugiere a Jack que en efecto podría tratarse *exactamente* de eso. Tres días atrás no se habría permitido considerar siquiera semejante idea, pero tres días atrás no había regresado a los Territorios.

—Según Potsie, esa casa tenía fama de estar encantada incluso antes de que acabaran de construirla —añade Jack para presionarle un poco.

—No. —Dale se dirige hacia el letrero que indica las reuniones de Alcohólicos Anónimos y Toxicómanos Anónimos. Sin mirar a Jack examina cuidadosamente la cinta adhesiva que lo sujeta—. No me suena para nada.

—¿Seguro? Un hombre casi murió desangrado. Otro sufrió una caída que le dejó tetrapléjico. La gente se quejaba… oye esto, Dale, que sí que es bueno: según Potsie, la gente se quejaba de perder su sombra. No conseguían verse las sombras ni siquiera al mediodía, con el sol brillando con toda su fuerza. ¿No te parece increíble?

—Desde luego, pero no recuerdo ninguna historia semejante.

Cuando Jack se acerca a Dale, este se aparta. Casi se escabulle, aunque el jefe Gilbertson no es corrientemente de esos hombres que se escabullen. Le

resulta levemente divertido, un poco triste, un poco espantoso. Jack está seguro de que ni siquiera es consciente de lo que hace. Sí que *hay* una sombra. Jack la ve, y en algún nivel Dale *sabe* que la ve. Si Jack le presiona demasiado, Dale va a tener que verla también… y Dale no quiere hacerlo. Porque es una sombra *mala.* ¿Es peor acaso que un monstruo que mata niños para luego comerse trozos selectos de sus cuerpos? Por lo que parece, una parte de Dale así lo cree.

Podría hacerle ver esa sombra, piensa Jack. *Podría ponerle las manos bajo la nariz, mis manos perfumadas de lirios de los valles, y forzarlo a verla. Una parte de él incluso* desea *verla. La parte de poli de Homicidios.*

Entonces, otra parte de Jack habla con el dejo de Speedy Parker que ahora recuerda de su infancia. *Podría provocarle a una crisi nerviosa, Jack. Dios sabe que etá bien serca de una, depué de todo lo que ha pasao dede que se llevaron al niño Irkenham. ¿Quiere arriegarte a eso? Y ¿para qué? No sabía el nombre, en eso sí que ha sido franco.*

—¿Dale?

Dale le dirige a Jack una mirada rápida, brillante, para luego volver a apartar los ojos. El dejo furtivo de esa breve mirada casi le rompe el corazón a Jack.

—¿Qué?

—Vayamos a tomar una taza de café.

Ante ese cambio de tema, el rostro de Dale se llena de agradecido alivio. Le da una palmada a Jack en el hombro.

—¡Buena idea!

Una idea fantástica, aquí y ahora mismo, piensa Jack, y sonríe. Existe más de una manera de despellejar a un gato, y más de una forma de encontrar una Casa Negra. Ha sido un día muy largo. Tal vez lo mejor sea dejarlo correr. Al menos por esta noche.

—¿Qué pasa con Railsback? —pregunta Dale cuando bajan con estruendo las escaleras—. ¿Todavía quieres hablar con él?

—Puedes apostar a que sí —responde Jack con bastante energía, pero abriga pocas esperanzas con respecto a Andy Railsback, un testigo escogido que vio exactamente lo que el Pescador quería que viese. Con una pequeña excepción… quizá. La zapatilla desparejada. Jack no sabe si con eso va a llegar a alguna parte, pero podría ser que sí. En un tribunal, por ejemplo, como eslabón identificador…

Esto nunca va a acabar en los tribunales y tú lo sabes. Es posible que ni siquiera acabe en este m…

Sus pensamientos se ven interrumpidos por una oleada de alegres vítores cuando entran en la combinación entre oficina policial y centro de despachos. Los miembros del Departamento de Policía de French Landing se han puesto en pie y aplauden. Dale se suma a ellos.

—Dios santo, chicos, dejadlo ya —pide Jack, riendo y ruborizándose al mismo tiempo; pero no va a mentirse a sí mismo diciéndose que no le produce cierto placer esa ronda de aplausos. Siente la calidez que emana de ellos; ve la luz de su admiración. Aunque esas cosas no son importantes, le hacen sentir como si volviera a casa, y eso sí lo es.

Cuando Jack y Henry salen de la comisaría alrededor de una hora más tarde, Beezer, Mouse y Káiser Bill aún están ahí. Los otros dos han vuelto a las Casas de los Clavos para poner al corriente a las distintas damas de los acontecimientos de esta noche.

—Sawyer —dice Beezer.

—Sí —responde Jack.

—Si hay algo que podamos hacer, dínoslo. ¿Lo entiendes, tío? *Cualquier cosa*.

Jack observa pensativo al motorista, preguntándose cuál es su historia… aparte del dolor que siente, claro. El dolor de un padre. Los ojos de Beezer continúan fijos en los suyos. A un lado, un poco más allá, Henry Leyden ha levantado la cabeza para olisquear la niebla del río, tarareando algo en lo más hondo de la garganta.

—Mañana, alrededor de las once, pasaré a ver a la madre de Irma —dice Jack—. ¿Te parece que tú y tus amigos podréis encontraros conmigo en el Sand Bar hacia el mediodía? Tengo entendido que ella vive cerca de allí. Os invitaré a todos a una ronda de limonadas.

Beezer no sonríe, pero su mirada se torna levemente más cálida.

—Allí estaremos.

—Eso está bien —contesta Jack. —¿Te importaría decirme para qué? —Hay un sitio que hace falta encontrar. —¿Tiene algo que ver con quienquiera que

matase a Amy y los otros niños? —Tal vez.

Beezer asiente con la cabeza. —Con tal vez me basta.

Jack conduce despacio de regreso al valle de Norway, y no solo a causa de la niebla. Aunque todavía es temprano, está absolutamente agotado, y tiene la sensación de que a Henry le ocurre lo mismo. No porque esté en silencio (Jack ha llegado a acostumbrarse a los ocasionales períodos de letargo de Henry), sino por el silencio en la camioneta en sí. En circunstancias normales, Henry es un oyente de radio compulsivo, que cambia constantemente de una emisora de La Riviere a otra, comprueba la KDCU de ahí, en la ciudad, para luego mover el dial en busca de las de Milwaukee, Chicago, quizá incluso de Omaha, Denver y San Luis, si las condiciones lo permiten. Un aperitivo de música marchosa por aquí, una ensalada de espiritual negro por allá, quizá una pizca de Perry Como por el extremo del dial. Esta noche no, sin embargo. Esta noche Henry sencillamente permanece en silencio con las manos cruzadas en el regazo. Al final, cuando ya están a poco más de tres kilómetros del camino de entrada a su casa, Henry dice:

—Esta noche nada de Dickens, Jack. Me voy derecho a la cama.

El cansancio en la voz de Henry sobresalta a Jack, le hace sentir inquieto. Henry no parece él mismo ni ninguno de sus personajes de radio; en este momento tan solo se le oye viejo y cansado, cercano al agotamiento total.

—Yo también —dice Jack, tratando de que su voz no revele que se siente preocupado. Henry capta cada matiz vocal. En eso resulta un poco espeluznante.

—¿Qué tienes en mente para los Cinco del Trueno, si puedo preguntártelo?

—No estoy del todo seguro —responde Jack, y a lo mejor porque está cansado consigue que Henry pase por alto esa mentira. Pretende que Beezer y sus colegas empiecen a buscar el lugar de que le ha hablado Potsie, el lugar en que las sombras tienen la costumbre de desaparecer. Al menos allá por los años setenta lo hacían. También tenía previsto preguntarle a Henry si ha oído hablar alguna vez de una vivienda en French Landmg conocida como la Casa Negra. Ahora no, sin embargo. No después de oír lo destrozado que suena Henry. Mañana, quizá. Casi seguro que lo hará, de hecho, porque Henry es un recurso demasiado bueno para no utilizarlo. Pero primero más vale dejarle reciclarse un poco.

—Tienes la cinta, ¿no?

Henry extrae parcialmente la cinta con la llamada del Pescador al 911 del bolsillo de la camisa, y vuelve a guardarla.

—Sí, mamá; pero no creo que pueda escuchar esta noche a un asesino de niños pequeños, Jack. Ni aun cuando entres y la oigas conmigo.

—Mañana, entonces —dice Jack, confiando en que al hacerlo no esté condenando a muerte a otro niño de French Landing.

—No estás del todo seguro de eso.

—No —admite Jack—, pero que escuches la cinta con los oídos embotados podría hacer más daño que bien. De eso sí estoy seguro.

—Será lo primero que haga por la mañana, te lo prometo.

La casa de Henry está ahora delante de ellos. La luz, que solo da sobre el garaje, hace que parezca todavía más solitaria, pero por supuesto Henry no necesita luces en el interior para encontrar el camino.

—Henry, ¿estarás bien?

—Sí —responde Henry, pero a Jack no le suena muy seguro.

—Esta noche nada de la Rata —le dice Jack con firmeza.

—No.

—Lo mismo sea dicho de Shake, el jeque, el jaque.

Henry esboza una sonrisa.

—Ni siquiera una cuña publicitaria de George Rathbun sobre la Chevrolet de French Landing, donde el precio es rey y uno nunca paga ni un centavo de intereses durante los primeros seis meses con el crédito autorizado. Derecho a la cama.

—Yo también —dice Jack.

Una hora después de haberse tendido y de apagar la lámpara de la mesilla de noche, Jack sigue sin conciliar el sueño. Rostros y voces le dan vueltas en la cabeza como dementes manecillas de reloj. O como un tiovivo en un camino desierto.

Tansy Freneau: *Traedme al monstruo que mató a mi preciosa niña.*

Beezer Saint Pierre: *Veremos cómo acaba la cosa.*

George Potter: *Esa mierda se le mete a uno dentro y espera. Mi teoría es que en realidad nunca desaparece.*

Speedy, una voz del pasado distante a través de una clase de teléfono que era

ciencia ficción cuando Jack le conoció: *Como un detective de homicidios le diría a otro, hijo, creo que deberías visitar el baño privado del jefe Gilbertson. Cuanto antes.*

Como un detective de homicidios le diría a otro, exacto.

Y sobre todo, una y otra vez, Judy Marshall: *Uno no dice simplemente estoy perdido y no sé cómo volver… sigues en la misma dirección…*

Sí, pero en la misma dirección ¿hacia dónde? *¿Dónde?*

Por fin se levanta y sale al porche con la almohada bajo el brazo. Es una noche cálida; en el valle de Norway, los últimos vestigios de la niebla, que en ningún momento ha sido densa, han desaparecido ya, arrastrados por un suave viento del este. Jack titubea, para descender después los peldaños, vestido en ropa interior. El porche no le parece bien, sin embargo. Fue donde encontró aquella caja infernal con los sellos de sobres de azúcar.

Camina más allá de su camioneta, más allá de la pajarera hasta llegar al campo que da al norte. Encima de él hay millones de estrellas. Los grillos canturrean con suavidad en la hierba. La senda de su escapada a través del heno y el fleo ha desaparecido, o quizá ahora esté entrando en el campo en un lugar diferente.

Cuando se ha adentrado un poco, se tiende boca arriba, se coloca la almohada bajo la cabeza y contempla las estrellas. *Solo durante un ratito.*, se dice. *Solo hasta que todas esas voces fantasmales hayan salido de mi mente. Solo por un ratito.*

Mientras piensa eso, empieza a adormecerse.

Mientras piensa eso, emigra.

Sobre su cabeza, la disposición de las estrellas cambia. *Ve* formarse las nuevas constelaciones. ¿Cuál es esa, donde hace un instante estaba la Osa Mayor? ¿Será el Opopónaco Sagrado? Tal vez lo sea. Oye un crujido grave y agradable y sabe que se trata del molino que viera al saltar esa mismísima mañana, miles de años antes. No necesita mirarlo para estar seguro, no más de lo que precisa mirar hacia donde se alzaba su casa y comprobar que una vez más se ha convertido en un granero.

Crac… crac… crac: grandes aspas de madera que giran impulsadas por el mismo viento del este. Solo que ahora el viento es infinitamente más dulce, infinitamente más puro. Jack se lleva una mano a la cinturilla de los pantalones y

nota un tejido áspero. Nada de calzoncillos boxer en este mundo. Su almohada también ha cambiado. La espuma se ha convertido en plumón de oca, pero sigue siendo cómoda. Más cómoda que nunca, en realidad. La siente suave bajo la cabeza.

—Le cogeré, Speedy —musita Jack Sawyer dirigiéndose a las nuevas formas en las nuevas estrellas—. Por lo menos lo intentaré.

Se duerme.

Cuando despierta, es temprano por la mañana. La brisa ha amainado. En la dirección de la que procedía una brillante franja naranja ilumina el horizonte: el sol ha iniciado su camino. Se siente rígido, le duele el trasero y está mojado de rocío, pero ha descansado. El crujido constante y rítmico ha desaparecido, lo que no le sorprende. Desde el instante en que ha abierto los ojos ha sabido que estaba de nuevo en Wisconsin. Y sabe algo más: puede regresar. Siempre que quiera. El verdadero Coulee Country, el Coulee *Country profundo* no está más que a un deseo y un ademán de distancia. Eso le llena de alegría y temor a partes iguales.

Jack se levanta y vuelve descalzo hacia la casa, con la almohada bajo el brazo. Calcula que deben de ser las cinco de la mañana. Tres horas más de sueño harán que esté preparado para cualquier cosa. En los peldaños del porche, palpa el algodón de sus calzoncillos. Aunque tiene la piel húmeda, estos están casi secos. Por supuesto que lo están. Durante la mayor parte de las horas que ha dormido al raso (como pasara tantas noches aquel otoño en que tenía doce años) ni siquiera los llevaba puestos. Estaban en alguna otra parte.

—En la Tierra del Opopónaco —dice Jack, y entra en la casa. Tres minutos más tarde vuelve a estar dormido, esta vez en su propia cama. Cuando a las ocho despierta, con el sol derramándose a través de la ventana, casi podría creer que ese último viaje suyo ha sido un sueño.

Pero en lo profundo de su corazón sabe que no es así.

18

¿Recuerdan aquellas furgonetas de la prensa que entraron en el aparcamiento de la comisaría? ¿Y la contribución de Wendell Green al alboroto general, antes de que el agente Hrabowski le golpeara con su linterna gigantesca y lo enviara al país de los sueños? Cuando los ocupantes de las furgonetas de prensa comprendieron que al parecer era inevitable una revuelta popular, podemos estar seguros de que aprovecharon la ocasión, ya que a la mañana siguiente sus filmaciones de la noche brutal dominan las pantallas de televisión de todo el estado. A las nueve en punto, la gente de Racine y Milwaukee, la gente de Madison y Delafield y los que viven tan al norte del estado que necesitan antenas parabólicas para poder ver la tele, levantan la vista de sus tortitas, de sus cuencos de cereales Special K, de sus huevos fritos y sus bollos con mantequilla para ver cómo un policía menudo y nervioso acababa con la carrera como demagogo de un rechoncho periodista, noqueándolo con un objeto contundente. Y también podemos estar seguros de otra cosa: en ningún otro lugar estas filmaciones serán observadas de forma tan amplia y compulsiva como en French Landing y las localidades vecinas de Centralia y Arden.

Pensando en varias cosas a la vez, Jack Sawyer lo observa todo en un pequeño televisor portátil que tiene en la encimera de la cocina. Espera que Dale Gilbertson no revoque la orden de suspensión de Arnold Hrabowski, aunque tiene la fuerte sospecha de que el Húngaro Loco pronto irá de nuevo vestido de uniforme. Dale solo *cree* que lo quiere fuera de las fuerzas policiales; tiene el corazón demasiado blando para escuchar los ruegos de Arnie sin transigir (y después de lo de anoche, hasta un ciego puede ver que Arnie va a suplicarle). Jack también tiene la esperanza de que el horrible Wendell Green sea despedido

o acabe convertido en una vergüenza. Los periodistas no deben implicarse en sus historias, y ahí estaba el viejo bocazas de Wendell, aullando y pidiendo sangre como un hombre lobo. No obstante, Jack tiene la deprimente impresión de que Wendell Green sabrá librarse de sus dificultades actuales (esto es, que *mentirá* para librarse de ellas) y seguirá molestando y haciendo ruido. Y Jack está cavilando sobre la descripción de Andy Railsback del viejo repulsivo que trataba de abrir las puertas de la segunda planta del hotel Nelson.

Allí estaba, el Pescador, al fin con forma propia. Un viejo vestido de azul y con una zapatilla a rayas negras y amarillas, como un abejorro. Andy Railsback se había preguntado si ese viejo con aspecto desagradable se habría escapado del Centro Maxton. Se trataba de una idea interesante, pensó Jack. Si *Chummy* Burnside era el hombre que había colocado las fotos en la habitación de George Potter, Maxton sería un escondite perfecto para él.

Wendell Green está viendo las noticias en la tele Sony de la habitación del hotel. No puede dejar de mirar la pantalla, a pesar de que lo que ve le afecta con una mezcla de sentimientos —rabia, vergüenza y humillación— que le revuelve el estómago. El chichón que tiene en la cabeza le palpita con fuerza, y cada vez que ve a esa especie de poli barato persiguiéndole con la linterna en alto, hunde los dedos entre el espeso cabello rizado en la parte posterior de la cabeza para palparlo suavemente. El maldito bulto es del tamaño de un tomate maduro a punto de estallar. Ha tenido suerte de no sufrir una conmoción. ¡Ese mequetrefe podría haberle matado!

De acuerdo, a lo mejor él se pasó un poco, a lo mejor dio un paso más allá de los límites profesionales; nunca ha dicho que sea perfecto. Los tipos de la prensa local le joroban, con todas estas paridas de Jack Sawyer. ¿Quién es el mejor cubriendo el caso del Pescador? ¿Quién ha estado al pie del cañón desde el primer día, contándoles a los ciudadanos lo que tienen que saber? ¿Quién les ha informado, todos los puñeteros días? ¿Quién le *puso ese nombre al tipo*? No lo hicieron esos cabezas huecas y repeinadas de Bucky y Stacey, esos periodistas quiero-y-no-puedo y presentadores que sonríen a la cámara enseñando sus dientes enfundados, eso seguro. Wendell Green es una leyenda por aquí, una estrella, lo más parecido a un gigante del periodismo que nunca haya tenido la parte oeste de Wisconsin. Incluso en Madison, el nombre de Wendell Green significa… bueno, excelencia incuestionable. Y si el nombre de Wendell Green

es como el parangón de oro, esperen a que cabalgue sobre los hombros manchados de sangre del Pescador camino del premio Pulitzer.

De modo que el lunes por la mañana tiene que ir a la oficina a calmar a su editor. Vaya gran cosa. No es la primera vez ni será la última. Los grandes periodistas tienen altos y bajos; nadie lo admite, pero es así, esa es la letra pequeña que solo se lee cuando es demasiado tarde. Sabe muy bien qué va a decir apenas entre en el despacho del editor: *La historia más importante del día, y ¿vio usted a otros periodistas allí?* Y cuando tenga de nuevo al editor comiéndole en la palma de la mano, cosa que pasará a los diez minutos justos, intentará sacar el tema de un vendedor de Goltz llamado Fred Marshall. Una de las fuentes más fiables de Wendell ha sugerido que el señor Marshall cuenta con información interesante sobre su criatura especial, especialísima: el caso del Pescador.

Arnold Hrabowski, que ahora es un héroe para su querida esposa Paula, está viendo las noticias inmerso en un sopor poscoital y pensando en que ella tiene razón: debería llamar al jefe Gilbertson y pedirle que le revoque la suspensión.

Mientras con una mitad de la mente se pregunta dónde podría buscar al viejo adversario de George Potter, Dale Gilbertson observa a Bucky y Stacey narrar una vez más el espectáculo del Húngaro Loco haciéndose cargo de Wendell Green, y piensa que realmente debería reincorporar al pobre tipo. ¿No han visto el estupendo porrazo que dio Arnie? Dale no puede evitarlo, ese *swing* le ha alegrado el día. Es como ver a Mark McGuire, como observar a Tiger Woods.

Sola, en su casita oscura junto a la carretera nacional, Wanda Kinderling, a la que hemos mencionado de vez en cuando, está escuchando la radio. ¿Por qué escucha la radio? Hace unos meses tuvo que decidir entre pagar la factura de la televisión por cable y comprarse otro litro de vodka Aristocrat, y, perdonad, Bucky y Stacey, pero Wanda se dejó llevar por el impulso, siguió a su corazón. Sin tele por cable, su televisor muestra poco más que nieve y una gruesa línea negra que sube por la pantalla en una espiral interminable. De todos modos, Wanda siempre ha odiado a Bucky y Stacey, como a casi toda la gente de la televisión, especialmente si tienen pinta de contentos y van acicalados. (Siente una aversión especial hacia los comentaristas de las noticias de la mañana y los presentadores estrella de las cadenas.) Wanda no ha estado contenta ni acicalada desde que su marido, Thorny, fue acusado de crímenes terribles que nunca pudo

haber cometido por ese chulo con poder que es Jack Sawyer. Jack Sawyer arruinó la vida de Wanda, y ella no piensa perdonar ni olvidar.

Ese hombre tendió una trampa a su marido. Lo *pilló*. Manchó el inocente nombre de Thorny y envío a este a la cárcel solo para parecer que era bueno en lo que hacía. Wanda espera que nunca le echen el guante al Pescador, porque el Pescador es exactamente lo que esos sucios cabrones se merecen. Actúan mal, son malos, y la gente así puede ir directamente a las entrañas más profundas del infierno, eso es lo que Wanda Kinderling piensa. El Pescador es su retribución, eso es lo que Wanda piensa. Dejemos que mate a cien mocosos, que mate a mil, y después que empiece con sus padres. Thorny nunca pudo haber matado a esas guarras allí abajo, en Los Angeles. Esos fueron crímenes sexuales, y Thorny no tenía interés en el sexo, gracias a Dios. El resto de él creció, pero su parte masculina nunca lo hizo; su cosita tenía el tamaño de su dedo meñique. Cualquier cosa relacionada con el sexo estaba más allá de aquello a lo que podía prestar atención, y eso incluía a mujeres guarras. Pero Jack Sawyer vivía en Los Ángeles, ¿no? De modo que, ¿por qué no podría haber matado *él* a esas puercas, a esas putas, y culpar de ello a Thorny?

El presentador de las noticias describe la actuación del ex teniente Sawyer la noche anterior, y Wanda Kinderling escupe bilis, coge el vaso de la mesita de noche y apaga el fuego de sus entrañas con tres tragos de vodka.

Gorg, que a la gente como Wanda podría parecerle un visitante normal, no presta atención a las noticias porque está perdido en la distancia, en la Lejanía.

En su cama en Maxton, Charles Burnside se encuentra disfrutando de sueños que no son precisamente los suyos, ya que emanan de otro ser, de otro lugar, y conforman un mundo que nunca ha visto por sí mismo. Niños andrajosos, esclavizados, que caminan con sus *piecezitoz* ensangrentados entre las llamas crepitantes, ruedas gigantes que giran para convertirse en ruedas aún más gigantescas, ojó, ajá, ese poder, esas *preciozaz* maquinarias de destrucción que se elevan y se elevan hacia un cielo negro y rojo. ¡La Gran Combinación! Un olor agrio a metal fundido y algo realmente vil, algo como orina de dragón, impregna el aire, igual que lo hace el plomizo hedor de la desesperación. Demonios semejantes a lagartos con colas gruesas y danzarinas dan latigazos a los niños. Un fragor de repiqueteos y estallidos, de choques y enormes ruidos sordos hiere los oídos. Estos son los sueños del querido amigo de Burny y respetado maestro,

el señor Munshun, un ser de deleites perversos e interminables.

Más allá del extremo del ala Margarita, más allá del elegante vestíbulo y del pequeño cubículo de Rebecca Vilas, Chipper Maxton está preocupado por asuntos bastante más mundanos. La pequeña tele en un estante, por encima de la caja fuerte, emite la imagen maravillosa del *Húngaro Loco* Hrabowski dándole un buen porrazo a Wendell Green tras describir un arco precioso y limpio con su resistente linterna, pero Chipper casi no se percata de ese momento espléndido. Ha de ocuparse de los trece mil dólares que le debe a su corredor, y solo posee la mitad de esa cantidad. Ayer, la encantadora Rebecca condujo hasta Monroe para retirar la mayor parte de lo que Chipper tenía ahorrado allí, y puede utilizar unos dos mil dólares de su propia cuenta siempre que los reponga antes de fin de mes. Eso le deja aproximadamente seis mil, una cantidad que exigirá una contabilidad muy creativa. Por suerte, la contabilidad creativa es una de las especialidades de Chipper, y cuando este empieza a pensar en sus opciones, ve las dificultades actuales como una oportunidad.

Después de todo, si se metió en negocios lo hizo para robar tanto dinero como le fuera posible, ¿no? Aparte de los servicios que le proporciona la señorita Vilas, robar es casi la única actividad que le hace realmente feliz. La cantidad es prácticamente irrelevante: como hemos visto, Chipper obtiene tanto placer sacándoles algo de suelto a los familiares que han visitado la Fiesta de la Fresa como estafándole al gobierno diez o quince de los grandes. La gracia está en *conseguirlo.* Así que necesita seis mil; ¿por qué no se lleva diez mil? De esa forma puede dejar su cuenta intacta y aún disponer de dos mil extra para jugar. En su ordenador tiene dos contabilidades paralelas, y puede sacar el dinero fácilmente de la cuenta de la empresa sin provocar ningún escándalo durante la próxima auditoría estatal, que será en un mes o así.

A menos que los auditores le pidan el registro de movimientos del banco, e incluso si lo hacen puede valerse de un par de trucos. Sin embargo, lo de la auditoría es una lástima: a Chipper le gustaría disponer de un poco más de tiempo para tapar agujeros. Perder los trece mil no ha sido el problema, se dice. El problema ha sido que los perdió en *mal momento.*

Para conseguir tenerlo todo claro en la cabeza, Chipper se acerca el teclado e introduce la orden de imprimir el registro completo de las declaraciones de ambos libros de contabilidad del último mes. Cuando aparezcan los auditores,

cariñito, esas páginas habrán alimentado la trituradora de papel y saldrán en forma de macarrones.

Vayamos ahora de una forma de locura a otra. Después de que el propietario del aparcamiento de caravanas haya extendido un dedo índice tembloroso para indicarle la residencia de los Freneau, Jack conduce hacia ella por el camino polvoriento, sumido en dudas cada vez mayores. La caravana Airstream de Tansy es la última y la peor conservada de una hilera de cuatro. De las otras, dos están rodeadas de flores, y la tercera se ha engalanado con toldos a rayas verdes que le dan un aspecto más hogareño. En la cuarta caravana no hay indicios de decoración o mejora alguna. Unas flores muertas y unas pocas malas hierbas crecen desordenadamente en la tierra batida que la rodea. Las persianas están bajadas. Hay un halo de miseria y derroche en torno a ella, junto con una cualidad que Jack podría definir, si se detuviera a pensarlo, como *dislocación.* De alguna manera, no muy obvia, la caravana tiene mal aspecto. La infelicidad la ha deformado del modo en que puede deformar a una persona, y cuando Jack baja de su camioneta y se dirige hacia los bloques de hormigón de la entrada, sus dudas aumentan. Ya no está seguro de por qué ha venido a este lugar. Se le ocurre que a Tansy Freneau no puede ofrecerle más que piedad, y ese pensamiento hace que se sienta incómodo.

Entonces se le ocurre que esas dudas esconden sus sentimientos verdaderos, que guardan relación con la incomodidad que le provoca la caravana. No quiere entrar en ese sitio. Todo lo demás es racionalización; no tiene otra opción que seguir adelante. Sus ojos se encuentran con el felpudo de la entrada, un vestigio tranquilizador del mundo corriente que ya siente desaparecer en torno a sí, y se encarama en el último tablón para llamar a la puerta. No ocurre nada. A lo mejor ella sigue realmente dormida y preferiría continuar así. Si él fuera Tansy, se quedaría en la cama tanto tiempo como le fuera posible. Si él fuera Tansy, se quedaría en la cama durante *semanas.* Una vez más, intentando librarse de sus reticencias, Jack vuelve a llamar a la puerta y pregunta:

—¿Tansy? ¿Está levantada?

Una vocecilla contesta desde el interior:

—¿Levantada de dónde?

Oh, oh, piensa Jack, y responde:

—De la cama. Soy Jack Sawyer, Tansy. Nos conocimos anoche. Estoy ayudando a la policía, le dije que pasaría hoy por aquí.

Oye pasos hacia la puerta:

—¿Es usted el hombre que me dio las flores? Ese era un buen hombre.

—Ese soy yo.

Se oye el chasquido de una cerradura, y el pomo gira. La puerta se abre con un crujido. Un gajo de cara ligeramente aceitunada y un solo ojo brillan desde la oscuridad del interior.

—Es usted. Pase deprisa. *Deprisa.*

La mujer da un paso hacia atrás y abre la puerta solo lo imprescindible para que él entre. En cuanto Jack está dentro, ella cierra de un portazo y echa la llave.

La luz mortecina que arde en los bordes de las cortinas y en las persianas acentúa la oscuridad que reina en la larga caravana. Una lámpara tenue está encendida sobre el fregadero, y otra, igual de tenue, ilumina una pequeña mesa que también ocupan una botella de licor de café, un vaso sucio decorado con el dibujo de un personaje de dibujos animados, y un álbum de recortes. El círculo de luz que proyecta la lámpara se extiende para iluminar una silla enfundada en tela junto a la mesa. Tansy Freneau se aleja de la puerta y da dos pasos delicados hacia Jack. Inclina la cabeza y cruza las manos debajo de la barbilla. La expresión de ansiedad de sus ojos ligeramente vidriosos consterna a Jack. Esa mujer no está cuerda, ni aun cuando uno se acoja a la definición más amplia de cordura. Jack no tiene ni idea de qué decirle.

—¿Quiere… sentarse? —pregunta ella, y con un ademán hospitalario le indica una silla de madera con el respaldo alto.

—Si no le importa.

—¿Por qué habría de importarme? Yo voy a sentarme en *mi silla,* ¿por qué no habría usted de sentarse en esa?

—Gracias —dice Jack, y se sienta, observándola deslizarse de nuevo hacia la puerta para comprobar si está cerrada. Satisfecha, Tansy le brinda una sonrisa radiante y vuelve a su silla, moviéndose casi con la gracia y los andares de pato de una bailarina clásica. Cuando se sienta, él le pregunta:

—¿Tiene miedo de que venga alguien, Tansy? ¿Hay alguien a quien quiera mantener alejado de su casa?

—Oh, sí —contesta ella, y se inclina hacia adelante, enarcando las cejas en una demostración exagerada de seriedad infantil—, pero no se trata de *alguien,* sino de *algo.* Y nunca, nunca lo dejaré entrar de nuevo en mi casa, jamás. A usted le dejo entrar porque es muy buena persona y me dio esas flores tan bonitas. Y además es muy guapo.

—¿Es a Gorg a quien quiere mantener alejado, Tansy? ¿Tiene miedo de Gorg?

—Sí —contesta ella con timidez—. ¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias.

—Bueno, yo sí voy a tomar. Es un té muy, muy bueno. Sabe como a café. —Enarca las cejas y le dirige una mirada brillante e inquisitiva. Él niega con la cabeza. Sin moverse de la silla, Tansy vierte dos dedos de licor en el vaso y deja la botella sobre la mesa. Jack advierte que el personaje impreso en su vaso es Scooby-Doo. Tansy bebe del vaso—. Mmm. ¿Tiene usted novia? Yo podría ser su novia, ¿sabe?, sobre todo si me da más flores de esas tan bonitas. Las puse en *un jarrón.* —Pronuncia la palabra parodiando el acento de una matrona de Boston—. ¿Lo ve?

En la barra de la cocina, los lirios desfallecen en un frasco de conservas parcialmente lleno de agua. Como proceden de los Territorios, a las flores no les queda mucha vida por delante. Jack supone que este mundo las envenena más deprisa de lo que pueden aguantar. Cada pizca de bondad que propalan en torno surge de su esencia. Se percata de que Tansy se ha mantenido a flote gracias al residuo que han dejado los Territorios en las azucenas; de modo que cuando estas mueran, el protector personaje de niña pequeña que ha asumido Tansy se convertirá en polvo, y la locura puede llegar a engullirla. Esa locura viene de Gorg; Jack apostaría su vida a que es así.

—En realidad *sí* tengo un novio, pero él no cuenta. Se llama Lester Moon. Beezer y sus amigos le llaman Queso Apestoso, ignoro por qué. Lester no es para nada apestoso, al menos cuando está sereno.

—Háble me de Gorg —pide Jack.

Con el dedo meñique extendido, Tansy toma otro sorbo de licor de café del vaso con la imagen de Scooby-Doo. Frunce el entrecejo y dice:

—Oh, ese es un tema repulsivo.

—Quiero saber cosas sobre él, Tansy. Si me ayuda, le aseguro que nunca más

la molestará.

—¿De verdad?

—Y me ayudará a encontrar al hombre que mató a su hija.

—Ahora no puedo hablar de ello. Es demasiado angustioso. —Tansy se sacude el regazo con la mano, como si intentara eliminar unas migas. Contrae el rostro y una nueva expresión se apodera de sus ojos. Por un segundo, la Tansy desesperada y desprotegida emerge a la superficie y amenaza con explotar en una locura de pena y rabia.

—¿Gorg tiene aspecto de persona, o de cualquier otra cosa?

Tansy sacude la cabeza muy lentamente. Está recobrando la compostura, recuperando una personalidad capaz de ignorar sus emociones verdaderas.

—Gorg *no* tiene aspecto de persona. En absoluto.

—Dijo que le dio esa pluma que llevaba puesta. ¿Se parece a un pájaro?

—Gorg no se parece a un pájaro, *es* un pájaro. Y ¿sabe de qué clase? —Tansy se inclina de nuevo hacia adelante, y su rostro adopta la expresión del de una niña de seis años a punto de explicar la cosa más horrible que sabe—. Un *cuervo.* Eso es lo que es, un *cuervo* viejo y grande. Completamente negro. Pero de un negro que no brilla. —Sus ojos se agrandan por la gravedad de lo que tiene que decir—. Venía de la orilla plutoniana de la noche. Eso es de un poema que la señora Normandie nos enseñó en el colegio. *El cuervo,* de Edgar Allan Poe.

Una vez que ha ofrecido ese dato de historia literaria, Tansy se endereza. Jack piensa que quizá la señora Normandie tuviera la misma expresión pedagógica que presenta ahora la cara de Tansy, pero sin la mirada brillante y enferma de los ojos de esta.

La orilla plutoniana de la noche no forma parte de este mundo —prosigue Tansy—. ¿Lo sabía? Está *al lado de* este mundo, y *fuera* de él. Uno tiene que encontrar una puerta si quiere entrar en él.

Jack cae en la cuenta de pronto de que es como hablar con Judy Marshall, pero una Judy sin la profundidad anímica y el increíble coraje que la rescató de la locura. En el mismo instante en que Judy Marshall le viene a la cabeza, quiere volver a verla, con tanta fuerza que Judy le parece la pieza clave del rompecabezas que le rodea. Y si ella es la clave, también es la puerta a la que esta da acceso. Jack desea alejarse de la atmósfera oscura y retorcida de la caravana de Tansy; quiere olvidarse de los Cinco del Trueno y recorrer a toda

velocidad la carretera para ascender la colina hacia Arden y el sombrío hospital donde la radiante Judy Marshall ha hallado la libertad encerrada en una sala de manicomio.

—Pero yo no quiero encontrar esa puerta jamás, porque no quiero entrar ahí —añade Tansy con voz cantarina—. La orilla plutoniana de la noche es un mundo malo. Allí todo está en *llamas.*

—¿Cómo sabe eso?

—Me lo dijo Gorg —murmura ella. Tansy aparta la mirada de él y la fija en el vaso con la imagen de Scooby-Doo—. A Gorg le gusta el fuego, pero no porque lo caliente, sino porque quema las cosas, y eso le hace feliz. Gorg dijo que… —Sacude la cabeza y se lleva el vaso a la boca. En lugar de beber, inclina el vaso hasta que el líquido llega al borde y lo lame con la lengua. Sus ojos se deslizan de nuevo hacia los de Jack—. Creo que mi té es mágico.

Ya lo veo, se dice Jack, y el corazón casi se le rompe al ver cuan perdida está la delicada Tansy.

—No puede llorar aquí —le advierte ella—. Tiene aspecto de querer llorar, pero no puede. La señora Normandie no lo permite; pero puede besarme. ¿Quiere besarme?

—Claro que sí —responde él—; pero la señora Normandie tampoco lo permite.

—Oh, vaya. —Tansy vuelve a lamer su bebida—. Lo haremos más tarde, cuando ella salga de la habitación. Y puede rodearme con sus brazos, como Lester Moon. Y todo lo que hace Lester, usted también podrá hacerlo. Conmigo.

—Gracias —dice Jack—. Tansy, ¿por qué no me cuenta qué otras cosas dijo Gorg?

Ella inclina la cabeza y mueve los labios hacia adentro y hacia afuera.

—Dijo que vino a través de un agujero en llamas, un agujero de bordes romos. Y dijo que yo era madre, y que tenía que ayudar a mi hija. En el poema, ella se llama Leonor, pero su nombre verdadero es Irma. Y dijo que… un hombre ruin y viejo le comió la pierna, pero que a mi Irma podrían haberle pasado cosas aún peores.

Por un par de segundos Tansy parece perderse en su propio ser, desvanecerse detrás de su contorno exterior. Permanece boquiabierta; ni siquiera parpadea. Cuando regresa de donde ha ido, es como observar a una estatua que vuelva

lentamente a la vida. Habla en voz tan baja que casi no se le oye.

—Se suponía que yo tenía que *acabar* con ese hombre, acabar con él de una vez por todas. Pero usted me dio esas bonitas azucenas, y él no era el hombre que buscamos, ¿verdad?

Jack siente deseos de gritar.

—Dijo que había cosas peores —continúa Tansy en un susurro, con tono de incredulidad—. Pero no dijo qué cosas. En lugar de eso me las enseñó. Y cuando las vi, creí que iban a arderme los ojos. Aún así fui capaz de ver.

—¿Y qué vio?

—Un lugar muy, muy grande, hecho de fuego —explica Tansy—. Que se elevaba hacia lo alto. —Se queda en silencio y un estremecimiento la recorre por dentro, empezando por la cara y descendiendo hasta los dedos—. *Irma* no está allí. No, no está allí. Está muerta, y un hombre viejo y ruin le comió la pierna. Él me envió una carta, pero nunca la recibí. Así que Gorg me la leyó. No quiero pensar en esa carta.

Tansy suena como una niña pequeña describiendo algo que ha oído de tercera mano, o que se ha inventado. Una cortina densa la separa de lo que ha visto y oído, y esa cortina la hace funcionar. Jack vuelve a preguntarse qué le ocurrirá cuando mueran las flores.

—Y ahora —concluye ella—, si no va a besarme, es hora de que se vaya. Quiero estar sola un rato.

Sorprendido por su determinación, Jack se levanta y empieza a decir algo educado y sin sentido. Tansy le acompaña hasta la puerta.

Fuera, el aire parece cargado de malos olores y sustancias químicas invisibles. Los lirios de los Territorios tenían más fuerza de lo que Jack había imaginado, la suficiente para endulzar y purificar el ambiente de Tansy. El suelo bajo los pies de Jack está endurecido por el sol, y una amargura reseca flota en la atmósfera. Jack casi tiene que obligarse a respirar mientras se dirige a su camioneta, pero cuanto más respire, más rápidamente se reajustará al mundo normal. *Su* mundo, aunque ahora parece envenenado. Solo quiere hacer una cosa: conducir por la Nacional 93 hasta el mirador favorito de Judy Marshall y continuar, para atravesar Arden y entrar en el aparcamiento, trasponer las puertas

del hospital, dejar atrás las barreras del doctor Spiegelman y la enfermera Jane Bond, hasta hallarse una vez más ante la presencia vivificadora de Judy Marshall.

Casi cree amar a Judy Marshall. Quizá la quiera de verdad. Sabe que la necesita: Judy es su puerta y su clave, su llave. Su *puerta*, su *llave.* Sea lo que sea lo que eso signifique, es la verdad. De acuerdo, la mujer a la que necesita está casada con el encantador Fred Marshall, pero lo que él quiere no es casarse con ella; de hecho, ni siquiera quiere acostarse con ella, no es eso exactamente; solo quiere quedarse frente a ella y ver qué pasa. *Algo* pasará, eso seguro, pero cuando intenta imaginarlo, ve una explosión de pequeñas plumas, que no es la imagen que esperaba.

Inquieto, Jack se apoya con una mano contra la cabina de su camioneta mientras con la otra coge la manecilla de la puerta. Ambas superficies le queman las manos, que sacude en el aire durante un momento. Al entrar en la cabina, el asiento también está caliente. Baja la ventanilla y, con una punzada de pérdida, se da cuenta de que el mundo vuelve a oler de manera normal. Huele bien. Huele a verano. ¿Adonde va a ir? Esa es una pregunta interesante, se dice, pero al volver a la carretera y recorrer poco más de tres kilómetros, la forma baja, gris y de madera del Sand Bar aparece a su izquierda, y sin dudarlo gira hacia el aparcamiento, que es de una extensión absurda, como si desde el primer momento hubiera sabido adonde iba. Buscando un lugar en la sombra, Jack cruza hacia la parte trasera del edificio y ve el único vestigio de paisaje que esconde el bar: un grueso arce que se levanta desde el asfalto al final del aparcamiento. Conduce la Ram hacia la sombra del arce y se apea, dejando las ventanillas abiertas. Los otros dos únicos vehículos aparcados despiden oleadas de calor.

Son las 11.20 de la mañana. Le está entrando hambre, ya que su desayuno ha consistido en una taza de café y una tostada con mermelada, y de eso hace ya tres horas. Jack tiene la sensación de que la tarde va a ser larga. De modo que podría comer algo mientras espera a los motoristas.

La puerta trasera del Sand Bar se abre hacia un estrecho corredor al que dan los lavabos y que conduce a un espacio largo y rectangular con la flamante barra a un lado y una hilera de robustos reservados de madera al otro. Dos grandes mesas de billar ocupan la parte central de la sala, y hay un tocadiscos automático

detrás de ellas, junto a la pared. En la parte anterior, hay una pantalla grande de televisión, que todo el mundo puede ver porque cuelga a unos dos metros y medio por encima del pulcro suelo de madera. En la tele, sin sonido, están emitiendo un anuncio en el que la utilidad del producto no acaba de quedar clara. En comparación con la luz deslumbrante del aparcamiento, en el bar hay una penumbra agradable, y mientras los ojos de Jack se adaptan a ella, las escasas y tenues lámparas parecen arrojar rayos brumosos de luz.

El camarero, que Jack supone que es el famoso Lester *Queso Apestoso* Moon, levanta por un instante la mirada al verle entrar y sigue leyendo el ejemplar del *Herald* abierto sobre la barra. Cuando Jack se instala en un taburete un poco más allá a la derecha del camarero, él lo mira de nuevo. Queso Apestoso no tiene un aspecto tan terrible como el que Jack había supuesto. Lleva una camiseta limpia un poco más blanca que su cara redonda y de rasgos pequeños y la cabeza afeitada. Moon tiene el aire inconfundible, a medias profesional y resentido, de quien se ha hecho cargo del negocio familiar y cree que en cualquier otro sitio le habría ido mejor. La intuición de Jack le dice que esa sensación de tediosa frustración es la causa de su mote entre los motoristas, porque le confiere el aspecto de alguien que espera encontrarse con un olor desagradable en cualquier momento.

—¿Se puede comer algo aquí? —le pregunta Jack.

—Está todo anotado en el tablón. —El camarero se vuelve hacia un lado y le señala un tablero blanco con letras de quita y pon que describen el menú. Hamburguesa, hamburguesa con queso, perrito caliente, *bratwurst*, salchicha ahumada al ajo, bocadillos, patatas fritas, aros de cebolla. El ademán del hombre pretende que Jack se sienta poco observador, y funciona.

—Perdón, no lo había visto.

El camarero se encoge de hombros.

—Hamburguesa con queso mediana, con patatas fritas, por favor —añade Jack.

—El almuerzo no se sirve hasta las once y media, lo pone en el tablón. ¿Lo ve? —Otro ademán medio de burla hacia el cartel—. Pero mamá está ya ahí dentro; puedo pedírselo ahora, y empezará en cuanto esté a punto.

Jack se lo agradece, y el camarero echa un vistazo a la pantalla del televisor y se encamina hacia el final de la barra para desaparecer tras la esquina. Unos

segundos después regresa, vuelve a echar un vistazo a la pantalla y le pregunta a Jack qué quiere beber.

—Ginger ale —contesta Jack.

Mirando la pantalla, Lester Moon vierte ginger ale de una máquina de bebidas en una jarra de cerveza y le acerca esta a Jack. Entonces desliza la mano hacia debajo de la barra para coger el mando a distancia y dice:

—Espero que no le moleste, pero estaba viendo esta vieja película. Es bastante divertida. —Pulsa un botón del mando y Jack oye por encima del hombro izquierdo la voz de su madre diciendo: *Parece que Smoky hoy viene tarde. Ojalá ese pequeño granuja aprendiera a controlarse con la bebida.*

Antes de que pueda volverse para ver la pantalla, Lester Moon le pregunta si se acuerda de Lily Cavanaugh.

—Oh, sí.

—Siempre me gustó, desde que era niño.

—A mí también —contesta Jack.

Como Jack ha sabido desde el primer momento, la película es *El terror de Deadwood Gulch*, un western cómico de 1950 en el que el entonces famoso y ahora recordado Bill Towns, una especie de Bob Hope a lo pobre, interpretaba a un jugador cobarde y tramposo que llega a la pequeña comunidad de cartón piedra de Deadwood Gulch, en Arizona, donde lo confundían con un destacado pistolero. En su papel de bella y astuta propietaria de un *saloon* llamado Lazy 8, que funciona como centro de la vida social del pueblo, Lily Cavanaugh es muy querida por el grupo de vaqueros, holgazanes, rancheros, mercaderes, abogados y la chusma que llena su bar todas las noches. Obliga a sus clientes a dejar los revólveres en la puerta y cuidar los modales, que tienden al opopónaco. En la escena que sale ahora, a una media hora de haber empezado la película, Lily está sola en el *saloon*, intentando acabar con una abeja insistente.

Una aBEja para la Reina de la Serie B, piensa Jack, y sonríe.

Contra el zumbido molesto del insecto, Lily sacude un trapo de limpieza, un matamoscas, una mopa, una escoba, un cinturón de pistola. El bicho la evita en cada golpe, zumbando de un lado a otro, de la barra a un mesa de cartas y al tapón de una botella de whisky, los tapones de otras tres botellas en hilera, la tapa del piano vertical, a menudo esperando mientras su adversario aparece súbitamente y haciendo gala de poca habilidad, y despega un instante antes de

que la última arma arremeta contra él. Es una encantadora secuencia que raya en la astracanada, y cuando Jacky tenía seis años, seis o quizá siete, y no paraba de reír al ver cómo su competente madre fracasaba una y otra vez en su intento de derrotar a esa molestia voladora, había sentido repentina curiosidad por saber cómo habrían hecho los tipos del cine para que el insecto hiciese todas esas cosas, y su madre le había contado que no era una abeja real sino una encantada, creada por el departamento de efectos especiales.

Lester Moon dice:

—Nunca he entendido cómo hicieron para que la abeja fuera hacia donde ellos querían. A ver, ¿qué hicieron?, ¿la *adiestraron*?

—Primero filmaron a la mujer sola en el estudio —explica Jack, concluyendo que, después de todo, Queso Apestoso es un tipo bastante decente con muy buen gusto en lo que se refiere a actrices—. Los de efectos especiales colocaron después a la abeja. No es una abeja real, es un dibujo, una animación; pero casi no se nota, ¿verdad?

—No puede ser. ¿Seguro? ¿Usted cómo lo sabe?

—Lo leí en un libro, en alguna parte —dice Jack, empleando su respuesta favorita para esa clase de preguntas.

Resplandeciente en su atuendo de fullero, Bill Towns entra como si tal cosa por las puertas de vaivén del Lazy 8 y mira con lascivia a la propietaria sin darse cuenta de que ella anda tras la abeja que de nuevo se ha posado en la reluciente barra. Tiene intención de ligar y camina con aire arrogante.

Ya veo que vienes a por más, tío importante, dice Lily. *Será que te gusta este sitio.*

Muñeca, este es el mejor sitio al oeste del ancho Missouri. Me recuerda al lugar donde gané a Black Jack McGurk a desenfundar la pistola. Pobre Black Jack. Nunca supo cuándo rendirse.

Con un ruido parecido a la aceleración de un B-52, la abeja falsa, una criatura de ficción dentro de la ficción, se lanza hacia la cabeza, tocada con sombrero, de Bill Towns. Al actor, presa de un terror cómico, se le demuda la cara. Agita los brazos, se retuerce, grita. La falsa abeja describe giros aeronáuticos alrededor del aterrorizado seudopistolero. Towns pierde el sombrero, se despeina, rodea una mesa y, con un ademán final, se mete debajo de esta y pide ayuda.

Con la mirada fija en la tranquila abeja, Lily camina hacia la barra y coge un vaso y un periódico doblado. Se acerca a la mesa, observando a la abeja caminar en círculos. Salta hacia adelante y baja el vaso de golpe, atrapando el insecto en su interior. La abeja intenta volar y choca contra el fondo del vaso. Lily lo inclina, desliza el periódico doblado por debajo y levanta las manos, aguantando el papel contra la parte de arriba del vaso.

La cámara retrocede, y vemos al cobarde jugador salir con cautela de debajo de la mesa mientras Lily empuja las puertas para abrirlas y liberar a la abeja.

Por detrás de Jack, Lester Moon dice:

—La hamburguesa con queso está a punto, señor.

Durante la media hora siguiente, Jack se come la hamburguesa e intenta perderse en la película. La hamburguesa está buenísima, es de primera clase, jugosa y con ese sabor que solo se consigue con una plancha bien engrasada, y las patatas fritas están perfectas, doradas y crujientes por fuera, pero la concentración de Jack sigue desviándose de *El Terror de Deadwood Gulch.* El problema no es que haya visto la película quizá una docena de veces; el problema es Tansy Freneau. Algunas de las cosas que le ha dicho le inquietan. Cuanto más piensa en ellas, menos entiende qué está pasando.

Según Tansy, el pájaro —el cuervo— llamado Gorg venía de un mundo que estaba al lado y fuera del mundo que conocemos. Tenía que estar hablando de los Territorios. Citando un verso de *El Cuervo* de Poe, llamaba a ese otro mundo la «orilla plutoniana de la noche», lo cual estaba muy bien para alguien como Tansy, pero de ninguna manera parecía aplicable a los mágicos Territorios. Gorg le había dicho a Tansy que todo en su mundo estaba *en llamas,* y ni siquiera las Tierras Arrasadas coinciden con esa descripción. Jack recordaba las Tierras Arrasadas y el extraño tren que les había llevado a él y a Richard *el Racional,* entonces el enfermo, consumido Richard *el Racional,* a través del vasto desierto rojo. Allí habían vivido criaturas extrañas, hombres-caimán y pájaros con cara de monos barbudos, pero seguro que no estaba en llamas. Las Tierras Arrasadas eran el producto de un desastre acaecido en el pasado, pero no el escenario de un incendio presente. ¿Qué había dicho Tansy? *Un lugar muy, muy grande hecho de fuego… que se elevaba hacia lo alto.* ¿Qué era lo que había visto Tansy, a qué paisaje le había abierto Gorg los ojos? Sonaba como una gran torre en llamas, o un edificio alto consumido por el fuego. Una torre en llamas, un edificio en

llamas en un mundo en llamas… ¿cómo podía ese mundo ser los Territorios?

Jack ha estado en los Territorios dos veces en las últimas cuarenta y ocho horas, y lo que ha visto es bonito. Más que bonito, purificador. La verdad más profunda que Jack conoce sobre los Territorios es que contienen una especie de magia sagrada: es la magia que él vio en Judy Marshall, y a causa de la cual los Territorios pueden conceder a los seres humanos una bendición maravillosa. Fue un objeto de los Territorios lo que valoró la vida de esa mujer extraordinariamente fuerte y muy querida que se burla de Bill Towns en la gran pantalla que tiene ante sí. Cómo Jack había estado en los Territorios, y quizá porque había sostenido el Talismán, casi cada caballo por el que apuesta llega el primero, casi cada producto que compra triplica su valor, cada mano de póquer que le toca en suerte se lleva el bote.

Así pues, ¿a qué mundo se refiere Tansy? Y ¿qué es toda esa historia de Gorg viniendo a través de un agujero en llamas?

Cuando viajó el día anterior, Jack había notado algo infeliz, algo insano, lejos hacia el suroeste, y sospechó que era allí donde encontraba al gemelo del Pescador. Matar al Pescador, matar al gemelo; no importaba a quién matara primero, el otro se debilitaría. Pero…

La cosa seguía sin tener sentido. Cuando viajas entre mundos, sencillamente te trasladas; no enciendes un fuego en la frontera del mundo y corres a través de él hacia otro mundo.

Unos minutos antes de las doce, el rugir de las motos ahoga las voces de la pantalla.

—Uy, señor, quizá le convendría largarse —aconseja Moon—. Esos son los…

—Los Cinco del Trueno —dice Jack—. Ya lo sé.

—De acuerdo. Es solo que suelen espantar a algunos de mis clientes; pero mientras los trate bien, actúan correctamente.

—Lo sé. No hay de qué preocuparse.

—Quiero decir que, si les invita a una cerveza o algo, pensarán que usted está bien.

Jack se levanta del taburete y mira al camarero.

—Lester, no hay por qué estar nerviosos. Vienen aquí para encontrarse conmigo.

Lester parpadea. Por primera vez, Jack repara en que sus cejas son briznas finas y curvadas, como las de una vampiresa de los años veinte.

—Será mejor que empiece a servir una jarra de Kingsland —dice Lester. Coge una jarra de debajo de la barra, la coloca bajo el grifo de Kingsland especial y abre la válvula. Un grueso chorro de líquido ámbar se precipita en la jarra y se convierte en espuma.

Frente al local, el sonido de las motos aumenta hasta convertirse en un estruendo y desaparece de golpe. Beezer Saint Pierre abre la puerta con violencia, y le siguen Doc, Mouse y Káiser Bill. Parecen vikingos, y Jack está encantado de verles.

—Apestoso, apaga esa puta tele —gruñe Beezer—. Y no hemos venido aquí a beber, así que ya puedes vaciar esa jarra en el fregadero. Total, del modo que la sirves es toda espuma. Y cuando termines, vuelve a la cocina con tu mami. Nuestros asuntos con este hombre no tienen nada que ver contigo.

—De acuerdo, Beezer —musita Moon con voz temblorosa—. Solo necesito un segundo.

—Eso es todo lo que te concedo —dice Beezer.

Beezer y los demás se alinean delante de la barra, unos mirando a Queso Apestoso; otros, más amablemente, a Jack. Mouse sigue con sus trencitas, y se ha puesto alguna sustancia negra antirreflejos bajo los ojos, como un jugador de rugby. Káiser Bill y Sonny se han recogido de nuevo la melena en colas de caballo. Cerveza y espuma se deslizan de la jarra para caer en el fregadero.

—Vale, chicos —dice Moon. Sus pisadas se retiran por detrás de la barra. Se cierra una puerta.

Los miembros de los Cinco del Trueno se separan para extenderse delante de Jack. La mayoría de ellos se han cruzado de brazos, y sus músculos destacan.

Jack empuja el plato hacia el fondo de la barra, se levanta y dice:

—¿Alguno de vosotros había oído hablar de George Potter antes de anoche?

Desde su posición en el borde del billar más cercano a la puerta principal, Jack está de cara a Beezer y Doc, que se echan hacia adelante en los taburetes de la barra. Káiser Bill, con un dedo contra los labios y la cabeza inclinada, está de pie junto a Beezer. Mouse se ha tumbado en la segunda mesa de billar, con la

cabeza apoyada sobre una mano. Golpeando un puño contra otro y con el entrecejo fruncido, Sonny camina de un lado para otro entre la barra y la máquina de discos.

—¿Estás seguro de que no dijo *Casa desolada*, como la novela de Dickens?

—Estoy seguro —responde Jack, recordándose que no debería sorprenderse cada vez que uno de esos tipos demuestra que fue a la universidad—. Era *Casa Negra.*

—Vaya, casi me parece que… —Mouse sacude la cabeza.

—¿Cómo se llamaba el constructor? —pregunta Beezer.

—Burnside. De nombre seguramente era Charles, a veces conocido como Chummy. Hace mucho tiempo se llamaba algo parecido a Beerstein, y luego se lo cambió.

—¿Beerstein? ¿Bernstein?

—Eso —dice Jack.

—Y tú crees que es el Pescador.

Jack asiente. Beezer lo observa como si intentara verle la nuca.

—¿Estás completamente seguro?

—En un noventa y nueve por ciento. Dejó las *polaroids* en la habitación de Potter.

—Mierda. —Beezer se levanta del taburete y se dirige hacia detrás de la barra—. Quiero asegurarme de que nadie olvide lo que es obvio. —Se agacha y vuelve a incorporarse con una guía telefónica en la mano—. ¿Sabéis a qué me refiero? —Abre la guía sobre la barra, pasa unas cuantas páginas, vuelve atrás y pasa su grueso dedo por una columna de nombres—. No hay ningún Burnside. Qué pena.

—Ha sido buena idea, de todos modos —dice Jack—. Esta mañana he hecho lo mismo.

Sonny se detiene procedente del tocadiscos automático y hunde un dedo en el brazo de Jack.

—¿Cuánto hace que se construyó esa maldita casa?

—Casi treinta años. En los setenta.

—Mierda, por entonces todos éramos unos niños, allí en Illinois. ¿Cómo vamos a saber nada de la casa?

—Vosotros os movéis mucho. He pensado que a lo mejor habíais tenido

ocasión de vería. El lugar es espeluznante. La gente suele hablar de casas como esa.

Es lo que se hacía en los casos normales, como mínimo, se dice Jack. En los casos normales, las casas espeluznantes lo eran porque llevaban vacías un par de años, o porque había ocurrido algo terrible en ellas. En este caso, piensa, la casa en sí misma era terrible, y la gente que hubiera hablado de ella apenas si podía recordar haberla visto. A juzgar por la respuesta de Dale, la Casa Negra había desaparecido en su propia sombra inexistente.

—Pensad en ello —prosigue—. Intentad recordar. En los años que lleváis viviendo en French Landing, ¿habéis oído hablar de una casa que parecía estar maldita? La Casa Negra provocó heridas a las personas que la construyeron. Los obreros odiaban el lugar; les aterraba. Decían que uno ni siquiera podía ver su propia sombra cuando se acercaba. ¡Afirmaban que estaba embrujada cuando trabajaban en ella! A la larga, todos fueron dejándola, y Burnside tuvo que terminarla él solo.

—Está aislada en algún lugar —sugiere Doc—. Desde luego, no está a la vista de cualquiera. No aparece en ningún proyecto urbanístico como Libertyville. No vais a encontrarla en la calle Robin Hood.

—Exacto —interviene Jack—. Debería haberlo mencionado antes. Potter me dijo que fue construida apartada de lo que él llamó la carretera, en una especie de claro. Así que está en el bosque, Doc, tienes razón. Aislada.

—Eh, eh, eh —dice Mouse, balanceando las piernas por el costado del billar e incorporándose. Ha cerrado los ojos con fuerza, y se golpea la frente con una de sus manos carnosas—. Si pudiera acordarme… —Suelta un grito de frustración.

—*¿Qué?* —la voz de Beezer está al doble de volumen de lo normal, y la palabra suena como una losa chocando contra una acera de cemento.

—Sé que he visto ese puto sitio —dice Mouse—. Tan pronto como has empezado a hablar de él, he tenido la sensación de que me sonaba familiar. Lo tenía dándome vueltas en la cabeza, pero no me salía. Cuando intentaba pensar en ello (ya sabes, forzándome a recordar), seguía viendo esas luces centelleantes. Cuando Jack ha dicho que estaba en el bosque, he sabido de qué estaba hablando. He tenido la imagen clara del lugar. Rodeado por todas esas luces centelleantes.

—Eso no parece demasiado la Casa Negra —comenta Jack.

—Sí que lo parece. Las luces no estaban realmente allí, solo las *he visto.* —Mouse ofrece esta observación como si fuera completamente racional.

Sonny suelta una risotada, y Beezer sacude la cabeza y dice:

—Mierda.

—No lo entiendo —admite Jack.

Beezer mira a Jack, levanta un dedo y le pregunta a Mouse:

—¿Estamos hablando de julio o agosto de hace dos años?

—Naturalmente —responde Mouse—. El verano del ácido definitivo. —Mira a Jack y sonríe—. Hace dos años, tuvimos un ácido espectacular. Te tomabas uno y te pasabas cinco o seis horas en los juegos mentales más *increíbles.* Nunca nadie tuvo una mala experiencia con eso. Todo era *buen rollo,* ¿sabes a qué me refiero?

—Supongo que me lo imagino —responde Jack.

—Incluso podías trabajar con eso. Seguro, hasta se podía *conducir,* tío. Te subías a la moto y podías ir a cualquier lugar que se te ocurriera. Hacer cualquier cosa normal era pan comido. No estabas jodido, eras capaz de funcionar mucho mejor de lo normal, a tope.

—Timothy Leary no estaba *del todo* equivocado —interviene Doc.

—Dios, esa sí que era mercancía de la buena —prosigue Mouse—. Estuvimos tomándolo hasta que se terminó, y entonces acabó todo. Dejamos los ácidos por completo. Si uno no podía tomar ese, no tenía sentido tomar nada más. Nunca supe de dónde venía.

—No querrías saber de donde venía —apunta Beezer—. Créeme.

—De modo que estabas tomando ese ácido cuando viste la Casa Negra —dice Jack.

—Sí. Por eso vi las luces.

Muy despacio, Beezer pregunta:

—¿Dónde está, Mouse?

—No lo sé exactamente; pero espera, Beezer, déjame hablar. Ese era el verano en que yo estaba con Little Nancy Hale, ¿te acuerdas?

—Claro —responde Beezer—. Eso fue una putada. —Mira a Jack y añade —: Little Nancy Hale murió justo después de ese verano.

—Me dejó destrozado —cuenta Mouse—. Se volvió alérgica al aire y a la

luz del sol, de repente. Estaba enferma todo el tiempo. Le salían erupciones por todo el cuerpo. No soportaba estar al aire libre, porque la luz le hería los ojos. Doc no sabía qué podía tener, así que la llevamos al gran hospital de La Riviere, pero tampoco supieron descubrir lo que le pasaba. Hablamos con un par de tipos de la Mayo, también sin éxito. Murió luchando, tío. Te rompía el corazón verlo. A mí me lo rompió, eso seguro.

Permanece en silencio un buen rato, durante el cual baja la mirada hacia su panza y sus rodillas, y nadie pronuncia una palabra.

—Bueno —dice finalmente Mouse, levantando la cabeza—. He aquí lo que recuerdo: ese sábado, Little Nancy y yo estábamos dándonos un viaje con el ácido ese, dando una vuelta por los sitios que nos gustaban. Fuimos al parque de la ribera en La Riviere, condujimos hasta Doc Island y Lookout Point. Volvimos en esta dirección y subimos al risco; qué bonito, tío. Después de eso, yo no tenía ganas de ir a casa, de manera que dimos unas vueltas más. Little Nancy vio un letrero de PROHIBIDO PASAR en un sitio por el que yo debía de haber pasado un millar de veces antes sin haberlo visto. —Mira a Jack Sawyer—. No puedo asegurarlo, pero creo que era en la Nacional 35.

Jack asiente con la cabeza.

—Si no nos hubiésemos tomado el ácido no creo que ella hubiera visto aquella señal —continúa Mouse—. Oh, tíos, ahora me viene todo a la cabeza. «¿Qué es eso?», pregunta ella, y os juro que tuve que mirar dos o tres veces antes de ver el letrero; estaba torcido y abollado, con un par de agujeros de bala oxidados. Como inclinado hacia los árboles. «Alguien quiere que nos mantengamos lejos de ese camino», dice Little Nancy. «Pero ¿qué estarán escondiendo allá arriba?» Algo así. «¿Qué camino?», le pregunto, y entonces lo veo. Difícilmente podía llamarse camino. Apenas si era lo bastante ancho para que pasara un coche, un utilitario. Había árboles gruesos a ambos lados. Mierda, no pensé que se escondiera nada interesante allí arriba, a menos que fuese una vieja choza. Aparte de eso, no me gustaba la pinta que tenía. —Mira a Beezer.

—¿Qué quieres decir con que no te gustaba la pinta que tenía? —le pregunta Beezer—. Te he visto entrar en sitios de los que sabías perfectamente que no estaban bien. ¿O es que te estás poniendo *místico* conmigo, Mouse?

—Llámalo como demonios quieras, te estoy contando cómo fue. Era como si esa señal estuviera diciendo MANTENEOS ALEJADOS SI SABÉIS LO QUE OS CONVIENE.

Me dio mala impresión.

—Te la dio porque era un sitio malo —interviene Sonny—. He visto algunos lugares malos. No te quieren ahí, y te lo hacen saber.

Beezer le dirige una mirada comedida y dice:

—No me importa lo malo que pueda ser ese *mal* sitio; si es donde vive el Pescador, voy a ir.

—Y yo voy contigo —dice Mouse—; pero escucha: yo quería largarme e ir a comprar un poco de pollo frito o algo así, que combinado con el ácido habría sido como la comida del Paraíso, o lo que fuera que decía Coleridge, pero Little Nancy quería acercarse *porque* tenía la misma impresión que yo. Ella se apuntaba a todo, tío. Y tenía mal genio, además. De modo que me interné en el camino; Little Nancy iba pegada a mi espalda, y va y suelta: «No seas cagado, Mouse, échale huevos», así que acelero un poco, y todo me parece rarísimo, tío, pero lo único que veo es ese camino metiéndose entre los árboles y esa mierda que *sé* que no está allí.

—¿El qué? —pregunta Sonny en el tono de quien lleva a cabo una investigación científica.

—Esas formas oscuras que se acercaban al borde del camino y miraban por entre los árboles. Un par de ellas se abalanzaron hacia mí, pero pasé a través de ambas como si pasara a través de humo. No sé, quizá *fueran* humo.

—Y un huevo, eso era el ácido —suelta Beezer.

—Quizá, pero no tuve esa sensación. Además, ese ácido nunca te daba mal rollo, ¿lo recuerdas? No iba de sensaciones *oscuras*. Bueno, justo antes de que la mierda empezara a salpicar, de repente me puse a pensar en Kiz Martin. Lo recuerdo perfectamente. Era casi como si pudiera verla, justo delante de mí, con el aspecto que tenía cuando la metieron en la ambulancia.

—Kiz Martin —repite Beezer.

Mouse mira a Jack y dice:

—Kiz era una chica con la que salí cuando estábamos en la universidad. Solía pedirnos que la dejáramos montar en moto con nosotros, y un día Káiser dijo que vale, que ella podía cogerle la moto. Kiz se lo estaba pasando bomba, tío, estaba alucinada, y entonces va y tropieza con una maldita ramita, creo que era…

—Fue más que una ramita —interviene Doc—. Era una rama de unos cinco

centímetros de diámetro.

—Lo suficiente para desequilibrarte, sobre todo si no estás acostumbrado a las motos grandes —continúa Mouse—. Y va y pisa esa rama, y la moto vuelca y Kiz sale volando y se golpea contra el suelo. Joder, casi se me para el corazón, tío.

—Supe que no había nada que hacer en el instante mismo en que me acerqué a ella y vi el ángulo de su cabeza —explica Doc—. Ni siquiera hacía falta intentar reanimarla. La cubrimos con nuestras chaquetas, y me fui a buscar una ambulancia. Diez minutos después la metían dentro. Uno de los tipos me reconoció, de mi época en urgencias; si no, es posible que nos hubieran causado problemas.

—Me preguntaba si eras realmente médico —comenta Jack.

—Acabé la residencia en cirugía en la universidad, y justo entonces lo dejé todo. —Doc sonríe—. Estar con estos tipos, ponerme a fabricar cerveza, me parecía mucho más divertido que pasarme el día rebanando gente.

—Mouse —dice Beezer.

—Ah sí. Justo empezaba a tomar la curva de aquel pequeño sendero, y fue como si Kiz estuviera de pie justo delante de mí, así de claro la vi. Tenía los ojos cerrados y la cabeza le colgaba como una hoja a punto de caer. *Uf, tío,* me dije, *esto no es lo que quiero ver en este preciso momento.* Lo sentí todo de nuevo; la forma en que me sentí cuando Kiz cayó al suelo. Un terror mareante. Esas son las palabras para describir lo que sentí: un terror mareante.

»Y llegamos a la curva, y oigo gruñir a un perro en el bosque; pero no solo gruñía, *aullaba.* Como si hubiera veinte perros allí y estuvieran todos locos. Sentía la cabeza como si me fuera a estallar. Y miro hacia arriba y veo un grupo de lobos o algo así correr hacia nosotros, y tardé un poco en darme cuenta de que aquella cosa rara y sombría que veía enfrente era una casa. Una casa negra.

»Little Nancy me golpeaba la espalda y la cabeza, gritándome que parara. Creedme, eso a mí ya me estaba bien, porque lo último que quería hacer era acercarme a ese sitio. Paro la moto, y Little Nancy salta y se pone a vomitar a un lado del camino. Se aguanta la cabeza con las manos y vomita un poco más. Yo me siento como si las piernas se me hubiesen vuelto de goma, y una opresión en el pecho. Esa *cosa,* lo que sea, sigue como una loca en el bosque, y se va acercando. Echo otro vistazo hacia el final del camino, y esa maldita casa

espantosa se extiende hacia el bosque, como si estuviera arrastrándose hacia él, pero permanece inmóvil. ¡Cuanto más la miras, más grande es! Entonces veo las luces centelleantes flotando alrededor de ella, y tienen un aspecto peligroso: *Mantente alejado,* me dicen, *sal de aquí, Mouse.* Hay otro letrero de PROHIBIDO EL PASO apoyado contra el porche, y ese letrero, tío… ese letrero de pronto parece iluminarse, como si me dijera ESTÁ VEZ VA EN SERIO, COLEGA.

»Siento la cabeza a punto de estallar, pero hago que Little Nancy se suba a la moto. Se apoya contra mí como un peso muerto, pero agarrándose, y le meto marcha a la moto, doy la vuelta y me largo. De regreso en mi casa, ella se va a la cama y se queda allí tres días. A mí me parecía que apenas podía recordar lo que había pasado. Todo había ocurrido en una especie de *oscuridad.* En mi cabeza. Además, casi no tuve tiempo de pensar en ello, porque Little Nancy se puso enferma y yo tenía que cuidar de ella cuando no trabajaba. Doc le dio algo para hacerle bajar la fiebre y mejoró, de manera que pudimos beber cerveza y fumar maria e ir en moto como antes, pero ya nunca fue la misma. A finales de agosto empezó a empeorar de nuevo y tuve que llevarla al hospital. La segunda semana de septiembre, a pesar de haber luchado con todas sus fuerzas, Little Nancy falleció.

—¿Cómo era de voluminosa Little Nancy? —pregunta Jack, imaginando a una mujer de un tamaño no muy inferior al de Mouse.

—Little Nancy Hale era más o menos del tamaño y la complexión de Tansy Freneau —contesta Mouse, sorprendido por la pregunta—. De haberse puesto en pie en mi mano, podría haberla levantado con un solo brazo.

—Y nunca hablaste de eso con nadie —dice Jack.

—¿Cómo iba hacerlo? —pregunta Mouse—. En primer lugar, estaba preocupadísimo por Little Nancy, y luego se me fue de la cabeza. Las cosas chungas te hacen eso, tío: en lugar de quedársete fijas en la cabeza, se borran solas.

—Sé exactamente a qué te refieres —comenta Jack.

—Supongo que yo también —interviene Beezer—, pero en mi opinión el ácido te hizo perder de vista la realidad durante un tiempo. Lo que sí visteis fue ese sitio, sin embargo… la Casa Negra.

—Y condenadamente bien que la vimos —afirma Mouse.

Beezer se vuelve hacia Jack.

—Y tú dices que el Pescador, ese cerdo de Burnside, la construyó.

Jack asiente con la cabeza.

—Así que a lo mejor vive allí y se ha equipado con un montón de artilugios para asustar a los que se acercan.

—Podría ser.

—Entonces creo que vamos a dejar que Mouse nos lleve a la Nacional 35 para ver si logra encontrar ese pequeño sendero del que hablaba. ¿Vienes con nosotros?

—No puedo —responde Jack—. Primero tengo que ir a ver a una persona en Arden, a alguien que creo que también puede ayudarnos. Ella tiene otra pieza del rompecabezas, pero no os puedo explicar de qué se trata hasta que la vea.

—¿Esa mujer sabe algo?

—Oh, sí —contesta Jack—. Sabe algo.

—De acuerdo —dice Beezer, y se levanta del taburete—. Eso es cosa tuya. Luego tendremos que hablar contigo.

—Beezer, quiero estar a tu lado cuando entres en la Casa Negra. Sea lo que sea lo que tengamos que hacer allí dentro, sea lo que sea lo que veamos… —Jack hace una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas. Beezer se balancea sobre los talones, a punto de reventar de pura ansiedad por encontrar la guarida del Pescador—. Vais a necesitarme allí. En ese asunto hay más de lo que imaginas, Beezer. Sabrás de qué te hablo en poco tiempo, y entonces podrás asumirlo; creo que todos podréis, pero si intento describíroslo ahora, no me creeríais. Cuando llegue el momento, me necesitaréis para ayudaros a entrar, si es que conseguimos entrar. Os alegraréis de que yo esté allí. Ahora nos encontramos en un punto peligroso, y ninguno de nosotros quiere estropearlo.

—¿Qué te hace pensar que voy a estropearlo? —pregunta Beezer en tono suave, algo decepcionado.

—Cualquiera podría estropearlo, si no dispone de la última pieza del rompecabezas. Ve allí. Intenta que Mouse encuentre la casa que vio hace dos años. Échale un vistazo. No entres; para hacerlo me necesitas. Cuando la hayas visto, regresa, y te veré tan pronto como pueda. Supongo que estaré de vuelta a las dos y media, las tres como muy tarde.

—¿Dónde estarás en Arden? Quizá tenga que llamarte.

—Hospital Luterano del Condado de French. Sala D. Si no me encuentras,

déjale un mensaje a un tal doctor Spiegleman.

—Conque la Sala D, ¿eh? —comenta Beezer—. Bueno, supongo que hoy todo el mundo se ha vuelto loco. Y me imagino que quedaré satisfecho con solo echarle un vistazo a la casa, mientras sepa que en algún momento de esta tarde podré contar contigo para que me hables de todas esas piezas que no logro entender porque soy demasiado estúpido.

—Será pronto, Beezer. Estamos estrechando el cerco. Y lo último que diría de ti es que eres estúpido.

—Supongo que debías de ser un poli de narices —comenta Beezer—. Aunque creo que la mitad de lo que dices son chorradas, no puedo evitar creerte. —Se vuelve en redondo y golpea la barra con los puños—. ¡Queso Apestoso! El peligro ha pasado. Ya puedes sacar ese culo blanco que tienes de la cocina.

19

Jack sigue a los Cinco del Trueno al salir del aparcamiento, y por el momento le dejaremos solo en su camino en dirección norte por la Nacional 93 hacia el mirador de Judy Marshall y la sala de confinamiento de esta. Al igual que Jack, los motoristas se encaminan hacia lo desconocido, pero en su caso lo desconocido está al oeste por la Nacional 35, hacia la tierra de un pasado que se va recuperando, y queremos saber qué encontrarán allí. Estos hombres no parecen nerviosos; todavía irradian la sólida seguridad en sí mismos con la que suelen irrumpir en el Sand Bar. La verdad es que nunca dan muestras de nerviosismo, pues la mayor parte de las veces esas situaciones que a otros les preocuparían o les harían ponerse nerviosos, a ellos les tornan más agresivos. También el miedo les afecta de un modo distinto que al resto de la gente en general: en las contadas ocasiones en que lo han experimentado, han tendido a disfrutarlo. A sus ojos el miedo representa una oportunidad que les ha concedido Dios de enfocar su concentración colectiva. Debido a su excepcional solidaridad esa concentración es formidable. Para aquellos de nosotros que no somos miembros de una pandilla de moteros o del cuerpo de marines, la solidaridad no significa mucho más que el compasivo impulso que nos lleva a consolar a un amigo afligido; para Beezer y su alegre pandilla, solidaridad es la seguridad de que siempre hay alguien que te apoya. Están unos en las manos de otros, y lo saben. Para los Cinco del Trueno la seguridad está en la compañía.

Sin embargo, en su experiencia no cuentan con precedentes o analogías del encuentro hacia el que se apresuran. La Casa Negra es algo nuevo, y esa novedad, la pura *novedad* de la historia de Mouse, hace que todos sientan un nudo en el estómago.

A unos trece kilómetros al oeste de Centralia, donde los terrenos llanos en torno a la propiedad de treinta años de antigüedad de Potsie ceden el paso a un largo tramo de bosque que continúa hasta los de Maxton, Mouse y Beezer conducen uno al lado del otro delante de los demás. De vez en cuando Beezer mira a su amigo y le dirige una mirada inquisitiva. La tercera vez que Mouse niega con la cabeza añade un ademán indicando hacia atrás que quiere decir: *deja ya, de fastidiarme, cuando lleguemos te avisaré.* Beezer se queda atrás; Sonny, Káiser Bill y Doc asumen inmediatamente que Beezer les está haciendo una señal y se colocan en fila india.

A la cabeza de la columna, Mouse desvía la vista de la carretera una y otra vez hacia la derecha. El pequeño sendero es difícil de detectar, Mouse lo sabe, y a estas alturas debe de encontrarse más abandonado de lo que lo estaba dos años atrás. Está intentando divisar el fondo blanco del maltrecho letrero que indica PROHIBIDO EL PASO, pero es posible que haya quedado oculto por la maleza. Reduce la velocidad a unos cincuenta por hora. Los cuatro hombres que le siguen se adaptan al cambio fácilmente, con la suavidad que confiere una larga práctica.

De los Cinco del Trueno, Mouse es el único que ya ha visto su destino, y en lo más hondo de su alma apenas puede creer que esté yendo allí de nuevo. Al principio le había complacido la facilidad y rapidez con que sus recuerdos habían salido de su negro sótano; ahora, en cambio, en lugar de sentir que ha recuperado sin esfuerzo una parte perdida de su vida, tiene la sensación de estar a merced de aquella tarde perdida. Lo que entonces fuera un grave peligro, y no le cabe duda de que una gran y peligrosa *fuerza* le rozó con la mano como advertencia, es ahora un peligro mayor. El recuerdo le ha devuelto una conclusión miserable que creyó cierta mucho tiempo atrás: que la horrible estructura que Jack Sawyer llamó Casa Negra mató a la pequeña Nancy Hale con la misma certeza que si sus vigas le hubiesen caído encima. Más moral que física, la fealdad de la Casa Negra exhaló humos tóxicos. El invisible veneno que llevaba la mano que les advirtió mató a la pequeña Nancy; ahora Mouse tiene que contemplar ese convencimiento sin parpadear. Siente las manos de Lucy en los hombros, y sus delgados huesos están cubiertos de carne putrefacta.

Si yo hubiese medido un metro sesenta centímetros y pesado poco más de cuarenta y cinco kilos en lugar de medir casi uno noventa y pesar ciento treinta

kilos, ahora también me estaría pudriendo, se dice.

Mouse bien puede estar buscando el angosto sendero y el letrero con los ojos de un piloto de combate, pero algún otro tendrá que verlos, pues él nunca lo hará. Su inconsciente lo ha sometido a votación y el resultado ha sido unánime.

Cada uno de los otros hombres, Sonny, Doc, Káiser, e incluso Beezer, ha relacionado también la muerte de la pequeña Nancy con la Casa Negra y las mismas consideraciones sobre peso y estatura han cruzado sus mentes. Sin embargo, Sonny Cantinaro, Doc Amberson, Káiser Bill Strassner y especialmente Beezer Saint Pierre asumen que fuera cual fuese el veneno que envolvió la Casa Negra, este fue creado en un laboratorio por seres humanos que sabían lo que se hacían. La antigua y primitiva confianza que se tienen entre sí esos cuatro hombres se la proporciona la mutua compañía de la que han disfrutado desde el instituto; si algo les hace sentir un tanto preocupados es que sea Mouse Baumann y no Beezer el que encabeza la fila. Aun cuando Beezer ha permitido que Mouse le indicase que se quedara detrás, la posición de Mouse contiene un toque de insurrección, de motín; el universo ha sufrido un sutil desorden.

A unos veinte metros del extremo trasero de la propiedad del Centro Maxton, Sonny decide poner fin a esa farsa, le pega un acelerón a su Harley Softail, pasa a sus amigos con estruendo y se sitúa paralelo a Mouse. Este le mira con un asomo de preocupación y Sonny se acerca al arcén.

Cuando ya todos se han hecho a un lado, Mouse pregunta:

—¿Qué problema tienes, Sonny?

—Tú —responde Sonny—. O te has saltado el desvío o te has inventado toda esa jodida historia.

—*He dicho* que no estaba seguro de dónde era. —Se percata, con inmenso alivio, de que las manos muertas de Nancy ya no le aferran con fuerza los hombros.

—Claro que no. Estabas de ácido hasta las cejas.

—De ácido del *bueno.*

—Bien, pues más allá no existe un solo camino, eso sí lo se yo. Hasta el asilo de esos viejos cabrones no hay más que árboles.

Mouse reflexiona sobre el tramo de carretera que queda, como si al fin y al cabo el camino tuviera que estar ahí, aunque sabe que no es así.

—Mierda, Mouse, ya casi hemos llegado a la ciudad. Desde aquí se ve hasta la calle Queen.

—Ajá —dice Mouse—. Vale. —Piensa que si consigue llegar a Queen Street, esas manos no le agarrarán nunca más.

Beezer conduce su Harley Electra Glide hasta superar a los otros y dice:

—¿Vale qué, Mouse? ¿Estás de acuerdo en que el camino está atrás o en algún otro lugar?

Con cara de pocos amigos Mouse vuelve la cabeza hacia atrás para mirar la carretera.

—Maldita sea. Creo que está por ahí cerca, en algún sitio. Aquel día estaba muy ido.

—Jolín, ¿cómo ha podido pasar esto? —dice Sony—. Me he fijado en cada centímetro de terreno por el que hemos pasado y estoy completamente seguro de no haber visto un camino. ¿Y tú, Beezer? Y ¿qué hay de un letrero de prohibido el paso? ¿Has visto alguno?

—No lo entendéis —dice Mouse—. Esa mierda no quiere que la vean.

—Quizá deberías haber ido a la Sala D con Sawyer —se burla Sonny—. Allí la gente entiende a los visionarios.

—Basta ya, Sonny —interviene Beezer.

—Yo he estado allí antes, y tú no —dice Mouse—. ¿Quién de nosotros sabe de qué está hablando?

—Ya he oído suficiente, chicos —concluye Beezer—. ¿Aún crees que está por aquí en algún sitio, Mouse?

—Por lo que puedo recordar, sí.

—Entonces nos lo hemos saltado. Retrocedamos y comprobémoslo de nuevo, y si no lo encontramos miraremos en otro sitio. Si no está aquí, estará entre dos de los valles a lo largo de la 93, o en los bosques de la colina que lleva al mirador. Tenemos mucho tiempo.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —pregunta Sonny. Una cierta ansiedad acerca de lo que podrían encontrarse le está tornando agresivo. Preferiría volver al Sand Bar y apurar una jarra de Kingsland mientras le toma el pelo a Queso Apestoso, que desperdiciar su tiempo haciendo el tonto por las carreteras.

Beezer le mira con unos ojos que echan chispas.

—¿Conoces algún otro sitio con suficientes árboles como para considerarlo

un bosque?

Sonny se echa atrás al instante. Beezer nunca se rendirá para regresar al Sand Bar. Beezer está en esto para quedarse. En su mayor parte tiene que ver con Amy, pero también está relacionado con Jack Sawyer. La otra noche Sawyer le causó una gran impresión a Beezer, eso es lo que pasó, y ahora Beezer cree que todo lo que él dice es la mayor genialidad que ha oído jamás. Para Sonny, no tiene ningún sentido, pero Beezer es quien tiene la última palabra, así que Sonny se figura que desde ahora y por un tiempo van a dar vueltas por ahí como agentes juveniles del FBI. Si este rollo de adoptar a un poli dura más de un par de días, el plan de Sonny es tener una pequeña charla con Mouse y Káiser. Doc siempre estará de parte de Beezer, no importa lo que pase, pero los otros dos son capaces de atender a razones.

—De acuerdo entonces —dice Beezer—. Olvidémonos de lo que va de aquí hasta Queen Street. *Sabemos* que no existe un puto camino en ese tramo. Volveremos por donde hemos venido y lo intentaremos de nuevo. Fila india durante todo el camino. Mouse, tú vas en cabeza otra vez.

Mouse asiente con la cabeza y se prepara para sentir esas manos en los hombros otra vez. Acelera a tope su Fat Boy y se dirige a asumir su lugar al frente de la fila. Beezer se coloca detrás de él y Sonny le sigue con Doc y Káiser en los dos últimos puestos.

Cinco pares de ojos, piensa Sonny. *Si esta vez no lo vemos, nunca lo haremos; y no lo haremos porque para encontrar el maldito camino habría que cruzar medio estado. Cuando Mouse y su antigua novia iban ciegos de ácido podían recorrer kilómetros y pensar que solo habían dado la vuelta a la manzana.*

Todos escrutan la parte opuesta de la carretera y el lindero del bosque. Cinco pares de ojos, en palabras de Sonny, registran una ininterrumpida hilera de robles y pinos. Mouse ha establecido un ritmo en algún punto entre el paso ligero y un trote suave y los árboles avanzan muy despacio. A esta velocidad, pueden ver que el musgo abulta los troncos de los robles y las brillantes manchas de luz solar en el suelo del bosque, que es de un marrón grisáceo y parece una capa de fieltro arrugado. Un mundo oculto de árboles erguidos, rayos de luz y hojas muertas se extiende hacia atrás desde la primera hilera vigilante. Dentro de ese mundo, senderos que no son senderos serpentean como en un laberinto entre los

gruesos troncos y conducen a claros misteriosos. Sonny advierte de repente un grupo de ardillas que hacen gimnasia de ardillas en el mapa de ramas que se entrecruzan para formar un manto intermitente. Y, con las ardillas, una pajarera se hace visible con sus aves.

Todo eso le recuerda a los espesos bosques de Pennsylvania que exploró de niño, antes de que sus padres vendieran la casa y se trasladaran a Illinois. Aquellos árboles tenían un efecto extático que él no volvió a encontrar en ningún otro sitio. Su convencimiento de que Mouse se equivoca y de que no están buscando en el sitio correcto va acrecentándose en su interior. Antes, Sonny había hablado de sitios malos, de los cuales tenía la certeza de haber visto por lo menos uno. Según su experiencia, los sitios *malos,* los que te hacen saber que no eres bienvenido, tienden a estar en las fronteras o junto a estas.

Durante el verano después de graduarse en el instituto, él y sus dos mejores colegas, todos ellos fantásticos motoristas, acudieron con sus vehículos a Rice Lake en Wisconsin, donde tenía dos primas lo bastante enrolladas para presentárselas a sus amigos. Sal y Harry se mostraron encantados con las chicas, y ellas pensaron que los moteros eran sexys y exóticos. Tras un par de días en los que sintió que literalmente estaba de más (y, según cómo se viera, por partida doble), Sonny propuso alargar el viaje una semana y, con el propósito de ampliar su educación, ir directos a Chicago y gastar el resto de su dinero en cerveza y putas hasta que tuvieran que volver a casa. A Sal y a Harry les encantó la idea, y en su tercera velada en Rice Lake enrollaron los fardos y partieron con estruendo hacia el sur, armando tanto escándalo como les fue posible. Hacia las diez se las habían arreglado para estar completamente perdidos.

Quizá fuera por la cerveza, quizá fuera por la falta de atención, pero por un motivo u otro se habían salido de la carretera y, en la profunda oscuridad de una noche en el campo, se encontraron a sí mismos en el linde de un pueblo casi inexistente llamado Harko. Harko no salía en su mapa de la estación de servicio, pero tenía que estar cerca de la frontera con Illinois, a un lado o al otro. Harko parecía consistir en un motel abandonado, unos almacenes en ruinas y un molino de grano vacío. Cuando los chicos llegaron a este último, Sal y Harry se quejaron de lo cansados y hambrientos que estaban y dijeron que querían volver y pasar la noche en el motel.

Sonny, que no se sentía menos cansado, condujo de vuelta con ellos, y en el

instante en que entraron en el oscuro patio del motel tuvo un mal presentimiento acerca de aquel sitio. El aire parecía más pesado, la oscuridad más oscura de lo que debería haber sido. A Sonny le pareció que espíritus malignos e invisibles rondaban aquel lugar. Podía percibirlos entrando y saliendo de los búngalos. Sal y Harry se burlaron de sus reservas: era un cobarde, un marica, una *niña*. Forzaron una puerta y desenrollaron sus sacos de dormir en una vacía y sucia estancia rectangular. Él cogió su saco, cruzó la calle y durmió en un prado.

El amanecer le despertó, y sintió la cara húmeda de rocío. Se levantó de un salto, echó una meada en la alta hierba y comprobó que las motos siguieran al otro lado de la carretera. Allí estaban, las tres, apoyadas en sus caballetes delante de una puerta rota. En el apagado letrero de neón que había a la entrada del patio se leía EL NIDO DE LOS RECIÉN CASADOS. Cruzó la estrecha carretera y con una mano enjugó la negra humedad que brillaba en los asientos de las motos. De donde dormían sus amigos le llegó un extraño sonido. Sintiendo ya el sabor del miedo, empujó la puerta forzada para abrirla. De no haberse negado desde un principio a dar crédito a lo que tenía delante, lo que vio en la habitación le hubiese hecho desmayarse.

Con el rostro surcado de lágrimas y sangre, Sal Turso estaba sentado en el suelo. Tenía la cabeza cercenada de Harry Reilly en el regazo, y un mar de sangre empapaba el suelo y embadurnaba las paredes. El cuerpo de Harry yacía desmembrado y flojo en la parte superior de su empapado saco de dormir. Estaba desnudo. Sal, que solo llevaba una camiseta, roja de sangre, alzó las manos, una con su preciado cuchillo de hoja larga y la otra solo con la palma cubierta de sangre, y levantó el rostro contraído hacia la mirada congelada de Sonny. *No sé qué ha, pasado.* Aquella voz aguda y chillona no era la suya. *No recuerdo haber hecho esto, ¿cómo podría yo haber hecho esto? Ayúdame, Sonny. No sé qué ha pasado.*

Incapaz de hablar, Sonny había retrocedido para salir de allí y largarse en su moto. No tenía una idea clara de hacia dónde se dirigía, solo de que se alejaba de Harko. Unos tres kilómetros más allá por la carretera, llegó a un pequeño pueblo, uno de verdad, con gente y todo, y finalmente alguien le llevó a la oficina del sheriff.

Harko: he *ahí* un mal sitio. En cierto sentido, sus dos amigos del instituto murieron allí, ya que Sal Turso se ahorcó seis meses después de haber sido

encerrado de por vida en la penitenciaría del estado acusado de asesinato en segundo grado. En Harko, uno no veía mirlos de alas rojas o pájaros carpinteros. Hasta los gorriones permanecían alejados de Harko.

¿Y ese corto tramo de la 35? No es más que un bonito y amplio bosque. Déjeme decirle algo, senador: Sonny Cantinaro ha visto Harko, y esto no es Harko. De hecho, ni siquiera se le parece. Bien podría estar en otro mundo. Con lo que se encuentran la mirada inquisitiva de Sonny y su espíritu cada vez más impaciente es con unos dos kilómetros de bello paisaje boscoso. Hasta podría tildarse de bosquecillo. Se dice que sería estupendo venir aquí solo algún día, dejar la Harley fuera de la vista y caminar entre los grandes robles y pinos, con esa gran alfombra acolchada de fieltro bajo los pies, molestando a los pájaros y a las locas ardillas.

Sonny mira los árboles que se alzan como centinelas del lado opuesto de la carretera, disfrutando de antemano del placer que le espera, cuando distingue un destello de blanco en la oscuridad, junto a un gran roble. Absorto en la visión de sí mismo caminando a solas bajo esa bóveda de verde, está a punto de rechazarlo como un simple truco de la luz, una ilusión pasajera. Entonces recuerda lo que se supone que está buscando y aminora el paso, se asoma hacia el lado y ve, apareciendo de entre la maleza que crece en la base del roble, un oxidado agujero de bala y una grande y negra letra N. Sonny vira bruscamente para cruzar la carretera y la N se convierte en NO. No puede creerlo, pero ahí está. El maldito letrero de Mouse. Avanza un par de pasos más y toda la frase aparece ante su vista.

Sonny deja la moto en punto muerto y pone un pie en el suelo. La oscuridad que hay junto al roble se extiende como una tela de araña hasta el siguiente árbol, que está al lado de la carretera y es también un roble, aunque no tan grande. Detrás de Sonny, Doc y Káiser cruzan la carretera y se detienen. Él los ignora y mira a Beezer y Mouse, que ya están unos diez metros más allá examinando los árboles con atención.

—¡Eh! —grita. Beezer y Mouse no le oyen—. ¡Eh! ¡Parad!

—¿Lo has encontrado? —exclama Doc.

—Ve a buscar a esos idiotas y tráetelos —dice Sonny.

—¿Está aquí? —pregunta Doc, mirando detenidamente entre los árboles.

—¿Qué? ¿Crees que he encontrado un muerto? Pues claro que está aquí.

Doc acelera, se detiene detrás de Sonny y mira hacia los árboles.

—Doc, ¿lo ves? —exclama Káiser Bill, y acelera también.

—No —responde Doc.

—Desde ahí no se ve —le dice Sonny—. ¿Quieres hacer el favor de mover el culo y decirle a Beezer que vuelva?

—¿Y por qué no vas tú? —suelta Doc.

—Joder, porque si abandono este lugar, quizá no consiga encontrarlo de nuevo —responde Sonny.

Mouse y Beezer, que ahora están a unos veinte metros más allá de la carretera, siguen su camino sin preocuparse.

—Bueno, pues sigo sin verlo —dice Doc.

Sonny exhala un suspiro.

—Ven aquí, a mi lado.

Doc conduce su Fat Boy a un punto paralelo a la moto de Sonny, entonces se mueve unos centímetros hacia adelante.

—Ahí —añade Sonny, señalando el letrero.

Doc entrecierra los ojos y asoma la cabeza por encima del manillar de la moto de Sonny.

—¿Dónde? Oh, ahora lo veo. Está hecho un asco.

La parte superior del letrero está doblada y hace sombra a la inferior. Algún chaval antisocial que pasaba por ahí ha machacado el letrero con su bate de béisbol. Sus hermanos mayores, más avanzados en los caminos del crimen, habían intentado antes cargárselo con rifles del 22, y él no ha hecho más que darle el golpe de gracia.

—¿Dónde se supone que está el camino? —pregunta Doc.

Sonny, a quien este punto le preocupa un poco, indica la lisa cortina de oscuridad que se extiende a la derecha del letrero en dirección al siguiente roble, más menudo. Mientras la observa, la oscuridad gana en profundidad, como una cueva o un agujero negro que haya horadado con suavidad el aire. La cueva, el agujero negro, se funde y ensancha hasta transformarse en el camino de tierra de unos dos metros de ancho que ha debido de hallarse ahí todo el tiempo.

—Aquí está el maldito —dice Káiser Bill—. No sé como se nos ha pasado a todos la primera vez.

Sonny y Doc intercambian una mirada, percatándose de que Káiser ha

llegado demasiado tarde para ver materializarse el camino de una pared negra con el grosor de una hoja de papel.

—Resulta un poco engañoso —comenta Sonny.

—La vista tiene que adaptarse —añade Doc.

—Muy bien —dice Káiser Bill—, pero si queréis seguir discutiendo quién se lo dice a Mousse y Beezer, dejadme que os ahorre el mal trago. —Mete una marcha en la moto y arranca como un mensajero de la primera guerra mundial con un montón de despachos para el frente. A estas alturas ya un buen trecho más allá en la carretera, Mouse y Beezer se paran y miran hacia atrás, pues por lo visto han oído el sonido de la moto.

—Apuesto a que es eso —dice Sonny, con una mirada inquieta a Doc—. Nuestros ojos tienen que acostumbrarse.

—No puede ser otra cosa.

Menos convencidos de lo que les gustaría, los dos hombres lo dejan estar para observar a Káiser Bill conversar con Beezer y Mouse. Káiser señala a Sonny y Doc, y Bezzer lo imita. Entonces Mouse los señala a ellos y Káiser vuelve a señalar. Parece una discusión en una versión poco desarrollada de un lenguaje de signos. Cuando todos se han enterado de qué va la cosa, Káiser Bill describe un giro completo con la moto y vuelve a toda prisa y con estruendo al lugar de la carretera en que se encuentran Beezer y Doc.

Cuando Beezer no es quien está al mando, ninguno puede evitar una sensación de desorden, de mal gobierno.

Káiser se para a un lado de la estrecha carretera. Beezer y Mouse se detienen a su lado y Mouse acaba parado justo delante del claro que se abre en el bosque.

—No debería haber sido *tan* difícil de ver —opina Beezer—; pero bueno, ahí está. Empezaba a tener mis dudas Mousi.

—Ya —dice Mouse. Su actitud habitual, la de un matón intelectual con una visión traviesa de la vida, ha perdido cualquier traza de optimismo. Bajo la piel de motorista curtida por los elementos, se le ve pálido y lechoso.

—Chicos, quiero deciros la verdad —añade Beezer—. Si Sawyer está en lo cierto acerca de este sitio, el maldito cabrón que construyó esto podría haber instalado trampas y toda clase de sorpresas. Fue hace mucho tiempo, pero si realmente es el Pescador, tiene más motivos que nunca para mantener a la gente alejada de su guarida. Así que hemos de cubrirnos las espaldas. El mejor modo

de hacerlo es entrar a saco y estar preparados. Llevad vuestras armas en algún sitio del que podáis sacarlas rápidamente, ¿de acuerdo?

Beezer abre una de sus alforjas y saca un revólver Colt de nueve milímetros con empuñadura de marfil y cañón de acero azul. Comprueba la recámara y quita el seguro. Al verlo, Sonny extrae su enorme Magnum 357 de la bolsa. Doc hace lo propio con un Colt idéntico al de Beezer, en tanto que Káiser Bill saca una antigua Smith Weson calibre 38 Especial que lleva en su poder desde finales de los setenta. Embuten las armas, que hasta ahora solo han usado en campos de tiro, en los bolsillos de sus chaquetas de cuero. Mouse, que no tiene un arma de fuego, palpa los diversos cuchillos que lleva escondidos en la parte baja de la espalda, en los bolsillos de delante y de detrás de los vaqueros y enfundados en las botas.

—Vale —dice Beezer—, quienquiera que esté ahí dentro nos oirá acercarnos, no importa lo que hagamos, y quizá ya nos haya oído, de modo que no tiene sentido intentar disimular. Quiero una entrada rápida y agresiva, de esas en que vosotros, tíos, sois tan buenos. Podemos sacarle partido a la velocidad. Dependiendo de lo que pase, nos acercaremos a la casa tanto como podamos.

—¿Y qué si no pasa nada? —pregunta Káiser—. Por ejemplo, si vamos hacia allí y seguimos hasta llegar a la casa. Lo que quiero decir es que no veo ningún motivo para estar asustados. De acuerdo, a Mouse le sucedió algo terrible, pero… ya sabéis, eso no significa que vaya a repetirse.

—Entonces disfrutaremos del paseo —dice Beezer.

—¿No quieres echar un vistazo dentro? —pregunta Káiser—. Podría tener niños ahí.

—*El* podría estar ahí —lo corrige Beezer—. En ese caso, no importa lo que le haya dicho a Sawyer, vamos a sacarle. Vivo sería mejor que muerto, pero no me importaría dejarle en un estado de salud precario.

Las motos rugen como muestra de aprobación. Mouse no participa en este mudo pero general acuerdo; baja la cabeza y aferra con fuerza el manillar de su moto.

—Ya que Mouse ha estado aquí antes, él irá el primero. Doc y yo estaremos justo detrás de él, con Sonny y Káiser cubriéndonos el culo. —Beezer mira fijamente a estos últimos y agrega—: Permaneced a dos o tres metros de distancia, ¿de acuerdo?

No pongas a Mouse delante; tú debes ir el primero, piensa Sonny, pero dice:

—De acuerdo, Beezer.

—Colocaos —ordena Beezer.

Mueven las motos hasta las posiciones que Beezer ha indicado. Cualquiera que estuviera conduciendo rápido por la Nacional 35 tendría que pisar el freno para no pasar por encima de al menos dos tíos cachas en sus motos, pero la carretera permanece vacía. Todos, incluido Mouse, dan gas a sus máquinas y se preparan para avanzar. Sonny choca el puño contra el de Káiser y mira hacia ese túnel negro en el bosque.

Un gran cuervo se agita en una rama baja, levanta la cabeza y parece clavar su mirada en la de Sonny. Sonny sabe que el cuervo debe de estar mirándolos a todos, pero no puede librarse de la impresión de que lo mira fijamente a él, y de que sus insaciables ojos negros brincan con malicia. La incómoda sensación de que el cuervo está disfrutando de verlo inclinado sobre su moto le hace pensar en su Mágnum.

Te voy a convertir en un montón de plumas sangrientas, chiquitín.

Sin desplegar las alas, el cuervo salta hacia atrás y desaparece entre las hojas del roble.

—¡VAMOS! —grita Beezer.

En el instante en que Mouse arranca, las manos putrefactas de la pequeña Nancy se le agarran a los hombros. Sus delgados huesos le presionan la piel con fuerza suficiente para hacerle morados. Aunque él sabe que eso es imposible, puesto que uno no puede librarse de algo que no existe, el repentino destello de dolor provoca que intente quitársela de encima. Sacude los hombros y mueve el manillar; la moto se inclina, y al hacerlo la pequeña Nancy se agarra más fuerte. Cuando Mouse se pone derecho, ella se echa hacia adelante, le envuelve el pecho con sus huesudos brazos y aplasta el cuerpo contra su espalda. El cráneo de ella le roza la nuca; los dientes le muerden la piel.

Es demasiado. Mouse sabía que reaparecería, pero no que le apretujaría así. Y a pesar de la velocidad tiene la sensación de estar avanzando a través de una sustancia más pesada y viscosa que el aire, una especie de jarabe que le obliga a ir más despacio, que tira de él hacia atrás. Ambos, él y su moto, parecen de una

densidad poco habitual, como si la gravedad ejerciera mayor atracción en ese estrecho camino que en cualquier otro lugar. Le retumba la cabeza, y ya está oyendo a aquel perro gruñir en el bosque a su derecha. Imagina que podría soportar todo eso si no fuera por lo que le detuvo la última vez que condujo por ese camino: una mujer muerta. Entonces era Kiz Martín; ahora la muerta es la pequeña Nancy, y va montada encima de él como una endemoniada, pegándole en la cabeza, golpeándole en el costado, machacándole los oídos. Siente que los dientes se apartan de su cuello para hundírsele en el hombro izquierdo de la chaqueta. Uno de los brazos se agita delante de él, que accede a un nivel más profundo de impresión y horror cuando cae en la cuenta de que ese brazo es visible. Jirones de piel se agitan sobre largos huesos; alcanza a ver gusanos blancos retorciéndose en los pocos trozos que quedan de carne.

Siente una mano a la vez esponjosa y huesuda golpearle en la mejilla y subirle por la cara. Mouse no puede aguantar todo eso por más tiempo; una sensación de pánico se apodera de él, y pierde el control de la moto. Cuando va a entrar en la curva que lleva a la Casa Negra, las ruedas ya se inclinan peligrosamente y el estremecimiento de repugnancia de Mouse las deja más allá de la posibilidad de corrección.

Mientras la moto cae, oye al perro gruñir a solo unos cuantos metros. La Harley le aplasta la pierna izquierda y él y su espantoso pasajero se deslizan detrás de ella. Cuando Mouse ve la Casa Negra acercarse desde la oscura enramada entre los árboles, una mano putrefacta se agita frente a sus ojos. Su grito es una clara y fina hebra de sonido contra la furia del perro.

Unos segundos después de internarse en el camino, Beezer siente el aire espeso y gélido en torno a sí. Es un *truco,* se dice a sí mismo, una ilusión producida por las jodidas toxinas mentales del Pescador. Confiando en que los otros no sean embaucados por esa ilusión, levanta la cabeza y mira por encima de la ancha espalda de Mouse y su cabeza cubierta de trenzas hacia la curva que el camino describe a la izquierda, unos quince metros más allá. El aire denso parece pesarle sobre los brazos y los hombros, y siente la llegada del más descomunal de todos los dolores de cabeza.

un dolor agudo e insistente que empieza como una afilada punzada detrás de

los ojos y avanza con un latido más fuerte hacia lo más profundo de su cerebro. Beezer mira un segundo a Doc y le parece que este está por la labor. Un vistazo al velocímetro le indica que están rodando a sesenta kilómetros por hora y que van adquiriendo más velocidad, por lo que irán casi a cien cuando lleguen a la curva.

A su derecha, un perro gruñe. Beezer saca la pistola del bolsillo y oye que el gruñido les acompaña mientras aceleran hacia la curva. La *franja*, de dolor en su *cabeza*, se amplía y se expande; parece empujarle los ojos desde dentro, haciéndolos sobresalir de sus órbitas. El gran perro —tiene que ser un perro, ¿qué iba a ser si no?— se está acercando y la ferocidad de su sonido hace que Beezer vea un gigante, que mueve con brusquedad la *cabeza de* abrasadores ojos rojos y al que le cuelgan hilos de saliva de una boca enorme llena de dientes de tiburón.

Dos cosas diferentes acaban con su concentración: la primera es ver a Mouse echarse hacia adelante y hacia atrás en su moto al internarse en la curva, como si *tratara* de rascarse la espalda; la segunda es que la presión que siente detrás de los ojos se multiplica por tres, y justo después de ver lo que sin duda va a ser una caída de Mouse, los vasos sanguíneos de los ojos le estallan. De rojo profundo, su visión cambia rápidamente a negro absoluto. Una voz horrible empieza a decir en su *cabeza: Amy ze zentó en mi regazo y me abrazó. Decidí comédmela*.

—¡No! —exclama Beezer, y la voz que le presiona los ojos se vuelve una risilla áspera. Durante menos de un segundo, tiene la visión de una criatura alta y sombría, con un solo ojo y unos dientes que destellan bajo un sombrero o una capucha…

…Y de pronto el mundo se mueve en torno a él, y *acaba tirado boca* arriba con la pesada moto sobre su pecho. Todo lo que ve está manchado de un rojo oscuro, ardiente. Mouse está gritando, y cuando Beezer vuelve la *cabeza* en dirección a los gritos ve a un Mouse rojo tumbado en una carretera roja y con un gran perro rojo precipitándose hacia él. Beezer no consigue encontrar la pistola; ha salido volando hacia los árboles. Gritos, alaridos y el rugido de los motores llenan sus oídos. Sale como puede de debajo de la moto gritando ni sabe qué. De repente aparece un Doc rojo en su moto roja y casi le tira al suelo otra vez. Oye un disparo, luego otro.

Doc ve a Beezer mirarle e intenta no mostrar lo mal que se siente. Le hierve

un aguachirle en el estómago y se le revuelven las tripas. La atmósfera es tan densa y rancia que tiene la sensación de ir a menos de diez kilómetros por hora. Por algún motivo, la cabeza le pesa doce o quince kilos, es una cosa increíble; hasta podría resultar interesante si consiguiera detener el desastre que está ocurriendo en su interior. El aire parece *concentrarse* en sí mismo, para *solidificarse* y entonces *estallar,* su cabeza se convierte en una pesadísima bola de jugar a bolos que quiere caérsele contra el pecho. Un enorme gruñido le llega desde el bosque que tiene al lado y Doc casi cede al impulso de vomitar. Apenas es consciente de que Beezer está sacando su arma y supone que debería hacer lo mismo, pero parte de su problema es que el recuerdo de una niña llamada Daisy Temperly ha invadido su mente, y el recuerdo de Daisy Temperly paraliza su voluntad.

Como residente de cirugía en el hospital universitario de Urbana, Doc llevó a cabo, bajo supervisión, casi un centenar de operaciones de toda clase y asistió a otras tantas. Hasta que Daisy Temperly fue conducida al quirófano todas habían ido bien. Complicado pero no especialmente difícil ni con riesgo de muerte, su caso consistía en injertos de hueso y otros arreglos. Daisy, que ya había soportado dos operaciones, iba a ser reconstruida tras un serio accidente de coche. Un par de horas antes de iniciar la intervención el jefe del departamento, el supervisor de Doc, tuvo que irse a causa de una operación de emergencia, y Doc se quedó al mando. En parte debido a la falta de sueño en las últimas cuarenta y ocho horas, y en parte porque en su agotamiento se había imaginado a sí mismo viajando por las carreteras con Beezer, Mouse y sus otros nuevos amigos, cometió un error, no durante la operación sino después. Cuando escribió la receta con la medicación, se equivocó en la dosis, y dos horas más tarde Daisy Temperly estaba muerta. Podría haber hecho algunas cosas para salvar su carrera, pero no hizo nada. Le permitieron acabar la residencia, y después dejó la medicina para siempre. Al hablar con Jack Sawyer había simplificado considerablemente sus motivos.

El desbarajuste que experimenta en el centro de su cuerpo no puede ser contenido por más tiempo. Doc vuelve la cabeza y vomita mientras sigue adelante. No es la primera vez, que lo echa todo mientras va en moto, pero ninguna ha sido tan sucia y dolorosa. La cabeza le pesa tanto que no puede estirar el cuello, de modo que el vómito le salpica el hombro y el brazo derechos;

y lo que salta de su interior parece tener vida y estar provisto de dientes y garras. No le sorprende ver sangre mezclada con lo que le sale de la boca. Su estómago se retuerce de dolor.

Sin proponérselo, Doc ha frenado un poco, y cuando acelera y mira de nuevo hacia adelante ve a Mouse caer de lado y derrapar junto a su moto en la curva siguiente. Sus oídos captan un sonido rápido, como el de una catarata lejana. Suavemente, Mouse chilla; con la misma suavidad Beezer grita:

—¡No! —Justo después Beezer da de cabeza contra una gran roca u otro obstáculo porque su Electra Glide deja el suelo, da una vuelta completa en el aire compacto y le cae encima. A Doc se le ocurre que esta misión es totalmente JODIDA. El mundo entero se ha vuelto loco y ahora ellos están hundidos en la mierda. Pone en práctica la única posibilidad sensata: saca del bolsillo su fiel 9 milímetros e intenta decidir a qué disparar primero.

Se le destapan los oídos, y los sonidos cobran vida alrededor de él. Mouse aún está gritando. Doc no comprende cómo ha podido pasar por alto el ruido del perro, ya que incluso con el estruendo de las motos y los alaridos de Mouse ese gruñido en movimiento es el sonido más fuerte del bosque. El jodido perro de los Baskerville se precipita a por ellos, y tanto Mouse como Beezer están fuera de combate. A juzgar por el ruido que hace, la cosa debe de ser del tamaño de un oso. Doc apunta su arma hacia adelante, cogiéndola con una sola mano mientras pasa junto a Beezer, que se retuerce intentando quitarse la moto de encima. Ese sonido descomunal… Doc imagina a un perro del tamaño de un oso abriendo las fauces en torno a la cabeza de Mouse, y al instante borra esa imagen. Las cosas están pasando demasiado rápido y si no presta atención esas mandíbulas podrían cerrarse sobre *él.*

Tiene el tiempo justo de pensar *Ese no es un perro corriente, ni siquiera uno gigantesco…*

… cuando algo enorme y negro arremete desde los árboles a su derecha y se dirige en diagonal hacia Mouse. Doc aprieta el gatillo y con el sonido de la pistola el animal da media vuelta y le gruñe a él. Lo único que Doc ve con claridad son dos ojos rojos y una boca roja abierta con una larga lengua y un montón de afilados caninos. El resto es borroso y tiene menos definición que si estuviera en un remolino. Un relámpago de puro terror que sabe tan limpio y afilado como vodka barato atraviesa a Doc desde la garganta hasta los testículos,

y la moto le colea describiendo un semicírculo y se para; la ha parado él mismo, por puro reflejo. De pronto parece que sea noche profunda. Por supuesto que no puede verlo, ¿cómo iba a ver alguien un perro negro en plena noche?

La criatura da la vuelta de nuevo para cargar contra Mouse, a la velocidad del rayo.

No quiere atacarme porque tengo un arma y porque los otros dos están justo detrás de mí, piensa Doc. Le parece que la cabeza y los brazos han ganado veinte kilos cada uno, pero lucha contra el peso de sus músculos, estira los brazos y dispara de nuevo. Esta vez *sabe* que le ha dado a esa cosa, pero la única reacción es una sacudida que le hace variar el rumbo por un instante. El gran borrón que es su cabeza se balancea hacia Doc. El gruñido se hace aún mas fuerte y largo, los plateados hilos de baba del perro salen despedidos de la boca abierta. Algo que recuerda a una cola se mueve hacia adelante y hacia atrás.

Cuando Doc contempla ese abismo abierto y rojo su resolución se debilita, y apenas es capaz de mantener la cabeza derecha. Siente como si se cayera dentro de esas enormes fauces rojas; la pistola le cuelga de la mano renqueante. En un momento que dura toda una eternidad, la misma mano garabatea una receta posoperatoria para Daisy Temperly. La criatura trota en dirección a Mouse. Doc oye la voz de Sonny, que maldice con furia. Una fuerte explosión a su derecha le tapa los oídos, y el mundo se sume en un silencio perfecto. *Aquí estamos,* se dice Doc. *Oscuridad al mediodía.*

Para Sonny, la oscuridad se cierne en el instante mismo que el dolor punzante que siente en la cabeza y estómago. Un bandazo de agonía le rasga el cuerpo de arriba abajo, un fenómeno tan incomparable y extremo que asume que también ha borrado la luz del día. Él y Káiser Bill están a unos dos metros detrás de Beezer y Doc y a unos cinco más allá del estrecho y sucio camino. Káiser suelta el manillar y se agarra la cabeza con fuerza. Sonny entiende perfectamente cómo se siente: una sección de tubo de acero al rojo, de un metro de largo, se le ha clavado en la coronilla para hundírsele hasta las entrañas, quemando todo lo que toca.

—Eh, colega —le dice, y en su suplicio advierte que el aire se ha vuelto lodoso, como si cada simple átomo de oxígeno y dióxido de carbono fuera lo

bastante pegajoso para adherirse a su piel. Entonces Sonny advierte que a Káiser se le están poniendo los ojos en blanco, y comprende que el hombre va a desmayarse ahí mismo. Pese a lo mal que está, ha de hacer algo para proteger a Káiser. Extiende la mano para alcanzar la moto del otro, observando, hasta donde le es posible, que los iris de Káiser desaparecen bajo sus párpados superiores. La sangre le mana de las fosas nasales, su cuerpo se desploma hacia atrás en el asiento y cae por el costado. Por unos segundos, Káiser es arrastrado por una bota que ha quedado pillada en el manillar, pero la bota se suelta y la moto se detiene.

Sonny, a quien la barra de acero al rojo parece desgarrarle el estómago, no tiene elección; deja caer la otra moto, suelta un quejido, se inclina hacia un lado y vomita lo que le parece que son todas las comidas que ha tomado en su vida. Cuando ya no le queda nada dentro, su estómago se siente mejor, pero John Henry ha decidido hundirle barras de clavos gigantes en el cráneo. Siente los brazos y las piernas como de caucho. Sonny se concentra en su moto. Al parecer aún se aguanta. No comprende cómo puede seguir adelante, pero ve que una mano salpicada de sangre le da al acelerador, y se las arregla para mantenerse derecho cuando arranca. *¿Es esa mi sangre?,* se pregunta, y recuerda dos largas bandas rojas desplegándose desde la nariz de Káiser.

Un ruido de fondo que ha ido haciéndose más fuerte se convierte ahora en el sonido de un 747 que se acerca para aterrizar. Sonny piensa que lo último que le apetece hacer hoy es echarle un vistazo al animal capaz de emitir semejante sonido. Mouse ha dado en el clavo: este es un sitio malo, malísimo, tan malo como la encantadora ciudad de Harko, en Illinois. Sonny no desea encontrar más Harkos, ¿de acuerdo? Con una tuvo bastante. Así que ¿por qué continúa en lugar de dar la vuelta y salir pitando hacia la pacífica Nacional 35? ¿Por qué está sacando esa enorme arma de su bolsillo? Muy simple: no está dispuesto a dejar que ese perro del tamaño de un avión le revuelva las entrañas, no importa lo mucho que le duela la cabeza.

John Henry sigue hundiéndole esos clavos de cinco dólares cuando Sonny coge velocidad y entrecierra los ojos para ver el camino, intentando comprender qué está pasando. Alguien, no identifica quién, grita. Entre los gruñidos distingue el inconfundible sonido de una moto tomando tierra después de un salto, y su corazón se estremece.

Beezer debería haber ido en cabeza, piensa; *que no lo haga equivale a buscarse problemas.* Un arma se dispara con una fuerte explosión. Sonny se obliga a avanzar entre los pegajosos átomos del aire, y al cabo de cinco o seis segundos divisa a Beezer, que trata dolorosamente de ponerse en pie al lado de su moto caída. Unos cuantos metros más allá de Beezer, se hace visible la corpulenta figura de Doc, sentado en su moto y apuntando con su nueve milímetros a algo que hay delante de él en el camino. Doc dispara y del cañón de su pistola surge una llama roja.

Sintiéndose más destrozado e inútil que nunca en su vida, Sonny salta de la moto en movimiento y corre hacia Doc, intentando mirar más allá. Lo primero que ve es un destello de luz procedente de la moto de Mouse, que está tumbada sobre un costado unos seis o siete metros más allá, en la parte superior de la curva. Entonces encuentra a Mouse arrastrándose de culo para escapar de algún animal del que todo lo que logra distinguir son sus ojos y sus dientes. Sin ser consciente de la sarta de juramentos que salen de su boca, Sonny apunta con su revólver a la criatura y le dispara justo cuando pasa por el lado de Doc.

Doc tan solo está ahí; Doc está fuera de juego. El extraño animal junto al camino cierra sus fauces en la pierna de Mouse. Va a desgarrar un trozo de músculo del tamaño de una hamburguesa, pero Sonny le acierta con un *misil,* una bala de punta hueca de su Magnum, un poco fardona para tiros de prácticas, pero en estas circunstancias poco menos que prudente, muchas gracias. Contrariamente a todas las expectativas y a las leyes de la física, la sorprendente y extraordinaria bala trucada de Sonny no produce un agujero del tamaño de una pelota de fútbol en la piel de la criatura, sino que empuja a esta de lado y le distrae de la pierna de Mouse: ni siquiera le hace caer. Mouse emite un alarido de dolor.

El perro se sacude y mira a Sonny con los ojos rojos del tamaño de pelotas de béisbol. Abre la boca de dientes blancos y afilados, y suelta una dentellada al aire. Hilos de baba salen disparados de su boca. La criatura baja los hombros y camina hacia adelante. Sorprendentemente, su gruñido aumenta en volumen y ferocidad. Sonny está sobre aviso: si no se vuelve y echa a correr, será el siguiente en el menú.

—Trágate eso —dice Sonny, y dispara directo a la boca del animal. Toda su cabeza debería volar en sangrientos pedazos, pero un instante después de que la

Magnum haya disparado no ha cambiado nada.

Oh, mierda, piensa Sonny.

El perro-cosa tiene los ojos ardientes y su salvaje cabeza en cuña parece ensamblarse por sí misma para emerger de la oscuridad del aire y ponerse a la vista. Como si se hubiese apartado una impenetrable cortina, Sonny ve un grueso cuello que desciende hacia unos carnosos hombros y unas fuertes patas delanteras. Quizá la marea esté cambiando, quizá el monstruo se vuelva vulnerable después de todo. Sonny apoya el puño derecho en la mano izquierda, apunta al pecho del perro-cosa y abre fuego una vez más. La detonación parece llenarle los oídos de algodón. Todos los clavos de la vía del tren de su cabeza se calientan como cables eléctricos, y un dolor intenso le palpita en las sienes.

Del pecho de la criatura gotea sangre. En el centro del ser de Sonny Cantinaro, un triunfo puro, primitivo, cobra vida. Se hacen visibles otras partes del monstruo, la ancha espalda y un indicio de las patas traseras. De una raza no reconocible y un metro treinta de altura, el perro-cosa es más o menos del tamaño de un lobo gigante. Cuando se mueve hacia él, Sonny dispara de nuevo. Como un eco, el sonido de su arma se repite en algún sitio cercano, a sus espaldas; una bala que es como una avispa sobrealimentada silba atravesándole el pecho.

La criatura se tambalea hacia atrás, cojeando de una pata herida. Sus ojos furiosos caen sobre Sonny. Este se arriesga a mirar por encima del hombro y ve a Beezer tirado en medio del estrecho camino.

—¡No me mires, dispara! —exclama Beezer.

Su voz parece despertar a Doc, que levanta el arma y apunta. De pronto los tres están apretando los gatillos y el pequeño sendero resuena como un campo de tiro en un día muy concurrido. El perro-cosa (*sabueso del infierno,* piensa Sonny) da un paso atrás, cojeando, y abre al máximo su terrible boca para proferir un alarido de furia y frustración. Antes de que el alarido concluya, la criatura mete las patas traseras bajo el cuerpo, cruza de un salto la carretera y se desvanece entre los árboles.

Sonny lucha contra el impulso de dejarse llevar por una oleada de alivio y fatiga. Doc gira sobre los talones y continúa disparando hacia la oscuridad que hay detrás de los árboles hasta que Beezer le pone una mano en el brazo y le ordena que pare. El aire apesta a cordita y al olor de algún animal,

asquerosamente dulce, como de almizcle. Un humo gris pálido brilla casi blanco al filtrarse a través del aire más oscuro.

Beezer vuelve su demacrado rostro hacia Sonny, y el blanco de sus ojos es carmesí.

—Le has dado a ese jodido animal, ¿no es cierto?

A través del montón de algodón de sus oídos, la voz de Beezer suena suave y fina.

—Joder. Sí. Al menos dos veces, quizá tres.

—Y Doc y yo le hemos dado una vez cada uno. ¿Qué demonios es esa cosa?

Llorando de dolor, Mouse repite su lamento por tercera vez:

—¡Ayudadme!

Y al fin los demás le oyen. Moviéndose despacio y presionándose con las manos en las partes que más les duelen, suben renqueando por el camino y se arrodillan delante de Mouse. Tiene la pernera de los vaqueros desgarrada y empapada en sangre, y el rostro contraído.

—¿Estáis sordos, imbéciles?

—Casi —responde Doc—. Dime que no tienes una bala en la pierna.

—No, pero debe de haber sido una especie de milagro. —Esboza una mueca de dolor e inhala con brusquedad. El aire silba entre sus dientes—. ¡De qué modo estabais disparando, tíos! Es una pena que no dierais en el blanco antes de que me mordiera la pierna.

—Yo lo he hecho —corrige Sonny—; por eso aún *tienes* pierna.

Mouse le mira de soslayo y sacude la cabeza.

—¿Qué ha pasado con Káiser?

—Ha perdido cerca de un litro de sangre por la nariz y se ha desmayado —responde Sonny.

Mouse suspira como si lamentara la fragilidad de la especie humana.

—Creo que deberíamos intentar salir de este desquiciado agujero de mierda.

—¿Está bien tu pierna? —pregunta Beezer.

—No está rota, si a eso te refieres; pero tampoco está bien.

—¿Qué tienes? —quiere saber Doc.

—No lo puedo decir —contesta Mouse—. No respondo a cuestiones médicas que vengan de tipos cubiertos de vómito.

—¿Puedes ir en moto?

—Pues claro que puedo. ¿Acaso has visto alguna vez en que no pudiese hacerlo?

Beezer y Sonny cogen a Mouse cada uno por un lado y con esfuerzo lo ponen en pie. Cuando le sueltan los brazos, se tambalea y da unos cuantos pasos hacia un lado.

—Esto no está bien —masculla.

—Es brillante —opina Beezer.

—Beeze, viejo amigo, ¿sabes que tienes los ojos de un rojo brillante? Pareces el jodido Drácula.

En la medida que les es posible apresurarse, se apresuran. Doc quiere examinar la pierna de Mouse; Beezer quiere asegurarse de que Káiser todavía esté vivo; y todos ellos quieren salir de ese lugar y volver al aire normal y la luz del sol. Les retumba la cabeza y los músculos les duelen a causa de la tensión. Ninguno de ellos está seguro de que el perro-cosa no se disponga a atacar de nuevo.

Mientras hablan, Sonny ha estado recogiendo la Fat Boy de Mouse y acercándosela a este. Mouse la sujeta por el manillar y la empuja hacia adelante haciendo muecas de dolor al avanzar. Beezer y Doc recuperan sus motos y dos metros más allá Sonny saca la suya de entre un montón de hierbajos y la pone en pie.

Beezer es consciente de que, cuando estaba en la curva del camino, ha fracasado en su intento de ver la Casa Negra. Recuerda a Mouse diciendo *esa mierda no quería ser vista, y* piensa que ha dado justo en el clavo: el Pescador no los quería ahí ni quería que viesen su casa. Todo lo demás le da vueltas en la cabeza, igual que su Electra Glide ha hecho una voltereta después de que esa horrible voz le haya hablado en la cabeza. No obstante, Beezer está completamente seguro de una cosa: Jack Sawyer no va a ocultarle nada por más tiempo.

De pronto se le ocurre algo terrible, y pregunta:

—¿Tíos, os ha pasado algo raro, algo realmente *extraño,* antes de que ese perro del demonio irrumpiera desde el bosque? Aparte de lo físico, me refiero.

Mira a Doc y este se ruboriza.

Ahí lo tienes, piensa Beezer.

—Que te jodan —dice Mouse—. Yo no voy a hablar de eso.

—Estoy con Mouse —señala Sonny.

—Apuesto a que la respuesta es sí —dice Beezer.

Káiser Bill está tendido al lado del camino con los ojos cerrados y la parte delantera del cuerpo húmeda de sangre desde la boca a la cintura. El aire aún es gris y pegajoso; los cuerpos parecen pesar media tonelada, las motos, transitar sobre ruedas de plomo. Sonny conduce su moto hasta donde está tumbado Káiser, a quien da un puntapié, no demasiado suave, en las costillas.

Káiser abre los ojos y gime.

—Que te jodan, Sonny —dice—. Me has dado una patada. —Sus párpados se agitan, y al levantar la cabeza del suelo advierte la sangre que empapa su ropa —. ¿Qué ha pasado? ¿Me han disparado?

—Te has portado como un héroe —responde Sonny—. ¿Cómo te encuentras?

—Fatal. ¿Dónde me han dado?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —contesta Sonny—. Vamos, nos largamos de aquí.

Los otros pasan en fila. Káiser Bill se pone de pie con esfuerzo y tras otra épica batalla tira de la moto, la levanta y la empuja hasta el camino detrás de los demás, maravillándose de lo mucho que le duele la cabeza y la cantidad de sangre que cubre su cuerpo. Cuando deja atrás los últimos árboles y se reúne con sus amigos, la repentina claridad le provoca una punzada en los ojos, siente el cuerpo tan ligero como para flotar y casi se desmaya otra vez.

—No creo que me hayan disparado —dice.

Nadie presta atención a Káiser. Doc está preguntándole a Mouse si quiere ir al hospital.

—Al hospital no, tío. Los hospitales matan a la gente.

—Al menos deja que le eche un vistazo a tu pierna.

—De acuerdo, adelante.

Doc se arrodilla al lado del camino y sube el dobladillo de los vaqueros de Mouse hasta la altura de la rodilla. Explora con dedos sorprendentemente delicados y Mouse se estremece de dolor.

—Mouse —dice Doc—, nunca había visto una mordedura de perro como esta.

—Tampoco había visto antes un perro como ese.

—¿De qué perro habláis? —pregunta Káiser.

—Hay algo extraño en esta herida —prosigue Doc—. Necesitas antibióticos, y los necesitas de inmediato.

—¿Tú no tienes antibióticos?

—Claro que tengo.

—Entonces volvamos a casa de Beezer y podrás llenarme de agujas.

—Lo que tú digas.

20

Más o menos en el momento en que Mouse y Beezer pasan por alto por primera vez el pequeño sendero y el letrero de PROHIBIDO EL PASO que había junto a él, Jack Sawyer responde a la molesta llamada de su teléfono móvil, confiando en que sea Henry, con información sobre la voz de la cinta del 911. Aunque sería maravilloso que la identificara, no espera que Henry lo haga; el Pescador-Burnside es de la edad de Potsie, y Jack supone que el viejo canalla no debe de tener una gran vida social, ni aquí ni en los Territorios. Lo que *sí* puede hacer Henry, sin embargo, es concentrar sus finísimos oídos en los matices de la voz de Burnside y describir qué oye en ella. De no saber nosotros que la fe de Jack en la capacidad de su amigo de detectar distinciones y pautas inaudibles para otras personas está justificada, esa fe nos parecería tan irracional como la creencia en la magia: Jack confía en que un Henry Leyden lleno de energía y como nuevo capte al menos un par de detalles cruciales de antecedentes o personalidad que limiten la búsqueda. A Jack va a interesarle cualquier cosa que Henry detecte.

Si quien llama es algún otro, pretende librarse de él sin tardanza.

La voz que responde a su saludo trastoca sus planes. Fred Marshall quiere hablar con él, y se le oye tan acelerado e incoherente que Jack ha de pedirle que se detenga y empiece de nuevo.

—Judy está volviendo a perder la chaveta —explica Fred—. No hace más que… balbucear, decir chorradas y desvariar como antes; trata de arañar las paredes… Oh, Dios, le han puesto correas, y detesta que hagan eso… Ella quiere ayudar a Ty, es todo por esa cinta. Jesús, esto se está volviendo demasiado difícil

de soportar, Jack, quiero decir señor Sawyer, se lo digo en serio, y ya sé que no paro de darle a la lengua, pero es que estoy realmente preocupado.

—No me diga que alguien le envío la cinta del 911 —dice Jack.

—No, no…, ¿qué cinta del 911? Estoy hablando de esa que han mandado hoy al hospital. A nombre de Judy. ¿Puede creer que la han dejado *escuchar* esa cinta? Voy a estrangular al doctor Spiegleman y a esa enfermera, Jane Bond. ¿Qué le pasa a esa gente? La cinta llega y dicen: oh, mira qué bien, aquí tenemos una cinta estupenda para que la oiga usted, señora Marshalí, espere que voy a buscarle un casete. ¿En una sala de enfermos *mentales*? ¿Ni siquiera se molestan en escucharla primero? Mire, sea lo que sea lo que esté haciendo, le quedaría eternamente agradecido si me permitiera pasar a recogerle, para así llevarle hasta allá. Podría hablar con ella. Usted es la única persona capaz de calmarla.

—No tiene que pasar a recogerme, porque ya estoy de camino. ¿Qué había en la cinta?

—No lo entiendo. —Fred se ha vuelto considerablemente más lúcido—. ¿Por qué está yendo sin mí?

Tras pensarlo un instante, Jack le suelta una mentira descarada.

—Se me ocurrió que usted probablemente ya estaría allí. Qué lástima que no fuese así.

—Habría tenido la sensatez de filtrar esa cinta antes de dejar que *ella* la escuchase. ¿Tiene idea de lo que había en esa cinta?

—El Pescador —contesta Jack.

—¿Cómo lo sabe?

—Es un gran comunicador —responde Jack—. ¿Hasta qué punto es mala?

—Dígamelo usted, y entonces ambos lo sabremos. Estoy encajando las piezas a partir de lo que he sabido por Judy y lo que el doctor Spiegleman me ha dicho después. —La voz de Fred Marshall se vuelve temblorosa—. El Pescador se estaba mofando de ella. ¿Puede creerlo? Decía: *Tu pequeño está muy solo.* Luego añadía algo parecido a *Está implorando…, implorando que le dejen llamar a casa para saludar a su mami.* Solo que Judy dice que tenía un fuerte acento extranjero, o algún defecto del habla o algo así, pues no era fácil entenderle de entrada. Entonces añade: *Dile hola a tumami., Tyler, y* Tyler… —Se le quiebra la voz, y Jack le oye reprimir su dolor antes de continuar—: Tyler, ah, por lo visto Tyler estaba demasiado consternado para hacer otra cosa que no

fuera gritar en demanda de ayuda. —A través de la línea le llega una larga e incierta inhalación—. Y *gritaba*, Jack, Tyler *gritaba.*

Incapaz de contener más tiempo sus sentimientos, Fred se echa a llorar abiertamente y sin reservas. El aliento le vibra en la garganta; Jack escucha esos ruidos húmedos, indecorosos e impotentes que la gente profiere cuando el dolor y el pesar anulan cualquier otro sentimiento, y su corazón se conmueve por Fred Marshall.

Los sollozos remiten.

—Lo siento. A veces creo que van a tener que ponerme correas a *mí.*

—¿Acababa así la cinta?

—Empezaba otra vez. —Fred respira ruidosamente unos instantes mientras se aclara las ideas—. Alardeaba sobre lo que iba a hacer. *Habrrrá más azezinatos, y más despuéz de ezoz, Chudy, vamoz apazarrrlo todoz tan bien.…* Spiegleman me ha citado esa basura. Los niños de French Landing van a ser segados como trigo. *Zegadoz como drrigo.* ¿Quién habla así? ¿Qué clase de persona es esa?

—Ojalá lo supiera —responde Jack—. Quizá hablaba con acento para parecer aún más terrorífico. O para disfrazar su voz. —*Jamás disfrazaría su voz,* se dice Jack, *está demasiado orgulloso de sí para ocultarse tras un acento*—. Voy a hacer que el hospital me entregue la cinta y la escucharé. En cuanto tenga algo de información le llamaré.

—Hay una cosa más —dice Marshall—. Es probable que haya cometido un error. Wendell Green ha venido a verme hace una hora aproximadamente.

—Cualquier cosa que involucre a Wendell Green es automáticamente un error. Bueno, ¿qué ha pasado?

—Ha sido como si supiera todo lo de Tyler y solo necesitara que yo se lo confirmase. Se me ha ocurrido que debe de haberlo sabido por Dale, o por los polis del estado; pero Dale todavía no lo ha hecho público, ¿no es así?

—Wendell tiene una red de pequeñas comadrejas que le abastecen de información. Si sabe algo, es así cómo se ha enterado. ¿Qué le ha dicho usted?

—Más o menos todo —contesta Marshall—. Incluida la cinta. Oh, Dios, qué imbécil soy, pero he pensado que hacía bien… que todo acabaría por salir a la luz.

—Fred, ¿le ha dicho algo sobre mí?

—Solo que Judy confía en usted y que ambos le estamos agradecidos por su ayuda. Y creo haberle dicho que era probable que usted fuera a verla esta tarde.

—¿Ha mencionado la gorra de béisbol de Ty?

—¿Me cree *chiflado* o qué? Por lo que a mí concierne, eso es entre usted y Judy. Si soy incapaz de entenderlo, cómo voy a hablarle de ello a Wendell Green. Al menos he conseguido que me prometiera que no se acercaría a Judy. Goza de toda una reputación, pero me ha parecido que no es tan bueno como lo pintan.

—No sabe cuánta razón tiene —comenta Jack—. Estaremos en contacto.

Cuando Fred Marshall cuelga, Jack marca el número de Henry.

—A lo mejor me retraso un poco, Henry. Voy de camino al hospital Luterano. Judy Marshall ha recibido una cinta del Pescador y, si consigo que me la entreguen, te la llevaré. Ahí pasa algo raro… En la cinta de Judy creo que tiene alguna clase de acento extranjero.

Henry le dice a Jack que no hay prisa. Todavía no ha escuchado la primera cinta, y ahora va a esperar a que Jack acuda con la segunda. Es posible que capte algo de utilidad si las escucha en secuencia. Por lo menos podrá decirle a Jack si fueron grabadas por el mismo hombre.

—Y no te preocupes por mí, Jack. Dentro de un rato va a venir la señora Morton para llevarme a la KDCU. George Rathbun es quien va a darme hoy de comer, cariño, con seis o siete cuñas publicitarias. «Hasta un *ciego* sabe que quieres invitar a tu nena, a tu cariñito, a tu palomita, a tu esposa, a tu mejor amiga en lo bueno y en lo malo, a una *mmmmm* deliciosa cena esta noche, y no hay mejor sitio para mostrarle tu aprecio a tu vieja parienta que Rib Crib del primo Buddy en la calle South Wabash en el precioso centro de La Riviere.»

—¿A «tu vieja parienta»?

—Si uno paga por George Rathbun, a quien obtiene es a George Rathbun, con todos sus defectos.

Entre risas, Jack le dice a Henry que le verá más tarde, y acelera la Ram hasta ciento diez por hora. ¿Qué va a hacer Dale, ponerle una multa por exceso de velocidad?

Aparca enfrente del hospital en lugar de rodear este hasta el aparcamiento y

cruza decidido el asfalto con la mente llena de los Territorios y de Judy Marshall. Los acontecimientos se están precipitando, están adquiriendo velocidad, y Jack tiene la sensación de que todo converge en Judy…; no, en Judy y en *él.* El Pescador les ha elegido con mayor determinación de la que mostró con sus tres primeras víctimas: Amy Saint Pierre, Johnny Irkenham e Irma Freneau tenían, sencillamente, la edad adecuada —otros tres niños cualesquiera le habrían servido—, pero Tyler era el hijo de Judy Marshall, y eso le hacía especial. Judy ha vislumbrado los Territorios, Jack ha viajado por ellos, y el Pescador vive allí de la misma forma en que una célula cancerígena vive en un organismo sano. El Pescador le envió a Judy una cinta, a Jack un regalo espeluznante. En casa de Tansy Freneau, Jack había visto a Judy como su llave y la puerta que esta abría, y ¿adonde conducía esa puerta sino a la Lejanía de Judy?

La *Lejanía.* Dios, suena bonito. Precioso, de hecho.

Aaah… esa palabra evoca el rostro de Judy Marshall, y cuando ve ese rostro, una puerta en su mente, una puerta que es suya y solo suya, se abre y por un instante Jack Sawyer deja de moverse y, presa de la impresión, el temor y una expectación gozosa, se queda paralizado en el asfalto a un par de metros de la entrada del hospital.

A través de esa puerta, en su mente se derrama todo un torrente de imágenes inconexas: una noria parada, polis de Santa Mónica pululando tras una cinta amarilla, de las que se ponen para delimitar la escena de un crimen, la luz reflejándose en la cabeza calva de un hombre negro. Sí, la cabeza calva de un hombre negro, esa que de todo corazón, desesperadamente de hecho, había deseado no ver, de modo que échale un buen vistazo, amiguito, pues aquí está de nuevo. Había habido una guitarra, pero estaba en alguna otra parte; pertenecía al espléndido exigente reconfortante y nada reconfortante Speedy Parker, que Dios le bendiga que Dios maldiga su estampa que Dios le proteja, Speedy, que rasgaba las cuerdas y cantaba

Viajero Jack, viejo viajero Jack,
Tiene un larguísimo camino que recorré
Y un camino aún má largo pa' regresá.

Mundos que giran en torno a él, mundos dentro de otros mundos y con otros

mundos a su lado, separados por una fina membrana compuesta de un millar de millares de puertas, si uno sabía cómo encontrarlas. Un millar de millares de plumas rojas, plumas minúsculas, plumas de petirrojo, cientos de petirrojos, que entran volando por una de esas puertas. La de Speedy. *Petirrojo,* como en *huevo de petirrojo,* gracias, Speedy, y una canción que decía *Despierta, despierta, dormilón.*

O: *¡Despierta, despierta, TONTO DEL CULO!*

Jack oye el absurdo y ahora no tan genial rugido de George Rathbun: *¡Hastaaa un CIEEEGO podría haberlo visto venir, CABEZA DE CHORLITO!*

—Oh, ¿sí? —ironiza Jack en voz alta. Menos mal que la enfermera jefe Bond, Jane Bond, agente 00 Cero, no puede oírle. Es dura, pero por otra parte es injusta, y de materializarse ahora junto a él, probablemente le encadenaría, le sedaría, y le arrastraría hasta sus dominios—. Bueno, pues yo sé algo que usted no sabe, vieja colega: Judy Marshall tiene una gemela, y la gemela lleva susurrando a través de la pared un lapso considerable de tiempo. No es de sorprender que finalmente haya empezado a gritar.

Un adolescente pelirrojo con una camiseta del equipo de béisbol de Arden abre la puerta lateral a dos metros de Jack y le dirige una mirada recelosa y desconcertada. *Jo, qué raros son los adultos,* dice esa mirada; *cómo me alegro de ser un crío, ¿eh?* Puesto que no es un profesional de la salud mental sino un alumno de instituto, no encadena a nuestro héroe ni le arrastra sedado hasta la habitación acolchada. Simplemente se toma la molestia de dar un amplio rodeo en torno al chiflado y continúa caminando, aunque con un toque de afectada rigidez en sus andares.

Todo tiene que ver con los gemelos, por supuesto. Reprendiéndose por su estupidez, Jack se golpea la sien con los nudillos. Debería haberlo visto antes; debería haberlo comprendido *de inmediato.* Si tiene alguna excusa, es la de que al principio se negó a pensar en el caso pese a los esfuerzos de Speedy por despertarle, y entonces se obcecó tanto en concentrarse en el Pescador que hasta esa mañana, mientras veía a su madre en el gran televisor del Sand Bar, se había negado a considerar al gemelo de ese monstruo. En la infancia de Judy Marshall, su gemela le había hablado a través de la membrana que separaba los dos mundos; cada vez más alarmada a lo largo del último mes, la gemela casi había alargado los brazos para atravesar la membrana y zarandear a Judy hasta dejarla

sin sentido. Como Jack es de naturaleza única y no tiene gemelo, la tarea correspondiente recae en Speedy. Ahora que todo parece cobrar sentido, Jack no puede creer que le haya llevado tanto tiempo captar el patrón.

Y he *ahí* el porqué de que le haya contrariado todo aquello que le mantenía alejado de Judy Marshall: Judy es el umbral de acceso a su gemela, a Tyler, y a la destrucción tanto del Pescador como de su contrapartida en los Territorios, el constructor de la estructura satánica y abrasadora que un cuervo llamado Gorg le mostrara a Tansy Freneau. Pase lo que pase hoy en la sala D, va a ser algo que alterará el mundo.

Con el corazón desbocado por la expectación, Jack pasa de la intensa luz solar al amplísimo espacio ocre del vestíbulo. Los mismos pacientes en bata parecen ocupar las numerosas sillas; en un rincón distante, los mismos médicos discuten sobre un caso problemático o, quién sabe, sobre ese peliagudo décimo agujero del club de Campo de Arden; los mismos lirios dorados alzan sus exuberantes y atentas corolas en el exterior de la tienda de objetos de regalo. Semejante repetición tranquiliza a Jack y acelera su paso, pues rodea y protege los imprevisibles sucesos que le aguardan en el quinto piso.

El mismo recepcionista aburrido responde al ofrecimiento de la misma contraseña con una idéntica, si no la misma, tarjeta verde en la que aparece impresa la palabra VISITANTE. El ascensor sorprendentemente similar al del hotel Ritz de la place Vendóme sube con obediente traqueteo más allá de los pisos dos, tres y cuatro, deteniéndose en su progreso de noble matrona para admitir a un demacrado y joven doctor que le recuerda a Roderick Usher, para luego liberar a Jack en el quinto piso, donde la hermosa luz ocre semeja un par de tonos más oscura que en el enorme vestíbulo de abajo. Desde el ascensor, Jack sigue la misma ruta que tomó con su guía Fred Marshall pasillo abajo, más allá de las puertas de doble hoja y de las estaciones de Gerontología, Oftalmología ambulatoria y el anexo del Registro, acercándose cada vez, más a lo imprevisible a medida que los pasillos se tornan más angostos y oscuros, y emerge como antes a la estancia centenaria de altas y estrechas ventanas y muchísima madera de color nogal.

Y ahí se rompe el hechizo, pues el empleado sentado tras el bruñido mostrador, la persona que ejerce en ese momento de guardián del reino, es más alto, joven, y considerablemente más huraño que su homólogo del día anterior.

Cuando Jack solicita ver a la señora Marshall, el joven echa un desdeñoso vistazo a su tarjeta de visitante y le pregunta si por casualidad es un pariente o —nuevo vistazo a la tarjeta— un profesional de la medicina. Jack admite que no es ninguna de las dos cosas, pero si el joven pudiese molestarse en informar a la enfermera Bond de que Jack Sawyer desea hablar con la señora Marshall, prácticamente le garantiza que la enfermera Bond abrirá las imponentes puertas metálicas y le indicará con un ademán que pase, pues eso fue más o menos lo que hizo el día anterior.

El joven admite que todo eso es fantástico, si resulta cierto, pero hoy la enfermera Bond no va a abrir ninguna puerta ni a hacer ningún ademán, pues tiene el día libre. ¿Es posible que cuando el señor Sawyer se presentó el día anterior para ver a la señora Marshall estuviera acompañado de algún miembro de la familia, digamos del señor Marshall?

Sí. Y si se le consultara el asunto al señor Marshall, digamos que por vía telefónica, instaría al joven que discute ahora el asunto de manera encomiablemente responsable con el señor Sawyer a que dejara pasar al caballero de inmediato.

Quizá fuera ese el caso, concede el joven, pero las normas hospitalarias requieren que el personal no médico en puestos como el de él mismo obtengan autorización previa para cualquier llamada telefónica.

Y ¿de quién, quiere saber Jack, puede obtenerse semejante autorización?

De la enfermera jefe que está de servicio, la señora Rack.

Jack, quien como suele decirse está empezando a sulfurarse, sugiere que en ese caso el joven vaya en busca de la enfermera Rack y obtenga la requerida autorización, a fin de que las cosas puedan proceder de la forma en que el señor Marshall, el marido de la paciente, desearía.

No, el joven no ve motivo alguno para proceder de semejante manera, por la simple razón de que representaría una lamentable pérdida de tiempo y esfuerzo. El señor Sawyer no es miembro de la familia de la señora Marshall; por tanto, la enfermera Rack no concederá la autorización bajo ninguna circunstancia.

—De acuerdo —concluye Jack, deseando estrangular a ese mequetrefe irritante—, ascendamos pues un peldaño de la escala administrativa, ¿le parece? ¿Está el doctor Spiegleman en alguna parte del edificio?

—Quizá —responde el joven—. ¿Cómo voy a saberlo? El doctor

Spiegleman no me dice todo lo que hace.

Jack señala el teléfono que hay al final del mostrador.

—No espero que lo sepa, espero que lo averigüe. Coja ese teléfono, *ahora mismo.*

El joven se dirige con los hombros caídos hacia el teléfono, pone los ojos en blanco, marca un par de números y se apoya contra el mostrador de espaldas a la sala. Jack le oye murmurar algo sobre Spiegleman, exhalar un suspiro, y luego decir:

—De acuerdo, pásame, entonces. —Una vez que le pasan, murmura algo que incluye el nombre de Jack. Sea lo que sea lo que oye en respuesta, le hace ponerse bien tieso y lanzar una mirada, por encima del hombro, con los ojos muy abiertos, en dirección a Jack—. Sí, señor. Sí, está aquí ahora. Se lo diré. —Cuelga el auricular—. El doctor Spiegleman estará aquí en un momento. —El chico, que no tiene más de veinte años, retrocede un paso y se mete las manos en los bolsillos—. Usted es ese poli, ¿no?

—¿Qué poli? —pregunta Jack, todavía irritado.

—Ese de California que vino aquí y arrestó al señor Kinderling.

—Sí, soy yo.

—Yo soy de French Landing, y vaya si eso no fue todo un shock. Para la ciudad entera. Nadie lo habría sospechado. ¿Del señor *Kinderling*? ¿Está de broma? Nunca habría creído que alguien como él… ya sabe, matase a la gente.

—¿Le conocía?

—Bueno, en una ciudad como French Landing todo el mundo conoce más o menos a todo el mundo, pero en realidad no le conocía, solo de vista. A la que sí conocía era a su esposa. Solía darme clases de catequesis en el templo luterano de Mount Hebron.

Jack no puede evitarlo; le hace reír la incongruencia de que la esposa del asesino diera clases de catequesis. El recuerdo de Wanda Kinderling irradiando odio hacia él durante la sentencia de su marido le hace parar de reír, pero es demasiado tarde. Ve que ha ofendido al joven.

—¿Cómo era? —le pregunta—. Como profesora.

—Solo una profesora —responde el chico. Su tono carece de inflexión, pero se advierte el resentimiento—. Nos hacía memorizar todos los libros de la Biblia. —Se vuelve y musita—: Hay gente que cree que él no lo hizo.

—¿Qué ha dicho?

El chico se vuelve a medias hacia Jack, pero con la vista fija en la pared marrón que tiene delante.

—He dicho que hay gente que cree que no lo hizo. El señor Kinderling. Creen que le metieron en la cárcel porque era un tipo de una ciudad pequeña que no conocía a nadie ahí fuera.

—Es una lástima —opina Jack—. ¿Quieres saber el motivo real por el que el señor Kinderling fue a la cárcel?

El chico se vuelve del todo y lo mira.

—Porque era culpable de asesinato y lo confesó —añade Jack—. Nada más que por eso. Dos testigos le ubicaron en la escena del crimen, y dos personas más le vieron en un avión que volaba a Los Ángeles, cuando le dijo a todo el mundo que volaba a Denver. Después de eso dijo: De acuerdo, yo lo hice. Siempre quise saber qué se sentía al matar a una chica, y llegó un día en que no pude aguantar más, así que salí y maté a dos fulanas. Su abogado trató de sacarle alegando demencia, pero en la vista el jurado le encontró cuerdo, y acabó en la cárcel.

El chico baja la cabeza y murmura algo.

—No te he oído —dice Jack.

—Hay muchas formas de hacer confesar a un tipo. —El chico repite la frase solo lo bastante alto para hacerse oír.

Entonces resuenan pisadas en el corredor, y un hombre regordete de bata blanca, perilla y gafas de montura de acero se dirige a grandes zancadas hacia Jack con una mano tendida. El chico se ha alejado. Jack ha perdido su oportunidad de convencer al guarda de que no molió a palos a Thornberg Kinderling para que confesara. El hombre sonriente de la bata blanca y la perilla estrecha la mano de Jack, se presenta como el doctor Spiegleman y declara que es un placer conocer a un personaje tan famoso. (A Jack el término *personaje* le suena vacío y burlón.) Desde detrás del doctor, un hombre cuya presencia aquel no había advertido hasta ahora se adelanta para decir:

—Eh, doctor, ¿sabe qué sería perfecto? Que el señor Famoso y yo entrevistáramos a la señora juntos. El doble de información en la mitad de tiempo… perfecto.

A Jack se le encoge el estómago. Wendell Green se ha unido al grupo.

Tras saludar al doctor, Jack se vuelve hacia el otro hombre.

—¿Qué está haciendo aquí, Wendell? Le prometió a Fred Marshall que permanecería alejado de su mujer.

Wendell Green levanta las manos y retrocede bailoteando sobre los talones.

—¿Estamos más calmados hoy, teniente Sawyer? No nos inclinamos a utilizar un golpe a traición con la afanada prensa, ¿no es así? He de decir que empiezo a sentirme un poco cansado de que me asalte la policía.

El doctor Spiegleman le mira frunciendo el entrecejo.

—¿Qué está diciendo, señor Green?

—Ayer, antes de que ese poli me dejara fuera de combate con su linterna, el teniente Sawyer, aquí presente, me dio un puñetazo en el estómago sin razón aparente. Es una buena cosa que yo sea un hombre razonable, porque si no ya le habría puesto una denuncia; pero ¿sabe qué, doctor?, yo no hago las cosas de esa manera. Creo que todo sale mejor si cooperamos unos con otros.

A medio camino de tan interesado relato Jack piensa *Oh, diantre*, y mira al joven guarda. Al chico le arden los ojos de pura aversión. Una causa perdida: ahora Jack nunca le persuadirá de que no maltrató a Kinderling. Para cuando Wendell Green acaba con su autobombo, Jack ya está hasta las narices de su engañosa y melosa afabilidad.

—El señor Green me ofreció un porcentaje de lo que sacara si le permitía vender fotografías del cadáver de Irma Freneau —le cuenta al doctor—. Lo que pide ahora es igualmente impensable. El señor Marshall me pidió encarecidamente que viniese a ver a su esposa, y le hizo prometer al señor Green que *no* vendría.

—Eso tal vez sea técnicamente cierto —responde Green—. Como periodista experimentado, sé que a menudo la gente dice cosas que acaba por lamentar. Fred Marshall comprende que la historia de su mujer va a salir a la luz tarde o temprano.

—Ah, ¿sí?

—En especial a la luz de la última comunicación del Pescador —añade Green—. Esa cinta prueba que Tyler Marshall es su cuarta víctima y que, milagrosamente, aún sigue vivo. ¿Cuánto tiempo cree que puede ocultársele eso al público? Y ¿no está de acuerdo en que la madre del niño debería ser capaz de

explicar la situación con sus propias palabras?

—Me niego a que me incordien de esta manera. —El médico mira a Green con el ceño fruncido y volviéndose hacia Jack añade en tono de advertencia—: Señor Green, estoy a punto de ordenar que le echen de este hospital. Deseo hablar de varios asuntos con el teniente Sawyer, en privado. Si usted y el teniente llegan a algún acuerdo, es asunto de ustedes. Desde luego no voy a permitir una entrevista conjunta con mi paciente. Ni siquiera estoy seguro de que deba hablar con el teniente Sawyer, además. Está más tranquila que esta mañana, pero su estado sigue siendo frágil.

—La mejor forma de lidiar con su problema es dejarla expresarse por sí misma —dice Green.

—Basta, cállese *ahora* mismo, señor Green —espeta el doctor Spiegleman. La papada que se pliega bajo su perilla se ha vuelto de un cálido color rosa. Le dirige a Jack una mirada fulminante—. ¿Qué solicita usted específicamente, teniente?

—¿Tiene usted un despacho en este hospital, doctor?

—Lo tengo.

—Lo ideal sería que me pasara una media hora, quizá menos, hablando con la señora Marshall en un ambiente seguro y tranquilo en que nuestra conversación fuera completamente confidencial. Es probable que su despacho sea perfecto. Hay demasiada gente en la sala, y uno no puede hablar sin que lo interrumpan u otros pacientes le escuchen.

—Mi despacho —dice Spiegleman.

—Si le parece bien.

—Venga conmigo —dice el doctor—. Señor Green, haga el favor de retroceder hasta el mostrador mientras el señor Sawyer y yo salimos al pasillo.

—Lo que usted mande. —Green ejecuta una reverencia burlona y se dirige con suavidad, con lo que semejan pasos de baile, hacia el mostrador—. En su ausencia, estoy seguro de que este joven tan guapo y yo encontraremos algo de que hablar.

Sonriendo, Wendell Green apoya los codos sobre el mostrador y observa a Jack y al doctor Spiegleman salir de la habitación.

Sus pisadas repiquetean contra el suelo de baldosas hasta que por el sonido parecen haber recorrido más de medio pasillo. Entonces se hace el silencio. Aún

sonriente, Wendell se da media vuelta para encontrarse al guarda mirándole abiertamente.

—Siempre le leo —dice el chico—. Escribe usted muy bien.

La sonrisa de Wendell se vuelve beatífica.

—Guapo *e* inteligente. Vaya combinación tan sensacional. Dime cómo te llamas.

—Ethan Evans.

—Ethan, no disponemos de mucho tiempo, así que vayamos al grano. ¿Crees que los miembros responsables de la prensa han de tener acceso a la información que el público necesita?

—Desde luego.

—Y ¿no estarías de acuerdo en que una prensa informada es una de nuestras mejores armas en contra de monstruos como el Pescador?

Una sola arruga vertical aparece entre las cejas de Ethan Evans.

—¿Un arma?

—Déjame explicártelo de la siguiente manera: ¿no es cierto que cuanto más sepamos sobre el Pescador más posibilidades tendremos de detenerle?

El chico asiente con la cabeza, y la arruga desaparece.

—Dime —prosigue Green—, ¿crees tú que el doctor Spiegleman va a permitir a Sawyer que utilice su despacho?

—Ajá, probablemente —responde Evans—; pero no me gusta la forma que tiene de trabajar ese Sawyer. Es pura brutalidad policial. Como cuando le pegan a la gente para hacerles confesar. Eso es brutalidad.

—Tengo otra pregunta que hacerte. Dos preguntas, en realidad. ¿Hay un armario en el despacho del doctor Spiegleman? Y ¿hay algún modo de que me lleves hasta allí sin tener que atravesar ese pasillo?

—Oh. —En los ojos apagados de Evans brilla momentáneamente la comprensión—. Quiere *escuchar.*

—Escuchar y grabar. —Wendell Green se da unas palmaditas en el bolsillo en que guarda su grabadora—. Por el bien del gran público, que Dios lo bendiga.

—Bueno, tal vez, sí —dice el chico—. Pero el doctor Spiegleman…

Un billete de veinte dólares ha aparecido como por arte de magia en torno al segundo dedo de la mano derecha de Wendell Green.

—Actúa con rapidez, y el doctor Spiegleman nunca se enterará de nada. ¿De

acuerdo, Ethan?

Ethan Evans coge el billete que Wendell le ofrece y con un ademán le indica que pase detrás del mostrador, donde abre una puerta y dice:

—Vamos, dese prisa.

En los extremos del pasillo hay unas luces bajas y brillantes. El doctor Spiegleman dice:

—Deduzco que el esposo de mi paciente le ha hablado de la cinta que ella ha recibido esta mañana.

—Sí. ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Lo sabe usted?

—Créame, teniente, después de haber visto el efecto que esa cinta ha tenido en la señora Marshall y de escucharla yo mismo, he tratado de enterarme de cómo había llegado hasta mi paciente. Toda nuestra correspondencia pasa por la sala del correo del hospital antes de ser entregado, absolutamente *todo,* ya sea a los pacientes, al personal médico o en las oficinas administrativas, desde las cuales, un par de voluntarios lo distribuyen entre los destinatarios. Deduzco que el paquete que contenía la cinta estaba en la sala del correo del hospital cuando un voluntario ha mirado en ella esta mañana. Como el paquete solo llevaba el nombre de mi paciente, el voluntario ha acudido a nuestra oficina de información general. Una de las chicas lo ha subido.

—¿No debería alguien haberle consultado a usted antes de entregarle la cinta y el casete a Judy?

—Por supuesto. La enfermera Bond lo habría hecho de inmediato, pero hoy no está de servicio. La enfermera Rack, que sí lo está, ha asumido que lo escrito en el paquete se refería a un apodo de la infancia y le ha parecido que una vieja amiga de la señora Marshall le enviaba algo de música para animarla un poco. Y hay un casete en la garita de enfermeras, de forma que ha introducido la cinta en él para entregárselo a la señora Marshall. —En la penumbra del pasillo, los ojos del doctor adquieren un brillo sardónico—. Entonces, como puede usted imaginar, se ha armado la gorda. La señora Marshall ha vuelto al estado en que se hallaba cuando fue hospitalizada, que entraña todo un abanico de conductas alarmantes. Por suerte yo me encontraba en el hospital, y al enterarme de lo sucedido ordené que la sedaran y la enviaran a una habitación de seguridad. Las

habitaciones de seguridad, teniente, tienen las paredes acolchadas… La señora Marshall había vuelto a abrirse las heridas de los dedos, y no quería que se infligiese más daño. Una vez que le hubo hecho efecto el sedante, entré para hablar con ella. Escuché la cinta. Quizá debería haber telefoneado a la policía de inmediato, pero mi primera responsabilidad es hacia mi paciente, y en lugar de eso llamé al señor Marshall.

—¿Desde dónde?

—Desde la habitación de seguridad, a través de mi teléfono móvil. El señor Marshall insistió, por supuesto, en hablar con su esposa, y ella quería hablar con él. Durante su conversación fue presa de una angustia profunda, y tuve que administrarle otro sedante suave. Cuando se calmó, salí de la habitación para llamar de nuevo al señor Marshall y relatarle de forma más detallada el contenido de la cinta. ¿Quiere usted oírla?

—Ahora no, doctor, gracias, pero sí quiero preguntarle sobre cierto aspecto de la misma.

—Pregunte, entonces.

—Fred Marshall ha tratado de imitar la manera en que usted reprodujo el acento del hombre que grabó la cinta. ¿Le ha sonado a usted como algún acento reconocible? ¿Alemán, quizá?

—He estado pensando en eso. Era algo parecido a una pronunciación germana del inglés, pero no del todo. Si sonaba a algo reconocible era a inglés hablado por un francés que pretendiera adoptar un acento alemán, si eso tiene algún sentido para usted. Pero, en realidad, nunca he oído nada parecido.

Desde el inicio de la conversación el doctor Spiegleman ha estado formándose un juicio sobre Jack, evaluándole según unos criterios que este no puede imaginar siquiera. Su expresión permanece tan neutral e impersonal como la de un policía de tráfico.

—El señor Marshall me ha informado de que pretendía llamarle —prosigue el doctor—. Al parecer usted y la señora Marshall han establecido un vínculo bastante extraordinario. Ella respeta sus aptitudes en lo que usted hace, lo cual es de esperar, pero también parece confiar en usted. El señor Marshall pide que se le permita entrevistar a su esposa, y ella dice que ha de hablar con usted.

—Entonces no debería suponerle un problema dejar que la vea en privado durante una media hora.

La sonrisa del doctor Spiegleman esboza una sonrisa fugaz.

—Mi paciente y su marido han demostrado su confianza en usted, teniente Sawyer —dice—, pero esa no es la cuestión. La cuestión es si yo puedo o no fiarme de usted.

—¿Fiarse de mí con respecto a qué?

—A una serie de cosas. Principalmente, fiarme de que actúe en el mejor interés de mi paciente. De que se contenga de angustiarla en exceso, y también de darle falsas esperanzas. Mi paciente ha desarrollado una serie de ilusiones delirantes centradas en la existencia de otro mundo de alguna manera contiguo al nuestro. Cree que su hijo está cautivo en ese otro mundo. He de decirle, teniente, que tanto mi paciente como su esposo creen que ese mundo de fantasía es familiar para usted; esto es, mi paciente acepta por completo semejante creencia, y su marido la acepta solo de forma provisional, alegando que sirve de consuelo a su esposa.

—Lo comprendo. —En este momento solo hay una cosa que Jack pueda decirle al médico, y la dice—: Y lo que ha de comprender usted es que en todas mis conversaciones con los Marshall he estado actuando en mi calidad no oficial de asesor del Departamento de Policía de French Landing y de su jefe, Dale Gilbertson.

—En su calidad no oficial.

—El jefe Gilbertson me ha pedido que le asesore en la investigación en curso sobre el Pescador, y hace dos días, tras la desaparición de Tyler Marshall, accedí finalmente a hacer cuanto pudiese. No tengo ningún estatus oficial. Solo les ofrezco, al jefe y a sus agentes, el beneficio de mi experiencia.

—A ver si lo entiendo, teniente. ¿Ha estado usted engañando a los Marshall respecto a su familiaridad con el mundo de fantasías ilusorias de la señora Marshall?

—Le responderé de la siguiente forma, doctor: sabemos por la cinta que el Pescador realmente tiene cautivo a Tyler Marshall. Podríamos decir que ya no está en este mundo, sino en el del Pescador.

El doctor Spiegleman enarca las cejas.

—¿Cree usted acaso que ese monstruo habita en el mismo universo que nosotros? —pregunta Jack—. Yo no, y usted tampoco. El Pescador vive en un mundo propio que funciona de acuerdo con unas reglas fantásticamente

detalladas que ha ideado o inventado a lo largo de los años. Con todo respeto, mi experiencia ha hecho que esté mucho más familiarizado con estructuras como esa que los Marshall, la policía y, a menos que haya trabajado mucho con criminales psicópatas, incluso usted. Si eso suena arrogante lo lamento, porque no es esa mi intención.

—¿Está usted hablando de perfiles hipotéticos? ¿De algo así?

—Hace años, el FBI me invitó a un curso especial en perfiles psicológicos hipotéticos que organizó. En él aprendí un montón de cosas, pero de lo que estoy hablando ahora va mucho más allá de un perfil hipotético. —*Y he ahí el eufemismo del año*, se dice Jack. *Ahora le corresponde a usted dar el próximo paso, doctor.*

Spiegleman asiente lentamente con la cabeza. Aquel brillo distante destella en los cristales de sus gafas.

—Sí, creo que le entiendo. —Reflexiona. Exhala un suspiro, cruza los brazos sobre el pecho y reflexiona un poco más. Entonces alza la mirada para encontrarse con la de Jack—. De acuerdo, le permitiré verla. A solas. En mi despacho. Durante treinta minutos. No quisiera interponerme en los procedimientos de la investigación avanzada.

—Gracias —dice Jack—. Hacerlo será de extraordinaria utilidad para nosotros, se lo prometo.

—Soy psiquiatra desde hace demasiado tiempo como para creer en promesas como esa, teniente Sawyer, pero confío en que tenga éxito en rescatar a Tyler Marshall. Déjeme acompañarle a mi despacho. Puede esperar allí mientras voy en busca de mi paciente y la llevo por otro pasillo. Será un poco más rápido.

El doctor Spiegleman camina con decisión hasta el extremo del pasillo, gira a la izquierda, y de nuevo a la izquierda, extrae un grueso manojo de llaves del bolsillo y abre una puerta sin señalizar. Jack le sigue para entrar en una habitación que parece haberse creado a partir de la unión de dos pequeños despachos. La mitad de la habitación está ocupada por un largo escritorio de madera, una silla, una mesilla de cristal para el café llena de periódicos, y archivadores; la otra mitad queda dominada por un diván reclinable de piel Las paredes están decoradas con pósters de Georgia O'Keeffe. Tras el escritorio hay una puerta que Jack supone que da a un pequeño armario; la puerta que hay justo enfrente, detrás del diván reclinable y en el punto en que convergen las dos

mitades del despacho, parece dar a una habitación adyacente.

—Como ve —explica el doctor Spiegleman—, utilizo esta habitación tanto de despacho como de consulta suplementaria. La mayoría de mis pacientes acceden a través de la sala de espera, y es por ahí por donde traeré a la señora. Estaré de regreso en un par de minutos.

Jack le da las gracias, y el doctor se apresura a trasponer la puerta que comunica con la sala de espera.

En el pequeño armario, Wendell Green extrae la grabadora del bolsillo de la chaqueta y la apoya contra la puerta a la vez que aplica la oreja a esta. Su pulgar descansa sobre el botón de grabar, y el corazón le late con rapidez. De nuevo, el más distinguido periodista del oeste de Wisconsin está haciendo su deber para con el hombre de la calle. Lástima que esté tan condenadamente oscuro ahí dentro del armario, pero verse atrapado en un agujero negro no es el primer sacrificio que Wendell ha hecho por su sagrado oficio; además, lo único que necesita ver en realidad es la lucecita roja de la grabadora.

Entonces se lleva una sorpresa: aunque el doctor Spiegleman ha salido de la habitación, ahí está su voz preguntando por el teniente Sawyer. ¿Cómo ha vuelto ese matasanos freudiano sin abrir o cerrar una puerta? Y ¿qué pasa con Judy Marshall?

Teniente Sawyer, he de hablar con usted. Descuelgue el auricular. Tiene una llamada, y parece urgente.

Por supuesto… habla por el intercomunicador. ¿Quién llamará a Jack Sawyer, y por qué esa urgencia? Wendell confía en que el Chico de Oro oprima el botón de manos libres del teléfono, pero el Chico de Oro no lo hace, y Wendell ha de conformarse con oír solo una parte de la conversación.

—¿Una llamada? —pregunta Jack—. ¿De quién? —Se ha negado a identificarse —explica el doctor—. Es alguien a quien usted le dijo que visitaría la sala D. Beezer, con noticias de la Casa Negra. —¿Cómo respondo a la llamada? —Solo oprima el botón que parpadea —le indica el doctor—.

Línea uno. Le llevaré a la señora Marshall cuando vea que ha colgado.

Jack oprime el botón y dice:

—Jack Sawyer.

—Gracias a Dios. —Es la voz meliflua y de fumador de Beezer Saint Pierre —. Tío, tienes que venir a mi casa, cuanto antes mejor. Todo se ha echado a perder.

—¿La habéis encontrado?

—Oh, sí, ya lo creo que hemos encontrado la Casa Negra, y no nos ha dado lo que se dice la bienvenida. Ese sitio quiere permanecer *oculto y* te lo hace saber. Algunos de los chicos están heridos. La mayoría nos pondremos mejor, pero Mouse… no sé. Ha sufrido una terrible mordedura de perro, si es que era un perro, que lo dudo. Doc ha hecho cuanto ha podido, pero… Joder, el tío está fuera de sí y no deja que lo llevemos al hospital.

—Beezer, ¿por qué no le lleváis de todas formas, si eso es lo que necesita?

—Nosotros no hacemos las cosas de esa manera. Mouse no ha puesto un pie en un hospital desde que su viejo la palmó en uno. Los hospitales le dan el doble de miedo del que le produce lo que le está pasando a su pierna. Si le llevamos al General de La Riviere, probablemente estará fiambre en cuanto lo ingresen en urgencias.

—Y si sobrevive, nunca os lo perdonará.

—Tú lo has dicho. ¿Cuánto vas a tardar?

—Aún tengo que ver a la mujer de que te hablé. Quizá una hora… no mucho más, de cualquier forma.

—¿No me has oído? Mouse se nos está muriendo. Tenemos un montón de cosas que decirnos el uno al otro.

—Estoy de acuerdo —dice Jack—. No me dejes de lado en esto, Beez. — Cuelga, se vuelve hacia la puerta junto al diván de la consulta, y espera a que su mundo cambie.

¿De qué coño iba todo eso?, se pregunta Wendell. Ha despilfarrado unos dos minutos de cinta en una conversación entre Jack Sawyer y el hijo de puta que destrozó la película que le habría pagado un bonito coche y una linda casita en un acantilado sobre el río, y todo lo que ha conseguido es basura inservible. Wendell se merece el bonito coche y la linda casita, se los ha ganado por

triplicado, y su sentido de la privación le hace bullir de resentimiento.

A los Chicos de Oro se lo dan todo en bandejas tachonadas de diamantes, la gente se rompe los dientes por entregarles cosas que ni siquiera necesitan, pero ¿y un legendario y desinteresado caballero de la prensa como Wendell Green que se deja la piel trabajando? ¡A Wendell Green le ha costado *veinte pavos* ocultarse en un armario oscuro y atiborrado solo para hacer su trabajo!

Las orejas le hormiguean cuando oye abrirse la puerta. La lucecita roja brilla, la fiable grabadora pasa la cinta de bobina a bobina, y pase lo que pase ahora va a cambiarlo todo: el intestino de Wendell, ese órgano infalible, su mejor amigo, se retuerce con la seguridad de que la justicia pronto será suya.

La voz del doctor Spiegleman se filtra a través de la puerta del armario para quedar registrada en la cinta:

—Ahora voy a dejarles solos.

Chico de Oro: Gracias, doctor. Le estoy muy agradecido.

Doctor Spiegleman: Treinta minutos, ¿de acuerdo? Eso significa que volveré a las… humm… dos y diez.

Chico de Oro: De acuerdo.

El suave cerrarse de la puerta, el ligero chasquido del cerrojo. Entonces transcurren largos segundos de silencio. *¿Por qué no se hablan?* Pero claro… la pregunta se responde por sí sola. *Están esperando a que ese culo gordo de Spiegleman ya no pueda oírles.*

Oh, qué delicioso que es esto. El susurro de las pisadas del Chico de Oro al dirigirse a la puerta no hace sino confirmar la intuición del invalorable periodista. Oh entrañas de Wendell Green, oh instrumento maravilloso y fiable, una vez más os habéis hecho con los bienes periodísticos. Wendell escucha y la máquina graba el siguiente sonido inevitable: el del cerrojo.

Judy Marshall: No olvides la puerta que hay detrás de ti.

Chico de Oro: ¿Cómo estás?

Judy Marshall: Mejor, mucho mejor ahora que estás aquí. La puerta, Jack.

Otra serie de pisadas, de nuevo el inconfundible chasquido de un cerrojo metálico.

Chico al Borde de la Ruina: Llevo todo el día pensando en ti. He estado pensando en *esto.*

La Puta, la Fulana: ¿Será suficiente media hora?

El Que Ha Metido el Pie en la Trampa para Osos: Si no nos basta, sencillamente tendrán que aporrear las puertas.

Wendell desea soltar gritos de placer. Esos dos van a tener nada menos que relaciones sexuales, van a arrancarse la ropa y a hacérselo como animales. Joder, hablando de recompensas. Cuando Wendell Green haya acabado con él, la reputación de Jack Sawyer va a estar por debajo de la del Pescador.

Judy tiene ojos de cansancio, el cabello lacio y sin vida, y las yemas de sus dedos lucen el blanco sorprendente de la gasa limpia, pero además de acusar la profundidad de sus sentimientos, su rostro resplandece con la belleza clara que le ha conferido la fuerza imaginativa de que ha hecho acopio para ganarse lo que ha visto. A Jack, Judy Marshall le parece una reina encarcelada por equivocación. En lugar de enmascarar su innata nobleza de espíritu, el camisón de hospital y la bata descolorida la hacen aún más aparente. Jack aparta la mirada de ella el tiempo suficiente para echar el cerrojo de la segunda puerta, y luego da un paso hacia Judy.

Se percata de que no puede decirle nada que ella no sepa ya. Judy completa el movimiento que él ha iniciado; se sitúa ante Jack y tiende las manos para que se las coja.

—Llevo todo el día pensando en ti. He estado pensando en *esto.*

La respuesta de Judy incluye todo lo que ha venido a ver, todo lo que ambos han de hacer.

—¿Será suficiente media hora?

—Si no nos basta, sencillamente tendrán que aporrear las puertas.

Sonríen; Judy aumenta la presión de sus manos.

—Entonces dejémosle aporrear. —Con un levísimo tirón, Judy le atrae hacia sí, y el corazón de Jack late con fuerza ante la perspectiva de un abrazo.

Lo que Judy hace es mucho más extraordinario que un simple abrazo: agacha la cabeza y, con dos leves y secos roces de los labios, le besa las manos. Entonces presiona el dorso de la mano derecha de Jack contra su mejilla, y retrocede. Sus ojos resplandecen.

—Ya sabes lo de la cinta.

Jack asiente con la cabeza.

—Me he vuelto loca al oírla —prosigue ella—, pero enviármela fue un error. Me ha presionado demasiado. Porque he vuelto atrás para ser esa niña que escuchaba a otra niña susurrar a través de una pared. Me he vuelto loca y he tratado de desgarrar la pared hasta hacerla pedazos. He oído gritar a mi hijo pidiéndome que lo ayudase, y estaba ahí, al otro lado de la pared. Donde tú tienes que ir.

—Donde *nosotros* debemos ir.

—Donde nosotros debemos ir, sí, pero yo no puedo pasar a través de la pared, y tú sí. De modo que tienes una tarea que hacer, la tarea más importante que pueda existir. Has de encontrar a Ty, y has de detener al abbalah. No sé qué es eso exactamente, pero detenerle es tu *trabajo.* ¿Estoy en lo cierto, no eres acaso detective de homicidios?

—Estás en lo cierto —responde Jack—. Soy un poli de homicidios. Por eso es mi trabajo.

—Entonces hay otra cosa cierta. Has de *librarte* de Gorg y de su maestro, el señor Munshun. Su nombre no es ese en realidad, pero así es como suena: señor Munshun. Cuando me he vuelto loca y he tratado de desgarrar el mundo, ella me lo ha dicho, y podía susurrarme directamente al oído. ¡Estaba tan cerca!

¿Qué opina Wendell Green, con la oreja y la grabadora en marcha pegadas a la puerta, de semejante conversación? Difícilmente es lo que esperaba oír: los gruñidos y gemidos animales del deseo que se satisface con afán. Wendell Green hace rechinar los dientes y en su cara aparece una mueca de frustración.

—Me encanta que te hayas permitido ver —dice Jack—. Eres un ser humano asombroso. Ni una persona entre un millar podría entender lo que significa, y mucho menos hacerlo.

—Hablas demasiado —opina Judy.

—Lo que trato de decir es que te quiero.

—A tu manera, me quieres; pero ¿sabes qué? Solo por venir aquí me has convertido en más de lo que era. Hay una especie de rayo que sale de ti, y yo no he hecho más que aferrarme a ese rayo. Jack, tú *viviste* allí, y todo lo que pude

hacer fue asomarme durante un ratito. Es suficiente, sin embargo. Me siento satisfecha. Tú y la sala D me permitís viajar.

—Es lo que tienes dentro de ti lo que te permite viajar.

—De acuerdo, pues tres hurras por un bien reconocido acceso de locura. Ahora ha llegado el momento. Has de ser un poli de homicidios. Yo no puedo recorrer más que medio camino, pero tú vas a necesitar todas tus fuerzas.

—Creo que tu fuerza va a sorprenderte.

—Cógeme las manos y hazlo, Jack. Salta. Te está esperando, y yo he de entregarte a ella. Ya sabes su nombre, ¿no es así?

Jack abre la boca, pero no puede hablar. Una fuerza que parece proceder del centro de la tierra penetra en su cuerpo para inundar de electricidad su torrente sanguíneo, tensarle el cuero cabelludo y hacer que sus dedos temblorosos se sellen en los de Judy Marshall, que también tiemblan. Una sensación de levedad y movilidad tremendas se concentra en todos los huecos de este; al mismo tiempo, nunca ha sido tan consciente del empecinamiento de su cuerpo, de su resistencia al vuelo. Cuando partan, se dice, será como el despegue de un cohete. El suelo parece vibrar bajo sus pies.

Se las apaña para recorrer con la mirada la distancia de sus brazos que le separa de Judy Marshall, que se echa hacia atrás con la cabeza paralela al suelo tembloroso, los ojos cerrados y sonriendo debido al estado de trance que le produce el conseguirlo. La rodea un halo de luz blanca y vacilante. Las bonitas rodillas, las piernas le relucen bajo el dobladillo de la vieja bata azul, los pies descalzos están firmemente apoyados en el suelo. Esa luz se estremece también en torno a él. *Todo esto procede de ella*, piensa Jack, *y de…*

Un ruido repentino llena el aire, y los grabados de Georgia O'Keeffe salen volando de las paredes. El diván se aleja bailoteando de la pared; del escritorio traqueteante se elevan espirales de papeles. Una enjuta lámpara halógena se estrella contra el suelo. En todo el hospital, en cada planta, en cada sala y habitación, las camas vibran, los aparatos de televisión se quedan en negro, los instrumentos tintinean en sus tintineantes bandejas, las luces parpadean. Los juguetes se caen de las estanterías de la tienda de objetos de regalo, y los altos lirios resbalan sobre el suelo de mármol en sus jarrones. En el quinto piso, las bombillas estallan produciendo lluvias de chispas doradas.

El ruido del huracán aumenta hasta transformarse, con un rugido

ensordecedor, en una cortina de luz, amplia y blanca, que se desvanece de inmediato, se convierte en un puntito y desaparece. También ha desaparecido Jack Sawyer; y del armario ha desaparecido Wendell Green.

Succionado *hacia los Territorios, arrancado de un mundo para verse succionado a otro, arrastrado, barrido; joder, estamos un centenar de niveles por encima del simple y bien conocido salto.* Jack se encuentra tendido, alzando la mirada hacia una desgarrada sábana blanca que ondea igual que una vela hecha jirones. Una décima de segundo antes ha visto otra sábana blanca, pero esta hecha de pura luz. El aire suave y fragante es como una bendición para él. Al principio, solo es consciente de que alguien le sujeta la mano derecha, y luego de que una mujer asombrosa se halla tendida junto a él. Judy Marshall. No, no es Judy Marshall, a quien él quiere, a su manera, sino otra mujer, también asombrosa, que antaño le susurrara a Judy a través de una pared de noche y últimamente se ha acercado muchísimo más. Había estado a punto de pronunciar su nombre cuando…

En su campo de visión aparece un rostro encantador que se parece y no se parece al de Judy. Fue moldeado en el mismo torno, horneado en el mismo horno, cincelado por el mismo escultor perdidamente enamorado, pero con mayor delicadeza, con trazos tan ligeros que casi eran caricias. Jack está tan asombrado que no puede moverse. Apenas si es capaz de respirar. Esa mujer cuyo rostro tiene ante sí ahora, sonriendo con tierna impaciencia, nunca ha dado a luz a un niño, nunca ha viajado más allá de sus Territorios nativos, nunca ha volado en un avión, conducido un coche, encendido un televisor, servido helado recién hecho del frigorífico o utilizado un microondas, y su alma y su gracia interior la tornan radiante. Advierte que irradia luz desde dentro de sí.

Humor, ternura, compasión, inteligencia y fuerza resplandecen en sus ojos y le hablan desde las curvas de su boca, desde el mismísimo molde de su rostro. Jack sabe su nombre, y ese nombre es perfecto para ella. Jack siente que en un instante se ha enamorado de esa mujer, que se ha hecho partidario de su causa, y al fin descubre que puede pronunciar ese nombre perfecto:

Sophie.

21

—Sophie.

Jack se levanta sin soltarle la mano, con lo que ella ha de ponerse de pie también. Le tiemblan las piernas. Los ojos le arden, y los siente demasiado grandes para sus órbitas. Está tan aterrorizado como exaltado, en la misma perfecta medida. El corazón le martillea, pero, oh, los latidos son dulces. La segunda vez que lo intenta consigue pronunciar su nombre un poco más fuerte, pero aún con un hilo de voz y con unos labios tan entumecidos como si se los hubiesen frotado con hielo. Suena igual que un hombre al que acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

—Sí.

—Sophie.

—Sí.

—Sophie.

—Sí.

Hay algo extrañamente familiar en eso de que él pronuncie su nombre una y otra vez y ella responda con esa simple afirmación. Familiar y divertido. Y le viene a la cabeza una escena casi idéntica a esa en *El terror de Deadwood Gulch,* después de que uno de los clientes de la taberna Lazy 8 haya noqueado a Bill Town con una botella de whisky. Lily, en su papel de la dulce Nancy O'Neal, le echa un cubo de agua a la cara, y cuando él se incorpora…

—Esto es gracioso —dice Jack—. Es una buena escena. Deberíamos estar riendo.

Con la más leve de las sonrisas, Sophie dice:

—Sí.

—Muriéndonos de risa.

—Sí.

—Partiéndonos el pecho.

—Sí.

—Ya no estoy hablando en inglés, ¿verdad?

—No.

Jack advierte dos cosas en los ojos azules de ella. La primera es que no conoce la palabra «inglés». La segunda es que sabe exactamente su significado.

—Sophie.

—Sí.

—Sophie-Sophie-Sophie.

Es como si intentara captar su verdadera naturaleza. Como si intentara convencerse a sí mismo.

Una sonrisa ilumina el rostro de Sophie y le enriquece la boca. Jack imagina cómo sería besar esa boca y siente flojas las rodillas. De repente vuelve a tener catorce años y se pregunta si se atreverá a darle un besito de buenas noches a su cita después de haberla acompañado andando a casa.

—Sí-sí-sí —dice ella, y la sonrisa cobra fuerza. Y añade—: ¿Ya lo has entendido? ¿Entiendes que estás aquí y cómo has llegado aquí?

Encima y alrededor de Jack, una nube de gasa blanca revolotea y suspira como si tuviese vida. Media docena de corrientes de aire opuestas le rozan la cara con dulzura y le hacen percatarse de que se ha traído una capa de sudor del otro mundo, y de que apesta. Se enjuga la frente y las mejillas con un rápido ademán del brazo, pues no quiere perderla de vista ni un solo instante.

Están en alguna clase de tienda. Es enorme, con muchas estancias, y Jack piensa por un momento en el pabellón en que la reina de los Territorios, la gemela de su madre, yació moribunda. Aquel lugar era muy colorido, tenía habitaciones impregnadas de aroma a incienso y dolor (pues la muerte de la reina había parecido inevitable, segura; mera cuestión de tiempo). Esta está deslavazada y maltrecha. Multitud de agujeros cubren las paredes y el techo, y en los sitios en que el material blanco sigue intacto, es tan fino que Jack puede, de hecho, ver la pendiente de tierra de fuera y los árboles que crecen en ella. En los bordes de algunos agujeros revolotean jirones cuando sopla el viento. Justo por encima de su cabeza ve una forma imprecisa de color granate. Una especie

de cruz.

—Jack, ¿entiendes cómo has…?

—Sí, he emigrado. —Aunque no es esa la palabra que sale de su boca. El significado literal de la palabra parece ser *camino del horizonte*—. Y por lo visto he absorbido un buen número de accesorios de Spiegleman. —Se inclina y coge una piedra plana que tiene una flor tallada—. Creo que en mi mundo esto era un grabado de Georgia O'Keeffe. Y eso… —Señala hacia una ennegrecida y apagada antorcha que se apoya contra una de las frágiles paredes del pabellón—. Creo que era una… —Pero no hay palabras para eso en este mundo, y lo que sale de su boca suena tan horrible como una maldición en alemán—. Lámpara halógena.

Ella frunce el entrecejo.

—*Elo-ge-ma… ¿Limpara ¿Lempara?*

Siente que sus labios entumecidos esbozan una leve sonrisa.

—No importa.

—Pero estás bien.

Comprende que ella necesita que él esté bien, y por eso Jack dirá que lo está, pero no es verdad. Se encuentra mal y se alegra de ello. Está perdidamente enamorado y no quiere sentirse de otro modo. Si uno no tiene en cuenta lo que sentía por su madre, una clase muy diferente de amor, pese a lo que puedan pensar los freudianos, para él es la primera vez. Oh, por supuesto que creía conocer el amor, pero eso era antes de hoy. Antes del maravilloso azul de esos ojos, de esa sonrisa, e incluso de las sombras de las telas rasgadas de la decadente tienda que flotan sobre el rostro de Sophie como un banco de peces. En este momento, si ella se lo pidiera trataría de volar desde lo alto de una montaña, o adentrarse en un incendio forestal, de traerle un pedazo de hielo polar para enfriarle el té, y esas cosas *no* suponen estar bien.

Pero ella necesita que lo esté.

Tyler necesita que lo esté.

Soy un poli de homicidios, se dice. Al principio el concepto parece insustancial comparado con la belleza de Sophie, con su simple *realidad,* pero entonces empieza a cobrar sentido. ¿Qué otra cosa le ha traído aquí, después de todo? ¿Qué le ha traído aquí en contra de su voluntad y sus mejores intenciones?

—¿Jack?

—Sí, estoy bien. Ya había emigrado antes. —*Pero nunca en presencia de semejante belleza,* piensa. *Ese es el problema.* Tú eres *el problema, mi señora.*

—Sí, tienes la habilidad de ir y venir. Es *una* de tus habilidades. Eso me han dicho.

—¿Quién?

—Pronto —contesta ella—. Pronto. Hay mucho que hacer, y aún necesito un momento. Tú… digamos que me dejas sin aliento.

Jack está tremendamente contento de saberlo. Se percata de que aún le sostiene la mano, y se la besa como Judy había besado las suyas en el mundo del otro lado del muro, y cuando lo hace ve la fina capa de vendas en la punta de tres de sus dedos. Desearía atreverse a estrecharla entre sus brazos pero tanto la belleza de ella como su espíritu le intimidan. Es un poco más alta que Judy, solo un par de centímetros, seguro que no más, tiene el cabello más claro, del tono dorado de la miel virgen derramándose de un panal roto. Lleva una sencilla túnica blanca de algodón con un ribete azul que hace juego con sus ojos. El estrecho escote en pico enmarca su garganta. Le cae justo por debajo de las rodillas. Sus piernas están desnudas pero en uno de los tobillos lleva una cadena de plata, tan fina que es casi invisible. Tiene los pechos más llenos que Judy, las caderas algo más anchas. Uno las creería *hermanas*, si no fuera porque las dos tienen la misma serie de pecas en la nariz y la misma cicatriz blanca a lo largo del dorso de la mano izquierda. Contratiempos diferentes causaron la cicatriz, Jack no lo duda, pero tampoco duda de que esos contratiempos ocurrieron a la misma hora y el mismo día.

—Eres su gemela. La gemela de Judy Marshall. —Solo que la palabra que sale de su boca no es *gemela;* increíble y estúpidamente suena como *arpa.* Más tarde pensará sobre el modo en que están distribuidas las cuerdas del arpa, tan juntas, apenas separadas por un dedo de distancia, y decidirá que esa palabra no es tan absurda, después de todo.

Ella baja la mirada, sus labios se curvan hacia abajo, y entonces vuelve a alzar la cabeza e intenta sonreír.

—*Judy.* Al otro lado del muro. Cuando éramos niñas, Jack, a menudo hablábamos la una con la otra. Incluso cuando crecimos, aunque entonces hablábamos en sueños.

Él se alarma al ver que en sus ojos se forman unas lágrimas que se le

deslizan por sus mejillas.

—¿La he desquiciado? —añade ella—. ¿La he llevado a la locura? Por favor, dime que no lo he hecho.

—No —responde Jack—. Está en la cuerda floja, pero aún no ha caído. Es una mujer fuerte.

—Tienes que llevarle a Tyler de vuelta —explica Sophie—. Por las dos. Yo nunca he tenido niños. No puedo. Yo fui… maltratada, ¿comprendes? Cuando era joven. Maltratada por uno que tú conoces muy bien.

Una verdad terrible toma forma en la mente de Jack. Alrededor de él, el ruinoso pabellón se agita y suspira en la brisa maravillosamente fragante.

—¿Fue Morgan? ¿Morgan de Orris?

Ella baja la cabeza, y quizá sea bueno que lo haga, pues Jack pone una expresión de muy pocos amigos. En ese instante desearía matar otra vez al gemelo de Morgan Sloat. Piensa en preguntarle cómo la maltrató, pero entonces se da cuenta de que no tiene que hacerlo.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce —responde ella, tal como Jack sabía que haría. Pasó el mismo año en que el pequeño Jack tenía doce y acudió ahí a salvar a su madre. ¿O no fue aquí que *vino*? ¿Es esto realmente los Territorios? De algún modo no parece lo mismo. Casi, pero no del todo.

No le sorprende que Morgan violara a una niña de doce años, y que lo hiciera de un modo que le impidiera tener niños. En absoluto. Morgan Sloat, también conocido como Morgan de Orris, no quería controlar solamente un mundo o dos, sino todo el universo. ¿Qué son unas cuantas niñas violadas para un hombre tan ambicioso?

Ella desliza los pulgares con suavidad por la piel de debajo de los ojos de Jack. Es como si le rozaran plumas. Le está mirando con algo parecido al asombro.

—¿Por qué lloras, Jack?

—Por el pasado —contesta él—. ¿No es eso lo que le hace llorar a uno? —Piensa en su madre, sentada junto a la ventana, fumando un cigarrillo y escuchando *Crazy arms* en la radio—. Sí, siempre es el pasado. Es ahí donde está el dolor, y uno no puede superarlo.

—Tal vez sea así —admite ella—, pero hoy no hay tiempo para pensar en el

pasado. Es en el futuro en lo que tenemos que pensar hoy.

—Sí, pero si pudiera hacerte unas cuantas preguntas…

—De acuerdo, pero solo unas pocas.

Jack abre la boca, intenta hablar, y su expresión es más bien cómica cuando no logra articular una sola palabra. Entonces se ríe.

—Tú también me dejas sin aliento —le dice—. He de admitirlo.

Un ligero soplo de color asoma a las mejillas de Sophie, que baja la mirada. Separa los labios para decir algo… y vuelve a cerrarlos. Jack desearía que hubiese hablado y al mismo tiempo le alegra que no lo haya hecho. Le oprime las manos con suavidad, y Sophie alza la mirada hacia él, con los ojos azules muy abiertos.

—¿Te conocí, cuando tenías doce años? —le pregunta él.

Ella niega con la cabeza.

—Pero te vi —apunta él.

—Quizá sí. En el gran pabellón. Mi madre era una de las doncellas de la reina. Yo también lo era… la más joven. Puede que me vieras entonces. Creo que me *viste.*

Jack se concede un instante para asimilar la maravilla que eso supone, entonces continúa. Hay poco tiempo. Los dos lo saben. Casi lo sienten volar.

—Tú y Judy sois gemelas, pero ninguna de las dos viaja; ella nunca ha estado en tu cabeza aquí y tú nunca has estado en *su* cabeza allí. Vosotras… habláis a través de un muro.

—Sí.

—Cuando escribía cosas, eras tú, que le hablabas a través del muro.

—Sí, sabía lo mucho que estaba presionándola, pero tenía que hacerlo. ¡*Tenia* que hacerlo! La cuestión no es solo devolverle a su niño, por muy importante que eso sea. Hay consideraciones mucho mayores.

—¿Como qué?

Ella sacude la cabeza.

—No soy quién para decírtelo. Quien lo hará es mucho mejor que yo.

El estudia los pequeños vendajes que envuelven las yemas de los dedos de Sophie y reflexiona acerca de la forma tan intensa en que ella y Judy han intentado llegar la una a la otra a través de ese muro. Morgan Sloat podía, en apariencia, convertirse en Morgan de Orris siempre que se le antojaba. Cuando

tenía doce años, Jack había encontrado a otros con esa habilidad. El no; él era de naturaleza única y siempre había sido Jack, en los dos mundos. Sin embargo, Judy y Sophie habían resultado incapaces de saltar de un lado al otro de la forma que fuese. Carecían de algo para hacerlo, y solo podían susurrarse a través del muro que separaba los mundos. Puede que haya cosas más tristes, pero en este momento a Jack no se le ocurre ninguna.

Jack observa la tienda destrozada que le rodea, y que parece respirar entre luz de sol y sombras. Los jirones ondean. En la estancia contigua, por un agujero en la pared de gasa, ve unos cuantos catres al revés.

—¿Qué es ese sitio? —pregunta.

Ella sonríe.

—Para algunos, un hospital.

—¿Eh? —Jack alza la mirada y una vez más se percata de la cruz. Ahora es granate, pero sin duda una vez fue roja. *Una cruz roja, idiota*, se dice—. ¡Oh! Pero ¿no está un poco… viejo?

La sonrisa de Sophie se hace más amplia y Jack se da cuenta de que es irónica. Sospecha que, sea la clase de hospital que sea, o haya sido, no guarda muchas similitudes con los conceptos de *Hospital General* o *Urgencias.*

—Sí Jack. *Muy* viejo. En un tiempo hubo en los Territorios una docena o más de estas tiendas, en este mundo y entre mundos; ahora solo hay unas pocas. Quizá únicamente esta. Hoy está aquí. Mañana… —Sophie alza las manos y las baja—. En cualquier sitio. Puede que incluso en el lado de Judy del muro.

—Una especie de espectáculo médico itinerante.

Se supone que eso es un chiste, y Jack se sobresalta cuando ella en principio asiente, para luego reírse y dar una palmada.

—Sí, sí, por supuesto. Aunque no te gustaría recibir tratamiento en él.

¿Qué está intentando decir exactamente?

—Supongo que no —admite Jack mirando las paredes podridas, los destrozados paneles del techo y los antiguos postes de soporte.

—No parece precisamente estéril.

Con expresión seria (aunque le brillan los ojos), Sophie dice:

—Y sin embargo, si fueras un paciente, pensarías que es bonito más allá de toda consideración. Y tus enfermeras, las Hermanitas, te parecerían las más hermosas que ningún pobre paciente haya tenido nunca.

Jack mira alrededor.

—¿Dónde están? —pregunta.

—Las Hermanitas no salen cuando brilla el sol. Y si queremos que nuestras vidas continúen felizmente, Jack, deberíamos irnos cada uno por su camino mucho antes de que oscurezca.

Le da pánico oírla hablar de caminos separados, aun cuando sabe que es inevitable. No obstante, el pánico no le hace perder la curiosidad; un poli de homicidios es siempre un poli de homicidios, por lo visto.

—¿Por qué?

—Porque las Hermanitas son vampiros y sus pacientes nunca se curan.

Sobresaltado e inquieto, Jack mira alrededor para comprobar si hay rastro de ellas. Desde luego, ni se le ocurre no creerle: supone que un mundo capaz de generar hombres lobo puede generar cualquier cosa.

Ella le toca la muñeca, produciéndole un leve estremecimiento de deseo.

—No tengas miedo, Jack, ellas también sirven al Haz. Todas las cosas sirven al Haz.

—¿Qué Haz?

—No importa. —La mano le oprime un poco más la muñeca—. Quien puede responder a tus preguntas vendrá pronto, si es que ya no está aquí. —Le dirige una mirada de reojo que contiene un esbozo de sonrisa—. Después de oírle, serás más capaz de hacer preguntas importantes.

Jack comprende que le ha reprendido con habilidad, pero viniendo de ella no le importa. Permite que le conduzca por una estancia tras otra a lo largo del enorme y antiguo hospital. Mientras caminan se va percatando de lo vasto que es ese sitio en realidad. También se da cuenta de que, pese a la fresca brisa que sopla, percibe un leve y desagradable olor de fondo, algo que podría ser una mezcla de vino fermentado y carne estropeada. En cuanto a qué clase de carne se trata, Jack teme estar en condiciones de adivinarlo. Tras visitar más de un centenar de escenas del crimen, *debería* ser capaz de hacerlo.

Habría sido una descortesía largarse mientras Jack estaba conociendo al amor de su vida (por no mencionar el mal ardid narrativo) de modo que no lo hemos hecho. Ahora, no obstante, deslicémonos a través de las delgadas paredes

de la tienda-hospital. Fuera se extiende un árido pero no desagradable paisaje de rocas rojas, retama, flores del desierto que se parecen un poco a los lirios de agua, pinos raquíticos y unas cuantas pitajañas. Desde algún lugar no muy distante llega el fresco y constante murmullo de un río. El pabellón-hospital susurra y ondea en un tono tan soñador como las velas de un barco que navegue merced al dulce impulso de los vientos alisios. Mientras recorremos flotando la parte este de la gran tienda de esa forma nuestra que no requiere esfuerzo y que resulta peculiarmente agradable, vemos un montón de basura desperdigada. Hay más rocas con dibujos grabados en su superficie, hay una hermosísima peonía retorcida hasta perder su forma, se diría que por un calor muy intenso, hay una pequeña alfombra que parece haber sido cortada en dos por una afilada cuchilla de carnicero. También hay otras cosas, cosas que han soportado los cambios en su ciclónico viaje entre un mundo y el otro. Vemos el ennegrecido caparazón del tubo de imagen de un televisor en medio de unos cristales rotos; muchas pilas Duracell AA, un peine y, quizá lo más extraño, un par de medias de nailon con la palabra *Domingo* escrita en un lado con una discretas letras rosas. Se ha producido una colisión entre los mundos; aquí, a lo largo de la parte derecha del pabellón hay una amalgama de desechos que atestigua lo intenso de la colisión.

Al final de ese literal rastro de desperdicios, en la cabeza del cometa, podríamos decir, se sienta un hombre al que conocemos. No estamos acostumbrados a verlo vestido con una túnica marrón tan fea (y está claro que no sabe cómo llevar esa prenda, ya que si le miramos desde el ángulo incorrecto, vemos *mucho* más de lo que queremos), o con sandalias en lugar de zapatos puntiagudos, o con el cabello echado hacia atrás, recogido en una tosca cola de caballo y sujeto con una tira de cuero, pero sin duda se trata de Wendell Green. Está hablando entre dientes consigo mismo. Mira fijamente un desordenado y arrugado pliego de papeles que sostiene en la mano derecha. Ignora la mayoría de catastróficos cambios que han ocurrido en torno a él y se concentra en ese. Si consigue entender cómo se ha convertido su grabadora Panasonic en ese montón de papeles viejos quizá entonces considere el resto. Hasta entonces no.

Wendell (continuaremos llamándole Wendell, ¿de acuerdo?, y no nos preocuparemos de otro nombre que pudiera o no tener en este pequeño rincón de la existencia, ya que *él* no lo sabe o no quiere saberlo) investiga las pilas Duracell AA. Se arrastra hasta ellas, coge una e intenta ponerla en el montón de

papeles. No funciona, por supuesto, pero eso no hace que Wendell deje de intentarlo. Como diría George Rathbun: «Dale a ese chico un matamoscas e intentará cazar la cena con él».

—Joder —suelta el periodista investigador favorito de Coulee Country al tiempo que golpea repetidamente las pilas contra el pliego de papeles—. Meteos… adentro…malditas…

Un sonido, el tintineo de algo que se aproxima que solo puede ser, que Dios nos ayude, unas espuelas, rompe la concentración de Wendell, que alza la mirada. Tiene los ojos hinchados y desorbitados; puede que su cordura no se haya ido para siempre, pero desde luego ha cogido a su marido y sus hijos y se ha largado a Disneylandia. Y la visión que tiene ante sí no es la más apropiada para facilitar su pronto regreso.

En otro tiempo, en nuestro mundo, hubo un estupendo actor negro llamado Woody Strode (Lily le conocía, y de hecho actuó con él en un western de serie B de la American International titulado *Execution Express).* El hombre que se acerca al lugar en que está Wendell Green agachado con sus pilas y sus papeles se parece bastante a ese actor. Viste unos vaqueros descoloridos, una camisa tejana azul, lleva un pañuelo en el cuello y un pesado revólver en una ancha pistolera de cuero en la que brillan unas cuatro docenas de balas. Es calvo y tiene los ojos hundidos. Colgada de un hombro por una correa de complicado diseño lleva una guitarra. Posado en el otro hombro va lo que parece ser un loro. El loro tiene dos cabezas.

—No, no —dice Wendell en tono de leve reprimenda—. No. No lo veo. Eso no lo estoy viendo. —Baja la cabeza y una vez más intenta meter las pilas en el montón de papeles.

La sombra del recién llegado cae sobre Wendell, quien con resolución rehuye mirar hacia arriba.

—Hola, desconocido —dice el recién llegado.

Wendell sigue sin alzar la mirada.

—Me llamo Parkus —prosigue el otro—. En esta región soy la ley. ¿Cómo te llamas?

Wendell se niega a responder, a menos que podamos considerar una respuesta los suaves gruñidos que emite su boca babosa y pegajosa.

—Te he preguntado cómo te llamas —insiste Parkus.

—Wen —contesta nuestro antiguo conocido (realmente no podemos llamarle amigo) sin levantar la vista—. Wen. Dell. Gree… *Green.* Yo… yo…

—Tómate tu tiempo —dice Parkus (no sin compasión)—. Puedo esperar a que tu hierro se caliente.

—¡Yo… *halcón de noticias*!

—Oh. ¿De manera que eso es lo que eres? —Parkus se pone en cuclillas; Wendell se arrastra hacia atrás, en dirección a la frágil pared del pabellón—. Bueno, ¿no es eso todo un bombazo? Te diré algo, he visto *peces* halcón, y halcones *rojo y* halcones *fantasma,* pero tú eres mi primer halcón de noticias.

Wendell alza la mirada, parpadeando con rapidez.

En el hombro izquierdo de Parkus, una de las cabezas de loro dice:

—Dios es amor.

—Anda a follarte a tu madre —responde la otra cabeza.

—Toda criatura debe buscar el río de la vida —dice la primera cabeza.

—¡Chúpamela! —exclama la segunda.

—Crecemos hacia Dios —contesta la primera.

—Anda y mea para arriba —le invita la segunda.

Aunque las dos cabezas hablan con serenidad, incluso en un tono razonable, Wendell se arrastra todavía más lejos, para luego bajar la mirada y reanudar, furioso, su inútil intento con las pilas y los papeles, que ahora están desapareciendo en su mugriento y sudado puño.

—No les hagas ni caso. *Yo,* desde luego, no lo hago. La verdad, ya casi ni los oigo. Callaos, chicos.

Los loros guardan silencio.

—Una cabeza se llama Sagrado, la otra Profano —explica Parkus—. Los llevo conmigo para recordarme que…

Le interrumpe el sonido de unos pasos que se aproximan, y se pone en pie de nuevo, con un movimiento ágil y simple. Jack y Sophie se acercan, cogidos de la mano como dos niños inocen tes camino de la escuela.

—¡Speedy! —exclama Jack, y una sonrisa aflora en su rostro.

—¡Viajero Jack! —dice Parkus, también con una sonrisa—¡Bienvenido! Pero mírate, hombre… estás muy crecidito Jack corre para rodear con los brazos a Parkus, quien le devuelve el abrazo. Tras unos instantes, Jack separa un poco a Parkus asiéndole de los hombros para estudiarle.

—Eras más viejo, o al menos a *mí me* lo parecías. En ambos mundos.

Todavía sonriendo, Parkus asiente con la cabeza, y cuando habla de nuevo lo hace con el acento propio de Speedy Parker:

—Supongo que te paresía ma viejo, Jack. Tú no era má que un niño, ¿te acuerda?

—Pero…

Parkus hace un ademán para interrumpirle.

—A vese parezco ma viejo, otra vese meno. Todo depende de…

—La edad es sabiduría —interviene con en tono santurrón una de las cabezas del loro:

—Viejo cabrón senil —replica la otra.

—… depende del luga y la sircuntansia —concluye Parkus, y añade—: Chico, os he dicho que a calla, y si no lo haséi soy capá de retorsero ese equelético pecueso. —Centra entonces su atención en Sophie, que le mira con ojos muy abiertos e inquisitivos, tan tímida como una cervatilla, y le dice, ahora sin acento—: Sophie, querida, es maravilloso verte. ¿No te dije que él vendría? Y aquí está. Ha tardado un poco más de lo que yo pensaba, eso es todo.

Sophie le hace una profunda reverencia, agachando la cabeza hasta hincar una rodilla, y dice:

—Gracias, señor. Ve en paz, pistolero, y sigue tu camino junto al Haz con todo mi amor.

Al oír esto, Jack siente que un extraño y profundo escalofrío recorre su cuerpo, como si muchos mundos hubiesen hablado en un tono armónico, bajo pero resonante.

Speedy, pues ese es el nombre con el que Jack piensa en él, coge a Sophie de la mano y la invita a ponerse en pie.

—Levántate, muchacha, y mírame a los ojos. Aquí, en la zona fronteriza, no soy un pistolero, aunque de vez en cuando todavía lleve el viejo hierro. En cualquier caso, tenemos muchas cosas de qué hablar. No hay tiempo para ceremoniales. Venid a la colina conmigo, vosotros dos; tenemos que parlamentar, como dicen los pistoleros. O solían decir antes de que el mundo se trastocara. He matado un buen número de urogallos, y creo que asados estarán estupendos.

—¿Y qué hay de…? —Jack gesticula hacia la forma encogida y refunfuñona

que es Wendell Green.

—Ese parece muy ocupado —contesta Parkus—. Me ha dicho que es un halcón de noticias.

—Me temo que está un poco ido —apunta Jack—. Aquí el viejo Wendell es un *buitre* de noticias.

Wendell vuelve un poco la cabeza. Rehusa alzar la vista, pero su labio esboza una mueca de desprecio que tal vez sea más un reflejo que otra cosa.

—He oído… eso. —Se esfuerza en continuar, pero el labio se retuerce en otra mueca, y esta vez el desprecio parece más intencionado. En realidad se trata de un gruñido—. Chi… *chico. Chico* de Oro. Holly… wood.

—Se las ha apañado para conservar algo de su carisma y *joie de vivre* —ironiza Jack—. ¿Estará bien aquí?

—Nada que tenga un cerebro dentro de la cabeza se acerca a la tienda de las Hermanitas —responde Parkus—. Estará bien. Y si la brisa le trae algún olor apetitoso y viene para echar un vistazo, pues supongo que podemos darle de comer. —Se vuelve hacia Wendell—. Vamos allá arriba. Si quieres hacernos una visita, pues sube y hazlo. ¿Me entiendes, señor Halcón de Noticias?

—Wen. Dell. *Green.*

—Wendell Green, sí señor. —Parkus mira a los otros—. Venga, pongámonos en marcha.

—No debemos olvidarnos de él —murmura Sophie mirando hacia atrás—. Dentro de pocas horas oscurecerá.

—Sí —admite Parkus cuando llegan a la cima de la colina más cercana—. No estaría bien dejarlo junto a la tienda cuando oscurezca. En absoluto.

En la ladera opuesta de la colina el follaje es más espeso, Jack incluso oye en la distancia el rumor de un arroyo, seguramente en su camino hacia el río, pero aun así parece el norte de Nevada más que el oeste de Wisconsin. De algún modo decide, eso tiene sentido. Ese último no ha sido un salto normal. Se siente como una piedra a la que hayan hecho rebotar a lo ancho de un lago, y se compadece del pobre Wendell…

Al la derecha de la pendiente por la que están descendiendo hay un caballo atado con una soga a lo que a Jack le parece una yuca. Unos veinte metros más

abajo de la cima, hacia la izquierda, se ve un círculo de piedras desgastadas. En su interior, un fuego, todavía sin encender, se ha dispuesto cuidadosamente. A Jack no le gusta demasiado el aspecto del lugar; las piedras le recuerdan a dientes viejos. No es el único al que le disgusta. Sophie se detiene y aprieta más fuerte la mano de Jack.

—Parkus, ¿tenemos que meternos ahí? Por favor, di que no.

Parkus se vuelve hacia ella con una amable sonrisa que Jack conoce muy bien: está claro que es una sonrisa de Speedy Parker.

—El Demonio Parlante se fue de este círculo en la edad antigua, querida —explica—, y sabes que esta clase de lugares son mejores para las viejas historias.

—Sin embargo…

—Este no es momento para mostrarse temerosos —insiste Parkus. Habla con muestras de impaciencia y «temerosos» no es exactamente la palabra que utiliza, sino solo la forma en que la traduce la mente de Jack—. Tú le has esperado en la tienda-hospital de las Hermanitas…

—Solo porque *ella*, estaba ahí en el otro lado…

—… y ahora quiero que vengas. —De pronto, Parkus parece más alto que Jack. Le brillan los ojos. Jack piensa: *Un pistolero. Sí, supongo que* podría *ser un pistolero. Como en una de las antiguas películas de mamá, pero real.*

—Muy bien —accede Sophie, en voz baja—. Si tenemos que hacerlo. —Se vuelve hacia Jack y añade—: Me pregunto si me rodearías con el brazo.

Podemos estar seguros de que Jack se sentirá encantado de complacerla.

Cuando pasan entre dos de las piedras, a Jack le parece oír un torbellino de voces susurrantes. Una de ellas, por un instante, se oye con nitidez y parece dejar un rastro de baba tras de sí al penetrar en su oído: *Caminan, caminan penosamente con zuz sangrientos piezezitos, y pronto vendrá, mi buen amigo Munshun, y vaya trofeo que tengo para él… ajá…*

Jack observa a su viejo amigo Parkus ponerse en cuclillas y aflojar la cuerda superior de su petate.

—Él está cerca, ¿verdad? Me refiero al Pescador. Y la Casa Negra, eso está cerca también.

—Ajá —responde Parkus, y vuelca la bolsa, de la que salen los cuerpos destripados de una docena de regordetas aves muertas.

Al ver los urogallos Jack vuelve a pensar en Irma Freneau y cree que será

incapaz de comer. Observar a Parkus y Sophie ensartarlos en unos palos verdes refuerza esa idea. Pero después de que el fuego se encienda y las aves empiecen a dorarse, su estómago interviene para insistir en que los urogallos huelen bien y probablemente saben aún mejor. Aquí, recuerda, todo sabe mejor.

—Y aquí estamos, en el círculo del habla —dice Parkus. Por el momento su sonrisa ha desaparecido. Mira a Jack y Sophie, que se sientan el uno junto al otro y aún tienen las manos cogidas, con sombría gravedad. Su guitarra permanece apoyada en una roca cercana. A su lado, *Sagrado* y *Profano* duermen con las cabezas entre las plumas, soñando sin duda sueños bifurcados—. Puede que el demonio se fuera hace tiempo, pero las leyendas aseguran que esas cosas dejan un residuo que puede darle a uno mucha labia.

—Quizá sea como besar la Piedra Blarney —sugiere Jack.

Parkus niega con la cabeza.

—Nada de eso, al menos hoy.

—Si por lo menos nos enfrentáramos a un cerdo corriente —añade Jack—. Con eso podría.

Sophie le mira intrigada.

—Quiere decir un artista del engaño —puntualiza Parkus—. Un ser sin sentimientos. —Mira a Jack—. Y en cierto sentido, eso *es* a lo que te enfrentas. Carl Bierstone no es gran cosa… digamos que es un monstruo corriente. Lo que no significa que no pueda cometer unos cuantos asesinatos. Pero en relación con lo que está pasando en French Landing, le han utilizado. Está poseído, como dirías en tu mundo, Jack. Atrapado por los espíritus, diríamos en los Territorios…

—O reducido por cerdos —apunta Sophie.

—Sí. —Parkus asiente—. En el mundo más allá de esta frontera, el Mundo Intermedio, dirían que ha sido infestado por un demonio; pero un demonio mucho mayor que el pobre y maltrecho espíritu que viviera una vez en el círculo de piedras.

Jack apenas lo oye. Sus ojos resplandecen. *Sonaba parecido a Bierstein,* le dijo George Potter la noche anterior, hace mil años. *No es así exactamente, pero se le parece.*

—Carl Bierstone —dice. Levanta un puño y lo agita en señal de triunfo—. Ese era su nombre en Chicago. Aquí en French Landing es Burnside. Caso

cerrado, el juego ha terminado, súbete la bragueta. ¿Dónde está, Speedy? Ahórrame un poco de tiempo y…

—*Calla… te* —dice Parkus.

Su tono es bajo, casi mortífero. Jack siente a Sophie acurrucarse contra él. Él mismo se encoge un poco. No suena en absoluto como su viejo amigo, para nada. *Tienes que dejar de pensar en él como Speedy,* se dice Jack. *No es él, y nunca lo fue. No hizo más que interpretar un papel, el de alguien que a la vez podía tranquilizar y cautivar a un chico asustado que huía con su madre.*

Parkus les da la vuelta a los pájaros que ahora están bien dorados por un lado y vierten su jugo en el fuego.

—Siento hablarte con severidad, Jack, pero tienes que entender que tu Pescador es en realidad una minucia comparado con lo que está pasando.

¿Por qué no le dices a Tansy Freneau que es una minucia? ¿Por qué no se lo dices a Beezer Saint Pierre?

Jack piensa esas cosas, pero no las dice en voz alta. Está algo más que un poco asustado por el brillo que ha visto en los ojos de Parkus.

—Tampoco va de gemelos —continúa Parkus—. Has de sacarte esa idea de la cabeza. Los gemelos solo tienen que ver con tu mundo y el mundo de los Territorios… son un enlace. No puedes matar a un tipo duro aquí y acabar con la carrera de tu caníbal allí. Y si lo matas allí, en Wisconsin, lo que lleva dentro de sí se limitará a saltar a otro anfitrión.

—¿Lo que lleva dentro?

—Cuando estaba en Albert Fish, Fish lo llamó el Hombre del Lunes. El tipo al que buscas lo llama señor Munshun. Ambas son maneras de intentar expresar lo que ninguna lengua de la Tierra, ni de ningún otro lugar, puede pronunciar.

—¿Cuántos mundos hay, Speedy?

—Muchos —responde Parkus mirando el fuego—. Y este asunto les concierne a todos ellos. ¿Por qué otro motivo crees que te he estado buscando del modo en que lo he hecho, enviándote plumas, enviándote huevos de petirrojo, todo para intentar que despertases?

Jack piensa en Judy, arañando las paredes hasta que las puntas de los dedos le sangraban, y se siente avergonzado. Al parecer Speedy ha estado haciendo casi lo mismo.

—Despierta, despierta, zoquete —dice.

Parkus parece vacilar entre el reproche y la sonrisa.

—Por supuesto tuviste que verme en aquel caso que te hizo salir corriendo de Los Angeles.

—Bueno… ¿por qué crees que fui?

—Corriste como Jonás cuando Dios le dijo que fuera a Nínive a predicar contra la perversidad. Pensé que tendría que enviarte una ballena para que te engullera.

—Me *siento* engullido —le dice Jack.

—Yo también —interviene Sophie con un hilo de voz.

—Todos hemos sido engullidos —afirma el hombre de la pistola en la cadera —. Estamos en el vientre de la bestia, nos guste o no. Es *ka,* que es nuestro destino y nuestra suerte. Tu Pescador, Jack, es ahora tu *ka*. Nuestro *ka*. Se trata de más que asesinatos. De mucho más.

De pronto Jack ve algo que, para ser franco, le hace cagarse de miedo. Lester Parker, alias Speedy, alias Parkus, también está casi muerto de miedo.

—Este asunto concierne a la Torre Oscura —dice.

Junto a Jack, Sophie suelta un leve y desesperado grito de terror y agacha la cabeza. Al mismo tiempo levanta una mano y le hace la seña del mal de ojo a Parkus, una y otra vez.

El caballero no parece tomárselo a mal. Sencillamente se pone manos a la obra, dándoles la vuelta a los pájaros en sus palos.

—Ahora escuchadme —dice—. Escuchad y tratad de hacer la menor cantidad posible de preguntas. Aún tenemos una oportunidad de hacer volver al hijo de Judy Marshall, pero el tiempo se nos escurre entre los dedos.

—Habla —pide Jack.

Parkus habla. En algún momento de su historia juzga que las aves ya están listas y las sirve sobre unas piedras lisas. La carne está tierna, casi se desprende de los pequeños huesos. Jack come con avidez, dando grandes tragos del agua dulce del odre de Parkus. No desperdicia más tiempo comparando niños muertos con urogallos muertos. La caldera necesita que la alimenten, y él lo hace con ganas. Lo mismo puede decirse de Sophie, que come con los dedos y se los limpia a lambetazos sin el menor asomo de vergüenza. Lo mismo, al final, hace

también Wendell Green, aunque rehusa entrar en el círculo de antiguas piedras. No obstante, cuando Parkus le lanza un dorado urogallo, Wendell lo atrapa con notable habilidad y hunde el rostro en la carne húmeda.

—Has preguntado cuántos mundos —empieza Parkus—. La respuesta en el Lenguaje Superior es *da fan:* mundos más allá de lo expresable. —Con uno de los ennegrecidos palos, dibuja un ocho a su lado que Jack reconoce como el símbolo griego del infinito—. Hay una Torre que los afianza en su sitio. Si quieres, considérala un eje sobre el que giran muchas ruedas. Y hay un ente que quiere echar abajo esa Torre. Ram Abbalah.

Ante esas palabras, las llamas del fuego parecen oscurecerse por un instante y volverse rojas. Jack desearía poder creer que solo se ha tratado de un truco de su mente, sometida a enorme tensión, pero no puede.

—El Rey Colorado —dice.

—Sí. Su ser físico está cautivo en una celda en lo alto de la Torre, pero posee otra manifestación, tan real como la primera, y esta vive en Can-tah Abbalah, la corte del Rey Colorado.

—Dos lugares en uno. —Dado su viaje entre el mundo de América y el mundo de los Territorios, a Jack no le supone un gran problema digerir ese concepto.

—Sí.

—Si él, o eso, destruye la Torre, ¿no hará con ello fracasar sus propósitos? ¿No destruirá su ser físico en el proceso?

—Todo lo contrario: le dará la libertad para moverse a su antojo, lo que será el caos… *din-tah.*… el horno. Algunas zonas del Mundo Intermedio ya han caído en el horno.

—¿Cuánto de todo esto necesito saber en realidad? —pregunta Jack, consciente de que también a su lado del muro el tiempo vuela.

—Es difícil decidir qué necesitas saber y qué no —contesta Parkus—. Si me dejo el retazo indebido de información, todas las estrellas pueden oscurecerse. No solo aquí sino también en miles y miles de universos. Esa es la maldita realidad. Escucha, Jack, el Rey ha estado intentando destruir la Torre y liberarse desde tiempo inmemorial. Acaso desde siempre. Es una labor lenta, ya que la Torre se sostiene en su lugar gracias a unos haces de fuerza entrecruzados que actúan sobre ella como cables de sujeción. Los Haces han aguantado milenios y

aguantarían los milenios venideros, pero en los últimos doscientos años, hablando del tiempo tal y como tú lo cuentas, Jack, para ti, Sophie sería Tierra-Llena, casi quinientas veces más…

—Es mucho tiempo —dice ella. Es casi un suspiro—. Es muchísimo tiempo.

—En el gran devenir de las cosas, es tan breve como el resplandor de una cerilla en una habitación oscura. Pero mientras que las cosas buenas normalmente tardan mucho en desarrollarse, el demonio está siempre preparado, es como una caja de sorpresas de la que puede saltar un muñeco en cualquier momento. *Ka* es tan amigo de la maldad como lo es de la bondad. Abarca ambas. Y, por cierto, Jack… —Parkus se vuelve hacia él—. Por supuesto habrás oído hablar de la Edad del Hierro y de la Edad del Bronce.

Jack asiente con la cabeza.

—En los niveles superiores de la Torre —agrega Parkus—, hay quienes llaman a los últimos doscientos años de tu mundo la Edad del Pensamiento Envenenado. Eso significa…

—No hace falta que me lo expliques —lo interrumpe Jack—. Conocí a Morgan Sloat, ¿recuerdas? Yo sabía lo que planeaba para el mundo de *Sophie.*

—Sí, vaya si lo sabía. En principio el plan básico había sido transformar uno de los más dulces panales del universo en un lugar de vacaciones para los ricos, luego en una fuente de trabajo no cualificado y por fin en un vertedero, probablemente radiactivo. Si eso no era un ejemplo de pensamiento envenenado, Jack no sabe lo que es.

—Los seres racionales siempre han albergado telépatas entre sus miembros —dice Parkus—; eso es cierto en todos los mundos; pero por lo corriente se trata de criaturas extrañas, que podríamos calificar de prodigios. Sin embargo, desde que la Edad del Pensamiento Envenenado llegó a tu mundo, Jack, para infestarlo como un demonio, esos seres se han hecho cada vez más comunes. No tanto como los mutantes lentos en las Tierras Arrasadas, pero comunes al fin y al cabo.

—Estás hablando de adivinos —dice Sophie como queriendo asegurarse.

—En efecto —responde—, pero no *solo* de adivinos. De los que pueden predecir el futuro. De televiajeros, o saltadores entre los mundos; como el Viajero Jack aquí presente, en otras palabras, y de telequinésicos, que son los menos frecuentes… y los más valiosos.

—Quieres decir para *él*—interviene Jack—. Para el Rey Colorado.

—Sí. En los últimos doscientos años o así, el abbalah ha empleado una buena parte de su tiempo en reunir un equipo de esclavos telépatas. La mayoría de ellos provienen de la Tierra y de los Territorios. *Todos* los telequinésicos provienen de la Tierra. Esta colección de esclavos, este *gulag*, es su mayor logro. Los llamamos los Transgresores… Ellos… —Se interrumpe, pensativo. Finalmente, pregunta—: ¿Sabes cómo viaja una galera?

Sophie asiente, pero al principio Jack no tiene ni idea de qué está hablando. Tiene una breve y lunática visión de un crustáceo gigante recorriendo la Ruta 66.

—Con muchos remeros —responde Sophie, y hace un movimiento rotatorio con los brazos que confiere a sus pechos un relieve encantador.

Parkus asiente.

—Normalmente con esclavos encadenados unos junto a otros. Y…

Desde fuera del círculo, Wendell mete baza en el asunto.

—*Espart. Acó.* —Hace una pausa, frunce el entrecejo y lo intenta de nuevo —. *Espart-a-co.*

—¿De qué habla? —pregunta un ceñudo Parkus—. ¿Tienes idea, Jack?

—De una película titulada *Espartaco* —contesta Jack—. Pero creo que te equivocas, Wendell, como de costumbre. Me parece que estás pensando en *Ben-Hur.*

Con aspecto malhumorado, Wendell tiende sus manos grasientas.

—Más. Carne.

Parkus extrae el último urogallo de su palo chisporroteante y lo lanza entre dos de las piedras, donde se sienta Wendell mirando entre las piernas con su cara pálida y cubierta de grasa.

—Una presa fácil para el halcón de noticias —dice Parkus—. Ahora haznos un favor y cállate.

—O ¿qué? —El viejo brillo desafiante ilumina los ojos de Wendell.

Parkus extrae parcialmente su vieja arma de la pistolera. La empuñadura, hecha de sándalo, está desgastada, pero el cañón reluce con un brillo asesino. Eso basta; con la segunda ave en una mano, Wendell Green se recoge la túnica y se apresura otra vez hacia la cima. Jack se siente muy aliviado al verlo marchar. Espartaco, *ja,* piensa, y suelta un bufido.

—Así que el Rey Colorado quiere utilizar a esos Transgresores para destruir los Haces —concluye Jack—. Se trata de eso, ¿no? Ese es el plan.

—Hablas como si lo hicieras del futuro —dice Parkus con suavidad—. Eso está pasando *ahora,* Jack. Solo tienes que observar en tu propio mundo para ver la desintegración en curso. De los seis Haces, solo uno todavía aguanta de verdad. Otros dos aún generan cierta energía. Los otros tres se han extinguido. Uno de esos se apagó hace miles de años, en el curso normal de las cosas. Los otros han sido eliminados por los Transgresores. Ambos en doscientos años o menos.

—¡Jesús! —exclama Jack. Está empezando a entender cómo ha podido Parkus tildar de minucia al Pescador.

—La tarea de proteger la Torre y los Haces siempre le ha correspondido al antiguo gremio guerrero de Gilead, a cuyos miembros les llaman pistoleros en este mundo y en otros. También generan una poderosa fuerza mental, Jack, que les hace perfectamente capaces de contrarrestar la de los Transgresores del Rey Colorado, pero…

—Todos los pistoleros, salvo uno, han desaparecido —interviene Sophie mirando la gran pistola en la cadera de Parkus. Y, con tímida esperanza, añade —: A menos que, en realidad, tú también *seas* uno, Parkus.

—Yo no, querida —responde Parkus—, pero hay más de uno.

—Pensaba que Roland era el último. Eso afirman los relatos.

—Él ha creado por lo menos otros tres —explica Parkus—. No tengo ni idea de cómo ha sido posible, pero creo que es verdad. Si Roland aún estuviera solo, los Transgresores habrían derribado la Torre hace tiempo; pero con la fuerza de estos otros añadida a la suya…

—No tengo ni idea de qué estáis hablando —se queja Jack—. Antes *lo sabía,* más o menos, pero me he perdido un par de jugadas atrás.

—No precisas entenderlo todo para desempeñar tu cometido —aclara Parkus.

—Gracias a Dios.

—En cuanto a lo que *sí* tienes que entender, olvídate de galeras y remeros y considéralo desde el punto de vista de las películas del Oeste en las que tu madre solía actuar. Para empezar, imagina un fuerte en medio del desierto.

—Esa Torre Oscura de la que hablas. Ese es el fuerte.

—Sí. Y rodeando el fuerte, en lugar de salvajes pieles rojas…

—Los Transgresores. Con el gran jefe Abbalah al frente.

—El rey está en su Torre —murmura Sophie—, comiendo pan con miel. Los Transgresores en el sótano, haciendo el dinero.

Jack siente que un escalofrío leve, pero singularmente desagradable, recorre su columna, y piensa en garras de rata correteando por encima de cristales rotos.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

Sophie le mira, se sonroja. Sacude la cabeza, baja la mirada.

—Es lo que *ella* dice, a veces. Judy. Es lo que le oigo decir, a veces.

Parkus se hace con uno de los palos carbonizados y dibuja en el polvo de roca junto al trazo con forma de ocho.

—El fuerte está aquí. Los indios que merodean, aquí, guiados por su jefe despiadado, malvado y probablemente demente. Pero a este lado… —A la izquierda dibuja con trazo firme una flecha en la suciedad. Apunta hacia las rudimentarias formas que representan el fuerte y los indios que lo asedian—. ¿Qué llega siempre en el último momento en las mejores películas del Oeste de Lily Cavanaugh?

—La caballería —contesta Jack—. Esos somos nosotros, supongo.

—No —dice Parkus. Su tono es paciente, pero Jack sospecha que le está costando gran esfuerzo mantenerlo así—. La caballería es Roland de Gilead y sus nuevos pistoleros. O eso es lo que nos atrevemos a esperar aquellos de nosotros que deseamos que la Torre se mantenga en pie, o que caiga a su debido tiempo. El Rey Colorado confía en detener a Roland y finalizar la tarea de destruir la Torre mientras él y su grupo todavía estén lejos. Eso significa reunir a tantos Transgresores como sea posible, en especial telequinésicos.

—¿Está Tyler Marshall…?

—Basta de interrupciones. Ya es bastante difícil sin ellas.

—Solías ser mucho más alegre, Speedy —dice Jack en tono de reproche. Por un instante piensa que su viejo amigo va a echarle otra bronca, o quizá incluso a perder la calma por completo y convertirlo en sapo, pero Parkus se relaja un poco y suelta una carcajada.

Sophie alza la mirada, aliviada, y aprieta la mano de Jack.

—Bueno, de acuerdo, quizá hagas bien en tirarme un poco de las cuerdas —admite Parkus—. No nos servirá de nada ponernos nerviosos, ¿no? —Palpa el pistolón en su cadera—. No me sorprendería que llevar esta cosa me hubiese hecho tener delirios de grandeza.

—Eso está un par de peldaños más arriba que ser vigilante de un parque de atracciones —concede Jack.

—Tanto en la Biblia, en tu mundo Jack, como en el *Libro del buen agricultor,* en el *tuyo,* querida Sophie, hay un pasaje que dice algo así como: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas». Bien, pues en la corte del Rey Colorado hay muchos *monstruos.*

Jack oye surgir de su boca una risa breve y seca. Al parecer su viejo amigo ha contado un chiste de mal gusto típico de policías.

—Son los cortesanos del rey… sus caballeros andantes —añade Parkus—. Tienen toda clase de tareas, imagino, pero en estos últimos años su ocupación principal ha sido la de encontrar Transgresores de talento. Cuanto más talento posee el Trangresor, mayor es la recompensa.

—Son cazadores de cabezas —murmura Jack, y no se da cuenta de la resonancia de sus palabras hasta que han salido de su boca. La ha utilizado en el sentido empresarial pero, por supuesto, la expresión también tiene un sentido antropológico literal. Los cazadores de cabezas son caníbales.

—Sí —confirma Parkus—, y subcontratistas humanos que trabajan por… a uno no le gusta decir que por el mero placer de hacerlo, pero ¿de qué otra forma podríamos describirlo?

Jack tiene entonces una visión de pesadilla: la de un Albert Fish de cartón plantado en una acera de Nueva York con un cartel en que se lee TRABAJARÉ A CAMBIO DE COMIDA. Tensa el brazo con que rodea a Sophie. Sus ojos azules se vuelven hacia él, y Jack los mira complacido. Le tranquilizan.

—¿Cuántos Transgresores envió Albert Fish a su compinche el señor Lunes? —quiere saber Jack—. ¿Dos? ¿Cuatro? ¿Una docena? ¿Y van muriéndose al menos, de forma que el abbalah tenga que reemplazarlos?

—No mueren —responde Parkus con gravedad—. Están en un lugar, un sótano, o una caverna, donde esencialmente el tiempo no existe.

—*El purgatorio.* ¡Dios santo!

—Y no importa. Albert Fish hace mucho que no está. El señor Lunes es ahora el señor Munshun. El trato que el señor Munshun ha hecho con tu asesino es bien simple: ese Burnside puede matar y comerse a tantos niños como quiera siempre y cuando sean los que *no tienen talento.* Si encontrara alguno *con* talento, algún Transgresor, tiene que enviárselo al señor Munshun de inmediato.

—Que se lo llevará al abbalah —murmura Sophie.

—Correcto —dice Parkus.

Jack se siente de vuelta en un terreno relativamente sólido y eso le alegra.

—Si a Tyler no le han asesinado es que debe de poseer talento.

—«Talento» no es la palabra exacta. Tyler Marshall es, en potencia, uno de los dos Transgresores más poderosos en toda la historia de todos los mundos. Si se me permite volver por un momento a la analogía del fuerte asediado por indios, entonces podríamos decir que los Transgresores son como flechas de fuego disparadas por sobre los muros… Un nuevo tipo de guerra. Pero Tyler Marshall no es solo una flecha de fuego, sino más bien como un misil teledirigido.

—O un arma nuclear.

—No sé qué es eso —dice Sophie.

—Más te vale no saberlo —responde Jack—. Créeme. —Baja la mirada hacia los garabatos dibujados en la tierra. ¿Le sorprende que Tyler tenga tanto poder? No, la verdad es que no. No tras experimentar el aura de fuerza que envuelve a la madre del chico. No tras haber encontrado a la gemela de Judy cuya sencilla indumentaria y actitud no ocultan un carácter que se le antoja casi regio. Es preciosa, pero le da la sensación de que su belleza es una de las cosas menos importantes en ella.

—¿Jack? —le pregunta Parkus—. ¿Estás bien? —*No hay tiempo para sentirse de otra manera*, sugiere su tono.

—Dame un minuto —dice Jack.

—No tenemos demasiado ti…

—Eso me lo has dejado perfectamente claro —lo interrumpe Jack, y siente revolverse a Sophie, sorprendida ante su tono de voz—. Ahora dadme un minuto. Dejadme hacer mi trabajo.

Desde debajo de un alboroto de plumas verdes, una de las cabezas de loro masculla:

—Dios ama a los pobres trabajadores.

A lo que la otra replica:

—¿Es por eso que creó a tantos de ellos jodidos?

—De acuerdo, Jack —concluye Parkus, y levanta la cabeza al cielo.

Muy bien, así pues ¿qué tenemos?, piensa Jack. *Tenemos a un chico muy*

valioso y el Pescador sabe *que lo es, pero el tal señor Munshun aún no lo tiene, de lo contrario Speedy no estaría aquí. ¿Qué podemos deducir?*

Sophie le mira con ansiedad, Parkus todavía está observando el inmaculado cielo azul sobre esa zona fronteriza entre los Territorios —lo que Judy Marshall llama la Lejanía— y Lo Que Venga Después. Ahora la mente de Jack funciona más rápido, adquiere velocidad como un expreso que abandona la estación. Es consciente de que el hombre negro y calvo está contemplando el cielo por si ve a cierto cuervo malévolo. Es consciente de que la mujer de piel fina que se sienta a su lado le observa con esa clase de fascinación que en otras circunstancias y con más tiempo podría devenir amor. Pero, principalmente, está perdido en sus propios pensamientos. Son los pensamientos de un poli de homicidios.

Veamos, Bierstone es Burnside, y es viejo. Viejo, y últimamente no ha de irle muy bien en lo que a la cognición se refiere. Creo que quizá esté atrapado entre lo que quiere, que es quedarse a Tyler para sí, y lo que le prometió al tal Munshun. En algún lugar hay una mente confusa, discordante y peligrosa intentando llegar a una decisión. Si decide matar a Tyler y meterlo en una olla como la bruja de Hansel y Gretel, *eso será malo para Judy y Fred, por no mencionar a Tyler, quien puede haber visto cosas que volverían loco a un curtido marine. Si el Pescador lleva al chico ante el señor Munshun será malo para todo ser viviente. No me extraña que Speedy haya dicho que el tiempo se nos escurre entre los dedos.*

—Sabíais lo que se nos venía encima, ¿no es cierto? —dice—. Los dos. Teníais que saberlo, ya que *Judy* lo sabía. Ha estado rara durante meses, desde mucho antes de que empezaran los asesinatos.

Parkus cambia de posición y aparta la mirada, incómodo.

—Sabía que algo se avecinaba, es cierto —admite—, pues a este lado han habido grandes trastornos, pero yo estaba ocupado en otras cosas. Y Sophie no puede cruzar. Vino aquí con los hombres voladores y se irá del mismo modo cuando este asunto nuestro esté resuelto.

Jack se vuelve hacia ella.

—Tú eres la que un día fuera mi madre, estoy seguro acerca de eso. —Supone que no está siendo muy claro respecto a este punto pero no puede evitarlo; su mente intenta ir en demasiadas direcciones a la vez—. Tú eres la sucesora de Laura DeLoessian. La reina de este mundo.

Ahora es Sophie la que parece incómoda.

—En el gran esquema de las cosas yo no era nadie —dice—, de veras que no, y me gustaba que fuese así. Prácticamente lo único que hacía era escribir cartas de recomendación y agradecerle a la gente que viniera a verme… solo que en mi faceta oficial, siempre decía «nosotros». Disfrutaba dando paseos y haciendo bocetos de flores para catalogarlas. Disfrutaba cazando. Entonces, debido a la mala suerte, a los malos tiempos y a conductas inadecuadas me encontré en el último puesto en la línea de sucesión. La reina de este mundo, como tú dices. Me casé una vez con un hombre bueno y sencillo, pero mi Fred Marshall murió y me dejó sola. Sophie la estéril.

—No digas eso —pide Jack. Le sorprende lo profundo de su dolor al oírla hablar de sí misma en ese tono amargado e irónico.

—Si no fueras de naturaleza única, Jack, tu gemelo habría sido mi primo. —Sophie enrosca sus delgados dedos de forma que ahora es ella quien le sujeta con fuerza. Cuando vuelve a hablar, su voz suena suave y apasionada—. Deja todas las grandes cuestiones a un lado. Lo único que sé es que Tyler Marshall es el niño de Judy, a la que quiero, a la que, por todos los mundos, no querría ver sufrir. Es lo más cercano que jamás tendré a un niño propio. Eso es lo que yo sé, y sé otra cosa más: que tú eres el único que puede salvarlo.

—¿Por qué? —Por supuesto que Jack ya se ha dado cuenta de que es así es, ¿por qué si no, por Dios, iba a estar ahí? Pero eso no atenúa su perplejidad—. ¿Por qué yo?

—Porque tú tocaste el talismán, y aunque a lo largo de los años algo de su poder se ha desvanecido, la mayor parte permanece.

Jack piensa en los lirios que Speedy le dejó en el cuarto de baño de Dale. En cómo su olor permaneció en sus manos incluso después de que le diera el ramo a Tansy. Y recuerda el aspecto del talismán en la rumorosa oscuridad del pabellón de la reina, alzándose resplandeciente, cambiándolo todo hasta que al final desapareció.

Todavía lo está cambiando todo, se dice.

—Parkus. —¿Es esa la primera vez que llama al otro hombre, al otro detective de homicidios, por ese nombre? No lo sabe con seguridad, pero cree que es posible.

—¿Sí, Jack?

—Lo que queda del talismán, ¿es suficiente para que me encargue de ese Rey Colorado?

Muy a su pesar, Parkus parece contrariado.

—Jamás en tu vida, Jack. Jamás en la vida de *nadie.* El abbalah soplaría y acabaría contigo como si fueras una vela. Pero podría bastar para que te encargues del señor Munshun, para que vayas a las Tierras Abrasadas y saques de allí a Tyler.

—Hay máquinas —dice Sophie, que parece atrapada en un sueño triste y oscuro—. Máquinas rojas y máquinas negras, perdidas entre el humo. Hay grandes correas y un sinnúmero de niños en ellas. Caminan con dificultad, tirando de las correas que hacen girar las máquinas. Abajo, en las madrigueras. Abajo, en las ratoneras, donde nunca brilla el sol. Abajo, en las grandes cuevas en que se encuentran las Tierras Abrasadas.

Jack se siente conmocionado en lo más profundo de su mente y de su espíritu. Se encuentra pensando en Dickens, no en *Casa desolada* sino en *Oliver Twist.* Y por supuesto piensa en su conversación con Tansy Freneau.

Por lo menos Irma no está allí, se dice, *en las Tierras Abrasadas. A ella la mataron, y un viejo miserable le comió la pierna. Sin embargo, Tyler… oh, Tyler…*

—Caminan penosamente hasta que les sangran los pies —murmura—. ¿Y el camino que lleva hasta allí…?

—Creo que lo conoces —dice Parkus—. Cuando encuentres la Casa Negra, encontrarás el camino a las Tierras Abrasadas, a las máquinas, al señor Munshun… y a Tyler.

—El chico sigue con vida. De eso estáis seguros.

—Sí —responden Parkus y Sophie al unísono.

—Y ¿dónde se encuentra ahora Burnside? Esa información podría acelerar un poco las cosas.

—No lo sé —contesta Parkus.

—Dios, si sabéis quién *era.…*

—Eso fue gracias a las huellas dactilares —explica Parkus—. Las huellas dactilares en el teléfono. Tu primera idea real con respecto al caso. La policía del estado de Wisconsin obtuvo el nombre de Bierstone de la base de datos del programa de captura de criminales peligrosos del FBI. Tienes el nombre de

Burnside. Eso debería bastarte.

Policía del estado de Wisconsin, FBI, base de datos, programa de captura de criminales peligrosos. Esos términos se pronuncian en su propio y viejo idioma, y en ese lugar suenan desagradables y extraños a oídos de Jack.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Cuento con contactos en tu mundo; mantengo el oído pegado al suelo, como tú sabes por propia experiencia. Y seguro que eres lo bastante policía para hacer el resto por ti mismo.

—Judy cree que un amigo tuyo puede ayudar —dice Sophie inesperadamente.

—¿Te refieres a Dale? ¿Dale Gilbertson? —A Jack le parece un tanto difícil de creer, pero supone que Dale quizá haya descubierto algo.

—No sé su nombre; Judy cree que es como muchos otros de aquí, de la Lejanía. Un hombre que ve mucho porque no ve nada.

No se trata de Dale, después de todo. De quien habla es de Henry.

Parkus se pone en pie. Las cabezas de loro se yerguen y dejan ver cuatro ojos brillantes. *Sagrado* y *Profano* revolotean hacia su hombro y se instalan ahí.

—Creo que nuestra charla ha concluido —anuncia Parkus—. Así ha de *ser.* ¿Estás listo para volver, amigo mío?

—Sí. Y supongo que lo mejor será que me lleve a Green, aunque no me guste la idea. No creo que durara mucho tiempo aquí.

—Como tú digas.

Jack y Sophie, todavía cogidos de la mano, ya están a medio camino de la cuesta cuando Jack advierte que Parkus aún permanece en el círculo del habla con su loro en el hombro.

—¿No vienes?

Parkus niega con la cabeza.

—Ahora tomamos sendas distintas, Jack. Quizá volvamos a vernos.

Si sobrevivo, se dice Jack. *Si* alguno *de nosotros sobrevive.*

—Entretanto, sigue tu camino —añade Parkus—. Y sé sincero.

Sophie hace otra profunda reverencia.

—*Sai.*

Parkus contesta con una inclinación de la cabeza y se despide de Jack con un breve ademán. Jack se vuelve y conduce a Sophie de regreso a la deslavazada

tienda-hospital, preguntándose si volverá a ver a Speedy Parker.

Wendell Green, as de los reporteros, investigador intrépido, narrador de noticias buenas y malas para las clases menos privilegiadas, está sentado en el mismo lugar que antes, sosteniendo los papeles con una mano y las pilas en la otra. Ya no refunfuña y apenas si alza la mirada cuando Jack y Sophie se aproximan.

—Harás todo lo que puedas, ¿verdad? —pregunta Sophie—. Por ella.

—Y por ti —puntualiza Jack—. Ahora, escúchame: si al acabar esto seguimos todos con vida… y si yo volviera aquí… —Se percata de que no puede decir nada más. Su propia audacia le escandaliza. Después de todo, ella es una reina. Una *reina.* Y él está… ¿qué?, ¿intentando quedar con ella?

—Quizá —responde Sophie, mirándole con sus serenos ojos azules—. Quizá.

—¿Es un quizá que deseas? —pregunta él con suavidad.

—Sí.

Jack se inclina y roza los labios de Sophie con los suyos. Lo hace tan brevemente que apenas si es un verdadero beso; pero se trata del mejor beso de su vida.

—Estoy a punto de desmayarme —susurra Sophie cuando él se incorpora de nuevo.

—No bromees, Sophie.

Ella le coge la mano y la presiona contra la curva inferior de su pecho izquierdo. Jack siente los fuertes latidos de su corazón.

—¿Es esto una broma? Si latiera más rápido tropezaría consigo mismo.

Ella le deja marchar pero le retiene la mano por un instante, con la palma curvada contra el calor de su pecho.

—Si pudiera me iría contigo —dice Sophie.

—Lo sé. —Él la mira y sabe que si no se pone en marcha en ese preciso momento, nunca lo hará. No quiere dejarla, pero eso no es todo. La verdad es que no ha estado más asustado en toda su vida. Busca algo mundano que le devuelva a la tierra, para frenar los rápidos latidos de su propio corazón, y encuentra el objeto perfecto en la criatura gruñona que es Wendell Green. Hinca

una rodilla en tierra e inquiere—: ¿Estás listo, gran hombre? ¿Quieres hacer un viajecito sobre el imponente Misisipí?

—No. Me. Toques. —dice Wendell, y, con precipitación casi poética, Wendell añade—: Jodido gilipollas de Hollywood.

—Créeme, si no tuviera que hacerlo, no lo haría. Y mi intención es lavarme las manos a la primera oportunidad.

Jack alza la vista hacia Sophie y ve a la Judy que hay en ella. Ve toda la *belleza* que hay en ella.

—Te quiero —dice.

Antes de que ella pueda responder, le coge la mano a Wendell, cierra los ojos y salta a su mundo.

22

En esta ocasión hay algo que no es exactamente silencio: un encantador aleteo blanco que ya ha oído una vez. En el verano de 1997, Jack se dirigió hacia el norte, a Vacaville, con un equipo de paracaidismo de la policía de Los Ángeles que se hacía llamar Voladores del Cuerpo de Policía. Fue un desafío, una de esas cosas estúpidas en las que uno se mete como consecuencia de una velada demasiado larga y con demasiadas cervezas, y de las que después no puede librarse. Al menos de manera elegante. Es decir, no puede hacerlo sin parecer un cagado. Creyó que estaría asustado; pero no, se sintió exultante. Aun así, nunca más lo había hecho, y ahora sabe el porqué: se había acercado demasiado a los recuerdos, y una parte atemorizada de él debió de saberlo. Fue ese sonido de antes de tirar del cordón de apertura; ese aleteo de solitaria blancura que producía el viento junto a sus oídos. No se percibía más que los suaves y rápidos latidos del corazón y, quizá, el chasquido al tragar saliva que caía libre, como el resto del cuerpo.

Tira, del cordón de apertura, Jack, piensa. *Es el momento de tirar del cordón de apertura, joder, o de lo contrario te darás un buen golpe al aterrizar.*

Ahora hay un nuevo sonido, débil en un principio pero que crece de inmediato para convertirse en un estrépito de sirenas. *Alarma de incendios,* se dice, y entonces: *No, es una* sinfonía *de alarmas de incendios.* En ese momento, la mano de Wendell Green se suelta con brusquedad de la suya. Oye un leve chillido cuando su compañero de vuelo desaparece, y entonces le llega un olor…

Madreselva…

No, es su cabello…

… y Jack profiere un grito ahogado al sentir un peso en el pecho y el

diafragma, como si se hubiese quedado sin aliento. Nota unas manos, una sobre el hombro, la otra en los ríñones. Unos cabellos le hacen cosquillas en la mejilla. Sonido de alarmas. Sonido de gente que grita en medio de la confusión. Sonido de pisadas que taconean y reverberan al correr.

—… jack jack jack, ¿estás bien?

—Pídele una cita a una reina y acabarás sin sentido una semana entera —murmura. ¿Por qué está tan oscuro? ¿Se ha quedado ciego? ¿Está preparado para ese trabajo intelectualmente gratificante y bien remunerado como árbitro en Miller Park?

—*¡Jack!* —Alguien le da una bofetada en la mejilla. Con fuerza.

No, no está ciego. Es solo que tiene los ojos cerrados. Los abre al instante y Judy está inclinada sobre él, con el rostro a pocos centímetros del suyo. Sin pensar, Jack le agarra el cabello en la nuca con la mano izquierda, atrae su cara hacia sí y la besa. Judy espira dentro de su boca, en un jadeo de sorpresa que le hincha los pulmones con la electricidad de ella, que le devuelve el beso. Jamás le han besado con semejante intensidad. Jack acerca la mano al pecho de ella bajo el camisón, y siente el galopar alocado de su corazón *(Si latiera más rápido tropezaría consigo mismo,* se dice Jack) bajo la firme prominencia. En ese mismo instante la mano de ella se desliza dentro de su camisa, que de alguna manera ha quedado desabrochada, y le pellizca la tetilla. Con la misma dureza y pasión que la bofetada. Al mismo tiempo, la lengua de Judy se mete en la boca de él en una zambullida rápida, entra y sale, como una abeja en una flor. El le sujeta la nuca con más fuerza, y Dios sabe qué habría pasado después, pero en ese instante algo cae en el pasillo con enorme estrépito de cristales, y alguien grita. Es una voz aguda y casi asexuada a causa del pánico, pero Jack cree que se trata de la de Ethan Evans, el huraño joven de la sala. *¡Venga aquí! ¡Deje de correr, maldita sea su estampa!* Es evidente que se trata de Ethan; solo un licenciado en catequesis luterana en Mount Hebron diría *maldita sea su estampa,* ni que fuera in extremis.

Jack se aparta de Judy. Ella se aparta de él. Están en el suelo. Judy tiene el camisón subido hasta la cintura, con lo que queda al descubierto una ropa interior de sencillo nailon blanco. La camisa de Jack está abierta, y también sus pantalones. Todavía lleva los zapatos puestos, pero por lo que nota, en el pie incorrecto. Cerca de ellos, la mesa de cristal para el café se ha volcado y las

revistas que había encima están esparcidas por el suelo. Algunas parecen haber sido literalmente arrancadas de las tapas.

Oyen más gritos procedentes del pasillo, además de carcajadas y aullidos locos. Ethan Evans sigue gritando a los enfermos mentales en estampida, y ahora también grita una mujer; quizá se trate de Rack, la enfermera jefe. Las alarmas siguen sonando.

De repente una puerta se abre de par en par y Wendell Green entra en la habitación a toda prisa. Detrás de él hay un armario con ropa desparramada; son las prendas de recambio del doctor Spiegelman, hechas un verdadero revoltijo. Wendell sostiene en una mano su minigrabadora Panasonic. En la otra tiene varios objetos tubulares y brillantes. Jack apuesta a que se trata de pilas Duracell AA.

Jack lleva la ropa desabrochada (o quizá abierta a causa de un tirón), pero lo de Wendell es mucho peor. Su camisa está hecha jirones. La barriga le cuelga por encima de los calzoncillos blancos, muy manchados de orina en la parte delantera. Con un pie arrastra tras de sí los pantalones de gabardina marrón, que se deslizan sobre la alfombra como una vieja piel de serpiente. Y aunque lleva los calcetines puestos, el izquierdo parece estar del revés.

—*¿Qué has hecho?* —brama Wendell—. *Oh, tú, Hollywood hijo de puta,* ¿QUÉ LE HAS HECHO A…?

Se interrumpe. Está boquiabierto. Abre desmesuradamente los ojos. Jack observa que los cabellos del periodista parecen tiesos como las púas de un erizo.

Entretanto, Wendell se ha percatado de que Jack Sawyer y Judy Marshall están abrazados en el suelo cubierto de cristales y periódicos, con la ropa desarreglada. No les ha pillado en flagrante y exquisito delito, pero si alguna vez ha visto a dos personas a punto de caramelo, son esas dos. La cabeza le da vueltas y está llena de recuerdos imposibles, su equilibrio se resiente, el estómago se le retuerce como una lavadora demasiado cargada de ropa y de espuma. Necesita desesperadamente algo a lo que aferrarse. Necesita noticias. Y aún mejor, necesita *escándalo.* Y ahí, delante de él, en el suelo, tiene ambas cosas.

—¡VIOLACIÓN! —grita Wendell, y a continuación una sonrisita demente y aliviada le curva las comisuras de la boca—. ¡SAWYER ME HA DADO UNA PALIZA Y AHORA ESTÁ VIOLANDO A UNA ENFERMA MENTAL! En

realidad no le parece una violación, pero ¿acaso se ha logrado alguna vez atraer la atención gritando ¡SEXO DE MUTUO ACUERDO!?

—Haz callar a ese idiota —dice Judy. Se estira el camisón hacia abajo y se dispone a ponerse en pie.

—Cuidado —advierte Jack—. Hay cristales rotos por todas partes.

—Estoy bien —contesta ella con brusquedad. Entonces, volviéndose hacia Wendell con esa audacia perfecta que Fred conoce tan bien, añade—: ¡Cierra el pico! ¡No sé quién eres, pero deja de gritar! Nadie está siendo…

Wendell retrocede para alejarse de Hollywood Sawyer, arrastrando sus pantalones con él. *¿Por qué no viene nadie?*, piensa. *¿Por qué no viene alguien, antes de que me dispare, o algo así?* En su frenesí casi histérico, Wendell, o no se ha percatado de que se han disparado las alarmas y del griterío general, o cree que solo suenan en su cabeza, que no suponen sino un poco más de información falsa que viene a unirse a sus absurdos «recuerdos» de un pistolero negro, una mujer guapa con una túnica, y el mismo Wendell Green agachado en el polvo y comiéndose un pájaro a medio asar, como un hombre de las cavernas.

—Aléjate de mí, Sawyer —dice, retrocediendo con las manos en alto frente a sí—. Tengo un abogado muy, muy hambriento. Te lo advierto, gilipollas, ponme un solo dedo encima y mi abogado y yo te despojaremos de todo lo que… ¡Eh!

Jack ve que Wendell ha pisado un trozo de cristal roto (seguramente de uno de los cuadros que decoraban la pared y ahora decoran el suelo). Se tambalea hacia atrás de nuevo, en esta ocasión se pisa la cola que son sus propios pantalones, y cae espatarrado sobre el diván reclinable en que supuestamente el doctor Spiegleman interroga a sus pacientes sobre sus infancias problemáticas.

El periodista sensacionalista más importante de La Riviere observa con expresión de pánico en los ojos como platos al neandertal que se le acerca, y le arroja la grabadora. Jack observa que está cubierta de arañazos. La aparta con brusquedad.

—¡VIOLACIÓN! —exclama Wendell—. ¡ESTÁ VIOLANDO A UNA DE LAS CHIFLADAS! ¡ESTÁ…!

Jack le da un puñetazo en la barbilla, conteniéndose un poco en el último momento para propinárselo con fuerza casi científica. Wendell cae hacia atrás en el diván del doctor Spiegleman, con los ojos en blanco, los pies moviéndose como si lo hicieran a un ritmo sabroso que solo los semiconscientes pueden

apreciar.

—El Húngaro Loco no lo habría hecho mejor —murmura Jack. Se le ocurre que Wendell debería hacerse un tratamiento neurológico completo en un futuro no muy lejano. Su cabeza ha soportado un par de días sumamente duros.

De pronto se abre la puerta que da al pasillo. Jack se pone ante el diván reclinable para tapar a Wendell mientras se mete la camiseta por dentro de los pantalones (en algún momento se ha abrochado la bragueta, gracias a Dios). Una voluntaria jovencita asoma la cabeza en el despacho del doctor Spiegleman. Aunque debe de tener unos dieciocho años, el pánico la hace parecer una niña de doce.

—¿Quién grita aquí dentro? —pregunta—. ¿Quién está herido?

Jack no sabe qué decir, pero Judy reacciona como una auténtica profesional.

—Era un paciente —explica—. El señor Lackley, creo. Ha entrado, gritando que nos iba a violar a todos, y luego se ha ido corriendo.

—Tienen que marcharse ahora mismo —les dice la voluntaria—. No escuchen a ese idiota de Ethan. Y no utilicen el ascensor. Creemos que ha sido un terremoto.

—Ahora mismo —dice Jack con decisión y, aunque no se mueve, a la voluntaria le basta con eso, y se va. Judy se dirige rápidamente hacia la puerta. La cierra, pero no puede pasarle el pestillo, porque el marco ha quedado ligeramente desencajado.

Había un reloj en la pared. Jack vuelve la mirada hacia el lugar donde estaba, pero se ha caído de cara al suelo. Se acerca a Judy y la coge de los brazos.

—¿Cuánto rato he estado allí?

—No mucho —responde ella—, pero ¡vaya salida la tuya! *¡Puf!* ¿Has conseguido algo? —La expresión en sus ojos es de súplica.

—Lo suficiente para saber que tengo que volver a French Landing de inmediato —responde Jack. *Lo suficiente para saber que te quiero; que siempre te querré, en este mundo o en cualquier otro.*

—Tyler… ¿está vivo? —Judy mueve las manos de forma que ahora es ella quien le sujeta a él. Jack recuerda *A* Sophie haciendo exactamente lo mismo en la Lejanía—. *¿Está vivo mi hijo?*

—Sí, y voy a traértelo de vuelta.

Jack posa casualmente la mirada en el escritorio de Spiegleman, que se ha

desplazado por la estancia y tiene todos los cajones abiertos. Jack ve algo interesante en uno de estos y se apresura a cruzar la alfombra, aplastando cristales rotos y apartando de una patada uno de los cuadros.

En el primer cajón de la parte izquierda del escritorio hay una grabadora, bastante mayor que la fiel Panasonic de Wendell Green, y un pedazo de papel de embalar roto. Jack coge primero el papel. Garabateado en él, con las letras irregulares que ya ha visto en Bocados de Ed y en su propio porche, lee:

Entregar a Judy Marshall

también conocida como Sophie

En la esquina superior del papel roto hay lo que parecen sellos. Jack no necesita estudiarlos para saber que están cortados de sobres de azúcar, y que los pegó un peligroso viejo chocho llamado Charles Burnside. Pero la identidad del Pescador ya no importa gran cosa, y Speedy lo sabía. Tampoco importa dónde esté, porque Jack tiene la impresión de que *Chummy* Burnside puede viajar a cualquier otro sitio a voluntad.

Pero no puede llevarse consigo el verdadero umbral. El umbral a las Tierras Abrasadas, al señor Munshun, a Ty. Si Beezer y sus colegas descubrieran eso…

Jack deja caer de nuevo el papel en el cajón, pulsa el botón de EJECT de la grabadora y coge la cinta del interior. Se la mete en el bolsillo y se dirige a la puerta.

—Jack.

Él se vuelve para mirarla. Más allá de los dos, las alarmas de incendio aullan, se oyen gritos y risas dementes, el personal sanitario corre arriba y abajo. Sus ojos se encuentran. En la mirada clara y azul de Judy, Jack casi puede tocar ese otro mundo con sus dulces aromas y sus extrañas constelaciones.

—¿Es maravilloso lo de allí? —pregunta ella—. ¿Tanto como en mis sueños?

—Es maravilloso —contesta él—. Y tú también lo eres. Aguanta un poco, ¿de acuerdo?

A medio camino del pasillo, Jack ve algo desagradable: Ethan Evans, el joven que había tenido a Wanda Kinderling de profesora de catequesis, tiene cogida por los brazos a una desorientada mujer mayor y la sacude una y otra vez. La crespa cabellera de la mujer se agita alrededor de su cabeza.

—*¡Cállate!* —le grita el joven señor Evans—. *¡Cállate, vieja vaca chiflada! ¡No vas a ir a ningún sitio que no sea tu condenada habitación!*

Hay algo en el tono de desprecio con que lo dice que pone de manifiesto que incluso ahora, con el mundo al revés, el joven señor Evans está disfrutando de su poder de mandar y de su deber cristiano de tratar a alguien con brutalidad. Eso le basta para enfadarse. Lo que le enfurece es la mirada de aterrorizada incomprensión en el rostro de la anciana. Le hace pensar en los chicos con los que vivió hace mucho tiempo, en un lugar llamado el Hogar de Sol.

Le hace pensar en Lobo.

Sin detenerse o disminuir siquiera el ritmo de sus zancadas (ya han entrado en la fase final del jolgorio, y de alguna manera lo sabe), Jack le da un puñetazo al señor Evans en la sien. El ilustre personaje suelta a su regordeta y gruñona víctima, da contra la pared y luego se desliza por esta hacia abajo con una expresión de asombro en los ojos muy abiertos.

—O no escuchaste en las clases de catequesis o la mujer de Kinderling te enseñó lo que no debía —dice Jack.

—Me… ha… pegado —murmura el joven Evans mientras termina su lento descenso hasta quedar desmadejado en el suelo del pasillo a medio camino entre el anexo de Registros y el ambulatorio de Oftalmología.

—Abusa de otro paciente (de esta, de la que estaba hablando conmigo o de cualquier otro), y te haré algo mucho peor que esto —le promete Jack al joven señor Evans. Entonces baja las escaleras de dos en dos, sin advertir al puñado de pacientes en camisón de hospital que lo observan con asombro y cierto temor. Lo miran como si fuera toda una visión envuelta en luz, como a una maravilla tan resplandeciente como misteriosa.

Diez minutos más tarde (mucho después de que Judy haya vuelto serenamente a su habitación sin ninguna clase de ayuda profesional), las alarmas enmudecen. Una voz amplificada (ni siquiera la madre del doctor Spiegleman la hubiera reconocido como la de su hijo) empieza a bramar desde los altavoces. Ante semejante rugido inesperado, los pacientes que ya se habían calmado

empiezan a dar gritos y a llorar de nuevo. La vieja cuyo maltrato tanto ha irritado a Jack Sawyer está agachada debajo del mostrador de admisiones con las manos sobre la cabeza, murmurando acerca de los rusos y la defensa civil.

—¡YA NO HAY NINGUNA EMERGENCIA! —Spiegleman le asegura al personal y a los pacientes—. ¡NO HAY FUEGO! ¡POR FAVOR, VUELVAN A LAS SALAS COMUNALES DE CADA PISO! ¡SOY EL DOCTOR SPIEGLEMAN, Y REPITO QUE YA NO HAY EMERGENCIA ALGUNA!

Aparece Wendell Green, que se abre camino despacio hacia el hueco de la escalera, frotándose suavemente el mentón con una mano. Ve al joven Evans y le tiende una mano. Por un instante parece que Wendell vaya a irse al suelo con el tirón, pero entonces el señor Evans apoya las nalgas contra la pared y se las apaña para levantarse.

—¡YA NO HAY EMERGENCIA ALGUNA! ¡REPITO, LA EMERGENCIA HA TERMINADO! ¡ENFERMERAS, CAMILLEROS Y MÉDICOS, POR FAVOR, ACOMPAÑEN A LOS PACIENTES A LAS SALAS DE CADA PLANTA!

El joven Evans ve el moretón que le está saliendo a Wendell en el mentón. Wendell ve el moretón que le está saliendo al joven Evans en la sien.

—¿Sawyer? —pregunta el señor Evans.

—Sawyer —confirma Wendell.

—El cabrón me ha dado un puñetazo —dice el joven Evans.

—El hijo de puta me ha atacado por la espalda —explica Wendell—. La mujer de Marshall. Estaba encima de ella. —Baja la voz—. Se disponía a *violarla.*

El gesto del joven Evans expresa que le sabe mal pero que no le sorprende.

—Hay que hacer algo —añade Wendell.

—Tiene razón.

—La gente debe saberlo. —Poco a poco, el viejo fuego regresa a los ojos de Wendell—. La gente lo *sabrá.* ¡Por él! ¡Porque eso es lo que él hace, por Dios! ¡*Le dice* cosas a la gente!

—Sí —coincide el joven señor Evans. No le importa tanto como a Wendell, no tiene ese compromiso ardiente de este, pero hay una persona a quien sí se lo dirá. Una persona que merece ser consolada en sus horas solitarias, que ha sido abandonada en su propio Monte de los Olivos. Una persona que beberá la revelación de la maldad de Jack Sawyer como si de las aguas mismas de la vida

se tratase.

—Esta clase de comportamiento no puede esconderse simplemente bajo la alfombra —concluye Wendell.

—De ninguna manera —confirma el joven Evans—. Ni en broma.

Jack apenas ha dejado atrás las puertas del Luterano del condado de French cuando le suena el móvil. Considera detenerse para responder a la llamada, oye el sonido de camiones de bomberos acercándose, y por una vez decide arriesgarse a conducir y hablar a la vez. Quiere alejarse de la zona antes de que los bomberos de la brigada local aparezcan y lo retengan.

Abre el pequeño Nokia.

—Sawyer —dice.

—¿Dónde coño estás? —exclama Beezer Saint Pierre—. ¡Tío, le he dado al botón de rellamada tantas veces que casi lo hago saltar del teléfono!

—Estaba en… —Pero no hay forma de acabar la frase; es decir, no sin rebasar la frontera de la verdad. O quizá sí—. Supongo que estaba en una de esas zonas sin cobertura, de esas en que el teléfono sencillamente no suena…

—No me sueltes una lección de ciencia, amigo. Mueve el culo y ven aquí *ahora* mismo. La dirección es Casas de los Clavos 1, en Country Road Doble O, justo al sur de Chase. Es el edificio color caca de bebé de dos plantas, en la esquina.

—Lo encontraré —dice Jack, y pisa un poco más el acelerador—. Voy para allá.

—¿Por dónde paras, tío?

—Todavía en Arden, pero estoy en camino. Llegaré en una media hora.

—*¡Joder!*—Jack oye un estruendo alarmante cuando Beezer golpea algo en la Casa de los Clavos. Seguramente la pared más cercana—. ¿Qué demonios *te pasa,* tío? Mouse la está palmando. Y *deprisa.* Los que todavía estamos aquí hacemos lo que podemos, pero el tío la está palmando. —Beezer está jadeando, y Jack piensa que trata de no llorar. La sola idea de que Armand Saint Pierre se encuentre en semejante situación resulta preocupante. Jack observa el cuentakilómetros de la Ram, comprueba que va a ciento cinco por hora y disminuye un poco la velocidad. No logrará ayudar a nadie si se estampa con el

coche en la carretera entre Arden y Centralia.

—¿Qué quieres decir con «los que todavía estamos aquí»?

—Nada, tú ven de una vez, si quieres hablar con Mouse. Y seguro que él querrá hablar contigo, porque no para de repetir tu nombre. —Beezer baja la voz —. Eso cuando no está delirando como un bestia. Doc está haciendo lo que puede, y yo y la Osa también, pero es como si echásemos paletadas de mierda contra la marea.

—Dile que aguante —dice Jack.

—Y un huevo, tío… díselo tú.

Jack oye un sonido vibrante y el débil murmullo de unas voces. Después otra voz, que casi no suena humana, le habla al oído:

—Has de darte prisa… Tienes que venir sin demora, tío. Esa cosa… me ha mordido. Lo noto ahí dentro. Es como ácido.

—Aguanta, Mouse —pide Jack. Siente blandos los dedos con que aferra el teléfono. Se pregunta si el aparato no irá a hacerse añicos en su mano—. Llegaré tan pronto como pueda.

—Mejor que lo hagas. Los otros… ya lo han olvidado. Yo no. —Mouse ríe entre dientes. El sonido es espantoso, difícil de creer, como un tufillo que emane directamente de una tumba abierta—. Tengo… el suero de la memoria, ¿sabes? Me está devorando… Me está comiendo vivo… pero lo tengo.

Se oye un ruido al cambiar de nuevo de manos el teléfono, y otra voz. De mujer. Jack supone que es la Osa.

—Ya puedes darte prisa —dice—. Tú lo has provocado. No dejes que sea en vano.

Jack oye un clic, arroja el teléfono sobre el asiento y decide que, después de todo, a lo mejor ciento cinco kilómetros por hora no es ir tan rápido.

Unos minutos más tarde (que le parecen una eternidad), Jack entorna los ojos ante el resplandor que el sol arranca al río Tamarack. Desde ahí casi ve su casa, y la de Henry.

Henry.

Jack se palpa con el dedo gordo el bolsillo del pecho y al hacerlo oye el golpeteo de la cinta que ha cogido de la grabadora en el despacho de

Spiegleman. Ya no hay motivos para entregársela a Henry; teniendo en cuenta lo que Potter le dijo anoche y lo que Mouse le va a decir hoy, esta cinta y la de la llamada al 911 se han vuelto más o menos superfluas. Además, tiene que darse prisa en llegar a las Casas de los Clavos. Hay un tren a punto de abandonar la estación, y es muy probable que Mouse Baumann esté en él.

Y aun así…

—Estoy preocupado por él —dice Jack en voz baja—. Hasta un ciego podría ver que estoy preocupado por Henry.

El brillante sol del verano, que ahora desciende por el cielo, se refleja en el arroyo y envía titilantes rayos de luz a su rostro. Cada vez que esa luz pasa por sus ojos los siente arder.

Henry no es el único por quien Jack está preocupado. Tiene una sensación desagradable al pensar en todos sus nuevos amigos y conocidos de French Landing, desde Dale Gilbertson y Fred Marshall hasta personajes secundarios como el viejo Steamy McKay, un caballero de edad que se gana la vida limpiando zapatos frente a la biblioteca pública, y Ardis Walker, que lleva la destartalada tienda de cebos junto al río. En su imaginación, todas estas personas parecen ahora de cristal. Si el Pescador decide dar el do de pecho, todos se estremecerán y se harán añicos. Pero en realidad no es el Pescador quien le preocupa.

Esto es un caso, se recuerda. *Pese a todo el misterio de los Territorios, sigue siendo un caso, y no es el primero que tienes entre manos en que de repente todo empieza a parecerte demasiado grande. En que todas las sombras parecen demasiado largas.*

Cierto, pero normalmente esa sensación de falsa perspectiva como en un espejo que distorsiona desaparece en el momento en que Jack empieza a hacerse cargo de las cosas. Esta vez es peor, mucho peor. También sabe por qué. La larga sombra del Pescador es una cosa llamada señor Munshun, un cazatalentos inmortal procedente de otra esfera de la existencia. Y ahí tampoco está el final, pues el señor Munshun también proyecta una sombra. Una sombra *roja.*

—Abbalah —murmura Jack—. Abbalah-doon y el señor Munshun y el cuervo Gorg, tres viejos amigos que caminan juntos por la orilla plutoniana de la noche. —Por alguna razón, eso le hace pensar en la Morsa y el Carpintero de *Alicia.* ¿Qué era lo que se llevaban para pasear a la luz de la luna? ¿Almejas?

¿Mejillones? Maldita sea si lo recuerda, aunque sí hay una frase que sale a la superficie y reverbera en su cabeza, con la voz de su madre: *Ha llegado el momento —dijo la Morsa— de hablar de muchas cosas.*

Se supone que el abbalah anda por ahí en su corte (es decir, la parte de él que no está encarcelada en la Torre Oscura de Speedy), pero el Pescador y el señor Munshun podrían hallarse en cualquier lugar. ¿Saben que Jack Sawyer ha estado entrometiéndose? Claro que sí. Hoy por hoy, todo el mundo lo sabe. ¿Podrían intentar detenerle haciéndole algo desagradable a alguno de sus amigos? ¿A uno ciego, comentarista de deportes y fanático del bebop, por ejemplo?

Sí, desde luego que podrían. Y ahora, quizá porque está sensibilizado, siente de nuevo ese latido repulsivo que le llega del suroeste, el mismo que sintió al viajar al otro mundo por primera vez en su vida adulta. Cuando la carretera traza una curva hacia el sureste, casi desaparece. Después, cuando la Ram se dirige de nuevo hacia el suroeste, el latido venenoso cobra fuerza para palpitarle en la cabeza como el comienzo de una jaqueca.

Eso que sientes es la Casa Negra, pero en realidad no es una casa, sino un agujero de gusano en la manzana de la existencia, que conduce hacia abajo, a las Tierras Abrasadas. Es una puerta. Quizá solo estaba entreabierta hasta hoy, antes de que Beezer y sus amigos aparecieran, pero ahora está abierta de par en par y deja pasar un chorro de aire. Hay que hacer regresar a Ty, sí, pero esa puerta ha de cerrarse. Antes de que puedan colarse Dios sabe qué cosas horribles.

Jack gira bruscamente el volante hacia la calle Tamarack. Los neumáticos chirrían. El cinturón de seguridad se bloquea, y por un instante piensa que la camioneta va a volcar. Pero conserva el equilibrio, y Jack conduce a toda prisa hacia la carretera del valle de Norway. Mouse sencillamente va a tener que esperar un poco más; no va a dejar a Henry solo ahí fuera. Su amigo no lo sabe, pero tendrá que hacer un breve viaje de estudio a las Casas de los Clavos. Hasta que se estabilice la situación, a Jack le parece que lo más recomendable es utilizar el sistema de ir siempre acompañado.

Lo cual habría estado muy bien si hubiese encontrado a Henry en casa. Elvena Morton, con el trapo del polvo en la mano, sale después de que Jack haya llamado insistentemente a la puerta.

—Está en la KDCU, haciendo anuncios —explica—. Yo misma le he llevado

allí. No sé por qué no los hace en su estudio aquí en casa, creo que ha dicho que es por algo de los efectos de sonido. Me sorprende que no se lo haya dicho a usted.

Lo que le cabrea es que Henry sí se lo ha dicho. El Rib Crib del primo Buddy. La vieja parienta. El precioso centro de La Riviere. Todo eso. Incluso le dijo que Elvena Morton le acompañaría. A Jack le han pasado unas cuantas cosas desde que tuvieron esa conversación (se ha reencontrado con su viejo amigo de la infancia, se ha enamorado de la gemela de Judy Marshall, y entre esto y aquello le han puesto al corriente nada menos que del Secreto Básico de Toda Existencia), pero nada de eso impide que su mano izquierda se cierre en un puño para golpearse con él justo entre los ojos. Teniendo en cuenta lo rápido que están pasando las cosas ahora mismo, haber tomado ese desvío innecesario se le antoja un lapsus casi imperdonable.

La señora Morton lo mira asustada, con los ojos desorbitados.

—¿Irá usted misma a recogerle, señora Morton?

—No, va a ir a tomar algo con alguien del canal de deportes. Henry ha dicho que esa persona le traería a casa después. —Baja la voz hasta adoptar ese tono de confidencia en el que de alguna manera los secretos se comunican mejor—. Henry no me lo ha dicho así exactamente, pero creo que a George Rathbun le esperan grandes cosas. Grandes cosas.

¿Que el Bombardeo del Tejón va a emitirse a nivel nacional? A Jack no le sorprendería del todo, pero ahora no tiene tiempo de alegrarse por Henry. Le entrega la cinta a la señora Morton, más que nada para convencerse que no ha hecho el camino *totalmente* en vano.

—Déjele esto donde… —Se interrumpe. La señora Morton le dirige una mirada divertida, de complicidad. *Donde no deje de verlo,* iba a decir Jack. Otro fallo mental. Pues vaya detective de la gran ciudad que está hecho.

—La dejaré junto a la mesa de sonido, en su estudio —dice ella—. Ahí la encontrará. Jack, quizá no sea de mi incumbencia, pero no tiene usted buen aspecto. Está muy pálido, y juraría que ha perdido cinco kilos desde la semana pasada. Y además… —Parece algo incómoda—: Lleva los zapatos al revés.

Y así es. Jack se los cambia, apoyándose primero en un pie y después en el otro.

—Han sido cuarenta y ocho horas muy duras —se excusa—, pero lo estoy

llevando bien, señora Morton.

—Es por lo del caso del Pescador, ¿verdad?

Jack asiente con la cabeza.

—Debo irme. Como suele decirse, la cosa está que arde. —Gira sobre sus talones, reflexiona y se vuelve de nuevo—: Déjele un mensaje en la grabadora de la cocina, ¿quiere? Dígale que me llame al móvil. En cuanto llegue. —Entonces un pensamiento le lleva al otro, y señala la cinta que ella tiene en la mano—. No la escuche, ¿de acuerdo?

—¡Nunca haría una cosa así! —exclama la señora Morton, al parecer ofendida—. ¡Sería como abrir el correo de otra persona!

Jack asiente y esboza una levísima sonrisa.

—Bien.

—¿Aparece… él en la cinta? ¿Es el Pescador?

—Sí —contesta Jack—. Es él. —*Y nos esperan cosas peores*, piensa, pero se lo calla. *Cosas muchísimo peores.*

Se precipita hacia la camioneta, sin llegar a correr exactamente.

Veinte minutos después, Jack aparca frente a la casa de dos plantas de color caca de bebé en el número 1 de las Casas de los Clavos. Las Casas de los Clavos y el sucio enredo de calles que la rodean se le antojan sumidas en un silencio antinatural bajo el poniente sol estival. Un perro callejero (en realidad se trata del que vimos ante la puerta del hotel Nelson justo anoche), atraviesa cojeando el cruce de las calles Ames y Country Road Doble O, pero ese es todo el tráfico que hay. Jack tiene una visión desagradable de la Morsa y el Carpintero caminando con paso inseguro por la ribera este del Misisipí seguido por los residentes hipnotizados de la Casa de los Clavos. Acercándose al fuego. Y a la cacerola.

Respira hondo dos o tres veces, intentando calmarse. No muy lejos allí, a las afueras de la ciudad (en realidad, junto a la carretera que lleva a Bocados de Ed), ese desagradable zumbido en su cabeza ha llegado a su punto culminante para convertirse en algo parecido a un grito sombrío. Durante unos momentos ha sido tan fuerte que Jack se preguntaba si acabaría saliéndose de la carretera, y redujo la velocidad a setenta por hora. Entonces, por suerte, ha empezado a desplazarse

hacia la parte posterior de la cabeza y a desaparecer. No ha visto el letrero de PROHIBIDO EL PASO que marca el camino de maleza que lleva a la Casa Negra, ni lo ha buscado, pero sabía que estaba ahí. La cuestión es si será o no capaz de acercarse a su debido tiempo sin explotar.

—Vamos —se dice—. No es momento para gilipolleces.

Se apea y empieza a subir por el asfalto agrietado. Hay un dibujo de tejo casi borrado, y Jack gira bruscamente y sin pensar para evitarlo, consciente de que es una de las pocas pruebas que quedan para atestiguar que una personita llamada Amy Saint Pierre pisó brevemente el escenario de la existencia. Los escalones del porche están secos y astillados. Jack tiene mucha sed, y piensa *Vaya, mataría por un vaso de agua, o un buen…*

La puerta se abre de par en par para golpear contra la pared de la casa como un tiro de pistola en el silencio inundado de sol y Beezer sale corriendo por ella.

—¡Dios todopoderoso, pensaba que no ibas a llegar *nunca*!

Al ver la expresión de alarma y angustia en los ojos de Beezer, Jack comprende que nunca le contará a este tipo que ahora podría encontrar la Casa Negra sin la ayuda de Mouse, que gracias al tiempo pasado en los Territorios tiene una especie de telémetro en la cabeza. No, aunque vivan el resto de sus vidas como buenos amigos, de esos que suelen contárselo todo. Beezer ha sufrido como Job, y no hace falta que descubra que la agonía de su amigo puede haber sido en vano.

—¿Todavía está vivo?

—Por los pelos —responde Beezer—. Quizá por un pequeño mechón. Ahora solo estamos yo y Doc y la Osa. Sonny y Káiser Bill se han asustado y se han largado como dos perros apaleados. Entra, tío..

Beezer no le da opción a Jack; le aferra el hombro y le empuja como si fuera una maleta hacia el interior de la pequeña edificación de dos plantas en las Casas de los Clavos.

23

—¡Una más! —exclama el tipo del canal de deportes.

Suena más a orden que a petición, y a pesar de que Henry no ve al hombre, sabe que ese joven en concreto nunca ha hecho deporte en su vida, ni como profesional ni de cualquier otra forma. Desprende el olor ligeramente grasoso, como a manteca, de quienes sufren de sobrepeso desde el día en que nacieron. Quizá los deportes sean su compensación y tengan el poder de acallar los recuerdos de ropa comprada en la sección de «fornidos» de Sears y todas esas rimas de la infancia, como «Gordito, gordito, no para de engordar, y en el suelo tiene que cagar, porque por la puerta del baño no puede pasar».

Se llama Penniman.

—¡Como Little Richard! —le ha dicho a Henry cuando se han dado el primer apretón de manos en la emisora—. El famoso cantante de rock de los cincuenta. Quizá le recuerde.

—Vagamente —ha respondido Henry, como si en su momento no hubiera tenido todos y cada uno de los *singles* que había sacado Little Richard—. Creo que fue uno de los fundadores de la nación.

Penniman se ha reído a carcajadas, y en esa risa Henry ha divisado un posible futuro para sí; pero ¿es el futuro que quiere? La gente también se ríe de Howard Stern, y Howard Stern es un hortera.

—¡Una copa más! —repite ahora Penniman. Están en el bar de la taberna Oak Tree, donde Penniman le ha dado una propina de cinco pavos al camarero para que cambie el canal de televisión, de los bolos de la ABC al canal de deportes, aunque a esa hora no emitan nada más que jugadas de golf y escenas de pesca de la lubina—. ¡Una copa más, solo para sellar el trato!

Sin embargo, no han hecho ningún trato, y Henry no está seguro de querer llegar a uno. Retransmitir a escala nacional con George Rathburn como parte del paquete de radio del canal de deportes debería parecerle atractivo, y no le supone un problema grave cambiar el nombre del programa, de *El bombardeo del tejón* a *El bombardeo del canal de deportes* (seguiría centrándose principalmente en las áreas central y septentrional del país), pero…

Pero ¿qué?

Antes de que pueda considerar siquiera la cuestión, vuelve a olerlo: Mi Pecado, el perfume que usaba su mujer algunas noches, cuando intentaba enviarle una señal especial. Alondra es como él la llamaba esas noches, cuando la habitación estaba a oscuras y ambos permanecían ciegos a todo excepto a los olores y las texturas y el uno al otro.

Alondra.

—¿Sabe?, creo que voy a pasar de esa copa —dice Henry—. Tengo cosas que hacer en casa; pero consideraré su oferta, y lo digo en serio.

—Ajajá —dice Penniman, y Henry se da cuenta por cierta mínima alteración en el aire de que el hombre está moviendo un dedo bajo la nariz. Henry se pregunta cómo reaccionaría Penniman si de repente él bajara la cabeza y mordiera ese dedo a la altura de la segunda articulación. Si Henry le mostrara algo de la hospitalidad de Coulee Country en el mejor estilo Pescador. ¿Gritaría muy fuerte Penniman? ¿Tan fuerte como Little Richard justo antes de la parte instrumental de *Tutti Frutti,* quizá? ¿O no tan fuerte?

—No puede irse hasta que yo esté dispuesto a llevarle —dice el señor Gordo-pero-no-me-importa—. Soy su chófer, ya sabe. —Va por el cuarto gimlet y empieza a arrastrar las palabras. *Amigo mío*, se dice Henry, *me metería un hurón en el culo antes que subir a un coche contigo al volante.*

—En realidad, sí puedo —dice Henry con amabilidad. Nick Avery, el camarero, está teniendo una gran tarde: el gordo le ha dado cinco pavos para que cambiara el canal de la tele, y el ciego le ha dado cinco más para que llamara a Taxis Skeeter mientras el gordo estaba en el baño haciendo un poco de sitio.

—¿Eh?

—He dicho que en realidad sí puedo. ¡Camarero!

—Lo tiene ahí fuera, señor —le informa Avery—. Ha llegado hace un par de minutos.

Se oye un fuerte chirrido cuando Penniman se vuelve en el taburete. Henry no ve que el hombre ha fruncido el entrecejo al percatarse de la presencia del taxi que aguarda en la rotonda del hotel, pero puede sentirlo.

—Escúcheme, Henry —dice Penniman—. Creo que tiene que comprender su situación actual. Hay estrellas en el firmamento de la radio de deportes, joder, ya lo creo que las hay, gente como Sports Babe *el Fabuloso* y Tony Kornheiser que ganan sueldos de seis cifras al año solo en honorarios de retransmisión, y lo hacen *fácilmente,* pero usted todavía no está ahí. Ahora mismo tiene cerrada esa puerta; pero yo, amigo mío, soy un portero cojonudo. El resultado es que si digo que tenemos que tomarnos otra copa, pues…

—Camarero —lo interrumpe Henry con calma, y acto seguido sacude la cabeza—. No puedo llamarle camarero; a lo mejor a Humphrey Bogart le funciona, pero a mí no. ¿Cómo se llama?

—Nick Avery, señor. —La última palabra le sale automáticamente, pero Avery nunca la habría utilizado al hablar con el otro, ni en un millón de años. Ambos le han dado una propina de cinco dólares, pero el que lleva las gafas oscuras es el caballero. Da igual que sea ciego, es solo algo que *tiene.*

—Nick, ¿quién más hay en el bar?

Avery echa un vistazo alrededor. En uno de los reservados, dos hombres están tomando cerveza. En el vestíbulo, hay un botones al teléfono. En la barra no hay nadie excepto esos dos tipos; uno delgado, de buen aspecto y ciego, y el otro gordo, sudoroso y que empieza a estar cabreado.

—Nadie, señor.

—¿No hay ninguna… dama? —*Alondra,* ha estado a punto de decir. *¿No hay una alondra?*

—No.

—Escuche —interviene Penniman, y Henry no cree haber oído a nadie tan opuesto a «Little Richard» en toda su vida. Ese tipo es más blanco que Moby Dick… y seguramente es del mismo tamaño.

—Tenemos mucho más de qué hablar. —*Musho más deguehablad,* así es como le sale—. *A no ser gue* esté tratando de hacerme saber que no está interesado. —*Ni en un millón de años,* dice la voz de Penniman al oído educado de Henry Leyden. *Estamos hablando de poner una máquina de dinero en tu salón, cariño, tu cajero automático particular, y de ninguna manera vas a*

rechazar una cosa así.

—¿Nick, no huele un perfume, uno muy ligero y anticuado? ¿Mi Pecado, quizá?

Una mano fofa se posa en el hombro de Henry como una bolsa de agua caliente.

—El pecado, colega, sería que *rechazara* usted tomarse otra copa conmigo. Hasta un ciego vería que…

—Le sugiero que le quite la mano de encima —interviene Avery, y es posible que los oídos de Penniman no estén *del todo* sordos a los matices, porque la mano se aparta inmediatamente del hombro de Henry.

Entonces aparece otra mano en su lugar, más arriba. Toca la nuca de Henry en una caricia fría que se desvanece casi al instante. Henry contiene el aliento. El olor a perfume viene con la caricia. Normalmente las esencias desaparecen tras un período de exposición, a medida que los receptores que las han captado temporalmente se van insensibilizando. Pero esta vez no. Este olor no.

—¿No hay perfume? —casi ruega Henry. El contacto de la mano de ella en su nuca puede considerarlo una alucinación táctil. Pero la nariz nunca le traiciona.

O nunca hasta ahora, por lo menos.

—Lo siento —responde Avery—. Huelo a cerveza, a cacahuetes, a la ginebra de este hombre y su loción para después del afeitado…

Henry asiente con la cabeza. Las luces de la barra del bar se deslizan por los cristales oscuros de sus gafas cuando se levanta con agilidad del taburete.

—Creo que quiere otra copa, amigo mío —insiste Penniman con lo que sin duda cree un tono amenazador y educado a la vez—. Una copa más, solo para celebrarlo, y luego le llevo a casa en mi Lexus.

Henry huele el perfume de su mujer. Está seguro de ello. Y le ha parecido sentir el tacto de la mano de su mujer en la nuca. Aun así, de repente está pensando en el delgaducho y menudo Morris Rosen; Morris, que quería hacerle escuchar la versión de Dirtysperm de *Adonde fue nuestro amor.* Y, por supuesto, que Henry lo emitiera en su personalidad de la Rata de Wisconsin. Morris Rosen, que tiene más integridad en uno de sus deditos de uñas mordidas de la que ese tipo tiene en todo el cuerpo.

Posa una mano en el antebrazo de Penniman. Le sonríe al rostro que no ve, y

siente relajarse los músculos bajo la palma de su mano. Penniman ha decidido que va a salirse con la suya. Otra vez.

—Tómese usted mi copa —le dice Henry en tono agradable—; añádala a *su* copa, y entonces métaselas las dos por su culo gordo y granujiento. Si necesita algo para aguantarlas en su sitio, puede meterse su trabajo justo detrás.

Henry se vuelve y camina con paso enérgico hacia la puerta, orientándose con su impecable precisión habitual y tendiendo una mano ante sí como medida previsora. Nick Avery aplaude espontáneamente, pero Henry apenas lo oye y a Penniman ya se lo ha quitado de la cabeza. Lo que le preocupa es el olor del perfume Mi Pecado. Se desvanece un poco al salir al calor de la tarde… pero ¿no es un suspiro apasionado lo que oye ahora detrás de la oreja izquierda? ¿No se trata de la clase de suspiro que exhalaba su mujer justo antes de dormirse después de hacer el amor? ¿Su Rhoda? ¿Su Alondra?

—¡Eh, taxi! —llama desde el bordillo, bajo la marquesina.

—Estoy aquí mismo, amigo… ¿qué pasa, está ciego?

—Como un topo —confirma Henry, y camina hacia el lugar de donde procede la voz. Se irá a casa, pondrá los pies en alto, se tomará un té y entonces escuchará la maldita cinta de la llamada al 911. Esa tarea aún por cumplir, ese saber que tiene que sentarse en la oscuridad para escuchar la voz de un caníbal asesino de niños debe de ser la causa de la piel de gallina y los escalofríos. Seguro que es eso, porque no hay razón para temer a su Alondra, ¿no? Si ella volviera —si volviera por él— lo haría por amor.

¿No?

Sí, piensa, y se deja caer en el sofocante asiento trasero del taxi.

—¿Adonde, amigo?

—A la carretera del valle de Norway —contesta Henry—. Es una casa blanca con moldura azul, algo alejada de la calzada. La verá poco después de cruzar el arroyo.

Henry se apoya contra el respaldo y vuelve el rostro preocupado hacia la ventana abierta. Hoy French Landing le parece extraña, *tensa,* como si algo se hubiera ido deslizando y ahora estuviera al límite, a punto de caerse de la mesa y hacerse añicos contra el suelo.

Digamos que ella ha *vuelto realmente. Digamos que lo ha hecho. Si es que ha vuelto por amor, ¿cuál es la causa de que el olor de su perfume me incomode*

tanto? ¿Por qué me parece casi repugnante? ¿Y por qué su tacto (*su tacto* imaginado, se dice,) *ha sido tan desagradable? ¿Por qué era tan frío?*

Tras la luz deslumbradora del día, la sala de la casucha de Beezer está tan oscura que al principio Jack no ve nada. Entonces, cuando sus ojos se adaptan un poco, comprueba la razón: hay mantas —dos capas, parece— colgadas para tapar ambas ventanas, y la puerta que comunica con la otra habitación de la planta baja, seguramente la cocina, está cerrada.

—No soporta la luz —explica Beezer. Habla en voz baja para que no llegue al otro extremo de la sala, donde la forma de un hombre descansa en un sofá. Hay otro hombre de rodillas junto a él.

—Quizá el perro que lo ha mordido estaba rabioso —dice Jack, pero no se lo cree.

Beezer sacude la cabeza con decisión.

—No es una reacción fóbica. Doc afirma que es psicológica. Cuando la luz cae sobre él, la piel se le empieza a fundir. ¿Has oído hablar de algo semejante?

—No. —Jack tampoco ha olido nunca nada parecido al hedor de esa habitación. Se oye el zumbido no de uno sino de dos ventiladores de sobremesa, y siente la corriente de aire, pero ese mal olor es demasiado pegajoso para moverse. Se percibe el olor a carne podrida, a gangrena en una carne desgarrada, pero Jack sí ha olido eso antes. Es el otro olor el que le molesta, ese que parece una mezcla de sangre, flores de funeral y heces. Jack tiene arcadas, no puede evitarlo, y Beezer lo mira con cierta compasión impaciente.

—Huele mal, sí, lo sé; pero es como con la jaula de los monos en el zoo, tío: al cabo de un rato te acostumbras.

La puerta de vaivén que lleva a la otra habitación se abre, y una mujer menuda y delgada de cabello rubio hasta los hombros se acerca. Lleva un cuenco. Cuando la luz incide en la figura tendida en el sofá, Mouse grita. Es un sonido horriblemente denso, como si los pulmones del hombre hubieran empezado a licuarse. Algo —quizá vapor o *quizá,* humo— empieza a emanar de la piel de su frente.

—Aguanta, Mouse —dice el hombre que está de rodillas. Es Doc. Antes de que la puerta de la cocina vuelva a cerrarse del todo, Jack lee lo que está pegado en su maltrecho maletín negro. En algún lugar de América quizá haya otro médico que en un costado del maletín lleve un adhesivo enorme con la leyenda

LAS REGLAS DE STEPPENWOLF, pero en Wisconsin probablemente no.

La mujer se arrodilla junto a Doc, que coge un trapo del cuenco, lo escurre y lo aplica sobre la frente de Mouse, que emite un gruñido débil al tiempo que todo su cuerpo se estremece. Le cae agua por las mejillas hacia la barba, la cual tiene el aspecto de que se le estuviera despegando a mechones.

Jack da un paso adelante, diciéndose a sí mismo que se acostumbrará al olor, seguro que sí. Tal vez hasta sea cierto. Entretanto desearía tener un poco del Vicks VapoRub que la mayoría de detectives de la policía de Los Ángeles lleva por sistema en la guantera. Ahora mismo, unos toques en ambas fosas nasales serían muy bienvenidos.

Hay una cadena de música (destartalada) y un par de altavoces en los rincones de la habitación (enorme), pero no ve ningún televisor. Cada una de las paredes que no tiene puerta o ventana están cubiertas de cajones de embalar apilados y llenas de libros, lo que hace el espacio aún más pequeño de lo que es, casi como una cripta. Jack tiene una sensación de claustrofobia, ese circuito que lleva dentro empieza a calentarse, lo que hace que aumente su incomodidad. La mayor parte de los libros parecen ser de religión y filosofía; ve a Descartes, C. S. Lewis, el Bhagavad-Gita, los *Principios de la existencia* de Steven Avery, pero también hay mucha ficción, libros sobre la elaboración de la cerveza y (sobre uno de los altavoces gigantes) el mamotreto de Albert Goldman acerca de Elvis Presley. Sobre el otro altavoz hay una fotografía de una niña pequeña con una sonrisa espléndida, pecas y un montón de pelo rubio rojizo. Ver a la niña que dibujó el tejo en el porche hace que Jack Sawyer se sienta enfermo de rabia y dolor. Quizá hay seres y causas de otro mundo, pero también hay un viejo cabrón enfermo merodeando por ahí al que hay que detener. Le convendría recordar eso.

La Osa le hace un hueco delante del sofá, desplazándose con gracia a pesar de estar de rodillas y con el cuenco en la mano. Jack observa que en el interior hay dos trapos mojados más y un montón de cubitos de hielo, cuya visión le provoca aún más sed. Coge uno y se lo mete en la boca. Entonces mira a Mouse.

Está tapado hasta el cuello con una manta a cuadros. La frente y los pómulos —las zonas que no cubre su barba descompuesta— se ven pálidos. Tiene los ojos cerrados. Los labios están separados y muestran unos dientes de una blancura sorprendente.

—¿Está…? —dice Jack, y entonces Mouse abre los ojos. Sea lo que sea lo

que Jack iba a decir, se le va de la cabeza completamente. Alrededor de los iris de color avellana, los ojos de Mouse tienen un tono escarlata cambiante. Es como si el hombre estuviera mirando una puesta de sol terriblemente radiactiva. De la comisura interior de los ojos le mana una especie de porquería negra.

—El *Libro de la transformación filosófica* trata sobre la dialéctica más actual —dice Mouse, hablando con suavidad y lucidez—, tema sobre el que también habla Maquiavelo.

Jack casi puede imaginárselo en una sala de conferencias. Es decir, hasta que empiezan a castañetearle los dientes.

—Mouse, soy Jack Sawyer. —No hay señal alguna de reconocimiento en esos ojos rojos y avellana. La porquería negra que emana de ellos se mueve como si fuera algo sensible. Como si le escuchara.

—Es Hollywood —murmura Beezer—. El poli. ¿Te acuerdas?

Una de las manos de Mouse descansa sobre la manta a cuadros. Jack la coge y reprime un grito de sorpresa cuando se cierra sobre la suya con una fuerza sorprendente. También está caliente. Tan caliente como un bizcocho al salir del horno. Mouse exhala un suspiro largo y sonoro, y el olor que despide es fétido, a carne descompuesta, a flores marchitas. *Está pudriéndose,* piensa Jack. *Pudriéndose de dentro hacia fuera. Oh Dios, ayúdame con esto.*

Quizá Dios no lo ayude, pero a lo mejor sí lo hace la evocación de Sophie. Jack intenta recordar sus ojos, esa mirada suya clara y azul, encantadora y sincera.

—Escucha —dice Mouse.

—Te escucho.

Mouse parece recomponerse. Debajo de la manta, su cuerpo tiembla con tanta violencia que Jack teme que se halle al borde de un ataque. En algún lugar hay un reloj haciendo tictac. En algún lugar ladra un perro. Un barco silba en el Misisipí. Aparte de esos sonidos, todo permanece en silencio. Jack solo recuerda otro momento en su vida en que el mundo pareciera detenerse, y fue cuando estaba en un hospital de Beverly Hills esperando a que diera fin la larga agonía de su madre. En algún lugar Ty Marshall está esperando a que le rescaten. O al menos confía en que le rescaten. En algún lugar hay Transgresores trabajando duro, intentando destrozar el eje sobre el que rueda toda la existencia. Aquí solo hay esa habitación eterna con sus ventiladores débiles y sus vapores nocivos.

Los ojos de Mouse se cierran y vuelven a abrirse. Se quedan fijos en el recién llegado, y de repente Jack está seguro de que va a serle confiada alguna gran verdad. El cubito de hielo ha desaparecido de su boca; Jack supone que lo ha mordido y se lo ha tragado sin darse cuenta siquiera, pero no se atreve a coger otro.

—Adelante, amigo —dice Doc—. Sácalo todo y te meteré otro chute monumental. Uno de los buenos. A lo mejor consigo que duermas.

Mouse no presta atención. Fija sus ojos mutantes en Jack al tiempo que aumenta la presión sobre su mano. Jack casi nota cómo se le juntan los huesos de los dedos.

—No… salgas a comprar material de primera —dice Mouse, y exhala otra bocanada de aliento terriblemente envenenado de sus pulmones podridos.

—¿No…?

—La mayoría de gente deja de fabricar cerveza después de… un año o dos. Incluso los más devotos… aficionados. Hacer cerveza no es para… no es para cagados.

Jack mira alrededor y ve a Beezer, que le devuelve una mirada impasible.

—Viene y se va. Ten paciencia. Espera.

Mouse agarra aún más fuerte la mano de Jack, y entonces la suelta justo en el momento en que este cree que no aguanta más.

—Consigue un recipiente grande —le advierte Mouse. Los ojos le sobresalen de las órbitas. Las sombras rojizas vienen y desaparecen, vienen y desaparecen, cruzando el paisaje curvo de sus córneas, y Jack piensa *Eso es* su *sombra. La sombra del Rey Colorado. Mouse ya tiene un pie en su corte*—. Quince litros… como mínimo. Encontrarás los mejores en… tiendas de marisco. Y para el recipiente de fermentación… los envases de plástico de las fuentes de agua están bien… son más ligeros que el cristal y… *Estoy ardiendo. ¡Dios, Beez, estoy ardiendo!*

—A la mierda, voy a pegarle el chute —dice Doc, y abre la maleta.

Beezer le coge del brazo.

—Todavía no —dice.

Unas lágrimas sanguinolentas empiezan a deslizarse de los ojos de Mouse. La porquería negra va formando pequeños zarcillos que descienden con avaricia como si buscaran la humedad para bebérsela.

—Tapón y cierre de fermentación —murmura Mouse—. Thomas Merton es una mierda, nunca dejes que nadie te diga lo contrario. No hay nada de verdad en eso. Tienes que dejar escapar los gases y mantener el polvo alejado. Jerry García no era Dios. Kurt Cobam no era Dios. El perfume que huele no es el de su esposa muerta. El rey se ha fijado en él. *Gorg-ten-abbalah, eelee-lee.* El opopónaco ha muerto, larga vida al opopónaco.

Jack se acerca más al olor de Mouse.

—¿Quién huele perfume? ¿En quién se ha fijado el rey?

—El rey loco, el rey malo, el rey triste. Aclamemos todos al rey.

—Mouse, ¿en *quién* se ha fijado el rey?

—Pensaba que querías saber si… —interviene Doc.

—¿En *quién*? —Por algún motivo que no atina a entender, Jack cree que aquello tiene importancia. ¿Es algo que alguien le ha dicho recientemente? ¿Era Dale? ¿Tansy? ¿Era, Dios nos libre, Wendell Green?

—Un agitador y una manguera —dice Mouse en tono confidencial—. ¡Eso es lo que necesitas cuando la fermentación está lista! ¡Y no puedes meter la cerveza en botellas de tapón de rosca! ¡Tienes que…!

Mouse gira la cabeza, la coloca cómodamente en el hueco del hombro, abre la boca y vomita. La Osa grita. El vómito es pus amarillo y con motas negras que se mueven, iguales a la porquería que tenía en los ojos. Ha vomitado algo vivo.

Beezer se apresura a salir de la habitación, sin llegar a correr, y Jack protege a Mouse de la luz del sol procedente de la cocina lo mejor que puede. La mano que agarra la de Jack se afloja un poco más.

Jack se vuelve hacia Doc.

—¿Crees que se nos va?

Doc niega con la cabeza.

—Se ha desmayado otra vez. El pobre viejo Mousie no va a salir de esta tan fácilmente. —Le dirige a Jack una mirada sombría, angustiada—. Será mejor que esto valga la pena, señor policía. Porque si no, te voy a hacer desagües nuevos.

Beezer, que se ha puesto un par de guantes verdes de cocina, regresa con un montón de trapos. Sin hablar, enjuga el charco de vómito entre el hombro de Mouse y el respaldo del sofá. Las motas negras han dejado de moverse, y eso es bueno. No haberlas visto siquiera habría sido aún mejor. Jack se percata,

atribulado, de que el vómito se ha comido la tapicería del sofá igual que un ácido.

—Voy a quitarle la manta durante un par de segundos —anuncia Doc, y la Osa se levanta de inmediato, todavía con el cuenco con el hielo fundido. Se dirige a una de las estanterías y se queda ahí, dándoles la espalda, temblando.

—Doc, ¿crees necesario que vea eso?

—Tal vez lo sea. No creo que sepas a qué te enfrentas, ni siguiera ahora. —Doc coge la manta para liberarla de debajo de la mano floja de Mouse. Jack advierte que bajo las uñas del hombre moribundo ha empezado a salir esa cosa negra—. Recuerda que esto ha pasado hace tan solo un par de horas, señor policía.

Quita la manta. De espaldas a ellos y frente a las grandes obras de la filosofía occidental, Susan *la Osa* Osgood se echa a llorar en silencio. Jack intenta reprimir un grito, pero no puede.

Henry paga al taxista, entra en su casa e inspira una bocanada profunda y tranquilizadora del aire acondicionado. Hay un suave aroma, dulzón, y se dice que son las flores frescas, una de las especialidades de la señora Morlón. Sabe que es más que eso, pero ahora no quiere ocuparse más de fantasmas. En realidad se encuentra mejor, y supone que conoce el motivo: haberle dicho al tipo del canal de deportes que cogiera su trabajo y se lo metiera por donde le cupiese. Nada mejor para completar su día, sobretodo para alguien que tiene un trabajo bien remunerado, con dos tarjetas de crédito a las que todavía les queda mucho crédito y una jarra de té helado en la nevera.

Henry se dirige a la cocina, cruzando el vestíbulo con una mano extendida ante sí, tanteando en busca de obstáculos cosas fuera de lugar. No se oye nada más que el murmullo del aire acondicionado, el zumbido de la nevera, el taconeo de sus zapatos en el suelo de madera noble…

… y un suspiro.

Un suspiro apasionado.

Henry se queda quieto por un instante, al cabo del cual se da la vuelta con cautela sobre sus talones. ¿Es el aroma dulzón un poco más fuerte, en especial cuando uno se vuelve, en dirección a la sala de estar y la puerta principal? Cree

que sí. Y no son flores; no tiene sentido engañarse a sí mismo con eso. Como siempre, su nariz lo sabe. Ese es el perfume de Mi Pecado.

—¿Rhoda? —llama, y añade, en voz más baja—: ¿Alondra?

No hay respuesta. Claro que no. Se le ha puesto piel de gallina, eso es todo; uno de esos estremecimientos mundialmente conocidos, ¿por qué no?

—Porque soy el Jeque, nena —dice Henry—. Soy el Jeque, el Jaque.

Nada de olores. Nada de suspiros. Y aún así le obsesiona la idea de que su mujer está de vuelta en la sala de estar, allí de pie en su perfumada mortaja, observándole en silencio pasar a ciegas por delante de ella. Su alondra, que ha vuelto del cementerio de Noggin Mound para hacerle una pequeña visita. Quizá para escuchar el último disco de Slobberbone.

—Déjalo —se dice con suavidad—. Déjalo ya, imbécil.

Entra en la cocina, grande y bien organizada. Al trasponer el umbral oprime un botón en el panel sin pensar en ello. La voz de la señora Morton le llega a través del altavoz en lo alto, de tan buena calidad que casi parece que la mujer esté en la habitación.

«Jack Sawyer ha pasado a verle, y ha dejado otra cinta que quiere que usted escuche. Ha dicho que era…, ya sabe, ese hombre. Ese hombre malo.»

—Hombre malo, de acuerdo —murmura Henry al tiempo que abre la nevera y se deleita con la bocanada de aire fresco. Su mano se dirige infalible hacia una de las latas de cerveza Kinsgland colocadas en la puerta. Al cuerno con el té helado.

«Ambas cintas están en el estudio, junto a la mesa de sonido. Jack quería además que usted le llamara al móvil. —La voz de la señora Morton adopta un leve tono de sermón—: Si habla con él, espero que le diga que tenga cuidado. Y tenga cuidado usted, también. —Una pausa—. *Y por cierto,* que no se le pase por alto la cena. Está a punto. Segundo estante de la nevera, a la izquierda.» —Bla, bla, bla —se burla Henry, pero sonríe mientras abre la cerveza. Se acerca al teléfono y marca el número de Jack.

En el asiento de la Dodge Ram aparcada frente al número 1 de las Casas de los Clavos, el móvil de Jack resucita. Esta vez no hay nadie en la cabina a quien pueda irritar ese pitido tenue pero penetrante.

«El abonado al que está llamando no contesta. Por favor, vuelva a llamar más tarde.»

Henry cuelga, vuelve al umbral y pulsa otro botón del panel. Las voces que informan de la hora y la temperatura son todas versiones de la suya, pero ha puesto un programa aleatorio, de modo que nunca sabe cuál de las voces va a oír. Esta vez es la Rata de Wisconsin, gritando como un loco en el silencio soleado del aire condicionado de esa casa, que nunca ha parecido tan alejada del pueblo como hoy.

«¡Son las cuatro y veintidós de la tarde! ¡La temperatura exterior es de veintiocho grados! ¡La temperatura interior es de veinte! ¿Qué demonios te importa? ¿Qué demonios le importa a *nadie*? ¡Mastícalo, cómetelo y trágatelo… *todo*…!»

… va a parar al mismo sitio. Bien. Henry pulsa el botón de nuevo para silenciar el grito característico de la Rata. ¿Cómo se ha hecho tarde tan deprisa? Dios mío, ¿no era mediodía? Y ya puestos, ¿no era él joven hace nada, con veinte años y tan lleno de leche que prácticamente le salía por las orejas? ¿Qué…?

De nuevo se oye ese suspiro, que le hace perder el hilo de sus burlas de su propia persona. ¿Un suspiro? ¿De verdad? Más bien parece el compresor del aire acondicionado al apagarse. O por lo menos puede decirse que se trata de eso.

Puede decirse eso si quiere.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta Henry. En su voz se percibe un temblor que detesta, un temblor de viejo paralizado—. ¿Hay alguien en casa conmigo?

Durante un segundo terrible casi teme que algo le conteste. Nada lo hace —*por supuesto* que nada contesta— y apura media lata de cerveza en tres largos tragos. Decide que irá de nuevo a la sala de estar a leer un poco. A lo mejor Jack le llama. A lo mejor se controlará un poco más cuando tenga un poco de alcohol fresco en el cuerpo.

Y a lo mejor el mundo se acabará en los próximos cinco minutos, piensa. *De esa forma nunca tendrás que vértelas con la voz de esas cintas malditas que te esperan en el estudio. Esas malditas cintas que están ahí encima de la mesa de sonido como bombas por explotar.*

Henry recorre lentamente el pasillo de regreso a la sala de estar, con una

mano extendida ante sí y diciéndose que no está asustado, que no le asusta en lo más mínimo tocar la cara de su esposa muerta.

Jack Sawyer ha visto mucho, ha viajado a lugares donde no se pueden alquilar coches de Avis y donde el agua sabe a vino, pero nunca se ha encontrado con nada parecido a la pierna de Mouse Baumann. O mejor dicho, con el espectáculo de horror apocalíptico y pestilente que antes *fuera* la pierna de Mouse Baumann. El primer impulso de Jack cuando consigue recuperar el control sobre sí es reprender a Doc por haberle quitado los pantalones a Mouse. Jack no deja de pensar en salchichas, y en cómo su revestimiento las obliga a mantener la forma incluso después de que la sartén esté ardiendo en un quemador al rojo vivo. Se trata, sin duda, de una comparación estúpida, *primo stupido*, pero la mente humana sometida a presión suele hacer cosas bien raras.

Todavía se adivina la *forma* de una pierna (más o menos), pero la carne se ha separado del hueso. La piel casi ha desaparecido del todo para fundirse en una sustancia líquida que parece una mezcla de leche y grasa de beicon. La maraña entretejida de músculo debajo de lo que queda de la piel es un mero colgajo y sufre la misma metamorfosis cataclísmica. La pierna infectada está llevando a cabo una especie de movimiento indisciplinado en que lo sólido se vuelve líquido y lo líquido chisporrotea implacable hacia el sofá en que yace Mouse. Junto al hedor casi insoportable a putrefacción, Jack percibe el olor a tejido quemado y a tela que se deshace.

Al final de ese revoltijo desparramado con la forma vaga de una pierna, el pie se ve sorprendentemente ileso. *Si quisiera, podría arrancarlo… como un racimo de uva.* Semejante idea irrumpe en su mente de una forma en que no ha logrado hacerlo la visión de la pierna gravemente herida, y por unos instantes Jack no puede sino bajar la cabeza, hacer arcadas y tratar de no vomitar en la pechera de su camisa.

Lo que quizá le salva es una mano en la espalda. Es Beezer, que le ofrece el consuelo de que es capaz. El color encendido de su rostro ha desaparecido por completo. Parece un motociclista volviendo de la tumba en un mito urbano.

—¿Lo ves? —dice Doc, y su voz parece proceder de muy lejos—. Esto no es la varicela, amigo mío, aunque lo parecía un poco cuando todavía estaba

empezando. Ahora ya tiene granos rojos en la pierna izquierda… la barriga… los testículos. Este es más o menos el aspecto que presentaba la piel alrededor de la mordedura cuando lo hemos traído hasta aquí, tan solo algo de rojez e hinchazón. He pensado: «Hostia, esto no es nada, tengo Zitromax suficiente para acabar con esto antes del anochecer». Bueno, pues ya ves de qué ha servido el Zitromax. Ya ves de qué ha servido *cualquier cosa.* Se está comiendo el tejido del sofá, y supongo que cuando acabe con el sofá, irá directamente hacia el suelo. Esta mierda está *hambrienta.* Así que ¿valía la pena, Hollywood? Supongo que solo tú y Mouse conocéis la respuesta.

—Todavía sabe dónde está la casa —interviene Beezer—. Yo no tengo ni idea, a pesar de que *acabamos* de venir de allí. Tú tampoco. ¿Verdad?

Doc niega con la cabeza.

—Pero lo que es Mouse —añade Beezer—, *él* sí lo sabe.

—Susie, cariño —le dice Doc a la Osa—. Trae otra manta, ¿quieres? Esta está hecha un asco.

La Osa accede encantada. Jack se pone en pie. Siente las pier nas de goma, pero le sostienen.

—Protégele —le dice a Doc—. Voy a la cocina. Si no bebo algo me muero.

Jack toma agua directamente del grifo, traga hasta que siento un pinchazo en medio de la frente y eructa como un caballo. Entonces simplemente se queda ahí, mirando el jardín trasero de Beezer y la Osa. Hay un pequeño y pulcro columpio plantado en la maleza desolada. A Jack le duele mirarlo, pero lo mira de todos modos. Después de la locura de la pierna de Mouse, le parece importante recordarse que está aquí por un motivo. Si recordárselo duele, pues mucho mejor.

El sol, que ahora se torna dorado en su descenso hacia el Misisipí, lo ciega. Al fin y al cabo, no parece que el tiempo se haya detenido. O al menos no parece que lo haya hecho fuera de esa casita. En el exterior del número 1 de las Casas de los Clavos, el tiempo parece en realidad haberse acelerado. A Jack le obsesiona la idea de que acudir ahí ha sido tan inútil como detenerse en casa de Henry; le atormenta la posibilidad de que el señor Munshun y su jefe, el abbalah, le estén haciendo dar vueltas como un juguete de cuerda con la llave en la

espalda mientras ellos siguen con lo suyo. Puede seguir ese zumbido en su cabeza hasta llegar a la Casa Negra, así pues, ¿por qué diablos no se sube de nuevo a la camioneta y lo *hace*?

El perfume que huele no es el de su esposa muerta.

¿Qué significa eso? ¿Por qué la idea de que alguien huela un perfume le asusta tanto y le pone tan frenético?

Beezer llama a la puerta de la cocina, y Jack da un salto. Su mirada se detiene en el bordado que cuelga sobre la mesa de la cocina. En lugar de DIOS BENDIGA ESTÁ CASA, reza TRUENO HEAVY METAL. Con una Harley-Davidson primorosamente bordada debajo.

—Vuelve, tío —dice Beezer—. Se ha vuelto a despertar.

Henry está en un camino en el bosque —o quizá un sendero— y tiene algo detrás. Cada vez que se vuelve para mirar —en el sueño puede ver, pero ver no supone ninguna bendición— es más consciente de ello. Parece un hombre en pijama, pero se le ve espantosamente alargado, y tiene unos dientes puntiagudos que le sobresalen del labio inferior, rojo y sonriente. Y por lo visto —¿es eso posible?— solo tiene un ojo.

La primera vez que Henry mira hacia atrás, la forma es solo un borrón lechoso entre los árboles. En la siguiente ocasión consigue distinguir la forma oscura e inquietante de su abrigo y una mancha roja flotando, que podría ser una corbata o un lazo. Más allá está la guarida de esa cosa, un agujero apestoso que solo por casualidad semeja una casa. Su presencia retumba en la cabeza de Henry. En lugar de oler a pino, el bosque que se cierra a los lados huele a un perfume fuerte y empalagoso: Mi Pecado.

Me está llevando, piensa con angustia. *Sea lo que sea lo que haya ahí detrás, me está llevando como a un cordero al matadero.*

Piensa en acortar el camino a la izquierda o a la derecha, o utilizar el milagro de su renovada visión para escapar a través del bosque, pero allí también hay cosas, formas oscuras y flotantes como bufandas mugrientas. Casi puede ver la más cercana. Es una especie de perro gigantesco con una lengua larga tan roja como la corbata de la aparición y con ojos abultados.

No *puedo dejar que me lleve a la casa,* piensa. *Tengo que salir de esto antes*

de que me lleve allí… pero ¿cómo? ¿Cómo?

Se le revela con una simplicidad asombrosa. Lo único que tiene que hacer es despertar. Porque eso es un sueño. Tan solo un…

—¡Es un sueño! —exclama Henry, y se incorpora, sobresaltado. No está caminando. Está sentado, *sentado* en su propia butaca, y muy pronto va a tener la entrepierna mojada, porque se ha dormido con una lata de cerveza Kingsland apoyada en ella, y…

Sin embargo, no la derrama, porque no hay ninguna lata de cerveza. Tantea con cuidado hacia su derecha y sí, ahí esta, en la mesa con el libro, una edición en braille de *Reflejos en un ojo dorado.* Debe de haberla dejado ahí antes de quedarse dormido y tener esa horrible pesadilla.

Solo que Henry está casi seguro de no haberlo hecho. Sostenía el libro y la cerveza estaba entre sus piernas, lo que le dejaba las manos libres para tocar los pequeños puntos en relieve que narran la historia. Algo ha cogido tanto el libro como la lata con mucha consideración después de que él se durmiera, y los ha dejado sobre la mesa. Algo que huele a perfume Mi Pecado.

El aire *apesta* a eso.

Henry respira profunda y lentamente con las fosas nasales muy dilatadas y la boca cerrada con firmeza.

—No —dice, con voz muy clara—. Huelo a flores…, y a detergente para alfombras…, y a la cebolla frita de anoche. Muy leve pero el olor sigue ahí. Mi nariz lo sabe.

Todo eso es cierto. Pero el olor *ha* estado ahí. Ahora ya no está, porque *ella* se ha ido, pero volverá. Y de pronto quiere que ella vuelva. Si está asustado, seguro que es lo desconocido lo que le asusta, ¿verdad? Solo eso y nada más. No quiero estar ahí solo, sin más compañía que el recuerdo de ese sueño rancio.

Y las cintas.

Tiene que escuchar las cintas. Se lo prometió a Jack.

Henry se levanta tembloroso y se dirige al panel de control de la sala de estar. Esta vez le saluda la voz de Henry Shake, un tipo apacible donde los haya.

«¡Hola a todos, gatos saltarines y gatitas contoneantes, son las siete y catorce de la tarde, según mi reloj Bulova. Fuera la temperatura es fresquita, de unos veinticinco grados, y aquí en este salón de ensueño de veinte agradables grados. Así que ¿por qué no sacáis vuestro dinero, cogéis a vuestra chica y hacéis un

poco de magia?»

¡Las siete y catorce! ¿Cuándo fue la última vez que se quedó dormido casi tres horas durante el día? Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que tuvo un sueño en el que veía? La respuesta a esa segunda pregunta, por lo que recuerda, es «nunca».

¿Dónde estaba ese sendero?

¿Qué era lo que tenía detrás?

Y ya puestos, ¿qué sitio era ese que tenía delante?

—No importa —le dice Henry a la habitación vacía (si es que está vacía)—. Ha sido un sueño, eso es todo. Las cintas, por otro lado…

No quiere escucharlas, nunca en la vida ha tenido tan pocas ganas de escuchar algo (con la posible excepción de Chicago interpretando *Does anybody really know what time it is?*), pero tiene que hacerlo. Si con eso puede salvar la vida de Ty Marshall, o incluso la de otro niño, tiene que hacerlo.

Despacio, temiendo cada paso que da, Henry Leyden se dirige a ciegas al estudio, donde hay dos casetes esperándole sobre la mesa de sonido.

—En el cielo no hay cerveza —canturrea Mouse con voz monótona y apagada. Ahora tiene las mejillas cubiertas de feas manchas rojas, y la nariz parece hundírsele de lado en la cara, como un atolón tras un terremoto submarino.

»Por eso la tomamos aquí. Y cuando… no estemos… aquí… nuestros amigos se tomarán toda la cerveza.

Lleva horas así: datos filosóficos, instrucciones para el principiante entusiasta en la fabricación de cerveza, fragmentos de canciones. La luz que pasa a través de las mantas que cubren las ventanas ha disminuido considerablemente.

Hace una pausa, con los ojos cerrados. Y empieza otra vez con su cantinela.

—Cien botellas de cerveza en lo alto de la pared, cien botellas de cerveza… y si una botella cayera…

—Tengo que irme —anuncia Jack. Ha aguantado todo lo bien que ha podido, convencido de que Mouse iba a darle algo, pero no puede esperar más. En algún lugar, Ty Marshall le espera a *él*.

—Espera —pide Doc. Hurga en el maletín, extrae una aguja hipodérmica, la

levanta en la penumbra y golpea el tubo de cristal con la uña.

—¿Qué es eso?

Doc esboza una sonrisa breve y dura mirando a Jack y a Beezer.

—Marcha —dice, y se la inyecta a Mouse en el brazo.

Por unos instantes no ocurre nada. Entonces, cuando Jack abre la boca de nuevo para decirles que tiene que irse, Mouse abre los ojos de par en par. Ahora están completamente rojos, de un rojo brillante y sanguíneo; pero cuando miran en su dirección, Jack sabe que Mouse le ve. A lo mejor está viéndole por primera vez desde que ha llegado.

La Osa huye de la habitación, dejando tras de sí una simple frase que se va apagando:

—No puedo más no puedo más no puedo más no…

—Joder —suelta Mouse con voz ronca—. Joder, estoy jodido, ¿no?

Beezer palpa la coronilla de su amigo, brevemente pero con ternura.

—Sí, tío. Creo que sí. ¿Puedes ayudarnos?

—Me ha mordido una vez. Solo una vez, y ahora…, ahora… —Mouse vuelve hacia Doc su espantosa mirada roja—. Casi no te veo. Qué raros siento los ojos, joder.

—La estás palmando —dice Doc—. No voy a mentirte, tío.

—No, todavía no —responde Mouse—. Dame algo para escribir. Para dibujar un mapa. Deprisa. No sé con qué me has chutado, Doc, pero lo del perro es más fuerte. No voy a estar tranqui durante mucho tiempo. ¡Rápido!

Beezer tantea a los pies del sofá y se levanta con una edición barata de bolsillo. Vistos los tochos tan serios que hay en las estanterías, Jack casi se ríe (el libro es *Los siete hábitos de las personas super eficaces).* Beezer arranca la contraportada y se la da a Mouse, con la parte en blanco hacia arriba.

—Lápiz —exige con voz ronca Mouse—. Date prisa. Lo tengo todo, tío. Lo tengo… aquí arriba. —Se toca la frente. Un pedazo de piel del tamaño de una moneda de veinticinco centavos se desprende de ella al hacerlo. Mouse lo deja sobre la manta, como si fuera un moco seco.

Beezer saca un pedazo de lápiz roído de un bolsillo interior del chaleco. Mouse lo coge y hace un esfuerzo patético por sonreír. La porquería negra sigue manando de las comisuras de sus ojos y ahora le mancha las mejillas igual que mermelada podrida. Hay más saliendo de los poros de la frente en diminutos

puntos negros que a Jack le recuerdan los libros en braille de Henry. Cuando Mouse se muerde el labio inferior, concentrado, la carne se abre de inmediato. La sangre empieza a chorrear hacia la barba. Jack supone que el olor a carne podrida todavía sigue ahí, pero Beezer tenía razón: se ha acostumbrado a él.

Mouse vuelve la contraportada hacia un lado y dibuja rápidamente una serie de garabatos.

—Mira —le dice a Jack—. Esto es el Misisipí, ¿vale?

—Vale —responde Jack. Cuando se inclina, vuelve a percibir el olor. De cerca ni siquiera es un hedor, sino un miasma que trata de bajarle por la garganta. Pero Jack no se aparta. Sabe el esfuerzo que esto supone para Mouse. Lo mínimo que puede hacer es desempeñar su papel.

—Esto es el centro; el Nelson, Lucky's, el teatro Agincourt, el Taproom… Aquí es donde la calle Chase se convierte en Avenida Lyall, y después, en la Nacional 35… Aquí está Libertyville… la residencia de veteranos de guerra… Aperos Goltz… ¡*Agh, Dios*…!

Mouse empieza a retorcerse en el sofá. Las llagas de su cara y de la parte superior del cuerpo revientan y empiezan a supurar. Grita de dolor. Se lleva a la cara la mano que no sostiene el lápiz para golpeársela, pero sin éxito.

Entonces, algo habla en el interior de Jack; le habla con una voz brillante e imperiosa que recuerda de sus tiempos de viajero hace tantos años. Supone que es la voz del Talismán, o de lo que quede de él en su mente y en su alma.

No quiere que Mouse hable, está intentando matarle antes de que pueda hablar, está en esa cosa negra, quizá sea esa cosa negra, tienes que librarte de ella…

Hay cosas que solo pueden hacerse sin la interferencia serena de la mente; cuando se trata de una tarea sucia, a menudo el instinto es lo mejor. Así pues, sin pensar, Jack tiende la mano, coge entre los dedos la baba negra que mana de los ojos de Mouse, y tira de ella. Al principio la porquería se estira como si fuese de goma. Al mismo tiempo, Jack la siente retorcerse y contorsionarse en su mano, cual si intentara pellizcarle o morderle. Entonces se suelta con un sonido audible, como un *ding*. Jack arroja al suelo el tejido negro y convulso, soltando un grito.

La cosa negra intenta colarse por debajo del sofá, Jack se percata de ello aunque se esté limpiando las manos en la camisa, asqueado. Doc golpea con su maletín una parte de aquella materia repugnante. Beezer aplasta otra con el tacón

de su bota de motorista. El ruido que hace recuerda el de algo que se espachurra.

—¿Qué coño es esta mierda? —pregunta Doc. Su voz, normalmente ronca, se ha convertido en una voz de falsete—. ¿Qué coño…?

—No es nada de aquí —contesta Jack—. Y tranquilo. ¡Mírale! ¡Mira a Mouse!

La rojez de los ojos de Mouse ha remitido; ahora se le ve casi normal. Desde luego *les* está viendo, y parece que el dolor ha desaparecido.

—Gracias —dice tras un suspiro—. Desearía que pudierais llevárosla toda así, pero tío, creo que vuelve. Presta atención.

—Te escucho —dice Jack.

—Más te vale —contesta Mouse—. Crees saberlo. Crees que puedes encontrar de nuevo el sitio incluso si esos dos no pueden, y quizá tú sí puedas, pero a lo mejor no sabes tanto como… ah, *mierda.*

De algún lugar debajo de la manta les llega el sonido de algo que al ceder produce una explosión terrible. El sudor se desliza por el rostro de Mouse, mezclándose con el veneno negro que mana de sus poros, la barba se le humedece y adquiere un color gris sucio. Mouse clava su mirada en la de Jack, que ve reaparecer el color rojo en los ojos.

—Esto es una mierda —jadea Mouse—. Nunca pensé que me iría de esta manera. Mira, Hollywood… —El hombre agonizante dibuja un rectángulo en su improvisado mapa—. Esto…

—Bocados de Ed, donde encontramos a Irma —dice Jack—. Ya lo sé.

—De acuerdo —murmura Mouse—. Bien. Ahora mira… en el otro lado…, el lado de Schubert y Gale… y hacia el oeste…

—Dibuja una línea que va al norte desde la Nacional 35, a cuyos lados traza pequeños círculos. Jack supone que representan árboles. En el extremo de la línea, como una puerta, escribe: PROHIBIDO EL PASO.

—Sí —musita Doc—. Ahí es donde estaba, sí señor. La Casa Negra.

Mouse hace caso omiso. Su débil mirada está fija en Jack.

—Escúchame, poli —dice—. ¿Me escuchas?

—Sí.

—Dios santo, más te vale hacerlo —masculla Mouse.

Como siempre, el trabajo cautiva a Henry, le absorbe, se lo lleva. El aburrimiento y el dolor nunca han podido estar al nivel de esa antigua atracción que siente por el sonido del mundo visible. Al parecer, el miedo tampoco puede con ella. Lo verdaderamente duro no es escuchar las cintas sino reunir el valor para insertar la primera de ellas en la gran pletina TEAC. En ese instante de duda, está seguro de que huele el perfume de su mujer incluso en el entorno insonorizado del estudio en el que el aire entra tras ser filtrado. En ese instante de duda tiene la certeza de que no se halla solo, de que alguien (o *algo)* está justo al otro lado de la puerta del estudio, mirándole a través del cristal superior. Lo cual es, de hecho, la absoluta verdad. Nosotros, que poseemos el don de la vista, vemos lo que Henry no ve. Deseamos decirle lo que hay ahí fuera, cerrar con llave la puerta del estudio, por el amor de Dios, cerrarla ahora mismo, pero solo podemos mirar.

Henry busca el botón de PLAY en la pletina. Entonces su dedo cambia de dirección y pulsa el botón del intercomunicador.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí fuera?

La figura que se encuentra en la sala de estar de Henry, mirándole de la misma manera en que alguien contemplaría un pez exótico en un acuario, no hace el mínimo ruido. Lo que queda del sol está al otro lado de la casa y el salón se sume poco a poco en la penumbra. Henry es bastante olvidadizo, y con razón, a la hora de encender las luces. Las divertidas zapatillas negras y amarillas de Elmer Jesperson, que parecen sendas abejas (no es que resulten muy divertidas en estas circunstancias), son lo único que brilla ahí fuera.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

La silueta que mira hacia adentro a través del cristal de la puerta del estudio sonríe. En una mano sostiene las tijeras de podar del garaje de Henry.

—Última oportunidad —dice Henry, y cuando sigue sin haber respuesta, se convierte en la Rata de Wisconsin y grita a través del intercomunicador, intentando asustar a lo que sea que esté ahí fuera para que se dé a conocer:

—*¡Vamos, cariño, venga ya, hijoputa, habla con la Ratita!*

La silueta que mira a Henry retrocede, como lo haría una serpiente cuando su presa hace una finta, pero no produce sonido alguno. De entre los dientes que deja al descubierto la sonrisa sobresale una lengua vieja y áspera, que se menea y contorsiona con desdén. Esta criatura ha estado dándole al perfume que la

señora Morton nunca ha tenido el valor de retirar del tocador del pequeño lavabo junto a la habitación de matrimonio, y ahora apesta a Mi Pecado.

Henry decide que solo es su imaginación que vuelve a jugarle una mala pasada (oh, qué error el suyo, le habría dicho Morris Rosen de haber estado ahí), y pulsa PLAY con la punta de un dedo.

Oye a alguien aclararse la garganta, y entonces Arnold Hrabowski se identifica. El Pescador le interrumpe antes de que pueda terminar:

—*Hola, lameculos.*

Henry rebobina, y lo escucha de nuevo: *Hola, lameculos.* Rebobina y lo escucha una vez más: *Hola, lameculos.* Sí, ha oído esa voz antes, está seguro; pero ¿dónde? La respuesta llegará, las respuestas de esa clase siempre llegan —a la larga—, y que lo hagan constituye buena parte de la diversión. Henry escucha, embelesado. Sus dedos bailotean por encima de los botones de la pletina igual que los de un concertista de piano sobre las teclas de un Steinway. La sensación de ser observado desaparece, a pesar de que la figura que hay al otro lado de la puerta del estudio —esa cosa con zapatillas de abeja que sostiene las tijeras de podar— no se mueve. La sonrisa ha desaparecido de su rostro surcado por los años y en su lugar aparece una expresión de malhumor. Hay confusión en ese rostro, y quizá el primer tenue vestigio de miedo. Al viejo monstruo no le gusta que el pez ciego del acuario haya sido capaz de identificar su voz. Desde luego, no importa; quizá incluso forme parte de la diversión, pero en ese caso, se trata de la diversión del señor Munshun, no de *su* diversión. Y ambos deberían compartir la misma diversión… ¿no?

Tú tienes una emergencia. No yo. Tú.

—No yo, *tú* —dice Henry. La imitación es tan buena que le resulta extraña —. ¿Un poco de *sauerkraut* en tu ensalada, *mein* amigo, *ja*?

Tu peor pesadilla… Peor pesadilla.

Abbalah.

Soy el Pescador.

Henry presta atención. Deja correr la cinta, y escucha la misma frase cuatro veces: *Chúpame el escroto, mono… chúpame el escroto, mono… mono… mono…*

No, no es *mono.* En realidad la voz lo pronuncia *monnno.*

—No sé dónde estás ahora, pero creciste en Chicago —murmura Henry—.

En el South Side. Y…

Ardor en la cara. De repente recuerda haber sentido que le ardía la cara. ¿Por qué es así, amigos y vecinos? ¿Por qué, oh, grandes sabios?

No eres mejor que un mono de feria.

Mono…

—Mono —dice Henry. Se frota las sienes con las yemas de los dedos—. Mono de feria. *Monnno* de *ferria.* ¿Quién dijo eso?

Reproduce la cinta del 911: *Chúpame el escroto, mono.*

Reproduce su memoria: *No eres mejor que un mono de feria.*

Ardor en la cara.

¿Calor? ¿Luz?

¿Ambas cosas?

Henry quita la cinta del 911 e inserta la que Jack le ha traído hoy.

Hola, Judy. ¿Hoy eres Judy, o Sophie? El abbalah te manda recuerdos, y Gorg dice ¡Craac, craac! [Risa ronca y con flema]. *Ty también te saluda. Tu pequeño está muy solo…*

Cuando Tyler Marshall llora, una voz aterrorizada brama en los altavoces. Henry se estremece y hace avanzar la cinta.

Habrrá máz azezinatoz.

El acento es mucho más denso ahora, burlesco, chistoso. Como en una tira cómica, por ejemplo *Los sobrinos del capitán conocen al Hombre Lobo,* pero de alguna manera resulta más revelador por eso mismo.

Loz niñoz… van a zer zegadoz como drrigo… Como drrigo. Zegadoz como…

—Segados como monos de feria —añade Henry—. Monnoz. Zegadoz. ¿Quién eres, hijo de puta?

Vuelve a la cinta del 911.

Hay látigos en el infierno y cadenas en Sheol. Pero casi suena *ládigoz* en el infierno, casi *jadenaz* en *Shayol.*

Ládigoz. Jadenaz. Monno de feria. De *fedia.*

—No te va mejor con… —empieza Henry, y entonces, de repente, recuerda algo más.

La pesadilla de lady Magowan. Esa sí que es buena.

¿Una mala pesadilla sobre qué? ¿Sobre ládigoz en el infierno? ¿Jadenaz en shayol? ¿Monnoz de feria?

—Dios mío —suelta Henry en voz baja—. Oh… Dios… mío. El baile. *Él estaba en el baile.*

Ahora todas las piezas empiezan a encajar. ¡Qué estúpidos han sido! ¡Qué vergonzosamente estúpidos! La bici del chico… había estado allí mismo. ¡*Allí mismo,* por el amor de Dios! Todos eran hombres ciegos, hagámosles árbitros a todos.

—Pero era muy *viejo* —murmura Henry—. ¡Y chocheaba! ¿Cómo íbamos a adivinar que un hombre así sería el Pescador?

Otras preguntas siguen a esa. Si el Pescador es un residente del Centro Maxton, por ejemplo, ¿dónde, en nombre de Dios, podría haber escondido a Ty Marshall? Y ¿cómo se mueve ese cabrón por French Landing? ¿Tiene un coche en algún lugar?

—No importa —dice Henry—. Ahora no, al menos. ¿Quién es y *dónde* está? Eso es lo que importa ahora.

El ardor en su cara (el primer esfuerzo de su cerebro por localizar la voz del Pescador en el espacio y el tiempo) lo había provocado el foco, claro, el foco de Stan *el Sinfónico,* el del color rosa de las frambuesas maduras. Y una mujer, una encantadora mujer mayor…

—*Señor Stan, yujuuuu, ¿Señor Stan?*

… le había preguntado si aceptaba solicitudes. Pero antes de que Stan pudiera contestar, una voz monótona y dura como el sonido que producen dos piedras al rozarse…

Yo *estaba aquí primero, vieja.*

… había interrumpido. Monótona… y dura… y con esa leve dureza germana del South Side de Chicago, seguramente de segunda o incluso tercera generación. No llegaba a ser germano del todo, pero esas consonantes reveladoras habían estado acechando, ¿no? Ah, sí.

—Monno —dice Henry, mirando al frente. Mirando directamente a Charles Burnside, solo que no lo sabe—. Fedia. Zegadoz. *Hasta la vista.*… nena.

¿Era a eso a lo que se reducía finalmente, al final? ¿A un viejo maníaco chiflado que sonaba un poco como Arnold Schwarzenegger?

¿Quién era la mujer? Si no recuerda el nombre, puede llamar a Jack… o a Dale, si Jack sigue sin coger el teléfono… y acabar con la pesadilla de French Landing.

La pesadilla de lady Magowan. Esa sí que es buena.

—Pesadilla —dice Henry, y entonces ajusta la voz—: Pezadilla.

De nuevo la imitación es buena. Demasiado buena desde luego para el viejales que está al otro lado de la puerta del estudio. Ahora frunce el entrecejo con expresión amarga y hace rechinar las tijeras de podar delante del cristal. ¿Cómo puede ese ciego de ahí dentro sonar tan parecido a él? No está bien; es *completamente* indecoroso. El viejo monstruo está deseando cortar las cuerdas vocales de la garganta de Henry Leyden. Pronto, se promete, lo hará.

Y se las comerá.

Sentado en la silla giratoria, haciendo tamborilear los dedos con nerviosismo sobre la brillante madera de roble que tiene delante, Henry recuerda el breve encuentro en el escenario. Había tenido lugar al poco de empezar el baile de la Fiesta de la Fresa.

Dígame su nombre y lo que le gustaría oír.

Soy Alice Weatbers, y… Moonglow*, por favor. Por Benny Goodman.*

—Alice Weathers —dice Henry—. Ese era su nombre, y si ella no conoce *tu* nombre, mi amigo homicida, entonces sí que soy un mono de feria.

Se dispone a ponerse en pie, y es entonces que alguien —algo— empieza a golpear muy suavemente el cristal de la puerta.

La Osa se ha acercado, casi en contra de su voluntad, y ahora ella, Jack, Doc y Beez están agolpados alrededor del sofá. Mouse se ha hundido en él, como si lo hubiera hecho en arenas movedizas.

Bueno, piensa Jack, *no hay arenas movedizas, pero está muriendo de mala manera, eso sí. Supongo que no hay ninguna duda al respecto.*

—Escuchad —les dice Mouse. El pringue negro se forma de nuevo en las comisuras de sus ojos. Peor aún, le mana de las comisuras de la boca. El hedor a putrefacción es más fuerte que nunca ahora que los órganos internos de Mouse abandonan la lucha. Jack está realmente sorprendido de que hayan durado tanto.

—Habla —le dice Beezer—. Te escuchamos.

Mouse mira a Doc.

—Cuando termine, dame los fuegos artificiales. Un buen chute de coca. ¿Entendido?

—Quieres ir muy por delante de lo que sea que tengas.

Mouse asiente.

—Muy bien, de acuerdo —responde Doc—. Te irás con una sonrisa en los labios.

—Lo dudo, colega, pero lo intentaré.

Mouse desvía su mirada rojiza hacia Beezer y dice:

—Cuando se acabe, envolvedme en una de las tiendas de nailon que hay en el garaje. Metedme en la bañera. Apuesto a que para medianoche podréis abrir el grifo para que me vaya por el desagüe como…, como espuma de cerveza. Pero yo tendría cuidado. No… toquéis lo que quede.

La Osa se echa a llorar.

—No llores, cariño —le dice Mouse—. Voy a ir por delante. Doc lo ha prometido. ¿Beez?

—Aquí mismo, amigo.

—Tienes que hacerme una pequeña ceremonia, ¿vale? Lee un poema…, el de Auden…, el que solía congelarte las pelotas.

—«No leerás la Biblia por su prosa…» —dice Beezer. Está llorando—. Todo tuyo, Mousie.

—Pon algo de los Dead… *Ripple*, quizá…, y asegúrate de tener la suficiente Kingsland para bautizarme como Dios manda para la próxima vida. Supongo que no habrá… ninguna tumba sobre la que te puedas mear, pero… haz lo que puedas.

Jack se ríe de ese comentario. No puede evitarlo. Y está vez le toca a él captar toda la fuerza de los ojos carmesí de Mouse, que añade:

—Prométeme que esperarás a mañana para ir allí, poli.

—Mouse, no sé si puedo hacer eso.

—Tienes que hacerlo. Ve ahí esta noche, y no tendrás que preocuparte por el perro demonio…, las otras cosas que hay en el bosque alrededor de esa casa…, las otras cosas… —Los ojos rojos se mueven de forma horrible. La porquería negra se filtra por entre la barba de Mouse como si fuese alquitrán. Entonces, de alguna manera, reúne fuerzas para agregar—: Las otras cosas de ese bosque se te comerán como si fueras un caramelo.

—Creo que es un riesgo que he de correr —dice Jack, frunciendo el entrecejo—. Hay un niño en algún lugar al que…

—Está a salvo —murmura Mouse.

Jack enarca las cejas, sin saber si ha oído bien a Mouse. E incluso si le ha oído bien, ¿puede creer lo que le ha dicho? Mouse tiene un veneno poderoso y endemoniado dentro. Hasta ahora he logrado resistirlo, comunicarse a su pesar, pero…

—A salvo durante un tiempo —prosigue Mouse—. No de todo… hay cosas que todavía pueden atraparle, supongo… pero por ahora está a salvo del señor Munching. ¿Es así cómo se llama? ¿Munching?

—Munshun, creo. ¿Cómo lo sabes?

Mouse obsequia a Jack con una sonrisa totalmente inquietante. Es la sonrisa de una sibila moribunda. Una vez más se las arregla para tocarse la frente, y Jack nota horrorizado que los dedos del hombre se están deshaciendo y volviéndose negros de las uñas para abajo.

—Lo tengo todo aquí, tío. Todo aquí arriba. Te lo he dicho. Y escucha: será mejor que al chico se lo coma un bicho gigante o un cangrejo de roca allí… donde está…, que te mueras intentando rescatarlo. Si lo haces, el abbalah acabará por conseguir al chico, seguro. Eso es lo que tu… amigo dice.

—¿Qué amigo? —pregunta Doc con tono de sospecha.

—No importa —dice Mouse—. *Hollywood* lo sabe, ¿no, Hollywood?

Jack asiente de mala gana. Es Speedy, por supuesto. O Parkus, si se prefiere.

—Espera a mañana —insiste Mouse—. A mediodía, cuando el sol es más fuerte en ambos mundos. *Prométemelo.*

Al principio Jack no puede decir nada. Está desgarrado por dentro, sumido en algo parecido a la agonía.

—De todas formas, sería casi de noche para cuando llegaras a la Nacional 35 —interviene con calma la Osa.

—Y hay mucha mierda de la mala en ese bosque, es cierto —opina Doc—. Hace que todo eso del *Proyecto de la bruja de Blair* parezca una jodida chorrada. A no ser que sea tu última voluntad, claro.

—Cuando acabéis… —murmura Mouse—. Cuando acabéis, si queda alguno de vosotros…, quemad la casa entera. Ese agujero. Esa tumba. Quemadla entera, ¿me oís? *Cerrad la puerta.*

—Sí —responde Beezer—. Oído y entendido, amigo.

—Una última cosa —dice Mouse. Ahora le habla directamente a Jack—.

Puede que tú la encuentres…, pero creo que tengo algo más que necesitas. Es una palabra. Tiene poder para ti por algo que…, algo que tú tocaste. Una vez, hace mucho tiempo. No entiendo esa parte, pero…

—Está bien —le interrumpe Jack—. Yo sí la entiendo. ¿Cuál es la palabra, Mouse?

Por unos instantes no cree que Mouse sea capaz de decírsela. Está claro que hay algo que trata de impedir que pronuncie la palabra, pero en esa lucha Mouse es el vencedor. Jack cree que tal vez haya invertido en ella su último aliento vital.

—*D'yamba* —anuncia Mouse—. Ahora tú, Hollywood. Dila tú.

—*D'yamba* —repite Jack, y una hilera entera de libros pesados se desliza de una de las estanterías improvisadas que hay a los pies del sofá. Permanecen en el aire en penumbra, flotando…, flotando…, para luego caer al suelo con estrépito.

La Osa suelta un grito.

—No la olvides —dice Mouse—. Vas a necesitarla.

—¿Cómo? ¿Cómo voy a necesitarla?

Mouse niega con la cabeza, exhausto.

—No… lo sé.

Beezer tiende una mano por sobre el hombro de Jack y coge el pequeño mapa garabateado.

—Nos encontraremos mañana por la mañana en el Sand Bar —le dice a Jack —. Estate allí a las once y media, y así nos internaremos en ese maldito sendero hacia mediodía. Entretanto, quizá me quede con esto. Un pequeño seguro para tener la tranquilidad de que harás las cosas de la manera que dice Mouse.

—De acuerdo. —Jack no necesita el mapa para encontrar la Casa Negra de Chummy Burnside, pero Mouse tiene razón: se guramente no es la clase de sitio que uno quiera buscar al anochecer. Detesta dejar a Ty Marshall en las Tierras Abrasadas —se le antoja tan erróneo que casi le parece pecaminoso—, pero ha de recordar que hay más en juego ahí que un niño perdido.

—Beezer, ¿estás seguro de que quieres volver allí?

—Dios, no, no quiero volver —responde Beezer, casi indignado—, pero algo mató a mi hija, ¡a mi *hija*!, ¡y ese algo salió de *allí*! ¿Quieres decirme que no sabes que fue así?

Jack no contesta. Desde luego que es cierto. Y desde luego que quiere que

Doc y Beez vayan con él al tomar el sendero de la Casa Negra. Es decir, si se atreven.

D'yamba, piensa. *D'yamba. No lo olvides.*

Se vuelve hacia el sofá:

—Mouse, ¿quieres…?

—No —dice Doc—. Me temo que después de todo no va a necesitar el pico de coca.

—¿Eh? —Jack mira como un tonto al robusto motorista-cervecero. Se *siente* estúpido. Estúpido y agotado.

—Lo único que late es su reloj —dice Doc, y entonces se echa a cantar. Al cabo de un momento se añade Beezer, y luego la Osa. Jack se aleja un poco del sofá con un pensamiento extrañamente similar al de Henry: ¿cómo se ha podido hacer tan tarde tan temprano? Pero ¿cómo demonios ha ocurrido?

—En el cielo no hay cerveza…, por eso la bebemos aquí…, y cuando… nos hayamos ido… de aquí…

Jack cruza la habitación de puntillas. En el extremo opuesto hay un reloj de bar de Kingsland Premium Golden Palé iluminado. Nuestro viejo amigo, que finalmente representa la edad que tiene y ya no parece tan afortunado, contempla la hora con incredulidad, sin aceptarla hasta haberla comparado con la de su propio reloj. Casi las ocho. Lleva *horas* ahí.

Es casi de noche, y el Pescador todavía anda ahí fuera, en algún lugar. Por no hablar de sus colegas de los otros mundos.

D'yamba, piensa de nuevo Jack al abrir la puerta. Y cuando sale al porche astillado y cierra la puerta tras él, le dice en voz alta y con gran sinceridad al día que se va oscureciendo:

—Speedy, me gustaría retorcerte el pescuezo.

24

El *d'yamba* es un hechizo potente y brillante; una serie de poderosas conexiones forman una red que se extiende, ramificándose, hacia el infinito. Cuando Jack Sawyer quita el veneno vivo de los ojos de Mouse, el *d'yamba* reluce primero en la mente de este, que se expande por un instante hacia el conocimiento; por los filamentos de la red fluye parte de su fuerza deslumbrante, y pronto un toque de *d'yamba alcanza a* Henry Leyden.

Por el camino, el *d'yamba roza a* Tansy Freneau, quien, sentada junto a una ventana del Sand Bar, observa a una joven bonita y de sonrisa algo irónica tomar forma en el charco de luz en el extremo del aparcamiento, y se da cuenta, un momento antes de que desaparezca, de que se le ha concedido vislumbrar a la persona en que su Irma se habría convertido. Roza también a Dale Gilbertson, quien, mientras conduce hacia su casa desde la comisaría, experimenta una especie de anhelo por la presencia de Jack Sawyer, profundo y repentino como un dolor en el corazón, y jura que llevará el caso del Pescador hasta el final, sean cuales sean los obstáculos. El *d'yamba* vibra y recorre uno de sus filamentos hasta Judy Marshall, y abre una ventana a la Lejanía, donde Ty duerme en una celda de color hierro, esperando el rescate, *vivo todavía*. Y en el interior de Charles Burnside, roza al auténtico Pescador, el señor Munshun, antaño conocido como el Hombre de los Lunes, justo cuando los nudillos de Burny golpean el cristal. Una ligera ráfaga de aire frío penetra a modo de aviso en el pecho de Munshun, que ante semejante violación se siente lleno de rabia y odio. Charles Burnside, que no sabe nada del *d'yamba* y no puede detestarlo, percibe la emoción de su amo y recuerda la ocasión en que un muchacho supuestamente muerto en Chicago se salió de un saco de lona y empapó el asiento trasero de su

coche de sangre incriminatoria. Sangre *terriblemente* incriminatoria, una sustancia que continuó burlándose de él después de haber lavado los rastros visibles. Pero Henry Leyden, con quien hemos iniciado esta cadena, no recibe la visita de la gracia o la ira; lo que roza a Henry es una especie de claridad informadora.

Se da cuenta de que todas y cada una de las visitas de Rhoda las ha producido su soledad. La innegable necesidad que tiene de su mujer ha sido lo único que ha oído subir por las escaleras. Y el ser que hay al otro lado de la puerta del estudio es el horrible anciano de Maxton, que trata de hacerle lo mismo que ha hecho a los tres niños. ¿Quién si no aparecería a esas horas y llamaría a la puerta de su estudio? Ni Dale, ni Jack, ni mucho menos Elvena Morton. Cualquier otro se quedaría fuera y llamaría a la puerta principal.

Henry solo necesita un par de segundos para considerar sus opciones y trazar un plan rudimentario. Se cree más rápido y fuerte que el Pescador, que debe de ser de un hombre de ochenta y tantos años y no sabe que su potencial víctima está al corriente de su identidad. Para aprovecharse de esta situación, Henry tiene que parecer desconcertado pero afable, como si sencillamente sintiera curiosidad por su visita. Y una vez que abra la puerta del estudio, a la que desafortunadamente no le ha pasado el pestillo, tendrá que actuar con rapidez y decisión.

¿Estamos listos? se pregunta Henry, y piensa: *Más nos vale estarlo.*

¿Están las luces encendidas? No; como no esperaba que se presentara nadie no se ha molestado en hacer el numerito de encenderlas. La cuestión entonces es: ¿está muy oscuro ahí fuera? Quizá no lo bastante, imagina Henry. Una hora más tarde podrá moverse por la casa sin ser visto y escapar por la puerta trasera. Tiene como mucho un cincuenta por ciento de posibilidades de lograrlo, pero el sol se pone en la parte trasera de la casa, y cada segundo que pueda retrasarse le brinda una fracción más de oscuridad en el salón y en la cocina.

Deben de haber transcurrido un par de segundos desde que la figura que acecha golpeó la ventana, y Henry, que ha mantenido la perfecta compostura de alguien que no ha oído el ruido producido por el visitante, no puede postergarlo más.

Fingiéndose sumido en sus pensamientos, agarra con una mano la base de un pesado trofeo a la Mejor Emisión de Radio, aceptado en nombre de George

Rathbun unos años antes, y con la otra coge de una bandeja una navaja automática que un admirador dejó una vez en la radio de la universidad como tributo a la Rata de Wisconsin. Henry utiliza la navaja para quitar el envoltorio a las cajas de discos compactos, y no hace mucho, en busca de algo con qué entretenerse, aprendió a afilarla. Con la cuchilla retráctil, la navaja parece una estilográfica un poco rara. Dos armas mejor que una, piensa, en especial si tu adversario cree que la segunda es inofensiva.

Ya han pasado cuatro segundos desde que el hombre golpeó la ventana, y a su manera tanto Burny como el señor Munshun se han puesto mucho más nerviosos. La aversión hace retroceder al señor Munshun, pues cree que el *d'yamba* ha contaminado una escena que de otro modo habría resultado encantadora. Su aparición solo puede significar una cosa: que alguna persona conectada con el hombre ciego ha conseguido acercarse lo bastante a la Casa Negra para probar los venenos de su feroz guardián. Y eso significa a su vez que ahora el odioso Jack Sawyer está al corriente de la existencia de la Casa Negra y trata de abrir una brecha en sus defensas. Es el momento de destruir al hombre ciego y regresar al hogar.

Del amo que alberga, Burny solo capta una mezcla incipiente de odio y una emoción sorprendentemente parecida al miedo. Burny siente rabia ante el hecho de que Henry Leyden se haya apropiado de su voz, ya que sabe que representa una amenaza; más aún que ese impulso autoprotector, anhela el placer simple pero intenso del derramamiento de sangre. Cuando haya hecho picadillo a Henry, Charles Burnside espera reivindicar una nueva víctima antes de precipitarse hacia la Casa Negra para entrar en un reino que para él se llama Sheol.

Los nudillos grandes y deformes golpean una vez más el cristal.

Henry se vuelve hacia la ventana con una impecable imitación de ligera sorpresa.

—Me *ha pareádo* que había alguien ahí. ¿Quién es?… Vamos, hable. —Oprime un interruptor y habla por el micrófono—: Si está diciendo algo, no logro oírle. Déme un segundo para poner un poco de orden aquí dentro y saldré.

Se vuelve otra vez y se inclina sobre su mesa. La mano izquierda parece tocar con despreocupación su bonito trofeo; la mano derecha queda fuera de la vista. Henry aparenta estar muy concentrado. La realidad es que jamás en su vida había aguzado tanto el oído.

Oye el picaporte de la puerta del estudio moverse en la dirección de las agujas del reloj con una lentitud pasmosa. La puerta se abre uno, dos, tres centímetros.

El perfume floral y almizclado de Mi Pecado invade el estudio y parece revestir de una capa de fina película química el micrófono, las latas de cintas, todos los diales y la nuca de Henry, deliberadamente expuesta. La suela de algo que semeja una zapatilla de felpa se desliza por el suelo. Henry aferra las armas con fuerza y espera el ruido particular que le hará de señal. Oye otro paso sordo, y otro, y sabe que el Pescador se ha situado detrás de él. También está armado, con algo que hiende la nube de perfume con el aroma a hierba de los porches y la suavidad del aceite lubricante. Henry no consigue imaginar de qué se trata, pero el movimiento del aire le revela que es más pesado que un cuchillo. Hasta un hombre ciego puede verlo. Cierta incomodidad en la manera de dar el Pescador su siguiente «paso silencioso» le indica a Henry que el viejo sujeta el arma con ambas manos.

En la mente de Henry se ha formado una imagen del adversario que tiene detrás, listo para atacar, y a esa imagen añade ahora los brazos extendidos y en alto. Las manos sujetan una herramienta parecida a unas tijeras de podar. Henry tiene sus propias armas, de las cuales la mejor es la sorpresa, pero esta ha de ser absolutamente precisa para resultar eficaz. De hecho, si Henry quiere evitar una muerte rápida y desagradable, la sincronización debe ser perfecta. Baja la cabeza aún más sobre el escritorio y espera la señal. Le sorprende estar tan calmado.

Un hombre con unas tijeras de podar o algo parecido en las manos, situado detrás de una víctima sentada que no pueda verlo, se tomará, antes de asestarle el golpe, un largo instante para arquear la espalda y estirarse, a fin de imprimir el máximo de fuerza al golpe descendente. Cuando extienda los brazos y arquee la espalda, la ropa se moverá sobre su cuerpo. La tela se deslizará por la carne; puede que una tela frote contra otra; el cinturón quizá produzca un chasquido. Respirará hondo. Una persona corriente oiría pocas o ninguna de tan reveladoras alteraciones, pero puede contarse con que Henry Leyden las oirá todas.

Y finalmente sucede. Se oye el roce de la tela contra la piel y el tejido contra el tejido; el aire silba en los orificios nasales de Burny. Al instante, Henry empuja su silla hacia atrás y en el mismo movimiento se vuelve en redondo para arremeter con el trofeo contra su asaltante mientras se pone de pie. ¡Funciona!

Siente la fuerza del golpe recorrerle el brazo y oye un gruñido de conmoción y dolor. El aroma a Mi Pecado le llena las fosas nasales. La silla le golpea la parte superior de las rodillas. Henry aprieta el botón de la navaja, siente salir la larga hoja y lanza una estocada hacia adelante. La hoja penetra en la carne. Desde solo unos centímetros más allá de su cara le llega un grito de indignación. Una vez más, Henry golpea con el trofeo a su atacante, y a continuación extrae la navaja del cuerpo de este para volver a arremeter con ella. Unos brazos escuálidos se le enredan en torno al cuello y los hombros, haciéndole sentir repulsión, y un aliento hediondo le inunda la cara.

De pronto es consciente de que le han herido, pues un dolor lacerante en la superficie y sordo por debajo aparece en el lado izquierdo de su espalda.

Las malditas tijeras de podar, piensa, y arremete otra vez con la navaja. Esta vez solo atraviesa el aire. Una mano ruda se cierra en torno a su codo y otra le aferra el hombro. Las manos lo empujan hacia adelante, y para mantenerse derecho apoya la rodilla en el asiento de la silla. Una larga nariz golpea contra el puente de su propia nariz y le sacude las gafas de sol. Lo que sigue le llena de asco: dos filas de dientes como conchas de almejas rotas se hincan en su mejilla izquierda y le atraviesan la piel. La sangre le corre por la cara. Las filas de dientes se cierran y rasgan un óvalo de la piel de Henry, y por encima de la nítida oleada de dolor, que es increíble, muchísimo peor que el dolor en la espalda, oye salpicar su propia sangre contra la cara del viejo monstruo. El miedo y el asco, junto con una tremenda cantidad de adrenalina, le confieren las fuerzas suficientes para atacar con la navaja mientras intenta zafarse de la presa del hombre. La hoja se hinca en alguna parte en movimiento del cuerpo del Pescador; un brazo, cree.

Antes de que pueda sentir algo parecido a la satisfacción oye el ruido de las tijeras de podar hendiendo el aire antes de morderle la mano que sujeta la navaja. Ocurre casi antes de que consiga asimilarlo: las hojas de las tijeras rasgan la piel, rompen los huesos y le cercenan los últimos dos dedos de la mano derecha.

Y entonces, como si las tijeras del Pescador hubiesen supuesto el último contacto con él, consigue liberarse. Un pie se topa con el borde de la puerta, la empuja y propulsa su cuerpo hacia el espacio abierto. Henry aterriza en un suelo tan pegajoso que le resbalan los pies cuando trata de levantarse. ¿Será suya toda esa sangre?

La voz que había estado estudiando en otra época, otra era, le llega procedente de la puerta del estudio.

—Me has apuñalado, jodido lameculos.

Henry no se queda a escucharle, sino que se mueve, deseando no haber advertido que va dejando una ancha estela de sangre. Le parece que está empapado en ella; su camisa chorrea sangre, y siente mojada la parte trasera de las piernas. La sangre continúa derramándosele por la cara y, pese a la adrenalina, Henry siente que las fuerzas le abandonan. ¿Cuánto tiempo le queda antes de morir desangrado, veinte minutos?

Recorre patinando el pasillo y se precipita hacia la sala de estar.

No voy a salir de esta, piensa. *He perdido demasiada sangre; pero al menos puedo llegar hasta la puerta y morir fuera, donde el aire es fresco.*

Desde el pasillo le llega la voz del Pescador:

—Me he comido parte de tu mejilla, y ahora voy a comerme tus dedos. ¿Me oyes, pedazo de gilipollas?

Henry llega hasta la puerta. Su mano se desliza una y otra vez por el pomo, que se resiste. Busca el botón de cierre, que está hundido.

—He dicho que si me *oyes.* —El Pescador se acerca; su voz destila ira.

Henry solo tiene que empujar el botón que desbloquea la puerta y hacer girar el pomo. Podría estar fuera de la casa en un segundo, pero los dedos que le quedan no obedecen órdenes. *De acuerdo, voy a morir,* se dice. *Seguiré a Rhoda, seguiré a mi Alondra, mi preciosa Alondra.*

Un sonido de masticación, acompañado del de unos labios al relamerse y ruidos de trituración.

—Sabes a mierda. Me estoy comiendo tus dedos, y saben a mierda. ¿Quieres que te diga lo que me gusta? ¿Conoces mi comida favorita desde siempre? Las nalgas de un niño bien tierno. A Albert Fish también le gustaban, por supuesto. *¡Mmmmm!* ¡CULITO DE BEBÉ! ¡ESO SÍ QUE ESTÁ BUENO!

Henry se da cuenta de que de alguna manera ha resbalado por la puerta que no se abre y ahora se encuentra a cuatro patas, respirando de manera demasiado audible. Se da impulso hacia adelante y gatea hasta detrás del sofá de estilo Misión, en el cual oyó a Jack Sawyer leer las elocuentes palabras escritas por Charles Dickens. Se percata de que, entre las cosas que nunca podrá hacer, está averiguar qué pasa al final de *Casa desolada*. Otra es volver a ver a su amigo

Jack.

Los pasos del Pescador entran en la sala de estar y se detienen.

—Muy bien, ¿dónde coño estás, gilipollas? No puedes esconderte de mí.

Las hojas de la tijeras hacen *chac-chac.*

O el Pescador se ha vuelto tan ciego como Henry, o la habitación está demasiado oscura para ver. Un poquito de esperanza, la llama de una cerilla, ilumina el alma de Henry. Quizá su adversario no consiga encontrar los interruptores.

—¡Gilipollas! —*Giripollaz*—. Maldita sea, ¿dónde te escondes? *Mardita zea, ¿dónde te ezcondezz?*

Esto es fascinante, se dice Henry. Cuanto más furioso y frustrado está el Pescador más se diluye su acento en ese extraño seudoalemán. Ya no es el acento del South Side de Chicago, pero tampoco es otra cosa. Desde luego no es alemán, eso sí que no. Si Henry hubiera oído la descripción del doctor Spiegleman de ese acento como el de un francés tratando de hablar inglés como un alemán habría asentido sonriendo. Es como una especie de acento alemán del *espacio exterior,* como si alguien cambiara el alemán sin ni siquiera haberlo oído.

—¡Me has hecho daño, cerdo asqueroso! —*¡Me haz hecho dannio, ceddo azquerrozo!* —El Pescador se dirige tambaleante hacia la butaca y la empuja a un lado. Con su acento de Chicago, dice—: Te encontraré, tío, y cuando te encuentre te cortaré la puta cabeza.

Una lámpara cae al suelo. Los pies calzados con zapatillas se desplazan pesadamente hacia el lado derecho de la habitación.

—Un tipo ciego se esconde en la oscuridad, ¿eh? Oh, qué bonito, muy bonito. Déjame decirte algo: hace tiempo que no pruebo una lengua, pero creo que probaré la tuya. —Una mesa pequeña y la lámpara encima de ella se estrellan con estrépito contra el suelo—. Tengo cierta información para ti. Las lenguas son curiosas. La de un tipo viejo no sabe muy distinta de la de un joven, aunque por supuesto la lengua de un niño es el doble de buena que las dos. *Cuando erra Fridz Hahhmun comí muchaz lenguaz, ja, ja.*

Qué extraño: esa versión extraterrestre del acento alemán ha surgido del Pescador como una segunda voz. Un puño golpea la pared, y los pasos se acercan. Utilizando los codos, Henry rodea a gatas el extremo del sofá y se

escurre al abrigo de una mesa larga y baja. Las pisadas chapotean en sangre, y cuando Henry apoya la cabeza entre las manos, la sangre caliente le salpica la cara. El ardiente dolor de sus dedos casi se traga el que siente en la mejilla y la espalda.

—No puedes esconderte para siempre —dice el Pescador.

De inmediato cambia al acento extraño para responder:

—*Ya bazta, Burn-Burn. Tenemoz cozaz maz imporrtantez que hacerr.*

—¡Eh, pero fuiste tú quien dijo que era un *giripollazl* ¡Me ha hecho *daño*!

—*Zorroz en zuz madrrigueraz y rataz en zuz ratoneraz, oho, elloz también eztán herridoz. Miz pobrrez driaturitaz perddidazz, aha, uhu, peorr peorr peoorr que nozotrroz.*

—Pero ¿y qué hacemos con él?

—*Ze eztá mudiendo dezangrrado, mudiendo dezangrrado, aha. Déjalo morrrir.*

En la oscuridad solo podemos imaginar lo que ocurre. Por lo visto, Charles Burnside está llevando a cabo una inquietante imitación de las dos cabezas del loro de Parkus, *Sagrado* y *Profano.* Cuando habla con su propia voz, vuelve la cabeza hacia la izquierda; cuando habla con el acento extraterrestre, mira hacia la derecha. Podríamos estar viendo a un actor cómico como Jim Carrey o Steve Martin, volviendo la cabeza a un lado y a otro para fingir que se trata de las dos mitades de una personalidad dividida, pero este hombre no resulta divertido. Sus dos personalidades son horribles, y las voces nos hieren los oídos. La mayor diferencia entre ellas es que la que se vuelve hacia la izquierda, la gutural extraterrestre, domina la función: las manos que mueven los hilos de la marioneta son las suyas; la de la derecha —la de nuestro Burny— es esencialmente la de un esclavo. Dado que la diferencia entre ambos está tan clara, empezamos a tener la impresión de que el señor Munshun no tardará mucho en separarse de Charles Burnside y deshacerse de él como de un calcetín usado.

—¡Pero yo QUIERO matarlo! —chilla Burny.

—*Ya eztá muerrto, muerrto, muerrto. El corrazón de Yack Zayer ze va a rompen Yack Zayer no zabrá lo que ze haze. Ahorra vamoz a Mazxton, y matamoz a Chepee, ¿no? Quierrez matad a Chepee, crreo, ¿no?*

Burny se ríe.

—Sí, *quierro* matar a Chipper. *Quierro* rebanar a ese gilipollas en trocitos y masticar sus huesos. Y si su furcia insolente está ahí, quiero cortarle la cabeza y sorberle su pequeña y jugosa lengüecita hasta tragármela.

A Henry Leyden esa conversación le suena a locura, posesión demoníaca o las dos cosas. La sangre continúa brotándole de la espalda y de los dedos mutilados, y no tiene forma de detenerla. El olor de toda la sangre que le rodea le produce náuseas, pero eso no es lo peor. Lo peor es una mareante tendencia a dejarse llevar, la sensación de placentero aturdimiento, y su mejor arma contra ello es el propio dolor. Ha de permanecer consciente. Ha de conseguir dejarle un mensaje a Jack.

—¿Nos vamoz, Burn-Burn, y hacemoz una fiezta con Chepee, ¿zí? ¡Déjalo ya …oh, déjalo, zí, zí, vamoz a la bonita Caza Negrra, mi Burn-Burn, y en la Caza Negrra noz prrepararemoz para el Rey Colorrado!

—*Quiero* conocer al Rey Colorado —dice Burny. Un hilillo de baba le sale de la boca, y sus ojos brillan un instante en la oscuridad—. Voy a entregarle al mocoso Marshall al Rey Colorado, y el Rey Colorado me va a querer, porque solo voy a comerme una nalguita, una manita, algo así.

—¡Te querrá grraciaz a mí, Burn-Burn, porrque el Rey me quierre muccho, a mí, a mí, al zeñorr Munsshun! ¡Y cuando el Rey rreine zobre todoz, loz zorroz en zuz madriguerras llorarrán y llorarrán y gritarán y gritarán hazta que zuz corazonzitoz ze rrompan, y entonces tú y yo, y yo, comerremoz y comerremoz y comerremoz hazte que loz mundoz en todaz padtez zean cázcaraz de cacahuete vacíaz!

—Cáscaras de cacahuete vacías. —Burny se ríe, y al hacerlo succiona ruidosamente otro hilo de baba—. Eso es un montón de comida.

En cualquier momento, piensa Henry, el espantoso viejo Burn-Burn va a recibir como toda y sustancial recompensa un pequeño vuelo desde el puente de Brooklyn.

—*Vamoz.*

—Ya voy —responde Burnside—. Primero quiero dejar un mensaje.

Se hace el silencio.

Henry oye a continuación un curioso siseo y el *chof-chof* de unas zapatillas empapadas al levantarse de un suelo pegajoso. La puerta que da al pequeño armario que hay debajo de las escaleras se abre de par en par, la del estudio se

cierra de golpe. Un olor a ozono viene y se va. Se han marchado; Henry no sabe cómo ha ocurrido, pero tiene la certeza de que está solo. ¿A quién le importa cómo ha ocurrido? Henry tiene cosas más importantes en que pensar.

—*Tenemos cozaz maz importantez que hacer* —dice en voz alta—. Ese tío tiene de alemán lo que yo de gallina clueca.

Se arrastra desde debajo de la mesa larga y apoyándose sobre el tablero de esta consigue ponerse en pie. Cuando endereza la espalda, su mente oscila y se vuelve gris. Se agarra a un candelabro para mantenerse erguido y dice:

—No te desmayes. Desmayarse no está permitido.

Henry cree que logrará caminar. Al fin y al cabo, eso es lo que ha hecho la mayor parte de su vida. Puestos a decirlo, también puede conducir un coche; conducir es aún más fácil que caminar, lo único que pasa es que nadie tuvo nunca los *cajones* para dejarle demostrar su talento al volante. Diablos, si Ray Charles podía conducir —*y puede;* probablemente esté cogiendo un desvío a la izquierda en la carretera *en este preciso momento*—, ¿por qué no Henry Leyden? Bueno, resulta que Henry no tiene un coche disponible en este momento, de modo que tendrá que conformarse con desplazarse a paso ligero. Bueno, tan ligero como sea posible en su estado.

¿Y adonde se dirige Henry en este delicioso paseo suyo a través de la sala de estar encharcada de sangre?

—Pues la respuesta es obvia —se contesta—. Voy a ir al estudio. Me apetece darme una vuelta hasta mi encantador estudio.

Su mente se nubla otra vez más, y eso es algo que debe evitar. Tenemos un antídoto para ello, ¿no? Sí, lo tenemos: el antídoto es una degustación de dolor en estado puro. Henry se golpea con la mano buena los muñones de los dedos cortados; guau, pues sí, de verdad que siente algo así como si tuviese el brazo entero en llamas. El brazo en llamas: eso funcionará. Las chispas al rojo vivo de los dedos ardiendo *nos llevarán* al estudio.

Dejemos que fluyan esas lágrimas. Los tíos muertos no lloran.

—El olor de la sangre es como la risa —anuncia Henry—. ¿Quién dijo eso? Alguien. Está en un libro. «El olor de la sangre era como la risa.» Una frase estupenda. Ahora pon un pie delante del otro.

Cuando alcanza el corto pasillo hacia el estudio se apoya contra la pared un momento. Una ola de enorme cansancio se inicia en el centro de su pecho para

atravesarle el cuerpo. Levanta la cabeza, y la sangre de su mejilla desgarrada salpica la pared.

—Sigue hablando, estúpido —dice para sí—. Hablarte a ti mismo no es una locura. Es algo maravilloso. ¿Y sabes qué? Ese es el modo como te ganas la vida, ¡hablas para ti todo el día!

Henry se separa del muro, avanza unos pasos, y George Rathbun habla a través de sus cuerdas vocales.

—Amigos míos, y vosotros SOIS mis amigos, dejemos eso bien claro, parece que aquí en la KDCU-AM tenemos algunas dificultades técnicas. Los niveles de energía están bajando y se han registrado apagones, sí, en efecto. No temáis, queridos míos. ¡*No* temáis! Ahora, mientras hablo, no estamos más que a cuatro míseros pasos de la puerta del estudio, y dentro de nada estaremos ahí, emitiendo, sí señor. Ningún vejestorio caníbal y su alter ego alienígena pueden cerrar esta emisora, no, no antes de nuestra última emisión.

Es como si George Rathbun le diera vida a Henry Leyden, en lugar de lo contrario. Tiene la espalda más recta, y la cabeza erguida. Dos pasos más le llevan hasta la puerta cerrada del estudio.

—Es un lanzamiento difícil de atrapar, amigos míos, y si Pokey Reese va a coger la bola, será mejor que tenga el guante limpio. ¿Qué hace ahí fuera, amigos? ¿Podéis creerlo? ¿Se está metiendo la mano en el bolsillo del pantalón? ¿Está sacando algo? Oh, Dios, la cabeza me da vueltas… ¡Pokey está utilizando LA VIEJA TRETA DEL PAÑUELO! ¡Así es! LIMPIA el guante, se LIMPIA la mano de lanzar, SUELTA el pañuelo, COGE el picaporte… ¡y la puerta está ABIERTA! Pokey Reese ha vuelto a conseguirlo, ¡está en el estudio!

Henry se envuelve los extremos de los dedos en el pañuelo y busca a tientas la silla.

—Y Rafael Furcal parece perdido ahí fuera. El hombre está BUSCANDO ATIENTAS la bola… Espera, espera, ¿la tiene? ¿Ha encontrado el borde? ¡SÍ! Tiene el BRAZO de la bola, el RESPALDO de la bola, y tira de ella hacia ARRIBA, señoras y caballeros, la bola está EN PIE sobre sus ruedas. Furcal se sienta y se impulsa hacia la consola. Estamos viendo un montón de sangre, pero el béisbol resulta un juego sangriento cuando se acercan a ti con los TACOS por delante.

Con los dedos de la mano izquierda, de los que ha limpiado la mayor parte

de la sangre, Henry acciona el interruptor de la grabadora grande y se acerca el micrófono. Se sienta en la oscuridad oyendo la cinta silbar entre bobina y bobina y se siente extrañamente satisfecho de estar ahí, haciendo lo que ha hecho noche tras noche durante miles de noches. Un agotamiento aterciopelado recorre su cuerpo y su mente, oscureciendo lo que toca. Es demasiado pronto para ceder. No tardará en rendirse, pero primero ha de hacer su trabajo. Tiene que hablar a Jack Sawyer hablándose a sí mismo, y para hacerlo convoca a los espíritus familiares que le dan voz.

George Rathbun:

—Final de la novena, y el equipo local se dirige a los duchas, compañero. ¡Pero el juego no habrá ACABADO hasta que el último hombre CIEGO esté MUERTO!

Henry Shake:

—Te estoy hablando a *ti*, Jack Sawyer, y no quiero que pierdas la cabeza por mí ni nada parecido. Mantente sereno y escucha a tu viejo amigo Henry *el Jeque*, el Jaque, ¿de acuerdo? El Pescador me ha hecho una visita, y cuando se marchó de aquí se iba hacia el Centro Maxton. Quiere matar a Chipper, el propietario del lugar. Llama a la policía, sálvalo si puedes. El Pescador vive en Maxton, ¿lo sabías? Es un viejo con un demonio dentro. No quería que te dijera que reconocí su voz, cree que puede joderte matándome. No le des esa satisfacción, ¿de acuerdo?

La Rata de Wisconsin:

—¡PORQUE ESO APESTARÍA DE VERDAD! ¡CEREBRO DE MOSQUITO TE ESTARÁ ESPERANDO EN UN LUGAR LLAMADO LA CASA NEGRA, Y TIENES QUE ESTAR PREPARADO PARA ESE CABRÓN! ¡ARRÁNCALE LAS PELOTAS!

La voz de sierra circular de la Rata acaba en un ataque de tos.

Henry Shake, respirando fuerte:

—Nuestro amigo la Rata ha tenido que ausentarse repentinamente. El chico tiene tendencia a excitarse demasiado.

George Rathbun:

—HIJO, ¿estás tratando de contarme a MÍ que…?

Henry Shake:

—Cálmate. Sí, tiene derecho a estar excitado. Pero Jack no quiere que le

gritemos. Jack quiere información.

George Rathbun:

—Entonces será mejor que te apresures y se la des.

Henry Shake:

—Esto es lo que pasa, Jack. El Pescador no es muy listo, y tampoco lo es su demonio, que se llama algo así como señor Munching. Además, es increíblemente vanidoso.

Henry Leyden se dobla en la silla y mira a la nada por un segundo o dos. No siente nada de cintura para abajo, y la sangre de la mano derecha se ha extendido por el micrófono. De los muñones de los dedos le llega un pulso regular que va disminuyendo.

George Rathbun:

—¡*Ahora,* no, Risitas!

Henry Leyden niega con la cabeza y dice:

—Vas a poder con la vanidad y la estupidez, amigo mío. Ahora he de cerrar la transmisión, Jack, no te sientas muy mal por mí. He tenido una vida genial, y ahora me reuniré con mi querida Rhoda. —Sonríe en la oscuridad; su sonrisa se vuelve más amplia al añadir—: Ah, Alondra. Hola.

A veces, el olor de la sangre puede ser corno la risa.

¿Qué es eso que hay al final de las Casas de los Clavos? Una horda, un enjambre de cosas gordas y zumbadoras que describen círculos y se dirigen hacia Jack Sawyer, en una luz mortecina que parece casi *iluminada,* como las páginas radiantes de un texto sagrado. Son demasiado pequeñas para tratarse de colibríes, y al mezclarse con el aire parecen acarrear su propio brillo interno, individual. Si son avispas, Jack Sawyer va a tener un serio problema. Pero no le pican: sus cuerpos redondos le frotan la cara y las manos y arremeten contra su cuerpo como un gato rozaría la pierna de su amo, para dar y recibir bienestar.

Ahora mismo dan mucho más placer del que reciben, y ni siquiera Jack atina a explicarse el motivo. Las criaturas que le rodean no son avispas, colibríes o gatos, *sino* abejas, y normalmente le asustaría encontrarse rodeado de un enjambre. Sobre todo si parecieran miembros de una especie de raza superior de abejas, unas superabejas, las más grandes que ha visto en su vida, de un dorado

más intenso, de un negro más vibrante. Pero Jack no está asustado. Si fueran a picarle, ya lo habrían hecho. Y desde el principio ha comprendido que no pretendían hacerle daño. El roce de tantos cuerpos resulta incomparablemente suave y blando; el zumbido concentrado es bajo y armonioso, tan pacífico como un himno protestante. Transcurridos unos segundos, Jack sencillamente se deja tocar.

Las abejas se acercan aún más, y el ruido bajo penetra en sus oídos. Semeja un discurso, o una canción. Por un instante solo consigue ver una red fuertemente tejida de abejas moviéndose aquí y allá; a continuación las abejas se posan sobre todo su cuerpo, excepto el óvalo de la cara. Le cubren la cabeza como un casco, los brazos, el pecho, las piernas. Se posan sobre sus zapatos y los hacen desaparecer de la vista. Pese a la cantidad, parecen casi ingrávidas. A Jack las partes expuestas del cuerpo, las manos y la nariz, se le antojan envueltas en cachemir. Un denso traje de abejas, ligero como las plumas, hace brillar en negro y dorado todo el cuerpo de Jack Sawyer. Levanta los brazos, y las abejas se mueven con él.

Jack ha visto fotos de apicultores cubiertos de abejas, pero esto no es una foto ni él es un apicultor. Su asombro —o más bien el puro placer que siente ante tan inesperada visita— le sorprende. Pues mientras las abejas se pegan a él olvida la terrible muerte de Mouse y la aterradora tarea que le espera al día siguiente. Sin embargo, no olvida a Sophie: desearía que Beezer y Doc salieran para ver lo que está pasando, pero, sobre todo, desearía que Sophie pudiera verlo. Tal vez, gracias al *d'yamba*, lo esté haciendo. Alguien ha decidido reconfortar a Jack Sawyer, alguien desea que le vaya bien. Una presencia amorosa e invisible le ofrece apoyo. Ese apoyo le parece una bendición. Vestido con su traje de abejas negro y amarillo, Jack piensa que si caminara hacia el cielo, el aire le transportaría. Las abejas le llevarían por los valles. Le llevarían por las colinas escarpadas. Al igual que los hombres alados en los Territorios que llevaron a Sophie, él también volaría. Pero en vez de dos alas, él tendría dos mil para sujetarle.

En nuestro mundo, recuerda Jack, las abejas regresan a la colmena antes de que caiga la noche. Como si se les hubiese recordado la rutina cotidiana, se levantan de la cabeza de Jack, del tronco, los brazos y las piernas, no en masa, como una alfombra viviente, sino individualmente o en grupos de cinco o seis,

para revolotear a poca distancia de él, describir un remolino, salir disparadas como balas en dirección este sobre los tejados de la parte interior de las Casas de los Clavos, y desaparecer todas en la misma infinidad oscura. Jack solo toma conciencia del sonido que producen cuando este desaparece con ellas.

En los segundos que transcurren antes de que pueda volver a moverse hacia su furgoneta tiene la sensación de que alguien le está vigilando. Le han… ¿qué? Se le ocurre al hacer girar la llave en el contacto de la Ram y oprimir el acelerador: le han abrazado.

Jack no tiene idea de lo mucho que necesitará el calor de ese abrazo, ni de qué manera se le devolverá, durante la noche siguiente.

Antes que nada, está agotado. Ha tenido la clase de día que, desde luego, *debía*, acabar con un acontecimiento surrealista como el abrazo de un enjambre de abejas: Sophie, Wendell Green, Judy Marshall, Parkus —¡ese cataclismo, ese aluvión!— y la extraña muerte de Mouse Baumann, esas cosas le han puesto tenso, le han dejado inquieto. Le duele el cuerpo y necesita descansar. Al marcharse de French Landing e internarse en el campo amplio y oscuro siente la tentación de detenerse en el arcén y echar una cabezada de media hora. La noche, cada vez más profunda, promete la relajación del sueño, y ese es el problema: podría acabar durmiendo en la furgoneta toda la noche, lo que le dejará adormilado y artrítico en un día que debería estar en plena forma.

Ahora mismo no se encuentra en su mejor momento; ni por asomo, como solía decir su padre, Phil Sawyer. Se le está acabando el gas, otra de las expresiones favoritas de Phil Sawyer, pero cree que puede mantenerse despierto el tiempo suficiente para visitar a Henry Leyden. Puede que Henry haya llegado a un acuerdo con el tipo del canal de deportes; quizá amplíe su mercado y haga mucho más dinero. Henry no necesita más dinero del que tiene, ya que su vida parece perfecta, pero a Jack le gusta la idea de su querido amigo Henry con un montón de pasta. Un Henry con un montón de dinero extra para repartir es un Henry que a Jack le encantaría ver. ¡Imagina la maravillosa ropa que podría comprar!

Jack se imagina yendo a Nueva York con él, alojándose en un hotel agradable como el Carlyle o el Saint Regis, llevándole a media docena de tiendas

de ropa de hombre estupendas, ayudándole a escoger lo que deseara.

A Henry le sienta bien casi todo. Parece mejorar toda la ropa que lleva, la que sea, pues tiene gustos personales y definidos. Henry se decanta por cierto estilo clásico, incluso pasado de moda. Le gusta llevar rayas diplomáticas, cuadros escoceses, tweeds de espiguilla. Le gustan el algodón, el lino y la lana. A veces lleva lazos, chalinas y pañuelos pequeños que le salen del bolsillo de la pechera. Calza mocasines, botines, zapatos de vestir y botas bajas de piel suave y fina. Nunca lleva zapatillas o vaqueros, y jamás le ha visto ponerse una camiseta con algo escrito en la pechera. La cuestión es, ¿cómo un hombre ciego de nacimiento desarrolló unos gustos tan específicos para la ropa?

Jack lo entiende de pronto: *Oh, fue su madre. Claro. Fue ella quien se los inculcó.*

Por alguna razón, semejante certeza amenaza con hacer aflorar lágrimas a los ojos de Jack. *Me pongo demasiado emotivo cuando estoy tan cansado,* se dice. *Ten cuidado, que no se te vaya la mano.* Pero diagnosticar un problema no es lo mismo que curarlo, y es incapaz de seguir su propio consejo. La idea de que Henry Leyden siguiera toda su vida las indicaciones de su madre respecto a la ropa le resulta bonita y conmovedora. Implica una especie de lealtad sin palabras que admira.

Probablemente Henry ha conservado mucho de su madre: su agudeza, su amor por la música, su sensatez, su total falta de autocompasión. La sensatez y la falta de autocompasión forman una combinación estupenda, piensa Jack; sirven en gran medida para definir el coraje.

Porque Henry *es* valiente, recuerda Jack. Henry no tiene miedo de casi nada. Resulta divertido oírle hablar de conducir un coche, y Jack sabe con seguridad que, si le dejaran, su amigo se sentaría sin dudarlo al volante de un Chrysler, pondría en marcha el motor y se iría carretera abajo. No se regocijaría ni alardearía de ello, ya que ese comportamiento no corresponde a su naturaleza; Henry se inclinaría hacia el parabrisas y diría cosas como «Parece que el maíz está alto y bueno para esta época del año» y «Me alegro de que Duane haya conseguido al fin pintar su casa». Y el maíz estaría alto, y Duane Updahl habría pintado su casa recientemente, una información que Henry habría obtenido a través de sus misteriosos sistemas sensoriales.

Jack decide que si llega vivo a la Casa Negra le dará a Henry la oportunidad

de sacar la Ram a dar una vuelta. Puede que acaben boca abajo en una zanja, pero valdrá la pena solo por ver la cara de Henry. Algún sábado por la mañana lo llevará a la Nacional 93 y le dejará conducir hasta el Sand Bar. Si esos hombres perro no atacan a Beezer y Doc y sobreviven al viaje hasta la Casa Negra, deberán tener la oportunidad de disfrutar de la conversación de Henry, que, por raro que parezca, se ajusta perfectamente a la suya. Beezer y Doc *deberían* conocer a Henry Leyden, les encantaría. Después de un par de semanas lo tendrían subido a una Harley, bajando hacia el valle de Norway desde Centralia.

Si *Henry* pudiera ir con ellos a la Casa Negra… Semejante idea llena a Jack de tristeza, porque sabe que nunca podrá ponerla en práctica. Henry se mostraría valiente y decidido, lo sabe, pero lo que más le gusta de la idea es que ambos podrían hablar de lo que habían hecho. Esas charlas —los dos, en una u otra sala de estar, con la nieve cayendo sobre el tejado— resultarían estupendas; sin embargo, Jack no puede poner en peligro a Henry de esa manera.

—Es una estupidez pensar en eso —dice Jack en voz alta, y se da cuenta de que se arrepiente de no haberse mostrado completamente franco y sin reservas con Henry. De ahí, de su silencio pertinaz, procede esta estúpida preocupación. No se trata de lo que no podrá decirle en el futuro, sino de lo que no logró decirle en el pasado. Tendría que haber sido honesto con Henry desde el principio. Tendría que haberle hablado sobre plumas rojas, huevos de petirrojo y su creciente inquietud. Henry le habría ayudado a abrir los ojos, habría ayudado a Jack a resolver su propia ceguera, que era más dañina que la de él.

Todo eso se acabó, decide Jack. Basta de secretos. Puesto que tiene la suerte de contar con un amigo como Henry, demostrará que valora que así sea. A partir de ahora se lo contará todo, incluyendo los antecedentes: los Territorios, Speedy Parker, el hombre muerto en el muelle de Santa Mónica, la gorra de béisbol de Tyler Marshall. Judy Marshall. Sophie. Sí, tiene que hablarle a Henry de Sophie; ¿cómo es posible que todavía no lo haya hecho? Henry se alegrará con él, y Jack se muere de ganas de verlo. La alegría de Henry será diferente de la de cualquier otro. Henry le conferirá a la expresión de esa alegría un delicado, suave y bien intencionado efecto, aumentando por lo tanto la alegría del propio Jack. ¡Qué amigo más increíble, porque es, *literalmente,* increíble! Si uno describiera a Henry a alguien que nunca lo hubiera conocido, parecería eso increíble. ¿Alguien *así,* que vive solo en el culo del mundo? Pero ahí estaba, solo en una

zona completamente oscura del valle de Norway, en el condado de French, Wisconsin, esperando la última entrega de *Casa desolada*. De momento, anticipándose a la llegada de Jack, habría encendido las luces de la cocina y la sala de estar, tal como había hecho durante años en honor de su amada esposa muerta.

No debo de ser tan malo, si tengo un amigo como ese, piensa Jack.

Y se dice: *Realmente, adoro a Henry.*

Ahora, incluso en la oscuridad, todo le resulta bonito. El Sand Bar, iluminado con luces de neón en la vasta extensión del aparcamiento; los árboles larguiruchos e intermitentes que iluminan sus faros después del desvío de la 93; los campos extensos e invisibles; las relucientes bombillas encendidas colgadas como adornos navideños del porche de la Tienda de Roy. El traqueteo al cruzar el primer puente y el giro abrupto hacia las profundidades del valle. A la izquierda de la carretera, apartada, la primera de las granjas brilla en la oscuridad; en las ventanas, las luces arden como velas sacramentales. Todo parece imbuido de un significado superior, todo parece *hablar.* Está transitando, en un instante de silencio sagrado, a través de un bosquecillo sagrado. Recuerda la primera vez que Dale lo llevó a ese valle, y ese recuerdo también es sagrado.

Jack no lo sabe, pero resbalan lágrimas por sus mejillas. La sangre le canturrea en las venas. Las pálidas granjas resplandecen medio ocultas por la oscuridad, y en el linde de esa oscuridad se encuentran los lirios atigrados que le recibieron en su primer día en el valle. Los lirios atigrados relucen bajo sus faros, para luego deslizarse susurrando detrás de él. Su lengua perdida se une a la de los neumáticos que ruedan con entusiasmo y suavidad hacia la cálida casa de Henry Leyden. Mañana puede morir, Jack lo sabe, y quizá esta sea la última noche que le vea. Que él *deba* ganar no significa que *vaya* a ganar: imperios orgullosos y épocas nobles han saboreado la derrota, y tal vez el Rey Colorado salga de la Torre para hacer estragos en un mundo tras otro, diseminando el caos.

Todos pueden morir en la Casa Negra: él, Beezer y Doc. Si eso ocurre, Tyler Marshall no solo será un Transgresor, un esclavo encadenado a un remo en un purgatorio atemporal, sino un Transgresor superior, un Transgresor de energía nuclear que el abbalah utilizará para convertir todos los mundos en hornos llenos de cuerpos quemados. *Por encima de mi cadáver,* piensa Jack, y suelta una risa algo demente… ¡es tan literal!

Qué instante extraordinario: ríe al tiempo que se enjuga las lágrimas. La paradoja hace que de pronto sienta como si lo desgarraran en dos. Belleza y terror, belleza y dolor; no hay manera de resolver el acertijo. Tenso y agotado, Jack no puede evitar ser consciente de la fragilidad esencial del mundo, de su movimiento constante e imparable hacia la muerte, o la certeza más profunda de que en ese movimiento radica la fuente de todo su significado. ¿Ves toda esta belleza que hace detenerse los corazones? Mira bien, porque dentro de un instante tu corazón se *detendrá.*

En el segundo siguiente recuerda el enjambre de abejas doradas que se ha posado encima de él: le consolaban de eso precisamente, precisamente de eso, se dice. La bendición de las bendiciones que desaparecen. Lo que amas, debes amarlo al máximo, porque algún día no estará. Daba la sensación de ser verdad, pero no toda la verdad.

Contra la inmensidad de la noche, ve la figura gigantesca del Rey Colorado sosteniendo en alto a un niño, al que va a utilizar de lupa con la que prender fuego a los mundos para tornarlos basura llameante. Lo que dijo Parkus era cierto: no puede destruir al gigante, pero puede que consiga rescatar al muchacho.

Las abejas han dicho: *Salva a Ty Marshall.*

Las abejas han dicho: *Ama a Henry Leyden.*

Las abejas han dicho: *Ama a Sophie.*

Para Jack, eso se le acerca bastante, es lo bastante correcto. Para las abejas, todas las frases eran la misma. Supone que las abejas también han dicho *Haz tu trabajo, poli de homicidios,* y esa frase era solo ligeramente distinta. De acuerdo, él hará su trabajo. Después de habérsele otorgado un milagro tan grande, no podría hacer otra cosa.

El corazón se le anima al acercarse a casa de Henry. ¿Qué era Henry sino otra clase de milagro?

Esta noche, decide Jack con regocijo, va a hacer partícipe al asombroso Henry Leyden de algo tan emocionante que nunca lo olvidará. Esta noche le contará la historia entera, el relato completo del viaje que hizo a los doce años: las Tierras Arrasadas, Richard *el Racional,* el Agincourt, y el Talismán. No se dejará el bar de Oatley y el Hogar de Sol, ya que esas tribulaciones enloquecerán a Henry. ¡Y Lobo! Henry se va a volver loco con Lobo: le va a divertir hasta las

mismísimas suelas de sus mocasines de ante marrones. Mientras Jack hable, cada palabra que diga será una disculpa por haberse mantenido en silencio durante tanto tiempo.

Y cuando haya acabado de explicarle la historia entera, de explicarla todo lo bien como pueda, el mundo, este mundo, habrá cambiado, ya que otra persona además de él sabrá lo que ocurrió. Jack apenas consigue imaginar qué sentirá al ver el dique de su soledad *arrasado, destruido,* pero pensar en ello le llena de alivio anticipatorio.

Vaya, qué raro… Henry no ha encendido las luces, y su casa se ve oscura y vacía. Debe de haberse quedado dormido.

Sonriendo, Jack apaga el motor y se apea. La experiencia le dice que no tendrá que internarse más de tres pasos en la sala de estar antes de que Henry aparezca y trate de fingir que se ha mantenido despierto todo ese tiempo. En cierta ocasión en que Jack lo encontró en medio de la oscuridad, dijo: «Estaba descansando los ojos». Así pues, ¿qué va a decir esta noche? ¿Que estaba planeando su homenaje por el aniversario de Lester Young y Charlie Parker, y le pareció más fácil concentrarse de ese modo? ¿Que estaba pensando en freír algo de pescado y quería saber si la comida sabe distinta si la cocinas a oscuras? Sea lo que sea, será divertido. ¡Y puede que celebren el nuevo acuerdo de Henry con el canal de deportes!

—¿Henry? —Jack tamborilea en la puerta, para luego abrirla y asomarse al interior—. Henry, farsante, ¿te has dormido?

Henry no responde, y la pregunta de Jack cae en un vacío sordo. No puede ver nada. La habitación es un cristal bidimensional de color negro.

—Eh, Henry, estoy aquí. Amigo, ¡vaya historia tengo para contarte!

Más silencio muerto.

—Eh —dice Jack, y entra. De inmediato, sus instintos le gritan que debería *salir, marcharse, largarse;* pero ¿por qué ha de sentirse así? Se trata de la casa de Henry, eso es todo; ha estado en ella cientos de veces antes, y sabe que o bien Henry se ha quedado dormido en el sofá o ha ido a casa de Jack, y pensándolo bien debe de ser eso lo que ha sucedido. Henry ha recibido una oferta estupenda del representante del canal de deportes y, presa de la excitación —porque hasta Henry Leyden puede excitarse, uno solo tiene que fijarse un poco más que con el resto de la gente—, ha decidido sorprender a Jack en su casa. Al ver que este no

llegaba a las cinco o las seis, ha decidido esperarle. Y ahora mismo estará dormido en el sofá de Jack, seguro.

Todo eso es posible, pero no altera el mensaje que emiten las terminaciones nerviosas de Jack. *¡Vete! ¡Márchate! ¡No quieres estar aquí!*

Llama a Henry otra vez y, como esperaba, le responde el silencio.

El estado de ánimo trascendente que tuvo durante todo el trayecto a través del valle casi ha desaparecido, pero no lo ha notado; sencillamente es cosa del pasado. Si todavía fuera un detective de homicidios, este es el momento en que debería desenfundar el arma.

Jack entra sin hacer ruido en la sala de estar. Percibe dos olores muy fuertes. Uno es el aroma a perfume, y el otro…

Sabe cuál es el otro. Su presencia indica que Henry está muerto. La parte de Jack que no es policía dice que el olor a sangre no significa necesariamente que así sea. Puede que Henry haya resultado herido en una pelea y el Pescador lo haya llevado de un mundo a otro, como hizo con Tyler Marshall. Puede que Henry se encuentre atado en alguna zona de los Territorios, conservado como baza para negociar, o como cebo. Puede que Ty y él estén juntos, esperando el rescate.

Jack sabe que nada de eso es verdad. Henry está muerto, y quien le ha matado es el Pescador. Su trabajo ahora consiste en encontrar el cadáver. Es un poli de homicidios, así que debe actuar como tal. Que la última cosa que desee hacer en el mundo sea ver el cadáver de Henry no cambia la naturaleza de su tarea. El pesar aparece de muchas maneras, pero a Jack Sawyer la clase de pesar que ha ido forjándose en su interior se le antoja hecho de granito. Le hace andar más despacio y apretar las mandíbulas. Cuando se dirige hacia la izquierda y alcanza el interruptor, ese pesar glacial dirige su mano al lugar correcto, como si fuera Henry.

Dado que está mirando hacia la pared cuando se encienden las luces, solo capta el interior de la habitación en su visión periférica, y el daño no parece tan grande como se temía. Una lámpara y una silla están caídas en el suelo; pero cuando Jack vuelve la cabeza dos aspectos de la sala de estar de Henry se le clavan en la retina. El primero es una frase en rojo escrita en la pared color crema de enfrente; el segundo, la gran cantidad de sangre que hay por todas partes. Las manchas de sangre son como un mapa del avance de Henry a través

de la habitación. Las gotas de sangre, como las que deja un animal herido, empiezan en el pasillo y continúan, entre muchas espirales y salpicaduras, hasta el sofá estilo Misión, donde la sangre se aglutina. Otro gran charco de sangre cubre el suelo de madera noble debajo de la mesa larga y baja en que Henry solía dejar el reproductor de discos compactos portátil y apilar los cedes que escuchaba por las noches. Desde la mesa, otra serie de salpicaduras y gotas llevan otra vez al pasillo. Jack cree que Henry debía de haber perdido ya mucha sangre cuando se sintió lo bastante seguro para salir de debajo de la mesa. *Si* así es como ocurrió.

Con Henry ya muerto, o moribundo, el Pescador cogió un trozo de tela —¿su camisa?, ¿un pañuelo?— y lo utilizó a modo de pincel grueso y rígido. Lo mojó en la sangre que hay detrás del sofá, lo levantó chorreando hacia la pared y pintarrajeó unas cuantas letras. A continuación repitió una y otra vez la operación hasta trazar la última letra del mensaje en la pared.

HOLA HOLLYWOOD VEN A POR MI
RC RC RC RC

Pero el Rey Colorado no ha escrito esas iniciales provocadoras, y tampoco Charles Burnside. Quien las ha garabateado en el muro es el amo del Pescador, cuyo nombre, a nuestros oídos, suena algo así como *señor Munshun.*

No te preocupes, iré a por ti muy pronto, piensa Jack.

En este momento preciso, no podría criticársele que saliera de la casa, ya que fuera el aire no apesta a sangre y perfume, y utilizara el teléfono móvil para llamar a la calle Sumner. Quizá Bobby Dulac esté de servicio. Puede que incluso encuentre a Dale en comisaría. Para cumplir con sus obligaciones cívicas solo tiene que pronunciar ocho o nueve palabras. Después de eso, podrá guardar el móvil y sentarse en los escalones de la entrada hasta que los guardianes de la ley y el orden recorran como bólidos el largo sendero de entrada. Habrá muchos, al menos cuatro coches, quizá cinco. Dale tendrá que llamar a los agentes estatales, y Brown y Black tal vez se sientan obligados a llamar al FBI. En unos cuarenta y cinco minutos, el salón de Henry estará lleno de hombres tomando medidas, escribiendo en libretas, poniendo etiquetas de identificación para las pruebas y haciendo fotos de las manchas de sangre. Estará el forense, y también el furgón del departamento de pruebas. Y cuando la primera etapa de las tareas de cada

uno haya terminado, dos hombres con chaqueta blanca entrarán una camilla por la puerta delantera y cargarán en ella lo que coño sea que hayan encontrado.

Jack solo considera esa opción un par de segundos. Quiere saber qué le han hecho a Henry el Pescador y el señor Munshun; ha de verlo, no tiene opción. Un pesar macabro se lo ordena. Y si no obedece las órdenes de ese pesar, jamás volverá a sentirse completamente él mismo.

Su pena, cerrada como una cámara acorazada en torno a su amor hacia Henry Leyden, le impulsa a adentrarse aún más en la habitación. Jack se mueve con lentitud, eligiendo el camino como un hombre que cruzara una corriente y fuera de roca en roca. Está buscando las zonas desnudas en que pueda apoyar los pies. En el otro extremo de la habitación, enormes letras goteantes se burlan de sus progresos.

HOLA HOLLYWOOD

Parecen encenderse y apagarse, como un letrero de neón. HOLA HOLLYWOOD HOLA HOLLYWOOD.

VEN A POR MI
VEN A POR MI

Quiere maldecir, pero el peso de la pena no le permite articular las palabras que flotan en su mente. Al final del pasillo, hacia el estudio y la cocina, Jack pasa por encima de una gran mancha de sangre y vuelve la cabeza hacia el salón y las luces de neón que le distraen.

Solo un leve resplandor penetra en el pasillo. En la cocina reina una oscuridad sólida y monótona. La puerta del estudio está entreabierta, y la luz que se refleja brilla débilmente en la ventana.

El suelo del pasillo aparece cubierto de manchas emborronadas de sangre. No puede evitar pisarlas, y avanza con la mirada fija en la puerta del estudio. Henry Leyden nunca dejaba la puerta abierta: siempre la mantenía cerrada. Henry *era pulcro*. Tenía que serlo: si dejaba la puerta del estudio abierta se daría de bruces contra ella la siguiente vez que fuese a la cocina. Jack se siente más molesto de lo que desearía admitir, puede que más de lo que quiere reconocer, ante el desorden que ha dejado en su estela el asesino de Henry. Ese desorden

representa una auténtica violación, y, en nombre de su amigo, Jack se siente muy dolido.

Llega hasta la puerta, la toca, la abre un poco más. Un hedor concentrado a sangre y perfume pende en el aire. Casi tan oscuro como la cocina, el estudio solo le ofrece la forma borrosa de la consola y los opacos rectángulos de los altavoces pegados a la pared. La ventana de la cocina se cierne como una sábana negra, invisible. Con la mano todavía en la puerta, Jack se acerca y ve, o cree ver, el respaldo de una silla alta y una figura extendida sobre la mesa, delante de la consola. Solo entonces oye el *chun-chun-chun* de la cinta que llega al final de la bobina.

—Ohdiosmío —musita, todo seguido, como si no hubiera estado esperando precisamente algo como lo que tiene delante. Con una certeza terrible e insistente, el ruido de la cinta le recuerda que Henry está muerto. El pesar de Jack sobrepasa el deseo cobarde de salir y llamar a todos los policías de Wisconsin, obligándole a tantear buscando el interruptor. No puede irse; debe ser testigo, como hizo con Irma Freneau.

Sus dedos palpan el interruptor de plástico y se aferran a él. En lo profundo de la garganta nota un regusto amargo y estridente. Acciona el interruptor, y la luz inunda el estudio. Henry está inclinado y sobre el escritorio desde la silla alta de cuero, con una mano a cada lado de su amado micrófono, con la cara apoyada del lado izquierdo. Todavía lleva las gafas oscuras, pero una de las finas patas de metal está doblada. Al principio, todo parece pintado de rojo, ya que la capa prácticamente uniforme de sangre que cubre el escritorio y el equipo ha goteado sobre el regazo y los muslos de Henry. A Henry le han arrancado parte de la mejilla. Le faltan dos dedos de la mano derecha. Por el inventario que ha hecho de los detalles de la habitación, Jack infiere que la mayor parte de la sangre que ha perdido Henry procedía de una herida de la espalda. La ropa empapada tapa la herida, pero hay tanta sangre encharcada, goteando, en el respaldo de la silla como cubriendo la mesa. Casi toda la sangre que hay en el suelo proviene de la mesa. Seguramente el Pescador ha seccionado un órgano interno, o una arteria.

Muy poca sangre, aparte de una fina capa en los controles, ha tocado la grabadora. Jack apenas si recuerda cómo funcionan esas máquinas, pero ha visto a Henry cambiar las bobinas lo bastante a menudo para intuir lo que tiene que hacer. Apaga la grabadora y hace pasar el final de la cinta por la bobina vacía. A

continuación enciende la máquina y acciona el botón de REBOBINAR. La cinta se desliza suavemente por los cabezales, oscilando de una a otra bobina.

—¿Me has grabado una cinta, Henry? —pregunta Jack en voz alta—. Seguro que lo has hecho, pero espero que no hayas muerto contándome lo que ya sé.

La cinta se detiene. Jack oprime el botón de puesta en marcha y contiene la respiración.

En toda su mugiente y arrebolada gloria, George Rathbun grita en los altavoces:

«Es el final de la novena y el equipo local se dirige a las duchas, compañero. ¡Pero el juego no habrá ACABADO hasta que el último hombre CIEGO haya MUERTO!»

Jack se deja caer contra la pared.

Henry Shake entra en la habitación y le dice que llame al Centro Maxton. La Rata de Wisconsin asoma la cabeza y le grita algo sobre la Casa Negra. El Jeque el Jaque y George Rathbun mantienen una breve discusión, que gana el Jaque. Es demasiado para Jack: no puede parar de llorar, ni lo intenta. Deja fluir las lágrimas. La última actuación de Henry le emociona enormemente. Es tan *munífica,* tan *pura,* tan puramente Henry. Henry Leyden se mantuvo vivo recurriendo a sus diferentes personalidades, y éstas han hecho su trabajo. Constituían un grupo fiel, George y el Jeque y la Rata, y se hundieron con el barco, aunque no es que tuviesen muchas opciones. Henry Leyden reaparece, y en una voz más débil cada vez dice que Jack puede ganar a la *vanidad* y la *estupidez.* La voz moribunda de Henry dice que tuvo una vida genial; luego se convierte en un susurro y pronuncia tres palabras preñadas de grata sorpresa: *Ah, Alondra. Hola.* Jack capta la sonrisa tras esas palabras.

Llorando, Jack sale con paso vacilante del estudio. Desea hundirse en una silla y llorar hasta que no le queden lágrimas, pero no puede fallarle tanto a Henry, ni puede fallarse a sí mismo. Recorre el pasillo, se enjuga los ojos y espera que la pena glacial le ayude a lidiar con el sufrimiento. También le ayudará a enfrentarse a la Casa Negra. No ha de disuadir o desviar la pena; esta surte el mismo efecto que el acero en su columna.

El fantasma de Henry Shake susurra:

—Jack, ese pesar nunca va a abandonarte. ¿Te das cuenta de eso?

—No permitiría que fuese de otro modo.

—Ya lo sabes. Adondequiera que vayas, hagas lo que hagas. Al trasponer cada umbral. Con cada mujer. Si tienes hijos, con tus hijos. Lo oirás en toda la música que escuches, lo verás en cada libro que leas. Formará parte de lo que comas. Contigo para siempre. En todos los mundos. En la Casa Negra.

—Yo soy ese pesar, y él es yo.

Los susurros de George Rathbun son el doble de audible que los del Jeque el Jaque:

—Bueno, pues maldita sea, hijo, ¿puedo oírte decir D'YAMBA?

—D'yamba.

—Creo que ahora sabes por qué te abrazaron las abejas. ¿No tienes que hacer una llamada de teléfono?

Así es; pero no puede pasar más tiempo en esa casa empapada de sangre, tiene que salir a la cálida noche estival. Sin preocuparse de dónde pisa, Jack atraviesa la sala de estar y traspone el umbral de la puerta principal. El pesar camina con él, pues él es ese pesar, y el pesar es él. El vasto firmamento pende muy por encima de su cabeza, tachonado de estrellas. Saca el fiel teléfono móvil.

Y ¿quién contesta el teléfono en la comisaría de policía de French Landing? Arnold *Linterna* Hrabowski, por supuesto, que estrena apodo y acaba de ser readmitido en el cuerpo. Las noticias de Jack llenan de agitación a *Linterna* Hrabowski. ¿Qué? ¡Caramba! ¡Oh, no! ¡Oh! ¿Quién iba a creer algo así? No me diga. Sí, señor. Me encargaré de eso enseguida, se lo prometo.

Así que mientras el que fuera el Húngaro Loco trata de que no le tiemblen la voz y las manos al marcar el número de casa del jefe y pasar el doble mensaje de Jack, el propio Jack se aleja de la casa de Henry recorriendo el sendero en su vehículo, se aleja de todo lo que le recuerde a los seres humanos, y se adentra en un prado cubierto de alta hierba amarilla y verde. El pesar le guía, pues sabe mejor que él lo que necesita.

Antes que nada, necesita descansar. Dormir, si eso es posible. Un sitio blando en el suelo, lejos del inminente bramar de luces rojas y sirenas y policías furiosos e hiperactivos. Alejado de toda la desesperación. Un sitio en que un hombre pueda apoyar la cabeza y disfrutar de una visión representativa de los cielos locales. Cuando ha recorrido un kilómetro encuentra un sitio así entre un maizal y el principio pedregoso de las boscosas colinas. Su apenada mente le dice al cuerpo apenado y exhausto que se tienda y se ponga cómodo, y el cuerpo

obedece. Por encima de él, las estrellas parecen vibrar y difuminarse, aunque, claro está, las estrellas de verdad en los cielos auténticos, familiares, no actúan de esa manera, por lo que debe de tratarse de una ilusión óptica. Jack se tiende y la almohada de hierba que hay debajo de él parece ajustarse perfectamente alrededor, aunque eso, también, debe de ser una ilusión, ya que todo el mundo sabe que en la vida real el suelo en sí suele ser obstinado, inflexible y duro como una piedra. La mente apenada de Jack Sawyer le dice a ese cuerpo suyo que es puro pesar dolorido que se duerma y, aunque parezca imposible, el cuerpo consigue quedarse dormido.

En cuestión de minutos, el cuerpo dormido de Jack Sawyer sufre una sutil transformación. Los bordes parecen desdibujarse, los colores —el trigo de su cabello, el tostado claro de la chaqueta, el marrón de los zapatos— se tornan más pálidos. Una extraña translucidez, una neblina o bruma, interviene en el proceso. Es como si pudiésemos otear a través de la masa nubosa e indistinta del cuerpo que respira lentamente, para ver las blandas briznas aplastadas de hierba que forman el colchón. Cuanto más escudriñamos, más claramente podemos apreciar la hierba de debajo, ya que su cuerpo se vuelve cada vez más vago. Al final solo se trata de un brillo en la hierba, y para cuando la almohadilla de color verde con forma de Jack se ha enderezado, el cuerpo que le había conferido forma hace rato que ha desaparecido.

25

Oh, olvidémonos de eso. Ya sabemos adonde ha ido Jack Sawyer tras desaparecer del linde del maizal. Y también sabemos con quién es casi seguro que se encuentre al llegar allí. Basta ya de todo eso. ¡Queremos alegría, queremos diversión! Por suerte para nosotros, ese juerguista encantador, Charles Burnside, en quien uno siempre puede confiar para que ponga un almohadón de esos que hacen ruido al sentarse en la silla del gobernador durante un banquete, o para que eche un poco de salsa picante en el estofado, o para que se tire un pedo durante la oración, emerge en este momento de la taza de un váter de uno de los lavabos de hombres del ala Margarita. Observamos que el viejo Burny, nuestro Burn-Burn, sujeta las tijeras de podar de Henry Leyden contra el pecho con los dos brazos, de hecho las acuna, como quien sostiene a un bebé. De una fea herida que tiene en el huesudo brazo derecho le mana sangre, que desciende hasta el codo. Cuando consigue apoyar un pie, calzado con la zapatilla de otro residente, en el borde de la taza, se iza y sale, tambaleándose un poco. Su boca se retuerce en una mueca y sus ojos parecen agujeros de bala, pero no creemos que él acarree el peso de una gran pena. La sangre le empapa los bajos del pantalón y la pechera de la camisa, oscurecida por la sangre que mana de una herida de navaja en el abdomen.

Con un gesto de dolor, Burny abre la puerta del retrete para cruzar el vacío servicio de hombres. Los fluorescentes del techo se reflejan en el largo espejo situado encima de la hilera de lavabos; gracias a Butch Yerxa, que está trabajando un turno doble porque el tío al que le tocaba el de noche se ha presentado borracho, las baldosas blancas del suelo relucen. Contra toda esa brillante blancura, la sangre de la ropa y el cuerpo de Charles Burnside se ve de

un rojo radiante.

Burny quita la camisa y la arroja a uno de los lavabos antes de caminar penosamente, arrastrando los pies, hacia el extremo de los retretes, donde hay un pequeño armario señalizado con un trozo de esparadrapo en el que alguien ha escrito VENDAS. Los viejos tienen cierta tendencia a caerse en los cuartos de baño, y el padre de Chipper fue lo bastante considerado para instalar ese armarito donde creyó que podía ser necesario. Gotas de sangre han salpicado las baldosas blancas.

Burny arranca un puñado de toallas de papel del dispensador, las empapa en agua fría y las deja en el borde del lavabo más cercano. Luego abre la puerta del armario de las vendas, coge un rollo ancho de esparadrapo y un puñado de apósitos de gasa y corta una tira de esparadrapo de unos quince centímetros. Se limpia la sangre de la piel alrededor de la herida del vientre y presiona sobre esta con las toallas de papel mojadas. A continuación tapona la herida con unas gasas. Con torpeza, coloca la tira de esparadrapo sobre las gasas. Después, procede a limpiarse y curarse del mismo modo la herida del brazo.

Remolinos y churretones de sangre cubren ahora las baldosas blancas.

Se dirige a la hilera de lavabos y deja correr agua fría sobre la camisa. El agua se vuelve roja. Burny sigue frotando la vieja camisa bajo el agua que cae del grifo hasta que queda de un tono rosado solo un poco más subido que su propia piel. Satisfecho, escurre la camisa, la sacude una o dos veces y se la vuelve a poner. Le da igual que se le pegue al cuerpo. Solo está interesado en que su aspecto sea mínimamente aceptable, no le importa la elegancia; en la medida de lo posible, quiere pasar inadvertido. Los bajos de sus pantalones están empapados en sangre y las zapatillas de Elmer Jesperson están mojadas y teñidas de un rojo oscuro, pero cree que la mayoría de la gente no se molestará en mirarle los pies.

En su interior, una voz áspera no deja de decir: *¡Máz rrápido, Burn-Burn, máz rrápido!*

El único error que comete Burny es que, mientras se abotona la camisa mojada, se mira en el espejo. Lo que ve le sorprende tanto que le hace dar un respingo. A pesar de su fealdad, Charles Burnside siempre ha estado de acuerdo con la imagen que le devolvían los espejos. En su opinión, tiene el aspecto del tipo capaz de todo: malicioso, impredecible y astuto. El hombre que le mira

ahora desde el espejo no se parece en absoluto al tío ladino que Burny recordaba. Al hombre que tiene delante se le ve apagado, ajado y gravemente herido. Ojos hundidos y enrojecidos, mejillas como cráteres, venas que se le retuercen en la coronilla pelada como la de una calavera…, eso es lo que ve; hasta la nariz parece más huesuda y torcida que nunca. La típica pinta de viejo que asusta a los niños.

Deberríaz freírrlos, Burn-Burn. Ez hora de ponerrze en marrcha.

En realidad no puede tener tan mal aspecto, ¿verdad? Si lo tuviera, lo habría notado mucho antes. No, no era con ese aspecto con el que Charles Burnside se enfrentaba al mundo. Ese servicio es demasiado blanco, maldita sea, eso es todo. Una blancura tan intensa le hace a uno verse blanco como la nieve. Le hace verse esquelético como un conejo. El horror del espejo se acerca un paso y las manchas de la piel parecen oscurecerse. El espectáculo de sus dientes le obliga a cerrar la boca.

Entonces su patrón es como un anzuelo de pesca clavado en su mente, que le arrastra hacia la puerta y murmura *ya, ez horra, ya ez horra.*

Burny sabe por qué *ez horra:* el señor Munshun quiere volver a la Casa Negra. El señor Munshun procede de algún lugar increíblemente distante de French Landing, y en ciertas partes de la Casa Negra, que construyeran juntos, se siente como en ese mundo que es su hogar. Se trata de las partes más profundas, que Charles Burnside apenas visita, y que le hacen sentirse hipnotizado, debilitado por la ansiedad y que le revuelven el estómago. Si trata de imaginarse el mundo que vio nacer al señor Munshun, tiene visiones de un paisaje oscuro y pedregoso, alfombrado de calaveras. En las laderas desnudas y en los picos se levantan casas semejantes a castillos, que cuando uno parpadea cambian de tamaño o se desvanecen. Desde los desfiladeros tenebrosos llega una cacofonía de ruidos industriales mezclada con los llantos y gritos de niños torturados.

Burnside también está ansioso por volver a Black House, pero por los sencillos placeres del primer grupo de habitaciones, don de puede descansar, comer alimentos en conserva y leer sus borradores. Revive el olor especial que envuelve esas habitaciones, una mezcla de putrefacción, sudor, sangre seca, moho, alcantarillas… Si pudiese destilar ese olor, lo llevaría como si fuese una colonia. Además, una dulce y pequeña presa llamada Tyler Marshall está encerrada en una estancia situada en otra capa de la Casa Negra —y en otro

mundo—, y Burny no puede esperar para atormentar al pequeño Tyler, para recorrer con sus arrugadas manos la deliciosa piel del muchacho. A Burny Tyler Marshall le *encanta.*

Sin embargo, todavía quedan placeres que cosechar en este mundo, y *ez horra* de acudir a ellos. Burny mira a través de una rendija de la puerta del servicio y ve que Butch Yerxa ha sucumbido al cansancio y a los bocadillos de la cafetería. Está en su silla como una muñeca de tamaño desmesurado, con los brazos encima de la mesa de despacho y la gruesa barbilla descansando sobre lo que sería el cuello en una persona normal. Aquella práctica piedra pintada se encuentra a unos centímetros de la mano derecha de Butch, pero Burny no la necesita, porque ha conseguido un instrumento mucho más versátil. Le gustaría haber descubierto mucho antes el potencial de las tijeras de podar. En lugar de una hoja, uno dispone de dos. Una arriba, otra abajo, *¡snick-snick!* ¡Y qué afiladas! No tenía intención de amputar los dedos del ciego. En ese momento consideraba las tijeras como una variedad grande, primitiva, de arma blanca, pero cuando el tipo le hirió en el brazo, movió las tijeras hacia el ciego y le cortaron los dedos prácticamente solas, tan fácil y suavemente como los antiguos carniceros de Chicago cortaban las tiras de beicon.

Chipper Maxton será una diversión. Se merece lo que va a recibir, además. Burny imagina que Chipper es responsable de la forma en que él se ha deteriorado. El espejo le ha dicho que pesa unos cinco kilos menos de los que debería, o puede incluso que siete u ocho, y no habría de sorprenderle teniendo en cuenta la porquería que sirven en la cafetería. Burny cree que Chipper ha estado esquilmando en la comida, del mismo modo que esquilma en todo lo demás. El estado, el gobierno, la seguridad social, las aseguradoras; Chipper roba de todos ellos. Un par de veces en las que pensó que Charles Burnside estaba demasiado ido para saber qué estaba pasando, Maxton le había hecho firmar formularios conforme se había sometido a alguna operación, de próstata, de pulmón, de lo que fuera. De la manera que Burny lo ve, la mitad de lo que el seguro médico había pagado debería haber sido para él. Era su nombre el que aparecía en el formulario, ¿o no?

Burnside sale al pasillo y avanza penosamente hacia la sala, dejando tras de sí huellas ensangrentadas que sus zapatillas empapadas imprimen como si se tratara de tampones humedecidos en tinta. Dado que tiene que pasar por delante

del mostrador de las enfermeras, se embute las tijeras en la cintura del pantalón y las tapa con la camisa. Por encima del mostrador, Burnside ve las mejillas flácidas, las gafas de montura dorada y el pelo color lavanda de esa vieja bruja inútil llamada Georgette Porter. Piensa que las cosas podrían ser peores. Desde que entró en la D18 y le encontró masturbándose completamente desnudo en el centro de la habitación, Georgette Porter se ha sentido aterrorizada en su presencia.

Ella mira en su dirección, parece que reprime un escalofrío y vuelve a concentrarse en lo que sea que esté haciendo con las manos. Está tejiendo, seguramente, o leyendo una novela de crímenes de esas en las que un gato resuelve el caso. Burny se detiene cerca del mostrador y considera utilizar las tijeras en la cara de Georgette, pero decide que no vale la pena el gasto de energía. Cuando llega al mostrador, mira por encima y comprueba que la mujer sostiene un libro barato en las manos, tal como había pensado.

Georgette alza la mirada hacia él con expresión profundamente suspicaz.

—Vaya pinta tan encantadora tienes esta noche, Georgie —dice él.

Ella mira hacia el pasillo, luego a la sala y se da cuenta de que debe enfrentarse con Burny sola.

—Debería estar en su habitación, señor Burnside. Es tarde.

—Ocúpate de tus asuntos, Georgie. Tengo derecho a dar un paseo.

—Al señor Maxton no le gusta que los residentes vayan de un ala a otra del edificio, así que, por favor, quédese en Margarita.

—¿Está el gran jefe aquí esta noche?

—Creo que sí.

—Bien.

Burny se vuelve y continúa hacia la sala.

—¡Espere! —le grita Georgette.

El mira hacia atrás. La enfermera se ha puesto de pie, señal inconfundible de que está muy preocupada.

—No irá a molestar al señor Maxton, ¿verdad?

—Dí algo más y te molestaré *a*, *ti.*

Georgette se lleva una mano al cuello y finalmente se fija en el suelo. Se queda boquiabierta y enarca las cejas.

—Señor Burnside, ¿qué tiene en las zapatillas? ¿Y en los bajos de los

pantalones? ¡Lo está esparciendo por todas partes!

—No puedes mantener la boca cerrada, ¿verdad?

Con gesto sombrío, Burny vuelve hacia el mostrador de las enfermeras. Georgette Porter retrocede hasta la pared, y cuando se da cuenta por fin de que podía haber intentado escapar, Burny ya está delante de ella. La mujer aparta la mano del cuello y la levanta frente a sí como si le diera el alto.

—¡Zorra estúpida! —masculla Burnside. Se arranca las tijeras del cinturón, agarra las empuñaduras y le corta los dedos con la misma facilidad que si fueran ramitas—. Estúpida.

Georgette está tan azorada ante lo que ocurre, que es incapaz de mover un músculo. Tiene la mirada fija en la sangre que borbotea de los cuatro muñoncitos de su mano.

—Maldita idiota. —Burny abre las tijeras y clava una de las hojas en la garganta de Georgette, que emite un gorgoteo apagado y trata de cogerlas con las manos; pero él se las arranca del cuello y las dirige hacia su cabeza. Georgette sacude las manos delante de su cara esparciendo sangre por todas partes. La expresión de Burny es la de un hombre que finalmente admite que tiene que limpiar la caja del gato. Pone la hoja húmeda ante el ojo derecho de la mujer y la hunde en él. Georgette ha muerto antes de que su cuerpo resbale hasta el suelo por la pared en la que estaba apoyada.

Diez metros más allá, por el pasillo, Butch Yerxa murmura algo en sueños.

—Nunca escuchan —se dice Burny—. Uno lo intenta una y otra vez, pero al final siempre se lo buscan. Lo cual demuestra que era lo que querían, como esos estúpidos mierdecillas de Chicago. —Arranca la hoja de las tijeras de la cabeza de Georgette y la limpia en el hombro de la blusa de esta. El recuerdo de un par de aquellos mierdecillas de Chicago le hace sentir un cosquilleo en el miembro, que empieza a ponérsele tieso en los viejos y colgantes pantalones. *¡Hola hola!* Ah…, vaya magia tienen esos recuerdos tan tiernos. Aunque, como hemos visto, Charles Burnside disfruta de una ocasional erección mientras duerme, en sus horas de vigilia son tan raras que casi rozan la inexistencia, y a punto está de bajarse los pantalones y ver qué puede hacer al respecto. Pero ¿y si Yerxa se despierta? Asumiría que *Georgette Porter,* o al menos su cadáver, ha excitado el deseo largo tiempo apagado de Burny. Eso no le gustaría, en absoluto. Hasta un monstruo tiene su orgullo. Más le vale continuar hasta el despacho de Chipper

Maxton y confiar en que su herramienta no se ponga flácida antes de que llegue el momento de martillear en el clavo.

Burny se mete las tijeras en la parte posterior de la cintura de los pantalones y se tironea de la camisa para separársela del cuerpo. Recorre el pasillo del ala Margarita arrastrando los pies, cruza el desierto vestíbulo y se dirige hacia la puerta bruñida que antaño ostentara una placa de bronce en que se leía WILLIAM MAXTON, DIRECTOR. La abre con ademán reverente, rememorando la imagen de un niño de diez años muerto mucho tiempo atrás llamado Hermán Flagler, a quien también se conocía por *Poochie* y que fue una de sus primeras conquistas. ¡Poochie! ¡El tierno Poochie! Aquellas lágrimas, aquellos sollozos de dolor y gozo mezclados, aquel rendirse con absoluta indefensión; la leve capa de suciedad en las rodillas rasguñadas de Poochie y en sus flacos antebrazos. Lágrimas ardientes; un chorro de orina de su aterrorizado capullito.

Chipper no va a producirle una dicha semejante, pero está claro que va a provocarle *algo.* De todas formas, Tyler Marshall sigue atado y a la espera en la Casa Negra, tan indefenso como alguien pueda estarlo.

Charles Burnside recorre lenta y pesadamente el cubículo sin ventanas de Rebecca Vilas con la mente fija en las nalgas pálidas y llenas de hoyuelos de Poochie Flagler. Coloca una mano en el pomo de la puerta siguiente, se concede unos instantes para calmarse y hace girar el pomo sin producir ruido alguno. La puerta se abre solo lo suficiente para revelar la presencia de Chipper Maxton, único monarca de este reino, inclinado sobre su escritorio, con la cabeza apoyada en un puño y utilizando un lápiz amarillo para hacer anotaciones en dos fajos de papeles. El vestigio de una sonrisa suaviza el tenso mohín de su boca; sus ojos húmedos traicionan la insinuación de un brillo; el ajetreado lápiz se desliza de un montón de papeles a otro, trazamos minúsculas señales. Tan felizmente absorto está Chipper en su tarea que no se percata de que ya no se encuentra solo hasta que su visitante entra en la habitación y cierra la puerta de una patada hacia atrás.

Ante el ruido que produce el golpe, Chipper alza una mirada de sorpresa e irritación y observa la figura que tiene delante. Su actitud cambia casi de inmediato para convertirse en un malicioso y desagradable entusiasmo que a él se le antoja encantador.

—¿En el sitio del que usted procede no llaman a la puerta, señor Burnside?

Solo irrumpen a través de ellas, ¿no es así?

—Irrumpimos por ellas —apunta su visitante.

—No importa. Lo cierto es que tenía la intención de hablar con usted.

—¿Hablar conmigo?

—Sí. Siéntese, ¿quiere? Me temo que quizá nos veamos en un pequeño problema, y quisiera considerar ciertas posibilidades.

—Oh —suelta Burny—. Un problema. —Se tironea de la camisa en el pecho y avanza pesadamente, dejando tras de sí unas huellas cada vez más débiles que a Maxton le pasan inadvertidas.

—Tome asiento —le dice Chipper indicando la silla ante su escritorio—. Amárrese a su noray y deje reposar los huesos. —Semejante expresión procede de Franky Shellbarger, el agente de préstamos del banco First Farmer, que siempre la utiliza en las reuniones locales del Club de Rotarios, y aunque Chipper Maxton no tiene ni idea de lo que es un noray, le parece que suena de coña—. Viejo amigo, usted y yo debemos hablar pero que muy en serio.

—Ah —responde Burny, y se sienta con la espalda rígida por culpa de las tijeras de podar—. *Muy en zerrio.*

—Ajá, esa es la idea. Eh, ¿no está mojada esa camisa? ¡Lo está! No podemos permitir eso, amigo mío…, podría usted pillar un resfriado y morirse, y a ninguno de los dos nos gustaría que eso ocurriese, ¿verdad? Necesita una camisa seca. Déjeme ver qué puedo hacer por usted.

—No te molestes, mono gilipollas.

Chipper Maxton ya se ha puesto en pie y se está alisando la camisa. Queda momentáneamente paralizado al oír las palabras del anciano, pero se recobra con rapidez, esboza una sonrisa y dice:

—Quédese ahí, Chicago.

Aunque la mención de su ciudad natal hace que sienta un hormigueo recorriendo su columna vertebral, Burnside no delata nada cuando Maxton rodea su escritorio y cruza el despacho. Observa al director salir de la habitación. *Chicago.* Donde Poochie Flagler y Sammy Oteen y Ferd Erogan y todos los demás habían vivido y muerto, que Dios los bendiga. Tallos de grano, briznas de hierba, tan abyectos tan hermosos tan tentadores. Con sus sonrisas y sus gritos. Como todos los niños blancos de barriada, eran del más puro y pálido marfil bajo la costra de suciedad, del blanco como de pescado de los pobres de la

ciudad, de los que pronto iban a descarriarse. Los huesos esbeltos de sus omóplatos, que sobresalían como queriendo rasgar la fina capa de carne. El viejo miembro de Burny se estremece y endurece como si recordase los juegos retozones de antaño. *Tyler Marshall,* canturrea con suavidad para sí. *Lindo y pequeño Ty, tú y yo vamos a divertirnos un poco antes de que te entregue al jefe, sí que lo haremos, ya lo verás.*

Oye un portazo detrás de sí que le arranca de sus eróticas ensoñaciones; pero su vieja mula, su viejo aparato, permanece despierto y dispuesto a dar lo mejor de sí, tan audaz y desenvuelto como lo estuviera en los tiempos gloriosos.

—En el vestíbulo no hay nadie —se queja Maxton—. Apuesto a que esa vieja bruja…, ¿cómo se llama?…, Porter, Georgette Porter, estará en la cocina poniéndose morada, y Butch Yerxa profundamente dormido en su silla. ¿Qué se supone que he de hacer, registrar las habitaciones en busca de una camisa seca?

Pasa a grandes zancadas junto a Burnside, levanta las manos y se deja caer en la silla. No es más que una actuación, pero Burny las ha visto mucho mejores. Chipper no puede intimidarle, ni aun cuando sepa unas cuantas cosas sobre *Chicago.*

—No necesito otra camisa —dice—. Lameculos.

Chipper se reclina en el asiento y junta las manos por detrás de la cabeza. Sonríe ampliamente; ese paciente le divierte, es todo un personaje.

—Bueno, bueno. No hay necesidad de insultar a nadie. Ya no me engañas, viejo amigo. No me trago tu numerito del Alzheimer. De hecho, no me trago nada de nada. —Se muestra afable y relajado y rezuma la confianza de un jugador con cuatro ases en la mano. Burny se figura que está preparándole para alguna clase de timo o chantaje, lo cual vuelve el momento aún más delicioso.

—Sin embargo, tengo que concedértelo —continúa Chipper—. Engañaste a todo el mundo, yo incluido. Ha de requerir una disciplina increíble fingirse en una etapa avanzada del Alzheimer. Todo eso de derrumbarse en la silla, permitir que te den comida de bebé, cagarte en los pantalones. Pretender que no comprendes qué dice la gente.

—No estaba fingiendo, zopenco.

—Así pues, no es de sorprender que representaras una recuperación… ¿Cuándo fue eso? ¿Hace un año, más o menos? Yo habría hecho lo mismo. Me refiero a que una cosa es fingir, pero otra bien distinta convertirse en un vegetal.

De modo que tenemos un pequeño milagro, ¿no es así? El proceso del Alzheimer se va invirtiendo de manera gradual, viene y se va, igual que un resfriado. Algo que le está bien a todo el mundo. Tú acabas caminando por ahí y dando el peñazo, y para el personal supone menos trabajo. Sigues siendo uno de mis pacientes favoritos, Charlie. ¿O debería llamarte Carl?

—Me importa una mierda cómo me llames.

—Pero Carl es tu verdadero nombre, ¿no?

Burny ni siquiera se encoge de hombros. Confía en que Chipper vaya al grano antes de que Butch Yerxa se despierte, advierta las huellas de sangre y descubra el cuerpo de Georgette Porter, porque, mientras que el relato de Maxton le interesa, quiere regresar a la Casa Negra sin *excesivas* interferencias. Y es probable que Butch Yerxa se resistiera de una manera decente.

Haciéndose la ilusión de que en su juego del gato y el ratón él es el gato, Chipper mira con una sonrisa al anciano de la mojada camisa rosa y prosigue.

—Un detective del estado me ha llamado esta mañana. Dice haber recibido del FBI la identificación de una huella dactilar. Pertenecía a un hombre malo, muy malo, llamado Carl Bierstone, a quien se busca desde hace casi cuarenta años. En 1964 fue sentenciado a muerte por matar a un par de niños a los que molestó, solo que huyó del coche en que le llevaban a prisión, no sin antes matar a dos guardas con las propias manos. Desde entonces no ha habido rastro de él. Ahora tendría ochenta y cinco años, y al detective se le ha ocurrido que Bierstone podría ser uno de nuestros residentes. ¿Qué tienes que decir al respecto, Charles?

Nada, evidentemente.

—Charles Burnside se parece bastante a Carl Bierstone, ¿no? —prosigue Chipper—. Y no tenemos antecedentes tuyos, ni uno. Eso te convierte en un residente único aquí. De todos los demás tenemos prácticamente un condenado árbol genealógico, pero tú pareces salido de la nada. La única información de que disponemos es tu edad. Cuando apareciste en el Hospital General de La Riviere en 1996 afirmaste tener setenta y ocho. Eso te pondría en la misma edad que nuestro fugitivo.

Burny le brinda una sonrisa verdaderamente inquietante.

—Supongo que entonces también debo de ser el Pescador —dice.

—Tienes ochenta y cinco años. No te creo capaz de arrastrar a un puñado de

crios por medio condado, pero sí creo que eres ese Carl Bierstone, y los polis aún están ansiosos por ponerte las manos encima. Lo cual me lleva a una carta que llegó hace unos días. Tenía la intención de hablar del tema contigo, pero ya sabes cuan ajetreadas andan las cosas por aquí. —Abre un cajón del escritorio y extrae una simple hoja amarilla arrancada de un bloc. Contiene un breve mensaje pulcramente mecanografiado—. «De Pere, Wisconsin», dice. No lleva fecha. «A quien pueda interesar», empieza. «Lamento informarle de que no voy a poder continuar afrontando los pagos mensuales en beneficio de mi sobrino, Charles Burnside.» Eso es todo. En lugar de firmar, escribió a máquina su nombre. «Althea Burnside.»

Chipper deja delante de sí el papel amarillo y cruza las manos sobre él.

—¿Qué pasa aquí, Charles? —prosigue—. No hay ninguna Althea Burnside viviendo en De Pere, eso lo sé. Y es imposible que fuese tu tía, porque ¿qué edad tendría? Por lo menos cien años. O más bien ciento diez. No me lo creo. Sin embargo, esos cheques han estado llegando puntualmente desde el primer mes que pasaste aquí en el Centro Maxton. Algún colega, algún antiguo socio tuyo, ha estado cuidando de ti, amigo mío, y queremos que continúe haciéndolo, ¿no es así?

—A mí me da lo mismo, lameculos. —Eso no es exactamente cierto. Todo cuanto Burny sabe de los pagos mensuales es que el señor Munshun los dispuso tiempo atrás, y si esos pagos van a interrumpirse, bueno… ¿qué es lo que va a acabarse con ellos? Él y el señor Munshun están en eso juntos, ¿no?

—Vamos, amiguito —dice Chipper—. Puedes hacerlo mejor. Lo que busco es un poco de cooperación por tu parte. Estoy seguro de que no quieres pasar por todo el jaleo y las molestias de que te pongan bajo custodia, te tomen las huellas dactilares y lo que sea que pase después. Y yo, hablando personalmente, no querría hacerte pasar por todo eso. Porque aquí la verdadera rata es tu amigo. Desde luego, en mi opinión ese tipo, sea quien sea, está olvidándose de que tú probablemente tienes algo que ocultar sobre él de los viejos tiempos, ¿correcto? Y está pensando que ya no necesita asegurarse de que sigas disponiendo de tus pequeñas comodidades. Solo que eso es un error. Apuesto a que podrías conseguir que el tipo cambiase de opinión, que comprendiera la situación.

La mula de Burny, su vieja herramienta, se ha ablandado y desinflado como un globo, lo que hace que aumente su pesimismo. Desde que entró en el

despacho de ese empalagoso sinvergüenza, ha perdido algo vital: la determinación, la sensación de inmunidad, la agudeza. Desea regresar a la Casa Negra. La Casa Negra le restablecerá, ya que es pura magia, magia *oscura*. La amargura de su alma formó parte de su construcción; la negrura de su corazón impregnó cada viga, cada vigueta.

El señor Munshun ayudó a Burny a ver las posibilidades de la Casa Negra y contribuyó con muchísimos detalles de su propia invención. Hay zonas de la Casa Negra que Charles Burnside nunca ha llegado a comprender del todo, y que le atemorizan, y mucho: un ala subterránea parece contener su carrera secreta en Chicago, y cuando se acerca a esa parte de la casa oye los gemidos de clemencia y los gritos de un centenar de niños condenados, así como sus propios bramidos al mandar, sus gruñidos de éxtasis. Por alguna razón, la proximidad de sus triunfos de antaño hace que se sienta pequeño y acorralado, un marginado en lugar de un señor. El señor Munshun le había ayudado a recordar la magnitud de su logro, pero el señor Munshun no le había sido de utilidad en otra zona de la Casa Negra, una pequeña, de una habitación como mucho, más exactamente un sótano, que alberga la totalidad de su infancia, y que nunca, jamás, ha visitado. La mínima insinuación de la existencia de esa estancia le hace sentirse como un bebé dejado en el exterior para morir congelado.

La noticia de la deserción de la ficticia Althea Burnside ha surtido una versión menor del mismo efecto. Lo cual es intolerable, y Burny no necesita, de hecho no puede, soportarlo.

—Ajá —dice—. Vamos a dejar las cosas bien claras. Lleguemos a un entendimiento.

Se levanta de la silla, y un sonido que parece proceder del centro de French Landing le obliga a darse prisa. Es el ulular de sirenas policiales, al menos dos, quizá tres. Burny no lo sabe con seguridad, pero supone que Jack Sawyer ha descubierto el cadáver de su amigo Henry, solo que Henry no estaba lo que se dice perfectamente muerto y se las ha apañado para hacerle saber que ha reconocido la voz de su asesino. De modo que Jack ha llamado a la pasma y esta ya está aquí.

Su siguiente paso le lleva hasta la parte frontal del escritorio. Les echa un vistazo a los papeles que hay encima del mismo y al instante capta su significado.

—Conque amañando los libros, ¿eh? No solo eres un lameculos, sino que también te dedicas a hacer sucios malabarismos con los números.

En un lapso de tiempo asombrosamente breve, el rostro de Chipper Maxton registra una variedad tremenda de estados anímicos. Ira, sorpresa, confusión, orgullo herido, rabia e incredulidad se persiguen en el paisaje de sus facciones cuando Burnside se lleva una mano a la espalda y hace aparecer las tijeras de podar. En el despacho parecen más grandes y más agresivas de lo que lo hicieran en la sala de estar de Henry Leyden.

A Chipper las hojas se le antojan tan largas como guadañas, y cuando aparta la mirada de ellas para alzarla hasta el anciano que tiene delante, ve un rostro más demoníaco que humano. Los ojos de Burnside son de un rojo reluciente, y sus labios se curvan para revelar unos dientes atroces y que brillan como fragmentos de un espejo roto.

—Atrás, colega —chilla Chipper—. La policía está prácticamente en el vestíbulo.

—No estoy sordo. —Burny hunde una de las hojas en la boca de Chipper y le cierra las tijeras de podar en la sudorosa mejilla. La sangre cae a chorros sobre el escritorio y Chipper abre desmesuradamente los ojos. Burny tira de las tijeras, y varios dientes y un trozo de la lengua de Chipper salen disparados de la herida que es como un bostezo. Chipper se endereza y se inclina para agarrar las hojas, pero Burnside retrocede y le rebana la mitad de la mano derecha.

—Joder, qué afiladas están —suelta.

Entonces Maxton rodea tambaleándose el escritorio, salpicando sangre en todas las direcciones y bramando como un toro. Burny le esquiva, retrocede y hunde las cuchillas en el bulto de la camisa azul que cubre la panza de Chipper. Cuando las vuelve a sacar de un tirón, Chipper se encoge, gime, se derrumba de rodillas. La sangre mana de él como de una jarra volcada. Cae hacia adelante sobre los codos. Chipper Maxton ya no entraña ninguna diversión; sacude la cabeza y murmura algo, que parece un ruego, acerca de que le dejen solo. Un ojo inyectado en sangre se vuelve hacia Charles Burnside y expresa en silencio un deseo de clemencia extrañamente impersonal.

—Madre misericordiosa —dice Burny—, ¿es este el final de Rico? —Qué gracia, hacía años que no pensaba en esa película. Riendo por lo bajo ante su ingenio, se inclina, coloca las hojas de las tijeras a los lados del cuello de

Chipper, y casi logra cortarle la cabeza.

Las sirenas giran con estrépito hacia la calle Queen. Pronto habrá policías recorriendo el sendero; pronto irrumpirán en el vestíbulo. Burnside deja caer las tijeras de podar sobre la ancha espalda de Chipper y lamenta no tener tiempo de mearse en su cuerpo o de cagarse sobre la cabeza, pero el señor Munshun está quejándose de que *ez horra, ez horra.*

—No soy idiota, no hace falta que me lo recuerdes —se queja Burny.

Sale del despacho sin hacer ruido y cruza el cubículo de la señorita Vilas. Al llegar al vestíbulo ve las luces parpadeantes en los techos de dos coches patrulla que se acercan desde el extremo del seto. Se detienen no muy lejos del sitio en que cogiera por primera vez el delgado cuello de niño de Tyler Marshall. Burny se apresura un poco más. Cuando llega al pasillo del ala Margarita, dos policías con cara de criaturas irrumpen a través de la abertura del seto.

Al fondo del pasillo, Butch Yerxa se incorpora frotándose la cara. Se queda mirando a Burny y pregunta:

—¿Qué ha pasado?

—Sal ahí fuera —dice Burny—. Llévales al despacho. Maxton está herido.

—¿Herido? —Incapaz de moverse, Butch contempla boquiabierto la sangre que empapa la ropa de Burny y le gotea de las manos.

—¡Corre!

Butch da un traspié, y los dos jóvenes policías entran a la carga por las grandes puertas de cristal de las que ya se ha quitado el cartel de Rebecca Vilas.

—¡El despacho! —exclama Butch señalando hacia su derecha—. ¡El jefe está herido!

Mientras Yerxa señala la puerta del despacho arremetiendo contra la pared con una mano, Charles Burnside se escabulle por su lado. Un instante después ha entrado en los lavabos de caballeros del ala Margarita y los cruza a toda prisa en dirección a uno de los retretes.

Y ¿qué hay de Jack Sawyer? Ya lo sabemos. Esto es, sabemos que se ha quedado dormido en un lugar acogedor entre la linde de un campo de maizal y una colina en la parte occidental del valle de Norway. Sabemos que su cuerpo se volvió más ligero, menos sustancial, nebuloso. Que se tornó vago y traslúcido.

Podemos suponer que antes de que su cuerpo alcanzara la transparencia, Jack se habrá sumido en cierto sueño alentador. Y en ese sueño, podríamos suponer, un cielo del azul de un huevo de petirrojo sugiere una infinidad de espacio para los habitantes de una bonita propiedad residencial en Roxbury Drive, Beverly Hills, en la que Jack tiene seis, seis, seis o doce, doce, doce años, o ambas edades al mismo tiempo, y papá tocaba notas geniales en su saxo. (Henry Shake podría haberles dicho que *Vaya con el sueño* es la última canción de *Papá toca el saxo,* de Dexter Gordón, un papá donde los haya.) En ese sueño, todo el mundo emprendía un viaje, y nadie iba a ningún otro lugar, y un niño viajero lograba un preciadísimo trofeo, y Lily Cavanaugh capturaba un abejorro bajo un vaso. Sonriendo, lo llevaba hasta las puertas de vaivén para dejarlo en libertad. Así que el abejorro viajaba lejos, muy lejos, hasta la Lejanía, y mientras recorría los misteriosos parajes de mundos y más mundos se estremecía y bamboleaba, y Jack, a su vez, seguía su propio rumbo misterioso hacia el infinito azul de huevo de petirrojo, y en la estela bien precisa de la abeja regresaba a los Territorios, donde yacía dormido en un campo silencioso. Así pues, en ese mismo sueño, Jack Sawyer, una persona de menos de doce años y mayor de treinta, aturdido tanto por el pesar como por el amor, recibe en sueños la visita de cierta mujer por la que profesa una enorme ternura. Y ella yace junto a él en su suave lecho de hierba y le estrecha entre sus brazos y el cuerpo de Jack conoce la dicha de sus caricias, de sus besos, la profunda bendición que ella supone. Lo que hagan, allí solos en los lejanos Territorios, no es asunto nuestro, pero aunamos nuestra propia bendición a la de Sophie y les dejamos para hacer lo que, después de todo, con la urgencia más dulce posible, es asunto *suyo,* algo que bendice a este niño y a esta niña, a este hombre *y* está mujer, como nada más puede hacerlo (desde luego, nosotros no).

El regreso es como debe ser, con los limpios y ricos perfumes de la tierra y el maíz, y el despertador de un gallo que canta en la granja de los primos de los Gilbertson. Una telaraña reluciente de rocío cose el mocasín izquierdo de Jack a una roca musgosa. Una hormiga que corretea por la muñeca derecha de Jack carga una brizna de hierba que en la V de su pliegue central lleva una brillante y temblorosa gota de agua recién formada. Sintiéndose tan maravillosamente

fresco como si también a él acabaran de crearle, Jack deja bajar a la esforzada hormiga de su muñeca, separa el zapato de la telaraña y se pone en pie. El rocío destella en su cabello y en sus cejas. Unos ochocientos metros más allá del campo, el prado de Henry se curva en torno a la casa de este. Los lirios atigrados se estremecen en la fresca brisa matinal.

Los lirios atigrados se estremecen…

Al ver el capó de su camioneta emergiendo de detrás de la casa todo vuelve a su memoria. Mouse y la palabra que le entregara. La casa de Henry, el estudio de Henry, su mensaje de moribundo. A estas horas todos los policías e investigadores se habrán marchado ya, y la casa se encontrará vacía, con su eco de huellas de sangre. Dale Gilbertson —y probablemente los agentes estatales Brown y Black— estará buscándole. Jack no tiene interés en los agentes, pero sí desea hablar con Dale. Ya es hora de ponerle al corriente de ciertos hechos extraordinarios. Lo que Jack tiene que decirle va a hacer que Dale abra desmesuradamente los ojos, pero no estaría mal que recordásemos qué le dijo el duque a Dean Martin sobre batir huevos y hacer tortillas. En palabras de Lily Cavanaugh, cuando el Duque hablaba todo el mundo le escuchaba, y eso ha de hacer Dale Gilbertson, pues Jack quiere su leal y decidida compañía en el viaje a la Casa Negra.

Al pasar junto a la casa de Henry, Jack se lleva las yemas de los dedos a los labios para luego apoyarlas contra la madera, transfiriendo así el beso. *Henry. Para todos los mundos, para Tyler Marsball, para Judy, para Sophie y para ti, Henry Ley den.*

En la cabina de la Ram el móvil asegura haber guardado tres mensajes, todos de Dale, que Jack borra sin oírlos siquiera. En casa, la luz roja del contestador automático parpadea con el indicativo de 4-4-4, repitiéndose con la implacable insistencia de una criatura hambrienta. Jack oprime el botón de escucha de mensajes. Cuatro veces, un Dale Gilbertson cada vez más infeliz ruega información sobre el paradero de su amigo Jack Sawyer y le comunica su enorme deseo de conversar con él, sobre todo en referencia al asesinato de su tío y amigo de ambos, Henry, pero tampoco haría ningún daño hablar de la carnicería perpetrada en el Centro Maxton, ¿no? Y ¿le suena de algo el nombre de Charles Burnside?

Jack consulta su reloj de pulsera y, pensando que no puede funcionar

correctamente, alza la mirada hacia el reloj de la cocina. Pues el suyo estaba en lo cierto después de todo. Son las 5.42 de la mañana y el gallo continúa cantando en la parte de atrás del granero de Randy y Kent Gilbertson. El cansancio le invade de repente. Sin duda hay alguien encargado del teléfono en la calle Sumner, pero es igual de indudable que Dale está dormido en su cama, y Jack solo desea hablar con Dale. Suelta un enorme bostezo, semejante al de un gato. ¡Ni siquiera han repartido aún el periódico!

Se quita la chaqueta y la arroja a una silla, bosteza de nuevo, incluso más exageradamente que antes. Quizá después de todo ese maizal no fuese tan cómodo: Jack siente el cuello agarrotado y le duele la espalda. Se obliga a subir la escalera, deja la ropa en el pequeño sofá y se deja caer en la cama. En la pared sobre la que está apoyado el sofá pende el delicioso cuadrito de Fairfield Porter, y Jack recuerda cómo respondió Dale ante él la noche en que desembalaron y colgaron todas sus pinturas. Se enamoró del cuadro en cuanto lo vio; probablemente fuera una novedad para Dale el que una pintura le produjese semejante satisfacción. *Muy bien,* se dice Jack, *si logramos salir con vida de la Casa Negra, se lo regalaré. Y le obligaré a aceptarlo; le amenazaré con cortarlo en trocitos y quemarlo en la chimenea si no lo hace. ¡Le diré que se lo daré a Wendell Green!*

Los ojos se le están cerrando; se hunde entre las sábanas y desaparece, aunque en esta ocasión no lo hace literalmente. Solo sueña.

Desciende por un sendero difícil que recorre un bosque hacia un edificio en llamas. Bestias y monstruos se retuercen y braman a ambos lados. La mayoría son invisibles, pero de vez en cuando vislumbra una mano con garras, una cola puntiaguda, un ala negra y esquelética. Miembros que el cercena con una pesada espada. Le duele el brazo, y siente el cuerpo cansado y dolorido.

Está sangrando por algún sitio, pero ni ve ni siente la herida, solo el lento movimiento de la sangre al deslizársele por la parte posterior de las piernas. Los que iniciaron con él el viaje han muerto, y el mismo Jack está —*quizá* lo esté— moribundo. Desearía no hallarse tan solo, porque se siente aterrorizado.

El edificio en llamas crece a medida que se acerca. De él surgen gritos y llantos, y lo rodea un grotesco perímetro de árboles muertos y ennegrecidos y de cenizas humeantes, que se ensancha a cada segundo que pasa, como si el edificio devorase la naturaleza que lo rodea. Todo está perdido, y el edificio en llamas y

la criatura desalmada que es a un tiempo su señor y su prisionero triunfará, el mundo estará condenado para siempre, amén. Es Din-tah, el gran horno abrasador, que lo devora todo a su paso.

Los árboles que crecen a su derecha inclinan y retuercen sus quejumbrosas ramas, al tiempo que sus hojas oscuras y puntiagudas se agitan. Los gigantescos troncos se inclinan entre gemidos y las ramas se enroscan unas con otras como si fueran serpientes, dando vida al hacerlo a un muro sólido de hojas grisáceas y puntiagudas. De ese muro emerge, con terrible lentitud, la impresión de un rostro huesudo y descarnado. De casi dos metros de la coronilla al mentón, el rostro sobresale de la capa de hojas para serpentear de un lado a otro en busca de Jack.

Se trata de todo aquello que le ha aterrorizado alguna vez, que le ha hecho daño, que le ha deseado cosas malas, ya sea en este mundo o en los Territorios. El rostro gigantesco recuerda vagamente al de un monstruo con forma humana llamado Elroy, que en cierta ocasión intentó agredir a Jack en un espantoso bar llamado Oatley, para luego sugerir el de Morgan de Orris, después el de Sol Gardener, y entonces el de Charles Burnside, pero cuando prosigue con su ciega búsqueda de un lado a otro, acaba por sugerir todos esos rostros malignos superpuestos en capas uno sobre otro hasta fundirse en uno solo. Jack queda petrificado de miedo.

El rostro que emerge de la masa de hojas rastrea el sendero descendente, para luego retroceder y dejar de moverse de un lado a otro. Está enfocado directamente hacia Jack. Los ojos ciegos le ven, la nariz sin fosas nasales le olfatea. Un estremecimiento de placer recorre las hojas, y el rostro avanza para cernirse imponente sobre él, cada vez más grande. Incapaz de moverse, Jack mira por encima del hombro para ver a un hombre en estado de putrefacción incorporarse de un angosto lecho. El hombre abre la boca y exclama:

—¡D'YAMBA!

Con el corazón desbocado y un grito que muere en su garganta antes de haberlo proferido, Jack se levanta de un salto de la cama y aterriza de pie antes de comprender siquiera que ha despertado de un sueño. Todo su cuerpo se estremece. El sudor le corre por la frente y le empapa el pecho. Poco a poco el temblor remite a medida que asimila lo que le rodea: no un rostro gigantesco irguiéndose imponente de un feo muro de hojas, sino los familiares confines de su dormitorio. Colgado en la pared frente a él hay un cuadro que pretende darle a

Dale Gilbertson. Se enjuga el rostro, se tranquiliza. Necesita una ducha. El reloj le revela que ahora son las 9.47. Ha dormido cuatro horas, y debe organizarse.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, aseado, vestido y alimentado, Jack llama a la comisaría y pide hablar con el jefe Gilbertson. A las 11.25, él y un Dale dudoso y recién puesto al corriente —un Dale que desea encarecidamente ver alguna evidencia del demente relato de su amigo— salen del coche del jefe de policía estacionado bajo el único árbol en el aparcamiento del Sand Bar, cruzan el asfalto caliente pasando junto a dos Harleys reclinadas en sus pies de apoyo y se dirigen a la entrada trasera.

CUARTA PARTE

La casa negra y más allá

26

Ya mantuvimos nuestra pequeña conversación sobre la *dislocación,* y el juego está demasiado avanzado para entretenernos en el asunto, pero ¿no dirían ustedes que la mayor parte de las casas son un intento de contener la dislocación, de imponer al menos la ilusión de la normalidad y la cordura en el mundo? Piensen en Libertyville, con los cursis pero simpáticos nombres de sus calles: Camelot, Avalon, Lady Marian. Y piensen en aquella monada de casita en Libertyville en que Fred, Judy y Tyler Marshall vivieron juntos antaño. ¿De qué tildarían el número 16 de la calle Robin Hood sino de una oda a lo cotidiano, un himno a lo prosaico? Lo mismo podríamos decir de la casa de Dale Gilbertson, o de la de Jack, o de la de Henry, ¿no es así? De casi todos los hogares en las inmediaciones de French Landing, en realidad. El huracán destructivo que ha soplado en la ciudad no cambia el hecho de que las casas, tan nobles como humildes, se erijan en valerosos baluartes contra la dislocación. Son hogares de la cordura.

La Casa Negra —como Hill House de Shirley Jackson, como esa monstruosidad de principios de siglo en Seattle que se conoce como Rose Red— no *es* cuerda. No pertenece por entero a este mundo. Se hace difícil contemplarla desde el exterior —los ojos nos juegan continuos trucos—, pero si uno *consigue* mantener la vista fija en ella unos segundos, lo que ve es una vivienda de tres plantas de dimensiones perfectamente corrientes. El color es inusual: toda ella es negra, hasta las ventanas, y tiene cierto aspecto de estar agazapada, inclinada, que plantearía pensamientos inquietantes sobre su integridad estructural. Pero si uno pudiese apreciarla despojándola de los *atisbos* de todos esos otros mundos, la vería tan corriente como la casa de Fred y Judy…, aunque no tan bien

conservada.

Sin embargo, es diferente.

Por dentro, la Casa Negra es *grande*.

La Casa Negra es, de hecho, casi infinita.

Desde luego no se trata de un sitio para perderse, aunque de vez en cuando ha habido gente que lo ha hecho —vagabundos y algún ocasional y desafortunado niño que se escapa, así como las víctimas de Charles Burnside/Carl Bierstone— y reliquias aquí y allá dan prueba de su paso: jirones de ropa, lastimosos arañazos en las paredes de las gigantescas habitaciones, el ocasional montón de huesos. Aquí y allá el visitante puede ver un cráneo, como los que aparecieron en las riberas del río Hanover durante el reino de terror de Fritz Haarman a principios de la década de 1920.

No es este un lugar en el que uno quiera perderse.

Recorramos habitaciones y rincones y corredores y ranuras, seguros en nuestra certeza de poder regresar al mundo exterior, el cuerdo mundo antidislocación, siempre que queramos (y aun así nos sentimos algo inquietos al descender pisos de escaleras que semejan interminables y recorrer pasillos que se reducen a un puntito en la distancia). Oímos un eterno tararear por lo bajo y el leve sonido metálico de extrañas máquinas. Oímos el estúpido silbar de un viento constante ya sea fuera o en los pisos por encima y debajo de nosotros. A veces oímos un débil ladrido que procede, sin duda, del maléfico perro del abbalah, ese que acabó con el pobre Mouse. A veces oímos el sardónico graznar de un cuervo y comprendemos que también Gorg está aquí…, en alguna parte.

Recorremos habitaciones en ruinas y otras todavía amuebladas con lívida y corrompida grandeza. Muchas de ellas son sin duda mayores que la casa en que se ocultan. Y por fin llegamos a una humilde salita amueblada con un viejo sofá de crin vegetal y sillas de desteñido terciopelo rojo. Un olor a comida maloliente impregna el aire. (Cerca, en alguna parte, hay una cocina que no debemos visitar nunca…, esto es, si deseamos volver a dormir alguna vez sin pesadillas.) Aquí dentro la instalación eléctrica es de hace al menos setenta años; ¿cómo es posible, nos preguntamos, si la Casa Negra fue construida en los años setenta? La respuesta es simple: gran parte de la Casa Negra —*la mayor* parte de la Casa

Negra— lleva aquí desde mucho antes. Los cortinajes de esta habitación son pesados y están descoloridos. Si exceptuamos los recortes de periódico que se han pegado con cinta adhesiva al feo papel pintado verde de la pared, se trata de una habitación que no desentonaría con la planta baja del hotel Nelson. Es un sitio que de forma simultánea resulta siniestro y extrañamente banal, un espejo adecuado para la imaginación del viejo monstruo que tiene su madriguera aquí, y que yace dormido en el sofá de crin vegetal con la pechera de la camisa tiñéndose de un rojo siniestro. La Casa Negra no es suya, aunque en su patológica presunción él tenga una opinión diferente (y el señor Munshun no le ha desengañado de semejante creencia). Esta habitación, sin embargo, sí lo es.

Los recortes que hay alrededor de él nos dicen cuanto precisamos saber sobre las letales fascinaciones de Charles *Chummy* Burnside.

SÍ, ME LA COMÍ, DECLARA FISH: *New York Herald Tribune*

EL COMPAÑERO DE JUEGOS DE BILLY GAFFNEY ASEGURA «FUE EL HOMBRE GRIS EL QUE SE LLEVÓ A BILLY, FUE EL COCO»: *World Telegram* de Nueva York

EL HORROR CONTINÚA PARA GRACE BUDD: ¡FISH CONFIESA!: *LongIsland Star*

FISH ADMITE HABER «ASADO Y COMIDO» A WM GAFFNEY: *New York American*

FRITZ HAARMAN, CONOCIDO COMO «EL CARNICERO DE HANOVER», EJECUTADO POR EL ASESINATO DE 24 PERSONAS: *World* de Nueva York

EL HOMBRE LOBO DECLARA: «ME GUIABA EL AMOR, NO LA LUJURIA» HAARMAN MUERE SIN ARREPENTIRSE: *The Guardián*

ÚLTIMA CARTA DEL CANÍBAL DE HANOVER: «NO PODÉIS MATARME, ESTARÉ ENTRE VOSOTROS ETERNAMENTE»: *World* de Nueva York

A Wendell Green le *encantaría* todo esto, ¿verdad?

Y hay más. Que Dios nos ayude, hay muchísimos más. Hasta Jeffrey Dahmer está aquí, declarando YO QUERÍA ZOMBIS.

La figura en el sofá empieza a gemir y agitarse.

—*¡Dezpierrta, Burny!* —La exclamación parece proceder del aire, no de su boca…, aunque sus labios se mueven, como los de un ventrílocuo de segunda fila.

Burny gime. Vuelve la cabeza hacia la izquierda.

—No…, necesito dormir. Me duele… todo.

Vuelve la cabeza hacia la derecha en un gesto de negación, y el señor Munshun habla de nuevo:

—*Dezpierrta, van a venirr. Tienez que llevarte al niño.*

Vuelve la cabeza de nuevo, hacia el otro lado. Dormido, Burny cree que el señor Munshun sigue a salvo en su mente. Ha olvidado que en la Casa Negra las cosas son distintas. El tonto de Burny, que ya se acerca al final de su utilidad. Pero no del todo todavía.

—No puedo… Déjame en paz… El estómago… El ciego…, el jodido ciego me hirió en el estómago…

Pero vuelve la cabeza hacia el otro lado y la voz se oye de nuevo junto a la oreja derecha de Burny. Burny lucha contra ella, pues no quiere despertarse y enfrentarse de lleno al feroz impacto del dolor. El hombre ciego le ha herido *mucho* más gravemente de lo que creyó en su momento, en plena exaltación. Burny insiste dirigiéndose a la voz en que el niño se encuentra a salvo, que nunca le encontrarán aunque logren acceder a la Casa Negra, que se perderán en sus desconocidas profundidades de habitaciones y corredores y vagabundearán primero hasta volverse locos y luego hasta morir. El señor Munshun, sin embargo, sabe que uno de ellos es diferente de todos los demás que han acudido a ese lugar. Jack Sawyer está familiarizado con el infinito, y eso supone un problema. Hay que sacar al niño por la vía trasera y llevarle al Mundo del Fin, a las mismísimas sombras de Din-tah, el gran horno. El señor Munshun le dice a Burny que es posible que aún logre disponer de algo del niño antes de entregárselo al abbalah, pero no aquí. Es demasiado peligroso. Lo lamenta.

Burny continúa protestando, pero esta es una batalla que no va a ganar, y lo sabemos. El aire viciado e impregnado de olor a carne asada de la habitación ya

ha empezado a moverse y arremolinarse ante la llegada del dueño de la voz. Vemos primero un remolino negro, luego un manchón rojo —una corbata de lazo— y por fin el principio de un rostro blanco imposiblemente largo, dominado por un único ojo negro semejante al de un tiburón. Este es el señor Munshun *real*, la criatura que fuera de la Casa Negra y sus encantados alrededores solo puede vivir en la cabeza de Burny. Pronto estará por entero ahí, obligará a Burny a despertar (le torturará hasta que lo haga, si es necesario), y le utilizará mientras aún se pueda hacer uso de él. Pues el señor Munshun no puede trasladar a Ty de su celda en la Casa Negra.

Una vez esté en el Mundo del Fin —el Sheol de Burny— las cosas serán diferentes.

Burny por fin abre los ojos. Sus manos nudosas, que tanta sangre han derramado, descienden ahora para palpar la humedad de su propia sangre que le empapa la camisa. Mira, ve qué se ha desarrollado ahí, y suelta un grito de horror y cobardía. No le parece justo que, después de asesinar a tantos niños, le haya herido mortalmente un hombre ciego; se le antoja espantoso, inaceptable.

Por primera vez se le ocurre una idea en *extremo* desagradable: ¿y si todavía ha de pagar más por las cosas que ha hecho en el curso de su larga carrera? Ha visto el Mundo del Fin; ha visto el Camino del Congrio, que serpentea a través de él hasta Din-tah. El paisaje arrasado y en llamas que rodea el Camino del Congrio es como el infierno, y con toda seguridad An-tak, la Gran Combinación, es el infierno mismo. ¿Y si a él le aguarda un lugar como ese? ¿Y si…?

Siente un dolor horrible y paralizador en las entrañas. El señor Munshun, ahora ya casi plenamente materializado, ha tendido una mano humeante y no del todo traslúcida para retorcerla en la herida que Henry le ha infligido con su navaja automática.

Burny suelta un chillido. Las lágrimas bañan las mejillas del anciano asesino de niños.

—*¡No me hagas daño!*

—Entoncez haz lo que te digo.

—*No puedo* —lloriquea Burny—. Me estoy muriendo. ¡Mira toda esa sangre! ¿Crees que puedo superar algo así? *¡Tengo ochenta y cinco jodiaos años!*

—Parra ya de rrebuznarr, Burn-Burn…, en el otrro hay quien podría cúrrame

de tuz heridaz.

Como a la Casa Negra misma, se hace difícil mirar al señor Munshun. Tiembla y se desenfoca constantemente. Unas veces esa espantosa cara alargada (oculta la mayor parte de su cuerpo, como la cabeza abotargada de una caricatura de periódico) tiene dos ojos; otras, solo uno. En ocasiones parecen surgir penachos de cabello anaranjado de su cráneo dilatado, y a veces al señor Munshun se le ve tan calvo como Yul Brynner. Solo los labios rojos y los dientes puntiagudos como colmillos que acechan tras ellos permanecen constantes.

Burny mira a su cómplice con cierto grado de esperanza. Entretanto, continúa palpándose el vientre, que ahora está duro y lleno de bultos. Sospecha que esos bultos son coágulos. ¡Oh, cómo puede alguien haberle herido tan gravemente! ¡No estaba calculado que algo así ocurriese! ¡No debería haber ocurrido nunca! ¡Se suponía que estaba protegido! ¡Se suponía que…!

—Ni ziquierra ez totalmente impozible —continúa el señor Munshun— que ze te quiten añoz de enzima, del mizmo modo que ze quito la piedrra del sepulcrro de Jezucrristo.

—Ser otra vez joven —dice Burny, y exhala un áspero suspiro. El aliento le apesta a sangre y podredumbre—. Sí, eso me gustaría.

—¡Por zupuezto! Y ezaz cozaz zon poziblez —asegura el señor Munshun, asintiendo; su rostro resulta grotesco de tan inestable—. Ez el abbalah quien concede talez donez; pero no ze prometen, Charrlez, mi pequeño mazticadorr. Sin embarrgo, yo *zí puedo* hacerrte una prromeza.

La criatura del traje negro y la corbata de lazo roja da un salto con espantosa agilidad. Su mano de dedos largos se hunde otra vez en la camisa de Chummy Burnside, para ahora apretarse en un puño y provocar un dolor más allá del que el viejo monstruo haya soñado jamás padecer… pese a que los ha infligido iguales o peores a seres inocentes.

El hediondo semblante del señor Munshun se sitúa ante el de Burny. El ojo solitario le fulmina.

—¿Zientez ezo, Burny? ¿Lo zientez, mizerrable y viejo zaco de mierrda? ¡Jo, jo, ja, ja, porr zupuezto que lo zientez! ¡Zon tuz inteztinoz lo que tengo en la mano! Y zi no te muevez ahorra, *schweinhund*, ¡voy a arrancárrteloz de tu cuerrpo sangrriento, jo, jo, y envolverrte con elloz el cuello! ¡Te morrirraz zabiendo que te ahogaz con tuz prropiaz *entrrañaz*! Ez un trruco que aprendí del

propio Frritz, Frritz Haarrman, que erra tan joven y encantadorr. ¡Bueno! ¿Qué me dicez? ¿Vaz a traerrle, o vaz a ahogarrte?

—*¡Lo traeré!* —chilla Burny—. *¡Le traeré, pero para, para, que me estás desgarrando!*

—Llévale a la eztación. La eztación, Burn-Burn. Ezte no ez para laz rratonerraz y laz madrriguerraz… No ez para la Combdinazión. Nada de piezecitoz zangrrandtez para Tyled; él trrabaja para zu abbalah con *ezto.* —Un largo dedo coronado por una brutal uña negra se alza hasta la frente para propinarle golpecitos sobre los ojos (por el momento Burny ve dos de ellos, pero entonces el segundo vuelve a desaparecer)—. ¿Entendido?

—*¡Sí! ¡Sí!* —Las entrañas de Burny son puro fuego, y la mano en su camisa sigue retorciendo y retorciendo.

La terrible autopista que es la cara del señor Munshun pende frente a él.

—La eztación… donde llevazte a loz otrroz que erran ezpecialez.

—¡Sí!

El señor Munshun le suelta. Retrocede. Por suerte para Burny, de nuevo empieza a volverse insustancial, incorpóreo. Comienzan a verse unos recortes amarillentos, pero no detrás de él, sino *a través* de él. El ojo solitario pende en el aire sobre el pálido borrón de la corbata de lazo.

—Azegúrrate de que lleva la gorra. Ez importante que este en parrticular lleve la godra.

Burny asiente con energía; todavía percibe ligeramente al perfume Mi Pecado.

—La gorra, sí, tengo la gorra.

—Ve con cuidado, Burrny. Errez viejo y eztáz herrido. Eze chico ez joven y eztá dezezperrado. Piez ligerroz. Zi le dejaz escaparr…

A pesar del dolor, Burny sonríe. ¡Uno de los niños escapándose de *éll* ¡Por muy especial que sea! ¡Vaya ocurrencia!

—No te preocupes —dice—. Solo que… si hablas con *él.*… con Abbalah-doon… dile que aún no estoy desahuciado. Si me hace mejorar, no lo lamentará. Y si me vuelve joven otra vez, le traeré a un millar de chicos. A un millar de *Transgresores.*

Desvaneciéndose y desvaneciéndose. Ahora el señor Munshun vuelve a ser un mero resplandor, una lechosa alteración en el aire de la salita de Burny en las

profundidades de una casa que abandonó solo al darse cuenta de que de veras necesitaba a alguien que cuidase de él en el crepúsculo de su vida.

—Llévale zolo a *ezte*, Burn-Burn. Llévale zolo a ezte y zerráz rrecompenzado.

El señor Munshun ya no está. Burny se pone en pie y se inclina sobre el sofá de crin vegetal. Al hacerlo se le comprime el vientre, y el dolor resultante le hace gritar, pero no se detiene. Tiende una mano en la penumbra y levanta un desgastado saco negro de piel. Lo agarra de la parte superior y sale de la habitación, cojeando y aferrándose el vientre sangrante y distendido.

Y ¿qué hay de Tyler Marshall, cuya existencia a través de la mayor parte de estas páginas ha supuesto poco más que un rumor? ¿Hasta qué punto le han herido? ¿Hasta qué punto está asustado? ¿Ha logrado conservar la cordura?

En lo que se refiere a su condición física, tuvo una conmoción, pero ya está curándose. Aparte de eso, el Pescador no ha hecho otra cosa que acariciarle el brazo y las nalgas (un contacto angustioso que a Tyler le hacía pensar en la bruja de *Hansel y Gretel).* Mentalmente…, porque ¿verdad que les sorprendería enormemente oír que, mientras el señor Munshun azuza a Burny, el niño de Fred y Judy se siente *feliz*?

Pues sí. Es feliz. Y ¿por qué no? Está en Miller Park.

Este año el equipo de los Brewers de Milwaukee ha confundido a todos los expertos, a todos los pesimistas que proclamaban que para el Cuatro de Julio estaría en la cola de la liga. Bueno, todavía es relativamente temprano, pero el Cuatro de Julio ha llegado y se ha ido y los Brewers han vuelto a Miller empatados en el primer puesto con Cincinnati. Andan a la caza del título, en gran parte gracias al bate de Richie Sexson, que llegó a Milwaukee procedente de los Indians de Cleveland y la verdad es que ha estado «arrancando patatas», en la mordaz terminología de George Rathbun.

Van a la caza, ¡y *Ty ha acudido alpartidol* ¡EXCELENTE! No solo está ahí, sino que tiene un asiento de primera fila. Junto a él, grandote, sudoroso, con la cara arrebolada, una cerveza Kingsland en la mano y otra bajo el asiento por si acaso, se encuentra el mismísimo George Rathbun, que brama a la máxima capacidad de sus correosos pulmones. A Jeromy Burnitz, de los Brewer, acaban

de eliminarle de la primera en una rápida jugada, y mientras que no hay duda de que el torpedero del Cincinatti ha recibido bien la bola y se ha librado de ella con rapidez, tampoco hay duda (al menos en opinión de George Rathbun) de que Burnitz ya estaba en la base. Se levanta en el crepúsculo, con la calva y sudorosa cabeza resplandeciendo bajo un dulce cielo lavanda, un espumoso riachuelo de cerveza corriéndole por el antebrazo levantado, los ojos azules muy brillantes (podría decirse que ve un montón de cosas con esos ojos, que lo ve casi todo), y Ty aguarda a que suceda, como todo el mundo, y ahí está, ese avatar del verano en Coulee Country, ese maravilloso rebuzno que significa que todo va bien, que el terror se ha negado y la dislocación se ha cancelado.

—¡VAMOS, ÁRBITRO, DANOS UN RESPIRO! ¡DANOS UN MALDITO RESPIRO! ¡HASTA UN CIEGO PODRÍA HABER VISTO QUE YA ESTABA EN LA BASE!

Cerca de la primera base, la multitud se revoluciona ante el sonido de ese grito, aunque no son más que doce o catorce las personas sentadas tras la pancarta que reza MILLER PARK LES DA LA BIENVENIDA A GEORGE RATHBUN Y A LOS GANADORES DEL CONCURSO ANUAL DE LA KDCU. Ty está dando saltos, riendo y agitando la gorra de los Brewers. Lo que hace todo eso el doble de atractivo es que creyó haber olvidado participar en el concurso de este año. Supone que su padre (o quizá su madre) lo hizo por él… y ¡ganó! No el premio gordo, que consistía en ser el portabates de los Brewers durante toda la serie de Cincinnati, pero lo que ganó (además de ese excelente asiento junto a los demás ganadores) es, en su opinión, aún mejor. Por supuesto que Richie Sexson no es Mark McGuire —*nadie* puede darle efecto a la bola como el Gran Mac—, pero Sexson ha estado impresionante esta temporada con los Brewers, y Tyler Marshall ha ganado…

Alguien está sacudiéndole por un pie.

Ty trata de apartarse, pues no quiere perderse el sueño (ese tan excelente refugio del horror que le ha acaecido), pero la mano es implacable. Sacude y sacude.

—Dezpierrta —gruñe una voz, y el sueño empieza a oscurecerse.

George Rathbun se vuelve hacia Ty, y el chico ve algo asombroso: los ojos que solo unos segundos antes eran de un azul tan sagaz y despierto se han tornado apagados y lechosos. *Joder, pero si es ciego,* piensa Ty. *George Rathbun*

en realidad es…

—Dezpierrta —insiste la voz gruñona. Ahora está más cerca. En un instante el sueño se evaporará por completo.

Antes de que lo haga, George se dirige a él. Lo hace en tono bajo y totalmente distinto del habitual bramido del comentarista de deportes.

—La ayuda está en camino —dice—, de modo que tómatelo con calma, amiguito. Sé…

—¡Dezpierrta ya, niño de mierda!

La mano le aprieta el tobillo con tanta fuerza que le paraliza. Ty suelta un grito de protesta al tiempo que abre los ojos. De ese modo se reincorpora al mundo, y a nuestro relato.

De inmediato recuerda dónde está. Es una celda con barrotes de un gris rojizo a medio camino de un corredor de piedra iluminado con bombillas llenas de telarañas. En un rincón hay un plato con alguna clase de estofado. En el otro hay un cubo en que se supone que ha de orinar (o cagar si tiene que hacerlo, aunque hasta hora, gracias a Dios, no lo ha hecho). Aparte de eso lo único que hay en la estancia es un raído y viejo futón del que Burny acaba de arrastrarle.

—Muy bien —dice Burny—. Al fin despierto. Eso está bien. Ahora, levántate. En pie, lameculos. No tengo tiempo de joder contigo.

Tyler se levanta. Se siente súbitamente mareado y se lleva una mano a la coronilla, donde tiene una zona esponjosa y costrosa. Al tocarla envía un estremecimiento de dolor hasta las mandíbulas, que aprieta. Pero también consigue que se le pase el mareo. Se mira la mano. En la palma tiene escamas de costra y sangre seca. *Ahí fue donde me golpeó con su maldita piedra. Un poco más fuerte y estaría tocando el arpa.*

Pero parece que al anciano también le han herido. Tiene la camisa cubierta de sangre, y la arrugada cara de oro cerúlea y pálida. Tras él, la puerta de la celda está abierta. Ty mide la distancia hasta el pasillo, confiando en que no sea demasiado obvio que lo hace. Pero Burny lleva mucho tiempo con ese jueguecito. Ha tenido a más de una crriaturrita que trrataba de escaparr con zuz sangrrientos piezecitoz, jo, jo.

Hurga en el saco y extrae un chisme negro con empuñadura de pistola y una

boquilla de acero inoxidable en la punta.

—¿Sabes qué es esto, Tyler? —pregunta Burny.

—Una pistola de descargas, una Taser —responde Ty—. ¿No?

Burny sonríe, dejando al descubierto los muñones de sus dientes.

—¡Vaya chico listo! Apuesto a que eres uno de esos que se lo pasa viendo la tele. Es una Taser, en efecto; pero una de una clase especial… Tumbaría a una vaca a treinta metros de distancia. ¿Lo comprendes? Trata de escapar, muchacho, y te haré caer como una tonelada de ladrillos. Venga, sal ahí fuera.

Ty sale de la celda. No tiene ni idea de adonde pretende llevarle ese hombre horrible, pero verse libre de la celda ya supone cierto alivio. El futón era lo peor. De alguna manera sabe que no ha sido el único crío que se duerme llorando sobre él con el corazón dolorido y un doloroso chichón en la cabeza, ni el décimo.

Ni, probablemente, el quincuagésimo.

—Gira a tu izquierda.

Ty obedece. Ahora el anciano está detrás de él. Un instante después siente los huesudos dedos aferrarle la nalga derecha. No es la primera vez que el viejo hace eso (cada vez que ocurre vuelve a acordarse de la bruja de *Hansely Gretel* pidiéndoles a los niños que saquen los brazos de la jaula), pero en esta ocasión el pellizco es diferente. Más débil.

Muérete pronto, piensa Ty, con una fría serenidad muy propia de Judy. *Muérete pronto, para que yo no tenga que hacerlo.*

—Esta es mía —dice el viejo… pero suena sin aliento, inseguro—. Asaré la mitad y freiré el resto. Con beicon.

—No creo que fuera capaz de comerse gran cosa —dice Ty, sorprendido ante lo tranquila que suena su voz—. Por lo visto alguien le ha hecho una buena ventilación en el estoma…

Se oye un chisporroteo, acompañado de una temblorosa quemazón en el hombro izquierdo. Ty chilla, se tambalea y va a golpearse contra la pared del pasillo opuesta a su celda, tratando de aferrarse la zona herida, tratando de no llorar, tratando de retener solo un poquito de ese bonito sueño en que acudía al partido con George Rathbun y los otros ganadores del concurso *de* los Brewers. Sabe que en realidad se olvido de participar en el concurso de este año, pero en los sueños esas cosas no importan. Eso es lo maravilloso de ellos.

Oh, pero le duele *tantísimo.* Y pese a todos sus esfuerzos—pese a toda la Judy Marshall que lleva dentro— las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas.

—¿Quieres otra? —amenaza el anciano entre jadeos. Suena a un tiempo enfermo e histérico, y hasta un niño de la edad de Ty sabe que se trata de una combinación peligrosa—, ¿Quieres otra, solo para que te sonría la suerte?

—No —gime Ty—. No me dé otra vez, por favor.

—¡Entonces ponte en marcha! ¡Y nada de malditos comentarios de listillo!

Ty echa a andar. En alguna parte oye gotear agua. De alguna parte, muy débilmente, le llega el risueño graznar de un cuervo, probablemente el mismo que le engañó; cómo le gustaría tener el revólver del 22 de Ebbie y volarle las maléficas y brillantes plumas. El mundo exterior parece a años luz de ahí. Pero George Rathbun le ha dicho que la ayuda estaba en camino, y a veces las cosas que uno oye en sueños se tornan realidad. Su mismísima madre le dijo eso en cierta ocasión, y mucho antes de que empezara a perder la chaveta, además.

Llegan a una escalera de caracol que parece descender eternamente. Desde las profundidades procede un aroma a azufre y una vaharada de calor. Percibe débilmente lo que podrían ser gritos y gemidos. El sonido de las máquinas es más audible. Se oyen inquietantes crujidos de lo que quizá sean correas de transmisión y cadenas.

Ty se detiene, pensando que el viejo no le disparará otra descarga a menos que tenga que hacerlo. Porque Ty podría caerse por la larga escalera de caracol. Podría golpearse en el sitio en la cabeza en que el anciano ya le dio con la piedra, o romperse el cuello, o caer por encima de la barandilla. Y el viejo le quiere vivo, al menos por el momento. Ty ignora el motivo, pero sabe que su intuición es cierta.

—¿Adonde vamos, señor?

—Ya lo sabrás —responde Burny con su voz tensa, sin aliento—. Y si estás pensando que no voy a dispararte mientras bajemos por las escaleras, amiguito, te equivocas. Ahora sigue andando.

Tyler Marshall empieza a bajar las escaleras, dejando atrás vastas galerías y balcones, dando vueltas y vueltas, cada vez más abajo. En ocasiones el aire huele a repollo putrefacto. Otras, a podredumbre húmeda. Tyler cuenta ciento cincuenta escalones, y luego deja de contar. Le arden los muslos. Tras él, el viejo jadea, y tropieza dos veces, para luego maldecir y sujetarse a la barandilla.

Cáete, viejo, canturrea mentalmente Ty. *Cáete y muérete, cáete y muérete.*

Pero por fin llegan al pie de las escaleras. Se hallan en una estancia circular con un sucio techo de cristal. Por encima de sus cabezas un cielo gris pende como una bolsa mugrienta. Hay plantas que brotan de macetas rotas y que extienden glotones tentáculos por el suelo de cascados ladrillos anaranjados. Más allá de ellos, dos puertas —cristaleras, le parece que se llaman a Ty— permanecen abiertas. Tras ellas hay un patio medio desmoronado rodeado de árboles antiquísimos. Hay algunas palmeras y otros, de los que cuelgan racimos pachuchos, que podrían ser higueras de Bengala. Hay otros que no conoce. De una cosa está seguro: aquello no es Wisconsin.

De pronto detecta un objeto que conoce muy bien. Se trata de algo procedente de su propio mundo. A Tyler se le humedecen los ojos al verlo, pues es casi como ver una cara amiga en un sitio totalmente extraño.

—Detente, pequeño mono. —El anciano parece sin aliento—. Vuélvete.

Cuando Tyler lo hace, le complace comprobar que el manchón en la camisa del viejo se ha extendido aún más. Los dedos de sangre le llegan ahora hasta los hombros, y la cintura de sus anchos y viejos vaqueros se ha vuelto de un negro turbio. Pero la mano que sostiene la Taser todavía es firme como una roca.

Que Dios te maldiga, piensa Tyler. *Que Dios te mande al infierno.*

El viejo ha dejado el saco sobre una mesilla. Se queda donde está por unos instantes, recobrando el aliento. A continuación hurga en el saco (algo produce un débil sonido metálico ahí dentro) y extrae una gorra blanda y marrón. Es de la clase que los tipos como Sean Connery llevan a veces en las películas. El anciano se la tiende.

—Póntela. Y si tratas de cogerme la mano te pego una descarga.

Tyler coge la gorra. Se sorprende cuando sus dedos, que esperaban la textura del ante, tocan algo metálico, semejante al papel de plata. Siente un desagradable zumbido en la mano, como una versión suave de la descarga de la Taser. Mira al anciano con expresión suplicante.

—¿Tengo que hacerlo?

Burny levanta la Taser y desnuda los dientes en una sonrisa silenciosa.

A desgana, Ty se pone la gorra.

Ahora el zumbido le llena la cabeza. Por un instante no puede pensar… y entonces la sensación pasa, dejándole con una extraña debilidad en los músculos

y un latido en las sienes.

—Los niños especiales necesitan juguetes especiales —dice Burny, y lo que le sale es *niñoz esbecialez, juguetez esbecialez.* Como siempre, el ridículo acento del señor Munshun se le ha pegado un poco, para hacer aún más marcado el acento del sur de Chicago que Henry detectó en la cinta del 911—. *Ahora* podemos salir.

Porque con la gorra puesta estoy a salvo, piensa Ty, pero la ocurrencia se quiebra y desvanece casi en cuanto se forma. Trata de pensar en su segundo nombre de pila y advierte que no consigue hacerlo. Intenta recordar el nombre del cuervo malo, y tampoco lo logra… ¿era algo así como Corgi? No, eso es una raza de perro. Se percata de que la gorra le está confundiendo las ideas, y eso es lo que se *supone* que debe hacer.

Ahora trasponen las puertas abiertas y salen al patio. El aire está impregnado del olor, de los árboles y matorrales que rodean la parte trasera de la Casa Negra. Es un olor denso y empalagoso. *Carnoso,* de alguna manera. El cielo gris parece lo bastante bajo para tocarlo. Ty percibe el olor a azufre y a algo amargo, eléctrico y jugoso. El sonido de las máquinas es mucho más intenso ahí fuera.

El objeto que Ty reconoció sobre los ladrillos rotos es un carrito de golf E-Z-Go. El modelo Tiger Woods.

—Esos los vende mi papá —dice Ty—. En Goltz, donde trabaja.

—¿De dónde te crees que salió, lameculos? Entra. Ponte al volante.

Ty le mira, asombrado. Sus ojos azules, quizá gracias a la gorra, están inyectados en sangre y más bien confusos.

—No soy lo bastante mayor para conducir.

—Oh, estarás bien. Hasta un *bebé* podría conducir este chisme. Ponte al volante, vamos.

Ty obedece. La verdad es que ha conducido uno de esos carritos en el aparcamiento de Aperos Goltz, con su padre sentado en el asiento del pasajero para vigilarle. Ahora ese viejo horrible está instalándose en ese mismo sitio, gimiendo y sujetándose el vientre perforado. Lleva la Taser en la otra mano, sin embargo, apuntando todavía a Ty con su punta de acero.

La llave está en el contacto. Ty la hace girar. Se oye un clic en la batería, debajo de ellos. La luz del salpicadero se enciende despidiendo un verde brillante; en ella se lee CARGA. Todo lo que le resta por hacer es oprimir el pedal

del acelerador. Y dirigirlo, por supuesto.

—Hasta ahora todo va bien —dice el anciano. Aparta la mano del vientre y señala con un dedo ensangrentado. Ty ve un sendero de gravilla descolorida (en cierta ocasión, antes de que los árboles y los matojos lo invadieran, probablemente se trataba de un camino de entrada) que se aleja de la casa—. Ahora vámonos. Y ve despacio. Acelera y te disparo. Trata de que choquemos y te rompo la muñeca. Todavía podrás conducir con una sola mano.

Ty oprime el acelerador. El carrito de golf avanza con una sacudida. El anciano da un bandazo, suelta una maldición y blande la Taser con gesto amenazador.

—Sería más fácil si pudiese quitarme la gorra —dice Ty—. Por favor, estoy seguro de que si solo me dejara…

—¡No! ¡La gorra se queda donde está! *¡Conduce!*

Ty oprime suavemente el acelerador. El E-Z-Go recorre el patio haciendo crujir los neumáticos nuevos de trinca sobre fragmentos de ladrillo. Dan una sacudida al dejar el pavimento y empezar a rodar por el sendero. Unas hojas pesadas rozan los brazos de Tyler, que las nota húmedas, sudorosas. El niño se encoge. El carrito de golf da un viraje brusco. Burny aguijonea al Tyler con la Taser, gruñendo.

—¡La próxima vez te pego una descarga! ¡Te lo aseguro!

Un poco más adelante una serpiente pasa reptando por la gravilla cubierta de maleza, y Ty deja escapar un grito ahogado, entre dientes. No le gustan las serpientes; ni siquiera quiso tocar la inofensiva culebra que la señora Locher llevó a la escuela, y esa cosa de ahí es del tamaño de una pitón, con ojos de un rojo rubí y unos colmillos que la obligan a tener la boca abierta en un gruñido perpetuo.

—¡Vamos! ¡Conduce!

La Taser ondea ante su rostro. La gorra le zumba suavemente en los oídos. *Detrás* de los oídos.

El sendero traza una curva a la izquierda. Alguna especie de árbol cargado con lo que parecen tentáculos se inclina sobre ellos. Las puntas de los tentáculos le hacen cosquillas a Ty en los hombros y en un cogote que ya tiene la piel de gallina y los pelos de punta.

Nueztrro niñoo…

Lo oye en su cabeza a pesar de la gorra. Es débil, es distante, pero está ahí.

Nueztrrooo niññooo… Ssssií… Nueztrrooo…

Burny sonríe.

—Les oyes, ¿no? Les gustas. Yo también. Aquí todos somos amigos, ¿no lo ves? —La sonrisa se convierte en mueca. Se aferra de nuevo el sangriento vientre, y suelta entre jadeos—: ¡Maldito sea ese jodido ciego!

De pronto, los árboles desaparecen. El carrito de golf emerge a una planicie hundida y pedregosa. Los matorrales comienzan a ralear y Ty observa que más allá dan paso a un absoluto pedregal: colinas que se elevan y descienden bajo el sombrío cielo gris. Unos cuantos pájaros de enorme tamaño vuelan en perezosos círculos. Una criatura lanuda y de hombros hundidos se tambalea a lo largo de un angosto desfiladero y desaparece de la vista antes de que Ty pueda comprobar de qué se trata exactamente… aunque no es que quiera hacerlo. El sonido de las máquinas es más fuerte, y hace temblar la tierra. El batir de los martinetes; el fragor atronador de antiguos motores; el chirriar de los engranajes. Tyler siente repiquetear en sus manos el volante del carrito de golf. Delante el sendero desemboca en un ancho camino de tierra batida, en el borde más alejado del cual hay un muro de piedras blancas y redondas.

—Eso que oyes es la central eléctrica del Rey Colorado —explica Burny. Su tono revela orgullo, pero se percibe también un dejo de miedo—. La Gran Combinación. Un millón de niños han muerto en sus correas, y por lo que sé han de venir millones más. Pero eso no es para ti, Tyler. Tú quizá tengas un futuro, después de todo. Antes, sin embargo, obtendré mi pequeña parte de ti. Ya lo creo que lo haré. —Tiende la mano veteada de sangre y acaricia la parte superior de la nalga de Tyler—. Un buen agente tiene derecho al diez por ciento. Hasta un viejo cabrón como yo lo sabe.

La mano se aparta. Menos mal. Ty ha estado a punto de gritar, y solo se ha contenido pensado en sentarse en Miller Park con el bueno del viejo George Rathbun. *Si de verdad hubiese participado en el concurso de los Brewer,* se dice, *nada de esto habría ocurrido.*

Pero piensa que a lo mejor eso no es del todo cierto. Algunas cosas tienen que pasar, sencillamente. *Tienen que pasar.*

Solo confía en que lo que quiere la horrible criatura que está sentada a su lado no sea una de esas cosas.

—Gira a la izquierda —indica Burny con un gruñido, arrellanándose—. Cinco kilómetros. Más o menos.

Y, cuando Tyler gira, se percata de que las volutas de niebla que emergen de la tierra no son de niebla, sino de humo.

—Sheol —dice Burny, como si le leyera los pensamientos—, y este es el único camino para llegar a él: el Camino del Congrio. Salte de él y hay cosas ahí fuera que te harían pedazos solo para oírte gritar. Mi amigo me ha dicho dónde llevarte, pero es posible que haya un *ligedo* cambio de planes. —Su cara surcada por el dolor asume una expresión enfurruñada. Ty opina que le hace parecer extraordinariamente estúpido—. Me ha hecho daño. Me ha retorcido las entrañas. No confío en él. —Y con un horrible canturreo infantil, añade—: ¡Carl Bierstone no confía en el señor Munshun! ¡Ya no! ¡Ya no!

Ty no dice nada. Se concentra en mantener el carrito de golf en el centro del Camino del Congrio. Se arriesga a mirar atrás, pero la casa, en su efímero deleite de vegetación tropical, ha desaparecido, oculta de la vista por la primera de las erosionadas colinas.

—Tendrá lo que es suyo, pero yo tendré lo que es mío. ¿Me oyes, chico? —Como Ty no dice nada, Burny blande la Taser ante él—. *¿Me oyes, mono lameculos?*

—Sí —responde Ty—. Sí, claro. —*¿Por qué no te mueres? Dios, si estás ahí, ¿por qué no tiendes simplemente una mano para ponerle un dedo en su podrido corazón y hacer que deje de latir?*

Cuando Burny vuelve a hablar, su voz es maliciosa.

—Has visto el muro del otro lado, pero no creo que te hayas fijado lo suficiente. Será mejor que eches otro vistazo.

Tyler mira más allá del desplomado anciano. Por un instante no le comprende… y entonces lo hace. Las grandes piedras blan cas que se extienden interminablemente a lo largo del extremo del Camino del Congrio no son piedras, en absoluto. Son calaveras.

¿Qué sitio es ese? ¡Oh, Dios, cómo echa de menos a su madre! ¡Cómo ansia irse a *casa*!

Con el cerebro entumecido por el zumbido bajo la gorra que parece de tela y no lo es, y de nuevo incapaz de contener las lágrimas, Ty conduce el carrito de golf internándose cada vez más en las Tierras Abrasadas. En Sheol.

El rescate —la ayuda, de cualquier clase— nunca le ha parecido tan improbable.

27

Cuando Jack y Dale entran en el local climatizado, el Sand Bar está vacío a excepción de tres personas. Beezer y Doc se encuentran junto a la barra con sendos refrescos ante ellos, una señal apocalíptica donde las haya. Al fondo, en las sombras (un poco más atrás y estaría en la primitiva cocina del antro), merodea Queso Apestoso. De los dos motoristas le llegan vibraciones, malas, y Apestoso no quiere tener nada que ver con ellas. Para empezar, nunca ha visto a Beezer y a Doc sin Mouse, Sonny y Káiser Bill. Para continuar… oh, Dios, ahí están el detective de California y el puto jefe de policía.

El tocadiscos automático está apagado, pero no así la tele, no puede decirse que Jack se sorprenda al ver que la película que echa esta mañana la AMC está protagonizada por su madre y Woody Strode. Trata de recordar el título del filme, y al cabo de unos instantes lo consigue: *Execution Express.*

«Más te vale no meterte en esto, Bea —dice Woody (en esta película, Lily interpreta a una heredera de Boston llamada Beatrice Lodge, que viaja al Oeste y se convierte en una forajida, más que nada para fastidiar a su puritano padre)—. Tiene pinta de ir a ser el último trayecto de la banda.»

«Bien», responde Lily. Su voz es glacial, sus ojos lo son aún más. La imagen es una porquería, pero, como siempre, Lily borda su personaje. Jack tiene que esbozar una sonrisa.

—¿Qué pasa? —le pregunta Dale—. El mundo entero se ha vuelto loco, así que ¿a qué viene esa sonrisa?

En la televisión, Woody Strode pregunta:

«¿Qué quieres decir con eso de *bien*? Maldita sea, el mundo entero se ha

vuelto loco.»

Jack Sawyer dice, muy suavemente:

—Vamos a cargarnos a cuantos podamos. A hacerles saber que hemos estado aquí.

En la pantalla, Lily le dice lo mismo a Woody. Ambos están a punto de subir al Execution Express, y van a rodar cabezas, las de los buenos, la de los malos y la de los feos.

Dale mira a su amigo, confuso.

—Me sé la mayoría de sus diálogos —explica Jack casi a modo de disculpas —. Verás, resulta que era mi madre.

Antes de que Dale pueda contestar (suponiendo que se le haya ocurrido alguna respuesta), Jack se une a Beezer y Doc en la barra. Alza la mirada hacia el reloj de cerveza Kingsland que hay junto al televisor: las 11.40. Debería ser mediodía; en situaciones como esa siempre se supone que ha de ser mediodía, ¿no?

—Jack —dice Beezer, y asiente con la cabeza—. ¿Cómo te va, colega?

—No del todo mal. ¿Vais armados, chicos?

Doc se levanta el chaleco para revelar la culata de una pistola.

—Es una Colt 9. Beez lleva una igual. Es una buena pistola, registrada y con los permisos pertinentes. —Le echa una ojeada a Dale—. Te vienes con nosotros, ¿no?

—Es mi ciudad —responde Dale—, y el Pescador acaba de asesinar a mi tío. No entiendo gran cosa de lo que Jack me ha estado contando, pero eso sí lo sé. Y si él dice que hay una posibilidad de rescatar al chico de Judy Marshall, creo que será mejor que lo intentemos. —Se vuelve hacia Jack—. Te he traído un revólver del cuerpo, uno de esos Ruger automáticos. Está ahí fuera, en el coche.

Jack asiente con expresión ausente. No le preocupan gran cosa las armas, porque una vez que estén del otro lado es casi seguro que se transformarán en algo distinto. En lanzas, o posiblemente jabalinas. Quizá incluso en hondas. Desde luego, va a ser como en el Execution Express —el último trayecto de la Banda de Sawyer—, pero duda que se parezca gran cosa a la vieja película de los años sesenta. Aunque se llevará la Ruger. Puede que tenga algún trabajo que hacer en este lado. Nunca se sabe, ¿no?

—¿Listo para montar? —le pregunta Beezer a Jack. Sus ojos se ven muy

hundidos en las cuencas, angustiados. Jack supone que Beez no ha dormido gran cosa esa noche. Vuelve a alzar la mirada hacia el reloj y decide —por ninguna razón que no sea la pura superstición— que, después de todo, todavía no desea emprender el camino hacia la Casa Negra. Se marcharán del Sand Bar cuando las manecillas del reloj de Kingsland marquen ambas las doce en punto del mediodía, no antes. La medianoche de Gary Cooper.

—Casi —responde—. ¿Te has traído el mapa, Beez?

—Lo tengo, aunque también tengo la sensación de que en realidad no lo necesitas, ¿no es así?

—Quizá no —admite Jack—, pero tomaré todas las precauciones que pueda.

Beezer asiente con la cabeza.

—Estoy de acuerdo con eso. Mandé a mi vieja con su madre, en Idaho. Después de lo que le pasó al pobre viejo Mousie, no tuve que discutir mucho con ella. Nunca la había mandado con su madre, tío. Ni siquiera en ocasión de aquella pelea tan mala con los Paganos. Pero tengo una sensación terrible acerca de esto. —Titubea, y suelta lo que está pensando—: Intuyo que ninguno de nosotros va a regresar.

Jack posa una mano sobre el carnoso antebrazo de Beezer.

—No es demasiado tarde para echarse atrás. No harás que tenga peor opinión de ti.

Beezer reflexiona sobre ello, y niega con la cabeza.

—Amy viene a verme en mis sueños, a veces. Hablamos. ¿Cómo voy a hablar con ella si no la defiendo? No, tío, estoy contigo.

Jack mira a Doc, que anuncia.

—Yo voy con Beez. Hay veces en que uno sencillamente tiene que estar ahí. Además, después de lo que le pasó a Mouse… —Se encoge de hombros—. Dios sabe qué puede habernos contagiado, o qué podemos haber cogido haciendo el gilipollas allí, en esa casa. Después de eso, el futuro quizá sea corto, no importa lo que hagamos.

—¿Cómo fue al final lo de Mouse? —quiere saber Jack.

Doc suelta una breve risotada.

—Exactamente como él dijo. Sobre las tres de esta madrugada simplemente hemos dejado colarse a Mouse por el desagüe de la bañera. No ha quedado más que espuma y pelo. —Esboza una mueca, como si se le hubiese revuelto el

estómago, y entonces apura con rapidez el vaso de coca-cola.

—Si vamos a hacer algo —suelta Dale—, hagámoslo ya.

Jack alza la mirada hacia el reloj. Son las 11.50.

—Pronto.

—No me da miedo morir —suelta de pronto Beezer—, ni siquiera me da miedo ese perro del demonio (estoy seguro de que metiéndole la suficiente cantidad de balas en el cuerpo lograremos herirlo), sino cómo le hace *sentir* a uno ese jodido lugar. El aire se vuelve denso. La cabeza te duele y los músculos se te debilitan. —Y entonces, con un acento británico sorprendentemente bueno, añade—: La resaca no tiene nada que ver, amigo.

—Para mí lo peor fue la tripa —comenta Doc—. Eso y… —Pero se calla. Nunca habla sobre Daisy Temperly, la chica a la que mató con un errante garabato de tinta sobre un bloc de recetas, pero puede verla ahora con la misma claridad que a los vaqueros de mentira en la tele del Sand Bar. Era rubia. De ojos pardos. A veces la había hecho sonreír (incluso pese al dolor) cantándole esa canción, la de Van Morrison sobre la muchacha de ojos pardos—. Yo voy por Mouse —añade—. *Tengo* que hacerlo. Pero ese lugar… es grotesco. No lo sabes bien, tío. Quizá creas entenderlo, pero no es así.

—Entiendo más de lo que creéis —dice Jack. Ahora le toca a él detenerse, considerar. ¿Recuerdan Beezer y Doc la palabra que Mouse pronunciara antes de morir? ¿Se acuerdan de *d'yamba?* Deberían hacerlo, estaban ahí mismo, vieron los libros caer del estante y pender en el aire cuando Jack pronunció esa palabra…, pero Jack está casi seguro de que si les preguntara ahora al respecto, le dirigirían miradas de desconcierto, o quizá sencillamente inexpresivas. En parte porque *d'yamba* es difícil de recordar, como la situación precisa del sendero que lleva de la Nacional 35, cuerda y antidislocación, a la Casa Negra. En su mayor parte, sin embargo, porque la palabra iba dirigida a él, a Jack Sawyer, el hijo de Phil y Lily. Él es el líder de la Banda de Sawyer porque es diferente. Ha viajado, y viajar ensancha horizontes.

¿Cuánto de todo eso debe contarles? Nada, probablemente. Sin embargo, deben creer, y para que eso suceda ha de utilizar la palabra de Mouse. En lo hondo del corazón sabe que ha de tener cuidado al emplearla —*d'yamba* es como una pistola: uno solo puede dispararla cierto número de veces antes de que quede vacía— y aunque detesta hacerlo ahí, tan lejos de la Casa Negra, lo hará. Porque

tienen que creer. Si no lo hacen, es probable que su valiente empresa de rescatar a Ty acabe con todos ellos de rodillas en el porche de la Casa Negra, sangrando por la nariz y los ojos, vomitando y escupiendo dientes al aire venenoso. Jack puede decirles que la mayor parte del veneno procede de sus propias mentes, pero hablar es fácil. Tienen que creer.

Además, solo son las 11.53.

—Lester —dice.

El camarero ha estado esperando, olvidado, junto a la puerta de vaivén que da a la cocina. No estaba escuchando a hurtadillas, pues está demasiado lejos como para eso, pero tampoco quería moverse y atraer la atención.

—¿Tienes miel? —pregunta Jack.

—¿Mi… miel?

—La hacen las abejas, Lester. Los especuladores hacen pasta, y las abejas hacen miel.

Algo similar a la comprensión asoma en los ojos de Lester.

—Ah, claro. Con ella hago los Kentucky para llevar. Además…

—Déjala encima de la barra —le indica Jack.

Dale se mueve, inquieto.

—Si tenemos tan poco tiempo como crees, Jack…

—Esto es importante. —Observa a Lester dejar un pequeño envase de plástico de miel sobre la barra y se sorprende pensando en Henry. ¡Cómo habría disfrutado Henry del milagro de bolsillo que Jack está a punto de llevar a cabo! Pero, por supuesto no habría tenido necesidad de hacer ese truco con Henry. No le habría sido necesario desperdiciar parte del precioso poder de la palabra. Porque Henry le habría creído al instante, igual que él mismo le había creído capaz de conducir desde Trempealeau hasta French Landing —qué demonios, hasta la maldita luna— si alguien se hubiese atrevido a darle la oportunidad y las llaves del coche.

—Se la llevaré —dice Lester con valentía—. No tengo miedo.

—Solo déjala en el extremo de la barra —le pide Jack—. Ahí está bien.

Lester así lo hace. La botella, que es de plástico y tiene forma de oso, se queda ahí, bajo un rayo de sol de las doce menos seis minutos. En la televisión ha empezado el tiroteo. Jack hace caso omiso. Hace caso omiso de todo, para concentrar su mente con la misma intensidad que un punto de luz a través de una

luna. Por un instante se concede mantener vacío ese foco tan preciso, y entonces lo llena con una sola palabra:

(D'YAMBA)

De inmediato oye un levísimo zumbido. Va subiendo de tono. Beezer, Doc y Dale miran alrededor. Durante unos momentos no sucede nada, y entonces el umbral iluminado por el sol se oscurece. Es casi como si una pequeña nube de lluvia se hubiese cernido sobre el Sand Bar…

Queso Apestoso suelta un chillido ahogado y retrocede agitando los brazos.

—¡Avispas! —exclama—. ¡Son avispas! *¡Larguémonos!*

Sin embargo, no se trata de avispas. Doc y Lester Moon quizá no distingan la diferencia, pero tanto Beezer como Dale Gilbertson son chicos de campo. Reconocen una abeja cuando la ven. Jack, entretanto, solo contempla el enjambre. Tiene la frente perlada de sudor. Se está concentrando con todas sus fuerzas en lo que quiere que hagan las abejas.

Estas forman una nube tan densa en torno a la botella que contiene la miel que esta casi desaparece. Entonces su zumbido se hace más profundo, y la botella comienza a alzarse, meciéndose igual que un misil minúsculo con un sistema de teledirección de mierda. Entonces, lentamente, avanza hacia la Banda de Sawyer. El envase de miel va montado sobre un cojín de abejas, quince centímetros por encima de la barra.

Jack tiende una mano y la abre. La botella flota hasta posarse en ella. Jack cierra los dedos. Acoplamiento completo.

Por unos instantes las abejas se elevan en torno a la cabeza de Jack, compitiendo en su zumbar con Lily, que está exclamando: «¡Dejadme a mí a ese cabrón alto! ¡Es el que violó a Stella!».

Entonces salen como un torrente por la puerta y desaparecen.

El reloj de Kingsland marca las 11.57.

—Santa María, madre de Dios —susurra Beeze. Tiene los ojos tan desmesuradamente abiertos que casi se le salen de las órbitas.

—A mí me parece que has estado ocultando tu luz bajo un fanal —dice Dale

con voz temblorosa.

Desde el extremo de la barra les llega un sonido suave y sordo. Por primera vez en su vida, Lester *Queso Apestoso* Moon se ha desmayado.

—Ahora vamos a marcharnos —dice Jack—. Bezz, tú y Doc abrís la marcha. Nosotros iremos justo detrás en el coche de Dale. Cuando lleguéis al sendero y al letrero de PROHIBIDO EL PASO, no os internéis en él. Solo aparcad las motos. Recorreremos el resto del camino en el coche, pero primero vamos a ponernos un poco de esto debajo de la nariz. —Sostiene en alto el envase de miel. Es una versión en plástico de Winnie Pooh, mugriento en torno al vientre que es por donde Lester lo coge y lo aprieta—. Quizá incluso debamos ponernos un poco *dentro* de la nariz. Es algo pegajoso, pero mejor que los vómitos como proyectiles.

A los ojos de Dale asoman la confirmación y la aprobación.

—Es como ponerse Vicks bajo la nariz en la escena de un crimen —dice.

No se parece en nada, pero Jack asiente con la cabeza. Porque de lo que se trata aquí es de *creer.*

—¿Funcionará? —pregunta Doc sin convicción.

—Sí —responde Jack—. Aún sentiréis cierta incomodidad, no tengo la mínima duda, pero será leve. Entonces vamos a cruzar a…, bueno a otro lugar. Después de eso, la suerte estará echada.

—Pensaba que el niño se encontraba en la casa —dice Beezer.

—Probablemente le hayan trasladado. Y la casa… es una especie de agujero de lombriz. Se abre a otro… —*Mundo* es la primera palabra que le ha venido a la cabeza, pero de algún modo no cree que se trate de un mundo, al menos en el sentido de los Territorios—. A otro lugar.

En la tele, Lily acaba de recibir el primero de unos seis tiros. En esta película se muere, y de niño Jack odiaba que así fuera, pero al menos cae disparando. Se lleva con ella a unos cuantos cabrones, incluido el alto que ha violado a su amiga, y eso está bien. Jack confía en poder hacer lo mismo. Sin embargo, más que nada confía en poder devolver a Tyler Marshall a su hogar.

Junto al televisor, el reloj pasa de las 11.59 a las 12.00.

—Vamos, chicos —dice Jack Sawyer—. Ensillemos y a cabalgar.

Beezer y Doc montan en sus caballos de hierro. Jack y Dale se dirigen al coche del jefe de policía, y se detienen cuando un Ford Explorer entra dando tumbos en el aparcamiento del Sand Bar, para derrapar en la gravilla y precipitarse hacia ellos, dejando una estela de polvo en el aire veraniego.

—Oh, Jesús —murmura Dale. Jack puede decir, por la gorra de béisbol ridículamente pequeña en la cabeza del conductor, que se trata de Fred Marshall; pero si el padre de Ty cree que lo van a dejar unirse a la misión de rescate, será mejor que se lo piense de nuevo.

—¡Gracias a Dios que te encuentro! —exclama Fred cuando prácticamente se deja caer del vehículo—. ¡Gracias a Dios!

—¿Quién vendrá después? —pregunta Dale en voz baja—. ¿Wendell Green? ¿Tom Cruise? ¿George W. Bush del brazo de la jodida miss Universo?

Jack apenas le oye. Fred está forcejeando para sacar un paquete alargado de la parte trasera del Explorer, y Jack se muestra inmediatamente interesado. Lo que hay en ese paquete podría ser un rifle, pero de alguna manera Jack no cree que lo sea. De pronto se siente como una botella de plástico a la que unas abejas hacen levitar, no tanto un ser que actúa sino uno sobre el que actúan. Echa a andar.

—¡Eh, hermano, vámonos ya! —grita Beezer. Debajo de él, su Harley cobra vida con una explosión—. Vamos a…

Entonces Beezer suelta un *alarido.* Lo mismo hace Doc, que da un respingo tan fuerte que casi se le cae la moto sobre la que está montado. Jack siente como si un rayo le atravesara la cabeza y se tambalea hacia Fred, que también grita de manera incoherente. Por un instante los dos parecen estar o bien bailando con el objeto alargado y envuelto que Fred les ha traído o bien luchando por él.

Solo Dale Gilbertson, que no ha estado en los Territorios, no se ha acercado a la Casa Negra y no es el padre de Tyler Marshall, no se ve afectado. Aunque hasta él siente que algo se eleva dentro de su cabeza, como si fuese una especie de grito interno. El mundo se estremece. De pronto parece haber más color en él, más dimensión.

—¿Qué ha sido eso? —exclama—. ¿Es bueno o malo? ¿Bueno o malo? *¿Qué coño está pasando aquí?*

Por unos instantes ninguno de ellos responde. Están demasiado aturdidos para hacerlo.

Mientras un enjambre de abejas lleva en volandas un bote de miel por encima de la barra de un bar de otro mundo, Burny le está diciendo a Ty Marshall que se ponga de cara a la pared, maldita sea, simplemente de cara a la pared.

Se encuentran en una choza pequeña y nauseabunda. Los sonidos metálicos de las máquinas están mucho más cerca. Ty oye también chillidos, gemidos, gritos airados y lo que solo puede ser el restallar de látigos. Ahora se hallan muy cerca de la Gran Combinación. Ty la ha visto, una gran confusión entrecruzada de metal que se eleva hacia las nubes desde una fosa humeante a unos ochocientos metros hacia el este. Parece el concepto que un loco tendría de un rascacielos, una colección a lo Rube Goldberg de rampas, cables, correas de transmisión y plataformas, todo ello en funcionamiento gracias a los niños que marchan tambaleantes para accionar las correas y tirar de las enormes palancas. Un humo teñido de rojo se eleva despidiendo fétidos gases.

En dos ocasiones mientras el carrito de golf rodaba lentamente, con Ty al volante y Burny reclinado de lado en el asiento del pasajero apuntándole con la Taser, cuadrillas de estrafalarios hombres verdes les han pasado. Tenían facciones confusas, la piel laminada y de reptil. Vestían túnicas de piel semicurada en algunos sitios de las cuales aún se veían matas de pelo. La mayoría llevaba lanzas; algunos tenían látigos.

Capataces, dijo Burny. *Hacen que las ruedas del progreso sigan girando.* Se echó a reír, pero la risa se tornó quejido y el quejido un áspero y entrecortado chillido de dolor.

Bien, pensó Ty con frialdad, y luego, empleando por primera vez una de las expresiones favoritas de Ebbie Wexler: *Muérete ya, hijo de puta.*

A unos tres kilómetros de la parte trasera de la Casa Negra, llegaron a una gigantesca plataforma de madera que se alzaba a su izquierda. De ella emergía una estructura semejante a una torre de lanzamiento de cohetes. Un largo poste se proyectaba desde la parte superior, casi hasta el camino. La brisa caliente y sulfurosa agitaba una serie de sogas. Bajo la plataforma, en un suelo muerto que el sol jamás iluminaba, había huesos desparramados y antiguos montones de polvo blanco. A un lado se veía una gran pila de zapatos. Por qué se llevaban la ropa y dejaban los zapatos era una pregunta a la que Ty probablemente no podría

haber respondido ni aunque no hubiese llevado la gorra *(juguetez ezbecialez para niñoz ezbecialez)*, pero una frase inconexa le brotó en la mente: costumbre de la región. Tenía cierta idea de que era algo que su padre decía en ocasiones, pero no podía estar seguro. Ni siquiera era capaz de recordar con claridad la cara de su padre.

La horca estaba rodeada de cuervos. Se dieron empellones unos a otros y se volvieron para seguir el zumbante progreso del E-Z-Go. Ninguno era aquel cuervo especial, aquel cuyo nombre Ty ya no lograba recordar, pero sabía por qué estaban ahí. Esperaban carne fresca que picotear, eso era lo que hacían. Esperaban ojos recién muertos que engullir. Por no mencionar los desnudos deditos de los muertos privados de zapatos.

Junto al montón de calzado desechado y semipodrido, un sendero accidentado conducía hacia el norte rebasando una colina humeante.

—El Camino de la Estación —anunció Burny. En ese punto parecía hablar más para sí que para Ty, quizá porque ya estuviese al borde del delirio. Pero la Taser seguía apuntando al cuello del muchacho, sin vacilar ni por un segundo—. Ahí es donde se supone que he de llevar al chico especial. —*Llevarr al chico ezpecial*—. Ahí es donde van los especiales. El señor Munshun se ha ido a buscar al mono. El mono del Mundo del Fin. En otros tiempos había dos más. Patricia… y Blaine. Ya no están. Se volvieron locos. Se suicidaron.

Ty siguió conduciendo en silencio, pero tuvo que creer que el que se había vuelto loco era el viejo Burny *(más* loco, se recordó). Conocía los monorraíles, incluso había montado en uno en Disneylandia, en Orlando, pero ¿monorraíles que se llamaban Blaine y Patricia? Eso era una estupidez.

Dejaron atrás el Camino de la Estación. Más allá, el rojo herrumbrado y el gris acerado de la Gran Combinación se fueron acercando. Ty veía hormigas moverse en las correas de transmisión cruelmente inclinadas. Niños. Algunos de otros mundos, quizá, mundos adyacentes a este, pero muchos del suyo propio. Niños cuyas caras aparecían por un tiempo en cartones de leche y luego desaparecían para siempre. Vivían un poco más en los corazones de sus padres, por supuesto, pero al final acababan por tornarse polvorientos incluso ahí, para convertirse de recuerdos vividos en viejas fotografías. Niños a los que se suponía muertos, enterrados en alguna parte, en tumbas poco profundas, por pervertidos que les habían utilizado para luego desecharles. En lugar de eso, estaban ahí.

Algunos de ellos, al menos. *Muchos* de ellos. Esforzándose en accionar las palancas, hacer girar las ruedas y mover las cintas de transmisión, en tanto que los capataces de ojos amarillos y piel verdosa hacían restallar los látigos.

Mientras Ty observaba, una de las motitas semejantes a hormigas cayó del costado de la intrincada estructura envuelta en vapor. Creyó oír un chillido débil. ¿O tal vez fue una exclamación de alivio?

—Bonito día —dijo débilmente Burny—. Lo disfrutaré más cuando consiga algo de comer. Lo de comer algo siempre me… me reanima. —Estudió a Ty con sus ojos de viejo, que se tensaron un poco en las comisuras con súbita calidez—. Lo mejor para comer son las nalgas de bebé; sin embargo, las tuyas no estarán mal. No, no estarán nada mal. Me dijo que te llevara a la estación, pero no estoy seguro de que me vaya a dar mi parte. Mi… *comisión.* Quizá sea honesto…, quizá siga siendo mi amigo…, pero me parece que simplemente cogeré primero mi parte para asegurarme. La mayoría de agentes se llevan su diez por ciento del total. —Tendió una mano para tocar a Ty justo por debajo de la línea del cinturón. Incluso a través de los vaqueros, el niño notó el borde duro y romo de la uña del viejo—. Creo que yo me llevaré el mío solo de esta parte. —Soltó una risa espasmódica y dolorida, y a Ty no le desagradó exactamente ver aparecer una brillante burbuja de sangre entre los labios agrietados del hombre—. ¿De aquí abajo, me entiendes? —La uña volvió a incidir en el costado de la nalga.

—Le entiendo —respondió Ty.

—Serás capaz de hacer tu cometido igual de bien —prosiguió Burny—. Es solo que cuando te eches un pedo estando sentado, ¡tendrás que inclinarte siempre sobre la *misma* nalga! —Más risas espasmódicas. Sí, sonaba delirante, desde luego, o al menos al borde del delirio, y aun así la punta de la Taser seguía firme como roca—. Continúa, chico. Otros ochocientos metros más por el Camino del Congrio. Verás una pequeña choza con techo de hojalata, al fondo de un barranco. Queda a la derecha. Es un sitio especial. Especial para mí. Dirígete hacia ahí.

A Ty no le quedó otra opción que obedecer. Y ahora…

—¡Haz lo que te digo! ¡De cara a la puta pared! ¡Levanta las manos y mételas en esos aros!

Ty no podría definir la palabra *eufemismo* en una apuesta, pero sabe que llamar «aros» a esas argollas de metal es pura gilipollez. Lo que pende de la pared del fondo son grilletes.

El pánico revolotea en su cerebro como una bandada de pequeños pájaros, amenazando con oscurecer sus pensamientos. Ty se esfuerza en aguantar, se esfuerza con denodada intensidad. Si se deja llevar por el pánico, empieza a gritar y chillar, todo acabará para él. O bien el viejo le matará en el acto de trincharle, o el amigo del viejo le llevará a un espantoso lugar al que Burny llama Din-tah. En cualquier caso, Ty nunca volverá a ver a su madre ni a su padre. O French Landing. Pero si consigue mantenerse sereno… esperar la oportunidad…

Ah, pero qué difícil es. No obstante, la gorra que lleva le ayuda un poco al respecto, tiene un efecto calmante que hace que le cueste menos mantener el pánico bajo control, pero sigue siendo difícil. Porque él no es el primer niño que el viejo se trae ahí, del mismo modo que no fue el primero en pasar largas y lentas horas en aquella celda en la casa del anciano. En el rincón izquierdo de la cabaña, bajo una salida de humos cubierta de hojalata, hay una barbacoa ennegrecida y con una capa de grasa. La parrilla está enganchada a un par de bombonas en cuyos costados se lee PROPANO DE LA RIVIERE. De la pared cuelgan manoplas de horno, espátulas y trinchantes. Hay tijeras y mazas para la carne y al menos cuatro cuchillos de trinchar de hojas bien afiladas. Uno de los cuchillos parece casi tan largo como una espada ceremonial.

Colgado junto a ese cuchillo hay un delantal que lleva impresa la leyenda PUEDES BESAR AL CHEF.

El olor en el aire le recuerda a Ty al picnic de la residencia para veteranos de guerras al que le llevaron sus padres el Día del Trabajo anterior. Maui Wowie, se había llamado, porque se suponía que la gente que acudía había de sentirse como si pasara el día en Hawai. Había habido un gran foso para la barbacoa en el centro de La Follette Park, junto al río, atendido por mujeres con faldas de paja y hombres que lucían camisas chillonas con estampados de pájaros y follaje tropical. Sobre el refulgente agujero abierto en la tierra se habían asado cerdos enteros, y el olor había sido como el de esa cabaña. Solo que el olor de ahí es rancio… y viejo… y…

Y no exactamente a cerdo, piensa Ty. *Es…*

—¿Tengo que quedarme aquí de pie todo el día charlando contigo, piojo?

La Taser produce un sonido chisporroteante. Un hormigueo y un dolor extenuante desgarran el costado del cuello de Ty. La vejiga se le afloja y se moja los pantalones. No puede evitarlo.

Apenas si es consciente de ello, la verdad. En alguna parte (en una galaxia muy, muy lejana) una mano que tiembla pero que aún es terriblemente fuerte le empuja hacia la pared trasera y los grilletes que se han fijado a unas placas de acero a poco menos de dos metros del suelo.

—¡Vamos! —exclama Burny, y suelta una risa cansada, histérica—. ¡Sabía que por fin ibas a ganarte la de la buena suerte! Eres un chico listo, ¿verdad? ¡Un listillo! ¡Ahora mete las manos en las argollas y basta de tonterías!

Ty ha tendido las manos para evitar estamparse de cara contra la pared trasera. Sus ojos están a menos de treinta centímetros de la madera y le está echando un buen vistazo a las capas de sangre que la manchan. Que la *recubren.* La sangre despide un hedor metálico y añejo. Bajo sus pies, nota el suelo esponjoso. Como gelatina. Qué asco. Quizá se trate de una ilusión física, pero Ty sabe que lo que está sintiendo es sin embargo real. Esa es una tierra de cadáveres. Tal vez el viejo no se prepare sus comidas ahí siempre —quizá no pueda darse ese lujo— pero ese es el sitio que le gusta. Como ha dicho, es especial para él.

Si le dejo inmovilizarme las manos con esos grilletes, piensa Ty, *estaré perdido. Me cortará en trozos. Una vez que empiece, tal vez no sea capaz de detenerse, ni por ese tal señor Munching ni por nadie. De modo que prepárate.*

Este último pensamiento no le parece en absoluto suyo. Es como oír la voz de su madre en su cabeza. De su madre, o de alguien como ella. Ty se tranquiliza. La bandada de pájaros del pánico desaparece de pronto, y tiene la cabeza tan despejada como se lo permite la gorra. Sabe qué debe hacer. O tratar de hacer.

Siente la boquilla de la Taser deslizársele entre las piernas y piensa en la serpiente que se retorcía en el sendero cubierto de maleza, llevando consigo aquella boca llena de colmillos.

—Mete las manos en esas argollas ahora mismo, o voy a freírte las pelotas como si fueran calamares. —*Calamarrez,* lo pronuncia.

—Vale —dice Ty con voz aguda y quejumbrosa. Confía sonar muerto de

miedo. Dios sabe que no debería resultarle muy difícil—. Vale, vale, pero no me haga daño; ahora lo hago, ¿lo ve? ¿Lo ve? —Introduce las manos en los grilletes. Le quedan grandes y sueltos.

—¡Más arriba! —Aún tiene la voz gruñona junto a la oreja, pero la Taser ha desaparecido de entre sus piernas, al menos—. ¡Mételas tan adentro como puedas!

Ty hace lo que le ordena. Los grilletes se le deslizan hasta un punto justo por encima de las muñecas. En la penumbra sus manos parecen estrellas de mar. Tras él, oye otra vez el sonido metálico que produce Burny al hurgar en el saco. Ahora lo entiende. La gorra quizá le esté revolviendo un poco las ideas, pero lo que hace Burny es demasiado obvio para no darse cuenta. El viejo cabrón tiene unas esposas ahí dentro. Esposas que han sido utilizadas muchas, muchas veces. Va a esposar las muñecas de Ty por encima de los grilletes, y Ty permanecerá en pie —o colgando, si se desmaya— mientras el viejo monstruo le trincha.

—Ahora escúchame —dice Burny. Se le oye sin aliento, pero nuevamente *animado.* La perspectiva de una comida le ha refrescado, le ha hecho recuperar cierto grado de vitalidad—. Te estoy apuntando con este trasto con una mano. Voy a deslizarte una esposa en la muñeca izquierda con la otra. Si te mueves…, si solo tiemblas, chico…, te ganas la descarga. ¿Entendido?

Ty asiente ante la pared manchada de sangre.

—No voy a moverme —gimotea—. De verdad que no.

—Primero una mano y luego la otra. Así es como lo hago. —En su voz hay una complacencia repugnante. La Taser se clava entre los omóplatos de Ty con la fuerza suficiente para hacerle daño. Gruñendo por el esfuerzo, el viejo se apoya sobre el hombro izquierdo de Ty. Este puede oler a sudor, a sangre y a edad. En efecto es como en *Hansely Gretel,* se dice, solo que no tiene un horno al que empujar a su torturador.

Sabes lo que debes hacer, le dice Judy con frialdad. *Tal vez no te dé una oportunidad, y si no lo hace, pues ya está. Pero si lo hace…*

Una pulsera de las esposas se le desliza en torno a la muñeca izquierda. Burny gruñe por lo bajo, de manera repulsiva, al oído de Ty. El viejo tiende la mano… la Taser se mueve…, pero no lo suficiente. Ty permanece inmóvil mientras Burny cierra con un chasquido la esposa y la asegura. Ahora Ty tiene la mano izquierda sujeta a la pared. La esposa que Burny pretende ponerle en la

muñeca derecha le cuelga de la muñeca izquierda por la cadena de acero.

El viejo, todavía jadeando con esfuerzo, se desplaza hacia la derecha. Tiende el brazo por delante de Ty y tantea en busca de la esposa que cuelga. La Taser presiona una vez más contra la espalda del niño. Si el anciano consigue agarrar la esposa, Ty se las verá francamente muy mal. Y a punto está de suceder. Pero a Burny se le escapa la esposa, y en lugar de esperar que se balancee hasta donde pueda cogerla, se echa más hacia adelante. El huesudo perfil de su cara está contra el hombro derecho de Ty.

Y cuando se inclina para coger la esposa colgante, Ty siente que el contacto de la Taser se vuelve más leve y luego desaparece.

¡Ahora!, exclama Judy dentro de la cabeza de Ty. O quizá se trate de Sophie. O *quizá,* de las dos a la vez. *¡Ahora, Ty! ¡Esta es tu oportunidad, no habrá otra!*

Ty arremete hacia abajo con el brazo derecho como si fuera un pistón, liberándolo del grillete. No le haría ningún bien tratar de apartar de sí a Burny de un empujón, pues el viejo monstruo pesa al menos treinta kilos más que él. En lugar de eso tironea hacia la izquierda, provocando una presión atroz en su hombro izquierdo y en la muñeca que estaba inmovilizada por el grillete.

—¿Qué…? —empieza Burny, y entonces la mano derecha de Ty encuentra lo que quiere: el saco suelto y colgante de las pelotas del hombre. Aprieta con todas sus fuerzas. Siente comprimirse los testículos del monstruo, y al notar que uno de ellos revienta y se desinfla, Ty profiere un grito salvaje que es a la vez de consternación, horror y triunfo.

Burny, pillado enteramente por sorpresa, suelta un aullido. Trata de retroceder para liberarse, pero Ty le tiene cogido como una arpía, y es que su mano, tan menuda e incapaz (o eso creería uno) de cualquier defensa que se precie, se ha convertido en una garra. Si ha habido alguna vez un momento para utilizar la Taser, es este, pero a causa del desconcierto Burny ha abierto la mano y la Taser ha caído al ensangrentado suelo de tierra.

—¡Suéltame! ¡Me haces DAÑO! Me haces…

Antes de que pueda terminar, Ty tira con toda la fuerza del pánico de la desinflada bolsa, y algo dentro de los pantalones de algodón se *desgarra.* Las palabras de Burny se disuelven en un alarido de dolor. Jamás imaginó sufrimiento mayor…, al menos, desde luego, en relación *consigo mismo.*

Pero no es suficiente. La voz de Judy dice que no lo es, y es posible que Ty

de todas formas ya lo sepa. Le ha hecho daño al viejo, le ha hecho lo que Ebbie Wexler sin duda llamaría un «jodido reventón», pero no es suficiente.

Ty le suelta y se vuelve hacia la izquierda, girando sobre la mano atrapada en el grillete. Ve al anciano tambalearse ante sí en las sombras. Tras él, el carrito de golf se halla al otro lado de la puerta abierta, recortándose contra un cielo lleno de nubes y de humo ardiente. El viejo monstruo, cuyos ojos se ven enormes e incrédulos, arrasados en lágrimas, contempla boquiabierto al niño que le ha hecho eso.

Su capacidad de comprensión retornará pronto. Cuando lo haga, Burny es probable que coja uno de los cuchillos de la pared, o quizá uno de los trinchantes, y atraviese a su prisionero encadenado hasta la muerte, profiriendo maldiciones y juramentos mientras lo hace, llamándole mono, cabrón, puto lameculos. Cualquier consideración sobre el gran talento de Ty habrá desaparecido. Cualquier temor ante lo que pueda pasarle al propio Burny si el señor Munshun —y el abbalah— es despojado de su trofeo también se habrá esfumado. En realidad, Burny no es más que un animal psicópata, y dentro de un instante su naturaleza esencial se verá liberada y se desahogará con ese niño encadenado.

Sin embargo, Tyler Marshall, hijo de Fred y de la formidable Judy, no le brinda a Burny semejante oportunidad. Durante la última parte del trayecto ha estado pensando repetidamente en lo que el viejo le había dicho acerca del señor Munshun —*me ha hecho daño, me ha retorcido las entrañas*— y confiaba en disponer de la oportunidad de retorcérselas un poco él también. Ahora esa oportunidad ha llegado. Colgando del grillete con el brazo izquierdo cruelmente estirado hacia arriba, arremete con la mano derecha. A través del agujero que Burny tiene en la camisa, el mismo que le hiciera Henry con su navaja automática. De súbito Ty palpa algo alargado y húmedo. Lo agarra y a través del desgarrón extrae de un tirón un rollo de los intestinos de Charles Burnside.

Burny alza la cabeza hacia el techo de la cabaña. La mandíbula se le abre y se le cierra de forma convulsiva, las venas le sobresalen en el cuello viejo y arrugado y lanza un desgarrador bramido de agonía. Trata de apartarse, lo cual es probablemente lo peor que puede hacer un hombre cuando alguien le tiene bien pillado de la carne magra. Una porción de entrañas de un gris azulado, tan regordeta como una salchicha y quizá tratando de digerir aún la última comida

que tomó Burny en la cafetería del Centro Maxton, sale con el audible *pum* de un corcho de champán al dejar el cuello de la botella.

Las últimas palabras de Charles *Chummy* Burnside son:

—*¡SUÉLTAME, PEQUEÑO CERDO!*

Ty no le suelta. En lugar de eso agita con furia la lazada de intestino de un lado para otro, como un terrier con una rata entre las mandíbulas. Un chorro de sangre y un fluido amarillento sale del agujero que Burny tiene en el vientre.

Burny retrocede, tambaleante, un paso más. Su boca se abre y parte de la dentadura postiza superior se desprende y cae al suelo. Está contemplando dos lazadas de sus propios intestinos, que se extienden como cartílagos desde la gran boca rojinegra abierta en su camisa hasta la mano derecha de aquel horrible crío. Y ve algo aún más terrible: una especie de resplandor blanquecino ha rodeado al niño. Le está transmitiendo más fuerza de la que de otro modo habría tenido: la fuerza suficiente para arrancarle del cuerpo las entrañas y hacerle *daño,* muchísimo *daño…*

—*¡Muere!* —grita Ty con voz estridente y entrecortada—. *¡Oh, por favor, ¿ES QUE NO VAS A MORIRTE NUNCA?*

Al final —muy, muy al final— Burny cae de rodillas. Fija la mirada empañada en la Taser y tiende una temblorosa mano hacia ella. Antes de que llegue muy lejos, la luz de la conciencia abandona los ojos de Burny. No ha soportado el dolor suficiente para igualar siquiera la centésima parte del sufrimiento que infligió, pero es todo cuanto su viejo cuerpo puede tolerar. Profiere un áspero graznido que sale de lo profundo de su garganta y cae hacia atrás, y al hacerlo se le salen más intestinos. No se percata ni de eso ni de nada más.

Carl Bierstone, alias Charles Burnside, alias *Chummy* Burnside, está muerto.

Durante más de treinta segundos, nada se mueve. Tyler Marshall está vivo, pero al principio solo pende del eje de su encadenado brazo izquierdo, todavía asiendo una lazada de los intestinos de Burny en la mano derecha. Asiéndolos en un apretón mortal. Por fin cierta sensación de conciencia ilumina sus facciones. Coloca los pies debajo de sí y se incorpora con dificultad para aliviar la casi intolerable presión en la fosa del hombro izquierdo. De pronto es consciente de tener el brazo derecho salpicado de sangre hasta el bíceps, y de que aferra un puñado de las entrañas de un hombre muerto. Las suelta y sale disparado hacia la

puerta, sin acordarse de que sigue encadenado a la pared hasta que se ve tironeado hacia atrás, con lo que el hombro vuelve a rugirle de dolor.

Lo has hecho bien, susurra la voz de Judy-Sophie, *pero tienes que salir de aquí, y rápido.*

Las lágrimas empiezan a rodar de nuevo por las sucias y demacradas mejillas, y Ty se pone a gritar a todo pulmón.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Estoy en la cabaña! ¡ESTOY EN LA CABAÑA!

Frente al Sand Bar, Doc se queda donde está, con la moto retumbándole entre las piernas, pero Beezer apaga el motor de la suya, baja el pie de apoyo con el tacón de una bota y se dirige hacia Jack, Dale y Fred. El primero se ha hecho cargo del objeto envuelto que el padre de Ty les ha llevado. Fred, entretanto, ha agarrado a Jack de la camisa. Dale trata de contenerle, pero, por lo que concierne a Fred Marshall, ahora solo hay dos personas en el mundo: él y *Hollywood* Jack Sawyer.

—Ha sido Ty, ¿verdad? Ha sido Ty. *¿Ese ha sido mi hijo, le he oído!*

—Sí —responde Jack—. Desde luego era él, y desde luego que le has oído. —Se ha puesto algo pálido, comprueba Beezer, pero en cambio está tranquilo. No le preocupa en absoluto que el padre del chico perdido le haya sacado la camisa de los pantalones. No, toda la atención de Jack se centra en el objeto envuelto.

—En nombre de Dios, ¿qué ocurre aquí? —pregunta Dale con tono lastimero. Mira a Beezer—. ¿Lo sabes *tú*?

—El niño está en una cabaña, en alguna parte —responde Beezer—. ¿Tengo razón en eso?

—Sí —contesta Jack. Fred suelta de pronto la camisa de Jack y retrocede tambaleándose, entre sollozos. Jack no le presta atención y no hace esfuerzo alguno por meterse en los pantalones el faldón de la arrugada camisa. Todavía está mirando el paquete. Medio espera encontrarse con sellos de sobres de azúcar, pero no, en este caso es solo el correo de siempre. Sea lo que sea, se ha enviado urgente al señor Tyler Marshall, de la calle Robín Hood número 16, French Landing. La dirección del remitente se ha estampado en rojo: George

Rathbun, KDCU, Península Drive, 4, French Landing. Debajo, en letras negras más grandes se lee:

¡HASTA UN CIEGO PUEDE VER QUE COULEE COUNTRY ADORA EL CONCURSO DE LOS BREWER!

—Henry, nunca abandonas, ¿verdad? —murmura Jack. Las lágrimas le aguijonean los ojos. La idea de una vida sin su viejo amigo vuelve a impactarle, y le deja sintiéndose desamparado y perdido, estúpido y dolorido.

—¿Qué pasa con el tío Henry? —pregunta Dale—. Jack, el tío Henry está *muerto.*

De alguna manera, Jack ya no está tan seguro de eso.

—Vámonos —insiste Beezer—. Hemos de encontrar a ese niño. Aún vive, pero no está a salvo. Me ha llegado más claro que una campana. Vayamos para allá. Más tarde, nos figuraremos el resto.

Pero Jack, que no acaba de oír el grito de Tyler pero sí ha visto, por un instante, a través de los ojos de este, no tiene gran cosa que figurarse. De hecho, lo que hay que figurarse se reduce ahora a una sola cosa. Sin hacer caso de Beezer ni de Dale, se acerca al sollozante padre de Tyler.

—Fred.

Fred continúa llorando.

—Fred, si quieres volver a ver a tu hijo con vida, contrólate ahora mismo y escúchame.

Fred alza la mirada, con los ojos enrojecidos y derramando lágrimas. La gorra de béisbol ridículamente pequeña sigue en su cabeza.

—¿Qué hay aquí dentro, Fred?

—Debe de ser un premio de ese concurso que George Rathbun celebra cada verano: la juerga de los Brewer. Pero para empezar no sé cómo puede Ty haber ganado algo. Hace un par de semanas se lamentaba por haberse olvidado de participar. Hasta me preguntó si por casualidad yo había participado en el concurso por él, y yo le contesté…, bueno, con brusquedad. —Al recordarlo, nuevas lágrimas empiezan a correr por las mejillas sin afeitar de Fred—. Fue

más o menos cuando Judy empezaba a ponerse… rara… Estaba preocupado por ella y lo único que hice fue… responderle con brusquedad. ¿Sabes? —Respira agitadamente. Hace un ruido acuoso y ahogado y su nuez se mueve de arriba abajo. Se enjuga los ojos con un brazo—. Y Ty…, todo cuanto dijo fue:

«Está bien, papá». No se enfadó conmigo, no se puso de morros ni nada parecido. Porque era precisamente esa clase de chico. Lo *es.*

—¿Cómo has sabido que tenías que traérmelo?

—Ha llamado tu amigo —explica Fred—. Ha dicho que el cartero había dejado algo y que yo tenía que traértelo aquí, sin tardanza. Antes de que te marcharas. Te ha llamado…

—Me ha llamado Viajero Jack.

Fred Marshall le mira sorprendido.

—Exacto.

—Muy bien. —Jack habla con suavidad, casi ausente—. Venga, vamos a buscar a tu chico.

—Iré con vosotros. Tengo mi rifle para ciervos en el coche…

—Y ahí es donde se va a quedar. Vete a casa. Haz sitio para él. Haz sitio para tu mujer. Y déjanos hacer lo que tenemos que hacer. —Jack mira primero a Dale, luego a Beezer, y dice—: Vamos. En marcha.

Cinco minutos más tarde, el coche del jefe del Departamento de Policía de French Landing acelera hacia el oeste por la Nacional 35. Justo delante, como una guardia de honor, Beezer y Doc transitan uno junto al otro, con el sol arrancando destellos de sus motocicletas. Árboles con su pleno follaje estival se aglomeran cerca de la carretera a ambos lados.

Jack siente el zumbido característico de la Casa Negra cada vez más intenso en su cabeza. Ha descubierto que es capaz de bloquear ese ruido si tiene que hacerlo, impedir que se extienda y afecte por completo su capacidad de pensar, pero aun así es condenadamente desagradable. Dale le ha dado una de las Ruger 357, que son las armas de servicio del departamento de policía; la lleva metida en la cintura de los vaqueros. Le ha sorprendido la buena sensación que la ha producido sentir su peso en la mano, casi como una vuelta a casa. Quizá las armas no les sirvan de mucho en el mundo que hay más allá de la Casa Negra,

pero primero tienen que llegar allí, ¿no? Y según Beezer y Doc, el acceso no está lo que se dice desguarnecido.

—Dale, ¿tienes una navaja de bolsillo?

—En la guantera —responde Dale. Echa un vistazo al paquete alargado en el regazo de Jack—. Supongo que quieres abrir eso.

—Supones bien.

—¿Puedes explicarme unas cuantas cosas mientras lo haces? Como si una vez que consigamos entrar en la Casa Negra hemos de esperar o no a que Charles Burnside salte sobre nosotros con un hacha desde una puerta secreta y empiece a…

—Los días en que *Chummy* Burnside saltaba sobre la gente han terminado —anuncia Jack—. Está muerto. Ty Marshall le ha matado. Eso es lo que nos impactó en el Sand Bar.

El coche del jefe describe un viraje tan extraño, cruzando toda la carretera hacia la izquierda, que Beezer mira hacia atrás por un instante, asustado por lo que ha visto en el espejo retrovisor. Jack le hace un ademán severo y rápido —*Signe y no te preocupes por nosotros*— y Beez mira de nuevo hacia adelante.

—*¿Qué?* —dice Dale con un jadeo.

—El viejo cabrón estaba herido, pero tengo la sensación de que aun así Ty ha sido muy valiente. Valiente y hábil a la vez. —Jack está pensando que Henry debilitó las defensas de Burny y Ty *ha acabado* con él. Lo que George Rathbun habría llamado sin duda una maravilla de doble juego.

—¿Cómo…?

—Le ha destripado. Con las manos. De hecho, con *una* mano. Estoy bastante seguro de que la otra la tiene encadenada o inmovilizada de alguna manera.

Dale permanece en silencio por unos instantes, observando a los motoristas, que delante de él se inclinan al tomar una curva, con el cabello al viento como un gesto simbólico de lo que opinan de la ley que rige en Wisconsin sobre el uso del casco. Jack, entretanto, raja el envoltorio de papel marrón para revelar un cartón blanco y alargado. Algo rueda de un lado a otro en el interior.

—¿Me estás diciendo que un niño de diez años ha destripado a un asesino en serie, a un *caníbal* en serie? ¿Estás seguro?

—Sí.

—Me resulta muy difícil de creer.

—Basándonos en el padre creo que puedo entenderlo. Fred es… —*Un pelele* es lo que le pasa por la cabeza, pero eso no es ni justo ni cierto—. Fred es bondadoso —dice en cambio—. Judy, sin embargo…

—Agallas —le interrumpe Dale—. Me han dicho que ella si que las tiene.

Jack le brinda a su amigo una sonrisa carente de humor. Ha conseguido confinar el zumbido a una pequeña porción de su cerebro, pero en esa pequeña porción está sonando como una alarma de incendios. Casi han llegado.

—Desde luego que las tiene —admite dirigiéndose a Dale—. Y también las tiene su hijo. Es… valiente. —Jack ha estado a punto de decir *Es un príncipe.*

—Y está vivo.

—Sí.

—Encadenado en una cabaña en alguna parte.

—Exacto.

—Detrás de la casa de Burnside.

—Ajá.

—Sí la geografía no me engaña, eso le sitúa en algún lugar en los bosques cercanos a Schubert y Gale.

Jack sonríe y permanece en silencio.

—Vale —suelta Dale—. ¿En qué me he equivocado?

—No tiene importancia. Lo cual ya está bien, porque es imposible explicarlo. —Jack solo confía en que Dale tenga la mente bien clara y en su sitio, porque todo apunta a que en la hora siguiente va a sentir un martilleo de mil demonios.

Con una uña corta la cinta adhesiva que cierra la caja de cartón. La abre. Dentro hay un envoltorio de plástico con burbujas. Jack lo extrae, lo arroja a sus pies y contempla el premio de Ty Marshall en el concurso de los Brewer, un premio que ha ganado incluso aun cuando aparentemente no haya participado.

Jack exhala un leve suspiro de sobrecogimiento. Todavía lleva el niño lo bastante dentro de sí para reaccionar ante el objeto que ve, y eso que hace tiempo que dejó de jugar, desde que fue demasiado mayor para la Liga Infantil. Porque un bate tiene algo, ¿no es así? Algo que habla de nuestras primitivas creencias en la pureza de la lucha y en la fuerza de nuestro equipo. El equipo local. De lo correcto y lo *blanco.* Desde luego Bernard Malamud lo sabía; Jack ha leído *El mejor* un montón de veces, siempre esperando un final diferente (y cuando la película se lo ofreció, no le gustó nada), siempre encantado con el hecho de que

Roy Hobbs llamara a su garrote *Wonderboy.* Y qué más daban los críticos con toda esa cháchara sobre la leyenda artúrica y los símbolos fálicos; a veces un puro es simplemente algo que se fuma, y a veces un bate es simplemente un bate. Un palo grandote. Algo con lo que se consiguen *home runs.*

—¡Guau! —exclama Dale al echar un vistazo. Y parece *más joven.* Casi un chaval. Con los ojos muy abiertos. Así pues, Jack no es el único, por lo visto—. ¿De quién es ese bate?

Jack lo extrae con cuidado de la caja. Escrito a lo largo del cuadro de bateo en rotulador negro hay el siguiente mensaje:



—De Richie Sexson —contesta Jack—. ¿Quién es Richie Sexson?

—Un gran bateador de los Brewers —responde Dale.

—¿Es tan bueno como Roy Hobbs?

—¿Roy…? —Dale sonríe—. ¡Oh, en aquella película! Era Robert Redford, ¿no? No, no creo que… Eh, ¿qué haces?

Todavía sujetando el bate (de hecho casi le da a Dale en el pómulo derecho con el extremo), Jack se inclina para tocar la bocina.

—Detente —dice—. Es aquí. Esos tontainas estuvieron en este lugar ayer mismo y ya iban a pasarse de largo.

Dale se desvía al arcén, detiene el coche patrulla con una leve sacudida y pone punto muerto. Cuando mira a Jack está considerablemente más pálido.

—Oh, Jack…, no me encuentro muy bien. Quizá haya sido el desayuno. Jesús, confío en no ponerme a vomitar.

—Ese zumbido que oyes en la cabeza, ¿es culpa del desayuno? —quiere saber Jack.

Dale abre desmesuradamente los ojos.

—¿Cómo sabes…?

—Porque yo también lo oigo. Y lo siento en el estómago. No es por tu desayuno. Es la Casa Negra. —Jack le tiende el envase de miel—. Venga. Ponte

un poco más alrededor de las fosas nasales. Y métete un poco dentro. Te sentirás mejor. —Transmite absoluta confianza. Porque ahí no se trata de armas secretas o fórmulas secretas; desde luego no se trata de miel. De lo que se trata es de *creer.* Han salido del reino de lo racional para internarse en el reino de la dislocación. Jack lo sabe con certeza en cuanto abre la puerta del coche.

Más allá, las motos viran en redondo y regresan. Beezer, con una expresión de impaciencia en el rostro, está negando con la cabeza: *No, no, no es aquí.*

Dale se une a Jack delante del coche. Aún se lo ve pálido, pero la piel alrededor y debajo de la nariz está brillante a causa de la miel y él parece bastante firme sobre los pies.

—Gracias, Jack. Estoy *mucho* mejor. No entiendo de qué modo ponerme miel en la *nariz* puede afectarme los *oídos,* pero el zumbido también ha disminuido. Ahora lo oigo más lejano.

—¡Os habéis equivocado de sitio! —vocifera Beezer al detener su Harley delante del coche patrulla.

—No —replica Jack tranquilamente mientras contempla los bosques intactos. La luz del sol que incide en las hojas verdes contrasta con las alocadas y negras formas zigzagueantes de las sombras. Todo se ve tembloroso y vacilante, como si se burlara de la perspectiva—. Es aquí. La guarida del señor Munshun y la banda de la Casa Negra, tal como el Duque no dijo nunca.

En ese momento la moto de Doc se suma al estruendo al detenerse junto a la de Beezer.

—¡Beez tiene razón! ¡Maldita sea, pero si estuvimos *aquí ayer* mismo! ¿Crees que no sabemos de qué estamos hablando?

—Aquí no hay más que bosques por todas partes —interviene Dale. Señala el lado opuesto de la carretera donde, a unos cincuenta metros, una cinta amarilla policial revolotea atada a un par de árboles—. Ese de ahí es el sendero que conduce a Bocados de Ed. El sitio al que queremos ir probablemente esté más allá…

Esoa pesar de que tú sabes que está aquí, piensa Jack. O se maravilla, en realidad. *¿Por qué, si no, te has untado de miel como el osito Pooh en un día de suerte?*

Vuelve la mirada hacia Beezer y Doc, quienes a su vez tienen notable mal aspecto. Jack abre la boca para hablarles… y algo revolotea en el borde superior

de su visión. Contiene el impulso natural de levantar la vista para definir la fuente de ese movimiento. Algo dentro de sí, probablemente la parte de Viajero Jack, opina que sería mala idea hacerlo. Algo ya les está vigilando. Mejor si no sabe que le han descubierto.

Apoya el bate de Richie Sexson en el suelo, contra el costado del coche patrulla. Coge la miel de manos de Dale y se la tiende a Beez.

—Toma —dice—. Úntate con esto.

—¡No seas estúpido, no tiene *sentido* hacerlo! —exclama Beezer exasperado —.*¡Este… no es… el sitio!*

—Te está sangrando la nariz —le advierte Jack con suavidad—. Solo un poco. A ti también, Doc.

Doc se pasa un dedo por debajo de la nariz y observa, sorprendido, que hay una mancha roja en él.

—Pero *sé* que este no es… —balbucea.

Ese revoloteo otra vez, en la parte superior del ángulo de visión de Jack. Hace caso omiso de él y señala hacia el frente. Todos miran en esa dirección, Beezer, Doc y Dale, que es el primero en verlo.

—Mierda —suelta en voz baja—. Un letrero de PROHIBIDO EL PASO. ¿Estaba ahí antes?

—Ajá —contesta Jack—. Yo diría que lleva ahí treinta años o más.

—Joder —masculla Beez, y procede a untarse con miel alrededor de la nariz. Se embute generosas cantidades en las fosas nasales; gotas resinosas brillan en su barba castaño rojiza de vikingo—. Nos lo habríamos saltado limpiamente, Doc. Hasta llegar a la ciudad. Coño, quizá hasta llegar a Rapid City, en Dakota del Sur. —Le tiende la miel a Doc y mira a Jack con una mueca—. Lo lamento, tío. Deberíamos haberlo encontrado. No hay excusa posible.

—¿Dónde está el sendero? —pregunta Dale, y añade—: Ah. *Ahí* está. Habría *jurado* que…

—Que ahí no había nada, ya lo sé —le interrumpe Jack. Mira a sus amigos con una sonrisa A la Banda de Sawyer. Desde luego, *no* está mirando los jirones negros que revolotean en la periferia superior de su visión, ni tampoco hacia su cintura, de donde su mano está sacando lentamente la Ruger 357. Siempre fue uno de los mejores en eso. Solo había ganado insignias un par de ocasiones en el tiro al blanco, pero cuando se trataba de una competición de desenfundar y

disparar, lo hacía muy bien. Cinco aciertos sobre cinco, normalmente. Jack no tiene ni idea de si aún conserva esa habilidad, pero cree que va averiguarlo de inmediato.

Sin dejar de sonreír, observando a Doc llenarse la rupia de miel, Jack dice en tono de conversación:

—Algo nos está vigilando. No levantéis la vista. Voy a intentar dispararle.

—¿Qué es? —pregunta Dale, sonriendo a su vez, sin alzar la vista, mirando al frente. Ahora ve con bastante claridad el umbrío sendero que conduce a la casa de Burnside. No estaba ahí, lo habría jurado, pero ahora sí está.

—Un verdadero coñazo —responde Jack, y de repente saca la Ruger para empuñarla con ambas manos. Está disparando casi antes de haber fijado la vista, y le acierta al gran cuervo agazapado en una rama alta de un roble enteramente por sorpresa. El pajarraco profiere un sonoro y azorado graznido y se ve arrancado de su percha. La sangre salpica contra el azul desteñido del cielo estival. Las plumas caen aleteando en puñados tan oscuros como las sombras a medianoche. Y un cuerpo. Cae en el arcén del otro lado de la carretera con un ruido sordo. Un ojo oscuro y reluciente contempla a Jack Sawyer con expresión de sorpresa.

—¿Has disparado cinco o seis veces? —pregunta Beezer en tono de profundo respeto—. Ha sido tan rápido que no sabría decirlo.

—La he vaciado —responde Jack. Supone que después de todo aún es bastante bueno a la hora de desenfundar y disparar.

—Joder, ese es un cuervo enorme —dice Doc.

—No es un cuervo cualquiera —explica Jack—. Es Gorg. —Avanza hasta el cuerpo fulminado que yace en el suelo—. ¿Cómo te va, amiguito? ¿Cómo te sientes? —Lanza sobre Gorg un escupitajo exquisito de tan espeso, y añade—: Esto es por atraer a los niños. —Entonces, de súbito, propina una patada al cadáver del cuervo, que sale volando en un arco perfecto, con las alas envolviéndole como una mortaja, en dirección a la maleza—. Y esto por joder a la madre de Irma.

Todos le están mirando con idéntica expresión de atónito sobrecogimiento. Casi de miedo. Jack se siente cansado ante esas miradas, aunque supone que debe aceptarlas. Recuerda a su viejo amigo Richard Sloat mirándole de la misma manera, una vez que hubo comprendido que lo que él llamaba «cosas de

Seabrook Island» no estaba confinado a Seabrook Island.

—Vamos —dice Jack—. Todo el mundo al coche. Acabemos ya con esto. —Sí, y tenían que moverse con rapidez, porque cierto caballero con un solo ojo pronto iría también en busca de Ty. El señor Munshun. *El Ojo del rey,* se dice Jack. *El Ojo del abbalah. A eso se refería Judy,.., al señor Munshun. Sea quien sea o lo que sea en realidad.*

—No me gusta lo de dejar las motos aquí al lado de la carretera, tío —dice Beezer—. Cualquiera podría venir y…

—Nadie las verá —le interrumpe Jack—. Desde que hemos aparcado han pasado tres o cuatro coches y nadie ha mirado siquiera en nuestra dirección. Y tú sabes por qué.

—Ya hemos empezado a *cruzar* hacia allí, ¿no es verdad? —pregunta Doc —. Este es el borde. La frontera.

—Opopónaco —dice Jack. La palabra simplemente le ha salido.

—*¿Eh?*

Jack coge el bate de Richie Sexson y sube al asiento del pasajero del coche patrulla.

—Significa vámonos —dice—. Hagámoslo ya.

Así pues, la Banda de Sawyer inicia su último trayecto, internándose en el sendero boscoso y ponzoñoso que conduce a la Casa Negra. La intensa luz de la tarde se desvanece con rapidez para transformarse en el sombrío resplandor de un atardecer nublado de noviembre. En los árboles que crecen muy juntos a los lados, unas formas oscuras se enroscan y arrastran, y en ocasiones vuelan. Jack supone que no tienen demasiada importancia; no son más que fantasmas.

—¿Vas a volver a cargar esa pipa que llevas? —pregunta Beezer desde el asiento trasero.

—No —responde Jack mirando la Ruger sin excesivo interés—. Creo que ya ha hecho su trabajo.

—¿Para qué debemos estar preparados? —inquiere Dale con un hilo de voz.

—Para cualquier cosa —contesta Jack, brindándole a Dale Gilbertson una sonrisa exenta de humor. Delante de ellos hay una casa que no conserva su forma sino que se arremolina y vacila del modo más angustiante. A veces no parece mayor que una humilde cabaña; un parpadeo, y semeja un recortado monolito que tapa el cielo por completo; otro parpadeo y parece una edificación

baja e irregular que se extiende bajo el dosel del bosque a lo largo de lo que podrían ser kilómetros. De ella surge un zumbido grave que recuerda el sonido de voces.

—Estad preparados para absolutamente cualquier cosa.

28

Sin embargo, al principio no pasa nada.

Los cuatro se apean para quedar de pie ante el coche patrulla de Dale, con el aspecto de hombres que posen para la clase de fotografía de grupo que acabará por aparecer en la pared del estudio de alguien. Solo que el fotógrafo estaría en el porche de la Casa Negra —es ahí adonde miran—, y el porche se encuentra vacío a excepción del segundo letrero de PROHIBIDO EL PASO que se apoya contra el desportillado poste de la escalera. Alguien ha dibujado en él un cráneo valiéndose de un rotulador o un lápiz de cera. ¿Burny? ¿Algún intrépido adolescente que ha recorrido todo el camino hasta la casa por una apuesta? Dale hizo algunas locuras cuando tenía diecisiete años, arriesgó su vida con una lata de pintura en aerosol en más de una ocasión, pero le sigue pareciendo difícil de creer que haya sido así.

El aire es sombrío y silencioso, como antes de una tormenta. Apesta, además, pero la miel parece filtrar lo peor. En el bosque, algo produce un sonido sordo que Dale nunca ha oído antes. *Groooo.*

—¿Qué es eso? —le pregunta a Jack.

—No lo sé —responde Jack.

—He oído caimanes macho —dice Doc—. Así es como suenan cuando están cachondos.

—Esto no son los Everglades —apunta Dale.

Doc le dirige una leve sonrisa.

—Pues tampoco es Wisconsin, amiguito. O a lo mejor no te habías dado cuenta.

Dale se ha dado perfecta cuenta. Para empezar, por ese modo que tiene la casa de cambiar de forma, ese parecer *enorme* en ocasiones, como si de alguna manera fuese muchas casas superpuestas. Una ciudad tal vez del tamaño de Londres plegada bajo un solo y extraño tejado. Y luego no hay que olvidarse de esos árboles, añosos robles y pinos, abedules que semejan fantasmas flacuchos, arces rojos, todos ellos autóctonos, pero también se ven unos retorcidos y con ramas como tentáculos que semejan higueras de Bengala mutantes. ¿Y se están *moviendo*? Jesús, Dale espera que no. Pero lo hagan o no, no cabe duda de que *susurran.* De eso está casi seguro. Oye deslizarse sus palabras entre el zumbido de su cabeza, y no son palabras alentadoras, ni muchísimo menos.

Mátalooo… Cómetelooo… Odialooo…

—¿Dónde está el perro? —quiere saber Beezer. En una mano lleva su nueve milímetros—. ¡Eh, perrito! ¡Tengo algo muy rico para ti! ¡Ven a buscarlo!

En lugar de eso, les llega del bosque el gruñido gutural, esta vez más cerca: *Groooo.* Y los árboles susurran. Dale alza la mirada hacia la casa, de pronto la ve apilar pisos hacia un cielo que se ha vuelto blanco y frío, y experimenta un vértigo que es como una oleada de grasa caliente en su cabeza. Tiene la leve sensación de que Jack le coge del codo para que no pierda el equilibrio. Le ayuda un poco, pero no lo suficiente; el jefe de policía de French Landing se inclina hacia la izquierda y vomita.

—Bien —dice Jack—. Sácalo. Sácalo todo. ¿Y tú, Doc? ¿Beez?

Los Dos del Trueno le dicen que están bien. Por el momento es cierto, aunque Beezer no sabe cuánto va a durarle el equilibrio. Siente un nudo en el estómago. *Bueno, ¿y qué pasa si echo la papilla ahí dentro?,* se dice. *Según Jack, Burnside está muerto, de modo que no le importará.*

Jack les precede al subir los peldaños del porche, deteniéndose para pegarle una patada al herrumbrado letrero de PROHIBIDO EL PASO con su calavera pintada y lanzarlo a unos matojos que se cierran sobre él de inmediato, igual que una mano avariciosa. A Dale le recuerda la forma en que Jack le ha escupido al cuervo. Su amigo parece distinto ahora, más joven y fuerte.

—Pues sí, vamos a pasar —dice Jack—. Joder, ya lo creo que vamos a pasar.

Al principio, sin embargo, parece que no van a hacerlo. La puerta principal de la Casa Negra no solo está cerrada a cal y canto, sino que no hay resquicio alguno entre ella y la jamba. De hecho, una vez que se acercan a ella, parece más

pintada que real, como un trampantojo.

Detrás de ellos, en el bosque, algo chilla. Dale da un respingo. El grito se eleva hasta una nota aguda exasperante, se quiebra en una carcajada maníaca y se extingue de pronto.

—Joder, los lugareños están inquietos —comenta Doc.

—¿Quieres probar con una ventana? —le pregunta Beezer a Jack.

—No. Vamos a entrar por la puerta grande.

Jack ha levantado el bate de Richie Sexson al tiempo que hablaba. Ahora lo baja, con expresión de desconcierto. Se oye un zumbido a sus espaldas, cada vez más intenso. Y la luz del día, tenue ya en esa extraña hondonada del bosque, parece debilitarse más aún.

—Y ahora ¿qué? —pregunta Beezer, regresando hacia el sendero y el coche patrulla aparcado. Sostiene la nueve milímetros junto a la oreja derecha—. ¿Qué coño…? —Y entonces se calla. Baja la pistola. Se queda boquiabierto.

—Mierda —suelta Doc entre dientes.

—¿Esto es obra tuya, Jack? —pregunta Dale en voz baja—. Porque si lo es, de verdad que has estado ocultando tu luz bajo un fanal.

La luz se ha amortiguado porque el claro que se abre ante la Casa Negra está cubierto ahora por una bóveda de abejas. Llegan más procedentes del sendero; semejan una cola de cometa de un marrón dorado. Producen un zumbido soñoliento y benevolente que ahoga por entero el ruido áspero, como de alarma de incendios, de la casa. En el bosque, el ser que semeja un caimán se sume en el silencio y la formas vacilantes en los árboles desaparecen.

La mente de Jack se llena de pronto de pensamientos e imágenes de su madre: Lily bailando, Lily paseando de arriba abajo tras una de las cámaras antes de una escena importante, con un cigarrillo entre los dientes, Lily sentada ante la ventana de la sala de estar mirando al exterior mientras Patsy Cline canta *Crazy arms.*

En otro mundo, por supuesto, había sido otra clase de reina, y ¿qué es una reina sin un séquito leal?

Jack Sawyer contempla la vasta nube de abejas —millones de ellas, quizá miles de millones; cada panal del Medio Oeste debe de estar vacío esta tarde— y sonríe. Al hacerlo la forma de sus ojos cambia y las lágrimas que estaban acudiendo a ellos comienzan a correr por sus mejillas. *Hola,* piensa. *Hola,*

chicas.

El bajo y agradable zumbido de las abejas parece alterarse levemente a modo de respuesta, o quizá solo sea producto de su imaginación.

—¿Para qué son, Jack? —pregunta Beezer. En su voz resuena el sobrecogimiento.

—No lo sé exactamente —responde Jack. Se vuelve de nuevo hacia la puerta y le propina un fuerte golpe con el bate—. *¡Ábrete!* —exclama—. *¡Te lo exijo en nombre de la, reina Laura DeLoessian! ¡Y en el nombre de mi madre!*

Se oye un crujido, tan agudo y penetrante que Dale y Beez retroceden con una mueca. Beezer de hecho se tapa las orejas. En lo alto de la puerta aparece una rendija que se desplaza de derecha a izquierda. En la esquina superior derecha, la rendija gira para precipitarse hacia abajo, creando un resquicio por el que se cuela una corriente de aire que huele a humedad. Jack inhala un tufillo amargo que le resulta familiar: el olor a muerte que ya percibiera en Bocados de Ed.

Tiende una mano hacia el pomo, lo coge y comprueba que gira libremente en su mano. Abre la entrada a la Casa Negra.

Pero antes de que pueda invitarles a entrar, Doc Amberson empieza a gritar.

Alguien —quizá se trate de Ebbie, o de T. J., o quizá del tontorrón de Ronnie Metzger— está tironeando del brazo de Ty. Le hace un daño de todos los demonios, pero eso no es lo peor. Quien tira de su brazo también está haciendo ese extraño ruido semejante a un zumbido que parece vibrar en lo profundo de su cabeza. También se oyen ruidos metálicos

(la Gran Combinación, esa es la Gran Combinación)

pero ese zumbido… Joder, ese zumbido *duele.*

—Basta —murmura Ty—. Basta ya, Ebbie, o te…

Unos gritos débiles se filtran a través de aquel sonido eléctrico, y Ty Marshall abre los ojos. No hay para él un misericordioso período de gracia en que no sepa con seguridad dónde está o qué le ha ocurrido. Todo regresa a él con la intensidad de una imagen terrible —un accidente de coche y gente muerta yaciendo alrededor, digamos— que se le planta a uno ante la cara antes de que logre apartar la mirada.

Había aguantado hasta que el viejo hubo muerto; había obedecido la voz de su madre y conservado cierta serenidad, pero una vez que empezó a gritar pidiendo ayuda, el pánico había vuelto para engullirle. O quizá fuera el shock. O ambas cosas. En cualquier caso, se había desmayado mientras aún se desgañitaba. ¿Cuánto tiempo ha permanecido ahí colgando del brazo izquierdo encadenado, inconsciente? La luz que se derrama a través de la puerta de la cabaña hace que resulte imposible decirlo; esta parece no haber cambiado. Como tampoco lo han hecho los variados sonidos metálicos y gemidos procedentes de la enorme maquinaria, y Ty comprende que continúan eternamente, junto con los gritos de los niños y el restallar de los látigos mientras aquellos guardias incalificables se encargan de que el trabajo jamás se detenga. La Gran Combinación nunca cierra. Funciona a fuerza de sangre y terror, sin tomarse un solo día libre.

Sin embargo, ese zumbido —ese jugoso zumbido eléctrico, como el de la afeitadora más grande del mundo—, ¿qué demonios es eso?

El señor Munshun ha ido a buscar el mono. Es la voz de Burny resonando en su cabeza. Un susurro ruin. *El mono del Mundo del Fin.*

Ty siente que una terrible consternación se apodera de su corazón. No duda un segundo de que eso que oye es ese mismísimo monorraíl, que en este preciso instante emerge de la bóveda al final del camino de la Estación. El señor Munshun buscará a su niño, su niño especial, y cuando no le vea (y a Burn-Burn tampoco), ¿vendrá en su busca?

—Por supuesto que lo hará —dice Ty con voz ronca—. Oh, vaya. Chúpate un elfo.

Alza la mirada hacia su mano izquierda. Sería muy fácil sacarla de un tirón del grillete demasiado grande si no fuera por la esposa. De todas formas tironea hacia abajo varias veces, pero la esposa no hace sino chocar contra el grillete. La otra esposa, la que Burny trataba de coger cuando Ty le agarró de las pelotas, se mece y sacude, haciéndole pensar en la horca que hay al final del Camino de la Estación.

Aquel zumbido que hace que le lloren los ojos y le rechinen los dientes se interrumpe de súbito.

Lo ha apagado. Ahora está buscándome en la estación, asegurándose de que no estoy allí. Y cuando no le quepa duda al respecto, ¿qué hará? ¿Conoce este

sitio? Seguro que sí.

La consternación de Ty se está convirtiendo en un gélido escalofrío de horror. Burny lo negaría. Burny diría que esa cabaña ahí abajo, en el lecho seco, era su secreto, un sitio especial para él. En su lunática arrogancia jamás se le habría ocurrido lo bien que esa idea equivocada podía servir al propósito de su supuesto amigo.

Ty percibe que su madre vuelve a hablarle en la cabeza, y en esta ocasión está razonablemente seguro de que en efecto se trata de su madre. *No puedes contar con nadie más. Quizá lleguen a tiempo, pero quizá no. Tienes que asumir que no lo harán. Tienes que salir de esto por ti mismo.*

Pero *¿cómo?*

Ty observa el cuerpo retorcido del anciano, que yace en la tierra manchada de sangre con la cabeza casi fuera del umbral. La imagen del señor Munshun trata de infiltrarse en sus pensamientos, la del amigo de Burny corriendo por el Camino de la Estación en ese preciso momento (o quizá al volante de su propio carrito de golf E-Z-Go), con la intención de recogerle y llevarle al abbalah. Tyler aparta esa imagen con decisión. Solo le llevará de regreso al pánico, y no puede permitirse volver a sentirlo. Se le acaba el tiempo.

—No puedo llegar hasta él —dice—. Como tenga la llave en el bolsillo, estoy perdido. Caso cerrado, se acabó el partido, súbete la brag…

Su mirada se posa casualmente en algo que hay en el suelo. Es el saco que llevaba el viejo. El saco en que guardaba la gorra. Y las esposas.

Si las esposas estaban ahí dentro, quizá también esté la llave.

Tyler adelanta el pie izquierdo, estirándose todo lo que puede. No sirve de nada. No logra llegar al saco. Se queda corto al menos por diez centímetros. Corto por diez centímetros y el señor Munshun se acerca, se acerca.

Ty casi puede olerle.

Doc sigue chillando y chillando, vagamente consciente de que los demás le están gritando que pare ya, que todo va bien, que no hay nada que temer, vagamente consciente de que se está dañando la garganta, probablemente haciéndola sangrar. Esas cosas no importan. Lo que importa es que cuando Hollywood ha abierto la puerta de entrada a la Casa Negra, ha expuesto a la

encargada de darles la bienvenida oficial.

La encargada de darles la bienvenida oficial es Daisy Temperly, la chica de ojos pardos de Doc. Lleva un bonito vestido rosa. Tiene la piel blanca como el papel, excepto en el lado derecho de la frente, donde un jirón de piel pende para revelar el cráneo rojo que hay debajo.

—Entra, Doc —dice Daisy—. Podemos hablar sobre cómo me mataste. Y puedes cantar. Puedes cantarme. —Esboza una leve sonrisa. Esboza una sonrisa. La sonrisa se hace más amplia, hasta exponer una boca llena de enormes dientes de vampiro—. Puedes cantarme *para siempre.*

Doc retrocede dando un traspié, se vuelve para salir corriendo, y es entonces que Jack le coge y le zarandea. Doc Amberson es un tipo corpulento —ciento veinte kilos recién salido de la ducha, y aproximadamente ciento treinta cuando va ataviado con el atuendo completo de guerrero rodante, como ahora—, pero Jack le zarandea con facilidad, haciéndole bambolear la cabeza. El largo cabello de Doc da coletazos.

—Solo son ilusiones —dice Jack—. Espectáculos de imágenes diseñados para mantener alejados a los visitantes no deseados como nosotros. No sé qué has visto, Doc, pero no está ahí.

Doc mira con cautela más allá del hombro de Jack. Por un instante ve un torbellino rosado que se desvanece (es como la llegada del perro demoníaco, solo que marcha atrás), hasta desaparecer de pronto. Alza la vista hacia Jack. Le corren lágrimas por el rostro bronceado.

—No pretendía matarla —dice—. Yo la *quería.* Pero esa noche estaba cansado. Muy cansado. ¿Sabes qué es estar cansado, Hollywood?

—Sí —responde Jack—. Y si salimos de esta, pretendo dormir una semana entera. Pero por ahora… —Mira de Doc a Beezer. De Beezer a Dale—. Vamos a ver más cosas como esta. La casa va a utilizar vuestros peores recuerdos contra vosotros: las cosas que hicisteis mal, la gente a la que hicisteis daño. Pero en general tengo esperanzas. Creo que un montón de veneno se ha extinguido de este lugar al morir Burny. Todo lo que tenemos que hacer es en contrar el camino a través de la casa hasta el otro lado.

—Jack —dice Dale. Está de pie en el umbral, en el mismísimo lugar en que Daisy recibiera a su antiguo médico. Sus ojos se ven enormes.

—¿Qué?

—Eso de encontrar el camino… podría ser más fácil de decir que de hacer.

Se congregan en torno a él. Más allá de la puerta hay un gigantesco vestíbulo circular, tan grande que a Jack le hace pensar fugazmente en la basílica de San Pedro. En el suelo hay media hectárea de una alfombra de un verde veneno en la que se entretejen escenas de tortura y blasfemia. De esa estancia se abren puertas en todas direcciones. Además, Jack cuenta cuatro series distintas de escaleras que se entrecruzan. Parpadea y hay seis. Parpadea otra vez y hay una docena, tan desconcertantes para el ojo humano como un dibujo de Escher.

Oye el profundo y estúpido zumbido que es la voz de la Casa Negra. Oye otra cosa, además: una risa.

Entrad, les está diciendo la Casa Negra. *Entrad y vagad por estas habitaciones para siempre.*

Jack parpadea y ve *un millar* de escaleras, algunas moviéndose, apareciendo y desapareciendo. Puertas que se abren a galerías de pinturas, galerías de esculturas, a vórtices y vorágines, al vacío.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Dale en tono sombrío—. ¿Qué coño hacemos ahora?

Ty nunca ha visto al amigo de Burny, pero mientras cuelga del grillete descubre que puede imaginarle con bastante facilidad. En este mundo, el señor Munshun es una criatura real…, pero no un ser humano. Ty ve una figura atareada que camina arrastrando los pies, con un traje negro y una ondeante corbata roja, por el Camino de la Estación. Esta criatura tiene un rostro enorme en que domina una boca roja y un solo ojo borroso. El emisario y principal ayudante del abbalah se parece, en la imaginación de Ty, a un Humpty Dumpty que se hubiese vuelto malo. Lleva un chaleco con huesos a modo de botones.

Tengo que salir de aquí. Tengo que alcanzar ese saco…, pero ¿cómo?

Vuelve a mirar a Burny. A la espantosa maraña de las entrañas de Burny. Y de pronto le llega la respuesta. Engancha la punta de la zapatilla bajo una lazada del intestino manchado de tierra de Burny. Lo levanta, lo hace girar, y luego da una suave patada. La lazada de intestino abandona la punta de su zapatilla.

Y va a dar sobre el saco de cuero.

Hasta el momento todo va bien. Ahora, si solo pudiese arrastrarlo hacia sí lo

suficiente como para alcanzarlo con el pie.

Intentando no pensar en la baja y fornida figura que se apresura con su cara grotescamente larga, Ty vuelve a tantear con el pie. Consigue meterlo bajo la sucia maraña de intestino y empieza a tirar hacia sí, muy despacio y con infinito cuidado.

—Es imposible —dice llanamente Beezer—. Nada puede ser tan enorme. Eso lo sabes, ¿no?

Jack inspira profundamente, espira, inspira otra vez y pronuncia una sola palabra en voz baja pero firme.

—*¿Di-yamber?* —pregunta Beezer en tono de suspicacia—. ¿Qué coño es *di-yamber*?

Jack no se molesta en responder. De la inmensa y oscura nube de abejas que penden zumbando sobre el claro (el coche patrulla de Dale no es ahora más que un peludo montón de oro negruzco delante del porche), emerge una única abeja. Se trata sin duda de una abeja reina, y pasa entre Dale y Doc para detenerse luego por unos instantes ante Beezer, como si le estuviese estudiando (o estudiando la miel con que se ha embadurnado generosamente), y situarse entonces delante de Jack. Es regordeta, poco sólida y casi absurda de tan aerodinámica y de alguna manera absolutamente maravillosa. Jack levanta un dedo cual profesor a punto de hacer un comentario o un director de banda a punto de iniciar el compás acentuado. La abeja se le posa en la yema.

—¿Te envía ella? —Formula la pregunta en voz baja, demasiado baja para que le oigan los otros, incluido Beezer, que se encuentra justo a su lado. Jack no está muy seguro de a quién se refiere. ¿A su madre? ¿A Laura DeLoessian? ¿A Judy? ¿A Sophie? ¿O hay quizá otra ella, una fuerza que sirve de contrapeso al Rey Colorado? Esto último de alguna manera le parece correcto, pero supone que nunca lo sabrá con seguridad.

En cualquier caso, la abeja, cuyas alas son nuevos borrones, no hace sino mirarle con sus grandes ojos negros. Y Jack comprende que no necesita respuestas para esa clase de preguntas. Ha sido un dormilón, pero ahora ya ha despertado, se ha levantado de la cama. Esta casa es inmensa y profunda, en ella se acumula la vileza y se superponen los secretos, pero ¿qué más le da? Tiene el

bate que ha ganado Ty, tiene amigos, tiene *d'yamba*, y ahí está la reina de las abejas. Todo eso le basta. Le parece bien continuar. Mejor aún, quizá lo mejor de todo, es que *le alegra* continuar.

Jack se lleva la yema del dedo a la boca y sopla con suavidad para enviar a la abeja hacia el interior del vestíbulo de la Casa Negra. El animal describe círculos sin rumbo por unos segundos para luego salir disparada hacia la izquierda y trasponer una puerta con una extraña forma abotargada, obesa.

—Vamos —dice Jack—. Manos a la obra.

Los otros tres intercambian miradas inquietas y le siguen hacia lo que claramente ha sido desde siempre su destino.

Se hace imposible decir cuánto tiempo permanece la Banda de Sawyer en la Casa Negra, ese agujero que vertiera el material de la dislocación en French Landing y en las poblaciones circundantes. Del mismo modo es imposible explicar con claridad qué ven en ella. En un sentido muy real, visitar la Casa Negra equivale a visitar el cerebro de un loco desquiciado, y en semejante marco mental no podemos esperar encontrar plan alguno para el futuro o recuerdo alguno del pasado. En el cerebro de un loco solo existe el humeante presente, con sus interminables ganas de vociferar, sus especulaciones paranoicas y sus fatuas suposiciones. De forma que no es de sorprender que las cosas que ven en la Casa Negra se desvanezcan de sus mentes casi en cuanto sus ojos se apartan de ellas, dejando tras de sí vagos susurros de inquietud que tal vez sean el grito distante del opopónaco. Esa amnesia es misericordiosa.

La reina de las abejas les guía y las demás abejas les siguen en un enjambre que decolora el aire con su inmensidad y se estremece al recorrer habitaciones que han permanecido en silencio durante siglos (pues, desde luego, a través de la intuición, si no de la lógica, entendemos que la Casa Negra existía mucho antes de que Burny construyera ese su nodo más reciente en French Landing). En cierto punto el cuarteto desciende una escalera de vidrio verde. En el abismo que se abre bajo los peldaños, ven pájaros parecidos a buitres que vuelan en círculos y tienen las caritas blancas y berreantes de bebés perdidos. En una habitación larga y angosta como un coche Pullman, unos dibujos animados que han cobrado vida —dos conejos, un zorro y una rana, con pinta de colocada, que lleva

guantes blancos— se sientan en torno a una mesa cazando y comiéndose lo que semejan pulgas. Son *dibujos animados* de esos de la era del blanco y negro, allá por la década de 1940, y a Jack le duele mirarlos porque a la vez son reales. Un conejo le hace un guiño de complicidad cuando la Banda de Sawyer pasa de largo, y en el ojo que no se cierra Jack ve puro instinto asesino. Hay un salón desierto lleno de voces que gritan en alguna lengua extranjera que suena a francés pero no lo es. Hay una estancia llena de una jungla de un verde vomitivo e iluminada por un abrasador sol tropical. Pendiendo de uno de los árboles, un gigantesco capullo parece contener una cría de dragón todavía envuelta en sus propias alas.

—Eso no puede ser un dragón —dice Doc Amberson en un tono que suena extrañamente razonable—. Los dragones nacen de huevos o de los dientes de otros dragones. Quizá de ambas cosas.

Recorren un largo pasillo que se va redondeando lentamente para convertirse en un túnel y luego les obliga a deslizarse por una larga y grasienta pendiente mientras una percusión de locos retumba a través de altavoces invisibles. A Jack le suena a Cozy Colé, o quizá Gene Krupa. Los lados desaparecen y por unos instantes se encuentran deslizándose sobre un abismo que literalmente no parece tener fin.

—¡Guiaros con las manos y los pies! —exclama Beezer—. ¡Guiaros si no queréis caer al vacío!

Finalmente se ven arrojados a lo que Dale llama la Habitación de la Suciedad. Se abren paso con esfuerzo por enormes montones de tierra que huelen a podrido bajo un herrumbrado techo de zinc del que cuelgan unas bombillas desnudas. Regimientos enteros de minúsculas arañas de un blanco verdoso van de un lado a otro como bancos de peces. Para cuando el cuarteto llega al otro extremo todos están jadeando y sin aliento, con los zapatos embarrados y la ropa mugrienta. Ante ellos hay tres puertas. Su guia está zumbando y describiendo giros de Immelman ante la puerta del centro.

—Ni en broma —masculla Dale—. Primero quiero negociar por lo que sea que haya detrás del telón.

Jack le dice que tiene futuro como humorista, de eso no cabe duda, y entonces abre la puerta que la abeja ha elegido por ellos. Tras ella hay una inmensa lavandería automatizada, que Beezer bautiza de inmediato como el

Salón de Limpieza. Muy juntos, siguen a la abeja a lo largo de un húmedo corredor flanqueado por espumosas lavadoras y murmurantes y temblorosas secadoras. El aire huele a pan recién hecho. Las lavadoras —cada una con su reluciente ojo de buey— están apiladas hasta una altura de quince metros o más. Sobre ellas, en un océano de aire polvoriento, incontables bandadas de palomas vuelan en inquietas corrientes. De vez en cuando ven montones de huesos o alguna otra señal de que por ahí pasaron (tal vez contra su voluntad) seres humanos. En un pasillo encuentran un patinete cubierto de telarañas. Más adelante, un par de patines en línea de niña, con una gruesa capa de polvo. Sobre la mesa de caoba de una enorme biblioteca se ha formado la palabra RISA a base de huesos humanos. En un gabinete ricamente decorado (aunque a todas luces abandonado) a través del cual la abeja les guía en firme y eficiente línea recta, Dale y Doc observan que las obras de arte que hay en una pared parecen consistir en rostros humanos que han sido arrancados y curados para luego extenderlos sobre planchas cuadradas de madera. En las cuencas vacías han pintado ojos enormes con expresión de perplejidad. Dale cree reconocer al menos una de las caras: la de Milton Wanderly, un profesor de escuela que desapareciera de la vista tres o cuatro años antes. Todo el mundo había asumido que el hermano pequeño de Don Wanderly simplemente se había marchado de la ciudad. *Bueno,* piensa Dale, *pues sí que se había marchado, desde luego.* A medio camino de un corredor que es como una garganta de piedra a cuyos lados se alinean celdas, la abeja se introduce en una miserable y pequeña estancia y vuela en círculos sobre un futón raído. Al principio ninguno de ellos habla. No necesitan hacerlo. Ty estuvo ahí, y no hace mucho. Casi pueden olerle, oler su miedo. Entonces Beezer se vuelve hacia Jack, con una expresión de furia en los entornados ojos azules.

—El viejo cabrón le ha quemado con algo. O le ha pegado una descarga.

Jack asiente con la cabeza. El también percibe algo así, aunque si lo hace con la nariz o con la mente ni lo sabe ni le importa.

—Burnside ya no va a pegarle descargas a nadie más —dice.

La abeja reina pasa silbando entre ellos y describe círculos impacientes en el corredor. A la izquierda, por donde han venido, el corredor está negro de abejas. Giran a la derecha y pronto la abeja está guiando al cuarteto en su descenso por otra escalera al parecer interminable. En cierto punto atraviesan una ligera

llovizna —en algún lugar sobre esa parte de las escaleras debe de haberse reventado una tubería en las inimaginables entrañas de la Casa Negra—. Ven media docena de huellas. Están demasiado borrosas para que un equipo forense pueda hacer gran cosa (tanto a Jack como a Dale se les ha ocurrido lo mismo), pero la Banda de Sawyer se anima: hay dos parejas de huellas, una grande y otra pequeña, y ambas relativamente frescas. Dios santo, por fin están yendo a alguna parte. Empiezan a caminar más deprisa, y tras ellos las abejas descienden en una vasta nube zumbadora, como una plaga salida del Antiguo Testamento.

Quizá el tiempo haya dejado de existir para la Banda de Sawyer, pero para Ty Marshall se ha convertido en una presencia angustiosa. No puede estar seguro de si su sensación de que el señor Munshun se aproxima es imaginación o premonición, pero le asusta terriblemente que se trate de lo segundo. Tiene que salir de esa cabaña, *cuanto antes,* pero el maldito saco sigue escapándosele. Ha logrado acercarlo hasta él con la lazada de intestinos; irónicamente, esa ha sido la parte más fácil. Lo difícil en realidad es *agarrar* la condenada cosa.

No lo consigue; no importa cuánto se estire o lo mucho que ponga a prueba a su hombro y su encadenada muñeca izquierdos, se queda corto al menos sesenta centímetros. Lágrimas de dolor le corren por las mejillas. Cualquier humedad que pierda por esa vía se ve rápidamente reemplazada por el sudor que se le mete en los ojos desde la frente empapada.

—Pégale una patada —dice—. Como en el fútbol. —Mira hacia la figura desparramada en el umbral, el que fuera su torturador—. Igual que en el fútbol, ¿eh, Burn-Burn?

Consigue plantar el lateral del pie contra el saco, lo empuja hasta la pared y entonces empieza a deslizado hacia arriba por la pared manchada de sangre. Al mismo tiempo tiende una mano hacia abajo… treinta y cinco centímetros… ahora solo unos treinta…, ya llega…

… y el saco de cuero se le desliza de la puntera de la *zapatilla*, *para* caer al suelo. Plop.

—Tú le vigilas, ¿verdad, Burny? —jadea Ty—. Tienes que hacerlo, ¿sabes?, porque yo estoy de espaldas. Tú eres el vigía, ¿de acuerdo? Tú eres… *¡Joder!* — En esta ocasión el saco se le ha resbalado de la zapatilla incluso antes de haber

podido empezar a levantarlo. Ty golpea la pared con la mano libre.

¿Por qué haces eso?, le pregunta con frialdad una voz. Esa es la que suena como la de su madre pero no es la de su madre, o no acaba de serlo. *¿Va a ayudarte eso?*

—No —responde Ty con cierto rencor—, pero hace que me sienta mejor.

Ser libre es lo que hará que te sientas mejor. Ahora inténtalo de nuevo.

Ty hace rodar una vez más el saco de cuero hasta la pared. Presiona con el pie contra él, tratando de discernir qué pueda haber dentro —una llave, por ejemplo—, pero no sabría decir. A través de la zapatilla no. Empieza a deslizar el saco pared arriba otra vez. Con cuidado…, no muy rápido…, es como guiar la pelota con el pie hasta la portería…

—No le dejes entrar, Burny —le dice, jadeante, al hombre muerto tras él—. Me debes eso. No quiero ir en el mono. No quiero ir al Mundo del Fin. Y no quiero ser un Transgresor. Sea lo que sea eso, no quiero serlo. Quiero ser explorador…, quizá submarino, como Jacques Cousteau…, o volar en las Fuerzas Aéreas…, o quizá… *¡JODER!* —En esta ocasión no es irritación lo que siente cuando el saco se le cae de la zapatilla, sino rabia y algo cercano al pánico.

El señor Munshun se apresura hacia ahí. Está acercándose. Pretende llevarse a Ty. *A Din-tah, Abbalah-doon.* Para siempre.

—De todas formas, la maldita llave quizá ni siquiera esté ahí dentro. —La voz le flaquea y es casi un sollozo—. ¿Lo está, Burny?

Chummy Burnside no parece dispuesto a responder.

—Apuesto a que ahí dentro no hay nada. Excepto quizá…, no sé…, un frasco de antiácidos o algo así. Lo de comerte a la gente *tiene* que darte indigestión.

Aun así, Ty vuelve a capturar el saco con el pie, y de nuevo empieza la laboriosa tarea de deslizado hacia arriba por la pared lo suficiente para atraparlo si estira mucho los deditos.

Dale Gilbertson ha vivido en Coulee Country desde siempre, y está habituado a la vegetación. Para él los árboles, las praderas y los campos que se extienden hasta el horizonte son lo normal. Quizá se deba a ello que contempla con desagrado y creciente consternación las tierras calcinadas y humeantes que rodean el Camino del Congrio.

—¿Qué lugar es este? —le pregunta a Jack. Las palabras le salen en pequeños resoplidos. La Banda de Sawyer no tiene carrito de golf y ha de ir a pata. De hecho, Jack ha fijado un ritmo algo más rápido del que Ty llevara con el E-Z-Go.

—No lo sé con exactitud —responde Jack—. Vi un lugar *parecido* hace muchísimo tiempo. Se llamaba las Tierras Arrasadas, y…

Un hombre verdoso de piel acorazada salta de pronto ante ellos desde detrás de unas rocas gigantescas. En una mano sostiene un látigo corto y grueso, lo que Jack cree en realidad que se trata de una fusta.

—*¡Arrrrg!* —exclama la aparición, sonando extrañamente parecido a Richard Sloat al reírse.

Jack levanta el bate de Ty y le dirige una mirada inquisitiva a la aparición: *¿Quieres probar un poco de esto?* Aparentemente la aparición no quiere. Se queda un instante donde está para luego volverse y salir corriendo. Antes de que desaparezca de nuevo en el laberinto de rocas, Jack advierte unas espinas retorcidas que le crecen en una línea irregular a lo largo de ambos tendones de Aquiles.

—No les gusta Wonderboy —comenta Beezer contemplando con apreciación el bate. Este *sigue siendo* un bate, al igual que las nueve milímetros y las Ruger 357 siguen siendo pistolas, y *ellos* siguen siendo *ellos:* Jack, Dale, Beezer y Doc. Y Jack decide que no le sorprende gran cosa que sea así. Parkus le explicó que los gemelos no tenían nada que ver en eso, se lo dijo durante su pequeña charla cerca de la tienda-hospital. Este lugar tal vez sea adyacente a los Territorios, pero no son los Territorios. Jack lo había olvidado.

Bueno, sí…, pero es que he tenido unas cuantas otras cosas en mente.

—No sé si os habréis fijado bien en el muro que hay al otro lado de ese encantador sendero campestre, amigos —comenta Doc—, pero esas piedras grandes y blancas en realidad parecen cráneos.

Beezer le echa un rápido vistazo al muro de cráneos, para luego volver a mirar al frente.

—A mí lo que me preocupa es *eso* —dice. Por encima de los quebrados dientes del horizonte se eleva un inmenso fárrago de acero, cristal y maquinaria. Desaparece entre las nubes. Ven las minúsculas figuras que se afanan allí, oyen el restallar de los látigos. A esa distancia suenan como disparos de rifles del

calibre veintidós—. ¿Qué es eso, Jack?

Lo primero que se le ocurre a Jack es que está viendo a los Transgresores del Rey Colorado, pero no…, hay demasiados. Esa edificación allá lejos es alguna clase de fábrica o de central eléctrica, que funciona gracias a esclavos. A niños sin el talento suficiente para obtener el título de Transgresores. Jack siente brotar en su corazón una indignación inmensa. Como si lo percibieran, el zumbido de las abejas se torna más audible alrededor de él.

La voz de Speedy susurra en su cabeza: *Ahórrate tu rabia, Jack… Tu primera tarea es ese crío; y queda poco tiempo, muy poco.*

—Oh, Jesús —suelta de pronto Dale, y señala—. ¿Es eso lo que yo creo que es?

La horca pende como un esqueleto sobre el sendero inclinado.

—Si estás pensando en un cadalso —dice Doc—, creo que te has ganado la cubertería de acero inoxidable y pasas a la siguiente ronda.

—Mirad todos esos zapatos —apunta Dale—. ¿Por qué iban a apilar zapatos de esa manera?

—Dios sabe —interviene Beezer—. Supongo que será la costumbre del lugar. ¿Cuánto nos falta para llegar, Jack? ¿Tienes alguna idea?

Jack contempla el camino que se abre ante ellos, y luego el que se aleja hacia la izquierda, en el recodo del cual se alza la antigua horca.

—Estamos cerca —dice—. Creo que estamos…

Entonces, desde algún sitio delante de ellos, empiezan a oírse los chillidos. Son de un niño que se ha visto empujado al borde de la locura. O quizá más allá de ella.

Ty Marshall oye el zumbido de las abejas que se aproximan pero cree que está solo en su cabeza, que no es más que el sonido de su propia y creciente ansiedad. No sabe cuántas veces ha intentado ya deslizar el saco de Burny por la pared de la cabaña; ha perdido la cuenta. No se le ocurre que si se quita la extraña gorra —esa que tiene todo el aspecto de ser de tela pero parece de metal — quizá mejore su coordinación, porque se ha olvidado por completo de ella. Todo lo que sabe es que está cansado y que suda y se estremece, probablemente a causa del shock, y que si esta vez no logra hacerse con el saco, es probable que sencillamente se rinda.

Lo más probable es que si el señor Munshun me promete un vaso de agua me

vaya con él, piensa Ty; pero, en efecto, lleva la resistencia de Judy en los mismísimos huesos, y algo también de la regia insistencia de Sophie. Así pues, haciendo caso omiso del dolor en el muslo, empieza otra vez a deslizar el saco pared arriba, extendiendo al mismo tiempo la mano derecha.

Veinticinco centímetros…, veinte…, es lo más cerca que ha llegado hasta ahora…

El saco se desliza hacia la izquierda. Se le va a caer del pie. De nuevo.

—No —dice Ty en voz baja—. Esta vez no. —Aprieta con más fuerza con la zapatilla contra la pared y empieza a levantarla de nuevo.

Quince centímetros…, diez centímetros…, cinco y el saco se inclina cada vez más hacia la izquierda. *Se va a caer.*…

—*¡No!* —exclama Ty, y se inclina hacia adelante en una reverencia extenuante. La espalda le cruje, al igual que el torturado hombro izquierdo. Pero sus dedos rasguñan el saco…, para luego atraparlo. Lo atrae hacia sí y entonces ¡casi lo deja caer después de todo!—. Ni en broma, Burny —jadea, haciendo primero un malabarismo con el saco para luego oprimirlo contra el pecho—. A mí no vas a engañarme con *ese* viejo truco, no, no vas a engañarme. —Hinca los dientes en la esquina del saco. El hedor que despide es espantoso, a podrido… *eau* de Burnside. No hace caso de él y lo abre de un tirón. Al principio le parece que está vacío, y deja escapar un gemido que es casi un sollozo. Entonces ve un único brillo plateado. Llorando con los dientes apretados, Ty hunde la mano derecha en el saco que se balancea, y extrae la llave.

No puedo dejarla caer, se dice. *Si la dejo caer me volveré loco, de veras que sí.*

No la deja caer. La levanta por encima de la cabeza, la inserta en el pequeño orificio que hay en un costado de la esposa que rodea su muñeca izquierda, y la hace girar. La esposa se abre con un chasquido.

Despacio, muy despacio, Ty retira la mano del grillete. Las esposas caen al sucio suelo de la cabaña. Mientras permanece ahí de pie, a Ty se le ocurre una idea extrañamente persuasiva: en realidad está de vuelta en la Casa Negra, dormido sobre el raído futón con el cubo para excrementos en un rincón de su celda y el plato de estofado recalentado Dinty Moore en el otro. No es más que su mente exhausta que le concede un poco de esperanza. Unas últimas vacaciones antes de que acabe él mismo en la olla del estofado.

Desde el exterior le llega el sonido metálico de la Gran Combinación y los gritos de los niños que caminan y caminan pesadamente con sus piececitos sangrantes para mantenerla en funcionamiento. En alguna parte está el señor Munshun, que quiere llevarle a algún lugar todavía peor que ese.

No es ningún sueño, sin embargo. Ty no sabe adonde irá desde ahí o cómo hará para regresar alguna vez a su propio mundo, pero el primer paso es salir de esa cabaña y de sus proximidades en general. Moviéndose sobre unas piernas temblorosas, como la víctima de un accidente que se levante por vez primera de la cama tras un largo reposo, Ty Marshall pasa por encima del cuerpo espatarrado de Burny y sale de la cabaña. El día está nublado, el paisaje es estéril e incluso ahí el desvencijado rascacielos de dolor y esfuerzo domina la vista. Sin embargo, Ty experimenta un gozo inmenso solo por ver de nuevo la luz. Por ser *libre*. No es hasta que se encuentra con la cabaña detrás de sí que se percata de que estaba absolutamente seguro de que iba a morir ahí. Por unos instantes cierra los ojos y levanta el rostro hacia el cielo gris. Es por eso por lo que no ve la figura que ha permanecido en pie a un lado de la cabaña, esperando prudentemente para asegurarse de que Ty todavía lleve la gorra al salir. Una vez seguro de que es así, lord Malshun —es lo más que podemos acercarnos a la verdadera pronunciación de su nombre— avanza. Su grotesco rostro es como el cuenco de un cucharón enorme tapizado en piel. Su único ojo es extrañamente saltón. Los labios rojos sonríen. Cuando rodea al niño con un brazo, Ty empieza a chillar, no solo de temor y sorpresa, sino también de pura *indignación*. Le ha costado tanto, tantísimo volver a ser libre.

—Calla —susurra lord Malshun.

Ty continúa profiriendo esos gritos desesperados (en los niveles superiores de la Gran Combinación, y entonces algunos de los niños se vuelven hacia ellos hasta que los brutales ogros que ejercen de capataces les obligan a latigazos a volver al trabajo), y el lord del abbalah habla de nuevo para pronunciar una sola palabra en la Lengua Oscura:

—*Pnung.*

Ty se queda completamente flácido. Si lord Malshun no hubiera estado sujetándolo desde atrás, se habría caído. De su boca floja y babeante siguen surgiendo gemidos guturales de protesta, pero los gritos han cesado. Lord Malshun ladea el largo rostro con forma de cuchara hacia la Gran Combinación

y sonríe. ¡Qué buena es la vida! Mira hacia la cabaña, brevemente pero con gran interés.

—Has acabado con él —dice—. Y con la gorra puesta, además. ¡Qué niño tan increíble! El Rey quiere conocerte en persona, antes de que te vayas a Dintah, ya sabes. A lo mejor te invita a pastel y café. ¡Imagínate, joven Tyler! ¡Tomar pastel y café con el abbalah! ¡Pastel y café con el Rey!

—No quiero ir… Quiero irme a casa…, con mi mamá… —Las palabras emanan de la boca de Ty, casi inaudibles, como sangre de una herida mortal.

Lord Malshun apoya un dedo contra los labios del chico, que se cierran bajo su tacto.

—Calla —repite el cazatalentos del abbalah—. Hay pocas cosas más molestas en la vida que un compañero de viaje ruidoso. Y nos espera un largo viaje. Lejos de tu casa y de tus amigos y tu familia… Ah, pero no llores. —Pues lord Malshun ha observado que las lágrimas han empezado a derramarse de las comisuras de los ojos del niño para recorrer las planicies de sus mejillas—. No llores, pequeño Ty. Harás nuevos amigos. El Transgresor Mayor, por ejemplo. A todos los niños les gusta el Transgresor Mayor. Se llama señor Brautigan. A lo mejor te cuenta historias de sus múltiples fugas. ¡Son tan divertidas! ¡Verdaderamente *son para morirsel* Y ahora debemos marcharnos. ¡Pastel y café con el Rey! ¡Solo piensa en eso!

Lord Malshun es robusto y tiene las piernas más bien arqueadas (de hecho, son bastante más cortas que su cara grotescamente alargada), pero es fuerte. Se pone a Ty bajo un brazo como si no pesara más que un hatillo de dos o tres sábanas. Vuelve la mirada hacia Burny una última vez, sin excesivo pesar; hay un tipo en la parte alta del estado de Nueva York que promete mucho, y de todas formas Burny ya estaba bastante acabado.

Lord Malshun ladea la cabeza y suelta su risa satisfecha y casi inaudible. A continuación se pone en marcha, sin olvidar hundirle bien la gorra en la cabeza al niño. Este no es solo un Transgresor, sino que tal vez sea el más poderoso que ha vivido jamás. Por suerte, todavía no ha descubierto sus propios poderes. Lo más probable es que si se le cayera la gorra no pasase nada, pero es mejor no correr riesgos.

Alegremente —hasta tarareando un poco por lo bajo—, lord Malshun llega al final de la cañada, gira a la izquierda por el Camino del Congrio para recorrer los

ochocientos metros que le llevarán de vuelta al Camino de la Estación, y se detiene en seco. Bloqueándole el camino hay cuatro hombres que proceden de lo que lord Malshun considera Ter-tah. Se trata de un término de argot, y no es precisamente adulador. En *El libro del buen agricultor,* Ter es ese período en que el ganado se monta. Lord Malshun ve el mundo más allá de la puerta de entrada a la Casa Negra como una especie de caldo, una sopa viviente en la que hundir el cucharón —¡siempre en beneficio del abbalah, por supuesto!— cuando le apetezca.

¿Cuatro hombres del Ter? Malshun esboza una sonrisa despreciativa que le convulsiona el larguísimo rostro. ¿Qué hacen aquí? ¿Qué demonios esperan *conseguir* aquí?

La sonrisa empieza a flaquearle cuando repara en el garrote que lleva uno de ellos. Reluce con una luz cambiante que parece de muchos colores pero de alguna manera siempre es blanca en el centro. Cegadora. Lord Malshun solo conoce una cosa que haya brillado de esa manera, y es el Globo de Eternidad, al que un niño pequeño y errante al menos conocía por el Talismán. Ese chico lo tocó en cierta ocasión, y, como Laura DeLoessian podría haberle dicho —como el propio Jack sabe ahora—, el contacto con el Talismán nunca se desvanece por completo.

La sonrisa se esfuma cuando lord Malshun se da cuenta de que el hombre del garrote es *ese niño.* Ha vuelto para molestarle, pero si cree que va a llevarse consigo el premio mayor, está bien equivocado. Después de todo no es el Globo mismo, sino apenas un palo; tal vez un poco del poder residual del Globo aún habite dentro del hombre, pero con toda seguridad no será mucho. Seguro que no puede quedar mucho más que polvo, después de los años transcurridos.

Y un puñado de polvo va a valer mi vida si les dejo arrebatarme a este niño, se dice lord Malshun. *He de…*

Su único ojo se ve atraído por la negra nube de tormenta que pende tras los hombres del Ter. Despide un vasto y soñoliento zumbido. ¿Abejas? ¿Abejas con aguijones? ¿Abejas con aguijones entre él y el Camino de la Estación?

Bueno, pues se las verá con ellas. A su debido tiempo. Primero ha de resolver el asunto de esos malditos hombres.

—Buenos días, caballeros —saluda lord Malshun con su tono de voz más agradable. El fingido acento que recordaba el alemán ha desaparecido; ahora

suena como un falso aristócrata inglés en una comedia del Lejano Oeste en los años cincuenta. O quizá el propagandista nazi de la Segunda Guerra Mundial lord Haw-Haw—. Es maravilloso que hayáis llegado tan lejos para hacernos una visita, absolutamente *maravilloso,* y en un día tan asqueroso, además. Aunque me temo que aquí todos los días son asquerosos, pues el estruendo del Mundo del Fin fue creado para esa falacia patética, ya sabéis, y… me voy sin demora, no puedo quedarme. Me temo que esto que llevo aquí es una mercancía con plazo de entrega.

Lord Malshun levanta a Ty y le agita. Aunque el chico tiene los ojos abiertos y está perfectamente consciente, sus brazos y piernas se mueven como si no tuvieran huesos, igual que los de una muñeca de trapo.

—Déjale en el suelo, Munshun —dice el que lleva el garrote, y lord Malshun se percata con creciente consternación de que *podría* tener problemas con ese hombre. De veras podría tenerlos. Y aun así su sonrisa se hace más amplia, para exponer el completo y macabro despliegue de sus dientes. Son puntiagudos y torcidos hacia dentro. Cualquier cosa que mordieran se desgarraría hasta quedar hecha trizas al tratar de liberarse de la trampa.

—¿Munshun? *¿Munshun?* No hay nadie aquí con ese nombre. O con el de señor Lunes, ya puestos. Se han ido todos, adiós, *chao chao.* En cuanto a lo de soltar al niño, no puedo hacerlo, mi querido amigo, sencillamente *no puedo.* Tengo ciertos compromisos, ya sabes. Y de verdad que vosotros, amigos, deberíais consideraros afortunados. ¡Vuestro reinado local de terror ha concluido! ¡Olé! El Pescador está muerto… le ha despachado este niño aquí presente, de hecho, este niño tan perfectamente admirable. —Zarandea de nuevo a Ty, siempre con cuidado de mantenerle la cabeza levantada. No querría que se le *cayera*, esa gorra, no señor.

Las abejas le preocupan.

¿Quién las ha enviado?

—La madre del niño está en un manicomio —dice el hombre del garrote. Ese garrote está brillando con más intensidad que nunca, advierte lord Malshun con creciente temor. Ahora siente mucho miedo, y con el miedo llega la rabia. ¿Será posible que se lo lleven? ¿De veras se llevarán al niño?—. Está en un manicomio y quiere que le devuelvan a su hijo.

Pues si es así, lo que conseguirán por las molestias será un cadáver.

Asustado o no, la sonrisa de Malshun se vuelve todavía más amplia. (Dale Gilbertson tiene una súbita visión de pesadilla: William F. Buckley hijo, con un ojo y una cara de casi dos metros de largo.) Malshun levanta el cuerpo fláccido de Ty para acercárselo a la boca y dar una serie de mordisquitos en el aire a apenas un par de centímetros del expuesto cuello.

—Pues haced que el marido le meta la polla y le haga otro, amigos… Estoy seguro de que puede hacerlo. Después de todo viven en Ter-tah, y en Ter-tah las mujeres quedan preñadas de solo caminar por la calle.

—Tiene debilidad por este —dice uno de los hombres barbados.

—*Y yo* también, mi querido amigo. *Yo* también. —Lord Malshun muerde la piel de Ty y la sangre fluye como lo haría de un corte al afeitarse. Detrás de ellos, la Gran Combinación continúa rechinando, pero los gritos han cesado. Es como si los niños que accionan las máquinas comprendieran que algo ha cambiado o podría cambiar; que el mundo ha llegado a un punto de delicado equilibrio.

El hombre del garrote encendido da un paso adelante. Lord Malshun se encoge y retrocede muy a su pesar. Sabe que es un error mostrar debilidad y miedo, pero no puede evitarlo, porque ese no es un tah corriente. Ese es alguien como aquellos antiguos pistoleros, los guerreros de lo Alto.

—Da un paso más y le desgarro la garganta, amiguito. Detestaría hacerlo, me parecería horroroso, pero ten por seguro que lo haré.

—Y habrás muerto dos segundos más tarde —dice el hombre del garrote. No parece tener ningún miedo, ni por sí mismo ni por Ty—. ¿Es eso lo que quieres?

Lo cierto es que, si le dieran a elegir entre morir o volver al Rey Colorado con las manos vacías, la muerte es lo que lord Malshun elegiría, sí. Pero es posible que no se llegue a eso. La palabra apaciguadora ha surtido efecto con el niño, y funcionará con al menos tres de esos cuatro, los tres corrientes. Con ellos tendidos en el camino, insensibles y con los ojos abiertos, lord Malshun podrá arreglárselas con el cuarto. Es Sawyer, por supuesto. Ese es su nombre. En cuanto a las abejas, está seguro de contar con suficientes palabras protectoras para recorrer el Camino de la Estación hasta el mono. Y si le pican unas cuantas veces, ¿qué más da?

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta Sawyer.

Lord Malshun sonríe.

—*¡Pnung!* —exclama, y detrás de Jack Sawyer, Dale, Beezer y Doc se quedan inmóviles.

La sonrisa de lord Malshun se hace más amplia.

—¿Qué vas a hacer ahora, mi entrometido amigo? ¿Qué vas a hacer sin amigos que te respalden en…?

Armand *Beezer* Saint Pierre da un paso adelante. El primer paso supone un esfuerzo, pero los siguientes son fáciles. Su propia sonrisita gélida expone los dientes en el interior de su barba.

—Eres responsable de la muerte de mi hija —dice—. Quizá no lo hiciste directamente, pero incitaste a Burnside a matarla. ¿No es así? Yo soy *su padre,* cabrón. ¿Acaso crees que puedes detenerme con una simple palabra?

Doc se tambalea hasta situarse junto a su amigo.

—Has jodido mi ciudad —gruñe Dale Gilbertson. Él también avanza.

Lord Malshun les mira fijamente con expresión de incredulidad. La Lengua oscura no les ha detenido. A *ninguno* de ellos. ¡Están bloqueándole el camino! ¡Se atreven a bloquearle la ruta que se proponía recorrer!

—¡Le mataré! —brama dirigiéndose a Jack—. Le mataré. Bueno, ¿qué me dices, monada? ¿Qué piensas hacer al respecto?

De modo que ahí está, por fin: la confrontación. No podemos observarla desde lo alto, lamentablemente, pues el cuervo que nos recogió para tantos trayectos (al que Gorg desconocía por completo, lo aseguramos) está muerto, pero incluso de pie a un lado, reconocemos esta escena arquetípica de diez mil películas, de las cuales al menos una docena estaban protagonizadas por Lily Cavanaugh.

Jack apunta con el bate, ese que hasta Beezer ha reconocido como *Wonderboy.* Lo sostiene con la empuñadura apoyada contra la parte interior del antebrazo y el otro extremo apuntando directamente a la cabeza de lord Malshun.

—Bájale —dice—. Es tu última oportunidad, amigo.

Lord Malshun levanta al niño aún más alto.

—¡Adelante! —exclama—. ¡Dispárale un rayo de energía con esa cosa! ¡Sé que puedes hacerlo! ¡Pero le darás al niño también! ¡Le darás al niño t…!

Una línea de fuego blanco sale disparada de la cabeza del bate de Richie Sexson; es tan fina como la mina de un lápiz. Da en el único ojo del señor Malshun y se lo fríe en la cuenca. El ser profiere un chillido —pensaba que la amenaza de Jack era un farol y que una criatura del *ter* no podría hacer algo así, por elevada que se encontrara temporalmente— y se adelanta con una sacudida abriendo las mandíbulas para morder, incluso muriéndose.

Antes de que consiga hacerlo, otro rayo de luz blanca, este procedente de la gastada alianza de plata de Beezer Saint Pierre, sale disparado para alcanzar al emisario del abbalah en plena boca. La felpa roja de los labios de lord Malshun estalla en llamas…, y aun así se tambalea erguido en el camino, con el rascacielos esquelético de la Gran Combinación detrás de sí, tratando de morder, tratando de acabar con la vida del hijo de gran talento de Judy Marshall.

Dale da un salto hacia adelante, agarra al niño de la cintura y los hombros y le arranca de un tirón para trastabillar con él hacia el costado del camino. Su honesto rostro se ve pálido, adusto y decidido.

—*¡Acaba con él, Jack!* —vocifera—. *¡Acaba con ese hijo de puta!*

Jack se adelanta hacia donde la criatura cegada, berreante y calcinada se tambalea de un lado a otro del Camino del Congrio, con las huesudas vestiduras humeando y las largas y blancas manos buscando a tientas. Jack se apoya otra vez el bate en el hombro derecho y desliza las manos por él para sujetarlo de la empuñadura. Nada de dejarse llevar por los nervios esta tarde; esta tarde está blandiendo un bate que despide un fuego blanco y resplandeciente, y sería un idiota si no propinara un golpe de los que llegan hasta la valla.

—Dale fuerte, cariño —dice, y describe un swing digno del mismísimo Richie Sexson. O de Big Mac. Se oye un sonido repugnante y carnoso cuando el bate, todavía acelerando, conecta con el costado de la enorme cabeza de lord Malshun. Esta se hunde como la corteza de una sandía podrida y despide un chorro de brillante carmesí. Un instante después la cabeza sencillamente explota, salpicándoles a todos de sangre.

—Me parece que el Rey va a tener que buscarse un chico nuevo —susurra Beezer. Se enjuga la cara, contempla la sangre y el tejido apergaminado en la palma de su mano, y luego se la limpia despreocupadamente en los vaqueros desteñidos—. *Home run,* Jack. Hasta un ciego podría ver que ha sido así.

Dale, acunando a Tyler, dice:

—Se acabó el partido, caso cerrado, súbete la bragueta.

El jefe de policía de French Landing deja a Tyler en pie cuidadosamente. El niño alza la mirada hacia él, luego hacia Jack. En sus ojos está surgiendo una luz empañada. Quizá sea alivio; quizá se trate realmente de comprensión.

—Un bate —dice. Su voz es áspera y ronca y es casi imposible entenderle. Se aclara la garganta y lo intenta de nuevo—: Un bate. He soñado con él.

—¿De verdad? —Jack se arrodilla ante el niño y le tiende el bate. En realidad, Ty no se muestra inclinado a tomar posesión del maravilloso bate de Richie Sexson, pero lo toca con una mano. Acaricia el cuadro de bateo salpicado de sangre. Sus ojos siguen fijos en Jack. Es como si tratara de comprender. De comprender su *verdad.* De comprender que, después de todo, le han rescatado.

—George —dice el niño—. George Rathbun. Es ciego.

—Sí —dice Jack—, pero a veces ser ciego no es ser ciego. Tú sabes eso, ¿verdad, Tyler?

El niño asiente con la cabeza. Jack no ha visto en toda su vida a alguien que se vea tan agotado, tan impresionado y perdido, tan completamente exhausto.

—Quiero… —comienza Ty. Se lame los labios y se aclara otra vez la garganta—. Quiero… agua. Agua. Quiero a mi madre. Ver a mi madre.

—A mí me parece un buen plan —dice Doc. Contempla con inquietud los restos desparramados de la criatura en la que aún piensan como el señor Munshun—. Llevémonos a este chico de vuelta a Wisconsin antes de que aparezca algún amigo de Un Ojo.

—Exacto —coincide Beezer—. Quemar la Casa Negra hasta los cimientos también está en mi agenda del día. Yo arrojaré la primera cerilla. O quizá pueda volver a disparar fuego de mi anillo. Me encantaría. Lo primero, sin embargo, es ponerse en camino.

—No podría estar más de acuerdo —interviene Dale—. No creo que Ty vaya a ser capaz de caminar mucho o muy rápido, pero podemos turnarnos para llevarle a hombros…

—No —lo interrumpe Jack.

Le miran con varios grados de sorpresa y consternación.

—Jack —dice Beezer con extraña amabilidad—, hay una cosa que llaman

abusar de la hospitalidad, tío.

—No hemos acabado —le dice Jack. Sacude la cabeza y se corrige—: *Ty* no ha acabado.

Jack Sawyer está de rodillas en el Camino del Congrio, pensando: *Yo no era mucho mayor que este niño cuando partí para cruzar Norteamérica —y los Territorios— a fin de salvar la vida de mi madre.* Sabe que eso es cierto y al mismo tiempo se siente absolutamente incapaz de creerlo. No logra recordar cómo era ser un niño de doce años y nada más, ser pequeño y estar aterrorizado, casi siempre sin que el mundo se percatara, y corriendo justo por delante de las sombras de ese mundo. *Debería* haber acabado todo; Ty ha pasado por nueve clases de infierno, y merece irse a casa.

Por desgracia, *no* ha terminado. Queda una cosa que hacer.

—Ty.

—Quiero irme a casa.

Si había una luz en los ojos del chico, ahora se ha extinguido. El suyo es el rostro apagado e impactado de los refugiados en los controles fronterizos y en las puertas de los campos de exterminio. Es el semblante vacío de alguien que ha pasado demasiado tiempo en el resbaladizo paisaje opopónaco de la dislocación. Y es un niño, maldita sea, solo un *niño.* Merece algo mejor de lo que Jack Sawyer está a puntó de endilgarle. Pero lo cierto es que Jack Sawyer mereció en cierta ocasión algo mejor y vivió para contarlo. Eso no justifica nada, por supuesto, pero desde luego le da el coraje para ser un cabrón.

—Ty. —Aferra el hombro del niño.

—Agua. Mamá. Mi casa.

—No —dice Jack—. Todavía no. —Hace girar al niño hacia sí. Las salpicaduras de la sangre de lord Malshun en su cara son muy brillantes. Jack siente que los hombres que han venido con él —hombres que han arriesgado sus vidas por él— empiezan a fruncir el entrecejo. No importa. Tiene un trabajo que hacer. Es un poli de homicidios, y ahí todavía hay un crimen en curso.

—Ty.

Nada. El niño sigue en pie con los hombros caídos. Está tratando de transformarse en simple carne que no haga otra cosa que respirar.

Jack señala hacia la fea confusión de tornapuntas y correas de transmisión, vigas y chimeneas. Señala a las esforzadas hormigas. En lo alto la Gran Combinación desaparece entre las nubes, y en lo bajo se hunde en el terreno baldío. ¿Hasta qué distancia en cada dirección? ¿Un kilómetro? ¿Dos? ¿Hay niños allá arriba, sobre las nubes, temblando con sus máscaras de oxígeno mientras caminan en las correas y accionan las palancas y hacen girar los cigüeñales? ¿Niños allá abajo que hornean al calor de fuegos subterráneos? ¿Allá abajo, en las madrigueras y ratoneras donde nunca brilla el sol?

—¿Qué es eso? —pregunta Jack—. ¿Cómo lo llamas? ¿Cómo lo llamaba *Burny?*

Ty permanece en silencio.

Jack lo zarandea. Y sin delicadeza, además.

—¿Cómo lo llamas? —repite.

—Eh, tío —dice Doc en tono de desaprobación—. No hace falta hacer eso.

—Cállate —le espeta Jack sin mirarle. Está mirando a Ty. Tratando de ver algo en esos ojos azules que no sea un vacío horrorizado. Necesita que Ty vea la máquina gigantesca y chirriante que se alza más allá. Que la vea de verdad. Porque si no lo hace, ¿cómo va a parecerle abominable?—. ¿Qué es eso?

Tras una larga pausa, Ty dice:

—La… Gran… Combinación. —Pronuncia las palabras despacio y con voz soñadora, como si hablase dormido.

—La Gran Combinación, sí —dice Jack—. Ahora deténla.

Beezer emite un jadeo. Dale dice:

—Jack, ¿es que te has vuelto…? —Y se calla.

—Yo… no puedo. —Ty le dirige una mirada dolida, como queriendo significar que Jack ya debería saberlo.

—Sí puedes —insiste Jack—. Puedes y lo harás. ¿Qué te has creído, Ty? ¿Que sencillamente vamos a volverles la espalda y llevarte de vuelta con tu madre para que te prepare leche con cacao y te meta en la cama y todos sean felices y coman perdices? —Su voz está subiendo de tono y no hace intento alguno de evitarlo, incluso aunque advierte que Ty está llorando. Lo zarandea de nuevo. Tyler se encoge, pero no hace un intento real de liberarse—. ¿Crees que va a haber un final feliz para ti mientras todos esos niños siguen trabajando y trabajando, hasta caer por fin y ser reemplazados por otros? Verás sus rostros en

tus sueños, Tyler. Verás sus caras y sus sucias manitas y sus piececitos sangrantes en tus jodidos *sueños.*

—¡Basta! —exclama Beezer con acritud—. Déjalo ya o te pego una patada en el culo.

Jack se vuelve, y Beezer retrocede ante la mirada de furia que hay en sus ojos. Mirar a Jack Sawyer en ese estado es como contemplar el mismísimo din-tah.

—Tyler.

A Tyler le tiembla la boca. Le resbalan lágrimas por las sucias y ensangrentadas mejillas.

—Basta. *¡Quiero irme a casa!*

—Una vez que hagas que se detenga la Gran Combinación. Entonces podrás irte a casa. No antes.

—*¡No puedo!*

—Sí, Tyler. Sí puedes.

Tyler mira hacia la Gran Combinación, y Jack siente que el niño hace un esfuerzo doloroso y vacilante. No ocurre nada. Las cintas de transmisión continúan girando; los látigos siguen restallando; los ocasionales puntitos siguen cayendo (o saltando) entre alaridos del herrumbrado costado sur de la edificación.

Tyler vuelve a mirarle, y Jack detesta la vacía estupidez que ve en los ojos del niño, la *aborrece.*

—*¡No puedo!* —gimotea Tyler, y Jack se pregunta cómo se las habrá apañado semejante llorica para sobrevivir en ese lugar. ¿Acaso ha consumido toda su habilidad en un solo alocado y voluntarioso esfuerzo por escapar? ¿Se trata de eso? No piensa aceptarlo. La ira estalla en su mente, y abofetea a Tyler. Con fuerza. Dale emite un jadeo. Ty, cuya cabeza se balancea hacia un lado, abre desmesuradamente los ojos a causa de la sorpresa.

Y la gorra se le cae de la cabeza.

Jack, que ha estado arrodillado delante de él. Cae de pronto hacia atrás para quedar espatarrado en pleno Camino del Congrio. El chico le ha… ¿qué?

Me ha empujado. Me ha empujado con su mente.

Sí. Y Jack es repentinamente consciente de una nueva y brillante fuerza en ese lugar, un llameante haz de luz que rivaliza con el que iluminara el bate de

Richie Sexson.

—¡Guau! Joder, ¿qué ha pasado? —exclama Doc.

Las abejas también lo sienten, quizá más que los hombres. Su soñoliento zumbido se eleva hasta convertirse en un grito estridente, y se acercan más entre sí, haciendo que la nube se oscurezca. Ahora semejan un puño oscuro y gigantesco bajo las flácidas nubes con sus vientres como guirnaldas.

—*¿Por qué me has pegado?* —le grita Ty a Jack, y Jack es repentinamente consciente de que el niño podría matarle de un solo golpe si quisiera. En Wisconsin, ese poder ha permanecido oculto (excepto a los ojos adiestrados para verlo). Aquí, sin embargo… *Aquí.*…

—*¡Para hacerte despertar!* —le grita Jack en respuesta. Se incorpora y señala la gorra—. ¿Era por eso?

Ty la mira, y entonces asiente. *Sí. La gorra. Pero no sabías, no* podías *saber cuánto estaba robando de ti hasta que te la has quitado. O hasta que alguien te la ha quitado de un golpe de tu olvidadiza cabeza.* Vuelve a mirar a Jack, con una expresión serena en los ojos muy abiertos. En ellos no hay impresión ahora, ni estupidez. El niño no reluce exactamente, pero sí irradia una luz interna que todos sienten, un poder que empequeñece el de lord Malshun.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta. Tyler Marshall: el cachorro de la leona.

Una vez más Jack señala la Gran Combinación.

—Es por ti que funciona todo esto, Ty. Tú eres un Transgresor. —Inspira profundamente y entonces susurra ante el rosáceo pabellón de la oreja del niño —: *Haz tu trabajo. Destruyela.*

Tyler Marshall vuelve la cabeza y mira a Jack fijamente a los ojos.

—¿Que la destruya? —inquiere.

Jack asiente con la cabeza, y Ty desvía nuevamente la mirada hacia la Gran Combinación.

—Vale —dice, pero no se dirige a Jack sino a sí mismo. Parpadea, planta bien los pies, cruza las manos delante del cuerpo a la altura de la cintura. Una minúscula arruga aparece entre sus cejas y las comisuras de la boca se le levantan sugiriendo una sonrisa—. Vale —repite.

Por unos instantes no sucede nada.

Entonces, de las entrañas de la Gran Combinación emerge un estruendo. La

parte superior vacila como un espejismo provocado por el calor. Los guardias titubean, y los chillidos del metal torturado desgarran el aire. Visiblemente confusos, los niños obreros alzan las miradas, miran en todas direcciones. Los chillidos mecánicos se intensifican, para luego escindirse en un centenar de versiones diferentes de tortura. Los engranajes dan marcha atrás. Piñones que se atascan y echan humo hasta detenerse; piñones que aceleran y se rompen los dientes. La entera estructura de la Gran Combinación se estremece y tiembla. En lo profundo de la tierra detonan calderas, y columnas de fuego y vapor surgen en chorro hacia lo alto, para atajar y triturar en ocasiones unas cintas de transmisión que han girado durante miles de años, accionadas por miles de millones de sangrantes piececitos.

Es como si una inmensa jarra metálica perdiese por centenares de sitios a la vez. Jack observa a los niños saltar de los niveles inferiores y descender por el exterior de la estructura en líneas largas y continuas, manando de la temblorosa estructura en docenas de arroyos ininterrumpidos.

Antes de que los torturadores de piel verde puedan hacer un intento organizado de impedir que escapen sus esclavos, las abejas se congregan en torno a la gran fundición. Cuando los guardias empiezan a volverse hacia los niños, las abejas descienden en una furiosa marea de alas que zumban y aguijones penetrantes. Ty les ha transmitido parte de su poder, y sus aguijones son fatales.

Los guardias caen desde correas inmóviles y vigas temblorosas. Otros se vuelven enloquecidos contra los suyos, para dar y recibir latigazos hasta que caen en el aire oscuro.

La Banda de Sawyer no se queda a contemplar el final de la matanza. La abeja reina vuela de nuevo hacia ellos de entre el caos del enjambre y les guía de regreso a la Casa Negra.

En un mundo tras otro —en mundos que están uno al lado del otro en múltiples dimensiones a través de todo el infinito—, espíritus malignos se marchitan y dispersan: los déspotas se asfixian hasta morir con huesos de pollo; los tiranos caen bajo las balas de asesinos, a causa de la carne envenenada dispuesta por sus traidoras mujeres; torturadores encapuchados caen muertos sobre sangrientos suelos de piedra. La hazaña de Ty reverbera a través de la enorme cadena de innumerables universos, vengando el mal a medida que se

expande. Tres mundos por encima del nuestro y en la gran ciudad que allí se conoce por Londinorium, Turner Topham, durante dos décadas respetado miembro del Parlamento y durante tres sádico pedófilo, arde de pronto en llamas mientras pasea por la concurrida avenida llamada Picaderry. Dos mundos más abajo, un joven soldador de aspecto agradable llamado Freddy Garver, de la isla de Irse, miembro también aunque menos avezado del clan de Topham, vuelve su tea hacia su propia mano izquierda e incinera cada partícula de carne adherida a los huesos.

Arriba, muy arriba en su altísimo y lejano confinamiento, el Rey Colorado siente un profundo dolor en las entrañas y se derrumba sobre una silla, con una mueca. Sabe que algo, algo fundamental, ha cambiado en su lóbrego feudo.

En la estela de la abeja reina, Tyler Marshall, con los ojos encendidos y el rostro sin traza de miedo, va a horcajadas sobre los hombros de Jack como un niño rey. Detrás de Jack y sus amigos, cientos y cientos de niños que huyen de la estructura en desintegración de la Gran Combinación fluyen por el Camino del Congrio y los desolados campos junto a él. Algunos de esos niños son de nuestro mundo; muchos no lo son. Los niños recorren las oscuras y desiertas planicies en irregulares ejércitos, avanzando hacia las entradas de sus propios universos. Batallones de niños avanzan cojeando y haciendo eses como columnas de hormigas borrachas.

Los niños que siguen a la Banda de Sawyer no son menos harapientos que los demás. La mitad de ellos van desnudos, o como si lo fueran. Esos niños tienen caras que hemos visto en cartones de leche y en folletos bajo el titular de DESAPARECIDO y en las páginas web de búsqueda de niños, caras de los sueños de madres con el corazón destrozado y padres desolados. Algunos de ellos ríen, otros lloran, los hay que hacen las dos cosas. Los más fuertes ayudan a avanzar a los más débiles. No saben adonde van, y no les importa. Que se estén marchando les basta. Todo lo que saben es que son libres. La gran máquina que les robó las fuerzas y la alegría y la esperanza queda tras ellos, y llevan sobre las cabezas una sedosa y protectora bóveda de abejas, y son libres.

A las 4.16 de la tarde exactamente la Banda de Sawyer sale por la puerta principal de la Casa Negra. Tyler va ahora montado sobre los fornidos hombros

de Beezer. Descienden los peldaños del porche y se quedan de pie ante el coche patrulla de Dale Gilbertson (hay una alfombra de abejas muertas en el capó y en la ranura en que se ocultan los limpiaparabrisas).

—Mira la casa, Hollywood —murmura Doc.

Jack lo hace. Ahora es *tan solo* una casa, una edificación de tres plantas que quizá antaño fuera un rancho respetable pero que se ha ido deteriorando a lo largo de los años. Para empeorar las cosas, alguien la ha embadurnado de pintura negra de arriba abajo; hasta las ventanas están pintadas de negro. El efecto general es triste y excéntrico, pero para nada siniestro. La forma resbalosa y cambiante de la casa se ha solidificado, y con la partida del maleficio del abbalah, lo que queda es tan solo el hogar abandonado de un viejo que estaba bastante loco y que era *en extremo* peligroso. Un viejo al que hay que equiparar a monstruos con forma humana como Dahmer, Haarman y Albert Fish. El lascivo y desenfrenado espíritu maligno que habitaba esta casa se ha disipado, desvanecido, y lo que queda es tan mundano como un viejo murmurando en una celda del corredor de la muerte. Hay algo que Jack debe hacerle a ese lugar maldito, algo que el moribundo Mouse le hizo prometer que haría.

—Doc —dice Beezer—. Mira allí.

Un perro grande —aunque no monstruoso— recorre con paso lento y vacilante el sendero que conduce de regreso a la Nacional 35. Parece un cruce entre boxer y gran danés. Le han volado un costado de la cabeza y uno de los pies traseros.

—Ahí tienes a tu perro maléfico —dice Beez.

Doc se queda boquiabierto.

—¿Qué, ese?

—Ese —confirma Beezer. Saca la nueve milímetros, con la intención de poner fin al sufrimiento del bicho, pero antes de que pueda hacerlo, el perro se derrumba sobre un costado, exhala un único aliento profundo y tembloroso y se queda inmóvil. Beezer se vuelve hacia Jack y Dale.

—Es mucho más pequeño con la máquina esa apagada, ¿eh?

—Quiero ver a mi madre —pide Ty en voz baja—. Por favor, ¿puedo?

—Sí —responde Jack—. ¿Te importa que primero pasemos por tu casa y recojamos a tu padre? Me parece que también le gustaría ir.

Tyler esboza una sonrisa cansada.

—Sí —dice—. Hagámoslo.

—Pues claro —dice Jack.

Dale hace girar el coche con cuidado en el jardín, y ya ha llegado al inicio del sendero cuando Ty exclama:

—¡Mirad! ¡Mirad, chicos! ¡Ahí vienen!

Dale se detiene, mira por el espejo retrovisor y susurra:

—Oh, Jack. Santa María madre de Dios. —Pone el freno de mano en el coche patrulla y se apea. Todos salen, para volver a mirar hacia la Casa Negra. Su forma sigue siendo corriente, pero después de todo por lo visto no ha perdido toda su magia. En alguna parte, quizá en la bodega o en un dormitorio o en la sucia y abandonada pero perfectamente corriente cocina, permanece abierta una puerta. A un lado de ella está Coulee Country; al otro está el Camino del Congrio, la humeante y recién parada mole de la Gran Combinación, y Din-tah.

Las abejas están emergiendo al porche de la Casa Negra. Las abejas, y los niños a los que las abejas guían. Salen en manadas, riendo y llorando y cogidos de las manos. Jack Sawyer tiene una breve y brillante visión de los animales saliendo del Arca de Noé después del diluvio.

—Santa María madre de Dios —repite Dale. El jardín se ha llenado de niños que ríen, sollozan y murmuran.

Jack se acerca a Beezer, que se vuelve hacia él con una sonrisa radiante.

—Después de que salgan todos los niños, tenemos que cerrar la puerta —dice Jack—. Para siempre.

—Ya lo sé —responde Beezer.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea brillante?

—Bueno —responde Beezer—, déjame expresarlo del siguiente modo. Si me prometes, y tío, quiero decir que me lo prometas, no hacerme ninguna pregunta incómoda o hacer comentarios después, antes de la medianoche de hoy es bastante posible que le ponga las manos encima a una cantidad sustancial de algo condenadamente eficaz.

—¿Qué? ¿Dinamita?

—Por favor —dice Beezer—. ¿No he dicho eficaz?

—¿Te refieres a…?

Beezer sonríe y sus ojos se tornan meras ranuras.

—Me alegra que estés de mi parte —dice Jack—. Nos vemos de nuevo en la

carretera antes de medianoche. Vamos a tener que colarnos, pero no creo que tengamos problemas.

—Desde luego, no tendremos ninguno a la salida —comenta Beezer.

Doc le da una palmada a Dale en el hombro.

—Espero que dispongas de unas cuantas organizaciones espabiladas de protección a la infancia en esta parte del mundo, jefe. Creo que vas a necesitarlas.

—Santa… —Dale vuelve una mirada acongojada hacia Jack—. ¿Qué voy a *hacer*?

Jack sonríe.

—Creo que será mejor que telefonees a… ¿cómo les llama Sarah? ¿La Pandilla Colorista?

Un rayo de esperanza alborea en los ojos de Dale Gilbertson. O quizá sea de triunfo incipiente. John P. Redding del FBI, los oficiales Perry Brown y Jeffrey Black de la policía estatal de Wisconsin. Se imagina a ese trío de capullos enfrentado a la aparición de una cruzada medieval de niños en el Wisconsin occidental. Se imagina los montones dickensianos de papeleo que sin duda generará un suceso tan insólito. Les mantendrá ocupados durante meses o años. Quizá genere crisis nerviosas. Desde luego, les dará algo en qué pensar que no sea el jefe Dale Gilbertson de French Landing.

—¿Qué sugieres exactamente, Jack? —pregunta.

—A grandes rasgos —responde Jack—, sugiero que a ellos les caiga encima todo el trabajo y tú te quedes con todo el mérito. ¿Qué tal te suena eso?

Dale lo considera.

—Muy justo —contesta—. ¿Qué te parece si le llevamos a este crío a su padre y luego les llevamos a los dos a Arden a ver a su madre?

—Bien —dice Jack—. Solo desearía que Henry también estuviese aquí.

—Con eso ya somos dos —conviene Dale, y se sienta de nuevo al volante. Unos instantes más tarde avanzan por el sendero.

—¿Qué pasa con todos esos niños? —pregunta Ty mirando hacia atrás por la ventanilla trasera—. ¿Vais a *dejarles* ahí, sencillamente?

—Voy a llamar a la policía estatal de Wisconsin en cuanto salgamos a la carretera —explica Dale—. Creo que deben hacerse cargo de esto de inmediato, ¿no os parece, chicos? Y los federales también, por supuesto.

—Estupendo —opina Beezer.

—De puta madre —apunta Doc.

—Una excelente llamada administrativa —dice Jack, y se sienta a Ty en el regazo—. Entretanto estarán bien —le dice al niño al oído—. Han visto cosas mucho peores que Wisconsin.

Deslicémonos ahora desde la ventanilla del conductor como la brisa que somos y observémosles marchar, cuatro hombres valientes y un niño valiente que nunca volverá a ser tan pequeño (o inocente). Tras ellos, el jardín ahora inofensivo y exento de magia de la Casa Negra está lleno de vida gracias a los niños con sus caras sucias y sus ojos muy abiertos y maravillados. Ahí el inglés es una lengua minoritaria, y algunos de los idiomas que se hablan van a desconcertar a los mejores lingüistas en los años venideros. Es este el principio de una sensación a escala mundial (la historia de portada de *Time* la próxima semana será «El milagro de los niños salidos de la nada») y, como Dale ya ha conjeturado, de una pesadilla burocrática.

Sin embargo, están a salvo. Y nuestros chicos también. Todos ellos han vuelto de una pieza del otro lado, y desde luego no es perábamos que fuese así; todas las aventuras heroicas cómo está exigen al menos un sacrificio (un personaje relativamente secundario, como Doc, por ejemplo). Bien está lo que bien acaba. Y este *puede* ser el fin, si ustedes así lo quieren; ninguno de los tipos que les han traído hasta aquí con su garabatear se lo negarían. Si *toman* la decisión de seguir adelante, nunca digan que no se lo advertimos: lo que pasa a partir de ahora no va a gustarles.

DRUDGE REPORT

JEFE DE POLICÍA DE FRENCH LANDING SE NIEGA A CANCELAR CONFERENCIA DE PRENSA, DICE CONTAR CON EL APOYO DE LOS ALTOS CARGOS DE LA CIUDAD; FUENTES CONFIRMAN CELEBRACIÓN. ASISTIRÁ EL POLICÍA DE LA FBI, POLICÍA DE WISCONSIN EXPRESAN TOTAL DESAPROBACIÓN

Exclusiva
Uno de ellos, Tyler Marshall, es de la propia French Landing. Otra niña, Josella Rakine, es de Bating, un pequeño pueblo en el sur de Inglaterra. Un tercero es de Bagdad. En resumen, diecisiete de los llamados Niños del Milagro han sido identificados en la semana transcurrida desde que fueran descubiertos recorriendo una carretera rural (la Nacional 35) en el oeste de Wisconsin.

Pero esos diecisiete son solo la punta del iceberg.

Fuentes cercanas a la investigación conjunta del FBI y la policía estatal de Wisconsin (¿y ahora la CÍA?) le aseguran a Drudge Report que hay al menos 750 niños, muchos más de los que se han publicado en la prensa mayoritaria. ¿Quiénes son? ¿Quién se los llevó, y adonde? ¿Cómo llegaron a la ciudad de French Landing, que en las últimas semanas se ha visto asolada por un asesino en serie (ahora fallecido según se informa)? ¿Qué papel ha

jugado Jack Sawyer, el detective de Los Ángeles que ascendió al estrellato solo para retirarse a los treinta y un años? Y ¿quién fue responsable de la gran explosión que destruyó una misteriosa vivienda en los bosques, supuestamente decisiva para el caso del Pescador?

Algunas de estas preguntas quizá encuentren respuesta mañana en La Follette Park, en French Landing, donde el jefe del departamento de policía Dale Gilbertson va a dar una conferencia de prensa. Su viejo amigo Jack Sawyer —de quien se dice que ha resuelto el caso del Pescador sin ayuda de nadie— estará junto a él cuando suba al estrado. También se espera que estén presentes dos ayudantes del sheriff, Armand Saint Pierre y Reginald Amberson, que participaron en la misión de rescate de la semana pasada.

La conferencia de prensa tendrá lugar pese a las fuertes —casi estridentes— objeciones de un equipo operativo del FBI y la policía de Wisconsin encabezado por el agente John P. Redding y el detective de la policía estatal Jeffrey Black. «Creen [los líderes del equipo operativo] que no se trata más que de un esfuerzo desesperado por parte de Gilbertson para salvar su empleo», ha revelado una fuente. «Ha hecho una verdadera chapuza, pero tiene la suerte de tener un amigo que sabe un montón sobre relaciones públicas.»

Los altos cargos de la ciudad dan una versión bien distinta. «Este verano ha sido una pesadilla para French Landing —dice la tesorera municipal Beth Warren—. El

jefe Gilbertson quiere asegurarle a la gente que la pesadilla ya ha pasado. Si puede darnos algunas respuestas sobre los niños en el proceso, pues mucho mejor.»

El interés se centra en Jack Hollywood Sawyer, que conoció al jefe Gilbertson y la ciudad de French Landing durante el caso de Thornberg Kinderling, el también llamado Asesino de Prostitutas. Gilbertson le pidió encarecidamente a Sawyer que jugara un papel activo en el caso del Pescador, y por lo visto este tuvo mucho que ver en los acontecimientos que siguieron.

¿De qué acontecimientos, exactamente, se trata? Eso es lo que el mundo espera descubrir. Las primeras respuestas pueden llegarnos mañana, en La Follette Park, en la ribera del majestuoso Misisipí.

Continuará...

29

—¿Estáis listos, chicos? —pregunta Dale.

—Oh, tío, no lo sé —contesta Doc. No es la quinta vez que lo dice, y quizá no sea siquiera la decimoquinta. Está pálido, casi al borde del soponcio. Los cuatro se encuentran en un Winnebago —una especie de camerino rodante— que se ha instalado en el extremo de La Follette Park. Cerca de allí está el estrado en el que permanecerán en pie (asumiendo que Doc pueda mantener sus piernas debajo de sí) para ofrecer sus respuestas cuidadosamente preparadas. En la pendiente que desciende hasta el ancho río se han congregado unos cuatrocientos representantes de la prensa, más equipos de cámaras de seis cadenas estadounidenses y Dios sabe cuántos canales extranjeros. Los caballeros de la prensa no están del mejor humor del mundo, porque el excelente espacio delante del estrado se ha reservado para una muestra representativa (designada por lotería) de los residentes de French Landing. Esa fue la férrea exigencia de Dale para la rueda de prensa.

La idea de la rueda de prensa en sí fue de Jack Sawyer.

—Anima esa cara, Doc —dice Beezer. Se le ve más grande que nunca con los pantalones de lino gris y la camisa blanca de cuello abierto; casi parece un oso con esmoquin. Incluso ha hecho un esfuerzo por peinarse las hectáreas de cabello—. Y si de verdad crees que vas a hacer una de las tres pes *(pipí*, echar la *papilla*, o *palmarla)*, quédate aquí.

—No —dice Doc con tono de abatimiento—. Si estoy en esto, estoy hasta el final, joder. Si vamos a intentarlo, hagámoslo ya.

Dale, resplandeciente en su uniforme de gala, mira a Jack. Este último está más resplandeciente si cabe en su ligero traje gris y corbata de seda azul marino.

Un pañuelo azul a conjunto le asoma del bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Estás seguro de que hacemos lo correcto?

Jack está completamente seguro. No es una cuestión de negarse a permitir que la Pandilla Colorista de Sarah Gilbertson acapare la atención del público; la cuestión es asegurarse de que su viejo amigo se encuentre en una posición invulnerable. Lo cual puede hacer relatando una historia bien simple, que los otros tres hombres respaldarán. Ty hará lo mismo, Jack está seguro. La historia es la siguiente: el *otro* viejo amigo de Jack, el fallecido Henry Leyden, descifró la identidad del Pescador a partir de la cinta del 911, que le suministró Dale, su sobrino. El Pescador mató a Henry, pero no antes de que el heroico señor Leyden le hubiese herido mortalmente y transmitido su nombre a la policía. (El otro interés de Jack en esta rueda de prensa, que Dale comprende perfectamente y apoya completamente, es el de asegurarse de que Henry se lleve los laureles que merece.) Un examen del registro inmobiliario y los planos parcelarios de French Landing sacó a la luz el hecho de que Charles Burnside era propietario de una casa en la Nacional 35, no muy lejos de la ciudad. Dale nombró ayudantes a Jack y otros dos hombres de envergadura física considerable que estaban casualmente en los alrededores (esos serian los señores Amberson y Saint Pierre) y partieron hacia allá.

—Desde ese punto —les ha dicho repetidamente Jack a sus amigos en los días previos a la rueda de prensa—, es vital que recordéis las tres palabras que conducen a la mayor parte de absoluciones en los juicios criminales. Y ¿cuáles son esas tres palabras?

—No lo recuerdo —contestó Dale.

Jack asintió con la cabeza.

—Exacto. Si uno no tiene una historia que recordar, esos cabrones nunca pueden conseguir que meta la pata. Había algo en el aire en aquel lugar…

—Eso no es ninguna mentira —intervino Beezer, y esbozó una mueca.

—… que nos sumió en la confusión. De lo que *si* nos acordamos es de lo siguiente: Ty Marshall estaba en el patio trasero, esposado al molinete de la cuerda de tender. —Antes de que Beezer Saint Pierre y Jack Sawyer se colaran entre las barricadas de la policía y vaporizaran la Casa Negra con explosivo plástico, cierto periodista consiguió llegar allí y sacar numerosas fotografías. Sabemos de qué periodista se trataba, por supuesto; de Wendell Green, que

finalmente ha hecho realidad sus sueños de fama y fortuna.

—Y Burnside estaba muerto a sus pies —dijo Beezer.

—Exacto. Con la llave de las esposas en el bolsillo. Dale, tú la encontraste y liberaste al chico. Había unos cuantos chicos más en el patio, pero en cuanto a la cantidad…

—No lo recordamos —intervino Doc.

—En cuanto a su sexo…

—Unos cuantos niños, unas cuantas niñas —explicó Dale—. No recordamos exactamente cuántos de cada.

—Con respecto a Ty, a cómo fue apresado, qué le sucedió…

—Dijo que no se acordaba —contestó Dale sonriendo.

—Nos marchamos. Creemos haber llamado a los otros niños…

—Pero no lo recordamos con exactitud —intervino Beez.

—Muy bien, y en cualquier caso por el momento parecían a salvo donde estaban. Fue cuando nos disponíamos a subir a Ty al coche patrulla que les vimos salir en torrente.

—Y llamamos a la policía del estado de Wisconsin para pedir apoyo —apuntó Dale—. De *eso sí* que me acuerdo.

—Por supuesto que te acuerdas —dijo Jack con benevolencia.

—Pero no tenemos idea de cómo ese lugar acabó volando por los aires, ni sabemos quién lo hizo.

—Hay gente demasiado ansiosa de tomarse la justicia por su mano —dijo Jack.

—Es una suerte que no se hayan volado también la cabeza —concluyó Dale.

—Muy bien —les dice Jack ahora. Están de pie ante la puerta. Doc ha sacado medio porro, y cuatro caladas rápidas y profundas le han calmado visiblemente —. Solo recordad por qué hacemos esto. El mensaje es que llegamos allí primero, encontramos a Ty, vimos tan solo *a unos cuantos niños más*, consideramos que la situación era segura debido a la muerte de Charles Burnside, también conocido como Carl Bierstone, el Monstruo del South Side y el Pescador. El mensaje a transmitir es que Dale se comportó como era debido (que todos lo hicimos) y luego le cedimos la investigación al FBI y la policía de Wisconsin, que ahora tienen en brazos a la criatura. O supongo que *criaturas*, dadas las circunstancias. El mensaje es que todo vuelve a ir bien en French

Landing. Por último, pero ni mucho menos importante, el mensaje es que la estrella real es Henry Leyden. El heroico hombre ciego que identificó a Charles Burnside y resolvió el caso del Pescador hiriendo mortalmente al monstruo y perdiendo la vida en el proceso.

—Amén —dice Dale—. El bueno de tío Henry.

Al otro lado de la puerta del Winnebago, oye el estruendo como de olas que rompen producido por centenares de personas. Puede incluso que de un millar. *Esto es lo que oyen los conjuntos de rock antes de salir al escenario,* piensa. De pronto siente un nudo en la garganta y hace cuanto puede por tragárselo. Calcula que si deja de pensar en el tío Henry todo saldrá bien.

—Una cosa más —señala Jack—, si las preguntas se vuelven demasiado específicas…

—No nos acordamos —dice Beezer.

—Porque en el aire había algo malo —apunta Doc—. Olía a éter, o a cloro, o algo parecido.

Jack les observa, asiente con la cabeza, sonríe. Cree que, en general, va a ser una ocasión feliz. Un derroche de amor. Desde luego la posibilidad de que dentro de unos minutos pueda estarse muriendo no se le ha ocurrido.

—De acuerdo —dice—, salgamos ahí y hagámoslo. Somos políticos esta tarde, políticos en una rueda de prensa, y son los políticos que se ciñen al mensaje los que salen elegidos.

Abre la puerta del camerino. El estruendo de la multitud crece por momentos a causa de la expectativa.

Cruzan hasta la plataforma equipada como la de un jurado en el orden siguiente: Beezer, Dale, Jack y el buen doctor. Avanzan a través del resplandor blanco de nova de los flashes y las luces de televisión de diez cátodos. Jack no tiene ni idea de por qué las necesitan, pues el día es radiante y cálido, uno de esos días encantadores de Coulee Country, pero por lo visto así es. Siempre las necesitan. Hay voces que exclaman «¡Aquí!» repetidamente. También les formulan preguntas, a los que ellos hacen caso omiso. Cuando llegue el momento de contestar preguntas lo harán, lo mejor que puedan, pero por ahora se sienten anonadados por la multitud, sencillamente.

El ruido se inicia con los más o menos doscientos residentes de Frenen Landing sentados en sillas plegables en un área acordonada justo enfrente del estrado. Se ponen en pie, unos aplaudiendo, otros blandiendo los puños apretados en el aire como boxeadores ganadores. La prensa se contagia de ellos, y cuando nuestros cuatro amigos suben los peldaños del estrado, el estruendo se vuelve ensordecedor. Estamos con ellos, en lo alto de la plataforma, y, Dios santo, vemos tantos rostros conocidos que nos miran. Ahí está Morris Rosen, quien le pasó a Henry el cede de Dirtysperm en nuestro primer día en la ciudad. Tras él hay un contingente del ahora desaparecido Centro Maxton: la encantadora Alice Weathers, rodeada por Elmer Jesperson, Ada Meyerhoff (en silla de ruedas), Flora Flostad y los hermanos Boettcher, Hermie y Tom Tom. Tansy Freneau, con un poco de pinta de zombi pero ya no de loca de atar, se encuentra de pie junto a Lester Moon, que la rodea con un brazo. Arnold *Linterna* Hrabowski, Tom Lund, Bobby Dulac y los demás miembros del departamento de Dale bailotean y vitorean como locos. Miren ahí… esa es Enid Purvis, la vecina que llamó a Fred al trabajo el día que Judy finalmente perdió la chaveta. Ahí está Rebecca Vilas, casi monjil con su vestido de cuello cerrado (pero no llores por ella, Argentina; Becky tiene bien guardadito un buen pellizco, muchas gracias). Butch Yerxa está a su lado. Al fondo de la multitud, merodeando avergonzados pero incapaces de permanecer alejados del triunfo de sus amigos, vemos a William Strassner y Hubert Cantinaro, más conocidos por nosotros como Káiser Bill y Sonny. ¡Miren! Ese es Herb Roeper, que le corta el pelo a Jack, de pie junto a Buck Evitz, que le reparte el correo. Hay muchos otros a quienes conocemos, y a quienes debemos decir adiós en circunstancias menos que felices. En primera fila, Wendell Green está dando más saltos que una gallina en una plancha caliente (Dios sabrá cómo se habrá metido en la zona acordonada, siendo de La Riviere como es y no de French Landing), tomando fotografías. En dos ocasiones arremete contra Elvena Morton, la asistenta de Henry. La tercera vez que lo hace, ella le pega un buen mamporro en la coronilla. Wendell apenas parece darse cuenta. Su cabeza ha recibido golpes peores en el transcurso de la investigación sobre el Pescador. Y a un lado vemos a alguien a quien tal vez reconozcamos y tal vez no. Un caballero anciano y de piel oscura que lleva gafas de sol. Se parece un poco a un viejo cantante de blues. También se parece un poco a un actor de cine llamado Woody Strode.

Los aplausos retumban y retumban. La gente vitorea. Se lanzan sombreros al aire que vuelan en la brisa veraniega. Su bienvenida se convierte en una especie de milagro en sí misma, en afirmación, quizá en aceptación incluso de los niños, de los que se supone en general que han sido retenidos en alguna clase de estrafalario cautiverio sexual ligado a Internet. (¿No están acaso todas esas cosas raras ligadas de alguna manera a Internet?) Y por supuesto aplauden porque la pesadilla ha pasado. El coco ha muerto en su propio patio trasero, ha muerto a los pies de un prosaico, y ahora vaporizado, molinete de aluminio para la cuerda de tender, y están a salvo otra vez.

¡Oh, cómo resuenan los vítores en esos últimos momentos de la vida de Jack Sawyer en el planeta Tierra! Los pájaros alzan el vuelo despavoridos de las riberas del río y graznan y describen giros en el cielo, en busca de entornos más tranquilos. En el río mismo, un carguero responde a los vítores —o quizá se apunta a ellos— haciendo sonar la sirena una y otra vez. Otros barcos captan la idea y se suman a la cacofonía.

Sin pensar en lo que hace, Jack coge la mano derecha de Doc en su izquierda, la izquierda de Dale en su derecha. Dale coge la mano de Beezer, y los miembros de la Banda de Sawyer alzan los brazos todos juntos, de cara a la multitud.

La cual, por supuesto, enloquece. Si no fuera por lo que va a pasar a continuación, sería la imagen de la década, quizá del siglo. Permanecen ahí triunfales, como símbolos vivientes de la victoria con sus manos entrelazadas contra el cielo; la multitud vitorea, las videocámaras filman, las Nikon destellan, y es entonces que una mujer en la tercera fila inicia su movimiento. Se trata de alguien a quien conocemos, pero nos lleva unos instantes reconocerla, porque no tiene nada que ver con el caso que hemos estado siguiendo. Tan solo ha estado… digamos que merodeando. Los doscientos asientos de delante fueron otorgados al azar por los bombos de votantes de French Landing, y Debbi Anderson, Pam Stevens y Dit Jesperson fueron los encargados de notificar su suerte a los ganadores. Esta mujer obtuvo el número 199. Varias personas la rehuyen cuando pasa junto a ellas, aunque en su frenética alegría apenas son conscientes de hacerlo; esa mujer pálida con mechones de cabello pajizo pegándosele a las mejillas huele a sudor, a insomnio y a vodka. Lleva un pequeño bolso. El bolso está abierto. La mujer hurga en su interior. Y nosotros, que hemos vivido la

segunda mitad del siglo xx y a través del milagro de la televisión hemos sido testigos de una docena de asesinatos e intentos de asesinato, sabemos exactamente *qué* está buscando. Queremos gritar para advertir a los cuatro hombres en pie con las manos unidas levantadas hacia el cielo, pero todo cuanto podemos hacer es mirar.

Solo el hombre negro con las gafas de sol advierte qué está pasando. Se vuelve y empieza a moverse, consciente de que probablemente ella le ha vencido, de que probablemente va a llegar demasiado tarde.

No, piensa Speedy Parker. *No es posible que acabe así, no es posible.*

—*¡Jack., agáchate!* —exclama, pero nadie le oye por sobre los aplausos, los vítores, los hurras desenfrenados. La multitud parece bloquearle el paso a propósito, moviéndose vertiginosamente de un lado a otro ante él sin que importe por dónde trate de pasar. Por un instante Wendell Green, todavía dando botes por ahí como un hombre en pleno ataque epiléptico, se interpone en la senda de la asesina. Entonces ella le aparta con la fuerza de una loca. ¿Por qué no? *Es* una loca.

—Amigos… —Dale tiene la boca prácticamente sobre el micrófono, y los altavoces del sistema de megafonía instalados en los árboles cercanos emiten gañidos de realimentación. Todavía sujeta la mano de Jack en su izquierda y la de Beezer en la derecha. Esboza una leve sonrisa de aturdimiento—. Gracias, amigos, os aseguramos que apreciamos vuestro apoyo, pero si pudieseis simplemente calmaros un poco…

Es entonces cuando Jack la ve.

Ha pasado mucho tiempo, años, pero la reconoce de inmediato. Ha de hacerlo; ella le escupió en la cara un día al salir del juzgado en Los Ángeles. Le escupió y le dijo que era un cabrón que condenaba a inocentes. *Ha perdido veinte kilos desde entonces,* se dice Jack. *Tal vez más.* Entonces le ve la mano en el bolso e, incluso antes de que la mano vuelva a salir, sabe qué está pasando.

Lo peor es que no puede hacer nada. Doc y Dale le cogen de las manos como si fuesen las garras de la muerte. Inspira profundamente y grita como le han enseñado a hacer en situaciones como esa —*¡Pistola!*— y Dale Gilbertson asiente con la cabeza como queriendo decir *hola, a ti también.* Detrás de la

mujer, abriéndose paso entre la multitud, Jack ve a Speedy Parker, pero a menos que este tenga un truco de magia particularmente bueno en la manga…

No lo tiene. Speedy Parker, conocido en los Territorios como Parkus, solo trata de llegar hasta el pasillo cuando la mujer saca la pistola. Es un arma pequeña y fea, una tipo bulldog del 32 con la empuñadura envuelta en cinta aislante negra, y Jack solo dispone de medio segundo para pensar que quizá le explote en la mano.

—*¡Pistola!* —vuelve a gritar Jack, y es Doc Amberson quien le oye y ve a la mujer agazapada justo debajo de ellos con una mueca gruñona.

—Oh, mierda —suelta Doc.

—*¡Wanda, no!* —exclama Jack. Doc le ha soltado la mano (Dale aún le levanta la otra hacia el cielo de verano) y Jack la extiende ante la mujer como un poli de tráfico. La primera bala de Wanda Kinderling penetra justo en esa palma, brota cual seta hasta atravesarla y, dando volteretas, rebota por fin contra el hueco del hombro izquierdo de Jack.

Wanda le habla. Hay demasiado ruido para que Jack la oiga, pero de todos modos sabe qué está diciendo: *Ahí tienes, hijo de puta, verdugo de inocentes… Thorny te manda saludos.*

Vacía las cinco balas que le quedan en el pecho y la garganta de Jack Sawyer.

Nadie oye los insignificantes estallidos producidos por la bulldog del 32 de Wanda Kinderling, no con todos esos aplausos y vítores, pero Wendell Green tiene su cámara levantada, y cuando el detective da la primera sacudida hacia atrás, el dedo de nuestro reportero favorito oprime el botón de disparador automático de la Nikon. La cámara dispara ocho fotos. La tercera es *la foto,* la que llegará a ser tan conocida como la de los marines subiendo la bandera en Iwo Jima y la de Lee Harvey Oswald asiéndose el vientre en el aparcamiento de la comisaría de policía de Dallas. En la fotografía de Wendell, Jack Sawyer dirige una mirada tranquila hacia la asesina (que no es más que un borrón en el pie mismo de la imagen). La expresión de su rostro podría ser de perdón. La luz del día es claramente visible a través del orificio en la palma extendida de su mano. Gotitas de sangre, tan rojas como rubíes penden congeladas en el aire junto a su garganta, que está desgarrada.

Los vítores y los aplausos se interrumpen como si los hubiesen amputado. Siguen unos instantes de espantoso y atónito silencio. Jack Sawyer, que ha recibido dos disparos en los pulmones y uno en el corazón, además de los de la mano y la garganta, se queda en pie donde está, contemplando el orificio bajo sus dedos extendidos y sobre la muñeca. Wanda Kinderling le observa mostrando sus sucios dientes. Speedy Parker está mirando a Jack con una expresión de horror desnudo que sus gafas de sol de grandes cristales no logran ocultar. A su izquierda, en lo alto de una de las cuatro torres para los medios de comunicación, un joven cámara se desmaya y cae al suelo.

Entonces, de pronto, el congelado de imagen que Wendell ha captado sin saberlo siquiera se desgarra y todo es puro movimiento.

Wanda Kinderling chilla *¡Nos veremos en el infierno, Hollywood!* —varias personas lo verificarán más tarde— y se lleva el cañón de su 32 a la sien. Su expresión de malévola satisfacción da paso a una más típica de aturdida incomprensión cuando su dedo al accionar no produce otra cosa que un seco *clic*. La bulldog del 32 está vacía.

Un instante después se ve prácticamente arrasada —el cuello roto, así como el hombro izquierdo y cuatro costillas— cuando Doc se lanza contra ella desde el estrado para arrojarla al suelo. El zapato izquierdo de Doc golpea el lateral de la cabeza de Wendell Green, pero en esta ocasión Wendell no acaba con más que un oído que sangra. Bueno, ya le tocaba un pequeño descanso, ¿no?

En la plataforma, Jack mira a Dale con expresión de incredulidad, trata de hablar pero no lo consigue. Se tambalea, permanece en pie unos instantes más y luego se desploma.

El rostro de Dale ha pasado del desconcertado placer al shock y la más absoluta consternación en un santiamén. Aferra el micrófono y exclama:

—¡LE HAN DISPARADO! ¡NECESITAMOS UN MÉDICO! —El sistema de megafonía chirría aún más. No aparece ningún médico. Muchos en la multitud son presas del pánico y echan a correr. El pánico se extiende.

Beezer se ha agachado sobre una rodilla y está volviendo a Jack. Este le mira, todavía tratando de hablar. Le mana sangre de las comisuras de la boca.

—Ah, joder, está mal, Dale, *está fatal*—exclama Beezer, y de pronto cae espatarrado de un golpe. Uno no habría esperado que el escuálido y viejo hombre negro que ha subido de un salto al escenario pudiese derribar a un

muchachote como Beezer, pero ese no es un viejo corriente. Como todos bien sabemos. Le rodea una fina pero perfectamente visible envoltura de luz blanca. Beezer la ve. Sus ojos se abren desmesuradamente.

La multitud, entretanto, huye despavorida en las cuatro direcciones de la brújula. El pánico contagia a su vez a algunos caballeros y damas de la prensa. A Wendell Green no; él aguanta como un héroe, haciendo fotos hasta tener la Nikon tan vacía como la pistola de Wanda Kinderling. Capta al hombre negro cuando está de pie con Jack Sawyer en los brazos; capta a Dale Gilbertson apoyando una mano en el hombro del hombre de color; capta al hombre negro al volverse a hablar con Dale. Cuando más tarde Wendell le pregunta al jefe de policía qué le ha dicho el viejo, Dale le dice que no se acuerda… además, con todo ese pandemonio ni siquiera ha logrado oírlo, de todas formas. Todo eso son sandeces, por supuesto, pero podemos estar seguros de que de haber oído Jack Sawyer la respuesta de Dale se habría sentido orgulloso. Cuando dudes, diles que no te acuerdas.

La última fotografía de Wendell muestra a Dale y Beezer observando con idéntica expresión de aturdimiento al hombre negro subir los peldaños del Winnebago todavía con Jack en los brazos. Wendell no tiene idea de cómo un viejo como ese puede llevar a un hombre tan grande —Sawyer mide más de un metro noventa y debe pesar por lo menos ochenta kilos—, pero supone que se trata de lo mismo que a una madre consternada le permite levantar el coche o la furgoneta bajo la cual está apresado su hijo. Y no tiene importancia. Es una menudencia comparado con lo que viene después. Porque cuando un grupo de hombres guiado por Dale, Beez y Doc irrumpe en el Winnebago (Wendell va al final de ese grupo), no encuentran más que una silla volcada y varías salpicaduras de la sangre de Jack Sawyer en la cocinita en la que Jack impartiera las instrucciones finales a su pequeña banda. Las huellas de sangre conducen al fondo, donde hay una cama plegable y un cubículo con un lavabo. Y ahí las gotas y Lis salpí caduras simplemente se interrumpen.

Jack y el viejo que le llevaba se han desvanecido.

Doc y Beezer balbucean al borde de la histeria. Saltan de preguntas sobre adonde puede haber ido Jack a recuerdos de los momentos finales en el estrado

antes de que empezaran los tiros. Por lo visto no pueden dejarlo estar, y a Dale le da la sensación de que pasará un buen rato antes de que él mismo lo consiga. Se da cuenta ahora de que Jack vio venir a la mujer, que estaba intentando liberar su mano de la de Dale para poder responder.

Dale piensa que después de todo quizá sea el momento de dejar su trabajo de jefe de policía. No ahora mismo, sin embargo. Ahora mismo lo que quiere es alejar a Beezer y Doc de la Pandilla Colorista, hacer que se calmen. Tiene algo que decirles que quizá les ayude un poco a hacerlo.

Tom Lund y Bobby Dulac se unen a él, y los tres juntos escoltan a Beez y Doc para alejarles del Winnebago, donde el agente especial Redding y el detective Black de la policía de Wisconsin ya están estableciendo un PIC (perímetro de investigación criminal). Una vez que están detrás del estrado, Dale contempla los rostros aturdidos de los dos fornidos motoristas.

—Escuchadme —dice.

—Debería haberme plantado delante de él —dice Doc—. La he visto venir, ¿por qué no me habré interpuesto…?

—¡Cállate y *escucha*!

Doc se calla. Tom y Bobby también están escuchando, con los ojos muy abiertos.

—Ese hombre negro me ha dicho algo.

—¿Qué? —quiere saber Beez.

—Ha dicho: «Dejad que me lo lleve…, quizá aún quede una posibilidad.»

Doc, que ha tenido su ración de heridas de bala, profiere una risilla triste.

—¿Y tú le has *creído?*

—No en ese momento, no exactamente —responde Dale—; pero cuando ha entrado ahí y el lugar se ha quedado luego vacío…

—No hay puerta trasera, además —apunta Beez.

El escepticismo de Doc se ha desvanecido un poco.

—¿De veras crees que…?

—Lo creo —afirma Dale Gilbertson, y se enjuga los ojos—. He de tener esperanza. Y vosotros tenéis que ayudarme.

—Muy bien —dice Beezer—. Entonces lo haremos.

Y creemos que aquí hemos de dejarles para siempre, ahí de pie bajo un cielo azul de verano cerca del padre de los ríos, junto a un estrado con sangre en los

tablones. Muy pronto la vida les atrapará de nuevo para arrastrarles otra vez en su furiosa corriente, pero durante unos instantes están juntos, unidos en la esperanza por nuestro mutuo amigo.

Dejémosles así, ¿de acuerdo?

Dejémosles abrigando esperanzas.

Erasé una vez en los Territorios…

Érase una vez (como solían empezar las mejores historias de antaño cuando todos vivíamos en los bosques y nadie vivía en ninguna otra parte) un capitán de los Guardias Exteriores, que tenía una cicatriz y se llamaba Parren, que guió a un niño pequeño llamado Jack Sawyer a través del Pabellón de la Reina. Sin embargo, ese niño pequeño no vio la corte de la reina; fue conducido a través de un laberinto de corredores entre bastidores, por unos lugares secretos y poco visitados en que las arañas tejían sus telas en los rincones del techo y las cálidas corrientes estaban preñadas de los aromas de la cocina.

Por fin Parren cogió al niño de las axilas y lo levantó. *Hay un panel delante de ti,* susurró… ¿lo recuerdas? Creo que estuviste ahí. Creo que los dos estuvimos, aunque éramos más jóvenes entonces, ¿no es así? *Deslízalo hacia la izquierda.*

Jack hizo lo que le pedían, y se encontró escudriñando en la alcoba de la reina; la habitación en que casi todo el mundo esperaba que ella muriese…, al igual que Jack esperaba que su madre muriese en su habitación del hotel Jardines de la Alhambra, en New Hampshire. Era una habitación brillante y aireada, llena de ajetreadas enfermeras que habían adoptado una actitud atareada y decidida porque en realidad no tenían ni idea de cómo ayudar a su paciente. El niño contempló a través de la mirilla esa habitación, vio a una mujer de la que al principio pensó que era su propia madre transportada de algún mágico modo a ese lugar, y nosotros miramos con él, sin sospechar que años más tarde, ya hecho un hombre, Jack Sawyer yacería en el mismo lecho en que vimos por vez primera a la gemela de su madre.

Parkus, que le trajo de French Landing a las Baronías Interiores, está ahora

ante el panel a través del cual mirara Jack antaño, izado por el capitán Parren. Junto a él se halla Sophie de Canna, a quien ahora se conoce en los Territorios como la Reina Joven o Sophie la Bondadosa. Hoy no hay enfermeras en la alcoba; Jack yace en silencio bajo un ventilador que da vueltas lentamente. Donde no está envuelta en vendajes, su piel se ve pálida. Los párpados cerrados lucen una delicada bruma púrpura. Apenas si se ve subir y bajar la fina sábana de hilo con que está tapado hasta la barbilla… pero sí lo hace. Respira.

Por el momento, al menos, vive.

Hablando en voz baja, Sophie dice:

—Si nunca hubiese tocado el Talismán…

—Si nunca hubiese tocado el Talismán, si de hecho no lo hubiese sostenido en los brazos, habría muerto en aquella plataforma antes siquiera de que yo pudiese acercarme a él —dice Parkus—; pero, por supuesto, de no ser por el Talismán tampoco habría estado ahí, para empezar.

—¿Qué posibilidades tiene? —Sophie le mira. En alguna parte, en otro mundo, Judy Marshall ya ha empezado a sumirse de nuevo en su corriente vida a las afueras de una ciudad. No habrá una vida semejante para su gemela, sin embargo, pues los tiempos vuelven a ser difíciles en esta parte del universo; en sus ojos brilla una luz regia e imperiosa—. Dime la verdad, señor mío; no toleraré una mentira.

—Ni yo te diría una, milady —responde Parkus—. Creo que, gracias a la protección residual del Talismán, se recobrará. Estarás sentada junto a él una mañana o una noche y sus ojos se abrirán. Hoy no, y es probable que tampoco esta semana, pero pronto.

—¿Y en cuanto a lo de regresar a su mundo, al mundo de sus amigos?

Parkus la ha traído a este lugar porque el espíritu del niño que Jack fue en un tiempo todavía persiste, fantasmal y con la dulzura de la infancia. Estuvo ahí antes de que el camino de las tribulaciones se abriera ante él, y en ciertos sentidos le endureciera. Estuvo ahí con su inocencia todavía intacta. Lo que le ha sorprendido de Jack como adulto, y le ha emocionado de una forma en que Parkus no esperaba ya volver a emocionarse, es cuánta inocencia pervive aún en el hombre en que el niño se ha convertido.

Eso también es obra del Talismán, por supuesto.

—¿Parkus? Tu mente vaga.

—No muy lejos, milady, no muy lejos. Me preguntas si podrá volver a su mundo después de haber sido mortalmente herído tres, quizá cuatro veces; después de que le hayan desgarrado el corazón, de hecho. Le traje aquí porque toda la magia que le ha tocado y que ha cambiado su vida es más fuerte aquí; para bien o para mal, los Territorios han sido la fuente de Jack desde que fuera un niño. Y funcionó. Está vivo. Pero despertará siendo diferente. Será como…

Parkus deja la frase sin terminar, pensando intensamente. Sophie espera en silencio junto a él. Desde la cocina les llega el distante bramido de una cocinera reprendiendo a una de sus aprendizas.

—Hay animales que viven en el mar, que respiran por agallas —dice Parkus al fin—. Y con el transcurso de muchísimo tiempo, algunos de ellos desarrollan pulmones. Semejantes criaturas pueden vivir tanto bajo el agua como en la tierra, ¿verdad?

—Eso me enseñaron de niña —admite Sophie en tono paciente.

—Pero algunas de esas criaturas pierden sus agallas y solo pueden vivir en la tierra. Jack Sawyer es ahora esa clase de criatura, creo. Tú o yo estamos en condiciones de sumergirnos en el agua y nadar bajo la superficie durante un rato, y quizá él sea capaz de regresar de visita a su propio mundo durante cortos períodos… con el tiempo, por supuesto. Pero si tú o yo tratásemos de *vivir* debajo del agua…

—Nos ahogaríamos.

—Por descontado. Y si Jack tratara de vivir de nuevo en su propio mundo, de regresar a su casita en el valle de Nonvay, por ejemplo, sus heridas retornarían en el espacio de días o semanas. Quizá en diferentes formas (su certificado de defunción podría especificar un ataque al corazón, por ejemplo), pero sería la bala de Wanda Kinderling la que lo matara, de igual manera. El disparo al corazón de Wanda Kinderling. —Parkus enseña los dientes—. ¡Qué mujer tan detestable! No creo que el abbalah fuera más consciente de ella de lo que lo fui yo, ¡pero mira todo el daño que ha causado!

Sophie no hace caso de este último comentario. Está contemplando al hombre silencioso que duerme en la otra estancia.

—Condenado a vivir en una tierra tan agradable como esta… —Se vuelve hacia Parkus—. Porque esta es una tierra agradable, ¿no es así, sirrah? Sigue siéndolo a pesar de todo, ¿no?

Parkus sonríe e inclina la cabeza. En torno al cuello un diente de tiburón se mece en el extremo de una fina cadena de oro.

—Ya lo creo que lo es.

Sophie asiente con vehemencia.

—Así pues, vivir aquí no tendría por qué ser tan terrible.

Parkus no dice nada. Al cabo de unos instantes la energía de Sophie desaparece, y sus hombros se hunden.

—Yo lo detestaría —dice con un hilo de voz—. Verme desterrada de mi propio mundo excepto para alguna visita ocasional…, una libertad condicional…, tener que marcharme al primer acceso de tos o la primera punzada en el pecho… Lo detestaría.

Parkus se encoge de hombros.

—Tendrá que aceptar lo que hay. Le guste o no, sus agallas ya no existen. Ahora es una criatura de los Territorios. Y Dios el Carpintero sabe que aquí hay trabajo para él. El asunto de la Torre está llegando a su clímax. Creo que Jack Sawyer puede tener un papel que desempeñar en todo eso, aunque no estoy totalmente seguro de ello. En cualquier caso, cuando sane no le faltará trabajo. Es un detective de homicidios, y siempre hay trabajo para ellos.

Sophie mira por la ranura de la pared con expresión de inquietud en su hermoso rostro.

—Tienes que ayudarle, querida —añade Parkus.

—Le quiero —susurra Sophie.

—Y él te quiere a ti; pero lo que está por venir va a ser difícil.

—¿Por qué ha de ser así, Parkus? ¿Por qué la vida ha de exigir siempre tanto y dar tan poco?

Parkus la atrae hacia sí y ella se deja, presionando el rostro contra su pecho.

En la oscuridad de detrás de la alcoba en que duerme Jack Sawyer, Parkus responde a su pregunta con una sola palabra:

Ka.

Epílogo

Sophie se sienta junto a su lecho en la primera noche de Tierra Llena, diez días después de su conversación con Parkus en el pasadizo secreto. En el exterior del pabellón oye cantar a unos niños *El maíz verde de cada día.* En el regazo tiene un trozo de bordado. Es verano, aún es verano, y el aire dulzón está lleno del misterio estival.

Y en esa estancia inflada en que la gemela de su madre yaciera una vez, Jack Sawyer abre los ojos.

Sophie deja a un lado el bordado, se inclina y posa los labios en el pabellón de la oreja de Jack.

—Me alegra que hayas vuelto —dice—. Mi corazón, mi vida y mi amor: me alegra que hayas vuelto.

14 de abril de 2001



STEPHEN EDWIN KING, (nacido en Portland, Maine, Estados Unidos, 21 de septiembre de 1947) es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de terror. Los libros de King han estado muy a menudo en las listas de superventas. En 2003 recibió el National Book Award por su trayectoria y contribución a las letras estadounidenses, el cual fue otorgado por la National Book Foundation.



PETER FRANCIS STRAUB, (n. el 2 de marzo de 1943, en Milwaukee, Wisconsin) es un novelista, cuentista y poeta estadounidense especializado en el género de terror. Sus historias macabras han recibido varios importantes premios en el ámbito anglosajón: el premio Bram Stoker, el World Fantasy Award y el International Horror Guild Award, lo que lo coloca entre los autores más galardonados del género en la historia reciente.

Straub estudió en las universidades de Wisconsin-Madison y Columbia. Practicó brevemente la docencia en el University School of Milwaukee. Luego se mudó a Dublín, Irlanda, donde empezó a escribir profesionalmente.

Tras varias intentonas, atrajo la atención de crítica y público con su quinta novela: Fantasmas (1979); la novela fue llevada al cine, protagonizada por el actor Fred Astaire. Otras novelas de éxito: El talismán (1983) y Casa Negra (2001), en las cuales colaboró con un antiguo amigo suyo: el escritor Stephen King.

Otras obras: Koko (1988), Misterio (1990), La garganta (1993) y Perdidos (2004). Straub editó también un volumen de cuentos de H. P. Lovecraft. Su novela Míster X homenajea igualmente a Lovecraft.

Como poeta, ha publicado los libros: My Life in Pictures (1971), Open air

(1972), Ishmael (1972) y Leeson Park and Belsize Square: Poems 1970 - 1975 (1983).

Existen rumores de que King y Straub podrían colaborar próximamente en una nueva obra.

Notas

[1] En inglés, *fish* significa «pescado», de ahí que al asesino se le haya puesto el apodo de «el Pescador» por las similitudes de sus crímenes con los de Albert Fish. *(N. de la T.)* <<

[2] En inglés, *Black House* (Casa negra) suena muy parecido a *Bleak House*, título de la novela de Dickens que en español se ha traducido como *Casa desolada. (N. de la T.)*<<